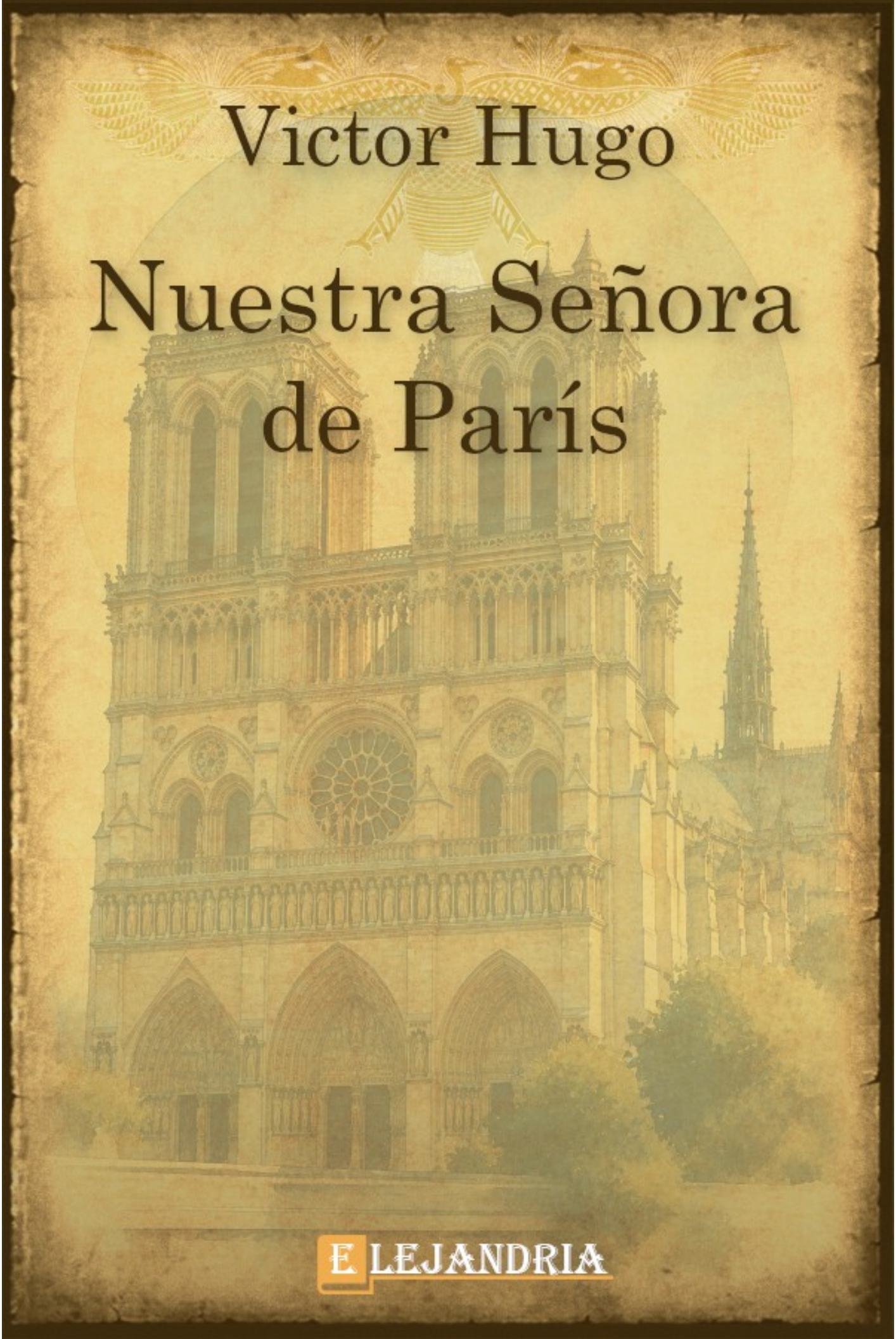
Victor Hugo

Nuestra Señora de París



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Nuestra Señora de París

Victor Hugo

Publicado: 1831
Fuente: https://bibliotecadigital.jcyl.es
Traducción: Anónimo
Edición original: Ramón Sopena, Barcelona, 1930

PREFACIO

Hace años, visitando, o mejor aún, estudiando la catedral de Nuestra Señora de París, halló el autor de este libro, en un rincón sombrío de una de sus torres, esta palabra, grabada a mano en la pared:

ΑΝΑΓΚΗ

Estas mayúsculas griegas, que el tiempo ennegreció, profundamente señaladas en la piedra, y ciertos signos propios de la caligrafía gótica, impresos en su forma y sus actitudes como para revelar que los marcó una mano de la Edad Media, y sobre todo el sentido lúgubre y fatal que encierran, produjeron viva impresión en el autor.

Se preguntó, queriéndolo adivinar, qué ser desventurado se resistió a abandonar el mundo sin imprimir ese estigma del crimen o de la desgracia en la frente de la vetusta iglesia.

Luego enjalbegaron o rasparon (una de dos) la pared, y la inscripción desapareció, porque de esta manera se afean desde hace más de doscientos años las maravillosas iglesias de la Edad Media. Experimentan mutilaciones de todas partes, de dentro y de fuera. El sacerdote las embadurna, el arquitecto las rasca y el pueblo por fin las derriba.

Exceptuando el frágil recuerdo que consagra aquí el autor de este libro, nada queda ya hoy de la sibilítica palabra grabada en la sombría torre de Nuestra Señora, nada del destino ignoto que resumía melancólicamente. El hombre que grabara aquella palabra en la pared desapareció, hace muchos siglos, a través de las generaciones, y la palabra ha desaparecido también de

la pared de la iglesia, y la misma iglesia desaparecerá también quizá de la superficie de la tierra. Aquella palabra ha inspirado este libro.

Febrero de 1831.

Libro primero

I. La sala mayor

Cumplen hoy trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diecinueve días, que despertara a los parisienses el vuelo ruidoso de todas las campanas, en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Ciudad[1].

Sin embargo, no es día notable en la historia el 6 de enero de 1482. Nada tenía de extraordinario el acontecimiento que desde la madrugada ponía en conmoción las campanas y a los habitantes de París; no lo producía el asalto de picardos o borgoñones, ni una imagen llevada en procesión, ni un motín de estudiantes en la ciudad Laas, ni la entrada de nuestro muy *temido señor rey*, ni una cuelga de ladrones y ladronas verificada por la justicia de París. Tampoco consistía el acontecimiento en la llegada de alguna embajada entorchada y empenachada, cosa muy común en el siglo XV: acababa de entrar en la ciudad, hacía dos días, la última de esta clase, la de los embajadores alemanes encargados de pactar el casamiento entre el delfín y Margarita de Flandes; dicha embajada enojó al cardenal de Borbón, el que, por agradar al rey, tuvo que recibir lisonjeramente a la mística comitiva de burgomaestres alemanes y regalarles en su palacio, con su moralidad de farsa, mientras que un abrumador aguacero inundaba sus puertas, manchando las magníficas tapicerías.

Lo que el día 6 de enero soliviantaba a todo el pueblo de París era una doble solemnidad, la del día de los Reyes y la de la fiesta de los locos, que se celebraban a la vez desde tiempo inmemorial.

Ese día se prendía fuego a una gran hoguera en la plaza de la Grève, se hacían plantaciones del árbol de mayo en la capilla de Braque y tenía lugar un misterio en el palacio de Justicia. Pregonaban esto la víspera, a son de clarín, por todas las esquinas, los dependientes del señor preboste, que ostentaban vistosas sobrevestas, con grandes cruces blancas en el pecho.

El gentío de la capital, después de cerrar las tiendas, se encaminaba hacia uno de los tres puntos designados, decidiéndose unos por la hoguera, otros por el árbol de mayo y los restantes por presenciar el misterio. Debemos decir, en elogio del antiguo buen sentido del pueblo de París, que la mayoría del vecindario se dirigió hacia la hoguera, diversión propia de la estación, o a ver el misterio que tenía lugar en la sala mayor del palacio, confortable y herméticamente cerrada, y dejaron que el pobre árbol de primavera tiritase de frío, bajo la inclemencia del cielo del mes de enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

El pueblo afluía especialmente a las avenidas del palacio de Justicia, pues no ignoraba que los embajadores alemanes, que llegaron la víspera, se proponían asistir a la representación del misterio y a la elección del papa de los locos, la que tenía igualmente que verificarse en la sala mayor.

No era sencillo penetrar dicho día en la referida sala, que entonces se reputaba por el recinto cerrado y cubierto, de mayor capacidad del mundo. (Sauval no había medido aún la sala mayor del castillo de Montargis). La plaza del Palacio obstruida por el pueblo, ofrecía a la vista de los curiosos que llenaban las ventanas el aspecto de un mar, en la que cinco o seis calles, como otras tantas desembocaduras de ríos, vomitaban a cada momento nuevas oleadas de cabezas. Este oleaje, creciendo sin cesar, se estrellaba en los ángulos de las casas, que sobresalían aquí y allá, como otros tantos promontorios, en el óvalo irregular de la plaza.

En el centro de la elevada fachada gótica del palacio se veía la escalera principal, que sin intermisión bajaba y subía por dos opuestas corrientes, se dividía en el rellano del medio y se distribuía en largos tramos por las dos pendientes laterales; esta gran escalera desaguaba sin cesar en la plaza, como una cascada en un lago. Los gritos, las risotadas, el pisar persistente

de miles de pies, producían gran ruido y gran clamoreo. De vez en cuando se aumentaba el bullicio y el estrépito; la corriente que arrastraba a la multitud hacia la escalera principal parábase, se enturbiaba y se arremolinaba al amagarla algún arquero o al dar corcovos o coces la cabalgadura de algún macero del prebostazgo que trataba de restablecer el orden.

En las puertas, en las ventanas, en los tragaluces, sobre los tejados, hormigueaban a millares los semblantes serenos y honrados del pueblo de París, mirando hacia el palacio y contemplando a los espectadores sin pensar en nada más, porque mucha gente sencilla se satisface con el espectáculo que ofrecen los espectadores, y para ellos es cosa ya bastante curiosa un paredón detrás del que ocurre algo.

Si pudiéramos nosotros, los hombres de 1830, confundirnos, con la imaginación, con los parisienses del siglo XV, y penetrar con ellos, empujados y codeados, en la inmensa sala del palacio, tan deficiente el 6 de enero de 1482, el espectáculo tendría para nosotros gran interés y mucho encanto, y se presentarían a nuestra vista cosas tan arcaicas que nos parecerían nuevas.

Si el lector nos lo permite, probaremos a representarnos la impresión que experimentaría con nosotros franqueando el umbral de la sala mayor, mezclados con el inmenso gentío que en aquella lejana época la invadía.

Zumbándonos en los oídos y con desvanecimientos en la vista contemplaríamos sobre nosotros la doble bóveda ojiva, artesonada con esculturas de madera, pintada de azul celeste, flordelisada de oro, y pisaríamos un enlosado de mármol blanco y negro. A algunos pasos de nosotros contemplaríamos enorme pilar, después otro, y así sucesivamente hasta siete a todo lo largo de la sala, sosteniendo en lo alto el arranque de la bóveda. Alrededor de los cuatro primeros pilares veríamos tenderetes ambulantes, chispeantes de cristales y de oropeles, rodeando a los tres últimos bancos de madera de encina, desgastados y enlucidos por el roce de las calzas de los litigantes y por las togas de los procuradores. Alrededor de la sala veríamos, a lo largo de la alta pared, entre las puertas y entre las ventanas la interminable serie de estatuas de los reyes de Francia desde Faramundo; los reyes holgazanes, con los brazos colgando y mirando al suelo; los reyes valientes y batalladores, con la cabeza y las manos levantadas hacia lo alto con osadía. Luego, en las grandes ventanas ojivales, veríamos cristales de mil colores; en las largas salidas de la sala, ricas puertas delicadamente talladas, y todo ello,

bóvedas, pilares, paredes, artesones, puertas y estatuas, recubierto de arriba abajo de espléndida iluminación de azul y oro, que estaba ya algo deslucido entonces y que desapareció totalmente, bajo el polvo y las telarañas, el año de gracia de 1549, en el que Breul lo admiraba todavía por tradición.

Representaos, pues, esa inmensa sala oblonga, alumbrada por la claridad pálida de un día de enero, asaltada por una multitud de vistosos trajes, que llenaba en toda su extensión las largas paredes, y daba vueltas en torno de los siete pilares, y podréis formar una idea confusa del conjunto del cuadro, del que señalaremos los más curiosos detalles.

Si Ravaillac no asesinara a Enrique IV, el expediente del proceso de Ravaillac no se depositara en el archivo del palacio de Justicia, y no hubiera cómplices interesados en que desaparecieran dichos documentos, ni incendiarios obligados, por falta de otros medios, a reducir a pavesas el archivo para que se quemase la causa, y pegar fuego al palacio de Justicia para que ardiese el archivo, por lo tanto, no hubiera ocurrido el incendio de 1618, y el antiguo palacio estaría aún en pie con su vieja sala mayor, y yo podría decir a los lectores: «Id a verla»; esto sería cómodo para todos; yo me vería dispensado de describirla y los lectores de leer esta descripción, lo que prueba que los grandes acontecimientos dan lugar a consecuencias incalculables.

Empero cabe en lo posible que Ravaillac no tuviese cómplices, y que a tenerlos, estos no tomasen parte en el incendio de 1618; porque este incendio puede tener otras dos plausibles explicaciones. La primera racional, es la de la aparición de una estrella inflamada, ancha de un pie y larga de un codo, que, como todo el mundo debe saber, cayó del cielo sobre el palacio de Justicia el 7 de marzo, pasada media noche; y la segunda explicación consiste en la cita de estos versos de Teófilo:

En verdad fue triste caso
Cuando en París la justicia,
Para no verse en apuros,
Se pegó fuego a sí misma.

Pero ya se dé crédito a la explicación racional, a la celeste o a la poética, el hecho fue desgraciadamente cierto; en 1618 se incendió el palacio de la Justicia. Poco queda hoy día de él, gracias a dicha catástrofe y gracias a las restauraciones sucesivas, que concluyeron con lo que el fuego respetó; muy

poco se conserva de esta primera morada de los monarcas de Francia, de aquel palacio, hijo primogénito del Louvre, tan antiguo ya en el reinado de Felipe el Hermoso, que en él se buscaban entonces las huellas de los magníficos edificios levantados por el rey Roberto, descritos por Helgaldus. Casi todo desapareció. ¿Dónde se halla la cámara de la Cancillería, en la que San Luis *consumó su matrimonio*? ¿Dónde el jardín en el que administraba justicia, luciendo sobrevesta de camelote, tabardo de tiritaña sin mangas, amplia capa de sándalo negro, reclinado sobre la tapicería, al lado de Joinville? ¿Dónde se halla la cámara del emperador Segismundo? ¿la de Carlos IV? ¿la de Juan Sin Tierra? ¿Dónde la escalera desde la cual Carlos VI promulgó su famoso edicto de amnistía? ¿Dónde la losa sobre la que Marcelo degolló a Roberto de Clermont y al mariscal de Champaña, en presencia del delfín? ¿Dónde el postigo en el que fueron laceradas las bulas del antipapa Benedicto, de donde tornaran a salir los que las trajeran con capas pluviales y mitras irrisorias, para que sirvieran de escarnio al pueblo por todas las calles de París? ¿Dónde están en la sala mayor el dorado y el azul, las ojivas, las estatuas, los pilares, la elevada bóveda cuajada de esculturas, y la cámara dorada y el león de piedra que se veía junto a la puerta, de rodillas y con la cabeza baja y la cola entre piernas, como los leones de Salomón, en la actitud humilde que debe guardar la fuerza de la justicia? ¿Y las talladas puertas y los vidrios de colores y los cincelados cerrojos? ¿Qué hizo el tiempo, qué han hecho los hombres de tantas maravillas? ¿Qué nos han dado a trueque de aquella historia galaica y de aquel arte gótico? Los pesados arcos elípticos de Brosse, el ignaro arquitecto de la fachada de San Gervasio, en cuanto al arte, y respecto a la historia, nos han dejado los recuerdos impertinentes del gran pilar, donde repercuten aún los ecos de la chismografía de los Patrús.

Tornemos a la verdadera sala mayor del antiguo y verdadero palacio de Justicia.

En una de las dos extremidades de su paralelogramo veíase la famosa mesa de mármol de una sola pieza, tan larga y tan ancha como jamás se conoció (según dicen los viejos cronicones del palacio, en un estilo que hubiera abierto el apetito a Gargantúa) *semejante tajada de mármol*; en la otra extremidad del paralelogramo estaba la capilla donde Luis XI se hizo esculpir arrodillado ante la Virgen, a cuya capilla hizo transportar las estatuas de Carlo-Magno y de San Luis, sin importarle nada dejar dos nichos vacíos en

la fila de las estatuas reales, precisamente dos santos a los que atribuía gran influencia en el cielo, por haber sido reyes de Francia. Dicha capilla era entonces nueva, edificada seis años atrás; atesoraba ese delicado gusto, esa artística arquitectura y esa escultura maravillosa, que marca el final de la era gótica y que se perpetúa hasta mediados del siglo XVI en las fantasías mágicas del Renacimiento. El rosetón por donde daba paso a la luz, abierto sobre la puerta de entrada, era una obra maestra de delicadeza y de gracia: semejaba una estrella de encaje.

En el centro de la sala, frente a la puerta principal, había un estrado de brocado de oro, arrimado a la pared, al que daba acceso una entrada secreta, practicada en medio de una ventana del corredor de la cámara dorada, destinado a los embajadores alemanes y a los demás personajes de París invitados a presenciar la representación del misterio.

Era costumbre representar ese misterio sobre la gran mesa de mármol, y estaba ya preparada desde las primeras horas de la mañana: su rica losa de mármol soportaba una jaula de madera enorme, cuya superficie exterior, visible a las miradas de toda la sala, debía servir de teatro, y cuyo interior, cubierto de tapicería, se habilitaba para vestuario de los actores del misterio. Una escalera, sencillamente colocada a la parte de fuera, ponía en comunicación la escena y el vestuario y ofrecía sus escalones a los que habían de entrar y salir, pues no había personaje imprevisto, ni peripecia, ni efecto teatral que no se viese obligado a subir por dicha escalera. ¡Ingenua y venerable infancia del arte y de la maquinaria!

Hallábanse en pie a las cuatro esquinas de la mesa de mármol, cuatro alabarderos de la bailía de palacio, guardias obligados en las fiestas del pueblo, así en los días de regocijos como en los de las ejecuciones públicas.

Al sonar la última campanada de las doce en el reloj del palacio, debía comenzar la representación. Tarde era sin duda para comenzar la representación teatral, pero se sujetaron a la hora que designaron los embajadores.

El público estaba esperando desde las primeras horas de la mañana; muchísimos asistentes tiritaban de frío, desde el amanecer, en las gradas del palacio; y hasta algunos afirmaban que habían pasado la noche ante el umbral de la puerta principal, para estar seguros de entrar enseguida. La muchedumbre era cada vez más compacta, y como el agua cuando rebosa su nivel, empezaba a subirse por las paredes, a hincharse en torno de los pila-

res, a sobresalir de los tablados, de las cornisas, de las ventanas, de todos los puntos salientes arquitectónicos y de todos los relieves de la escultura. Por lo que el agobio, la impaciencia, la curiosidad, la libertad de un día de expansión y de locura, las contiendas que se oían a cada momento, provocadas por un codo puntiagudo o por un zapato claveteado, la fatiga que da aguardar tantas horas, todo esto, añadía cierto acento áspero y amargo al clamoreo del pueblo, que se veía prensado y que se ahogaba. Percibíanse quejas e imprecaciones contra los alemanes, contra el preboste, contra el mismo cardenal de Borbón, contra el baile del palacio, contra Margarita de Austria, contra el frío y el calor y el mal tiempo, contra el obispo de París, contra el papa de los locos, etc., etc. Todo ello causaba la diversión de sinnúmero de estudiantes y lacayos diseminados entre la multitud, que comentaban el acto con sus ocurrencias y sus malicias y que pinchaban con alfilerazos, por decirlo así, el mal humor de todos.

Había un grupo de esos alegres diablillos que, después de desquiciar la vidriera de una ventana, se sentaron victoriosamente sobre el entablamento y desde allí lanzaban sus miradas y sus donaires, dentro y fuera, a la muchedumbre de la sala y a la muchedumbre de la plaza: sus gestos de parodia, sus carcajadas y las bromas que cambiaban con sus compañeros desde un rincón al otro de la sala, daban a entender que no participaban del fastidio ni de la fatiga del público y que sabían estos diablillos para divertirse, improvisar, de lo que pasaba ante ellos, un espectáculo que les permitía esperar con impaciencia que empezase el oficial.

—¡Por mi vida que sois Juan Frollo de Molendino! —decía gritando uno de estos jóvenes bulliciosos a una especie de diablillo rojo, de linda y pícara cara, que estaba encaramado entre los follajes de un capitel—; con propiedad os llaman Juan del Molino, pues bien parecen aspas vuestros brazos y vuestras piernas. ¿Hace mucho rato que estáis aquí?

—Por los cuernos del diablo —respondió Juan Frollo—, hace más de cuatro horas, y espero que se me tomen en cuenta cuando esté en el purgatorio. Ya he oído a los ocho chantres del rey de Sicilia entonar el versículo primero de la misa mayor de las siete en la Santa Capilla.

—¡Hermosos chantres! —exclamó el otro—; tienen la voz más aguda que sus bonetes: antes de celebrar una misa a San Juan, hubiera debido el

rey informarse de si a San Juan le place el latín salmodiado con acento provenzal.

—¡Para emplear a esos malditos chantres del rey de Sicilia se dice esa misa! —exclamó agriamente una vieja que estaba bajo de la ventana—. ¡Dar mil libras parisíes por una misa y sobre el arriendo de todo el pescado de mar de las pescaderías de París!

—¡Calle la vieja! —replicó un obeso y grave personaje que se tapaba las narices detrás de la pescadera—; era necesario establecer esa misa. ¿Queríais que el rey tornase a enfermar?

—Muy bien dicho, señor Gil Lecornu, manguitero proveedor de la casa real —dijo el estudiantillo encaramado sobre el capitel.

Una carcajada estrepitosa de los estudiantes acogió estas palabras.

—¡Lecornu! ¡Gil Lecornu! —decían unos.

—*Cornutus et hirsutus* —decían otros.

—¿De qué diablos os reís? —continuó el estudiante del capitel—; ¿es motivo de risa que él sea el honorable sujeto Gil Lecornu, hermano del maestro Juan Lecornu, preboste de la real casa, hijo del maestro Mayet Lecornu, portero mayor del bosque de Vincennes, todos industriales de París y todos casados de padres a hijos?

Aumentó la alegría al oír esto, y el hombre obeso, sin chistar, se esforzaba por esconderse y evitar que estuviesen fijas en él todas las miradas; mas sudaba y soplaba en vano. Como cuña que se hunde en la madera, solo conseguía encajar con mayor solidez, en las espaldas de los vecinos, su semblante apoplético, más arrebatado que de costumbre por el despecho y la cólera. Uno de los vecinos acudió en su socorro y, encarándose con el estudiante, le dijo:

—Es inaudito que se atrevan los estudiantes a hablar de ese modo a un hombre honrado; en mis tiempos les hubieran dado una paliza primero y los hubieran quemado después.

Rió otra vez la chusma estudiantil.

—¡A ver! ¿Quién canta en ese diapasón? ¿Quién es esa siniestra lechuza?

—Yo sé quién es; es el maestro Andrés Musnier.

—Grazna así porque es uno de los cuatro libreros jurados de la Universidad —repuso otro estudiante.

—En aquella tienda todo vale por cuatro —añadió un tercero—; las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores y los cuatro libreros.

—Entonces —replicó Juan Frollo—, le armaremos una de cuatro demonios.

—¡Musnier, te quemaremos los libros!

—¡Musnier, le daremos una tunda a tu lacayo!

—¡Musnier, sobaremos a tu mujer!

—La buena y obesa señorita Oudarda.

—Que es tan alegre y tan frescachona como si fuese viuda.

—¡Que os lleve el diablo! —refunfuñó maese Andrés.

—Cállate, maese, o desde este capitel me dejo caer sobre ti.

Andrés Musnier levantó la vista y midió en un amén la altura del pilar y la pesadez del estudiantillo, multiplicó mentalmente esta pesadez por el cuadrado de la velocidad y selló la boca.

Al verse Juan dueño del campo de batalla, prosiguió con acento triunfal:

—Lo haré como lo digo, aunque sea hermano de un arcediano. ¡Vaya unos caballeros los que mangonean en la Universidad! ¡No hacer que se respeten nuestros privilegios en un día como este! ¡Tanto árbol de mayo y tanta hoguera en la Cité, misterio, papa de los locos y embajadores alemanes en la ciudad, y en la Universidad ni esto!…

—¡Sin embargo, la plaza de Maubert es bastante grande! —añadió un amanuense que estaba sentado en el zócalo de la ventana.

—¡Mueran el rector, los electores y los procuradores! —gritó Juan Frollo.

—Será preciso que hagamos otra hoguera esta noche en el campo Gaillard, después de los anunciados, con los libros de Andrés Musnier.

—Y con los pupitres de los escribientes.

—Y con las varas de los bedeles.

—Y con las escupideras de todos los decanos.

—Y con las mesas de los procuradores.

—Y con las alcancías de los electores.

—Y con las banquetas del rector.

—¡Mueran —repitió Juan con voz chillona—, Andrés Musnier, los bedeles, los amanuenses, los teólogos, los cirujanos, los decretistas, los procuradores, los electores y el rector!

—¡Esto es el fin del mundo! —murmuró asustado el librero tapándose los oídos.

—¿Hablan del rector? Allá va atravesando la plaza —gritó otro estudiante.

Todas las miradas de los estudiantes se dirigieron adonde indicaba el que habló.

—¿Es, en efecto, nuestro venerable rector el señor Thibaut? —preguntó Juan Frollo, que encaramado a un pilar del interior, no podía ver lo que pasaba fuera.

—Sí, sí —contestaron los demás estudiantes.

Era en efecto el rector, que con los demás dignatarios de la Universidad salían a recibir en comisión a la embajada a la plaza del Palacio. Los estudiantes, agrupados a las ventanas, los acogieron al pasar con sarcasmos y aplausos burlescos. El rector, que iba delante, recibió la primera andanada, que fue ruda.

—¡Muy buenos días, señor rector, muy buenos días!

—¡Es milagro que esté aquí el antiguo jugador y que abandone los dados!

—¡Bien trota sobre la mula, que tiene las orejas menos largas que él!

—¡Buenos días, señor rector Thibaut! ¡*Tibalde aleator*!

—¡Dios os guarde! ¿Habéis colocado esta noche con frecuencia el seis doble?

—¡Vaya una cara caduca y abatida por la afición al juego!

—¿Dónde vais de espaldas a la Universidad y trotando hacia la ciudad?

Enseguida, les llegó el turno a los demás que iban con el rector.

—¡Mueran los bedeles! ¡Mueran los maceros!

—Dime, Roberto, ¿quién es aquel?

—Pues Gilberto de Sully, el canciller del colegio de Antun.

—Toma mi zapato, y tíraselo a la cara, tú que estás mejor colocado que yo para eso.

—*Saturnalitias mittimus ecce nuces*.

—¡Mueran los seis teólogos con sus blancas sobrepellices!

—¿Esos son los sabios teólogos? Yo creía que eran los seis gansos blancos, regalados por Santa Genoveva a la ciudad por el feudo de Roogny.

—¡Mueran los médicos!

—Toma mis borlas, canciller de Santa Genoveva, que has cometido conmigo una injusticia. Es verdad, porque concedió mi plaza en la nación de Normandía al mocito Ascanio Falzaspada, que es de la provincia de Bourger, que es italiano.

—¡Oh, qué injusticia! —replicaron todos los estudiantes—. ¡Muera el canciller de Santa Genoveva!

—¡Hola! ¡Joaquín de Ladehors!

—¡Hola! ¡Luis Dahuille! ¡Hola! ¡Lamberto Hoctement!

—¡Que el demonio cuelgue al procurador de la nación alemana!

—¡Mirad los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises: ¡*cum tunicis grisis*!

—¡*Sen de pellibus grisis fourratis*!

—¡Por allí van los maestros de artes con capas negras y con capas rojas!

—Aquella comitiva es la hermosa cola del rector.

—Parece un dux de Venecia que va a contraer esponsales con el mar.

—Mira, Juan, ahora pasan los canónigos de Santa Genoveva.

—¡Que vayan al infierno los canónigos!

—Ya pasa el doctor Claudio Choart; ¿buscáis acaso a María la Giffarde?

—Vive en la calle de Glatigny.

—Hace la cama al rey de los lujuriosos.

—Le dan por ello cuatro maravedises; *quatuor denarios*.

—*Aut unum bombum*.

—Compañeros, contemplad al maestro Simón Sanguim, el elector de Picardía, con su mujer a la grupa.

—*Post equitem sedet atra cura*.

—¡Buenos días, señor elector!

—¡Buenas noches, señora electora!

—¡Qué felices sois de poder ver todo eso! —decía afligido Juan Frollo, metido en el follaje del capitel.

Mientras tanto, el librero jurado de la Universidad se inclinaba al oído de Gil Lecornu, y le decía:

—Os juro que esto es el fin del mundo; jamás se vio ese desenfreno en los estudiantes; las malditas invenciones del siglo todo lo pervierten; ejemplo, la artillería, las serpentinas, las bombardas, y sobre todo la imprenta, esa peste que llega de Alemania. ¡Adiós, manuscritos! ¡Adiós, libros! La imprenta matará a la librería, se acerca el fin del mundo.

—Ya lo presentía yo por los progresos que hacen los tejidos de terciopelo —contestó el manguitero.

En este momento la campana del reloj del palacio dio las doce.

—¡Ah! —exclamó la muchedumbre a una sola voz.

Los estudiantes enmudecieron. Después hubo gran desorden en la muchedumbre, incesante movimiento de cabezas y de pies, ruido general de toses; la multitud se arregló, se levantó y se agrupó; se hizo luego el silencio, y todos los brazos permanecieron tendidos, todas las bocas abiertas y todas las miradas se clavaron en la mesa de mármol… pero nadie apareció. Los

cuatro alabarderos de la bailía continuaban allí tiesos e inmóviles como cuatro estatuas; todos miraban al estrado reservado para los embajadores alemanes, pero la puerta permanecía cerrada y el estrado vacío. Desde que apuntara el sol, esperaba tres cosas la muchedumbre: el mediodía, la embajada de Flandes y el misterio; pero de todo esto, solo el mediodía llegó con exactitud.

Abusábase ya del público; este esperaba con impaciencia tres minutos, cinco, algo más, pero nadie venía; el estrado continuaba desierto, y el teatro mudo: la cólera sucedió a la impaciencia de la muchedumbre, y palabras que indicaban su irritación comenzaron a circular en voz baja. —¡El misterio! ¡el misterio! —pedían a voces. Fermentaban ya las cabezas, y una sorda tempestad que amagaba comenzó a notarse en la superficie de la muchedumbre; la primera chispa la provocó Juan Frollo.

—¡Vayan al infierno el misterio y los alemanes! —vociferó, retorciéndose como una serpiente alrededor del capitel.

La multitud aplaudió, repitiendo:

—Eso mismo, ¡que se vayan al infierno los alemanes y el misterio!

—Si no representan el misterio al punto, soy de opinión de que debemos ahorcar al baile de palacio, para que nos sirva de ese modo de comedia y de enseñanza.

—Bien dicho —contestó el pueblo aullando—; mientras, podemos ensayarnos ahorcando a los alabarderos.

Con júbilo fueron acogidas esas palabras. Los cuatro aludidos palidecieron, mirándose de reojo. La multitud se abalanzó hacia ellos, y ya esperaban que la frágil balaustrada de madera que los separaba del público se vencía e iba a romperse, doblegada por el peso de este. El momento era crítico.

—¡A ellos! ¡a ellos! —vociferaron de todas partes.

Mas en aquel instante la tapicería del vestuario se levantó, y dio paso a un personaje, cuya presencia aquietó de repente a la multitud, y cambió su cólera en curiosidad en un instante.

—¡Silencio! ¡silencio! —gritaron muchas voces.

El personaje, poco seguro y trémulo, avanzó hasta el borde de la mesa de mármol, saludando al público con mil reverencias, que a medida que se aproximaba asemejábanse a genuflexiones. Esto no obstante, se restableció la calma, y solo se recordaba de la pasada tempestad el ligero rumor que se escapa del silencio de la multitud.

—Señores y señoras, vecinos de París —dijo el personaje—; vamos a tener el alto honor de representar y declamar ante su eminencia el señor cardenal, un grandioso auto sacramental que se titula: *El buen juicio de Nuestra Señora la Virgen María*. Yo desempeño el papel de Júpiter. Su eminencia está acompañando en estos momentos a la muy honorable embajada del duque de Austria, que ahora asiste al discurso del señor rector de la Universidad en la puerta de los Asnos. En el punto que llegue su eminencia el cardenal, empezaremos el misterio.

Fue necesaria la intervención de Júpiter, nada menos, para salvar a los cuatro alabarderos de la bailía del palacio. A tener la suerte de inventar esta verídica historia, y por consecuencia, a ser responsables de ella ante la crítica, no se hubiera podido recordar en este momento contra nosotros el precepto clásico: *Nec deus intersit*. Empero, el traje del señor Júpiter era primoroso, y contribuyó a calmar a la multitud, haciendo fijar en él la atención. Júpiter ceñía coraza cubierta de terciopelo negro, con clavos dorados; tocábase con una caperuza guarnecida de botones de plata sobredorada; era roja y espesa la barba, que casi le tapaba el rostro; el rollo de cartón dorado, sembrado de lentejuelas, que empuñaba, quería ser una imitación del rayo; y aunque llevaba los pies del matiz de carne y encintados a la griega, hubiera podido compararse, por la severidad de su indumentaria, con un arquero bretón de la escolta del príncipe de Berry.

II. Pedro Gringoire

Las palabras, la arenga, el citado personaje, aplacaron al público, y su brillante atavío excitó la admiración de los oyentes; pero cuando formuló esta

desdichada conclusión: «Cuando se presente su eminencia el cardenal empezaremos el misterio», su voz se perdió en medio de una tempestad de silbidos.

—¡Comenzad el misterio! ¡El misterio enseguida!… —gritó el pueblo; y por encima del griterío sobresalía la voz de Juan Frollo.

—¡Mueran Júpiter y el cardenal de Borbón! —chillaban Robin Poussepain y otros escribientes albergados en la ventana.

—¡Enseguida el auto sacramental, o si no, saco y cuerda para los comediantes y para el cardenal! —añadía la multitud.

El mísero Júpiter, azorado, despavorido y pálido a pesar del colorete, soltó el rayo de la mano, quitóse la caperuza y saludó, trémulo y balbuciente:

—Los embajadores… su eminencia… la princesa Margarita de Flandes… —No sabía lo que se decía, tenía miedo de que le ahorcasen; de que le arrastrara el pueblo, cansado de esperar; de que le colgase el cardenal por no haber esperado más: por todas partes que mirara, solo veía el abismo, esto es, la muerte.

Por suerte suya, otro personaje vino a sacarle del conflicto, asumiendo toda la responsabilidad. Este era un sujeto que estaba más acá de la balaustrada, en el espacio libre en torno de la mesa de mármol, y que nadie le había visto hasta ahora, porque el pilar donde se recostaba ocultaba por completo a la vista del público su alta y delgada figura: este individuo, flaco, enclenque y blanco, joven aún, aunque empezaban a arrugársele la frente y las mejillas, de brillantes ojos y boca jovial, vestía de sarga negra, raída y lustrosa de vejez; este individuo se acercó a la mesa de mármol, e hizo una señal al apurado comediante, que la turbación no le permitió ver.

Acercándosele entonces más el recién llegado, le dijo:

—¡Júpiter, mi querido Júpiter!…

Pero ni siquiera lo oía; perdió al fin la paciencia el recién llegado, y le gritó en sus narices:

—¡Miguel Giborne!

—¿Quién me llama? —exclamó Júpiter, como quien despierta sobresaltado.

—Yo —respondió el personaje vestido de negro.

—¡Ah! bien.

—Empezad al instante; complaced al público. Yo me encargo de apaciguar al baile, el que aplacará al señor cardenal.

Júpiter respiró por fin.

—Señores —exclamó con toda la fuerza de sus pulmones al gentío, que continuaba silbando—; vamos a empezar enseguida.

—¡*Evoe, Júpiter*! ¡*Plaudite, cives*! —vociferaron los estudiantes.

—¡Vítor! ¡vítor! —contestó el pueblo.

El aplauso fue tan atronador, que cuando Júpiter se ocultó tras la tapicería, resonaban aún en la sala las aclamaciones.

Mientras, el personaje desconocido que convirtió mágicamente *la tempestad en bonanza*, como dice Corneille, tornó modestamente a colocarse en la penumbra del pilar, y seguramente hubiese permanecido allí inmóvil y mudo, como antes, si no le hubieran arrancado de allí dos muchachas, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, se habían fijado en el diálogo que tuviera con Miguel Giborne Júpiter.

—¡Señor! —le dijo una de las jóvenes, llamándole con una seña.

—Cállate, Lienarda —le contestó su vecina, que era hermosa, fresca, y que iba endomingada—. Este no parece clérigo, es un laico, y no tiene tratamiento de señor, sino de maese a secas.

—¡Señor! —repuso Lienarda.

El desconocido se apoyó en la balaustrada, y preguntó súbitamente:

—¿Qué queréis de mí, buenas mozas?

—Yo nada —repuso Lienarda con turbación—; es esta, es Grigueta, que desea hablaros.

—Yo no —respondió esta ruborizándose—; es que Lienarda os dijo *señor*, y yo la hice observar que no teníais ese tratamiento.

Las dos jóvenes bajaron la vista mientras, y el otro, que no deseaba otra cosa que entablar conversación con ellas, las contemplaba, sonriendo.

—¿No tenéis nada que decirme, buenas mozas?

—Nada —dijo la primera.

—Nada —repitió la otra.

El personaje hizo ademán de retirarse al pilar, pero las muchachas no querían soltar la presa.

—Maese —exclamó al punto Grigueta con la impetuosidad de una esclusa que se abre, o como mujer que toma una determinación—; ¿conocéis al soldado que va a representar el papel de la Virgen en el misterio?

—¿El de Júpiter, querréis decir?

—Sí —repuso Lienarda—; esta es una estúpida. ¿Conocéis a Júpiter?

—Sí; es Miguel Giborne.

—Lleva barbas atroces —exclamó Lienarda.

—¿Será muy gracioso lo que se diga con ellas? —interrogó tímidamente Grigueta.

—Será divino —respondió el personaje sin vacilación.

—¿Qué se va a representar?

—*El buen juicio de Nuestra Señora la Virgen*, auto sacramental.

—¡Ah! Eso es distinto —repuso Lienarda.

—Es una moraleja nueva, que se va a estrenar hoy.

—Entonces no será la que se puso hace dos años, el día de la entrada del señor legado, y en la que salían tres buenas mozas representando personajes.

—No, eran sirenas —replicó Lienarda.

—Y salían desnudas —añadió el desconocido.

Lienarda bajó púdicamente la vista y Grigueta siguió su ejemplo. El desconocido prosiguió hablando y sonriendo.

—Era un espectáculo gracioso; hoy se representa una moraleja escrita expresamente para la princesa de Flandes.

—¿Se cantarán idilios pastoriles? —preguntó Grigueta.

—No sería propio de una moraleja —contestó el desconocido—; eso solo puede hacerse en una farsa; no hay que confundir los géneros.

—¡Qué lástima! Allí salían, junto a la fuente del Ponceau, hombres y mujeres salvajes que se peleaban y hacían mojigangas, entonando villancicos y canciones pastoriles.

—Lo que está bien a un legado no le conviene a una princesa —replicó con sequedad el desconocido.

—Además, allí tocaban muchos instrumentos grandes melodías.

—Y para refrescar a los transeúntes —continuó Grigueta—, arrojaba la fuente por tres caños hipocrás, vino y leche, y bebía cada cual lo que quería.

—Y más allá de la fuente —añadió Lienarda—, en la Trinidad, personajes decorativos representaban la Pasión sin hablar.

—Me acuerdo —dijo Grigueta— que iba Cristo en la cruz, y los dos ladrones a la derecha y a la izquierda.

Al llegar a este punto las dos muchachas se acaloraron con el recuerdo de la entrada del legado, y comenzaron a hablar las dos a un tiempo.

—Más allá, en la puerta de los Pintores, había otros personajes, ricamente vestidos.

—Y en la fuente de San Inocencio, aquel cazador que perseguía a un ciervo, entre el ladrido de los perros y el sonido de las trompas de caza.

—Y en la carnicería de París, aquellos tablados que imitaban la Bastilla de Dieppe.

—Y cuando pasó el legado, comenzó el asalto, y degollaron a todos los ingleses.

—Y en la puerta del Chatelet se veían tres magníficos personajes.

—Y el puente de Change todo cubierto de tapicería.

—Y cuando le atravesó el legado echaron a volar sobre el puente doscientas docenas de toda clase de pájaros. ¡Ah, fue muy bonito!…

—Más hermoso será hoy —repuso al fin el personaje desconocido, que ya escuchaba impaciente a las dos muchachas.

—¿Nos aseguráis que ese misterio será hermoso?

—Sin duda —contestó, añadiendo con énfasis—: Sepan que yo soy el autor.

—¿De veras? —exclamaron las muchachas sorprendidas.

—De veras —respondió el poeta, estirándose ligeramente—; es decir, somos dos los autores. Juan Marchant, que ha cortado las tablas y ha construido el tablado del teatro y ha dirigido toda la parte material de él, y yo, que he escrito la obra; sepan que yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor de *El Cid* no hubiera dicho con tanta arrogancia: Pedro Corneille.

Nuestros lectores comprenderán que pasó bastante tiempo desde que Júpiter desapareció tras la tapicería, hasta que el novel autor de la nueva moraleja se reveló bruscamente a la cándida admiración de Grigueta y de Lienarda. Cosa notable fue el que aquel gentío, algunos minutos antes tan tumultuoso, esperase ahora sin impaciencia, fiado en la palabra de un comediante; lo que prueba la verdad eterna, a diario experimentada en los teatros, de que el mejor medio para que el público espere con paciencia, es hacerle creer que va a empezar enseguida la función.

No obstante, Juan, inquieto como siempre, gritó de repente, interrumpiendo el silencio que en el público sucedió al alboroto:

—Júpiter, Virgen, titiriteros, ¿os estáis burlando?… Empezad pronto la representación, si no la empezaremos nosotros.

No necesitaron más los comediantes. Enseguida se oyó en el interior del tablado una música compuesta de distintos instrumentos; se levantó el telón de tapicería, y cuatro personajes, llenos de afeites y vestidos de colorines, se encaramaron por la carcomida escala del teatro, hasta la plataforma superior, se formaron en línea ante el público, y le saludaron con ceremonia; entonces terminó la sinfonía y empezó el misterio.

Los cuatro personajes, después de recoger con usura en palmadas el pago de sus reverencias, comenzaron, entre el silencio religioso de la multitud, un prólogo, del que haremos merced al lector, evitándole la molestia de es-

cucharlo. Por lo demás, el público se ocupaba más de los trajes que vestían los comediantes que del papel que desempeñaban, cosa que sucede aún ahora; pero verdaderamente aquellos trajes debían llamar la atención del público. Se presentaron vestidos los cuatro personajes de túnicas mitad amarillas y mitad blancas, que no se distinguían más que por la calidad de la tela: la primera era de brocado de oro y plata, la segunda de seda, la tercera de lana y la cuarta de lienzo. Llevaba el primero de los personajes una espada en la mano derecha, el segundo empuñaba dos llaves de oro, el tercero una balanza y el cuarto una azada; y para explicar a los más torpes que no pudiesen ver con claridad al través de la transparencia de estos atributos, se leían los siguientes rótulos en grandes letras negras bordadas: en el borde de la túnica de brocado, YO ME LLAMO NOBLEZA; en la orla de la túnica de seda, YO ME LLAMO CLERO; en la de la túnica de lana, YO ME LLAMO MERCANCÍA, y en el de la última, YO ME LLAMO TRABAJO. El sexo de las dos alegorías masculinas se daba a entender con claridad al espectador sensato por medio de las túnicas más cortas y por las gorras que llevaban en la cabeza, en tanto que las dos alegorías femeninas tenían las túnicas más largas y caperuzas en la cabeza.

Igualmente hubiese sido torpeza no comprender, escuchando la poesía del prólogo, que el Trabajo estaba casado con la Mercancía y el Clero con la Nobleza, y que estas felices parejas poseían en común un magnífico delfín de oro, que pretendían conceder a la mujer más hermosa. Iban, pues, por el mundo buscando y rastreando esa beldad, después de repudiar sucesivamente a la reina de Golconda, a la princesa de Trebisonda, a la hija del khan de Tartaria, etc., etc. El Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía, descansaban sobre la mesa de mármol del palacio de Justicia, enjaretando ante el honrado auditorio cuantas sentencias y máximas se podían soltar entonces en la Facultad de las Artes, en los exámenes, y en los actos en los que los maestros ganaban el bonete de licenciado.

Entre la multitud de espectadores, sobre quienes las cuatro alegorías derramaban a torrentes las metáforas, no había oído tan atento, corazón tan palpitante, ojo tan fijo ni cuello más estirado, que el ojo, el oído, el cuello y el corazón del autor, del envanecido Pedro Gringoire, que no pudo resistir poco antes la satisfacción de decir su nombre a las dos muchachas curiosas. A poca distancia de ellas volvió a colocarse tras el pilar, con el objeto de poder oír, mirar y saborear la representación. Los benévolos aplausos que

acogieron el comienzo del prólogo, resonaban aún en su corazón, y estaba absorbido por completo en esa especie de contemplación en la que un autor ve brotar sus ideas una a una de la boca del actor, entre el silencio del auditorio.

Sentimos decirlo, pero el primer éxtasis que se apoderó del digno Pedro Gringoire, fue interrumpido apenas el afortunado autor aproximó a sus labios la copa embriagadora de la alegría y del triunfo. Un mendigo andrajoso, que nada podía recoger estando confundido entre el gentío, y que no hallara bastante indemnización en los bolsillos de los vecinos, trató de subir a un punto alto para ponerse en evidencia y atraer las miradas y las limosnas. Habíase, pues, encaramado durante los primeros versos, apoyándose en los pilares del estrado reservado, hasta la cornisa que limitaba la balaustrada por su parte inferior, y allí se sentó, llamando la atención y excitando a la multitud, para lo cual enseñaba sus andrajos y una llaga asquerosa que le cubría el brazo derecho, pero sin chistar. Su silencio dejaba pasar el prólogo sin estorbo, y no hubiera sobrevenido sensible desorden, si la desgracia no hubiera ordenado que el estudiante Juan Frollo divisase desde lo alto de su pilar al mendigo haciendo muecas. Apoderóse del joven descompuesta risa, y sin importarle interrumpir el espectáculo y turbar el recogimiento general, vociferó con desenvoltura:

—¡Eh! ¡Mirad el mendigo enclenque que pide limosna!

El que haya arrojado una piedra en un charco lleno de ranas, o haya disparado a una bandada de pájaros, puede formarse una idea del efecto que producirían aquellas frases incongruentes en medio de la atención general. Gringoire se estremeció, como si hubiese sentido una sacudida eléctrica. Interrumpióse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hacia el mendigo, que, en vez de desconcertarse, vio en este incidente la mejor ocasión para recoger algo, y se puso a gritar con acento doliente y con los ojos entornados: —¡Una limosna por el amor de Dios!

—¡Diablo! —repitió, siempre gritando, Juan Frollo—; ¡es Clopin Trouillefou! Hola amigo, ¿te molestaba ya la llaga en la pierna, que te la has pasado al brazo?

Diciendo esto, el taimado estudiante arrojó con destreza de mono un cornadito en el sombrero grasiento que tendía el mendigo con su brazo enfer-

mo. El mendigo recibió sin inmutarse la limosna y el sarcasmo, y continuó exclamando con voz lastimosa: —¡Una limosnita por el amor de Dios!

Este incidente distrajo al auditorio, y muchos espectadores, capitaneados por Robin y otros amanuenses, aplaudieron con bullicio el caprichoso dúo que acababan de improvisar, cortando el prólogo, el estudiante con su voz chillona y el mendigo con su imperturbable cantinela.

Gringoire estaba muy descontento: cuando volvió en sí del éxtasis, se desgañitaba gritando a los cuatro personajes de la escena: —¡Continuad, continuad! —sin dignarse mirar con desdén a los interruptores.

Entonces sintió que le tiraban de la capa; se volvió de mal humor y le costó gran trabajo sonreír, pero no tenía otro remedio: Grigueta había pasado el brazo a través de la balaustrada, y le tiraba de la capa para llamar así su atención.

—Señor, le pregunto, ¿van a continuar?

—Claro que sí —contestó Gringoire, a quien chocó esta pregunta.

—Pues entonces, quisiera que me explicarais…

—¿Lo que van a decir? Pues escuchadlo.

—No —respondió Grigueta—; lo que han dicho ya.

Gringoire dio un salto, como herido a quien tocan la llaga.

—¡Mala peste cargue con esta necia! —murmuró el autor. Desde este momento formó idea tristísima de Grigueta.

Mientras los actores obedecieron su mandato, y el público, viendo que volvían a representar, tornó a escucharles, no sin haber perdido algunas bellezas en la especie de soldadura que se improvisó entre las dos partes de la pieza, tan bruscamente cortada; Gringoire se hacía esta reflexión en voz baja. Lentamente se restablecía la tranquilidad, el estudiante callaba, el mendigo contaba sus monedas dentro del sombrero, y la representación continuaba.

Era, en efecto, una pieza entretenida, tanto, que creemos que se podría sacar partido todavía hoy de ella, haciéndose algunas correcciones y arreglos. La exposición, algo larga y un tanto insulsa según las reglas, era sencilla, y Gringoire, en el cándido santuario de su espíritu, admiraba su clari-

dad. Como puede suponerse, los cuatro personajes alegóricos estaban cansados de haber recorrido las tres partes del mundo sin haber podido otorgar convenientemente el delfín de oro. Se ocupaban del pez maravilloso, elogiándole y haciendo mil delicadas alusiones al joven esposo de Margarita de Flandes, a la sazón recluso en Amboise, y sin sospechar que el Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía, venían solo por él de dar la vuelta al mundo. Dicho delfín era joven, hermoso y valiente, y sobre todo (orgulloso origen de las virtudes reales) era hijo del león de Francia. Declaro que es admirable esta metáfora atrevida, y que la historia del teatro, en un día de alegoría y de real epitalamio, no debe tomar en cuenta que un delfín sea hijo de un león. Precisamente estas extrañas y pindáricas misceláneas justifican el entusiasmo. Sin embargo, para desarrollar también la parte crítica, el poeta debió desarrollar tan bella idea en menos de doscientos versos. Es verdad que el misterio debía durar desde mediodía hasta las cuatro de la tarde, según lo que ordenara el señor preboste, y que hay que ocupar esas horas de cualquier modo: por lo demás, el público lo escuchaba todo con paciencia.

De pronto, estando disputando la Mercancía y la Nobleza, cuando el Trabajo pronunciaba este mirífico verso:

Onc ne vis dans les bois bête plus triomphante! 2

la puerta del estrado reservado, cerrada hasta aquel momento, se abrió fuera de tiempo, y la voz tonante del ujier anunció de un modo solemne *a su eminencia monseñor el cardenal de Borbón*.

III. El señor cardenal

¡Pobre Gringoire! El estrépito de los cohetes que resuenan la noche de San Juan, la descarga de veinte arcabuceros, la detonación de la famosa culebrina de la torre de Billy, que durante el sitio de París, de 1465, mató de un tiro siete borgoñeses; la explosión de la pólvora almacenada en la puerta del Temple, le hubieran destrozado con menos rudeza los oídos en aquel instan-

te, solemne y dramático, que estas palabras pronunciadas por el ujier: *su eminencia monseñor el cardenal de Borbón*.

Pedro Gringoire ni temía ni desdeñaba al cardenal; no sentía tal debilidad ni fortaleza; verdaderamente ecléctico, como se diría hoy, Gringoire era una de esas almas dignas y fuertes, moderadas y tranquilas, que saben mantenerse en un término medio en todo, *stare in dimidio rerum*, que están repletos de razón y de filosofía liberal, aunque se trate de cardenales. Raza escogida y jamás interrumpida de filósofos, a los que la sabiduría, como otra Ariadna, parece que les haya otorgado un ovillo de hilo que desovillan desde el principio del mundo al través del laberinto de los acontecimientos humanos. Se les encuentra en todas las épocas, siempre lo mismo, quiero decir, según las épocas. Descontando Pedro Gringoire, que los representaría en el siglo XV, si hubiera adquirido la ilustración que merecía, era su espíritu quien animaba al padre du Breul cuando escribió en el siglo XVI estas palabras, ingenuamente sublimes y dignas de todos los siglos: «Yo soy parisiense de nación y *parrhisian* para hablar, porque *parrhisia* en griego quiere decir libertad de hablar, de la cual he usado hasta con los señores cardenales, tío y hermano de monseñor el príncipe de Conti, guardando con el respeto debido a su grandeza y sin ofender a ninguno de su cohorte, lo que es mucho decir».

No existía, pues, en la impresión desagradable que recibió Pedro Gringoire, ni odio al cardenal ni desdén hacia su persona; al contrario, el poeta tenía demasiado buen sentido para dar el valor debido a alguna alusión de su prólogo, y en particular a que la glorificación del delfín, hijo del león de Francia, llegase a oídos de su eminencia. Empero, este interés no domina en la noble naturaleza de los poetas: si suponemos que se represente la entidad del poeta por medio del número diez, un químico, analizándola y dosificándola, como dice Rabelais, la encontraría compuesta de una parte de interés y de nueve partes de amor propio. En el instante en que la puerta se abrió para dar paso al cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, hinchadas y huecas por el soplo de la admiración popular, se hallaban en estado de aumento prodigioso, bajo el cual desaparecía ahogada la imperceptible molécula de interés, que dijimos hace poco no faltaba en la constitución de los poetas, ingrediente precioso, por otra parte, que les proporciona la realidad y la humanidad, y sin el cual no tocarían la tierra. Gringoire gozaba de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea completa de

bribones, es verdad, pero estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las interminables tiradas de versos que surgían a cada instante de todas las partes de su epitalamio. Juro que él mismo participaba de la satisfacción del público, y que al contrario de La Fontaine, que cuando se representaba su comedia *El Florentino*, preguntaba: *¿Qué autor desaliñado ha escrito esta rapsodia?* Gringoire hubiera preguntado con sumo gusto a su vecino: *¿De quién es esta obra magistral?* Ahora ya puede juzgarse mejor el efecto que produciría en él la brusca e intempestiva llegada del cardenal.

Lo que temía se realizó; la entrada de su eminencia trastornó al público, y todas las cabezas se volvieron hacia el estrado, siendo tal el murmullo que se movió, que no podía oírse a los comediantes. —¡El cardenal! ¡el cardenal! —exclamaron muchos a la vez. El desgraciado prólogo quedó cortado por segunda vez.

El cardenal se detuvo un instante en el dintel del estrado, y mientras miraba indiferente el auditorio, crecía el tumulto; todo el público pugnaba por verlo mejor, y todos trataban de levantar la cabeza sobre los que tenían a los lados; en efecto, el cardenal era un alto personaje, y su espectáculo valía tanto como una buena comedia.

Carlos, cardenal de Borbón, arzobispo y conde de Lyón, primado de las Galias, contrajo parentesco de afinidad con el rey Luis XI por medio de su hermano Pedro, señor de Beaujeu, que se había casado con la hija mayor del rey, y era también afín de Carlos el Temerario por parte de su madre, Inés de Bourgogne. Por consecuencia, el rasgo dominante, el más característico y distintivo del carácter del primado de las Galias, era el espíritu cortesano y el afecto a los poderosos. Es fácil, pues, comprender cuántos obstáculos debió proporcionarle este doble parentesco, y cuántos escollos temporales hubo de evitar su espiritual barca para no estrellarse contra Luis ni contra Carlos, esta Scila y esta Caribdis que habían ya devorado al duque de Nemours y al condestable de Saint-Pol. Merced al Cielo hizo la travesía con felicidad, y llegó a Roma sin estorbo. Pero aunque arribó al puerto, y precisamente por esto siempre recordaba con inquietud las peripecias diversas de su vida política, tanto tiempo alarmada y trabajosa. Por eso acostumbraba decir que el año 1476 había sido para él *negro y blanco*, dando a entender con esto, que perdió durante el mismo año a su madre, la duquesa de Bourbonnais, y a su primo el duque de Borgoña, y que un duelo le había consolado del otro.

Sin embargo, era un buen hombre: llevaba alegre vida cardenalicia; se solazaba en la tierra real de Challuan, no odiaba a Ricarda la Garmoise ni a Tomasa la Saillarde; favorecía con limosnas a las jóvenes lindas, con preferencia a las viejas, y por todos esos motivos era agradable y popular en París. Solía ir acompañado de obispos y de abates de alto linaje, galantes, frívolos y bromistas, siempre que se presentaba ocasión a propósito, y más de una vez las buenas devotas de Saint-Germain de Auxerre, al pasar por la noche bajo las ventanas iluminadas del palacio de Borbón, se escandalizaban de oír las mismas voces que cantaran las vísperas durante el día, salmodiar, entre el choque de las copas, el proverbio báquico de Benito XII, aquel papa que añadió una tercera corona a la tiara: *Vibamus papaliter*.

Esta notoriedad, adquirida con tan justo título, fue sin duda la que le preservó a su entrada de no ser mal recibido por el público, que tan descontento estaba momentos antes, y tan poco dispuesto a respetar a un cardenal el día en que iba a elegir un papa; pero los parisienses no son rencorosos, y además, como ordenaron empezar la representación por su propia autoridad, habían triunfado de la orden del cardenal, y este triunfo les bastaba. Hay que añadir que el señor cardenal de Borbón era un buen mozo, y el traje rojo le sentaba perfectamente, por lo que se pusieron de su parte las mujeres, y por consiguiente, la mitad mejor del auditorio; y denotara injusticia y mal gusto silbar a un cardenal por esperar mucho tiempo que comenzase el espectáculo, cuando este es buen mozo y viste con elegancia el traje rojo.

Entró, pues, y saludó a los presentes con la sonrisa hereditaria que dirigen los grandes al pueblo, y se dirigió con pasos lentos hacia el sillón de terciopelo color escarlata destinado para él, con el aspecto de quien piensa en otras cosas. Su cohorte, lo que llamaríamos hoy su estado mayor de obispos y de abates, invadió detrás de él el estrado, no sin promover curiosidad y tumulto en el patio. La muchedumbre los señalaba y nombraba, queriendo conocer a unos o a otros de la comitiva del cardenal: quiénes señalaban al obispo de Marsella, otros al primicio de San Dionisio; algunos a Roberto de Lespinasse, abad de Saint-Germain-des-Prés, aquellos al hermano libertino de una querida de Luis XI.

No cesaban de jurar los estudiantes, porque este era su día, su fiesta de los locos, su saturnal, la acostumbrada orgía anual de su jurisdicción y de la escuela; cualquier atrevimiento se les permitía ese día; además, había bastantes mozas de vida airada entre el gentío, como Simona, Inés y Robina.

¿No era lo menos que podían hacer, jurar sin cortapisas, en tan clásico día, contando con la buena compañía de las gentes de la iglesia y de las hijas de placer?

Por esta razón aquello era un pandemónium, una cencerrada de blasfemias y de ironías que se escapaban de las lenguas de los curiales y de los estudiantes, cohibidos durante todo el año por temor al hierro candente de San Luis. ¡Pobre San Luis! ¡Cómo se burlaban de él en su mismo palacio de Justicia!… Cada uno de los estudiantes tomó por su cuenta a una sotana negra, gris, blanca o violeta de los que se sentaran en el estrado, y Juan Frollo, por su calidad de hermano de un arcediano, se encarnizó con una sotana roja, cantando a voz en grito, fijando sus desvergonzados ojos en el cardenal: *Cappa repleta mero!*

Todos estos detalles, que pintamos realmente para edificación del lector, los apagaba el rumor general, y se desvanecían antes de llegar al estrado; y aunque se hubieran oído, importarían poco al cardenal; ¡tan arraigadas estaban estas libertades en las costumbres! Le preocupaba otro cuidado, que le seguía de cerca y que entró casi al tiempo que él en el estrado: la embajada de Flandes.

No era político meticuloso, y no le inquietaban las consecuencias posibles del enlace de su prima Margarita de Borgoña con su primo Carlos, delfín de Viena; ni cuánto pudiera durar la buena armonía, pero poco sincera, del duque de Austria y del rey de Francia, ni cómo tomaría el rey de Inglaterra aquel desaire a su hija; todo ello no desazonaba al cardenal ni le impedía ir a saborear todas las tardes el vino de la bodega real de Chaillot, sin sospechar que algunos frascos del mismo vino (corregido y aumentado por el médico Coictier), cordialmente ofrecidos a Eduardo IV por Luis XI, desembarazarían cierta mañana a Luis XI de Eduardo IV. La muy honorable embajada del señor duque de Austria no ocasionaba al cardenal ninguno de tales sinsabores, pero le importunaba por otro motivo. Era en efecto duro verse obligado a festejar y a recibir cortés y afectuosamente para él, Carlos de Borbón, a unos cuantos plebeyos; para él, que era cardenal, a unos regidores; para él, que era francés alegre y perito de banquetes, a esos hombres, alemanes y bebedores de cerveza; era, pues, para él esta una de las más engorrosas farsas que iba a representar por complacer al rey.

Entonces fueron de dos en dos, con una seriedad que contrastaba con la petulante comitiva eclesiástica de Carlos de Borbón, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria, llevando al frente al reverendo padre Juan, abad de San Bertino, caballero del Toisón de Oro, y a Jacobo de Goy, señor de Danoy, alcalde mayor de Gante. Reinó en la asamblea profundo silencio, turbado por risas sofocadas al oír los nombres ridículos y las calificaciones plebeyas que cada uno de estos personajes apuntaba con aire imperturbable al ujier, que anunciaba enseguida sus nombres y sus cualidades trabucándolos y estropeándolos. Entre los alemanes estaban los personajes siguientes: el maestro Luis Roelof, regidor de Lovaina; el señor Clays de la ciudad de Etuelde, regidor de Bruselas; el señor Pablo de Baeust, señor de Voirmizelle y presidente de Flandes; el maestro Juan Coleghems, burgomaestre de Amberes; el maestro Jorge de la Alvere, regidor primero de la Kuere de la ciudad de Gante, etc. Todos estos y los demás bailes, regidores, burgomaestres y todos ellos almidonados y vestidos de terciopelo y de damasco, embirretados con casquetes de terciopelo negro, recamados de hilo de oro de Chipre; presentando, sin embargo, notables cabezas flamencas, severas y dignas del estilo de las que Rembrandt hacía salir tan fuertes y tan graves del fondo negro de su *Ronda de Noche*; personajes que llevaban grabado en la frente, que Maximiliano de Austria hizo perfectamente en confiarse *de lleno*, como decía en su Manifiesto, *a su buen sentido, a su valor, a su experiencia, a su lealtad e hidalguía*.

Empero, había entre los personajes una excepción. Un hombre que ostentaba semblante fino, inteligente y astuto, y la boca del mono y del diplomático al mismo tiempo, ante quien el cardenal se adelantó tres pasos y le saludó con profunda reverencia, y que solo se nominaba Guillermo Rym, consejero y pensionado de la ciudad de Gante. Pocos, muy pocos sabían entonces lo que era Guillermo Rym. Extraño genio que en época de revolución hubiera aparecido con gran brillo sobre la superficie de los sucesos; pero que en el siglo XV se vio reducido a bajas intrigas y a vivir de *trabajos de zapa*, como dice el duque de Saint-Simon. Sin embargo, era apreciado como el primer *zapador* de Europa; maquinaba familiarmente con Luis XI, metiéndose con frecuencia en los secretos trabajos del rey, lo que ignoraba la multitud, a la que maravillaba la sumisión que hacía el cardenal al que ella creía insignificante personaje.

IV. Maese Santiago Coppenole

Mientras el pensionado de Gante y su eminencia cambiaban el saludo y algunas palabras en voz baja, apareció, hombreándose con Guillermo Rym, un hombre de alta estatura, de faz ancha y de poderoso torso; hubiérase dicho que el dogo iba a entrar detrás del zorro. Su caperuza de fieltro y coleto de cuero formaban a modo de las manchas del terciopelo y la seda que le rodeaban. El ujier le detuvo, creyendo que era algún palafrenero extraviado,

—¡No se pasa, buen hombre! —le dijo.

El hombre vestido de cuero se encogió de hombros.

—¿Qué dice ese estúpido? —exclamó con voz de trueno, que resonó en toda la sala, cuyos espectadores estaban atentos al extraño diálogo—. ¿No ves que vengo con la embajada?

—¿Vuestro nombre? —le preguntó el ujier.

—Santiago Coppenole.

—¿Qué sois?

—Calcetero de Gante, de la tienda que tiene de muestra *tres cadenillas*.

El ujier retrocedió, porque después de anunciar a regidores y burgomaestres, le parecía fuerte cosa anunciar a un calcetero. El cardenal estaba en ascuas. El público miraba y escuchaba. Entre tanto Guillermo Rym se acercó al ujier y sonriendo le dijo aparte:

—Anunciad a maese Santiago Coppenole, regidor de la ciudad de Gante.

—Ujier —repitió en alta voz el cardenal—, anunciad a maese Santiago Coppenole, regidor de la ilustre ciudad de Gante.

El cardenal cometió esta falta sin la que Guillermo hubiera esquivado la dificultad, pero Coppenole oyó a aquel y gritó con voz estrepitosa:

—¡No, por Cristo! Soy Santiago Coppenole, calcetero. ¿Lo oyes, ujier? Ser calcetero es bastante. Ciertamente más de una vez el señor archiduque ha buscado sus guantes en mis calzas.

Al oír esto el público prorrumpió en risas y aplausos. Una pulla se comprende al punto en París y se aplaude siempre: añadamos que Coppenole era hijo del pueblo y la multitud que la aplaudía también, y así la comunicación entre ellos fue rápida y eléctrica: la altiva presentación del calcetero alemán, que humillaba a las gentes de la corte, inspiró en todas las almas de los plebeyos cierto sentimiento de dignidad, latente aun en el siglo quince. El calcetero era un hombre igual que se presentaba frente a frente del cardenal de Borbón; reflexión consoladora para aquellos pobres diablos acostumbrados a respetar y obedecer a los criados de los maceros del baile del abad de Santa Genoveva, portacola del cardenal.

Coppenole saludó con altivez a su eminencia y este devolvió el saludo al ilustre plebeyo que Luis XI temía. Después, mientras Guillermo Rym, hombre *astuto y malicioso* (según Felipe de Comines), seguía a los dos con sonrisa burlona de superioridad, ocupó cada cual su asiento, el cardenal desconcertado y poco satisfecho y Coppenole tranquilo y arrogante, pensando sin duda que su título de calcetero era tan bueno como cualquiera otro, y que María de Borgoña, madre de Margarita, que Coppenole iba a casar aquel día, le hubiese tenido menos temor siendo cardenal que siendo calcetero, porque no era cardenal el que amotinó a los ganteses contra los favoritos de la hija de Carlos el Temerario, porque no era cardenal el que envalentonara al populacho con sus palabras contra las lágrimas y ruegos de la princesa de Flandes, cuando fue a rogar por ellos a su pueblo hasta el pie del cadalso; mientras que el calcetero, solo levantando su brazal de cuero, hizo cortar las cabezas de los ilustres señores Guy de Hymbercourt y del canciller Guillermo Hugonet.

No terminaron aún los disgustos para el pobre cardenal: debía beber hasta las heces el cáliz de encontrarse con tan mala compañía.

El lector no habrá olvidado al descarado mendigo que se encaramó hasta las franjas del estrado cardenalicio: la llegada de los convidados no le hizo dejar el sitio que ocupaba, y mientras que los prelados y los embajadores se embanastaban, como arenques alemanes, en los asientos de la tribuna, él adoptó posición más cómoda, cruzando las piernas sobre el arquitrabe. Este extraño atrevimiento no llamó en los primeros momentos la atención de nadie, por mirar todos hacia otro lado; tampoco él por su parte se fijaba en nada de lo que sucedía en la sala, moviendo la cabeza con indiferencia napolitana, repitiendo de tanto en tanto, como costumbre maquinal: «¡Una li-

mosna por amor de Dios!» Quizás entre todos los espectadores fue el único que no se dignó volver la cabeza para presenciar el altercado entre Coppenole y el ujier.

Pero la casualidad quiso que el calcetero de Gante, que conquistó las simpatías del pueblo y que atraía todas sus miradas, se sentase casualmente en la primera fila del estrado, encima del mendigo, y quedó asombrada la multitud al ver que el embajador flamenco viendo a aquel pillastre situado bajo de él, le diera amistosas palmadas en la espalda, cubierta de andrajos.

El mendigo volvió la cabeza, y las fisonomías de este y Coppenole expresaron la sorpresa, el júbilo y el reconocimiento; después, sin hacer caso del público, se pusieron a charlar en voz baja, cogidos de las manos, y los harapos de Clopin Trouillefou, descansando en el tapiz de oro del estrado, ofrecían la imagen de una oruga paseándose sobre una naranja.

La rareza de esta escena singular excitó tal rumor, tal alegría y tales risas en la sala, que el cardenal no tardó en percatarse de ella; medio se inclinó, no pudiendo desde el sitio que ocupaba más que entrever la vestimenta ignominiosa de Clopin; se creyó que el mendigo imploraba limosna, y, sublevado por esta audacia, gritó:

—¡Señor baile del palacio, ordenad que arrojen al río a ese tunante!

—¡Por Dios, eminentísimo cardenal —repuso Coppenole sin soltar la mano de Clopin—, que es un amigo mío!

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo! —aulló la multitud.

Desde este momento maese Coppenole obtuvo en París, como en Gante, *gran crédito con el pueblo, porque gentes de esa talla lo tienen*, según Felipe de Comines, *cuando son tan desordenados*.

El cardenal se mordió los labios y se inclinó hacia el abad de Santa Genoveva, que se hallaba a su lado, diciéndole en voz baja:

—¡Valientes embajadores que nos envía el archiduque para anunciarnos a la princesa Margarita!

—Vuestra eminencia gasta en vano sus distinguidos modales con esos rústicos alemanes… Echa *margaritas a puercos*.

—Decid mejor —repuso sonriendo el cardenal—, *puercos a Margarita*.

La cohorte de sotanas celebró este juego de palabras; este incidente desahogó al cardenal, que también espetó su gracia y fue aplaudido.

Ahora es cuando los lectores que tengan el poder de generalizar una imagen y una idea, como se dice en el estilo moderno, tendrán a bien que les preguntemos si se figuran distinta y claramente el espectáculo que presentaba en tales momentos el vasto paralelogramo de la sala mayor del palacio de Justicia. En medio de la sala, junto a la pared occidental, el largo y magnífico estrado de brocado de oro, donde entraron procesionalmente por una puertecilla ojiva grandes personajes, sucesivamente anunciados por la voz agria del ujier. En los primeros escaños se veían muchos rostros venerables realzados por el armiño, por el terciopelo y por la escarlata. Alrededor del estrado, que permanece silencioso y espetado, abajo, enfrente, por todas partes, gran concurrencia y gran rumor; muchas miradas de la concurrencia fijas en cada semblante del estrado, muchos cuchicheos sobre cada uno de los personajes que le ocupan: el espectáculo es curiosísimo y bien merece la atención de los circunstantes. ¿Allá abajo, qué significa aquella guisa de tablado, encima del que se ven cuatro monigotes vestidos de colorines y otros cuatro abajo? ¿Quién es aquel hombre de pálido semblante y vestido de negro que está junto al tablado? Es Pedro Gringoire y están representando su prólogo.

Lo habíamos olvidado casi, y eso es lo que él temía. Desde el momento en que entró el cardenal, Gringoire no había dejado de dar fe de vida para salvar su prólogo. Por de pronto encargó a los actores, que suspendieran la representación, que la continuasen, pero levantando más la voz; luego, viendo que la gente no los oía, les hizo callar, y después de un cuarto de hora que duró la interrupción, no cesó de dar golpes con el pie, de moverse, de interpelar a Grigueta y a Lienarda, de alentar a sus vecinos para que exigieran la continuación del prólogo, pero todo fue en vano. Todos estaban fijos en el cardenal, en los embajadores, en el estrado, único centro de atracción de los rayos visuales. Debemos creer, y lo decimos con pesadumbre, que el prólogo empezaba a encocorar al auditorio en el momento en que su eminencia entró a proporcionarle una diversión en la forma que ya describimos. Después de todo, tanto en el estrado, como en la mesa de mármol, se representaba el mismo espectáculo: el conflicto entre el Trabajo y el Clero, la Nobleza y la Mercancía. Muchos prefieren verlas viviendo, respirando, en acción, codeándose y de carne y huesos, como en la embajada flamenca,

como en la cohorte episcopal, oculta bajo los hábitos del cardenal y bajo el traje de cuero de Coppenole, a verlas pintarrajeadas, vestidas de mojiganga, hablando en verso y, embutidas, como si dijéramos, en las túnicas amarillas y blancas con que Gringoire las cubría.

Cuando el poeta vio que se restablecía la calma, imaginó un recurso para poder salir airoso de la representación de su farsa, y dirigiéndose a un hombre obeso y resignado que estaba cerca de él, le preguntó:

—¿No os parece que debían empezar otra vez?

—¿El qué?

—El misterio.

—Por mí que empiecen.

Esta semiaprobación bastó a Gringoire y, sin valerse de nadie más, comenzó a gritar, confundiéndose con la multitud:

—¡Empezad otra vez el misterio! ¡Otra vez!

—¿Qué dicen por allá abajo? —exclamó Juan Frollo—. Decidme, compañeros, ¿no concluyó ya el misterio? Quieren volver a empezar; eso no es justo.

—¡No, no! —vociferaron todos los estudiantes—. ¡Fuera el misterio! ¡Fuera el misterio!

Pero Gringoire se multiplicaba, gritando cada vez con más fuerza:

—¡Empezad, empezad otra vez!

Este clamoreo llamó la atención del cardenal.

—Señor baile de palacio —murmuró a un hombre alto y vestido de negro, que estaba colocado a pocos pasos de él—, ¿por qué meten esa bulla infernal?

El baile de palacio era una especie de magistrado anfibio, a modo de murciélago del orden judicial, que participaba de ratón y de pájaro, de juez y de soldado. Se aproximó a su eminencia y le explicó balbuceando a su manera la incongruencia popular; que habiendo llegado el mediodía antes que el señor cardenal, los histriones se vieron obligados a comenzar la representación sin esperar a su eminencia.

El cardenal se echó a reír.

—El señor rector de la Universidad debió hacer lo mismo —contestó—. ¿No os parece que digo bien, señor Guillermo Rym?

—Monseñor —repuso este—, contentémonos con habernos librado de oír la mitad de la comedia; eso hemos ganado.

—¿Pueden los histriones continuar la farsa? —preguntó el baile.

—Sí, sí, igual me da; durante ese tiempo leeré el breviario.

Adelantóse el baile hasta el límite del estrado, y luego de imponer silencio, gritó:

—Vecinos de París, para dar gusto a los que desean que se empiece el misterio y a los que desean que termine, su eminencia manda que continúe la representación.

Los dos partidos tuvieron que conformarse, sin embargo de que el autor y el público guardaron inquina al cardenal durante mucho tiempo.

Los histriones comenzaron su interrumpida declamación, y Gringoire abrigó al menos la esperanza de que atenderían su obra hasta el final; esta esperanza no tardó en desaparecer como sus demás ilusiones; el público quedó bastante silencioso, pero Gringoire no se fijó en que en el instante mismo en que el cardenal dio la orden de continuar, el estrado ya no estaba repleto ni en que detrás de los embajadores alemanes habían entrado nuevos personajes que formaban parte del séquito, cuyos nombres y cualidades, lanzados al través de su diálogo por la voz intermitente del ujier, producían en la sala gran trastorno. Figuraos, en efecto, durante una representación teatral la voz aguda del ujier, que lanza, entre dos versos o entre dos hemistiquios, paréntesis como los siguientes:

—Maestro Jacobo Charmolne, procurador del rey en la curia eclesiástica.

—Señor Galiot de Genoilhae, señor de Brussae y maestro de artillería del rey.

—Señor Luis de Graville, consejero y chambelán del rey, almirante de Francia, conserje del bosque de Vincennes, etc., etc.

Como puede suponer el lector, eso era insoportable para el autor.

Este extraño acompañamiento, que dificultaba la continuación de la pieza, indignaba tanto más a Gringoire, cuanto no ignoraba que el interés de ella iba creciendo siempre, y su obra requería únicamente ya poder ser oída. Difícil era, en efecto, imaginar asunto más ingenioso y más dramático. Los cuatro personajes del prólogo se lamentaban perplejos de no poder dar la solución conveniente que deseaban, cuando Venus en persona, *vera incessu patuit dea*, apareció ante ellos, viniendo a reclamar el delfín prometido a la más hermosa. Júpiter, cuyo rayo se oía rodar dentro del vestuario, la apoyaba, y la diosa iba a llevarse la alhaja citada, o, lo que es igual, despojando la realidad de la alegoría, iba a desposarse con el señor delfín, cuando se presenta un hermoso niño, vestido de damasco blanco y que llevaba en la mano una margarita (diáfana personificación de la princesa de Flandes). Este niño se presentó a luchar con Venus. Efecto teatral y peripecia. Luego de gran controversia, convinieron en sujetarse al buen juicio de la Santa Virgen. Había también otro papel excelente en la pieza, el de Don Pedro, rey de Mesopotamia, pero como hubo tantas interrupciones, fue difícil comprender para qué servía. Toda esta patrulla subió por la escalera.

El público no apreció ninguna de esas bellezas. Hubiérase dicho que cuando entró el cardenal, un hilo mágico tiró súbitamente la atención del auditorio desde la mesa de mármol al estrado, desde la extremidad meridional de la sala al extremo occidental; todos los ojos estaban fijos y encantados hacia esta parte, y los personajes que iban apareciendo, sus nombres, sus rostros y sus trajes, eran para el público una diversión continua. Haciendo omisión de Grigueta y Lienarda, que volvían la cabeza de vez en cuando cada vez que Gringoire les tiraba de las mangas, exceptuando al obeso y resignado adlátere suyo, nadie oía, nadie miraba la pieza abandonada. Gringoire veía todas las caras de perfil.

¡Con cuánta amargura veía demolerse piedra a piedra el catafalco de su gloria y de su poesía! ¡Y pensar que el mismo público estuvo a punto de rebelarse contra el baile, aguijoneado por la impaciencia de escuchar su obra! ¡Ahora que podía oírla no se dignaba escucharla, y eso que empezó el prólogo en medio de unánime exclamación! ¡Eternas variaciones de la opinión!… Antes faltó poco para ahorcar a los alabarderos del baile; ¡qué no hubiera dado Gringoire para que tornasen aquellos momentos!…

Al fin concluyó el brutal monólogo del ujier cuando terminaron de entrar los invitados y Gringoire respiró. Los comediantes continuaron representan-

do imperturbables: de repente Coppenole el calcetero se levanta, y Gringoire, estupefacto, le oye pronunciar, en medio de un gran silencio, el siguiente abominable discurso:

—Señores vecinos e hidalgüelos de París: ignoro por mi vida, lo que hacemos aquí. Veo allá abajo, en un rincón, sobre el tablado, gentes que parecen que quieran rascarse. Ignoro si es a eso lo que llamáis *misterio*, pero eso es poco divertido. Riñen solamente de lengua y no pasan de ahí. Hace un cuarto de hora que espero a que se den el primer porrazo, pero no se lo dan. Son cobardes que solo se arañan injuriándose. Debieran traer luchadores de Londres o de Rotterdam, y entonces hubiera habido aquí trompazos que se oirían desde la plaza, pero estos dan compasión. ¡Si al menos bailasen alguna danza morisca u otra cualquiera!… No es esto lo que me anunciaron que harían; me habían prometido la fiesta de los locos, con la elección de su papa. Nosotros también tenemos papa de locos en Gante, y conste que no nos quedamos atrás. Ved cómo lo elegimos. Se reúne también mucha gente, como aquí. Después cada uno pasa la cabeza por un agujero y hace una mueca a los demás; el que hace el gesto más feo, por aclamación unánime es elegido papa. ¡Es sumamente divertido! ¿Queréis que nombremos papa al estilo de mi país? Será menos molesto que oír a esos charlatanes. Si quieren venir a hacer la mueca, los admitiremos a nuestro juego. Hay en esta sala suficientes muestras grotescas de los dos sexos para reír a lo flamenco, y nosotros somos bastante feos para poder competir haciendo muecas.

Gringoire le quiso contestar, pero el asombro, la cólera y la indignación le dejaron mudo. Por otra parte, acogió con tal entusiasmo la moción del calcetero popular, el público, que se oyó llamar *hidalguillo*, que hubiera sido inútil la resistencia. Era, pues, necesario dejarse arrastrar por el torrente. Gringoire ocultó el rostro entre las manos, puesto que no tenía manto para taparse la cabeza como el Agamenón de Timantes.

V. Quasimodo

En un momento se preparó todo lo necesario para realizar la idea de Coppenole; vecinos, estudiantes y amanuenses se ocuparon de ello. La capilla situada frente a la mesa de mármol fue escogida para teatro de las muecas. Un vidrio roto en el primoroso rosetón que había encima de la puerta dejó libre un círculo de piedra, por donde convinieron en pasar la cabeza los aspirantes; bastaba para llegar a él encaramarse sobre dos toneles que se tomaron no sé de dónde, y que pusieron uno sobre otro como Dios les dio a entender. Se dispuso que cada candidato, fuese hombre o mujer (porque podía elegirse igualmente una papisa), para dejar viva la impresión de su gesto, se cubriría el rostro y estaría oculto en la capilla hasta el instante de aparecer. En un momento se llenó de aspirantes la capilla, y la puerta se cerró tras ellos.

Coppenole desde su sitio mandaba, dirigía y lo arreglaba todo. Durante la confusión del arreglo, el cardenal, tan disgustado como Gringoire, bajo el pretexto de tener vísperas, se retiró con todo su séquito, sin que la multitud, que tanto se removió a su llegada, hiciese ningún movimiento a su salida. Solamente Guillermo Rym notó la derrota de su eminencia. La atención popular, como el sol, seguía su curso: empezó a fijarse en un extremo de la sala, después se concentró en el centro, y ahora se fijaba en el otro extremo. La mesa de mármol y el estrado de seda de oro tuvieron ya su éxito, y le llegó el turno a la capilla de Luis XI. El campo, desde ahora en adelante, estaba abierto para toda clase de locuras: ahora ya no había en él más que alemanes y canalla.

Dieron comienzo las muecas: la primera cabeza que asomó por la ventana de piedra, tenía los párpados ribeteados de rojo, la boca descomunal y la frente plegada, como las botas de los húsares del imperio, y provocó risas tan vehementes, que Homero hubiese tomado por dioses a todos aquellos patanes; pero estaba muy lejos el local de ser un Olimpo, y el pobre Júpiter-Gringoire lo sabía mejor que nadie. La segunda y la tercera mueca se sucedieron; luego otra, después otra, y cada vez crecía el estrépito y las risotadas. Había en aquel espectáculo no sé qué vértigo, no sé qué fascinación, no

sé qué deslumbramiento, que sería dificilísimo de explicar a nuestros contemporáneos. Figúrese cada cual una serie de rostros, que presentan sucesivamente todas las formas imaginables geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recién nacido hasta las de la vejez moribunda; todas las hechicerías religiosas, desde el Janno hasta el Belcebú; todos los perfiles animales, desde la boca hasta el pico, desde el labio hasta el morro. Represéntese cada cual a todos los mascarones del puente Nuevo, esas pesadillas petrificadas por la mano de Germán Pilón, reviviendo, respirando y llegando por turno a miraros cara a cara y con los ojos ardientes; figuraos todas las máscaras del Carnaval de Venecia sucediéndose ante vuestros gemelos; en fin, figuraos un caleidoscopio humano.

La orgía era cada vez más alemana, y Teniers solo podría dar de ella una idea aproximada; figuraos la batalla de Salvator Rosa en bacanal: allí ya no había ni estudiantes, ni embajadores, ni vecinos, ni hombres, ni mujeres; ni se acordaba nadie de Clopin de Trouillefou, ni Gil Lecornu, ni María, ni Robin; todo se borraba en medio de aquella confusión: la sala mayor era ya una inmensa hornaza de jovialidad y de descoco, donde cada boca era un grito, cada rostro una mueca y cada individuo una postura, y el conjunto gritaba y aullaba. Los rostros extraños que hacían gestos encuadrados por el óvalo de piedra, eran otras tantas hachas que se arrojaban al fuego, y de toda esa multitud efervescente brotaba, como el vapor de la hornaza, un rumor agrio, agudo, acerado y silbante como el aleteo de un mosquito.

—¡Eh! ¡eh! ¡Demonio!

—¡Valiente cara!

—¡Esa no vale!

—¡Otra! ¡otra! ¡otra!

—Guillermina Mangerepuis, mira morro de vaca; solo le faltan los cuernos; no es tu marido.

—¡Otra! ¡otra!

—¡Voto a bríos! ¿Qué diablos va a ser ese gesto?

—¡Eh! ¡eh!… Eso es hacer trampas; cada cual ha de enseñar su cara.

—¡Es la maldita Petra Callebote! ¡Es capaz de todo eso!

—¡Bien! ¡bravo!

—¡Ese no puede pasar las orejas por el óvalo! etc., etc.

Es necesario que hagamos justicia a nuestro amigo Juan Frollo; en medio de aquel *sábado*, se le veía siempre en la cúspide del pilar, como grumete en la gavia; gesticulaba atrozmente, con la boca abierta de par en par, de la que soltaba un grito, que no se oía, no porque cesara el clamoreo general, que era muy intenso, sino porque llegó ya a alcanzar, sin duda, el límite de los sonidos agudos perceptibles, por el oído humano.

En cuanto a Gringoire, después que de los primeros momentos de abatimiento, cobró ánimo y miró cara a cara a la adversidad. —«Continuad» —ordenó por tercera vez a los cómicos, máquinas parlantes—; luego, paseando a grandes pasos por delante de la mesa de mármol, sentía impulsos de asomarse por el óvalo de piedra de la capilla, aunque solo fuese por el placer de hacer una mueca al pueblo ingrato.

—Pero eso no sería digno de mí; ¡despreciemos la venganza! —exclamó —; luchemos hasta el fin; grande es el poder de la poesía sobre el pueblo: yo me apoderaré de él. Veremos si vencerán las muecas o las bellas letras.

Finalmente llegó a ser el único espectador de su obra; ya no veía más que espaldas: me equivoco; el hombre obeso y resignado, a quien consultó en otro crítico momento, estaba aún de cara al teatro; Grigueta y Lienarda habían desaparecido del salón hacía ya tiempo. A Gringoire le conmovió la fidelidad de su único espectador; se acercó a él, y le dirigió la palabra, tocándole el brazo ligeramente, porque el hombre obeso se había apoyado en la balaustrada y se quedó dormido.

—Muchas gracias —le dijo Gringoire.

—¿Por qué? —le preguntó el hombre obeso bostezando.

—Porque veo que os incomoda este maldito barullo que os impide oír con claridad; pero tranquilizaos, vuestro nombre pasará a la posteridad. ¿Cómo os llamáis?

—Reinaldo Chateau, guardasellos del Chatelet de París, para serviros.

—Pues yo soy aquí el único representante de las musas —le dijo el poeta.

—Sois muy amable, señor mío.

—Vos sois el único que escuchó la pieza con la atención debida. ¿Qué tal os parece mi obra?

—Me parece bastante alegre —le contestó el magistrado medio despierto.

Tuvo Gringoire que contentarse con este cumplido, porque una tempestad de aplausos, mezclada a prodigiosa aclamación, cortó su diálogo. Habían ya elegido al papa de los locos.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bien! ¡Bien! —vociferaba el pueblo por todas partes.

Era, en efecto, inaudita la mueca que se presentaba en el agujero del rosetón. Después de todas las caras inverosímiles que se habían sucedido en el óvalo sin conseguir el ideal de lo grotesco imaginado por el público, se necesitaba, para obtener todos los votos, nada menos que la mueca sublime que vino a deslumbrar a la concurrencia. Coppenole mismo aplaudió, y Clopin Trouillefou, que se presentó a concurso con fealdad acreditada, se declaró vencido, y nosotros también. No nos atrevemos a dar una idea de aquella nariz piramidal, de aquella boca de herradura, de aquel ojuelo izquierdo obstruido por una ceja roja y espesa, mientras el ojo derecho se ocultaba por completo debajo de enorme verruga; de aquellos dientes desiguales, desportillados a trechos, como las almenas de una fortaleza; de aquel labio calloso, de donde salía un diente como colmillo de elefante; de aquella barba hendida, y sobre todo, de aquella fisonomía, que esparcía por las facciones una mezcla de malicia, de asombro y de tristeza. Imagínese quien pueda semejante conjunto.

Obtuvo unánime aclamación, y el público se arrojó precipitadamente por la puerta de la capilla. Sacaron en triunfo al bienaventurado papa de los locos, y entonces fue cuando la sorpresa del público llegó a su colmo, porque la mueca era el verdadero rostro del desconocido, o mejor dicho, toda su persona era una mueca. Su cabeza gruesa estaba erizada de cabellos rojos; ostentaba atrás enorme joroba, cuyo contrapeso sentía por delante; su configuración de muslos y de piernas era tan extraña, que estas solo podían tocarse por las rodillas, y vistas de frente se parecían a dos curvas de hoces que se hubiesen juntado por el mango; sus pies eran grandes, sus manos monstruosas, y a pesar de tanta deformidad, tenía un aspecto temible de vi-

gor, de agilidad y de fortaleza, que le constituía en extraña excepción del axioma, que pretende que la fuerza y la belleza resulten de la armonía. Este era el papa que los locos acababan de nombrarse, y bien pudiera creerse que había sido un gigante roto y mal soldado después.

Cuando esta especie de cíclope apareció en el umbral de la capilla, inmóvil, rechoncho y casi tan ancho como alto, *cuadrado por la base*, con un traje mitad rojo y la otra mitad morado, sembrado de campanillas de plata, y sobre todo, ostentando la perfección de su fealdad, el populacho lo reconoció enseguida, y todo el público gritó a la vez:

—¡Es Quasimodo el campanero! ¡Es Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora! ¡Quasimodo el tuerto! ¡Viva Quasimodo!

—¡Mucho cuidado con las mujeres embarazadas! —exclamaban los estudiantes.

—¡Y con las que sientan hoy deseos de estarlo! —añadió Juan Frollo.

Las mujeres se tapaban la cara para no verlo.

—¡Es un monstruo! —decía una.

—¡Tan malo como feo! —repuso otra.

—Parece un demonio —añadía una tercera.

—Yo, que tengo la desgracia de vivir cerca de Nuestra Señora, le oigo andar por las canales todas las noches.

—Sí, con los gatos.

—Siempre está por los tejados.

—Nos echa la buenaventura por las chimeneas.

—La otra noche vino a hacerme una mueca a la ventana de mi azotea; yo creí que era un hombre, y tuve miedo.

—Debe ir con las brujas a la celebración de los sábados. Un día se dejó una escoba en mi tejado.

—¡Qué jorobado tan repugnante!

Los hombres, por el contrario, admiraban al monstruo y le aplaudían. Quasimodo, objeto de este tumulto, permanecía como clavado en el umbral

de la puerta de la capilla, sombrío, serio, y dejándose admirar.

Al estudiante Robin, que osó reírse en sus narices, le cogió por la cintura y le arrojó a diez pasos de distancia, pero sin hablar una palabra.

Absorto Coppenole, se aproximó al jorobado, y le dijo:

—Te juro que posees la más hermosa fealdad que vi en mi vida. Merecías ser papa en Roma tanto como en París.

Diciendo esto le ponía la mano en la espalda, y le golpeaba amistosamente. Quasimodo no se movió. Coppenole prosiguió:

—Eres un perillán a quien yo convidaría a comer, aunque me arruinase. ¿Qué dices a esto?

Quasimodo no contestó.

—¡Vive Dios! —exclamó el calcetero—; ¿eres sordo?

Sordo era en efecto; pero comenzaban a impacientarle las familiaridades de Coppenole, y se volvió de pronto hacia él, rechinando los dientes de tan medrosa manera, que el gigante alemán retrocedió como un ratón ante un gato.

Entonces se hizo alrededor del extraño personaje un círculo de terror y de respeto que nadie osaba traspasar. Una vieja le dijo a Coppenole que Quasimodo estaba sordo.

—¡Sordo! —exclamó el calcetero—; pues eres un papa completo.

—¡Ah! ¡Si yo le conozco! —gritó Juan, que descendió del capitel para ver a Quasimodo más de cerca—; es el campanero de mi hermano el arcediano. ¡Buenos días, Quasimodo!

—¡Diablo del monstruo! —exclamó Robin malhumorado y confuso del golpe—; aparece, y es jorobado; anda, y es estevado; mira, y es tuerto; le habláis, y resulta sordo. ¿Para qué le servirá la lengua?

—Habla cuando quiere —le contestó la vieja—. Se volvió sordo de tocar las campanas, pero no es mudo.

—Eso solo le faltaba —añadió Juan.

—Le sobra un ojo —observó Robin.

—No —repuso con gravedad Juan—; un tuerto es más incompleto que un ciego, porque sabe lo que le falta.

En tanto todos los mendigos, todos los lacayos y todos los rapa-bolsas, juntamente con los estudiantes, habían ido a buscar procesionalmente en el armario de la Basoche la tiara de cartón y el traje talar grotesco del papa de los locos. Quasimodo dejó que le vistieran sin pestañear, con una especie de docilidad orgullosa. Luego, le colocaron en unas angarillas llenas de cintajos de colorines, y entre doce oficiales de la cofradía de los locos, le levantaron sobre sus hombros: una alegría amarga y desdeñosa se difundió por la faz del cíclope al ver bajo sus pies deformes a tantos hombres derechos, bien configurados y hermosos. Después avanzó la procesión andrajosa con estrépito infernal para dar la vuelta, según costumbre, por el interior de las galerías del palacio, antes de exhibirse por las calles y plazas de París.

VI. La Esmeralda

Hay que advertir que durante toda la escena anterior, la pieza teatral Gringoire seguía representándose; los comediantes, excitados por él, continuaban declamando, y el autor seguía escuchando también. Este se había conformado con el ruido y la batahola, y estaba decidido a que se verificase toda la representación, no desesperando aún de volver a conquistar la atención del público; esta débil esperanza se reanimó cuando vio que Quasimodo, Coppenole y la comitiva del papa de los locos salían con gran estrépito de la sala.

Afortunadamente los alborotadores se iban; pero por desgracia de Gringoire los alborotadores eran todo el público. En un abrir y cerrar de ojos la sala quedó casi vacía.

Si hemos de ser veraces, debemos decir que quedaron algunos espectadores, unos esparcidos, otros agrupados en torno de los pilares, mujeres, viejos o niños, hartos ya de tumulto y de gritería. Algunos estudiantes permane-

cían montados a caballo en el montante de las ventanas y mirando a la plaza.

—Poco público ha quedado —se dijo a sí mismo Gringoire—, para oír hasta el final del misterio; poco es el público, pero de distinguidos y literatos.

Al cabo de un rato, la sinfonía que debía producir gran efecto a la llegada de la Virgen no se ejecutó; Gringoire averiguó que se llevaron su música a la procesión del papa de los locos.

—Pasad adelante —exclamó estoicamente.

Se aproximó a un grupo que parecía escuchar el misterio; he aquí el trozo de conversación que cogió al vuelo:

—¿Conocéis, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que era de Nemours?

—Sí, frente por frente de la capilla de Braca.

—Bueno, pues el fisco acaba de alquilárselo a Guillermo Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos por año.

—¡Cómo se encarecen los alquileres!

—¡Conformidad! si estos no, otros escuchan —dijo Gringoire suspirando.

—Compañeros —gritó de pronto uno de los chuscos de las ventanas—, ¡*La Esmeralda*! ¡*La Esmeralda* está en la plaza!

Esta palabra produjo efecto mágico; los que quedaban en la sala se lanzaron a las ventanas y se subían por las paredes, gritando: ¡*La Esmeralda*! ¡*La Esmeralda*! Al mismo tiempo se oía por la parte de fuera ruido de aplausos.

—¿Qué es eso de la Esmeralda? —exclamó Gringoire cruzando las manos desesperado—. ¡Ah, Dios mío, ahora le toca el turno a las ventanas!

Miró hacia la mesa de mármol, y vio que habían interrumpido la representación, precisamente en el instante en que Júpiter debía aparecer con su rayo, y Júpiter permanecía quieto debajo del teatro.

—¡Miguel Giborne! —exclamó el poeta irritado—; ¿qué haces ahí? ¿Eso es tu papel? ¡Pronto, arriba!

—No puedo —repuso Júpiter—; un estudiante acaba de quitar la escalera.

Gringoire quiso persuadirse de ello, y vio que era verdad; se cortó la comunicación entre el enredo y el desenlace.

—¡Eh! ¿Por qué se llevó la escalera?

—Para ver a *La Esmeralda* —repuso Júpiter compungido—. Dijo: —Aquí hay una escalera que no sirve para nada, y la tomó.

Gringoire aguantó con resignación este último golpe.

—¡Que se os lleven los demonios! —gritó el autor a los comediantes—, y ya os pagaré si me pagan.

Entonces se retiró con la cabeza baja, pero el último, como un jefe que se batió con valor. Descendiendo por las tortuosas escaleras del palacio de Justicia, murmuraba:

—¡Valiente asamblea de asnos y de avestruces esta de los parisienses! ¡Acuden para oír el misterio y no lo oyen, y se ocupan de cualquier cosa, de un Clopin Trouillefou, de un cardenal, de un Quasimodo, del demonio… ¡pero de la Santísima Virgen, no! ¡A haberlo sabido, ya os hubiera dado yo Vírgenes Marías, imbéciles! ¡Venía yo a ver caras, y solo he visto espaldas! ¡Ser poeta y tener éxito de boticario! Es cierto que Homero fue mendigando por las cabañas griegas, y que Nasón fue desterrado entre los moscovitas; ¡pero que me emplumen si comprendo lo que quieren decir con *la Esmeralda*! Desde luego ese nombre debe ser egipcio.

---

1. Llamábanse así los tres inmensos barrios en que se dividía el antiguo París del siglo XV.

2. Nunca se vio en los bosques tan triunfante animal.

Libro segundo

I. De Scila a Caribdis

Como en el enero se hace de noche temprano, las calles estaban ya oscuras cuando Gringoire salió del palacio. Le agradaba que fuera ya de noche, y le parecía que tardaba en encontrar algún callejón oscuro y solitario para meditar sin que nadie le molestase, y para que el filósofo pusiese el primer vendaje a la herida del poeta; la filosofía era, además, su postrer refugio, porque él ignoraba dónde había de pasar la noche. Después del aborto de su ensayo teatral, no se atrevía a regresar al alojamiento que ocupaba en la calle del Grenier, frente al Post-au-Foin, contando con que el preboste le hubiera dado por su pieza dramática, para pagar a Guillermo Doulxsire, alcabalero de las reses de pezuña hendida, los seis meses de posada que le debía, esto es, doce sueldos, doce veces el valor de cuanto poseía en el mundo. Después de haber reflexionado un rato, albergado provisionalmente en el postigo de la cárcel del tesorero de la Santa Capilla, sobre el refugio que escogería para pasar la noche, teniendo a su disposición todas las calles de París, recordó haber observado la semana anterior, en la calle de la Zapatería, a la puerta de un consejero del Parlamento, un cantón de piedra, y pensó que dicha piedra podría servir, en caso de necesidad, de propia almohada para un mendigo o para un poeta. Dio las gracias a la Providencia por haberle sugerido esta buena idea, y cuando se disponía a cruzar la plaza del Palacio para meterse en el tortuoso laberinto de la ciudad antigua, por don-

de serpentean sus viejas hermanas las calles de la Varillería, de la Pañería Vieja, de la Zapatería y de la Judería, etc., etc., que todavía hoy conservan sus casas de nueve pisos, notó que salía del palacio la procesión de los locos, y que se extendía al través de su camino, lanzando gritos, alumbrados por cien antorchas y a los ecos de su música: este encuentro lastimó su amor propio, y echó a correr. En la amargura de su infortunio dramático, todo cuanto le recordaba la fiesta del día hacía sangrar su herida.

Quiso cruzar el puente de San Miguel, pero vio que corrían sobre él muchachos disparando carretillas y cohetes.

—¡Malditos fuegos artificiales! —exclamó Gringoire—, y dirigióse hacia el puente del Cambio. Habían izado en las casas primeras del puente tres banderas, que querían representar en efigie al rey, al delfín y a Margarita de Flandes, y seis banderolas en las que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbón, el señor de Beaujeu, la princesa Juana de Francia, el bastardo de Borbón y no sé quién más: estos retratos se veían alumbrados por antorchas y la multitud los admiraba.

—¡Dichoso pintor Juan Fourbault! —murmuró Gringoire lanzando un suspiro—, y volvió las espaldas a las banderas y a las banderolas.

Viendo ante sí una calle oscura y solitaria, creyó librarse de todos los ruidos y de todos los resplandores de la fiesta y se internó por ella, pero apenas dio algunos pasos, sus pies chocaron con un obstáculo, tropezó y cayó. Era un enorme ramo que los escribientes de la curia habían depositado por la madrugada a la puerta del presidente del Parlamento, haciendo honor a la solemnidad del día. Gringoire soportó heroicamente esta nueva prueba. Levantóse del suelo y se dirigió a la orilla del agua. Después de dejar tras sí la torrecilla civil y la torre criminal, y de seguir a lo largo de los muros de los jardines, del rey, sobre piso no empedrado, en el que el lodo le llegaba a la rodilla, llegó a la parte occidental de la ciudad y contempló largo rato el islote del *Pastor de las vacas*, que desapareció después bajo el caballo de bronce del puente Nuevo. Veía el islote en las tinieblas como una mole oscura al otro lado del arroyo de agua no muy limpia que lo separaba de él, y se distinguía apenas a la débil luz que quedaba en el cielo la especie de gruta en forma de colmena en la que el pastor de las vacas pasaba la noche.

—¡Dichoso tú! —pensó Gringoire—; ¡tú no te ocupas de la gloria y no escribes epitalamios! ¿Qué se te da que se casen los reyes ni las duquesas

de Borgoña? Tú no conoces otras Margaritas que las de la pradera para que se las coman tus vacas; y yo, que soy poeta, he sido silbado y estoy tiritando de frío; debo doce sueldos, y la suela de mi calzado es tan sutil, que podría servir de cristal para tu linterna. Gracias, pastor de vacas; la vista de tu cabaña me consuela y me hace olvidar a París.

Despertó a Gringoire de este ensueño casi lírico el ruido de un gran petardo de la noche de San Juan, que salió bruscamente de la dichosa cabaña. Era el pastor de vacas que tomaba parte en los regocijos públicos del día disparando también sus artificiales. El petardo estremeció a Gringoire, haciéndole exclamar:

—¡Maldita fiesta, que me ha de perseguir por doquier!

Después clavó los ojos en el Sena, que tenía a sus pies, y le acometió terrible tentación.

—Casi debería ahogarme si no estuviese el agua tan fría —dijo.

Entonces tomó una resolución desesperada, la de internarse valientemente en medio de la fiesta entrando en la plaza de la Grève, ya que no podía sortear al papa de los locos, las banderolas de Juan Fourbault, ni los ramos, ni los cohetes ni los petardos.

—Allí a lo menos —exclamó—, no me faltará un tizón de una hoguera para calentarme, y podré comer algunas migajas del azúcar real de los tres grandes escaparates que han debido poner en el aparador público de la ciudad.

II. La plaza de la Grève

Hoy día solo queda imperceptible vestigio de lo que fue en otro tiempo la plaza de la Grève; este es la airosa torrecilla de la esquina norte de la plaza, sepultada ya bajo el revoque que embadurna sus esculturas, y que muy lue-

go desaparecerá quizás sumergida en la avalancha de casas nuevas que devora rápidamente las antiguas fachadas de París.

Los que no pasamos nunca por la plaza de la Grève sin lanzar una mirada de compasión y de simpatía a esa pobre torrecilla, prensada entre dos caserones del tiempo de Luis XV, podemos reconstruir con facilidad en su imaginación el conjunto de edificios al que ella pertenecía y representarnos la antigua y gótica plaza del siglo XV.

Era, como hoy, un trapecio irregular, limitado por un lado por el muelle y por los otros tres por calles altas, estrechísimas y lóbregas. Durante el día se podía admirar la variedad de sus edificios, esculpidos en piedra o en madera, y ofreciendo ya muestras completas de las diversas arquitecturas urbanas de la Edad Media, retrocediendo desde el siglo XV al siglo XI, desde la ventana que empezó a destronar la ojiva, hasta el cintro romano, que a su vez fue sustituido por la ojiva, y que ocupaba todavía debajo de ella el primer piso de la Torre-Roland, en un ángulo de la plaza sobre el Sena, por la parte de la calle de la Tenería. De noche solo se distinguían de aquella mole de edificios las obras escultóricas negras de las techumbres, desarrollando alrededor de la plaza su cadena de ángulos agudos; porque la diferencia esencial entre las ciudades de entonces y las de ahora estriba en que las fachadas dan hoy a las calles y a las plazas, y ayer solo daban las paredes: en dos siglos las casas han dado la vuelta.

En el centro de la parte oriental de la plaza se elevaba una construcción pesada y barroca, compuesta de tres viviendas pegadas: se la conocía por tres nombres que explican su historia, su objeto y su arquitectura; se la llamaba: *la casa del Delfín*, porque la habitó Carlos V, cuando fue delfín; *la Mercadería*, porque sirvió de Casa Consistorial, y *la casa de los Pilares*, por la serie de pilares grandes que sostenían sus tres pisos. La ciudad encontraba allí cuanto necesita una población grande como París: una capilla para rezar, un juzgado para celebrar audiencias y recibir cuando fuese preciso a la gente de palacio, y en las buhardillas una armería repleta de cañones; porque los vecinos de París saben que no es suficiente en todas las ocasiones rezar y pleitear por los fueros de la ciudad, y suelen tener en reserva en un desván del Municipio algunos arcabuces mugrientos.

La Grève tenía ya entonces el aspecto siniestro que no le ha hecho perder la idea execrable que despierta y la lóbrega Casa Consistorial de Dominico

Bocador, que reemplazó a *la casa de los Pilares*. Es preciso confesar que la horca y la argolla permanentes, la justicia y la escala, como decían entonces, levantadas la una al lado de la otra en mitad del empedrado, contribuían mucho a hacer apartar la vista de la plaza fatal donde agonizaron tantos seres llenos de salud y de vigor; donde cincuenta años más tarde había *la fiebre de Saint-Vallier*, aquella enfermedad del terror al cadalso, la más monstruosa de todas las enfermedades, porque no la envía Dios, sino los hombres.

Es una idea consoladora (digámoslo de paso) pensar que la pena de muerte hace trescientos años obstruía con sus ruedas de hierro, con sus horcas de piedra y todo su aparato permanente de suplicios, el empedrado de la plaza de la Grève, los mercados, la plaza de la Delfina, la cruz del Trahoir, la plaza de los Cerdos, el vergonzoso Montfaucon, la barrera de los Alguaciles, la plaza de los Gatos, la puerta de San Dionisio, etcétera etc.; y es una idea consoladora, que hoy haya perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, el lujo de suplicios, su penalidad horrible, su tortura, a la que cada cinco años hacía un nuevo lecho de cuero en el Gran Chatelet esa vieja soberana de la sociedad feudal, ya casi desterrada de nuestras leyes y de nuestras ciudades, acosada de código en código, arrojada de plaza en plaza, sin hallar ya en el mismo París más que un rincón deshonrado de la Grève, sin tener ya más que una miserable guillotina, errabunda, vergonzosa, que parece que tema que la sorprendan en flagrante delito; ¡tan de súbito desaparece después de dar el golpe!

III. Besos por golpes

Gringoire estaba helado cuando llegó a la plaza de la Grève. Había cruzado el puente de los Molineros para evitar el encuentro con la multitud del puente del Cambio y con las banderolas de Juan Fourbault; pero las ruedas de los molinos del obispo le regaron tan bien al pasar cerca de ellas, que estaba mojado como una sopa. Le pareció además que el fracaso de su pieza teatral le hacía sentir más el frío, por lo que se dio prisa a acercarse a la ho-

guera pública, que ardía esplendorosa en medio de la plaza, junto a la que formaba círculo un tropel de gente.

—¡Los condenados parisienses —pensó Gringoire, que en su cualidad de poeta dramático gustaba de los monólogos— me están impidiendo que me acerque al fuego! Sin embargo, tengo necesidad de calentarme, porque llevo los zapatos calados y la ropa como si la hubiera metido en colada. ¡Vaya al diablo el obispo de París con sus molinos! Quisiera saber para qué quiere los molinos el obispo. ¿Tiene quizá la idea de retirarse y de convertirse en molinero? Si para eso solo necesita mi maldición, yo se la doy, y a la catedral y a los molinos. ¿Creéis que se apartarán por mí de la hoguera esos imbéciles? ¿Qué hacen ahí? ¿Se están calentando? ¡Vaya un gusto! Están viendo cómo arde la leña y nada más. ¡Vaya un espectáculo!

Al acercarse más a la gente, Gringoire se apercibió de que el corro era mucho más grande de lo que era menester para calentarse, y que esta afluencia de espectadores no era atraída allí solo para contemplar la leña ardiendo. En un vasto espacio que quedó libre entre la multitud y la hoguera, estaba bailando una muchacha.

Si aquella joven era un ser humano, una hada o un ángel, no pudo decirlo Gringoire, a pesar de ser filósofo escéptico y poeta irónico; ¡tan fascinado le dejó aquella hermosa visión! No era muy alta, pero lo parecía, por lo mucho que erguía el delicado talle; era morena, y hacía presumir que de día su cutis debía adquirir el hermoso reflejo dorado del rostro de las andaluzas y de las romanas; su pie, diminuto, era también digno de ser andaluz, y se conocía que holgaba en su estrecho calzado. Bailaba y daba vueltas sobre un viejo tapiz de Persia, arrojado con negligencia a sus pies, y cada vez que al trazar un círculo os mostraba el luminoso rostro, sus grandes ojos negros lanzaban rayos. A su alrededor todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas, y, en efecto, cuando danzaba así, al sonido de la pandereta, que sus torneados y virginales brazos levantaban por encima de la frente, airosa, delicada y viva como una avispa, con su justillo de oro sin pliegues, su pomposo y pintado tonelete, con los brazos y hombros desnudos y las piernas finas, que su jubón corto dejaba ver por momentos, sus cabellos negros y sus ojos de llama, era verdaderamente una criatura angelical.

—¡Debe ser una salamandra, una ninfa o una diosa! —exclamó Gringoire.

En este momento se desprendió una de las colgantes trenzas de la *salamandra*, y una pieza de latón que estaba en ella prendida cayó al suelo.

—¡Ah, es una gitana! —se contestó Gringoire a sí mismo—, y toda su ilusión se desvaneció.

La joven después tomó del suelo dos espadas, que se puso de punta contra la frente, haciéndolas voltear en una dirección, mientras que ella, bailando, daba vueltas en otra; era, efectivamente, una gitana. Aunque Gringoire quedó desencantado, el conjunto que ofrecía el cuadro que contemplaba no carecía de magia ni de belleza; la hoguera le iluminaba con luz cruda y rojiza, que se reflejaba con vivo temblor en los semblantes de la multitud, en la frente morena de la joven, y en el fondo de la plaza; lanzaba azulado reflejo, que se confundía con el ondular de las sombras que por un lado proyectaban la antigua y negra fachada de la casa de los Pilares y por el otro los brazos de piedra de la horca.

Entre los rostros que aquella luz teñía de escarlata, había uno más absorto que todos los demás en la contemplación de la bailarina: era un semblante austero, sereno y sombrío. Era un hombre, cuyo traje ocultaba la multitud que le rodeaba; no tendría más de treinta y cinco años, y, sin embargo, era calvo y apenas sombreaban sus sienes escasos cabellos, que empezaban ya a encanecer; hondos surcos cruzaban su frente ancha y despejada, pero en sus hundidos ojos brillaba extraordinaria juventud, vida ardiente y pasión profunda, y los fijaba sin cesar en la gitana, y mientras la alegre niña de diez y seis años bailaba y revoloteaba, alegrando a todos los espectadores, la expresión del semblante de aquel hombre era cada vez más sombría, y de cuando en cuando se juntaban en su boca una sonrisa y un suspiro, pero la sonrisa era más dolorosa que el suspiro.

Rendida al fin la bailarina, acabó de bailar y el público la aplaudió calurosamente.

—¡Djalí! —exclamó la gitana.

Entonces apareció una hermosa cabrita blanca, lista y lustrosa, con los cuernos y con los pies dorados y con un collar dorado también, que Gringoire no viera hasta entonces, porque estaba acurrucada en una esquina del tapiz, mirando cómo bailaba su ama.

—Djalí —le dijo esta—, ahora te toca a ti.

La muchacha se sentó en el suelo y presentó graciosamente la pandereta a la cabra.

—Djalí, ¿en qué mes del año estamos?

Levantó la cabra la pata delantera y dio un suave golpecito en el pandero: era en efecto el primer mes del año. La multitud aplaudió.

—Djalí —añadió la gitana, volviendo del otro lado la pandereta—; ¿en qué día del mes estamos?

Levantó la cabra la dorada pata y dio seis golpes en el pandero.

—Djalí —prosiguió la joven, preguntando y repitiendo la operación de antes—; ¿qué hora es?

Djalí dio siete golpecitos, y en aquel instante dieron las siete en el reloj de la casa de los Pilares.

El público estaba maravillado.

—Eso es cosa de brujería —dijo entre la muchedumbre una voz siniestra —: era el hombre calvo, que no apartaba los ojos de la gitana.

Estremecióse esta y volvió la cara, pero los aplausos del público apagaron la anterior exclamación y la borraron tan completamente de su pensamiento, que continuó preguntando a la cabra:

—Djalí, ¿cómo hace maese Grichard Grand-Remy, capitán de carabineros de la ciudad, cuando va en la procesión de la Candelaria?

Asentóse la cabra sobre las patas traseras y empezó a balar, andando con tan gentil gravedad, que todos los espectadores se echaron a reír, complacidísimos de ver aquella parodia de la devoción interesada del capitán de carabineros.

—Djalí —continuó preguntando la joven, animada con el éxito creciente —; ¿cómo predica Jaime Charmolne, predicador del rey, en el tribunal eclesiástico?

Acomodóse la cabra como antes y se puso a balar, agitando las patas delanteras de tan extraño modo, que, exceptuando el mal francés y el mal latín, todo lo demás parecía de Jaime Charmolne, gesto, acento y actitud.

El público aplaudía sin cesar, cada vez con más entusiasmo.

—¡Sacrilegio! ¡Profanación! —repitió el hombre calvo.

La gitana volvió la cabeza por segunda vez y dijo:

—¡Ah, es aquel espantajo!

Después, alargando el labio inferior, hizo un gesto, que debía ser peculiar en ella, dio media vuelta airosamente y empezó a recoger en la pandereta los donativos del público.

Los *blancos*, los *blanquillos* y los *targes*[1] llovían en la pandereta. De pronto la gitana pasó por delante de Gringoire; este echó mano al bolsillo tan aturdidamente, que la joven se paró.

—¡Diablo! —exclamó el poeta, hallando en el fondo de la faltriquera la realidad, esto es, el vacío.

Entre tanto la hermosa muchacha permanecía inmóvil, mirándole con sus rasgados ojos y esperando. Gringoire sudaba de zozobra. Si hubiera tenido el Perú en el bolsillo, sin duda se lo hubiera regalado a la bailarina; pero Gringoire no poseía el Perú, y por otra parte, aún no se había descubierto la América: por fortuna suya un incidente inesperado vino en su ayuda.

—¿Cuándo te irás, langosta de Egipto? —clamó una voz agria que salía del rincón más oscuro de la plaza.

La niña se volvió asustada: esta voz no era la del hombre calvo, sino la de una mujer, voz devota y malvada: al oírla asustóse la gitana y movió gran algazara entre una turba de muchachos que corrían por allí.

—Es la reclusa de la Torre-Roland —dijeron estos, riendo descompasadamente—; es la penitente que gruñe. ¿No habrá comido hoy todavía? Llevémosla algunos restos de la alacena de la ciudad.

Y los muchachos corrieron hacia la Casa de los Pilares. Gringoire se aprovechó de la turbación de la gitana para desaparecer. La observación de los estudiantes le recordó que él tampoco había cenado, y corrió también hacia el buffet; pero los chiquillos tenían las piernas más ágiles que el poeta, y cuando este llegó habían hecho ya de todo tabla rasa. Solo quedaban en las paredes las bellas flores de lis, interpoladas con rosales pintados en 1434 por Mateo Biterne, y no eran comestibles.

Es molesto acostarse sin cenar, pero es todavía menos lisonjero no cenar y no saber dónde acostarse, y Gringoire estaba en tal caso; sin pan y sin cama y acosado por la necesidad, encontraba que era muy agobiadora. Mucho tiempo atrás había descubierto esta verdad: que Júpiter creó a los hombres en un acceso de misantropía, y que durante la vida del sabio el destino tiene en estado de sitio a su filosofía: en cuanto a él, jamás había visto tan encarnizado el bloqueo; oía que su estómago tocaba llamada y hallaba fuera de lugar que su mala estrella se apoderase de su filosofía por medio del hambre. Absorto estaba Gringoire en estas melancólicas ideas, cuando le distrajo de ellas un canto caprichoso, pero dulcísimo; era que la hermosa gitana empezaba a cantar.

Era su voz como su danza, como su hermosura, inefable y deliciosa; pura, sonora, aérea, alada, por decirlo así. Su canto lo constituían melodías de cadencias no oídas jamás, frases sencillas, notas aéreas y agudas, gorgoritos superiores a los del ruiseñor, pero armoniosas, y ondulaciones suavísimas de octavas, que subían y bajaban como el pecho de la joven cantora. Su atrayente fisonomía seguía con singular movilidad los aires de la canción, desde la más frenética inspiración hasta la más casta dignidad; ya parecía una loca, ya una reina.

Las palabras que cantaba pertenecían a una lengua que Gringoire desconocía y ella también probablemente, a juzgar por la poca relación que guardaba la letra con el canto; por ejemplo, estos versos respiraban en sus labios loca alegría:

Un cofre de gran riqueza[2]
vieron dentro de un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar.

Después, al oír el acento melancólico que dio a estos otros versos:

Alárabes de a caballo
Sin poderse menear,
Con espadas y los cuellos
Ballestas de buen tirar,

se le saltaron las lágrimas a Gringoire; sin embargo, el canto de la gitana respiraba alegría casi siempre, pareciendo que cantase como cantan los

pájaros.

El canto de la joven turbó la meditación de Gringoire, pero como el cisne turba el agua: la oía extasiado, olvidándose de todo; aquel era el primer instante, durante muchas horas, en que dejaba de sufrir, pero ese instante fue corto.

La misma voz de mujer que interrumpió el baile de la gitana, interrumpía ahora su canto.

—¿No te callarás, cigarra del infierno? —gritó desde el mismo rincón oscuro de la plaza.

Calló la pobre cigarra y Gringoire se tapó los oídos.

—¡Maldita sierra mellada, que viene a saltar la lira! —exclamó el poeta.

Todos los espectadores murmuraban como él. —¡Al diablo la reclusa! —exclamó más de una voz: la invisible vieja se hubiera arrepentido quizás de las injurias que dirigió a la gitana, si no hubiera distraído al público en aquel instante la procesión del papa de los locos, que, después de recorrer muchas calles y callejuelas, afluía a la plaza de la Grève, con infinidad de hachas y con su rumoroso tumulto.

Esta procesión, que saliera del palacio, se aumentó durante el camino, reclutando cuantos pillos, ladrones, vagos y desocupados había disponibles en París, de modo que era ya imponente cuando entró en la plaza de la Grève.

Delante iba el Egipto, precedido del duque de Egipto, a caballo, rodeado de sus condes, estos a pie, llevándole la brida y el estribo; detrás de ellos los egipcios y las egipcias, reunidos con sus chiquillos gritadores y llorones, todos ellos, duques, condes y pueblo, cubiertos de andrajos y de oropeles. Seguía después el reino de Germanía, esto es, todos los ladrones de Francia, escalonados por orden de dignidad, figurando los primeros los más humildes. Desfilaban así de cuatro en cuatro, con las diversas insignias de sus categorías en aquella singular facultad, unos estropeados, otros cojos, otros mancos, los rateros, los peregrinos, los bellacos, los tumbones, los inválidos, los pillos, etc., enumeración digna del mismo Homero. En el centro del cónclave de los huraños y de los archipámpanos, veíase, a duras penas, al rey de la Germanía, el gran sacerdote del *caló*, acurrucado en un carretón, tirado por dos perros enormes: detrás del reino del *caló* venía el imperio de Galilea. Guillermo Rousseau, emperador del imperio, iba majestuosamente

envuelto en un ropón de púrpura, manchado de vino, precedido de saltimbanquis, alborotando y bailando danzas pírricas, rodeado de maceros, de sus secuaces y de los amanuenses del Tribunal de Cuentas. Y cerraba la marcha de la procesión la *basoche*, con las manos llenas de flores, los manteos negros, su música ratonera y sus hachones de cera amarilla. En el centro de aquel gentío, los altos dignatarios de la cofradía de los locos llevaban en hombros unas angarillas cargadas de velas, y sobre las angarillas, ostentando báculo, mitra y capa pluvial, resplandecía el nuevo papa de los locos, el campanero de Nuestra Señora, Quasimodo el jorobado.

Cada sección de la procesión grotesca tenía su música particular; los gitanos tocaban sus balafos y tamboriles africanos. Los del reino del caló, raza poco filarmónica, no habían pasado aún de la viola, de la corneta y de la gótica zambomba del siglo XII. El imperio de Galilea no parecía mucho más adelantado; apenas había en su música algún rabel de la infancia del arte, todavía reducido al re-la-mi. En torno del papa de los locos se desplegaban en magnífica cacofonía todas las creaciones musicales de la época, y eran tiples, contraltos y bajos de rabel, aparte las flautas y los instrumentos de cobre. Nuestros lectores deben recordar que esta era la orquesta de Gringoire.

No es fácil formarse idea del grado de expansión orgullosa y feliz a que llegó durante el tránsito del palacio a la plaza de la Grève el rostro extraño y repugnante de Quasimodo: fue aquella la primera satisfacción de amor propio que gozó durante su vida; hasta aquel día solo conoció la humillación, el disgusto y el desprecio. Por esta razón aunque estaba sordo, saboreaba, como verdadero papa, las aclamaciones de aquella muchedumbre que le odiaba y que él lo sabía. Su pueblo se componía de una cáfila de locos, de lisiados, de bandidos y de mendigos; pero esto, ¿qué le importaba? No por ello dejaba de ser un pueblo y él un soberano. Recibía gravemente los aplausos irónicos, las atenciones burlescas, que en parte dimanaban de algo real y verdadero, porque el jorobado era robusto, el patituerto era ágil y el sordo era malo; poseía tres cualidades que moderan el ridículo.

No es de creer, sin embargo, que el nuevo papa de los locos formase idea clara de las impresiones que recibía ni del efecto que inspiraba; porque el espíritu que se alojaba en aquel cuerpo deforme tenía también algo de sordo y anómalo, y lo que sentía en aquellos momentos era para él absolutamente vago, incomprensible y confuso; pero estaba contento y le dominaba el orgullo, su rostro sombrío y desgraciado centelleaba radiante.

Causó por eso gran sorpresa y no poco espanto cuando Quasimodo, sumido en aquella vaga enajenación, pasaba en triunfo por la Casa de los Pilares, ver que de repente salía un hombre entre el gentío, y arrojándose hacia él, le arrancó de entre las manos, colérico, el báculo dorado, insignia del papado de los locos. Este hombre temerario era el personaje calvo que, poco antes, heló de espanto a la hermosa gitana con sus palabras amenazadoras: iba vestido de eclesiástico, y en el momento en que se destacó entre la multitud, Gringoire, que hasta entonces no reparó en él, exclamó al reconocerle:

—¡Calla! —se dijo lanzando un grito de asombro—; ¡es mi maestro Dom3 Claudio Frollo! ¿Por qué se entrometerá con ese pícaro tuerto? ¡Le va a devorar!

Oyóse al punto un grito de terror; el formidable Quasimodo acababa de precipitarse desde su alto asiento, y las mujeres apartaron de él la vista por temor de que destrozase al arcediano; el jorobado dio un salto hasta el sacerdote, le miró y cayó de rodillas ante él. El sacerdote le arrancó la tiara, le rompió el báculo y le desgarró la capa de relumbrón. Quasimodo permaneció de rodillas, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas.

Luego comenzó entre ambos un extraño diálogo de signos y de gestos; ni uno ni otro hablaban. El sacerdote estaba de pie, irritado, amenazador, y Quasimodo prosternado, humilde y sumiso, y, sin embargo, este hubiera podido con su enorme fuerza estrellar a aquel. Al fin el arcediano, sacudiendo con rudeza la espalda fornida de Quasimodo, le hizo señal de que se pusiera en pie y de que le siguiese.

Quasimodo se levantó; entonces la cofradía de los locos, después de salir de su estupor, intentó defender a su papa, tan bruscamente destronado, y gran parte de la comitiva de la procesión se amotinó alrededor del sacerdote. Colocóse Quasimodo ante él, agitó sus atléticos puños y miró a los agresores, rechinando los dientes, como tigre enfurecido. El sacerdote revistióse de su sombría gravedad, hizo una seña a Quasimodo y se retiró sin decir una palabra. Quasimodo iba delante de él abriendo paso.

Al cruzar entre el populacho y la plaza, quería seguirlos una multitud de curiosos y de gente ociosa: entonces Quasimodo ocupó la retaguardia y siguió al arcediano, andando hacia atrás, hosco y erizado, recogiendo sus miembros, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como una fiera e imprimiendo inmensas oscilaciones al gentío con un gesto o con una mirada.

La turba permitió que se internasen los dos en una calle estrecha y tenebrosa, en la que nadie se atrevió a aventurarse tras ellos; ¡tanto temor inspiraba el monstruo Quasimodo!

—Todo es sorprendente —reflexionó Gringoire—; ¿pero dónde diablos podré yo cenar?…

IV. Inconvenientes de seguir de noche a una mujer hermosa por las calles

Interiormente Gringoire se propuso seguir a la gitana; vio que se fue por la calle de la *Conttellerie*, precediendo a la cabra, y echó tras ella por la misma calle.

Gringoire, que era conocedor de las calles de París, había observado que nada invita tanto a la meditación como el seguir a una mujer hermosa ignorando adónde va: hay en esta abdicación voluntaria del libre albedrío, en este capricho que se somete a otro capricho, una mezcla de independencia absoluta y de obediencia ciega, algo de intermediario entre la esclavitud y la libertad, que agradaba a Gringoire, espíritu esencialmente mixto, indeciso y complejo, incesantemente suspendido entre todas las propensiones humanas, y neutralizándolas unas con otras: se comparaba a sí mismo con el sepulcro de Mahoma, atraído en sentido inverso por dos piedras de imán y que oscila eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el pavimento, entre la caída y la ascensión, entre el cenit y el nadir. Si Gringoire viviera en nuestro siglo, figuraría en el justo medio entre clásicos y románticos; pero no era un Matusalén para poder vivir trescientos años, y es de sentir, porque su ausencia produce un vacío que él podría llenar en la actualidad.

Empero, para seguir a los transeúntes, cosa que Gringoire acostumbraba, nada da mejor disposición de ánimo que el ignorar dónde pasar la noche. Iba, pues, pensativo detrás de la gitana, que apresuraba el paso y hacía tro-

tar a la cabra, contemplando a los vecinos que entraban en sus casas y el cierre de las tabernas, únicas tiendas que permanecieron abiertas aquel día.

—En alguna parte ha de vivir —se decía Gringoire—; las gitanas tienen buen corazón y… ¡quién sabe!

Y había en esta reticencia algo halagüeño para él. Sin embargo, de vez en cuando, al cruzar por delante de los últimos grupos que formaban los vecinos antes de cerrar las puertas, cogía al vuelo algún trozo suelto de conversación, que disipaba el encanto de sus risueñas hipótesis.

Dos ancianos conversaban de este modo:

—¿Sabéis, maese Thibaut, que hace frío?

Esto lo sabía bien Gringoire desde el principio del invierno.

—Sí, mucho, maese Bonifacio; ¿si volveremos a los fríos de hace tres años cuando costaba seis dineros el haz de leña?

—Esos fríos nada fueron, comparados con los del invierno de 1407, cuando heló desde el día de San Martín hasta la Candelaria, y con tal fuerza, que se helaba la pluma del escribano del Parlamento en el tribunal, a cada tres palabras que escribía, lo que interrumpía la serena marcha de la justicia.

Dos viejas graznaban desde las ventanas, teniendo en la mano velas encendidas.

—¿Vuestro marido no os ha contado la desgracia?

—¿Qué desgracia?

—El caballo del señor Gil Godin, notario del Chatelet, se espantó de la procesión de los locos, y atropelló a maese Filipot Avrillón, oblato de los celestinos.

—¿Es cierto?

—Sí, sí.

—¡Un caballo civil, qué lástima! ¡Si a lo menos le hubiera atropellado un caballo militar!…

Se cerraron las ventanas, y a cada paso perdía Gringoire el hilo de sus ideas; pero pronto le volvía a hallar, y anudaba sus fragmentos, gracias a la

gitana y a Djalí, que siempre le precedían y que eran dos seres preciosos y delicados, en quienes admiraba los pequeños pies, las hermosas formas y los graciosos ademanes, casi confundiéndolos en su contemplación; por su inteligencia, le parecía que eran dos niñas, y por la ligereza, agilidad y destreza de su andar, le parecía que eran dos cabras.

Las calles, entre tanto, aparecían cada vez más oscuras y más solitarias. El toque de ánimas había ya sonado largo tiempo, y ya no se encontraba por las calles más que alguno que otro transeúnte, y ya no se veía más que por casualidad alguna luz en tal o cual ventana. Gringoire, siguiendo a la gitana, se aventuró por aquel intrincado laberinto de callejuelas, plazas y callejones sin salida que rodean el antiguo sepulcro de los Santos Inocentes, y que parece una madeja enredada por un gato.

—¡He aquí unas calles que tienen poca lógica! —pensaba Gringoire, perdido en los mil circuitos, de los que no sabía salir, pero entre los que seguía la gitana un camino que le era muy conocido, sin vacilar y cada vez más de prisa. Él hubiera ignorado por completo dónde se encontraba, a no haber visto al torcer una esquina la mole octógona de la picota de los mercados, cuya cima calada se destacaba con viveza sobre una ventana iluminada aún de la calle Vordelet.

Hacía un momento que Gringoire llamaba la atención de la gitana, la que ya muchas veces había vuelto con inquietud la cabeza hacia él, y aun se paró de repente, aprovechando un rayo de luz que salía de una panadería entreabierta, para observarle fijamente de pies a cabeza; luego de aquel examen, vio Gringoire que ella hacía el mismo gesto que había ya observado en otra ocasión, y que seguía andando hacia adelante.

Aquel gesto dio que pensar a Gringoire, porque le parecía de desdén y de burla, por lo cual, agachó la cabeza, fijó los ojos en el empedrado y continuó siguiendo a la joven, pero desde más distancia; al volver una esquina que acababa de hacerle perder de vista a la gitana, oyóla lanzar un grito lastimero.

Entonces apresuró el paso.

La calle estaba oscurísima, pero una estopa empapada de aceite, que ardía dentro de una lamparilla de hierro, a los pies de la Santísima Virgen, en una esquina de la calle, permitió a Gringoire ver a la gitana, forcejeando en-

tre los brazos de dos hombres, que procuraban sofocar sus gritos. La pobre cabra, asustada, bajaba el testuz y balaba.

—¡Ah de la ronda! —gritó Gringoire, avanzando valerosamente. Uno de los hombres que tenía sujeta a la joven se volvió hacia él: era Quasimodo. Gringoire no echó a correr, pero tampoco dio un paso más.

Llegóse a él Quasimodo, lo arrojó al suelo de un empujón, y se deslizó en la oscuridad, arrebatando a la doncella doblegada sobre uno de sus brazos, como si fuera una banda de seda: su acompañante iba detrás, y la pobre cabra los seguía, balando quejumbrosamente.

—¡Al asesino! ¡al asesino! —gemía la desgraciada joven.

—¡Alto ahí, miserables, y dejad a esa mujer! —exclamó de repente, con voz de trueno, un jinete que salió incontinenti de una calle inmediata.

Era un capitán de los arqueros de la guardia del rey, armado de punta en blanco y con la tizona en la mano. Arrancó a la muchacha de los brazos del estupefacto Quasimodo, la colocó a la grupa en su caballo, y en el momento en que el terrible jorobado, al volver de su sorpresa, se precipitó sobre él para arrancarle la presa, quince o veinte arqueros, que seguían de cerca a su capitán, aparecieron con el chafarote desenvainado. Pertenecían a una patrulla que rondaba aquella noche por orden del señor Roberto de Estontevi-lle, intendente del Prebostazgo de París.

En un amén, prendieron y maniataron a Quasimodo, que rugía, echaba espumarajos por la boca, y repartía mordiscos, y de juro que si hubiera sido de día, con su horrible rostro, que la cólera ponía aún más horrible, le hubiera bastado para ahuyentar a la patrulla; pero por la noche no podía usar su arma más poderosa, su fealdad.

Su compañero había huido en cuanto vio la patrulla.

La gitana se incorporó con gracia sobre la silla del caballo del oficial, apoyó ambas manos sobre los hombros del joven, y le miró con fijeza durante algunos segundos, como cautivada por el semblante varonil y por el oportuno auxilio que acababa de prestarle; luego, rompiendo el silencio, le dijo, dulcificando aún más su dulce voz.

—¿Cómo os llamáis?

—Soy el capitán Febo de Chateaupers, para serviros, hermosa mía —dijo cortésmente el oficial.

—Gracias —le contestó la gitana.

En tanto, el capitán Febo se atusaba su bigote a la borgoñona, deslizóse ella de la silla del caballo, como una flecha que cayera al suelo, y desapareció. Un relámpago se desvanece con menor rapidez.

—¡Ombligo del papa! —exclamó el capitán, ordenando apretar las correas de Quasimodo—; mejor hubiera querido quedarme con la mozuela.

—¡Cómo ha de ser, capitán! —le contestó un arquero—; voló la alondra, y nos ha quedado el mochuelo.

V. Continúan los inconvenientes

Atolondrado quedó del golpe Gringoire en tierra, ante el establo de la Santa Virgen; pero poco a poco fue recobrando el conocimiento: permaneció algunos instantes flotando en una especie de ensueño, no desprovisto de dulzura, en el que las formas gráciles de la gitana y de la cabra formaban misterioso ayuntamiento; mas este estado de delirio le duró poco rato, porque la impresión aguda de frío, que sentía en la parte de su cuerpo que estaba en contacto inmediato con el empedrado, le despertó de repente.

—¿De dónde diablos procede este frío? —se preguntó, apercibiéndose entonces de que se hallaba en el suelo y en medio de la calle.

—¡Maldito cíclope jorobado! —murmuró entre dientes, y quiso levantarse; pero estaba demasiado aturdido y magullado, y hubo de permanecer inmóvil en el suelo. Como tenía las manos libres, se tapó la nariz y se resignó.

—El lodo de París es pestífero; quizá por contener gran cantidad de sal volátil y nitrosa; tal es al menos la teoría de Nicolás Hamel y de los herméticos…

La palabra *herméticos* le recordó de súbito al arcediano Claudio Frollo: acudió a su mente la escena violenta que acababa de entrever, en la que la gitana forcejeaba para librarse de dos hombres, y en la que Quasimodo tenía un compañero, y el rostro tétrico y altivo del arcediano pasó confusamente por su imaginación. —¡Cosa extraña sería! —se dijo, y con aquel dato solamente empezó a construir el fantástico edificio de las hipótesis, verdadero castillo de naipes de los filósofos. Pero luego, reflexionando, exclamó: —¡Pero yo estoy helado!

Aquel sitio le era a cada momento más insoportable; cada molécula del agua del arroyo absorbía una molécula del calor latente del cuerpo de Gringoire, y el equilibrio entre la temperatura de uno y otro empezaba a establecerse de un modo cruel.

Vino entonces a iniciarse un peligro de distinta naturaleza; un grupo de chiquillos, de esos pillastres descalzos que en todas las épocas pasean por el empedrado de París, conocidos con el nombre vulgar de *gamins*, y que cuando éramos niños como ellos nos apedreaban a veces, al salir de la clase, porque no llevábamos los pantalones rotos; un grupo de aquellos pilletes, repetimos, se dirigía hacia la encrucijada donde yacía Gringoire, moviendo gran algazara y dando grandes risotadas, sin importarles un ardite turbar el sueño de los vecinos. Llevaban arrastrando un saco informe, y solo con el ruido que producían sus abarcas, hubieran podido despertar a un difunto; Gringoire, que aún no lo estaba, se incorporó al verle venir.

—¡Eh, Henequin Dandeche! ¡Eh, Juan Pincebourde! —iban gritando desentonadamente—; el viejo Eustaquio Moubón, que vendía hierro en la esquina, acaba de morir. Aquí está su jergón, y vamos a hacer con él una hoguera extraordinaria.

Diciendo esto, arrojaron el jergón sobre Gringoire, cerca del que habían llegado sin verle; mientras uno de los chiquillos tomó un puñado de paja y fue a encenderla en la mecha que ardía delante de la Virgen.

—¡Voto al diablo! —murmuró Gringoire—; ahora voy a tener demasiado calor.

El momento era crítico: iba el poeta a verse cogido entre el agua y el fuego, por lo que hizo un esfuerzo heroico, un esfuerzo de monedero falso, al

que van a quemar y trata de escaparse. Se puso en pie, arrojó el jergón sobre los muchachos, y huyó.

—¡Virgen Santa! —gritaron los pilletes—; ¡el vendedor de hierro que vuelve al mundo!… —Y echaron a correr dejando el jergón, que quedó dueño del campo de batalla.

Aseguran Belleforet, el P. le Juge y Corrozet, que al día siguiente le recogió con gran pompa el clero del barrio, y le guardaron en el tesoro de la iglesia Santa Oportuna, donde sacó el sacristán, hasta 1789, una pingüe renta con el gran milagro de la Virgen de la calle de Manconseil, que con su sola presencia en la famosa noche del 6 al 7 de enero de 1482, exorcizó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar quehacer al diablo, había escondido maliciosamente su alma en el jergón.

VI. El cántaro roto

Después de correr como un gamo durante algún tiempo sin saber adónde, atravesando arroyos, sendas, callejuelas, callejones sin salida e innumerables plazas, buscando huida y paso por todas las vueltas y revueltas, nuestro poeta se quedó parado de pronto; en primer lugar por falta de aliento, y en segundo por estar convicto de la fuerza lógica de un dilema que acababa de ocurrírsele.

—Paréceme, amigo Gringoire —pensó—, que vas corriendo por ahí como un desatentado. Los pilletes han tenido tanto miedo de ti como tú de ellos. Ya oíste el ruido de sus abarcas, que iban huyendo hacia el Mediodía, mientras tú ibas huyendo hacia el Septentrión; pues bien, una de dos, o ellos huyeron o no; si han huido, debieron olvidar el jergón atemorizados, y ese jergón debe ser la cama milagrosa que vas buscando desde esta mañana, y que la Virgen te la envía para recompensarte de haber escrito en su loor un misterio; o no han huido los pilletes, y en este caso han incendiado el jergón, y ese es el excelente hogar que necesitas para calentarte. La bendita Virgen María de la esquina de la calle de Manconseil, tal vez solo por eso

haría que muriese Juan Moubón, y es una temeridad huir como un picardo perseguido por un francés, dejando atrás lo que va buscando. Eres un necio.

Gringoire retrocedió, pues, en su camino, y orientándose, oliendo y escuchando, trató de dar con el dichoso jergón; pero en vano: solo hallaba callejas y callejones sin salida, encrucijadas, ante las que vacilaba continuamente, y estaba más confuso y más perdido en aquellas lóbregas revueltas, que si se hubiera encontrado en el dédalo del palacio de Tournelles. Por fin la paciencia se le agotó, y exclamó desesperado:

—¡Malditas sean las encrucijadas!

Esta exclamación le desahogó un poco, y el reflejo rojizo que divisó al mismo tiempo al extremo de una calle larga y estrecha acabó de serenarle.

—¡Loado sea Dios! ¡allí, allí está mi jergón! —Y comparándose al náufrago que va a zozobrar—: ¡*Salve* —exclamó religiosamente—, *salve, maris stella*!…

¿Invocaba en este fragmento de letanía a la Virgen o al jergón? Lo ignoramos por completo.

En cuanto dio algunos pasos por la larga callejuela, que tenía pendiente, no estaba empedrada y además era fangosa, notó algo raro que le llamó la atención. La calle no estaba desierta: de trecho en trecho, en toda su longitud, rastreaban ciertas masas vagas e informes, dirigiéndose todas ellas hacia el resplandor que oscilaba al fin de la calle, como los pesados insectos que caminasen por la noche de un lugar o otro hacia la hoguera del pastor.

Nada inspira al hombre tanto valor como verse con el bolsillo vacío. Siguió Gringoire avanzando por la callejuela, y no tardó en alcanzar a uno de aquellos gusanos que perezosamente se arrastraban detrás de los otros; examinándole de cerca, vio que era un miserable lisiado, sin piernas, que andaba apoyado sobre entrambas manos, como una zancuda herida que ya no tiene más que dos patas. En el momento en que pasó cerca de aquella especie de araña humana, abrió hacia él el pordiosero la voz quejumbrosa, diciéndole:

—*¡La buona mancia, signor! ¡la buona mancia!*

—¡Que el diablo te lleve al infierno —exclamó Gringoire—, si entiendo lo que dices!

Y pasó adelante.

Acercóse a otra de aquellas masas ambulantes, y la examinó con atención: era un tullido, cojo y manco a la vez, tan manco y tan cojo, que el complicado sistema de muletas y de piernas simuladas que le sostenían, le asemejaba a un maderamen puesto en movimiento. Gringoire, que era aficionado a las comparaciones nobles y clásicas, le comparó al punto al trébedes vivo de Vulcano. Este trébedes vivo le saludó al pasar, pero elevando el sombrero a la altura de la barba del poeta, como si fuera una vacía para afeitarle, gritóle a los oídos:

—¡Señor caballero, para comprar un pedazo de pan![4]

—También habla este, pero en lengua extraña —pensó Gringoire—, y más dichoso es que yo él si la entiende. Luego, dándose un golpe en la frente, por una súbita transición de ideas, exclamó:

—¿Qué querrían decir esta mañana, cuando pronunciaron la palabra *Esmeralda*?

Quiso acelerar el paso, pero por tercera vez se puso un obstáculo ante él. Aquel obstáculo, o mejor dicho, aquel individuo, era ciego, bajito, de fisonomía judía y barbuda, que parecía remar en el espacio a su alrededor con un palo, y que remolcaba un perro; este ciego dirigió su petición a Gringoire con acento húngaro: *¡Facitote caritatem!*

—¡Vaya con Dios! —pensó el poeta—; este a menos habla en lengua cristiana. Preciso es que yo tenga traza de muy caritativo para que me pidan tanta limosna, a pesar del estado de anemia de mi bolsillo. Amigo mío (le contestó al ciego), he vendido hace tiempo mi última camisa; te lo diré de otra manera, ya que entiendes la lengua de Cicerón: *Vendidi hebdomade nuper transita meam ultimam chemisam*.

Diciendo esto, volvió la espalda al ciego, y prosiguió su camino; pero el ciego apretó el paso detrás de él, y al mismo tiempo el tullido y el lisiado sin piernas aparecieron cada uno por su lado y de prisa, dando voces y haciendo ruido con las muletas sobre el empedrado. Luego los tres, tropezando unos con otros detrás del pobre Gringoire, se pusieron a cantarle su letanía:

—*¡Caritatem!* —clamaba el ciego.

—*¡La buona mancia!* —el hombre araña.

—*¡Un pedazo de pan!* —el cojo.

Gringoire se tapaba los oídos.

—Esto es la torre de Babel —gritaba.

Diciendo esto, echó a correr, y el ciego corrió, el cojo corrió, y el lisiado sin piernas corrió igualmente.

A medida que Gringoire se internaba en la calle, otros ciegos, lisiados y cojos pululaban en torno suyo, y mancos, tuertos y leprosos con sus llagas, que salían de las casas y de los callejones adyacentes, aullando, chillando y gimiendo, cayendo y levantándose, arrastrándose hacia la luz y hundidos en el lodo, como babosas después de la lluvia.

Gringoire, acosado por sus tres perseguidores, sin saber en qué acabaría aquello, iba sofocado por entre ellos, evitando a los cojos, saltando por encima de los que se arrastraban, hundidos los pies en aquel hormiguero de lisiados, como el capitán inglés que cayó en una gazapera de cangrejos.

Ocurriósele la idea de volver atrás, pero era ya tarde; aquella legión se lo impedía, y los tres mendigos le seguían acosando. Continuó, pues, su camino, impelido a la vez por aquel irresistible torrente, por el miedo y por el vértigo, que le aumentaba esa escena como un sueño horrible.

Al fin llegó al final de la calle, que desembocaba en una plaza inmensa, en la que mil luces esparcidas vacilaban en la niebla confusa de la noche. Entró en ella Gringoire, desasiéndose, por la velocidad de sus piernas, de los tres espectros inválidos que le tenían cogido.

—¿Dónde vas? —le preguntó el cojo, arrojando las muletas y corriendo hasta él con las piernas más ágiles del mundo. Entre tanto el que andaba arrastrándose se puso en pie y echó al cuello a Gringoire los trapos y las tablas sobre las que se arrastraba, y el ciego le miró cara a cara con dos ojos que arrojaban llamas.

—¿Dónde estoy? —preguntó atemorizado el poeta.

—En la *Corte de los Milagros* —le contestó un cuarto espectro que se acercó a él.

—Lo comprendo —repuso Gringoire—, pues veo que los ciegos tienen vista y los cojos corren; ¿pero dónde está el Salvador?

Al oír tal pregunta, lanzaron todos ellos carcajadas siniestras.

El pobre Gringoire miró a su alrededor, y vio que, en efecto, se encontraba en la temible Corte de los Milagros, hasta donde jamás un hombre honrado había penetrado a aquellas horas: círculo mágico, en el que los oficiales del Chatelet y los soldados del Prebostazgo que osaban internarse, desaparecían destrozados; madriguera de ladrones, repugnante verruga del rostro de París; albañal de donde salía todas las mañanas y a donde tornaba todas las noches el arroyo de los vicios, la mendicidad y la holgazanería, que rebosan siempre en las calles de las capitales; colmena monstruosa a donde iban a parar por las noches con su botín todos los zánganos del orden social; falso hospital donde el gitano, el fraile tuno, el estudiante perdido, los pillos españoles, italianos y alemanes, de todas las naciones y de todas las religiones, judíos, cristianos, musulmanes, idólatras, plagados de llagas postizas y mendigos durante el día, se transformaban de noche en bandidos; inmenso vestuario, en fin, donde se desnudaban y vestían en aquella época, todos los actores del eterno drama que el robo, la prostitución y el asesinato representan en las calles de París.

Era aquel lugar una vasta plaza mal empedrada, como lo estaban entonces todas las de París. Ardían de trecho en trecho algunas hogueras, a cuyo alrededor hormigueaban extraños grupos agitándose y gritando; oíanse agudas carcajadas, vagidos de niños y voces de mujeres. Las manos y las cabezas de aquella turba, negras, sobre el fondo luminoso, proyectaban diabólicos perfiles: de vez en cuando por tierra, donde temblaba la luz de las hogueras, se veía cruzar, entre la sombra, un perro que parecía hombre o un hombre que parecía perro. Los límites de las razas y de las especies parecían borrarse en aquellos sitios como un pandemonium: hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedades, todo era confuso en aquella gente, todo estaba junto y reunido allí, y cada uno participaba de todo.

El vacilante y débil reflejo de las hogueras, permitió a Gringoire ver, a pesar de su turbación, en torno de la inmensa plaza, un asqueroso ceñidor de casucas viejas, cuyas fachadas, sucias y desconchadas, con alguna ventana iluminada en cada una, le parecían en la oscuridad enormes y monstruosas cabezas de viejas, reunidas en círculo, que esperaban el *sábado* guiñan-

do los ojos. Aquel era un nuevo mundo desconocido, inaudito, horrible, hormigueante y fantástico.

Gringoire, más azorado cada instante y cogido por los tres mendigos como por tres tenazas, ensordecido por la multitud que vociferaba a su alrededor, trataba de recobrar su presencia de ánimo para convencerse de que no se encontraba en un *sábado*; mas eran inútiles sus esfuerzos: estaba cortado el hilo de su memoria y de sus pensamientos, y, dudando de todo, vagaba entre lo que veía y lo que sentía, planteando en su mente este insoluble dilema: Si existo, ¿cómo puede ser eso? Si eso es, ¿cómo puedo existir?

Le apartó de su dilema un grito general que lanzó la chillona turba que le rodeaba.

—¡Llevémosle al rey! —dijeron.

—¡Virgen santa! —murmuró Gringoire—; el rey de esta gente debe ser algún macho cabrío.

—¡Al rey! ¡al rey! —repitieron todos en coro.

Le arrastraron, pugnando todos por llevársele, pero los tres mendigos no soltaron su presa, y se la arrebataron a los otros, aullando: —¡Es nuestro!— El traje, ya viejo, del poeta, exhaló el último suspiro en aquella pelea.

Al cruzar Gringoire aquella maldita plaza, se disipó su vértigo; después de andar algunos pasos recobró por completo el sentido de la realidad, como si se acostumbrase a aquella atmósfera. Desde el primer momento, de su cabeza de poeta, o mejor, sencilla y prosaicamente de su estómago vacío, se elevó un humillo, un vapor, por decirlo así, que, extendiéndose entre los objetos y su vista, solo se los permitiera ver entre la incoherente bruma de la pesadilla, entre las sombras de los sueños, que hacen temblar los contornos, gesticular las formas y aglomerarse los objetos en grupos inverosímiles, convirtiendo las cosas en quimeras y los hombres en fantasmas. Poco a poco sucedió a esta alucinación la mirada menos extraviada y menos aumentativa; la realidad tomaba cuerpo a su alrededor, tropezando con sus ojos y con sus pies, y derribando trozo a trozo toda la espantosa poesía de que se creyó rodeado al principio. Fuéle ya entonces forzoso reconocer que no cruzaba ya la laguna Estigia, sino por el lodo; que no se codeaba con demonios, sino con ladrones; que no ponía en riesgo el alma, sino la vida (porque le faltaba el precioso conciliador que se interpone con eficacia entre

el bandido y el hombre honrado: la bolsa). Resumiendo, examinando su situación de cerca y a sangre fría, se convenció de que no había caído en un *sábado*, sino en una taberna.

La Corte de los Milagros era, por lo visto, una taberna, pero una taberna de bandidos, que así la enrojecía la sangre como el vino.

El espectáculo que se presentó ante Gringoire, cuando su desharrapada escolta le depositó, por fin, en el término de su carrera, no era a propósito para inspirarle ideas poéticas, porque vio en él más que nunca la prosaica y brutal realidad de la taberna: si esto no hubiera sucedido en el siglo XV, diríamos que Gringoire había descendido desde Miguel Ángel hasta Callot.[5]

En torno de una hoguera grande que ardía sobre una ancha y redonda losa, y cuyas llamas se lamían los enrojecidos pies de un trébedes, vacío entonces, se veían por todas partes algunas mesas cojas, colocadas sin orden. Relucían sobre aquellas mesas varios jarros llenos de vino y de cerveza, a cuyo alrededor se agrupaban bastantes caras báquicas, enrojecidas por el fuego y por el vino. Veíase en un ángulo un hombre de abultado vientre y de rostro jovial, abrazando con ardor a una prostituta sucia y carnosa; veíase más lejos a una especie de perdonavidas, que desataba silbando las vendas de su fingida herida, y sacaba a relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada con muchas ligaduras desde por la mañana; más allá se preparaba un pordiosero con celidonia y con sangre de toro la *pierna* para el día siguiente. Más cerca, un pillete, con sus conchas y traje completo de peregrino, deletreaba la canción de *¡Santo Dios, Santo inmortal!* sin olvidar la salmodia ni el rezo gangoso. En otra parte, un joven rollizo daba lección de epilepsia con un gitano viejo, que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca, mascando un pedazo de jabón, y tumbado en el suelo, se deshinchaba un hidrópico, haciendo que le tapasen la nariz cuatro o cinco ladronas que se disputaban, junto a la misma mesa, un niño robado aquella noche. *Detalles todos que, dos siglos después, parecieron tan ridículos a la corte, según dice Sauval, que sirvieron de entretenimiento al rey y de entrada al baile real de la Noche, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Petit-Baurbón.* «Nunca —añade un testigo ocular de 1653— fueron representadas con más tino, las súbitas metamorfosis de la Corte de los Milagros. Benserade nos preparó la introducción con versos muy ingeniosos.»

```
| Don Rodrigo, rey de España,
| por la su corona honrar, etc.
```

Por todas partes resonaban risas y canciones obscenas, atendiendo cada uno a sí mismo, como si blasfemase, sin escuchar al vecino. Chocábanse los jarros, y nacían las contiendas al choque de estos, y haciéndose pedazos, atronaban los oídos.

Un perro muy grande, sentado sobre la mesa, miraba la hoguera. Aumentaban la algazara general varios muchachos; el niño robado, que lloraba y gritaba; otro mayor de cuatro años, sentado, con las piernas colgando sobre un banco demasiado alto para él, a la mesa, que le llegaba a la nariz, y sin decir palabra; otro extendiendo muy serio sobre la mesa con el dedo el sebo derretido de una vela que se corría; otro pequeñuelo, acurrucado en el lodo, casi oculto dentro de un caldero, que raspaba con una pizarra, produciendo un ruido capaz de hacer desmayarse a Stradivarius.

Había un tonel junto a la hoguera y un mendigo sentado sobre el tonel; era el rey sobre el trono.

Los tres verdugos de Gringoire le llevaron ante el tonel, y reinó profundo silencio durante un instante entre aquella turba, excepto dentro del caldero que ocupaba el chiquillo. Gringoire no se atrevía a respirar ni a levantar la vista.

—Quítate el sombrero —le dijo uno de los tres mendigos—, y antes de que lo entendiera, otro de ellos se lo arrebató de la cabeza; aunque estaba muy usado, aún le era útil para librarse del sol o de la lluvia. Gringoire suspiró. Mientras, el rey, desde lo alto del tonel, preguntó:

—¿Quién es ese raro pajarraco?

Gringoire se estremeció: aquella voz, que acentuaba la amenaza, le recordó otra que aquella misma mañana comenzó a perturbar su misterio, pidiendo entre el auditorio *¡una limosna por el amor de Dios!* Levantó la cabeza para mirar al mendigo y, en efecto, era Clopin Trouillefou.

Clopin Trouillefou, revestido de sus insignias reales, no tenía ni un andrajo más ni un andrajo menos; pero la llaga de su brazo había desaparecido: llevaba en la diestra uno de aquellos látigos con correas de cuero blanco, que usaban por entonces los alguaciles para dispersar los grupos, y en la cabeza una especie de birrete con aros y cerrado por arriba, pero no era fácil

averiguar si era chichonera de niño o corona de rey; a las dos cosas se parecía.

Esto no obstante, sin darse cuenta, Gringoire había concebido alguna esperanza al reconocer que el rey de la Corte de los Milagros era el maldito mendigo de la sala mayor.

—Maese… señor, monseñor… No sé cómo llamaros —dijo al llegar al punto culminante de su crescendo y no sabiendo ya cómo subir ni bajar.

—Monseñor, majestad o compañero, llámame como te dé la gana, pero concluye pronto. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¡En tu defensa! —repitió en voz baja Gringoire—; esto ya no me gusta.

Luego prosiguió en alta voz:

—Señor, yo soy el que mañana…

—¡Por los cuernos del diablo! —le interrumpió Clopin—, dinos tu nombre y nada más. Atiende. Estás en presencia de tres poderosos soberanos: yo soy Clopin Trouillefou, rey de Tunia, sucesor del gran Coesre, soberano omnímodo del reino de Germanía; Matías Ungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, es aquel viejo pálido que está allí, y que lleva a la cabeza una rodilla de fregar; Guillermo Rousseau, emperador de Galilea, es aquel otro grueso que no nos oye y que acaricia a aquella hetera. Tus jueces somos los tres. Has penetrado en el reino de la Germanía sin ser hampón y has violado los fueros de nuestra ciudad: debes, pues, ser castigado si no eres capón o tuno; lo cual significa en nuestro caló si no eres ladrón, mendigo o vagabundo.

—No he alcanzado tal honor —contestó Gringoire—; yo soy el autor…

—Basta —repuso Clopin sin dejarlo concluir—. Vamos a ahorcarte, pues lo creemos muy justo. Como nos tratáis en vuestra casa, os tratamos en la nuestra. La ley que vosotros aplicáis a los truhanes, los truhanes os la aplican a vosotros; vuestra es la culpa si la pena es dura. Justo es que alguna vez se vea una cara de hombre honrado ciñendo al cuello corbatín de cáñamo; esto ennoblece la horca. Ea, compadre, reparte a tu gusto tus guiñapos entre estas muchachas. Voy a ordenar que te ahorquen para que diviertas a los truhanes, y tú dales la bolsa para que echen un trago. Si tienes que hacer

alguna oracioncilla, allá en el fregadero hay un famoso Dios-Padre de piedra que robamos en la iglesia de San Pedro. Te otorgo cuatro minutos para que le arrojes tu alma a la cabeza.

Formidable fue la arenga de Clopin.

—Muy bien parlado; predicas como un papa —exclamó el emperador de Galilea, rompiendo un jarro para nivelar la mesa.

—Señores emperadores y reyes —repuso Gringoire con bastante sangre fría (no sabemos cómo recuperó su firmeza y pudo hablar con resolución) —, eso no está bien; yo me llamo Pedro Gringoire, y soy el autor del misterio que se representó esta mañana en la sala mayor del palacio de Justicia.

—¡Ah! ¿De modo que eres tú? —exclamó Clopin—. Estuve allí; pero que nos hayas aburrido esta mañana, no es razón para que dejemos de ahorcarte esta noche.

—Difícil me será salir de este trance —pensó para su capote Gringoire que, sin embargo, tentó otro esfuerzo—. No alcanzo por qué razón —dijo en voz alta— no han de entrar los poetas en el número de los hampones. Esopo fue vagabundo, Homero fue mendigo, Mercurio ladrón…

Clopin le volvió a interrumpir.

—Me parece que tratas de ganar tiempo con tus gazmoñerías; vamos, déjate ahorcar y déjate de historias.

—Nada de eso, poderoso rey de Tunia —repitió Gringoire, disputando el terreno palmo a palmo—. Se trata de un asunto que bien vale la pena… un momento… escuchadme… no me condenaréis sin oírme.

Cubría, en efecto, su voz el estrépito que resonaba en torno suyo. El chiquillo rascaba el caldero con más entusiasmo que antes, y además, acababa de poner, una vieja, sobre las trébedes ardientes, una sartén casi llena de grasa, que rechinaba en la lumbre.

Conferenció Clopin breve rato con el duque de Egipto y el emperador de Galilea, que estaba borracho como una cuba, y luego gritó con voz de trueno:

—¡Silencio!

Mas como la caldera ni la sartén le hacían caso, continuaron su dúo, y apeándose el rey del tonel, dio un puntapié al caldero, que rodó con el chiquillo a buen trecho, y otro puntapié a la sartén, cuya grasa se esparramó por la lumbre, y volvió a subir con gravedad al trono sin hacer caso del lloriqueo del chiquillo ni de los gruñidos de la vieja, cuya cena se desvanecía entre las llamas.

Trouillefou hizo cierta seña y el duque, el emperador y los archipámpanos y los salteadores se colocaron a su alrededor, formando semicírculo, cuyo centro ocupaba Gringoire; verdadero corro de andrajos, remiendos, oropel, hachas, horquillas, de piernas, de brazos gruesos y desnudos, de caras sórdidas y degeneradas. En medio de aquella tabla redonda de la pillería, Clopin, como el dux de aquel senado, como el rey de aquellas cortes, como el papa de aquel cónclave, regía la asamblea desde lo alto del tonel, con aire altanero, feroz y formidable, que hacía chispear sus ojos y corregía en su salvaje perfil el tipo hediondo de la raza hampona.

—Atiende —le dijo a Gringoire, acariciándose la barba con la callosa mano—; no encuentro una sola razón para no ahorcarte. Conozco que esto te repugna, y es natural, porque vosotros, las personas decentes, no estáis hechos a estas cosas y creéis que bromeamos. Como no te tenemos tirria, voy a proporcionarte un medio de librarte interinamente. ¿Quieres ser de los nuestros?

Puede juzgarse qué efecto produciría en Gringoire esta proposición, cuando ya perdía la esperanza de salvar la vida.

—Vaya si quiero —contestó.

—¿Consientes en alistarte en la compañía de *la pequeña llama*?

—Sí.

—¿Te reconoces como miembro de la ciudadanía franca? —añadió el rey de Tunia.

—Sí.

—¿Súbdito del reino de la Germanía?

—Seré súbdito de ese reino.

—¿Y trubán?…

—Y trubán también.

—Quiero que te fijes —siguió el rey— en que no por eso dejarás de ser ahorcado.

—¡Diablo! —gritó asustado el poeta.

—Solo que de ese modo —continuó muy serio Clopin— te ahorcarán más tarde, con más ceremonia, a expensas de la ciudad de París, en una horca de piedra, y serás ejecutado por personas honradas, lo cual es un consuelo.

—Decís muy bien —contestó Gringoire sonriendo.

—Aquí se gozan otras muchas ventajas. En tu calidad de ciudadano franco no tendrás que pagar ni empedrados, ni mendicidad, ni faroles, cargas a que están sujetos los vecinos de París.

—Consiento —repuso el poeta—. Seré desde hoy trubán, hampón, ciudadano franco, todo lo que mandéis que ya lo era yo antes, señor rey de Tunia, porque yo soy filósofo, *et omnia in philosophia, omnes in philosopho continentur*, como sabéis.

El rey de Tunia frunció el ceño.

—Compadre, ¿por quién me tomas? ¿Qué caló de judío de Hungría es el que vomitas? Yo no sé el hebreo; se puede ser bandido sin ser judío; además, yo no robo, eso es muy ordinario para mí; yo mato, soy asesino, pero no ladrón.

Quiso Gringoire objetar alguna excusa entre aquellas breves palabras, que la cólera acentuaba con energía.

—Perdonadme, señor; eso no es hebreo, es latín.

—Te repito —se apresuró a decir Clopin furioso— que no soy judío y que te haré ahorcar como a ese jabalí, de Judea, que está junto a ti, y al que espero ver clavado un día en un mostrador como lo que es, como una moneda falsa.

Hablando así el rey de Tunia, indicaba con el dedo al judío húngaro barbudo que saludó antes a Gringoire con su *facitote caritatem*, y que, como no entendía otro lenguaje, veía con sorpresa que Clopin descargaba en él su mal humor. Por fin este se calmó.

—Pillastre, ¿quieres de veras ser truhán? —le preguntó otra vez al poeta.

—Ya os dije que sí que quería.

—No basta querer; la buena voluntad no añade una cebolla en el puchero y solo sirve para ir al paraíso; pero la gloria es una cosa y otra cosa es el hampa: para ser recibido en el hampa es menester que nos pruebes que eres útil para algo, y para eso es necesario que registres el maniquí.

—Registraré cuanto queráis —contestó Gringoire.

Clopin hizo una seña y al verla salieron del semicírculo algunos hamponnes que volvieron un momento después. Trajeron dos vigas que terminaban en su extremo inferior por dos travesaños de madera, con las que se sostenían en el suelo. Adaptaron al extremo superior de ambas vigas un madero transversal a manera de horca portátil, que Gringoire tuvo la satisfacción de ver armada en un instante; nada le faltaba, ni la cuerda que se balanceaba lentamente por debajo del travesaño.

—¿Para qué será esto? —se preguntaba Gringoire inquieto, cuando terminó su ansiedad un ruido de campanillas que oyó en aquel momento, producido por un maniquí que los perillanes suspendieron por el cuello a la cuerda; era una especie de espantapájaros, vestido de rojo y tan cubierto de cascabeles y de campanillas, que bastaran para enjaezar treinta mulas castellanas. Las campanillas sonaron algún tiempo con las oscilaciones de la cuerda, su sonido se apagó poco a poco, y se dejó de oír cuando quedó inmóvil el maniquí, por la ley del péndulo, que destronó a la clepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin, señalando a Gringoire un banquillo viejo y perlático, colocado debajo del maniquí, le dijo:

—Sube ahí.

—¡Demonio! —exclamó Gringoire—; ¡voy a romperme la cabeza! Ese banquillo cojea como un dístico de Marcial; tiene un pie exámetro y otro pentámetro.

—Sube —repitió Clopin.

Gringoire trepó al banquillo y consiguió, después de varias oscilaciones de la cabeza y de los brazos, encontrar su centro de gravedad.

—Ahora —añadió el rey de Tunia— levanta el pie derecho alrededor de la pierna izquierda y empínate sobre el pie izquierdo.

—¿Pero tenéis empeño en que me fracture algún miembro?

Clopin frunció el ceño.

—Compadre —le dijo—, hablas demasiado. En dos palabras te pondré al corriente de lo que se trata; vas a empinarte sobre la punta del pie izquierdo, como te decía; de este modo llegarás hasta el bolsillo del maniquí; lo registrarás, y extraerás de él una bolsa que contiene, y si logras sacarla sin que suene ni una sola campanilla, serás de los nuestros; serás truhán. No haremos ya contigo otra cosa que apalearte durante ocho días.

—¡Dios me libre! —gimió Gringoire.

—¿Y si hago sonar las campanillas?

—Entonces te ahorcaremos. ¿Lo has entendido bien?…

—No lo comprendo muy bien.

—Te lo repetiré. Registras al maniquí y le robarás la bolsa; si en esa operación mueves una sola campanilla, te ahorcaremos. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo… ¿y después?…

—Si robas la bolsa sin que suenen las campanillas, serás admitido entre nosotros, y te daremos de palos ocho días seguidos. ¿Comprendes ahora?

—Pues ahora lo comprendo menos. ¿Dónde está lo que gano? Ahorcado en un caso y derrengado a palos en el otro…

—¿Y ser truhán no es nada? —aclaró Clopin—. Te apalearemos por tu bien, para acostumbrarte a los golpes, para que se endurezca el cuerpo.

—Muchas gracias —contestó el poeta.

—Ea, concluyamos —dijo el rey dando una patada en el tonel—. Registra el maniquí y déjanos de gazmoñerías. Vuelvo a repetirte que si oigo una sola campanilla, ocuparás el sitio del maniquí.

Los truhanes aplaudieron las palabras de Clopin, y se formaron en círculo alrededor del patíbulo, riéndose de Gringoire tan despiadadamente, que este comprendió que los divertía demasiado para no perderlo todo; no le restaba, pues, ya otra esperanza que el azar de salir bien de la operación impuesta.

Se resignó a practicarla, no sin dirigir antes ferviente súplica al maniquí, ente más fácil de ablandar que los hampones.

Aquella miríada de campanillas, con sus lengüecillas de cobre, le parecían otras tantas bocas de áspides abiertas y dispuestas a devorarle.

—¿Es posible —se decía— que mi vida dependa de la menor vibración de estos cascabeles? —Y añadía juntando las manos—: ¡Sonajas, no sonéis! ¡Campanillas, no deis campanillazos! ¡Cascabeles, no cascabeléis!…

—¿Y si durante la operación sobreviniese una bocanada de viento?… —preguntó Gringoire.

—Serás ahorcado —contestó el rey de Tunia sin vacilar.

Viendo el poeta que ya no había escape posible, se decidió a intentar la operación; volvió el derecho alrededor del pie izquierdo, se empinó sobre este y extendió el brazo; pero en el instante de tocar el maniquí, su cuerpo, que se apoyaba solo sobre un pie, vaciló sobre el banquillo, que no tenía más que tres, quiso apoyarse en el maniquí, perdió el equilibrio y cayó al suelo pesadamente, ensordecido por el tintineo de las innumerables campanillas del maniquí, que, cediendo al impulso de su mano, describió una rotación sobre sí mismo, y luego se balanceó majestuosamente entre los dos maderos.

—¡Maldición! —gritó al caer—, y quedó en el suelo boca abajo y como muerto.

Pudo oír, sin embargo, el terrible repiqueteo sobre su cabeza, la diabólica risa de los truhanes y la voz de Clopin, que decía:

—Levantad del suelo a ese bellaco y ahorcadle enseguida.

Gringoire se levantó. Habían ya descolgado el maniquí para colgarle a él.

Le encaramaron al banquillo los hampones; se le acercó Clopin, le ciñó la cuerda al cuello y, dándole un golpecito en la espalda, le dijo: —Adiós, amigo.

La palabra *perdón* expiró en los labios de Gringoire. Tendió la vista a su alrededor, pero perdió la esperanza al sentir que todos reían.

—Bellevigne-de-l'Etoile —dijo el rey de Tunia a un enorme hampón que salió de un grupo—, trepa al travesaño.

Este se encaramó con ligereza sobre el madero transversal, y al punto, alzando los ojos Gringoire, le vio agachado sobre el travesaño encima de él.

—Ahora —añadió Clopin—, cuando yo dé una palmada, tú, Andrés el Rojo, tirarás el banco de un puntapié; tú, Francisco Chante-Prune, te colgarás a los pies de ese bellaco, y tú, Bellevigne, te pondrás a caballo sobre sus hombros… todos a un tiempo. ¿Estáis?

Gringoire temblaba de miedo.

—¿Estáis?… —preguntó por segunda vez Clopin a los tres hampones, dispuestos a precipitarse sobre el desgraciado.

Pasó entonces el poeta un momento de espera horrible, durante el que Clopin metía impasible con el pie en la hoguera algunos sarmientos que quedaban fuera de las llamas.

—¿Estáis? —repitió por tercera vez—, y abrió las manos para dar una palmada: si la hubiera dado… no había ya remedio para Gringoire; pero se detuvo, asaltado por una idea repentina.

—Alto un instante —les dijo a los tres hampones…—, se me olvidaba.

Es costumbre entre nosotros que no ahorquemos a ningún hombre sin preguntar antes si hay alguna mujer que le quiera. Es tu último recurso, camarada; te has de casar con una truhana o con la horca.

Esta ley gitana, por rara que parezca, se conserva escrita hasta nuestros días en la antigua legislación inglesa. Véase *Burington's Observations*.

Gringoire volvió a respirar: era la segunda vez que durante media hora le sonreía la esperanza.

—¡Hola! —gritó Clopin desde lo alto del tonel—. ¡Hola! Venid aquí, hembras, y decid si hay alguna, desde la más bruja hasta su gata, que quiera casarse con este lujurioso. ¡Venid aquí todas! ¡Un hombre de balde! ¿Quién le quiere?

En la situación en que se encontraba Gringoire, era en verdad poco apetitoso, y aquella proposición no agradó por lo visto a las hamponas. El infeliz oyó que contestaban: —No, no, que le ahorquen y así nos divertiremos.

Sin embargo, se destacaron tres de entre la multitud y se acercaron a examinarle. La primera era una mocetona gruesa y de cara mofletuda; contem-

pló con lástima la ropilla del filósofo, cuyo jubón estaba raído y agujereado. La joven hizo un gesto y murmuró: —¡Bandera vieja! —y dirigiéndose a Gringoire le preguntó: —¿Dónde está tu capa? —La perdí —contestó este. —¿Tu sombrero? —Me lo robaron. —¿Y tus zapatos? —Se quedan sin suelas. —¿Y tu bolsa? —Está vacía. —Pues déjate ahorcar y da las gracias además —le contestó la hampona volviéndole las espaldas.

La segunda que se acercó a Gringoire era vieja, negra, arrugada, repugnante, de horrible fealdad; dio una vuelta entera en torno del poeta, que casi se asustó de que lo aceptase. Pero la vieja exclamó con tono dengoso, después de examinarle: —¡Está demasiado flaco!

Y se alejó.

La tercera que se acercó era una mozuela frescachona y no muy fea. —Salvadme —la dijo en voz baja el infeliz Gringoire. Le contempló un instante con aire de compasión: luego bajó los ojos, hizo un pliegue en la falda y quedó indecisa. El infeliz poeta seguía con la vista todos sus movimientos: era la última vislumbre de esperanza que le quedaba. —No —exclamó por fin la muchacha—, no. Guillermo Longuejone me pegaría. —Y se fue como las otras.

—Compañero —díjole Clopin—, eres desgraciado.

Luego, poniéndose en pie sobre el tonel, exclamó:

—¿Ninguna le quiere? A la una, a las dos, a las tres… —Y mirando luego hacia la horca, dijo—: Adjudicado.

Bellevigne, Andrés el Rojo y Francisco Chante-Prune se acercaron a Gringoire, pero en aquel momento se oyó exclamar entre la multitud, que decía:

—¡La Esmeralda! ¡La Esmeralda!

Gringoire se estremeció y volvió la cabeza hacia la parte de donde venía el clamoreo; abrióse paso a una mujer joven y deslumbradora: era la gitana.

—¡La Esmeralda! —exclamó Gringoire, estupefacto en medio de su agitación, pues este nombre mágico ligaba todos sus recuerdos de aquel día.

Aquella extraña criatura parecía ejercer hasta en la Corte de los Milagros el imperio del encanto y de la hermosura. Hampones y hamponas la dejaban

libre paso, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse a Gringoire con ligero paso, seguida de Djalí: estaba este más muerto que vivo; ella le contempló un momento sin chistar.

—¿Vais a ahorcar a ese hombre? —preguntó con gravedad a Clopin.

—Sí, hermana —díjole el rey de Tunia—, si tú no le tomas por marido.

—Pues yo lo tomo —respondió, haciendo su graciosa y habitual mueca.

Gringoire creyó entonces que no había hecho más que soñar desde por la mañana y que aún continuaba soñando durante la noche. El episodio, aunque feliz, no dejaba de ser violento.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron del banquillo al poeta, que para no caer emocionado al suelo se vio obligado a sentarse.

El duque de Egipto trajo silenciosamente un cántaro de barro, que la gitana presentó a Gringoire.

—Tíralo al suelo —le dijo.

El cántaro se rompió en cuatro pedazos.

—Hermano —le dijo enseguida el duque de Egipto, imponiéndole las manos sobre la frente—; esta es tu mujer; hermana, este es tu marido… durante cuatro años. Ya estáis despachados.

VII. Una noche de bodas

Instantes después de la escena anterior encontróse el poeta en una pequeña habitación ojival, cerrada y caliente, sentado frente a una mesa que estaba pidiendo a gritos entrar en relaciones con la alacena inmediata a ella, con excelente lecho en perspectiva y mano a mano con una linda mujer. Prodigiosa era la aventura. Empezaba Gringoire a creerse que era protagonista de un cuento de hadas, y de vez en cuando paseaba la vista a su alrededor, para ver si aún estaba por allí cerca el carro de fuego tirado por quimeras, que

debió transportarle con tanta rapidez desde el Tártaro al Paraíso, y también de vez en cuando clavaba con obstinación la mirada en los agujeros de su ropilla, para no perder la realidad ni el juicio; su razón, que vagaba por los espacios imaginarios, estaba asida a este hilo únicamente.

La joven parecía que no pensaba en él; iba, venía, movía los trastos, hablaba con la cabra y hacía con frecuencia su habitual mohín; por fin sentóse junto a la mesa, y Gringoire pudo examinarla a su sabor.

Todos habéis sido niños, amigos lectores, y alguno tendrá la dicha de serlo aún. En esa edad es probable que pasaríais días enteros en seguir mata tras mata, en la orilla de un arroyo y en un día de sol, a alguna linda mariposa, verde o azul, en su inconstante vuelo. Recordaréis con qué inocente curiosidad seguían vuestro pensamiento y vuestros ojos a aquel pequeño y zumbador insecto, de alas azules y de púrpura, en medio del que flotaba una forma imperceptible, velada por la rapidez de su propio movimiento. El ser aéreo que se dibujaba confusamente al través del aleteo, os parecía quimérico, imaginario, intangible. Pero cuando la mariposa se posaba en un rosal, y podíais examinar, conteniendo el aliento, sus anchas alas de gasa, experimentabais admiración y teníais miedo de que aquello se convirtiese en sombra y el ser en ilusión. Recordad esas sensaciones infantiles y comprenderéis lo que sintió Gringoire al contemplar a Esmeralda bajo su forma visible y palpable; a Esmeralda, a la que hasta entonces solo entrevió al través del torbellino del baile.

—¡Ya sé quién es Esmeralda! —se decía siguiéndola vagamente con la mirada—; ¡ya sé quién es, una criatura celestial! ¡Una bailarina de las calles de París! ¡Tanto y tan poco! Dio esta mañana el golpe de gracia a mi misterio y me salva la vida esta noche. Es mi genio malo y mi ángel bueno; es una hermosa mujer que debe amarme mucho cuando me eligió por marido de semejante manera. A propósito —pensó poniéndose en pie de pronto, con el sentimiento de lo real que formaba la base de su carácter y de su fisonomía—, no sé cómo es esto, pero lo cierto es que yo soy su marido.

Con esta idea fija aproximóse a la joven de un modo tan militar y tan galante, que ella retrocedió.

—¿Qué pretendéis? —le preguntó.

—¿Y me lo preguntáis, mi adorable Esmeralda? —repuso Gringoire con acento tan apasionado, que él mismo se asombraba de tenerlo.

Abrió la gitana sus grandes ojos para contestar.

—No sé qué queréis decir.

—Pues qué —aclaró Gringoire entusiasmándose más cada vez y pensando que después de todo, aquella joven no era más que una doncella de la Corte de los Milagros—; ¿no soy tuyo, bella niña, y tú no eres mía?

Con la mayor naturalidad la cogió por el talle, y el justillo de la gitana se escurrió de sus manos como si fuera una anguila. Saltó la joven hasta el opuesto rincón de la estancia, agachóse al suelo y volvió a levantarse llevando en la mano un diminuto puñal, antes de que Gringoire se hubiese percatado. Estaba irritada y altiva, con los labios inflamados, las mejillas rojas, y los ojos brotando rayos; al mismo tiempo la cabra se colocó delante de ella y presentó a Gringoire un frente de batalla, erizado por dos lindos cuernos dorados y puntiagudos. La mariposa se trocaba en avispa, y estaba dispuesta a picar.

Atónito quedó el poeta mirando alternativamente a la mujer y a la cabra con ojos estúpidos.

—¡Virgen santa! —gimió en cuanto la sorpresa le permitió hablar—. ¡Vaya un par de hembras!

La gitana le respondió:

—Me parece que eres un pillastre muy osado.

—Perdonadme —murmuró Gringoire sonriendo—; ¿con qué objeto me habéis aceptado por marido?

—¿Querías que te dejase ahorcar?

—¿De modo —repuso el poeta viendo fallidas sus esperanzas amorosas — que no habéis tenido otra idea al tomarme por esposo que la de salvarme de la horca?

—¿Qué otra idea crees que pudiera tener?

Gringoire se mordió los labios y pensó: —Entonces ¿para qué habéis roto aquel cántaro?

El puñal de Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban siempre en situación defensiva.

—Esmeralda —añadió por fin el poeta—, capitulemos. No soy escribano del Chatelet y no os denunciaré por usar una daga en París, a pesar de las órdenes y prohibiciones del preboste; no ignoraréis, sin embargo, que hace ocho días multaron a Noel Lescrivain por encontrarle un chafarote, pero esto no me atañe y voy a lo que me importa. Os juro por lo que queráis que no me acercaré ya a vuestra persona sin vuestra venia, pero dadme de cenar.

Evidentemente, Gringoire, como Boileau, «era muy poco voluptoso». No pertenecía a la raza caballeresca y mosquetera que tomaba por asalto a las mujeres. En asuntos de amor, como en todo lo demás, siempre se inclinaba a contemporizar y a tolerar términos medios, y una buena cena a solas con una mujer linda le parecía, sobre todo cuando tenía hambre, un entreacto primoroso entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La gitana no le contestó, pero hizo su desdeñosa mueca, al mirarle y se echó a reír; el lindo puñal desapareció como había aparecido, sin que Gringoire pudiese ver dónde escondía la abeja su aguijón.

Poco después ocupaban la mesa un pan de centeno, una lonja de tocino, algunas manzanas secas y un jarro de cerveza: Gringoire se puso a comer con apetito feroz; al oír el choque del tenedor de hierro sobre el plato de loza, cualquiera diría que su amor se había trocado en apetito.

La joven, sentada delante de él, le miraba comer silenciosa y preocupada tal vez con otro pensamiento, que la hacía sonreír, mientras su linda mano acariciaba la cabecita de la inteligente cabra, blandamente apoyada entre sus rodillas. Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y de meditación.

Acallada la necesidad de su estómago, el poeta sintió que no quedara en la mesa más que una manzana, y dijo:

—¿No queréis comer?

Esmeralda contestó con un signo negativo de cabeza, y su mirada pensativa clavóse en la bóveda de la estancia.

—¿En qué diablos estará pensando? —pensó Gringoire mirando hacia donde ella miraba—. Es imposible que mire el mascarón esculpido en la

clave de la bóveda. ¡Qué demonio! Me parece que bien puedo sostener la comparación con ese monstruo.

Se decidió a nombrarla:

—¡Esmeralda!

Pero la gitana no le oía: volvió a llamarla, también inútilmente. El espíritu de la joven estaba lejos y la voz de Gringoire no era bastante poderosa para apartarla de donde estaba. Por fortuna la cabra ayudó a Gringoire, tirando suavemente de la manga de su ama.

—¿Qué quieres Djalí? —dijo con viveza la gitana, como si despertara de un sueño.

—Tiene hambre —repuso Gringoire, deseoso de trabar conversación.

Esmeralda desmigajó un pedazo de pan, que comió graciosamente Djalí en la palma de la mano.

Gringoire evitó que volviese a absorberse en sus meditaciones, aventurando esta delicada pregunta:

—¿Conque no me queréis para marido?

Miróle la niña fijamente y le contestó que no.

—¿Y por amante?

—Tampoco.

—¿Y por amigo?

La gitana le miró nuevamente, y después de un momento de reflexión, respondió:

—Quizás.

Este *quizás*, tan grato para los filósofos, dio nuevos ánimos a Gringoire.

—¿Sabéis —dijo— qué es amistad?

—Sí —repuso la gitana—; ser hermanos, ser dos almas que se tocan sin confundirse, como los dedos de la mano.

—¿Y qué es el amor?

—¡Oh, el amor! —exclamó temblándole la voz y lanzando llamas por los ojos—; el amor es ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se confunden en un ángel; es el Cielo.

Dando estas definiciones brillaba en la bailarina egipcia una belleza que asombraba a Gringoire y que se encontraba en perfecta armonía con la exaltación casi oriental de sus vocablos. Sus labios, rosados y puros, se entreabrían sonriendo, parecía que el peso de su pensamiento turbaba lo terso de su frente, cándida y serena, como el aliento empaña el cristal de un espejo, y de sus largas y negras pestañas, inclinadas, emanaba una especie de luz inefable, que daba a su perfil la suavidad ideal que Rafael halló en el punto de mística intercesión de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire, animado, prosiguió impertérrito:

—¿Cómo debe ser el hombre para agradaros?

—Lo primero ha de ser un hombre.

—¿Yo no lo soy?

—El que es un hombre lleva casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—¡Bravo! —exclamó el poeta—; el caballo hace al hombre. ¿Amáis a alguno?

—De todo corazón.

—¿De todo corazón?

Quedó un instante pensativa, y después dijo con singular expresión:

—Pronto lo sabré.

—¿Por qué ahora no? ¿por qué no amarme a mí?

La gitana le lanzó una mirada seria.

—Porque no podré amar más que a un hombre que sea capaz de protegerme.

El poeta se ruborizó, y no lo echó en saco roto. Seguramente la joven aludía al escaso apoyo que la prestó en las circunstancias críticas en que se encontró dos horas antes. Este recuerdo, que habían borrado de su mente los sucesos posteriores, le acudió a la memoria, y dijo a la gitana:

—Perdonad mis locas distracciones, y explicadme cómo pudisteis huir de las garras de Quasimodo.

Esta pregunta hizo estremecer a la muchacha.

—¡Oh, qué horrible jorobado! —exclamó, cubriéndose el rostro con las manos y temblando.

—Horrible es, en efecto —repuso Gringoire—; ¿pero cómo os librasteis de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

—¿Sabéis por qué os seguía? —le preguntó el poeta, procurando volver su tema por medio de un rodeo.

—No —contestó la joven; y luego añadió con rapidez—: ¿Y por qué me seguíais vos?

—Pues… tampoco lo sé —le respondió Gringoire.

Siguióse un momento de silencio: el poeta rayaba la mesa con el cuchillo, la muchacha sonreía y parecía que estaba viendo algo detrás de la pared. De repente empezó a cantar con voz velada:

Cuando las pintadas aves
mudas están, y la tierra…[6]

Luego cesó de cantar bruscamente, y acarició a Djalí.

—¡Tenéis una cabrita muy mona!… —dijo Gringoire.

—Es mi hermana —repuso la joven.

—¿Por qué os llaman *la Esmeralda*?

—No lo sé.

—Pero…

Sacó del pecho la Esmeralda una especie de saquito oblongo, suspendido a su cuello por una cadena de granos de sándalo, que exhalaba un olor fuerte de alcanfor, estaba forrado de seda verde, y lucía en el centro un vidrio de dicho color, imitando a una esmeralda.

—Sin duda será por esto —dijo.

Gringoire quiso tomar el saquito.

—No lo toques —exclamó la gitana al punto—; es un amuleto; tú le quitarías la virtud, o él te dañaría.

Crecía por momentos la curiosidad de Gringoire.

—¿Quién os lo dio?

Púsose ella un dedo en la boca, y ocultó en el pecho el amuleto.

El poeta aventuró varias preguntas, pero ella apenas las contestaba.

—¿Qué quiere decir la palabra *Esmeralda*?

—Lo ignoro.

—¿A qué lengua pertenece?

—Creo que a la egipcia.

—Entonces —repuso Gringoire—, ¿no sois francesa?

—No lo sé.

—¿Tenéis padres?

La gitana comenzó a cantar con un aire antiguo:

Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.
Paso el río sin barco,
paso el río sin barca…
Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.

—Muy bien —exclamó Gringoire—. ¿A qué edad vinisteis a Francia?

—Siendo muy niña.

—¿Y a París?

—El año pasado. Cuando entré por la puerta papal, vi que hendía el aire curruca de los cañaverales; era a fines de agosto, y pronostiqué que el invierno sería crudo.

—Y así sucedió —repuso el poeta en el colmo de la alegría, al ver entablada la conversación—; yo he pasado el invierno soplándome los dedos.

¿Poseéis, entonces, el don de la profecía?

La gitana volvió a su laconismo, contestando:

—No.

—Ese a quien llamáis duque de Egipto, ¿es quizá jefe de vuestra tribu?

—Sí.

—Pues él es el que nos ha casado —objetó Gringoire con timidez.

—Pues yo no sé siquiera cómo te llamas —repuso la joven.

—Me llamo Pedro Gringoire.

—Yo sé otro nombre más bonito —respondió pensativa la gitana.

—¡Picarilla! —exclamó el poeta—; pero eso no importa, por eso no me incomodaré: más tarde, ¿quién sabe? puede que cuando me conozcáis mejor, me cobréis cariño; además, como me contasteis vuestra historia con franqueza, justo es que cuente la mía. Me llamo Pedro Gringoire, y soy hijo del arrendador de la notaría de Gonesse. Ahorcaron a mi padre los borgoñones, y despanzurraron a mi madre los picardos, durante el sitio de París, hace veinte años. A los seis años quedé huérfano, sin otras suelas para mis zapatos que el empedrado de París, y no sé cómo pasé desde los seis hasta los dieciséis años. Una frutera me daba una ciruela, un pinche me daba un pedazo de pan, y por la noche, las patrullas me metían en prisión, donde encontraba un montón de paja que me servía de cama, todo lo cual no me impidió crecer y enflaquecer, como veis. Calentábame el sol, durante el invierno, bajo el pórtico del palacio de Sens, y me parecía ridículo que reservaran para el mes de junio las hogueras de San Juan. A los diez y seis años quise ser algo, y probé muchas cosas. Senté plaza de soldado, pero no era bastante valiente; me metí fraile, pero no era bastante devoto, y además, soy poco aficionado a beber. Desesperado, me puse a aprendiz de carpintero, pero no era bastante robusto. Tenía mucha afición a ser maestro de escuela, mas no sabía leer aunque esto no era un inconveniente. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo, y persuadido de que para nada servía, senté plaza de poeta y de compositor de ritmos; esta es profesión que puede abrazar cualquier vagabundo, y que a la postre, vale más que la de ladrón, que me aconsejaban algunos jóvenes raterillos, amigos míos. Encontréme, por ventura, un día con don Claudio Frollo, reverendo arcediano de

Nuestra Señora, el que se interesó por mí, y al que debo hoy ser un verdadero letrado, instruido en el latín desde los Oficios de Cicerón, hasta el martirologio de los padres Celestinos, y conocedor de la doctrina escolástica, la poética, la rítmica y hasta la hermética. Soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concurrencia en la sala mayor del palacio de Justicia. He escrito un libro acerca del prodigioso cometa de 1465, que volvió loco a un hombre. Cuando era carpintero de la artillería, trabajé en aquella famosa bombarda de Juan Mangue, que reventó en el puente de Charenton el día que se estrenó, y que mató a veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy despreciable para marido. Sé, además, graciosas invenciones que enseñaré a esta cabra, como por ejemplo, a remedar al obispo de París, ese maldito fariseo, cuyos molinos chorrean sobre los transeúntes por todo el puente de los Molineros. No olvidemos que el misterio me producirá mucho dinero, si me lo pagan. En fin, pongo a vuestras órdenes el talento, la ciencia y las letras que poseo, y estoy decidido a vivir con vos como os plazca, casta o alegremente, como marido y mujer, si así os da la gana, o como hermano y hermana, si lo preferís.

Calló Gringoire, esperando el efecto que este parlamento producía en la muchacha, la que tenía clavados los ojos en el suelo.

—¡*Febo*! —exclamó quedamente, y luego, volviéndose hacia el poeta, le preguntó: —¿Qué quiere decir *Febo*?

Gringoire, sin comprender qué relación tendría su parlamento con aquella pregunta, aprovechó con gusto la ocasión que se le presentaba de sacar a relucir su erudición, y contestó con cierto énfasis: —Febo viene de la palabra latina *phœbus*, que quiere decir *Sol*.

—¡Sol! —repitió la gitana.

—Así se llamaba un gallardo arquero, que era un dios —añadió el poeta.

—¡Un dios! —repitió la Esmeralda con acento apasionado. Se desprendió de su brazo uno de sus brazaletes, y cayó al suelo; el compositor de ritmos se inclinó apresuradamente para recogerlo, pero cuando levantó la cabeza, habían ya desaparecido la mujer y la cabra. Sintió entonces pasar un cerrojo en una puertecilla que debía comunicar con un cuarto inmediato, que se cerraba por la parte de fuera.

—¿Me habrá dejado, al menos, cama para dormir? —se preguntó el filósofo.

Inspeccionó a conciencia la estancia, pero no halló en ella más mueble apto para servir de lecho, que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa estaba esculpida, lo que proporcionó al poeta, cuando se tendió sobre él, una sensación semejante a la que recibiría Micromegas, tendiéndose tan largo como era sobre los Alpes.

—Pues no hay otro remedio que resignarse —se dijo, acomodándose sobre el cofre lo mejor que pudo—. Pero voy a pasar una rara noche de bodas. ¡Es lástima! Solo lo siento porque veía, en este consorcio del cántaro roto, un no sé qué de candoroso y de anticuado que me complacía.

---

1. Antiguas monedas de Francia, de poco valor.

2. *Romancero español* (de autor anónimo).—Romance que comienza:

3. Dom: abreviatura con que se designaba a ciertos sacerdotes de algunas órdenes religiosas ya extinguidas.

4. En español en el original.

5. Callot, famoso grabador francés, que nació a últimos del siglo XVI. Sus grabados al agua fuerte representan casi todas escenas canallescas.

6. Del *Romancero Español*.

Libro tercero

I. Nuestra Señora

Aún es hoy, sin duda, un edificio sublime y majestuoso la iglesia de Nuestra Señora de París: mas, por magnífico que se conserve en su vetustez, nos indignan las infinitas degradaciones y mutilaciones que simultáneamente el tiempo y los hombres han infligido al venerable monumento, sin respeto a Carlomagno, que puso en él la primera piedra, y sin respeto a Felipe Augusto, que puso en él la última.

Sobre la faz de la antigua reina de nuestras catedrales, al lado de una arruga se halla una cicatriz. *Tempus, edax, homo edacior*, que yo traduzco de este modo: el tiempo es ciego, el hombre es un estúpido.

Si examináramos con un lente las diversas huellas de destrucción impresas en la antigua iglesia, una a una, culparíamos al tiempo la menor parte y de la mayor a los hombres, sobre todo a los artistas de este género, porque ha habido individuos que se adjudicaron a sí mismos el título de arquitectos en los dos últimos siglos.

Desde luego, para no citar más que ejemplos capitales es indudable que hay pocas hermosas páginas arquitectónicas como esta fachada: en ella se ven sucesivamente, y a la par, tres puertas ojivales, el cordón bordado y festoneado de los veintiocho nichos reales, el inmenso rosetón central, en medio de dos ventanas laterales, como el sacerdote entre el diácono y el sub-

diácono; la alta y aérea galería de arcos trebolados que sostiene la ancha plataforma sobre sus sutiles columnas, y, finalmente, las dos negras y macizas torres con sus techos de pizarra, que forman las partes armoniosas de un conjunto magnífico, superpuestas en cinco pisos gigantescos, que se desenvuelven a la vista en tropel y sin confusión, con sus innumerables detalles de estatuaria, de escultura y de cincel, reunidos poderosamente a la reposada grandeza del conjunto: inmensa sinfonía de piedra, por decirlo así; obra colosal de un hombre y de un pueblo, una y múltiple al mismo tiempo, como las Ilíadas y los Romanceros, de los que es hermana; producto prodigioso de la suma de todas las fuerzas de una época, en donde en cada piedra se ve brillar en cien formas la fantasía del obrero, obediente al genio del artista; especie de creación humana, en una palabra, magna y fecunda, como la creación divina, a la que parece haya robado el doble carácter: el de la variedad y el de la eternidad.

Lo que admiramos en la fachada puede admirarse en la iglesia entera, y lo que decimos de la catedral de París, puede decirse de todas las catedrales de la Edad Media. En este arte, todo es lógico y proporcionado. Medir el dedo pulgar del pie, es medir el cuerpo del gigante.

Tres cosas esenciales faltan hoy en la fachada: la escalinata de once gradas que la elevaba antiguamente sobre el nivel del suelo; la serie inferior de estatuas que ocupaban los nichos de las tres puertas; y la serie superior de los veintiocho reyes más antiguos de Francia, que decoraban la galería del piso principal, desde Childeberto hasta Felipe Augusto, que tenía en la mano «el globo imperial».

El tiempo hizo desaparecer la escalinata, elevando por medio del progreso irresistible y lento el nivel del suelo de la ciudad, pero devorando una a una, con la marea insistente del piso de París, las once gradas que aumentaban la altura majestuosa del edificio; pero el tiempo ha otorgado a la iglesia más de lo que le quitó, porque es el tiempo el que ha impreso en la fachada el sombrío color de los siglos, que hace de la ancianidad en los monumentos la edad de su hermosura.

Pero, ¿quién derribó las dos filas de estatuas? ¿quién dejó los nichos vacíos? ¿quién ha labrado en medio de la puerta central aquella ojiva nueva y bastarda? ¿quién osó encuadrar en ella aquella insulsa y maciza puerta de

madera, esculpida a lo Luis XV, junto a los arabescos de Biscornette? Los hombres, los arquitectos, los artistas de nuestros días.

En el interior del edificio, ¿quién ha derribado el colosal San Cristóbal, que era popular entre las estatuas, como la sala mayor del Palacio entre las salas, como la aguja de Strasburgo entre los campanarios? Y las innumerables estatuas que poblaban todos los intercolumnios de la nave y del coro, de hombres, de mujeres, de niños, de reyes, de obispos y de soldados, de piedra, de mármol, de oro, de plata, de cobre y hasta de cera, ¿quién las ha hecho desaparecer brutalmente? También los hombres.

¿Quién se ha atrevido a sustituir el antiguo altar gótico, espléndidamente atestado de urnas y de relicarios, por el pesado sarcófago de mármol con cabezas de ángeles y nubes, que semeja un fragmento desparejado de Val-de-Grace o de los Inválidos? ¿Quién ha sellado estúpidamente ese tremendo anacronismo de piedra en el pavimento carlovingio de Hercandus? ¿No fue Luis XIV, por cumplir los deseos de Luis XIII?

¿Quién ha puesto esos fríos vidrios blancos en vez de aquellos calientes de color, que hacían entornar los ojos atónitos de nuestros padres, entre el rosetón de la puerta mayor y las ojivas del ábside? ¿Qué pensaría un sochantre del siglo XVI, al ver el ridículo revoque amarillo con que nuestros vándalos arzobispos han embadurnado su catedral? Recordaría que este era el color con que el verdugo teñía los edificios *infamados*; recordaría el palacio del Petit-Borbón, pintarrajeado de amarillo por la traición del condestable: «Amarillo tan bien templado, que durante un siglo no ha perdido el color», según dice Sauval; dicho sochantre creería que la catedral convirtiérase en sitio infame, y huiría despavorido.

Si ascendemos más, sin detenernos en mil barbaries de toda especie, ¿qué han hecho los hombres del esbelto campanario menor, que se apoyaba sobre el punto de intersección del crucero, y que, no menos sutil y atrevido que su vecina la aguja de la Santa Capilla (destruida también), apuntaba al cielo, más alto aún que las torres, esbelto, agudo, sonoro y calado? Amputóle en 1787 un arquitecto *de buen gusto*, creyendo que era suficiente disimular la llaga con aquel adefesio de plomo, que se parece a la tapadera de una marmita.

Así han tratado en todos los países, en Francia especialmente, el arte maravilloso de la Edad Media. En su ruina pueden verse tres clases de lesio-

nes, que le han desgarrado en diferentes profundidades; desde luego, el tiempo, que insensiblemente ha hecho una mella acá y un destrozo allá en toda la superficie; luego las revoluciones políticas y religiosas, que, ciegas y coléricas por su naturaleza, se han precipitado sobre él, desgarrando su rico traje de esculturas y de cincelados, estropeando sus rosetones, rompiendo sus collares de arabescos y arrancando sus estatuas, ya por su mitra, ya por su corona, y finalmente, las modas, cada vez más grotescas y necias, que, desde las anárquicas y espléndidas desviaciones del renacimiento, se han sucedido en la decadencia natural de la arquitectura. Las modas le han causado más daño que las revoluciones, porque le han cortado en lo vivo, han atacado lo más fundamental del arte, han arrancado, cortado y desorganizado, matando al edificio en la forma y en el símbolo, en su lógica y en su belleza, y esto queriendo corregir, pretensión que siquiera no han tenido el tiempo ni las revoluciones. Las modas han ajustado con desfachatez, en nombre del *buen gusto*, sobre las heridas de la arquitectura gótica, sus despreciables baratijas de un día, sus cintas de mármol, sus dijes de metal, su lepra de adornos, de volutas, de pabellones, de ropajes, de guirnaldas, de rapacejos, de llamas de piedra, de nubes de bronce, de amorcillos regordetes, de querubines obesos, que comienza a devorar la faz del arte en el oratorio de Catalina de Médicis, y le hacen expirar, dos siglos después, atormentado y haciendo muecas, en el gabinete íntimo de la Dubarry.

Para resumir en pocas palabras los tres puntos que acabamos de indicar, diremos que tres clases de plagas desfiguran actualmente la arquitectura gótica. Las arrugas y las verrugas de la epidermis, que son la obra del tiempo; destrozos, brutalidades, fracturas, obra de las revoluciones, desde Lutero hasta Mirabeau; mutilaciones, amputaciones, dislocación de los miembros y *restauraciones*, que es el trabajo griego, romano y bárbaro de los maestros, según Vitrubio y Vignola. El arte magnífico que crearon los vándalos lo han matado los académicos. A los siglos, a las revoluciones, que devastan al menos de buena fe y con grandeza, se ha agregado la nube de los arquitectos de escuela con examen, librotes y nombramiento, que le han degradado con la cantinela del mal gusto, sustituyendo por las escarolas de Luis XV los encajes góticos, para mayor gloria del Partenón. Esta es como la voz del asno al león moribundo, es la vieja encina, que comienza a secarse por la copa, y que para colmo de amargura se ve picada y roída por las orugas.

¡Qué diferencia entre esta época y la en que Roberto Cenalis, comparando la catedral de París al famoso templo de Éfeso, *tan ponderado por los antiguos paganos*, que inmortalizó a Eróstrato, encontraba que aquella era «¡más grandiosa en longitud, altura, estructura y capacidad!».

No se crea por esto que Nuestra Señora de París es un monumento completo, definido, clasificado; no es una iglesia bizantina, ni menos una iglesia gótica. Este edificio no es un estilo. Nuestra Señora de París no tiene, como la abadía de Tournus, la grave y maciza cuadratura, la redonda y ancha bóveda, la desnudez cruda, ni la majestuosa sencillez de los edificios que tienen por generador el arco-pleno; no es tampoco, como la catedral de Bourges, el producto grandioso, ligero, multiforme, pomposo, erizado y floreciente de la ojiva; no puede clasificarse entre la familia antigua de iglesias sombrías, misteriosas, bajas y como aplastadas por el medio arco, que eran casi egipcias, exceptuando el techo, todas jeroglíficas, todas sacerdotales, todas simbólicas, más recargadas en sus adornos de flores que de animales, de animales que de hombres; obra más del obispo que del arquitecto, primera transformación del arte, imbuida en la disciplina teocrática y militar, que tiene las raíces en el Bajo Imperio y se detiene en Guillermo el Conquistador. Tampoco puede clasificarse la catedral de París entre aquella otra familia de iglesias altas, aéreas, ricas en cristales de colores y esculturas, agudas en sus formas, atrevidas en sus actitudes, comunales y plebeyas como símbolos políticos, libres, caprichosas y libres como obras de arte; segunda transformación de la arquitectura no jeroglífica, inmutable y sacerdotal, sino artística, progresiva y humanizada, que empieza a la vuelta de las Cruzadas y acaba en Luis XI. Nuestra Señora de París ni es de puro estilo bizantino, como las primeras, ni de pura raza árabe, como las segundas.

Nuestra Señora de París es un monumento de transición. Acababa el arquitecto sajón de levantar los primeros pilares de la nave, cuando la ojiva, que derivaba de las Cruzadas, llegó como conquistadora a colocarse sobre los anchos capiteles bizantinos, que solo debían sostener arcos-plenos. La ojiva, dominadora desde entonces, constituyó el resto de la iglesia; pero inexperta y tímida en sus primeros ensayos, se ahueca, se ensancha y se contiene, sin osar aún elevarse en forma de agujas ni de flechas, como lo hizo más tarde en maravillosas catedrales, como si se resintiese de la vecindad de los pesados pilares sajones.

Estos monumentos de la época de la transición del género bizantino al gótico, son tan útiles para el estudio como los tipos puros, porque expresan un matiz del arte que sin ellos se hubiera perdido para nosotros; tal es la amalgama de la ojiva con los arcos-plenos.

Nuestra Señora de París es un ejemplo muy curioso de esa variedad. Cada faz, cada piedra del venerable monumento es una página, no solo de la historia del país, sino de la ciencia y del arte. Para no indicar aquí más que los principales detalles, haremos observar que, mientras la Puertecilla Colorada casi llega a los límites de las delicadezas góticas del siglo XV, los pilares de la nave, por su volumen y gravedad, retroceden hasta los tiempos de la abadía carlovingia de Saint-Germain-des-Prés, y parece que separan seis siglos esta puerta y aquellos pilares. Hasta los mismos herméticos hallan en los símbolos de la puerta principal un compendio apropiado a su ciencia, de la que era completo jeroglífico la iglesia de Saint-Jacques de la Boucherie. De manera que la abadía romana, la iglesia filosofal, el arte gótico, el arte sajón, el macizo pilar redondo que recuerda a Gregorio VII, el simbolismo hermético, por el cual precedía a Lutero Nicolás Hamel, la unidad papal, el cisma, Saint-Germain-des-Prés, Saint-Jacques de la Boucherie, todo ello, todo está reunido y amalgamado en Nuestra Señora. Esta iglesia central y matriz es entre las antiguas iglesias de París una especie de quimera; tiene la cabeza de una, los miembros de otra, la cúspide de la de más allá y, en una palabra, algo de todas.

Repetimos que estas construcciones híbridas no son las menos curiosas para el artista, para el anticuario y para el historiador; porque demuestran hasta dónde la arquitectura es cosa primitiva, en cuanto revelan (como lo revelan igualmente los vestigios ciclópeos, las Pirámides de Egipto, las gigantescas pagodas indias) que las grandes producciones de la arquitectura, menos son obras individuales que obras sociales, más son producto del trabajo de los pueblos que de la inspiración de los hombres de genio, que son el depósito que deja una nación, los sedimentos que forman los siglos, el residuo de las evaporaciones sucesivas de la civilización; en una palabra, especies de formaciones. Cada oleada del tiempo deja su aluvión, cada raza deposita su capa sobre el monumento, cada individuo coloca en él su piedra; así lo hacen los castores, las abejas y los hombres. El gran símbolo de la arquitectura es Babel, es una colmena.

Los grandes monumentos, como las grandes montañas, son obra de los siglos. Frecuentemente el arte se transforma cuando ellos están aún pendientes; *pendent opera interrupta*, y se continúan conforme el arte transformado. El arte nuevo coge al monumento en el estado en que le encuentra, se incrusta en él, se le asimila, le desenvuelve según su inventiva y le termina si puede; esto se verifica sin desorden, sin esfuerzo, sin reacción, siguiendo una ley natural e inmutable como un injerto que se introduce, como un jugo que circula, como una vegetación que reanima. Prestan materia para muchos libros y acaso para escribir la historia de la humanidad, esas soldaduras sucesivas de muchos artes distintos a muchas alturas sobre el mismo monumento. El hombre, el artista, el individuo desaparecen de esas grandes moles sin dejar el nombre del autor; en ellas se resume y totaliza la inteligencia del hombre; el tiempo es el arquitecto y el pueblo es el albañil.

Considerando solo la arquitectura europea cristiana, hermana segunda de la arquitectura oriental, vemos que aparece a nuestra vista como una inmensa formación dividida en tres zonas, muy marcadas y superpuestas; la bizantina, la gótica y la del renacimiento, que pudiéramos llamar greco-romana. La capa romana, que es la más antigua y la más profunda, la ocupa el arco-pleno, que vuelve a aparecer, sostenido por la columna griega, en la capa moderna y superior del renacimiento. La ojiva está entre ambas capas. Los edificios que pertenecen exclusivamente a una de las tres capas, son perfectamente distintos, uniformes y completos; ejemplo, la abadía de Jumiéges, la catedral de Reims y Santa Cruz de Orleans; pero las tres zonas se mezclan por los bordes, como los colores en el espectro solar, y de aquí provienen los monumentos complejos, los llamados mixtos y de transición. Unos son bizantinos por los pies, otros góticos por el tronco o greco-romanos por la cabeza, porque han tardado en construirse seiscientos años.

Esta variedad es rara, y el castillo de Etampes nos ofrece un ejemplo. Pero los monumentos de dos formaciones son más frecuentes; a estos corresponde Nuestra Señora de París, edificio ojival, que se hunde desde sus primeros pilares en la zona sajona, que da carácter la portada de San Dionisio y la nave de Saint-Germain-des-Prés: tal es la magnífica sala capital semigótica de Bochercille, a la que le llega hasta la mitad del cuerpo la capa bizantina; tal es la catedral de Rouen, que sería completamente gótica si no bañase la extremidad de su aguja central en la zona del renacimiento.

Pero todos estos matices y diferencias solo atañen a la superficie del edificio; es el arte que cambia de piel; pero la constitución de la iglesia cristiana es siempre igual, no sufre variaciones, siempre se ve en ella la misma armazón interior, igual disposición lógica de las partes. Cualquiera que sea la envoltura esculpida y tallada de la catedral, siempre se encuentra dentro de ella, al menos en estado de germen, la basílica romana, que eternamente se desarrolla en el suelo según la misma ley. Siempre se ven las dos naves que se cortan formando una cruz, y cuya extremidad superior, arqueada en ábside, forma el coro; siempre los mismos claustros a los lados para las procesiones interiores y las capillas, especies de paseos laterales en los que desemboca la nave principal por medio de los intercolumnios. Esto supuesto, el número de capillas, de portadas, de campanarios, de agujas, varía hasta el infinito, según la fantasía del siglo, del pueblo y del arte; una vez servido el culto, la arquitectura hace lo que le parece: estatuas, vidrios pintados, rosetones, arabescos, festones, capiteles, bajos relieves, todos los productos del ingenio los combina el arte según el logaritmo que le conviene; de aquí nace la prodigiosa variedad exterior de estos monumentos, en cuyo fondo residen el orden y la unidad. El tronco del árbol es inmutable, pero la vegetación es caprichosa.

II. París a vista de pájaro

Ya hemos esbozado sumariamente la mayor parte de las bellezas que la admirable iglesia de Nuestra Señora de París atesoraba en el siglo XV y que le faltan hoy; pero omitimos la principal de ellas, esto es, el panorama de París que se descubre desde lo alto de sus torres.

Cuando después de haber andado largo rato a tientas por la oscura espiral que penetra perpendicularmente en la gruesa pared de los campanarios se desemboca de repente en una de las dos altas rotondas inundadas de luz y de aire, se desarrollaba por todas partes a la vez un magnífico cuadro ante la vista, del que con facilidad pueden tener una idea los lectores que hayan contemplado una ciudad gótica entera, completa, homogénea, como existen

algunas aún, por ejemplo: Nuremberg, en Baviera; Vitoria, en España, o algunas muestras reducidas, pero bien conservadas, como Vitré, en Bretaña, y Nordhausen, en Prusia.

El París de hace tres siglos, el París del siglo XV, era ya una ciudad gigante; nosotros, los vecinos de ella, tenemos idea errónea del terreno que creemos haber ganado: París, desde Luis XI acá, no ha crecido en mucho más de un tercio, y seguramente ha perdido más en belleza que ha ganado en magnitud.

París nació, como es sabido, en la vieja isla de la Cité, que tiene la forma de una cuna; la playa de esta isla fue su primer recinto, y el Sena su primer foso. París permaneció durante muchos siglos en la isla, con dos puentes, uno al Norte y otro al Mediodía, y con dos estribos de puente, que servían a un tiempo de puertas y de fortaleza; el gran Chatelet a la orilla derecha, y el pequeño Chatelet a la orilla izquierda. Desde los reyes de su primera raza, sentíase París demasiado estrecho en la isla, y no pudiéndose mover en ella, pasó el río, y entonces, más allá de los dos Chatelets, comenzó a formarse en los campos, a entrambos lados del Sena, una cerca de torres y murallas, de la cual quedaban todavía algunos vestigios en el pasado siglo, pero hoy no resta ya más que su recuerdo, y alguna tradición, como la puerta Bandets o Bandoyer, *porta Baganda*. Lentamente la marea de las casas, impelida desde el corazón de la ciudad hacia afuera, se desborda, corre, y borra aquel recinto. Felipe Augusto la construye un nuevo dique, y aprisiona París en una cadena circular de grandes torres, altas y sólidas. Durante más de un siglo las casas se apiñan, se acumulan y alzan su nivel en aquel estrecho recinto, como el agua dentro de un receptáculo. Empiezan las cosas a profundizarse, levantan pisos sobre pisos, suben unas sobre otras, aspirando todas a sacar la cabeza por encima de su vecina, para respirar el aire. Las calles se ahondan y se estrechan más cada vez, y las plazas se llenan y desaparecen; por fin saltan por encima de la muralla de Felipe Augusto, y se distribuyen por la llanura, sin orden y de cualquier modo, como fugitivas, y allí se cuadran, estableciendo jardines en los campos y todas las comodidades. Desde 1367 se extiende la ciudad tanto por los arrabales, que se hace indispensable un nuevo recinto, principalmente en la orilla derecha; Carlos V lo construye. Pero las ciudades como París están siempre creciendo, y solo esta clase de ciudades pueden llegar a ser capitales; y son a la manera de embudos, a donde van a parar todas las corrientes geográficas, políticas, sociales e inte-

lectuales de un país, todos los declives de un pueblo; pozos de la civilización y al mismo tiempo albañales, donde comercio, industria, mentalidad, población, todo lo que es germen, todo lo que es vida, todo lo que es alma de una nación, filtra y se amontona sin cesar, gota a gota, siglo a siglo. El recinto que Carlos V corrió la misma suerte que el de Felipe Augusto; desde el siglo XV lo saltó la ciudad, y crecieron sus arrabales. En el siglo XVI parece que se la ve retroceder y hundirse más y más en la antigua ciudad; ¡tanto creció la nueva población extramural! Deteniéndonos ahora en el siglo XV, ya París había gastado entonces tres recintos concéntricos de murallas, que, desde el tiempo de Juliano el Apóstata, se hallaban, por decirlo así, en germen en los dos Chatelets. La poderosa ciudad había ya reventado sucesivamente sus cuatro cinturas de murallas, como una criatura que crece y rasga sus vestidos del año anterior. En la época de Luis XI se veía por una y por otra parte salir, de entre aquel mar de casas, algunos grupos de torres derruidas de los antiguos recintos, como las cimas de las colinas en una inundación, como los archipiélagos del antiguo París, sumergido debajo del nuevo.

París se ha transformado desde entonces, desgraciadamente para nosotros, pero no ha ganado más que un solo recinto, el de Luis XV; una miserable muralla de lodo y de inmundicia, digna del rey que la construyera y del poeta que la cantó.

En el siglo XV, París estaba aún dividido en tres ciudades, claramente separadas, teniendo cada una, una fisonomía, su especialidad, sus costumbres, sus privilegios y su historia: la *Cité*, la *Universidad* y la *Ciudad*. La Cité, que comprendía la isla, era la más antigua, la menor y la madre de las demás, y estaba encerrada entre ellas (valga la comparación) como una viejecita entre dos altas y hermosas jóvenes. Ocupaba la Universidad la orilla izquierda del Sena, desde la Tournelle hasta la torre de Nesle, sitios que corresponden en el París actual, uno al Mercado de vinos y otro a la Casa de la Moneda. Su recinto se extendía sobre toda la llanura donde Juliano construyó sus Termas; en él se encerraba la montaña de Santa Genoveva. El punto culminante de aquella curva de murallas era la Puerta Papal, es decir, el recinto actual del Panteón. La Ciudad era la mayor de las tres partes de París, y se hallaba en la orilla derecha: su muelle, roto e interrumpido en muchos puntos, corría a lo largo del Sena, desde la torre de Billy hasta la torre de Blois, es decir, desde el sitio que ocupa actualmente el Granero de Abun-

dancia, hasta el que ocupaban las Tullerías. Estos cuatro puntos en que cortaba el Sena el recinto de la capital, la Tournelle y la torre de Nesle a la izquierda, la torre de Billy y la torre de Blois a la derecha, conocíase por *las cuatro torres de París*. La Ciudad se internaba aun más en los campos adyacentes que la Universidad. El punto principal del ámbito de la Ciudad (el de Carlos V), estaba en las puertas de San Dionisio y de San Martín, cuyo emplazamiento aún es el mismo.

Como hemos explicado, cada una de estas tres grandes divisiones de París, era una ciudad, pero especial, completa, que podía existir perfectamente sin las otras dos. Estas tres divisiones presentaban tres aspectos completamente diversos: en la Cité abundaban las iglesias, en la Ciudad los palacios, en la Universidad los colegios. Omitiendo las originalidades secundarias del antiguo París, y los caprichos del derecho de preeminencia, diremos, resumiendo y considerando solo los conjuntos y las masas en el caos de las jurisdicciones comunales, que la isla pertenecía al obispo; la orilla derecha al preboste de los mercados; la orilla izquierda al rector. Sobre todas estas jurisdicciones, estaba el preboste de París, oficial real y no municipal. La Cité poseía a Nuestra Señora; la Ciudad el Louvre y la casa del Municipio; la Universidad la Sorbona. La Ciudad tenía los mercados; la Cité el Hospital general, y la Universidad el Pre-aux-Cleres. Los delitos que los estudiantes cometieran en la orilla izquierda, eran juzgados en la isla, en el palacio de Justicia, y castigados en la orilla derecha, en Montfaucon; a menos que el rector, creyendo fuerte a la Universidad y débil al Rey, interviniese en ello, porque era uno de los privilegios de los estudiantes el de ser ahorcados en la Universidad.

En el siglo XV, el Sena bañaba cinco islas en el recinto de París; la isla Louviers, donde había entonces árboles y hoy no hay más que madera; la isla de las Vacas y la de Nuestra Señora, las dos desiertas; pertenecían al obispo (en el siglo XVII, de las dos islas hicieron una, que actualmente se llama San Luis), y por fin, la Cité, y en una de sus extremidades el islote del Vaquero, que se hundió más tarde bajo el terraplén del puente Nuevo. La Cité tenía entonces cinco puentes; tres a la derecha: el de Nuestra Señora, el del Cambio, de piedra, y el de los Molineros, de madera; dos a la izquierda: el Pequeño Puente, de piedra, y el de San Miguel, de madera, ambos poblados de casas. La Universidad tenía seis puertas, construidas por Felipe Augusto, que eran, saliendo de la Tournelle, la de San Víctor, la de la Bordelle,

la Papal, la de Santiago, la de San Miguel y la de San Germán. La Ciudad contaba también seis puertas, construidas por Carlos V, que eran, saliendo de la torre de Billy, la de San Antonio, la del Temple, la de San Martín, la de San Dionisio, la de Montmartre y la de San Honorato. Todas ellas eran sólidas y de agradable aspecto. Un foso ancho, profundo y lleno de agua durante las crecidas del invierno, lavaba el pie de las murallas en toda la circunferencia de París; el Sena suministraba el agua. Por la noche cerrábanse las puertas, atajábase al río en los dos confines de la ciudad con resistentes cadenas de hierro, y París dormía tranquilo.

A vista de pájaro estos tres barrios, la Cité, la Universidad y la Ciudad, presentaba cada cual enmarañado laberinto de calles caprichosamente embrolladas; sin embargo, desde la primera ojeada se comprendía que aquellos tres fragmentos de ciudad formaban un solo cuerpo. Se veían al momento dos largas calles paralelas, sin interrupción, casi en línea recta, que cruzaban a la vez las tres ciudades de un extremo a otro, del Mediodía al Norte, perpendicularmente al Sena, que las enlazaba, y pasaban sin cesar la población de una al recinto de otra, formando de las tres una sola. La primera de estas dos calles iba desde la puerta de Santiago hasta la puerta de San Martín, y se llamaba calle de Santiago en la Universidad, calle de la Judería en la Cité, y calle de San Martín en la Ciudad; cruzaba dos veces el río, una con el nombre de Pequeño Puente, y otra con el de Puente de Nuestra Señora. La segunda calle se llamaba del Harpa en la orilla izquierda, de la Barillería en la Isla, de San Dionisio en la orilla derecha, puente de San Miguel en un brazo del Sena, y del Cambio en el otro; iba desde la puerta de San Miguel, en la Universidad, hasta la de San Dionisio en la Ciudad. A pesar de tantos nombres, solo eran dos calles, las calles principales, las dos arterias de París; todas las demás venas de la triple capital nacían o desembocaban en ellas.

Independientes de estas dos calles principales, que atravesaban a París de parte a parte en toda su anchura, y que eran comunes a la capital entera, tenían la Ciudad y la Universidad, cada una de ellas, su gran calle peculiar, que las recorría en toda su longitud, paralelamente al Sena, y que al cruzar cortaba en ángulo recto las dos calles *arteriales*. En la Ciudad bajábase rectamente desde la puerta de San Antonio hasta la de San Honorato, y en la Universidad desde la puerta de San Víctor a la de San Germán. Estas dos grandes calles, cruzadas con las dos primeras, formaban el eje sobre el cual

descansaba, anudado y cruzado en todos los sentidos, el enredado ovillo de las calles de París. En el enmarañado dibujo de este ovillo se distinguían, además, examinándole detenidamente, como dos canastillos ensanchados, uno en la Universidad y otro en la Ciudad, dos manojos de calles, que iban ensanchando desde los puentes hasta las puertas. Aún subsiste algo de este plan geométrico.

Veamos ahora bajo qué aspecto se presentaba este conjunto desde la cúspide de las torres de Nuestra Señora en 1482. Trataremos de describirlo.

La primera sensación que recibía el espectador desde aquellas alturas, era un aturdimiento general a la vista de tantos techos, chimeneas, calles, puentes, plazas, agujas y torres; todo hería la vista a la vez y en tumulto; la pared tallada, los techos agudos, el torreón clavado en los ángulos de las murallas, la pirámide de piedra del siglo XI, el obelisco del XV, la torre redonda y pelada del castillo, la torre cuadrada y bordada de la iglesia, lo grande, lo pequeño, lo macizo, lo aéreo. La vista se perdía durante largo rato en las profundidades de aquel laberinto, en el que todo tenía su originalidad, su genio, su belleza; en el que todo era hijo del arte, desde la más insignificante obra artística pintada y esculpida, hasta el regio Louvre, que entonces tenía una columnata de torres. He aquí las principales moles que se distinguían cuando la vista comenzaba a familiarizarse con la confusa muchedumbre de edificios.

En primer término la Cité. La isla de la Cité, que, como dice Sauval, en medio de su hojarasca tiene algún detalle de buen estilo: *la isla de la Cité se parece a un gran navío, hundido en el cieno y encallado a flor de agua hacia la mitad del Sena*. Veíase, pues, la Cité con su popa hacia el Levante y proa hacia el Poniente. Mirando hacia la proa, se veía delante de sí multitud de viejísimos techos, sobre los que se redondeaba el travesero emplomado de la Santa Capilla, parecido a un elefante cargado con su torre; por este lado aquella torre, la más gallarda y la más trabajada que dejó jamás entrever el cielo al trasluz de su cono de encaje. Delante de Nuestra Señora desembocaban tres calles en el atrio, formando una gran plaza de casas viejas; al Sur de esta plaza se inclinaba la fachada rugosa y acartonada del Hospital, con su techumbre que parecía plagada de pústulas y de verrugas. A la derecha, a la izquierda, al Oriente, al Occidente, en el reducido recinto de la Cité, se elevaban los campanarios de sus veintiuna iglesias, de todas las épocas, de todas las formas, de todos los tamaños, desde la baja y carco-

mida cúpula sajona de San Dionisio, hasta las delicadas agujas de San Pedro y de Saint-Landry. Detrás de Nuestra Señora, extendíase: al Norte, el claustro con sus galerías góticas; al Sur, el palacio semi-bizantino del obispo; al Levante, la puerta del Terreno. En aquel hacinamiento de casas veíanse también la casa cedida por la Cité a Juvenal de Ursins, en tiempo de Carlos IV, y un poco más allá las barracas embreadas del mercado Palus; no lejos de allí, la ábside nueva de San Germán el Viejo, y luego, regularmente, una encrucijada llena de gente, una picota levantada en una esquina, un magnífico trozo del pavimento de Felipe Augusto, tan mal reemplazado en el siglo XVI por miserables guijarros, y que se llamó *empedrado de la Liga*; a la derecha de la Santa Capilla, hacia Poniente, ostentaba el palacio de Justicia su grupo de torres en la margen del río. El arbolado de los jardines del Rey, que llenaban la punta occidental de la Cité, tapaban el islote del Vaquero. Desde lo alto de las torres de Nuestra Señora no se veía el río por ninguno de ambos lados de la Cité; el Sena desaparecía bajo los puentes, y los puentes bajo las casas.

Cuando se miraba, después de pasar los puentes, a la izquierda, el primer edificio que se veía, era un grueso y bajo manojo de torres, las del Pequeño Chatelet, cuyo pórtico devoraba el extremo del Pequeño Puente, y luego se distinguía un largo cordón de casas con vigas esculpidas, con vidrios de colores, desplomando de piso en piso interminable enmarañamiento de paredes, cortado con frecuencia por alguna bocacalle, o por el frente o el lado de alguna magnífica casa, colocada con holgura, con un patio y sus jardines, entre la multitud de casucas presas y espachurradas, como un gran señor entre una cáfila de villanos. Había cinco o seis caserones de estos sobre el muelle, a contar desde el palacio de Lorraine hasta el palacio de Nesle, cuya torre principal era uno de los límites de París.

Este lado del Sena no era tan mercantil como el otro: dominaban en él los estudiantes a los artesanos, y solo tenía muelle, propiamente hablando, desde el puente de San Miguel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena, tan pronto era una playa estéril, como desde los Bernardinos en adelante, tan pronto era un amontonamiento de casas que metían los cimientos en el agua, como sucedía entre los dos puentes. Dominaba en aquel sitio la algazara de las lavanderas, que alborotaban y cantaban desde la mañana hasta la noche; sacudiendo de firme la ropa, como sucede en la actualidad.

La Universidad presentaba a la vista una mole inmensa, uniforme de uno a otro extremo, un todo homogéneo y compacto. Sus numerosas techumbres apiñadas, angulosas, adherentes, compuestas casi todas del mismo elemento geométrico, ofrecían a vista de pájaro el aspecto de una cristalización de su propia sustancia. El caprichoso declive de las calles no cortaba en las líneas muy desproporcionadas aquella muchedumbre de casas; sus cuarenta y dos colegios estaban distribuidos con bastante igualdad, y se veían por todas partes. Las variadas y ricas techumbres de aquellos soberbios edificios, eran producto del mismo arte que el de los techos sencillos, y solo eran en definitiva una multiplicación elevada al cuadrado, o al cubo, de la misma figura geométrica; por eso aumentaban el conjunto sin confundirle, y le completaban sin recargarle. La geometría es la armonía. Distinguíanse también ciertos caserones magníficos aquí y allá por encima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda, como por ejemplo, el palacio de Nevers, el de Roma, el de Reims (que ya no existe) y el palacio de Cluny, que subsiste aún para recreo del artista. Junto a Cluny, palacio romano, de hermosos arcos, estaban las Termas de Juliano. Veíanse también numerosas abadías, de belleza más mística, de grandeza más grave que los palacios, pero no menos hermosas ni menos magníficas; las principales eran la de los Bernardinos, con sus tres campanarios; la de Santa Genoveva, cuya torre cuadrada, que aun puede admirarse, nos hace lamentar la pérdida del resto; la de la Sobornа, edificio entre colegio y monasterio, del que solo se conserva una preciosa nave; el hermoso claustro cuadrilateral de los Mathurins; su vecino, el claustro de San Benito; el de los Franciscanos, con sus tres grandes fachadas; el de los Agustinos, cuya gallarda aguja formaba, después de la de la torre de Nesle, la segunda flecha de París, por la parte de Occidente. Los colegios, que son el eslabón intermedio entre el claustro y el mundo, eran el término medio entre los palacios y las abadías; su severidad era elegante, su escultura menos prolija que la de los palacios, y su arquitectura menos severa que la de los conventos: por desgracia, casi no queda ya ningún resto de estos monumentos, en los que el arte gótico hermanaba la riqueza con la economía. Las iglesias dominaban aquel conjunto, y como una armonía más entre aquellas armonías, resaltaban a cada instante entre el múltiple festoneo de las flechas acuchilladas, de los campanarios calados, de las torres primorosas, cuya línea solo era una magnífica exageración del ángulo agudo de las techumbres.

El terreno de la Universidad era montuoso; la montaña de Santa Genoveva formaba una enorme elevación, y eran dignas de verse, desde lo alto de Nuestra Señora, aquella multitud de calles estrechas y tortuosas, extendidas en todas direcciones, desde la cumbre de aquella eminencia, que se precipitaban en tropel, hasta la orilla del agua, pareciendo que unas se caían, que otras se agarraban para no caer, y que se sostenían las unas a las otras. El flujo continuo de mil puntos negros, que serpeaban por el suelo, daba a este conjunto movilidad suma; aquellos puntos negros eran la gente, vista desde lejos y desde lo alto.

En los intervalos de las techumbres, de las agujas, de los innumerables edificios que doblaban, torcían y festoneaban de tan caprichoso modo la línea extrema de la Universidad, se entreveía, de trecho en trecho, un musgoso paredón, una ancha torre redonda, una puerta almenada, semejante a una fortaleza; aquello era el recinto de Felipe Augusto. Más allá verdeaban las praderas; más lejos se unían los caminos; a lo largo de ellos se veían rezagadas algunas casas de los arrabales, en menor número cuanto más se alejaban. Ciertos arrabales tenían importancia; uno de los principales formaba, saliendo de la Tournelle, la aldea de San Víctor, con un puente de un solo ojo sobre el río Biovre, con su abadía, donde estaba escrito el epitafio de Luis el Gordo, con su iglesia octógona; luego la aldea de San Marcelo, que tenía tres iglesias y un convento; después, dejando a la izquierda el molino de los Gobelinos, se veían el arrabal de Santiago, con una linda cruz esculpida en su encrucijada; la iglesia de Santiago, que era entonces gótica, puntiaguda y hermosa; Saint-Magloire, bella nave del siglo XIV; Nuestra Señora de los Campos, que ostentaba mosaicos bizantinos. Después de dejar en medio de la llanura el monasterio de los Cartujos (rico edificio contemporáneo del palacio de Justicia), veíase al Occidente las tres agujas sajonas de San Germán de los Prados, que era ya entonces notable y constaba de quince o veinte calles; el agudo campanario de San Sulpicio indicaba uno de los lindes de la aldea; distinguíase allí también el recinto cuadrilateral de la feria de San Germán, donde hoy está el mercado; y la picota del Abad; pero lo que llamaba en este punto la atención, era la abadía, magnífica y que gozaba de numerosos fueros, como iglesia y como señorío abacial.

Cuando, después de contemplar durante largo tiempo la Universidad, dirigía la vista el espectador hacia la Ciudad, el espectáculo cambiaba bruscamente. La Ciudad era mucho mayor que la Universidad, pero no tan unifor-

me. A la primera ojeada se la veía dividida en grupos singularmente diversos. En primer lugar, por Levante, en la parte de la ciudad que aun recibe hoy su nombre del pantano en donde zambulló Camulógenes a César, todo era una confusión de palacios, que llegaban hasta la orilla del agua. Cuatro edificios casi reunidos, Jouy, Sons, Barbeau y el palacio de la reina, reflejaban en el Sena sus techumbres de pizarra, coronadas con esbeltas torrecillas. Estos cuatro edificios llenaban el espacio comprendido desde la calle de Nonaisdiers hasta la abadía de los Celestinos, cuya aguja realzaba gallardamente su línea de puntas y de almenas. Verdosos paredones, junto al río, delante de aquellos suntuosos palacios, no impedían la vista de sus fachadas, de las anchas ventanas cuadradas con sus rejas de piedra, de sus pórticos ojivales recargados de estatuas, de las vivas aristas de sus paredes recortadas con sin igual limpieza, ni de todos aquellos hermosos caprichos de la arquitectura, que hacen que parezca que el arte gótico inventa a cada momento nuevas combinaciones. Detrás de aquellos edificios corría en todas direcciones el recinto inmenso y multiforme del milagroso palacio de Saint-Pol, donde el rey de Francia podía hospedar espléndidamente a veintidós príncipes del rango del delfín y del duque de Borgoña, con su comitiva toda, sin contar a los grandes señores y al emperador, cuando iba a ver París, y a los leones, que tenían su palacio independiente dentro del palacio real.

Desde la torre de donde contemplamos a París a vista de pájaro, el palacio de Saint-Pol, casi oculto por los cuatro grandes edificios que acabamos de ver, aparecía, sin embargo, maravilloso. Se apreciaban en él con claridad los tres palacios que amalgamó al suyo Carlos V; el de Petit-Muce, con la balaustrada de encaje, que orlaba su techumbre; el del abad de San Mauro, parecido a una fortaleza con su torre, sus buhardas, sus troneras, y ostentando sobre su ancha puerta sajona el escudo del abad, en medio de las dos cadenas del puente levadizo; y el palacio del conde de Etampes, cuya torre, arruinada en su cima, se arqueaba a la vista; aquí y allá se veían añosas encinas formando ramillete, numerosos patios pintorescos, la casa de los leones, y en medio de todo, la aguja escamosa del Ave-María; a la izquierda estaba el palacio del preboste de París, flanqueado por cuatro torrecillas, y en el fondo, el palacio de Saint-Pol propiamente dicho, con sus múltiples fachadas, sus enriquecimientos sucesivos desde Carlos V, con los adornos híbridos con que la fantasía de los arquitectos las recargó durante dos siglos, con todos los ábsides de sus capillas, las salientes de sus galerías, sus vele-

tas que jugaban a los cuatro vientos, y sus dos altas torres contiguas de techumbre cónica, rodeada de almenas por su base.

Continuando la vista en ascensión por las gradas de ese anfiteatro de palacios, desarrollado a lo lejos sobre el terreno, se fijaban las miradas ante el palacio de Angulema, vasta construcción de diversas épocas, donde había partes nuevas y blancas todavía. Esto no obstante, se levantaba con gracia desde el centro de las ruinas del viejo edificio, la techumbre aguda y alta del palacio moderno, erizada de canales cinceladas, y cubierta de planchas de plomo, donde giraban en mil fantásticos arabescos, brillantes incrustaciones de cobre dorado. Elevábase detrás de él el bosque de agujas de la Tournelle, y no se hallará en el mundo, ni en Chambord, ni en la Alhambra, golpe de vista tan mágico, tan aéreo, ni tan bello como aquel bosque espeso de agujas, campanarios, chimeneas, veletas, espirales, miradores, pabellones, torrecillas agrupadas de diversas formas, tamaños y posiciones, conjunto parecido a un inmenso ajedrez de piedra.

Al lado derecho de la Tournelle, aquel manojo que se ve de enormes torres de negro de tinta, encajonadas unas dentro de otras y alineadas por un foso circular; aquel torreón con más troneras que ventanas, aquel puente levadizo siempre alzado, aquel rastrillo siempre cerrado; todo eso es la Bastilla. Aquellas especies de picos negros que brotan por entre las troneras, y que de lejos parecen canales, son cañones; debajo de sus bocas, al pie del formidable edificio, se ve la puerta de San Antonio, hundida entre sus dos torres.

Más lejos de la Tournelle, hasta la muralla de Carlos V, se desarrollaba, en ricos compartimientos de flores y de verdura, el tapiz florido de los jardines y parques reales, en cuyo centro se reconocía, por su laberinto de alamedas, el famoso jardín llamado *Dédalo*, que Luis XI regaló al famoso médico Coictier. El observatorio del doctor sobresalía por encima del laberinto; en él se hicieron terribles astrologías. Ocupa actualmente dicho sitio la plaza Real.

Como dijimos, el cuartel de los palacios llenaba el espacio que formaba el Oriente con el Sena, el recinto de Carlos V. El centro de la ciudad le ocupaba un montón de casas del pueblo. En este centro desembocaban los tres puentes de la Cité sobre la orilla derecha, y los puentes tenían casas delante de los palacios. Aquella colección de habitaciones plebeyas, agrupadas

como las celdas de una colmena, ofrecían su belleza. Desde luego, las calles cruzadas y embrolladas formaban en conjunto cien formas particulares; alrededor de los mercados parecían una estrella de mil rayas. Las calles de San Dionisio y de San Martín, con sus incontables ramificaciones, subían la una cerca de la otra, como dos pomposos árboles que uniesen sus ramas; y luego serpeaban por todas partes, en líneas tortuosas, las calles de la Platerie, de la Verrerie, de la Tixeranderie, etc., etc. Acaso alguno que otro soberbio edificio rompía la ondulación petrificada de aquel mar de paredes salientes, como la entrada del Pont-aux-Changeurs, a cuyo respaldo se arremolinaba espumoso el Sena, bajo las ruedas del puente de los Molineros; como el Chatelet, no ya torre romana como en la época de Juliano el Apóstata, sino torre feudal del siglo XIII; como el rico campanario cuadrado de Santiago de la Boucherie, abundante en esculturas, que era digno ya de admiración, aunque no estaba terminado en el siglo XV; como la Casa de los Pilares, situada en la plaza de la Grève, que ya describimos en otra parte; como San Gervasio, como aplanado después por una portada de mal gusto; como Saint-Mery, cuyas antiguas ojivas eran todavía casi semicirculares; como San Juan, cuya bella aguja era característica; como otros muchos monumentos que no se desdeñaban de ocultar sus maravillas en el caos de calles negras, estrechas y profundas.

Después de visitar los dos cuarteles, uno de palacios y otro de casas, el tercer elemento del aspecto que presentaba la Ciudad era una larga zona de abadías, que ceñía casi su circuito, de Levante a Poniente, y por detrás del recinto de fortificaciones que encerraba a París, formaba como un segundo recinto interior de conventos y de capillas. Cercano al parque de la Tournelle, entre la calle de San Antonio y la calle Vieja del Temple, estaba el convento de Santa Catalina, con sus vastos plantíos, limitados por las murallas de París. Entre las calles Nueva y Vieja del Temple estaba este, que era un siniestro grupo de torres, alto, derecho y solitario en medio de vasto circuito almenado. Entre la calle Nueva del Temple y la de San Martín estaba la abadía de este último nombre, soberbia iglesia fortificada en medio de jardines, cuyo cinturón de torres, cuya tiara de campanarios solo cedían la palma en esplendor a San Germán de los Prados. Entre las calles de San Martín y de San Dionisio estaba el recinto de la Trinidad, y entre la de San Dionisio y la de Montorgueil, el de las Hijas de Dios. Al lado se alzaban las techumbres podridas del ámbito desempedrado de la Corte de los Milagros, que era el único anillo profano eslabonado a la religiosa cadena de conventos.

El cuarto compartimiento que se dibujaba por sí mismo en la aglomeración de las techumbres de la orilla derecha, lo ocupaba el ángulo accidental del recinto y la orilla del agua en la dirección de la corriente, y formaba un nuevo grupo de palacios apiñados al pie del Louvre. El antiguo Louvre de Felipe-Augusto, aquel grandioso edificio, cuya torre mayor reunía en torno suyo veintitrés torres maestras, sin contar las torrecillas, parecía desde luego aprisionado entre las techumbres góticas del palacio de Alençon y del Pequeño Borbón. Esta hidra de torres, gigantesco centinela de París, con sus veinticuatro cabezas enhiestas, con sus monstruosas cimas de plomo o de pizarra, brillantes de metálicos reflejos, terminaba, de singular manera, la configuración de la Ciudad por la parte de Occidente.

Veíase infinidad de casas plebeyas, flanqueadas a derecha e izquierda por dos series de palacios, dominados uno de ellos por el Louvre y el otro por la Tournelle, circundado todo ello por la parte del Norte de un largo ceñidor de abadías y de cercas cultivadas; sobre estos mil edificios, aparecían los campanarios de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha; por el medio, millares de calles; por un lado, el semicírculo de altas murallas de torres cuadradas, y por el otro lado el Sena, cortado por puentes y lleno de barcos: tal era el aspecto de la Ciudad en el siglo XV.

Más allá de las murallas se apiñaban junto a las puertas varios arrabales, pero menos numerosos y más esparramados que los de la Universidad. Detrás de la Bastilla había veinte paredones amontonados en torno de las curiosas esculturas de la Croix-Faubin y de los botareles de la abadía de San Antonio de los Campos; luego estaba Popincourt, oculto entre los trigos; después la Courtille, alegre pueblecillo, lleno de tabernas; la aldea de San Lorenzo con su iglesia, cuya torre, vista desde lejos, parecía agregarse a los agudos campanarios de la puerta de San Martín; el arrabal de San Dionisio, con su vasta cerca de Saint-Ladre; fuera de la puerta de Montmartre, la Granje-Bateliere, rodeada de blancas murallas, y detrás de ella, Montmartre, con sus colinas de yeso, que poseía entonces casi tantas iglesias como molinos, y que ya solo conserva estos; finalmente, más allá del Louvre, extendíase por los prados el arrabal de San Honorato, entonces ya muy considerable, verdeaba la Petite-Bretagne, y se veía el mercado de los cerdos, en cuyo centro se arqueaba el horrible horno donde se quemaba a los monederos falsos. Entre la Courtille y San Lorenzo observaba el espectador, en la cima de una colina aislada, un edificio que se parecía de lejos a una colum-

nata derruida y apoyada sobre un basamento fuera de su sitio; ese edificio no era ni un Parthenon ni un templo de Júpiter Olímpico: era Montfaucón.

Si la enumeración sucinta de tantos edificios no ha pulverizado, a medida que la construimos en la mente del lector, el croquis general del antiguo París, la resumiremos en pocas palabras.

En el centro, la isla de la Cité se asemejaba en su forma a una disforme tortuga, que saca sus puentes cubiertos de tejas, como otras tantas patas, por debajo de su parda concha de techos. A la izquierda el trapecio monolito, fuerte, poblado, erizado, de la Universidad; a la derecha el vasto semicírculo de la Ciudad, rico en jardines y en monumentos. Los tres conjuntos de la Cité, la Universidad y la Ciudad, jaspeados de numerosas calles; cruzados los tres por el Sena, «el Sena nutridor», como dice el P. Du Breul, lleno de islas, de puentes y de barcos. Alrededor de París, una inmensa llanura, con mil clases de cultivo, sembrada de infinidad de aldeas; a la izquierda están Issy, Vanves, Vaugirard, Montrouge y Gentilly; a la derecha, otras veinte, desde Conflans hasta la Ville-l'Vegne. Se ve en el horizonte una línea de colinas colocadas en círculo, como el borde de un estanque. A lo lejos, por la parte de Oriente, Vincennes y sus siete torres cuadrangulares; por la del Sur, Bicetre y sus agudas torrecillas; por la del Norte, San Dionisio y su aguja, y por la del Occidente, Saint-Cloud y su castillo. Este era el París que veían los vivientes en 1482.

París, en el siglo XV, no solo era una ciudad hermosa, sino una ciudad homogénea, producto arquitectónico e histórico de la Edad Media; era una crónica de piedra. Dos capas nada más formaban la ciudad, la bizantina y la gótica, porque la capa romana desapareció tiempo atrás, excepto en las Termas de Juliano, donde aún rompía la espesa costra de la Edad Media; de la capa céltica no se hallaba ya en París ni la menor muestra, ni siquiera en las excavaciones que se practicaban para abrir pozos.

Cincuenta años después, cuando el Renacimiento mezcló a la unidad severa, pero variada, el lujo deslumbrador de sus caprichos y de sus estilos, su derroche de semicírculos romanos, de columnas griegas y basamentos góticos, su escultura artística e ideal, su gusto por los arabescos y los acantos y su paganismo arquitectónico, contemporáneo de Lutero, París fue quizás una capital más hermosa todavía, pero menos armoniosa para la vista y para el pensamiento. Pero ese bello momento duró poco, porque el renacimiento

no fue imparcial, y, no contento con edificar, quiso demoler: es cierto que necesitaba espacio; por eso el París gótico no estuvo completo más que un minuto, y concluíase aún Santiago de la Boucherie, cuando ya empezaron el derribo del antiguo Louvre.

Después la gran ciudad ha ido perdiendo su forma de día en día. El París gótico, bajo el cual desaparecía el París bizantino, ha desaparecido también; ¿y qué París lo ha reemplazado?

Existe el París de Catalina de Médicis en las Tullerías; el de Enrique II en la Casa de la Ciudad; el de Enrique V en la Real; el de Luis XIII en el Val-de-Grace; el de Luis XIV en los Inválidos; el de Luis XV en San Sulpicio; el de Luis XVI en el Panteón; el de la República en la Escuela de Medicina; el París, en fin, de Napoleón, en la plaza Vendôme; este París es sublime, una columna de bronce hecha con cañones; y el París de la Restauración en la Bolsa.

A cada uno de esos monumentos característicos van anexas, por simpatía de estilo quizá, cierta cantidad de casas esparcidas por varios cuarteles, y que distingue y clasifica por fechas el aficionado inteligente. El que sabe ver adivina el espíritu de un siglo y el carácter de un rey hasta en la aldaba de una puerta.

El París actual no tiene, por lo tanto, fisonomía peculiar, y es una colección de muestras de muchos siglos, solo que han desaparecido ya las mejores; la capital solo aumenta en casas. Al paso que marcha París, es posible que se renueve cada cincuenta años: por eso la significación histórica de su arquitectura desaparece más cada día, son los monumentos menos frecuentes, y parece que se vayan ahogando entre las casas, que amenazan tragárselos. Nuestros padres vieron un París de piedra: nuestros hijos verán un París de yeso.

No citaremos los monumentos del París nuevo, y no porque no los admiremos como se merecen. La Santa Genoveva del Mr. Sonffort, es, seguramente, el más hermoso pastel de confitería que jamás se ha amasado en piedra. El palacio de la Legión de Honor, es también un modelo de pastelería muy exquisito. La bóveda del Mercado del trigo, es un casquete de jokey inglés sobre una gran escalera. Las torres de San Sulpicio, parecen dos enormes clarinetes, lo que constituye una forma como cualquiera otra; el Telégrafo, estevado y gesticulador, forma un curioso accidente sobre su te-

chumbre. San Roque posee una portada que solo es comparable, en cuanto a la magnificencia, con Santo Tomás de Aquino; tiene también un Calvario corcovado en un sótano, y un sol de madera dorada, cosas verdaderamente maravillosas. Es igualmente muy ingeniosa la linterna del laberinto del Jardín de Plantas. En cuanto al palacio de la Bolsa, que es griego por su columnata, romano por sus arcos semicirculares, del Renacimiento por su gran bóveda rebajada, nadie negará que es un monumento correcto y puro; la prueba es que la corona un ático como no los había ni en Atenas: bella línea recta, graciosamente interrumpida aquí y allá por los tubos de las estufas. Añadamos a esto que la arquitectura de un edificio debe ser apropiada a su destino, que debe conocerse a la simple inspección, y convendremos en que debe excitar la admiración del que le contemple, un monumento que igual puede servir para palacio de un rey que para Congreso de diputados; que así puede servir de colegio, picadero, academia, aduana, de tribunal, de museo, de cuartel, como de panteón, de templo y de teatro: por ahora sirve de Bolsa. Todo monumento debe, además, ser apropiado al clima, y este por lo visto no se ha construido para nuestro cielo frío y lluvioso, pues tiene una techumbre casi plana, como las del Oriente, por lo que en invierno, cuando nieva, hay que barrerlo enseguida. En cuanto al uso a que se le destinó, no puede desempeñarlo mejor; es Bolsa en Francia, como pudo ser templo en Grecia: verdad es que le costó gran trabajo al arquitecto esconder el reloj, que hubiera destruido la pureza de las bellas líneas de la fachada; pero presenta en cambio la columnata que circula en torno del monumento, bajo la cual, en las grandes solemnidades religiosas, puede desenvolverse majestuosamente la teoría de los agentes de cambio y de los corredores de comercio.

Es innegable que son soberbios monumentos los que acabamos de enumerar; añadámosles una multitud de calles escondidas y variadas, como la de Rívoli, y no perdamos la esperanza de que París, a vista de pájaro, presente un día la riqueza de líneas, la opulencia de detalles, la diversidad de aspectos y la sorprendente belleza de un tablero de damas.

Por admirable que nos parezca el París moderno, construyamos en nuestra mente el París del siglo XV; mirad el cielo al trasluz de aquel sorprendente laberinto de agujas, torres y campanarios; llegad en medio de la inmensa ciudad, doblad las esquinas de las islas, contemplad los arcos de los puentes del Sena, con sus charcos verdes y amarillos, tan cambiantes como

la piel de la serpiente; ved destacado con limpieza sobre el horizonte azul el perfil gótico del antiguo París; haced flotar su silueta en las brumas del invierno que se enganchan en las infinitas chimeneas; sumergidle en una noche profunda y contemplad el juego caprichoso de sombras y luces en el oscuro laberinto de edificios; proyectad sobre él un rayo de luna que le dibuje vagamente y haga resaltar entre la niebla las finas siluetas de sus torres; bañad en sombra los mil ángulos agudos de las agujas y de las paredes fronteras, y hacedla resaltar más festoneada aún sobre el cielo dorado de Occidente, y comparemos. Si queremos tener de la vieja ciudad una impresión distinta de la nueva, ascendamos un día de gran festividad, al salir el sol; subamos a un punto elevado, desde donde dominemos la capital entera, y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Veremos, a una señal que viene del cielo, porque el sol es el que la da, estremecerse a un tiempo aquellas mil iglesias.

Óyense al principio campanadas sueltas, lanzadas de una iglesia a otra, como cuando templan los músicos los instrumentos, advirtiendo que van a tocar: luego, de repente, pues parece que en ciertos momentos la vista tiene su oído particular, se levanta de cada campanario como una columna de ruido, como un humo de armonía. Al empezar el toque, la vibración de cada campana sube recta, pura y, por decirlo así, aislada de las otras, al espléndido cielo de la mañana; después, creciendo las vibraciones, se confunden, unas con otras y se amalgaman, produciendo magnífico concierto, y ya solo se oye la masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de todos los campanarios, que flota, ondula, rebota y se arremolina sobre la ciudad y prolonga más allá del horizonte el círculo atronador de sus oscilaciones. No es, empero, un caos ese mar de armonía; por alborotado y profundo que sea no pierde su transparencia, y se ve serpentear aparte cada grupo de notas que se escapa de las campanas; en él puede apreciarse el diálogo, ya grave, ya agudo, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario a otro; se las ve salir aladas, ligeras y silbantes de la campana de plata y caer rotas y cojas de la campana mayor; se puede oír, entre todas, el rico diapasón que bajan y suben sin cesar las siete campanas de San Eustaquio, y ver circular al través notas claras y veloces, que forman tres o cuatro zigzags luminosos y que se desvanecen como relámpagos. Aquí se conoce a la abadía de San Martín, cantora agria y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; más lejos la ancha torre del Louvre con su voz de bajo profundo. La regia campana del palacio lanza de continuo, en torno, trinos res-

plandecientes, sobre los que caen en uniforme cadencia los pesados toques de la campana de Nuestra Señora, que los hacen chispear como el yunque a los golpes del martillo. A intervalos se oyen pasar sonidos de todas clases que nacen del triple repiqueteo de San Germán de los Prados, y de vez en cuando ese conjunto de voces sublimes se entreabre y da paso a la *stretta finale* del Ave-María, que estalla y chispea como un penacho de estrellas. En lo más profundo del concierto óyese profusamente el canto interior de las iglesias que traspira a través de los poros vibrantes de sus bóvedas. Esas armonías forman una ópera que merece oírse. Habitualmente el rumor que brota de París durante el día es el de la ciudad que habla; durante la noche es el de la ciudad que alienta, pero a esta hora es el de la ciudad que canta. Prestad oído a este *tutti* de campanarios, esparcid sobre el conjunto el murmullo de medio millón de habitantes, el eterno murmullo del río, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques, que bordan las colinas, como inmensos cañones de órganos; suprimid en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado roncos o demasiado agudos del campaneo central, y decidme si hay en el mundo algo más rico, más alegre, más dorado y más deslumbrador que este tumulto de torres y de campanas, que este caos de música, que estas diez mil voces de bronce cantando a la vez dentro de flautas de piedra de trescientos pies de altura; que esta ciudad, que es una orquesta; que esta sinfonía, atronadora como una tempestad.

Libro cuarto

I. Las buenas almas

Diez y seis años antes de la época en que tiene lugar esta historia, en una hermosa mañana del domingo de Quasimodo depositaron una criatura viva, terminada la misa, en la iglesia de Nuestra Señora, sobre la tabla elevada en el atrio, a mano izquierda, frente a la gigantesca imagen de San Cristóbal, que la estatua esculpida en piedra por Essarts contemplaba de rodillas, desde el año 1413, hasta que fueron derribados de los sitios que ocupaban. Sobre aquel tablado, era costumbre ofrecer a la caridad pública los niños expósitos, y de allí los tomaba el que quería. Delante del tablado había una bandeja de cobre para recibir las limosnas.

La criatura que yacía en el indicado sitio en la mañana de Quasimodo, en el año de gracia de 1467, excitaba la curiosidad del grupo, bastante considerable, que se había reunido alrededor del tablado; formaban ese grupo en su mayoría personas del bello sexo y casi todas ancianas.

En primera línea, y entre las más inclinadas sobre el tablado, veíanse cuatro, cuyos monjiles grises denotaban pertenecer a alguna devota cofradía. No veo un motivo para que no transmita la historia a la posteridad los nombres de las cuatro discretas y venerables mujeres. Nombrábanse Inés de la Herme, Juana de la Tarme, Enriqueta la Gaultiere y Gauchére la Violette, las cuatro viudas, honestas, las cuatro de la Capilla Ettiene-Haudry, que sa-

lieron del establecimiento con permiso de la superiora, cumpliendo los estatutos de Pedro de Ailly, para ir a oír el sermón.

Si tan dignas ancianas observaban los estatutos de Pedro de Ailly, violaban en cambio alegremente los de Miguel de Brache y los del cardenal de Pisa, que inhumanamente les prescribían el silencio.

—¿Por qué la habrán dejado? —preguntaba Inés a Gauchére, contemplando al niño expósito, que berreaba y se retorcía sobre el tablado, asustado sin duda de ver tantas caras.

—¿Qué es lo que va a suceder si esto hacen los niños que nacen ahora? —exclamó Juana.

—No entiendo de chiquillos, pero creo que ha de ser pecado mirar a este.

—Esto no es un niño, Inés.

—Más parece un mono contrahecho —observaba Gauchére.

—Cosa de un milagro —repuso Enriqueta.

—Entonces este ya es el tercero desde el domingo de *Lætare*, porque hace ocho días que se realizó el del que se burla de los peregrinos y fue castigado por Nuestra Señora de Aubervilliers, y era ya el segundo del mes actual.

—Este chico es un verdadero monstruo de abominación —añadió Juana.

—Sus berridos son capaces de dejar sordo a un chantre. ¡Cómo chilla!

—El señor obispo de Reims envía esta enormidad al de París.

—Yo sospecho —dijo Inés— que es un avechucho, un animal, el producto de un judío y de una marrana, algo, en fin, que no es cristiano y que es preciso arrojar al agua o al fuego.

—Estoy segura de que nadie querrá recogerle.

—¡Ay Dios mío! —murmuró Inés—. ¡No faltaba más que se lo entregasen a las nodrizas de la Inclusa para que criasen a semejante monstruo! Mejor daría yo de mamar a un vampiro.

—¡Qué inocente es Inés! —repuso Juana—. ¿Pues no veis que este monstruo debe de tener cuatro años lo menos y que mejor se cogería a un cabrito que a una teta?…

No era, en efecto, recién nacido aquel monstruo (no podemos calificarle de otra manera). Era una pequeña masa, muy angulosa y movediza, aprisionada en un saco de lienzo, dirigido a nombre del señor Guillermo Chartier, obispo de París, con una cabeza que salía de dicho saco. Era deforme esa cabeza; solo se veían en ella un bosquecillo de pelos rojos, un ojo, una boca y dientes: el ojo lloraba, la boca gritaba y los dientes deseaban morder, y el conjunto se revolvía dentro del saco, con asombro de los curiosos, que se renovaban sin cesar alrededor del tablado.

La señora Eloísa de Gondelaurier, rica y noble dama que llevaba de la mano a una preciosa niña de seis años y arrastraba largo velo, pendiente de la aguja de oro de su peinado, se paró ante el monstruo y contempló un momento a la desventurada criatura, mientras su linda hija, vestida de seda y terciopelo, deletreaba señalando con su diminuto dedo el rótulo permanente pendiente del tablado, que decía: *Niños expósitos*.

—Vaya —exclamó la señora, volviendo la cara con disgusto—; yo creía que aquí solo se exponían criaturas.

Volvió la espalda y arrojó en la bandeja un florín de plata, que resonó entre las monedas de cobre, y que hizo abrir los asombrados ojos de las cuatro viejas devotas.

Llegó poco después el grave y erudito Roberto Mistricolle, protonotario del rey, con su enorme misal bajo de un brazo y llevando apoyada a su esposa en el otro, y consiguiendo tener de este modo a sus dos lados sus dos reguladores, el espiritual y el temporal.

—Vamos a ver ese expósito —dijo a su cónyuge, aproximándose con ella al tablado.

—No se le ve más que un ojo —observó aquella—; sobre el otro tiene una verruga.

—No parece verruga —le contestó Mistricolle—; parece un huevo que encierra otro demonio semejante al que estamos mirando, el cual contiene otro huevecillo que debe de encerrar otro diablo, y así sucesivamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Me consta —volvió a decir el protonotario.

—Señor protonotario —interrogó Gauchére—, ¿qué pronosticáis de esta especie de niño expósito?

—Las mayores desgracias —respondió Mistricolle.

—¡Ay Dios mío! —murmuró una vieja asustada—; por eso hubo peste el año pasado, y por eso se asegura que los ingleses van a desembarcar en Harefleu.

—Puede que eso impida que venga la reina a París en el mes de septiembre —añadió otra vieja.

—Me parece —repuso Juana—, que para los vecinos de París valdría más que ese pequeñuelo brujo estuviese tendido sobre una hoguera que sobre un tablado.

—Sobre una buena hoguera —añadió la vieja.

—Eso sería lo mejor —dijo Mistricolle.

Escuchaba hacía ya algunos momentos los dichos de las viejas y las sentencias del protonotario un sacerdote joven, de semblante severo, ancha frente y mirada profunda. Se hizo paso entre el gentío; sin hablar examinó al pequeño brujo y tendió la mano sobre él; llegó a tiempo, porque ya todas las devotas se relamían de gusto pensando en la *buena hoguera*.

—Yo adopto a este niño —dijo el sacerdote.

Le tomó en brazos y se lo llevó. Atónitos los asistentes, le siguieron con la vista hasta perderle; un instante después desapareció por la Puerta Roja que conducía por entonces desde la iglesia al claustro.

Pasada la sorpresa, Juana se inclinó al oído de la Gauchére y la dijo:

—Ya veis que no me equivocaba; Claudio Frollo es hechicero.

II. Claudio Frollo

Claudio Frollo no era un ente vulgar. Pertenecía a una de aquellas familias que en el lenguaje impertinente del último siglo se nombraban del alto estado llano o de la pequeña nobleza. Esta familia heredara de los hermanos Paclet el feudo de Tirechappe, que dependía del obispo de París, y cuyas veintiuna casas fueron objeto en el siglo XIII de muchos litigios en la curia eclesiástica. Como poseedor de ese feudo, Claudio era uno de los *siete veintiún* caballeros que pretendían cobrar impuestos en París y en sus arrabales, y se vio durante mucho tiempo su nombre inscrito bajo tal concepto entre el palacio de Tancarville, perteneciente a Francisco Le Rez, y el colegio de Tours, en el cartulario depositado en San Martín de los Campos.

Destinaron sus padres a Claudio Frollo, desde niño, al estado eclesiástico; le habían enseñado a leer en latín y le habían acostumbrado a bajar los ojos y a hablar con comedimiento; desde chico, su padre le encerró en el convento de Torchi, situado en la Universidad, y allí creció entre el misal y el lexicón.

Era un joven triste, grave y serio, que estudiaba con ardor y que aprendía pronto; no gritaba en las horas de asueto, no formaba en las bacanales de la calle de Fonarre, no sabía lo que era *dare alapas et capillos laniare*, y no figuró en la sarracina de 1463, que los analistas califican gravemente de «Sexto alboroto de la Universidad». Pocas veces se burlaba de los pobres estudiantes de Montaign por las *monteras* que usaban, ni de los colegiales de Dormans por su tonsura lisa y los manteos de tres colores, verde, azul y violeta, *azmini coloris et bruni*, como rezan los reglamentos del cardenal de las Cuatro Coronas. En cambio asistía a todas las clases de la calle de San Juan, de Beauvais. El primer estudiante que el abad de San Pedro de Val veía en el momento de comenzar la lectura de Derecho canónico, pegado, enfrente de su cátedra, a un pilar de la escuela de Saint-Vendregerile, era Claudio Frollo, con su tintero de cuerno, mascando la pluma, escribiendo sobre sus lustrosas rodillas y soplándose los dedos en invierno. El primer oyente que el señor Miles D'Isliers, doctor en Derecho, veía arribar todos los lunes por la mañana sofocado al abrirse las puertas de la escuela del

Chef-Saint-Denis, era Claudio Frollo. Por esta razón a los dieciséis años el joven estudiante podía discutir de teología con un Padre de la Iglesia, de cánones con un Padre de los Concilios y de teología escolástica con un doctor de la Sorbona.

Cuando terminó el estudio de la teología se dedicó al de las decretales. Desde el *Maestro de las Sentencias* pasó a las *Capitulares de Carlo-Magno*, y en su afán de estudio devoró decretales sobre decretales, las de Teodoro, obispo d'Hispale; las de Bouchard, obispo de Worms; las de Ires, obispo de Chartres; luego el decreto de Graciano, que sucedió a las Capitulares de Carlo-Magno; después la recopilación de Gregorio IX, y últimamente la epístola *Super specula* de Honorio III. Se le hizo claro y familiar el vasto y tumultuoso período de Derecho civil y de Derecho canónico, siempre en lucha y trabajando para formar el caos de la Edad Media, período que abre en 618 el obispo Teodoro y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Después de las decretales, dedicose al estudio de la medicina y al de las artes liberales: estudió las propiedades de las hierbas y las de los ungüentos, y llegó a ser experto en las calenturas y en las contusiones, en las heridas y en los tumores; Jacques d'Espars le hubiera otorgado el título de médico físico y Ricardo Hellain el de médico cirujano. Recorrió igualmente todos los grados de licenciado, maestro y doctor en Artes. Respecto a lenguas aprendió el latín, el griego y el hebreo, triple santuario muy poco frecuentado en aquella época; sentía verdadera pasión febril por adquirir y atesorar ciencia; así es que a los dieciocho años había pasado ya las cuatro facultades, como si creyese que el único objeto de la vida era *el saber*.

Por este tiempo, el excesivo calor del verano de 1466 produjo aquella horrorosa peste que acabó con más de cuatro mil personas en el vizcondado de París. Corrieron rumores en la Universidad de que la calle de Tirechappe era una de las que más azotaba la peste, y en ella residían, en su feudo, los padres de Claudio. Este corrió alarmado a la casa paterna, y cuando entró supo que su padre y su madre habían muerto la víspera; un hermanito suyo, tan niño que aun mamaba, vivía aún y lloraba al verse abandonado en la cuna. Este niño era cuanto quedaba a Claudio de su familia; lo cogió en brazos, y pensativo salió con él de aquel sitio de desolación. Hasta entonces solo vivió Claudio para la ciencia, pero desde aquel instante tenía ya que vivir para algo más.

Esta catástrofe provocó una crisis en la existencia de Claudio Frollo. Al verse huérfano, hermano mayor y jefe de familia a los diecinueve años, pasó con violenta transición de los estudios de la escuela a las realidades del mundo, y, movido a compasión, sintió profunda ternura por su hermano niño; y fue extraño, pero dulce, aquel afecto para él, que hasta entonces solo profesara afecto a los libros. Desarrollose este cariño hasta un grado singular en un alma tan virgen de cariño como aquella, y fue para Claudio como su primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, a quienes apenas había conocido; encerrado en un claustro y con sus libros; ávido, ante todo, de estudiar y de aprender; atento solo hasta entonces a su inteligencia, que se dilataba por los horizontes de la ciencia, y a su mente, que se engrandecía en el campo de las letras, el pobre estudiante no había tenido aún tiempo de saber cómo palpita el corazón. Ese hijo sin padres, ese niño que desde el cielo le caía bruscamente en los brazos, hizo de Claudio otro hombre. Se percató entonces de que había algo más en el mundo, que las explicaciones de la Sorbona y los versos de Homero; conoció que el hombre necesitaba afectos, que la vida sin ternura y sin amor es algo seco, áspero y destemplado; pero creyó, porque estaba en la edad en que las ilusiones se reemplazan por otras ilusiones, que las afecciones de la sangre y de la familia eran las únicas necesarias, y que teniendo un hermano a quien amar, sería este cariño suficiente para llenar toda su existencia.

Se entregó, pues, al cariño del pequeño Juan con el ardor de un carácter ya profundo, ardiente y concentrado. Esa delicada criatura, hermosa, rubia y sonrosada; ese huérfano, sin más apoyo que el de otro huérfano, le conmovía hasta el fondo de las entrañas, y como era grave pensador, comenzó a meditar sobre aquel niño con misericordia infinita. Le amó y cuidole como a cosa frágil y especial, y fue para el niño más que un hermano, fue una madre. Juan la había perdido antes de que le destetaran, y Claudio le buscó una nodriza. Aparte del feudo de Tirechappe, Claudio heredó de su padre el feudo del molino, anexo a la torre cuadrada de Gentilly; este molino estaba situado sobre un cerro, junto al castillo de Winchestre (hoy Bicêtre). La molinera estaba criando a un niño, y aquel sitio no distaba mucho de la Universidad, por lo que Claudio le llevó a su hermanito para que lo amamantase.

Desde aquel punto y hora, sintiéndose con una carga que soportar, pensó con la mayor seriedad en la vida. Su hermano menor comenzó a ser para él, no solo el recreo, sino el objeto de sus estudios, y resolvió consagrarse por

completo a labrarle un porvenir, del que era responsable ante Dios, y a no tener jamás otra esposa ni otro hijo que la felicidad y la fortuna de su hermano. Afirmose, pues, más que nunca en su vocación clerical; su mérito, su ciencia, su calidad de vasallo inmediato del obispo de París, le abrían de par en par las puertas grandes de la Iglesia. A los veinte años, por dispensa especial de la Santa Sede, era ya sacerdote y decía misa, como el más joven de los capellanes de Nuestra Señora, en el altar que se llama, por decirse en él la misa última, *altare pigrorum*.

En la catedral, engolfado más que nunca en los libros, que solo dejaba una hora para ir al feudo del molino, manifestando unidos el saber y la austeridad, rara mezcla en su edad, se atrajo en breve el respeto y la admiración de todo el claustro. Del claustro pasó al pueblo su reputación de sabio, y el pueblo la fue convirtiendo en hechicería, cosa muy común en aquella época.

Al volver, el día de Quasimodo, de decir la misa de los perezosos en el altar de este nombre, situado al lado de la puerta del coro que da paso a la nave, a la derecha, cerca de la Virgen, fue cuando llamó su atención el grupo de las viejas murmuradoras que rodeaban el tablado de los niños expósitos. Entonces fue cuando se aproximó a la pobre criatura, tan aborrecida y tan amenazada. Aquella miseria, aquella deformidad, aquel abandono; la idea de su hermanito, el pensamiento que le asaltó de que este podría quedar también abandonado si él llegase a morir, todo esto se agolpó a su corazón a un mismo tiempo, y le hizo sentir una compasión tan profunda que le hizo apoderarse del niño.

Cuando le desenvolvió del saco quedó pasmado de su deformidad. El desgraciado tenía una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza enterrada entre los hombros, arqueada la columna vertebral, el esternón prominente y las piernas torcidas; parecía que viviría, y aunque no era fácil averiguar qué lengua tartamudeaba, sus gritos denunciaban fuerza y salud. Tan gran fealdad aumentó la lástima de Claudio, el que hizo voto de criar al niño por amor a su hermano, con la idea de que cualesquiera que fuesen en lo sucesivo las faltas que Juan cometiere, tuviese anticipada en su favor esta caridad hecha en su nombre; era una especie de imposición de buenas obras que realizaba en nombre de su hermano, una provisión de buenas acciones que quería reunirle anticipadamente, para si algún día careciese de esta moneda, que es la única que se recibe en el portazgo del cielo.

Bautizó a su hijo adoptivo con el nombre de *Quasimodo*, ya por indicar así el día en que le halló, ya por caracterizar con ese nombre hasta qué punto era la pobre criatura deforme y apenas bosquejada. En efecto, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo, solo era una quisicosa.

III. *IMMANIS PECORIS CUSTOS, IMMANIOR IPSE*

En 1482, Quasimodo se había desarrollado. Hacía ya bastantes años que era campanero de Nuestra Señora por influencia de su padre adoptivo, Claudio Frollo, quien había llegado a ser arcediano de Josas, gracias a su señor feudal, el señor Luis de Beaumont, que había ascendido a obispo de París en 1472, por muerte de Guillermo Chartier, merced a su mecenas Olivier le Dain, barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Según acabamos de decir, Quasimodo era campanero de Nuestra Señora, y con el tiempo había llegado a formarse no sé qué unión íntima entre este y la iglesia. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento ignorado y de su naturaleza deforme, encarcelado desde la niñez en aquel doble círculo infranqueable, el infeliz se había acostumbrado a no ver nada en el mundo más allá de las místicas murallas a cuya sombra le habían recogido. Nuestra Señora había sido sucesivamente para él, a medida que crecía y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria y el universo.

Parecía como si existiera cierta armonía misteriosa y preexistente entre esta criatura y este edificio. Cuando era niño se arrastraba tortuosamente y a gatas entre las tinieblas de sus bóvedas; parecía, con su semblante humano y sus miembros de irracional, el reptil de aquellas losas húmedas y sombrías, sobre las que la sombra de los capiteles romanos proyectaba mil sombras caprichosas. Más crecido, la primera vez que se agarró maquinalmente a la cuerda de las torres, se colgó de ella y puso en movimiento la campana; a su padre adoptivo, Claudio Frollo, le hizo el efecto de un niño cuya lengua se desata y empieza a hablar. Así fue cómo lentamente, desarrollándose

siempre en él el sentido de la catedral, viviendo, durmiendo y sin salir nunca de ella y recibiendo a todas horas su misteriosa presión, llegó a parecérsele, a incrustarse, pudiérase decir, a formar parte integrante de ella. Sus ángulos salientes se amoldaban (permitásenos esta figura) a los ángulos entrantes del edificio, tanto, que Quasimodo no solo parecía su habitante, sino su producto vivo. Casi podía decirse que había tomado su forma, como el caracol toma la de su concha; aquel era su hogar, su agujero, su envoltura. Existían entre él y la antigua catedral simpatía tan instintiva y profunda, tantas afinidades espirituales y tantas afinidades materiales, que estaba pegado a ella en cierto modo, como la tortuga a su concha: la rugosa catedral constituía su corteza.

Inútil creemos advertir no se tome al pie de la letra las figuras que nos vemos obligados a emplear para dar a entender el ayuntamiento singular, simétrico, inmediato, casi consubstancial, de un hombre con un edificio; inútil también es explicar hasta qué punto se había familiarizado con toda la catedral en una tan larga e íntima permanencia. En aquella morada no había profundidad que Quasimodo no penetrase, ni altura que no hubiera escalado; con frecuencia le acontecía trepar por toda la fachada, hasta inmensas alturas, sin otra ayuda que las asperezas de la escultura. Las torres, por cuya superficie exterior se le veía con frecuencia rastrear, como un lagarto que se desliza por una pared perpendicular; las dos gigantescas torres gemelas, tan altas, tan amenazadoras y tan temibles, no le causaban vértigos, ni terror, ni atolondramientos; al ver que las escalaba tan sencillamente, cualquiera diría que las había domesticado. A fuerza de saltar, de encaramarse, de colgarse sobre los abismos de la catedral, había adquirido algo del mono y de la gamuza, como los niños de Calabria, que nadan antes que andan, y desde muy pequeñuelos juegan con las olas.

No solo se había amoldado a la catedral el cuerpo de Quasimodo, sino también el espíritu. ¿En qué estado se hallaba su alma? ¿Qué pliegue había formado bajo aquella cerrada cubierta en aquella vida salvaje? Difícil sería explicarlo. Quasimodo nació tuerto, jorobado y cojo, y con mucho trabajo y gran paciencia pudo conseguir Claudio Frollo enseñarle a hablar; pero la fatalidad perseguía al desventurado expósito; siendo ya campanero de Nuestra Señora, a los catorce años, una enfermedad, propia de su oficio, vino a completar su infortunio; las campanas le rompieron el tímpano y quedó sordo. La única puerta que la naturaleza le había dejado abierta por completo, se le

cerró de pronto para siempre. Al cerrarse borró el único rayo de luz y de alegría que penetraba en el alma de Quasimodo y su alma quedó sumergida en noche profunda. La melancolía del desgraciado fue incurable y completa, como su deformidad. Hay que agregar que la sordera le hizo mudo en cierto modo, porque para no hacer reír a los demás, desde el momento que quedó sordo se propuso guardar obstinado silencio, que solo rompía cuando estaba solo, y ató voluntariamente la lengua que con tanto trabajo Claudio Frollo desatara: de aquí provenía que cuando la necesidad le obligaba a hablar, su lengua estaba como anquilosada y torpe como una puerta cuyos goznes están enmohecidos.

Si intentáramos penetrar en el alma de Quasimodo a través de su corteza espesa y dura; si pudiéramos sondear las profundidades de su organización contrahecha; si fuera posible examinar con una antorcha detrás de sus órganos sin transparencia y ver el interior tenebroso de esta criatura opaca, iluminar sus rincones oscuros y sus calles absurdas y sin salida; si arrojásemos de pronto un rayo luminoso sobre la reina intelectual encadenada en el fondo de aquel antro, hallaríamos sin duda alguna a la infeliz en pobre, encogida y raquítica actitud, como los prisioneros de los Plomos de Venecia, que envejecen doblados en una caja de piedra, demasiado estrecha y demasiado baja.

Necesariamente el espíritu se atrofia en un cuerpo deforme. Quasimodo apenas sentía que se movía ciegamente dentro de él un alma hecha a su imagen. Las impresiones de los objetos sufrían refracción considerable antes de llegar a su cerebro. Era este centro tan particular, que las ideas que le atravesaban salían torcidas de él, y la reflexión procedente de tal refracción debía ser divergente y extraviada. De aquí nacían las ilusiones ópticas, las aberraciones de los juicios y las ilusiones en que divagaba su pensamiento, unas veces loco y otras idiota.

El primer efecto de aquella fatal organización era enturbiar la mirada que dirigía a los objetos, de los que casi no recibía ninguna percepción inmediata. El mundo exterior le parecía mucho más lejano que a nosotros. El segundo efecto de su desgracia era hacerle malo; y lo era, en efecto, porque era salvaje, y era salvaje porque era contrahecho. Había, como en la nuestra, en su naturaleza, cierta lógica; su fuerza, sumamente desarrollada, era un motivo más para que fuese maligno. *Malus puer robustus*, dijo Hobbes.

Pero hay que hacerle merecida justicia; la maldad no era innata en él, quizás. Desde que empezó a dar sus primeros pasos entre los hombres, sintióse superior en fuerza, pero se vio despreciado y escarnecido. La palabra humana siempre fue para él un insulto, una burla o una maldición; cuando fue creciendo, no halló más que odio hacia él por todas partes, y él lo recogió, reasumiendo la maldad general; tomó el arma con la que le herían.

Terminó por no mirar a los hombres más que contra su voluntad; le bastaba su catedral, poblada de figuras de mármol, de reyes, santos y obispos, que siquiera no se reían al verle y le miraban con serenidad y afabilidad. Las otras estatuas de monstruos y de demonios no le tenían odio; se les asemejaba él demasiado para inspirárselo, y ellas solo se reían de los demás hombres. Los santos eran amigos suyos y le bendecían, y los monstruos también y le protegían; por eso tenía gran confianza con ellos, y pasaba muchas veces horas enteras acurrucado delante de alguna de aquellas estatuas, en solitaria plática con ella; si alguien llegaba, Quasimodo huía, como un amante sorprendido al dar una serenata.

La catedral no solamente era la sociedad para él, sino también su universo y su naturaleza. No soñaba en otros jardines que en las pintadas vidrieras, siempre florecientes, ni en otra sombra que en la de aquellos follajes de piedra que se extienden, cargados de pájaros, en la copa de los capiteles sajones, ni en otros riscos que en las colosales torres de la iglesia, ni en otro mar que en el París que oía bullir a sus pies.

Mas lo que prefería a todo cuanto encerraba el edificio maternal; lo que despertaba su alma, haciéndola tender las pobres alas miserablemente replegadas dentro de su caverna; lo que a veces la hacía feliz, eran las campanas. Quasimodo las hablaba, las mimaba y las comprendía. Desde el esquilón de la aguja del crucero, hasta la campana grande de la portada, a todas ellas profesaba igual afecto. El campanario del crucero y las dos torres eran para él tres espaciosas jaulas, cuyos pájaros, que él criaba, cantaban solo para él. Estas campanas causaron su sordera, pero las madres quieren, con frecuencia, más al hijo que más las hace sufrir.

Verdad es que la voz de las campanas era la única que ya el desgraciado podía oír, y por eso la campana mayor era su favorita, y la prefería entre aquella familia de jóvenes alborotadoras, que se bamboleaban en torno suyo los días festivos. La campana mayor se llamaba María; estaba sola en la to-

rre meridional con su hermana Jacoba, campana de menos importancia, que se encerraba en una jaula más pequeña al lado de la suya. Se la bautizó así para darle el nombre de la mujer de Juan Montagú, que la regalara a la iglesia, lo que no le libró de ser decapitado en Montfaucón. En la segunda torre había seis campanas, y últimamente, las seis más pequeñas habitaban el campanario sobre el crucero con la matraca, que solo sonaba después de las doce del Jueves Santo, hasta la mañana de la víspera de Pascua. Tenía, pues, Quasimodo quince campanas en su serrallo, pero María era su favorita.

Sentía inmenso alborozo los días de repique y de vuelo general de campanas. Apenas el arcediano le decía: «Anda a tocar», subía encaramándose por el caracol del campanario más de prisa que otro lo hubiera bajado; entraba jadeando en la habitación aérea de la campana mayor, la contemplaba un instante con devoción y cariño, después le dirigía tiernamente la palabra y la acariciaba con la mano, como se hace con un buen caballo que va a emprender largo camino, y la compadecía por el trabajo que tenía que hacer. Después de estas primeras caricias, llamaba a sus ayudantes, que ocupaban el piso inferior de la torre, mandándoles empezar; colgábanse estos a los cables, rechinaba el cabrestante, y la enorme mole de metal se ponía lentamente en movimiento. Quasimodo, palpitante, la seguía con la vista; el primer choque del badajo contra la pared de bronce hacía oscilar la armazón de madera que la sostenía. Quasimodo vibraba como la campana. —¡Vuela! —le gritaba, soltando extraña carcajada. Iba acelerándose el movimiento de la campana, y a medida que recorría un ángulo más abierto, el ojo único de Quasimodo abríase también cada vez más fosfórico y resplandeciente. Empezaba, por fin, el repiqueteo, temblaba la torre, madera, plomo, piedra; todo en ella retumbaba a un tiempo, desde las estacas de los cimientos hasta los ornatos de la techumbre. Quasimodo entonces ardía y echaba espumarajos; no hacía más que ir y venir, y oscilaba con la torre, de pies a cabeza. La campana, desenfrenada y furiosa, presentaba alternativamente a las paredes opuestas de la torre su garganta de bronce, de la que salía aquel aliento de tempestad que se oye de cuatro leguas. Instalábase Quasimodo delante de aquella boca abierta, se agachaba, volvíase a levantar al dar las vueltas la campana, aspiraba aquel aliento impetuoso, y ora miraba a la profunda plaza, que hormigueaba a doscientos pies debajo de él, ora a la enorme lengua de cobre que venía a zumbar en sus oídos. Era aquella la única palabra que podía oír, el único sonido que interrumpía para él el silencio profundo, y en él se le ensanchaba el pecho, como un pájaro al sol. De repente, sobrecogía-

le el frenesí de la campana; su mirada era extraordinaria; esperaba la campana al paso, como espera la araña a la mosca, y se precipitaba sobre ella a brazo partido. Entonces, suspendido sobre el abismo, lanzado con el ciego impulso de la campana, asía por sus dos aletas al monstruo de bronce, le apretaba con ambas rodillas, le golpeaba con sus talones, y redoblaba con todo el choque y el peso de su cuerpo la furia del vuelo de la campana. La torre vacilaba, Quasimodo vociferaba y rechinaba los dientes, se le erizaban los rojos cabellos, su pecho resoplaba como el fuelle de una fragua, su ojo lanzaba llamas, la enorme campana relinchaba jadeando debajo de él, y entonces ya no eran aquello ni la campana de Nuestra Señora ni Quasimodo, sino un sueño, una tromba, una tempestad; el vértigo a caballo del ruido; un espíritu cabalgando sobre una grupa voladora; un monstruoso centauro, medio hombre y medio campana; una especie de Astolfo horrible, arrebatado sobre un fantástico hipógrifo de bronce vivo.

La presencia de aquel ser extraordinario hacía circular por toda la catedral no sé qué aliento vital, como si se exhalara de él; aseguraban las supersticiosas creencias del pueblo que brotaba de él una emanación misteriosa que animaba todas las piedras de Nuestra Señora y hacía palpitar las profundas entrañas de la vieja catedral. Bastaba saber que Quasimodo se hallaba allí, para que creyesen ver con vida y movimiento las mil estatuas de los pórticos y de las galerías. La catedral semejaba, en efecto, una criatura dócil y obediente bajo su mano; esperaba su voluntad para levantar su bronca voz, estaba ocupada y poseída por Quasimodo, como por un genio familiar. Parecía que por él respiraba el inmenso monumento, y él se hallaba verdaderamente en todas sus partes, en todos los puntos de la iglesia. El pueblo veía a veces con terror en lo más alto de las torres un enano singular, que trepaba y andaba a gatas, pendía por afuera sobre el abismo, brincaba de ángulo en ángulo, y se metía y acurrucaba en el vientre de alguna Gorgona esculpida; este era Quasimodo, que buscaba nidos de cuervos. Otras veces tropezaban en algún rincón de la iglesia con una especie de quimera viva, informe y agachada: era Quasimodo que estaba meditando.

Ora percibían encima de un campanario una cabeza enorme y un manojo de miembros disformes, balanceándose con velocidad en una cuerda: era Quasimodo tocando a vísperas o al Ave María. Algunas noches se veía vagar una forma extraña sobre la balaustrada aérea y de encaje que corona las torres y el contorno del ábside, y era también el jorobado de Nuestra Seño-

ra: entonces, según murmuraban las vecinas, adquiría la iglesia algo de fantástico, de sobrenatural, de horrible; abríanse por doquiera ojos y bocas, oíanse ladrar los perros, y las sierpes, las tarascas de piedra, que velan día y noche, alargaban el pescuezo y abrían las fauces en torno de la monstruosa catedral: si eso sucedía en una noche de Navidad, mientras la campana mayor, que sonaba como el hipo de un moribundo, congregaba a los fieles a la misa del gallo, la sombría fachada presentaba aspecto tan singular, que parecía que el portón devoraba al gentío, y que el rosetón lo miraba. Todo esto provenía de Quasimodo. En Egipto le hubieran tenido por un dios del templo; la Edad Media le creería su demonio, pero en realidad era su alma.

Tanto es así, que para los que les consta que existió Quasimodo, Nuestra Señora está hoy solitaria, inanimada, muerta. Ven que le falta algo. Aquel cuerpo inmenso está vacío, es un esqueleto; le abandonó el alma, y solo queda el lugar que ella ocupó; es como un cráneo en el que se conservan los agujeros de los ojos, pero que carece de vista.

IV. El perro y su amo

Existía, a pesar de todo lo dicho, una criatura humana, a la que Quasimodo exceptuaba de su ojeriza y de su odio, y a la que profesaba tanto o quizá mayor afecto que a la catedral: esta persona era Claudio Frollo, y es fácil de comprender.

Claudio Frollo le había recogido y adoptado, le mantuvo y le educó. Desde muy niño corría a refugiarse entre las piernas de Claudio, cuando los chicos le querían pegar y cuando los perros le ladraban. Claudio Frollo le enseñó a hablar, a leer y a escribir, y por último, lo hizo campanero, y dar en matrimonio la campana gorda a Quasimodo, es dar Julieta a Romeo.

Por eso la gratitud de Quasimodo era sincera, apasionada y sin límites, y aunque el semblante de su padre adoptivo era con frecuencia severo y sombrío, y su lenguaje rudo, breve e imperioso, no desmintió jamás el agradecimiento que por él sentía el campanero. El arcediano tenía en Quasimodo el

esclavo más sumiso, el criado más dócil y el perro más fiel. Cuando este quedó sordo, se estableció entre él y Claudio Frollo un lenguaje de señas misteriosas, que ellos solos comprendían, y de este modo fue el arcediano el único ser humano con quien Quasimodo conservaba comunicación. Solo tenía relación en el mundo, pues, con Nuestra Señora y con Claudio Frollo.

El imperio que el arcediano ejercía sobre su campanero, solo es semejante al cariño que este profesaba a aquel; hubiera bastado una indicación de Claudio, para que Quasimodo se precipitase desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, y era cosa asombrosa que toda la energía de Quasimodo la pusiese este ciegamente a la disposición de otro; había sin duda en esto algo de sacrificio filial y de lealtad doméstica; era resultado, tal vez, de la fascinación de un espíritu por otro; era una organización sencilla, torpe e imperfecta, que se humillaba suplicante y sumisa ante una inteligencia privilegiada, poderosa y superior; pero más que nada, era la gratitud llevada a su último límite, que no hay nada en el mundo con qué compararla. No es esta virtud la que más abunda entre los hombres, por lo que diremos que Quasimodo quería al arcediano como nunca quiso a su amo ningún perro, ningún caballo, ningún elefante.

V. Continuación de Claudio Frollo

En 1482, Quasimodo rayaba en los veinte años, Claudio Frollo en los treinta y seis; el uno había crecido, y el otro empezaba a envejecer.

Claudio Frollo no era el tímido estudiante del colegio de Torchi, el cariñoso protector de un niño, ni el joven y reflexivo filósofo, que sabía mucho, pero que ignoraba mucho también. Era un sacerdote austero, grave, discreto, un director de almas, el señor arcediano de Josas, el segundo acólito del obispo, encargado de los decanatos de Monthery y de Chateauford, a más de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personaje imponente y sombrío, ante el cual temblaban los niños del coro, los cantores de iglesia, los cofrades de San Agustín y los clérigos matutinos de Nuestra Señora,

cuando pasaba gravemente por bajo las ojivas del coro, lento, pensativo, con los brazos cruzados y la cabeza tan inclinada sobre el pecho, que solo dejaba ver la espaciosa y calva frente.

Dom Claudio Frollo no había olvidado por eso ni la ciencia ni la educación de su hermano menor, que constituían las dos ocupaciones de su vida; pero con el tiempo se mezcló cierta amargura a estas cosas, para él tan dulces: a la larga, el mejor tocino se hace rancio, como dice Pedro Diacre. Su hermano Juan, apodado *del Molino* —por el lugar donde le criaron—, no crecía llevando la dirección que Claudio quiso imprimirle: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto y digno; pero Juan, como los árboles tiernos, que se burlan de los esfuerzos del jardinero y se vuelven tenaces al lado de donde viene el aire y el sol, Juan, repetimos, no crecía, ni extendía anchas ramas pomposas y lujuriosas más que por el lado de la pereza, de la ignorancia y del vicio. Era un demonio desordenado que hacía fruncir el ceño a Claudio; pero al mismo tiempo era tan gracioso y tan agudo, que lograba hacerle sonreír. Claudio le puso en el colegio de Torchi, en el mismo donde él pasó sus primeros años de estudio y de recogimiento, y fue un dolor para él que un Frollo escandalizara un santuario, que otro Frollo glorificó en otro tiempo. Sermoneaba larga y severamente sobre esto a Juan, que le oía impávido. Por lo demás, el bribonzuelo tenía buen corazón, como es costumbre en todas las comedias. Acabado el sermón, volvía a ser el de antes. Unas veces daba a un *novato* un chasco pesado por la bienvenida (tradición que se ha conservado hasta nuestros días). Otras, daba caza a otros estudiantes, que clásicamente se habían refugiado en una taberna, *quasi classico excitati*, y habían apaleado al tabernero «con estacas ofensivas», y saqueado alegremente la casa, hasta el extremo de desfondar los barriles en la bodega; en una palabra, era cabeza de motín de todas las diabluras estudiantiles propias de la época.

Esto contristó y descorazonó a Claudio en sus afectos íntimos, y se dejó caer con más entusiasmo que nunca en brazos de la ciencia, de esta hermana que no se ríe del que la ama, y a quien paga siempre, a veces con moneda falsa, el culto que se le consagra. Fue, pues, más sabio a medida que el tiempo avanzaba, y por consecuencia natural, cada vez más rígido como sacerdote y más brusco como hombre. Hay en nosotros ciertos paralelismos entre la inteligencia, las costumbres y el carácter de cada uno, que se desen-

vuelven sin cesar, y que solo se turban en las grandes perturbaciones de la vida.

Como Claudio Frollo había investigado en su juventud casi todos los conocimientos humanos, positivos, exteriores y lícitos, le fue preciso, para no pararse *ubi defuit orbis*, ir más allá y buscar otros conocimientos que saciasen la actividad incansable de su inteligencia. El antiguo símbolo de la sierpe que se muerde la cola es aplicable a la ciencia, y Claudio Frollo lo probó. Doctos caballeros aseguraban que, después de haber agotado el *fas* del saber humano, había osado penetrar en el *nefas*: afirmaban que había probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia, y, fuese por hambre o fuese por hastío, que acababa por morder el fruto prohibido. Se encontró, como dijimos, en las conferencias teológicas de la Sorbona, en las asambleas de filósofos ante la imagen de San Hilario, en las discusiones de los decretalistas ante la imagen de San Martín, en las congregaciones de los médicos en la pila de Nuestra Señora, *ad cupam Nostræ Dominæ*.

Agotara ya todos los manjares lícitos que podían condimentar y servir a la mente aquellas cuatro facultades, y le llegó la saciedad antes de quedar sin hambre; entonces ahondó más lejos y más bajo toda aquella ciencia reducida, material y limitada; y quizás arriesgó la salvación de su alma, sentándose en la caverna a la mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos y de los herméticos, a cuyo frente figuraban en la Edad Media Averroes, Guillermo de París y Nicolás Hamel, cuya ciencia continúa por el Oriente, a la claridad del candelero de siete brazos, hasta Salomón, Pitágoras y Zoroastro. Esto creían de Claudio Frollo, con fundamento o sin él.

Es cierto que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, donde estaban enterrados sus padres, con las demás víctimas de la peste de 1466; pero también lo es que demostraba menos devoción a la cruz de la sepultura, que a las figuras extrañas que cubrían la tumba de Nicolás Hamel y el de Claudio Pernelle, construido a su lado.

También es cierto que muchas veces se le vio cruzar la calle de los Lombardos y entrar furtivamente en una casuca que hacía esquina a la calle de los Escritores y a la de Marivault. Esa casa fue construida por Nicolás Hamel, y murió en ella en 1417; estaba siempre abandonada desde entonces, y empezaba a desmoronarse; tanto habían gastado sus paredes con solo grabar en ella sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los países. Al-

gunos vecinos llegaron a afirmar que vieron una vez por un ventanillo al arcediano, socavando y removiendo la tierra en los dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de numerosos versos y de jeroglíficos, escritos por el mismo Nicolás Hamel, donde se suponía que este había enterrado la piedra filosofal, cuyo piso no han dejado de remover los alquimistas durante dos siglos, desde Magistri hasta el padre Pacífique, por lo que la casa acabó por reducirse a polvo a fuerza de registrar y de cavar tanto en ella.

Nadie ignoraba que el arcediano sentía una pasión singular por la portada simbólica de Nuestra Señora, por la página cabalística escrita en piedra por el obispo Guillermo de París, quien sin duda murió condenado por haber aplicado tan infernal frontispicio al santo poema que canta eternamente el resto del edificio.

Afirmábase también que el arcediano había profundizado el coloso de San Cristóbal y la gran estatua enigmática que se alzaba entonces a la entrada del atrio, a la que el pueblo llamaba por irrisión *el señor Legris*. Todos observaban que pasaba muchas horas sentado en los pedestales del atrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando ora las vírgenes locas, que llevan las lámparas boca abajo, ora vírgenes virtuosas, que las mantienen derechas; otras veces se fijaba en la mirada del cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso, donde seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Hamel.

Igualmente se decía, en fin, que el arcediano se había apropiado, en la torre que mira hacia la Grève, inmediata al campanario, una celda secreta, en la que, según se murmuraba, nadie entraba, ni aun el obispo, sin su licencia. Abrió aquella celda, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, el obispo Hugo de Besançon, y en ella hacía sus maleficios y hechicerías. Nadie sabía fijamente lo que encerraba aquella celda; pero se veía con frecuencia desde las orillas del *Terreno*, durante la noche, a través de una ventanilla que tenía la celda a espaldas de la torre, aparecer y desaparecer, en cortos e iguales intervalos, cierta claridad rojiza, intermitente y extraña, que parecía obedecer a las aspiraciones continuas de un fuelle, y nacer mejor de una llama que de una luz. En la oscuridad, y a tan gran altura, producía raro efecto, y las viejas decían: «Ya está soplando el arcediano; el infierno arde allá arriba».

Empero, cuanto venimos indicando no presentaba grandes pruebas de hechicería; pero sí que había el humo necesario para sospechar que existiera fuego, y el arcediano gozaba de temible fama. Debemos confesar, a pesar de todo, que las ciencias de Egipto, que la nigromancia, que la magia, hasta la blanca, que es la más inocente, no tenían enemigo más encarnizado, ni denunciador más implacable que él; y ya fuese horror sincero o astucia de ladrón que grita *¡a los ladrones!*, no impedía esto que se considerase el arcediano, entre las doctas cabezas del cabildo, como alma propicia al infierno, perdida en las cavernas de la cábala, y que andaba a tientas por entre las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo opinaba lo mismo; para este, Quasimodo era un demonio y Claudio Frollo un hechicero, y era evidente que el campanero debía de servir al arcediano durante un plazo determinado, y pasado el cual, llevaría en pago su alma. Por eso el arcediano, a pesar de la austeridad de su vida, gozaba de mala fama entre las buenas almas, y no había nariz de devota que no creyese que echaba olor a brujo.

Si al ir envejeciendo iba viendo abismos en la ciencia, también los sorprendía en su corazón; así era de presumir si se contemplaba aquel rostro, por el cual transpiraba su alma a través de una nube sombría. ¿Por qué tenía la frente tan calva, la frente siempre humillada y el pecho agitado por continuos suspiros? ¿Qué secreto pensamiento hacía sonreír su boca con tanta amargura, en el instante mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban, como dos toros que van a pelear? ¿Por qué el escaso cabello que le quedaba era ya gris? ¿Qué fuego interior era aquel que resplandecía a veces en su mirada, de modo que sus ojos parecían dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Estos síntomas de violenta preocupación moral habían adquirido alto grado de intensidad, singularmente en la época que sucedió esta historia. Más de una vez habían huido asustados los niños del coro, al verle solo en la iglesia y notar que los miraba con extrañas y centelleantes miradas. Más de una vez, en el coro, a la hora de los oficios, su vecino de silla le había oído mezclar al canto llano *ad omnem tonum*, trozos ininteligibles. Más de una vez, la lavandera del *Terreno*, encargada del cabildo, había notado con espanto señales de uñas en las sobrepellices del señor arcediano de Josas. Sin embargo, crecía la severidad de su vida, y nunca había sido tan ejemplar; había vivido siempre lejos de las mujeres, y parecía que las odiaba más que nunca; el simple roce de una falda de seda hacía caer sobre sus ojos la capu-

cha de sus hábitos. Era en este punto tan austero, que cuando la señora de Beaujeu, hija del rey, fue en el mes de diciembre de 1481 a visitar el claustro de Nuestra Señora, se opuso formalmente a que entrase, recordando al obispo el estatuto del Libro Negro, otorgado la víspera de San Bartolomé de 1334, que veda la entrada en el claustro a todas las mujeres, «cualquiera que sea, vieja o joven, señora o plebeya». Por cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el canon del legado Odo que exceptúa a ciertas grandes señoras *aliquæ magnates mulieres, quæ sine scandalo vitari non possunt*. A pesar de esta cita, protestó el arcediano, diciendo que databa de 1207, y era anterior ciento veintisiete años al del Libro Negro, y que por lo tanto no estaba vigente, negándose a presentarse delante de la hija del rey.

Observábase, además, en Claudio Frollo que el horror que le inspiraban los gitanos y las gitanas había aumentado en aquellos tiempos. Solicitó del obispo que publicase un edicto que prohibiese expresamente a las gitanas bailar y cantar en la plaza del atrio, y hacía algunos días que se ocupaban en registrar los empolvados archivos del Santo Oficio, con objeto de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados a la hoguera o a la cuerda, por cómplices de maleficios con machos cabríos, cerdos y cabras.

VI. Impopularidad

El arcediano y el campanero, eran, como hemos ya dicho, poco apreciados de los magnates y del pueblo de las cercanías de la catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salían juntos, lo que ocurría a menudo, y los veían, delante el amo y detrás el criado, cruzar las calles frescas, estrechas y sombrías de la manzana de Nuestra Señora, más de una palabra maligna, más de un saludo irónico y más de un equívoco procaz los perseguían al pasar, si Claudio Frollo, lo que rara vez acontecía, no llevaba la cabeza erguida, mostrando su frente severa y casi augusta ante los murmuradores, que se quedaban cortados. Eran ambos en su cuartel como «los poetas» de que habla Régnier:

Toutes sortes de gens vont après poëtes,
comme après les hiboux vont criant les fauvettes.1

A veces era un taimado rapazuelo el que arriesgaba el pellejo por el placer malsano de clavar un alfiler en la joroba de Quasimodo. Otras veces una muchacha descarada y desenvuelta tocaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole una canción lasciva. Ya era un grupo repulsivo de viejas que, acurrucado a la sombra, sobre los escalones de un portal, gruñía al pasar el arcediano y el campanero, y les espetaba este saludo: «Ahí pasa uno que tiene el alma como el otro el cuerpo»; ya una taifa de estudiantes y de pillos, que estaban jugando a la cozcojilla, se levantaban en masa y los saludaban zumbonamente en latín: *¡Eia! ¡eia! Claudius cum claudo*.

Con frecuencia las injurias pasaban inadvertidas para el sacerdote y para el campanero; para oírlas, Quasimodo era demasiado sordo y Claudio Frollo demasiado distraído.

---

1. «Tras los poetas va turba infinita, / cual tras el búho la carruca grita».

LIBRO QUINTO

I. *ABBAS BEATI MARTINI*

El renombre de Dom Claudio Frollo se extendió mucho en la época en que se negó a presentarse ante la señora Beaujeu, y le valió una visita que quedó impresa mucho tiempo en su memoria.

Al caer la tarde, después de los oficios, se retiró a su celda monacal del claustro de Nuestra Señora. Esta celda nada ofrecía de singular ni misterioso, excepto algunas redomas de vidrio, arrinconadas y llenas de unos polvos equívocos y que se parecían a la pólvora. En las paredes veíanse esparcidas algunas inscripciones, pero estas se reducían a sentencias de filosofía o de devoción, tomadas de buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse a la luz de un velón de cobre de tres mecheros, ante un inmenso baúl cargado de manuscritos, apoyando el codo sobre el libro abierto de Honorio de Antun, *de Prædestinatione et libero arbitrio*, y hojeaba con atención un infolio impreso que acababa de traer, único producto de la imprenta que encerraba la celda. Estando entregado a sus meditaciones, oyó llamar a la puerta. —¿Quién es? —preguntó el sabio con el aire de un perro hambriento al que le quitan un hueso. Desde fuera le contestó una voz: —Vuestro amigo Santiago Coictier. —Y Claudio abrió enseguida.

Era, en efecto, el médico del rey; personaje de cincuenta años, cuyo adusto semblante atenuaba su mirada sagaz. Acompañábale otro personaje; lle-

vaban ambos ropones de color de pizarra forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, y gorros de la misma tela, y color: sus manos desaparecían bajo las bocamangas, los pies bajo los ropones, y los ojos bajo los casquetes.

—¡Estaba muy lejos de esperar tan honrosa visita a semejante hora! —les dijo, introduciéndoles, el arcediano; y hablando con tanta cortesía paseaba su mirada desde el médico hasta el compañero, con cierta inquietud.

—Nunca es tarde para venir a visitar a sabios como Dom Claudio Frollo de Tirechappe —contestó el doctor Coictier, con el acento del Franco-Condado, que arrastra las palabras con la majestad de un traje de cola.

Entonces empezó entre el médico y el arcediano uno de los prólogos congratularios que era costumbre que precedieran en esa época a toda conversación entre sabios, lo que no era óbice para que se detestasen cordialmente, como ocurre en la actualidad, que la boca del sabio que dirige cumplimientos a otro es un vaso de hiel cubierto de miel.

Las felicitaciones de Claudio Frollo a Santiago Coictier aludían especialmente a las pingües ventajas temporales que el digno médico supo sacar, durante su carrera tan envidiada, de las enfermedades del rey, producto de una alquimia mejor y más segura que la persecución de la piedra filosofal.

—Supe a fe mía, doctor, con gran alegría, que fue nombrado obispo vuestro sobrino el reverendo señor Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

—Sí, señor arcediano, por la gracia y voluntad de Dios.

—¿Sabéis que daba gozo veros el día de Navidad al frente de la compañía del Tribunal de Cuentas, señor presidente?

—Vicepresidente, Dom Claudio, y nada más.

—¿Cómo va vuestra magnífica casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es un Louvre. Me gusta mucho el albaricoquero esculpido sobre la puerta.

—¡Si supierais cuánto me cuesta esa obra! A medida que edifico la casa, me voy arruinando.

—Bien, para eso contáis con las rentas de la cárcel y de la bailía del palacio y con los impuestos de las casas, tornos, chozas y puestos del cercado.

Eso se llama ordeñar una buena vaca.

—Mi castellanía de Poissy nada me ha producido este año.

—Pero los peajes de Treil, de Saint-James y de Saint-Germain-en-Laye, siempre son productivos.

—Ciento veinte libras en total.

—Gozáis del empleo de consejero del rey, y eso no falla.

—Bueno, pero el maldito señorío de Poligny, que tanto ruido mete, no vale sesenta doblones de oro, un año con otro.

Los elogios que dirigía Dom Claudio a Santiago Coictier, eran expresados con el acento sardónico y burlón, y con la sonrisa triste y cruel del hombre superior y desgraciado que se entretiene un instante mofándose de la prosaica prosperidad del hombre vulgar; pero el médico no se apercibió de esto.

—A fe mía —le dijo por fin Claudio, apretándole la mano—, que me alegro de veros bueno.

—Muchas gracias, amigo Dom Claudio.

—A propósito, ¿cómo sigue vuestro real enfermo?

—No paga a su médico como se merece —respondió el doctor, dirigiendo a su compañero una mirada de soslayo.

—¿De veras? —le preguntó su compañero.

Esta pregunta, hecha con tono de sorpresa y reconvención, llamó sobre el incógnito la atención del arcediano, que, en verdad, no le perdía de vista desde que entró en la celda con el doctor; necesitaba el arcediano tener poderosos motivos para no indisponerse con Santiago Coictier, influyente médico del rey Luis XI, para recibirle acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando el doctor le dijo:

—A propósito, Dom Claudio, os traigo aquí un compañero que desea conoceros, atraído por vuestra fama.

—¿Es hombre de ciencia? —preguntó el arcediano, fijando en el desconocido su aguda mirada; y entre las fruncidas cejas observó otros ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos.

Era el desconocido, a la débil claridad de la luz, un anciano de sesenta años, de mediana estatura, y que parecía enfermo y destruido. Su perfil era vulgar, pero tenía algo especial y severo; sus ojos brillaban en honda cavidad, bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna, y bajo la gorra, que le caía hasta la nariz, ocultábanse los anchos planos de una frente de genio. Él mismo contestó a la pregunta del arcediano.

—Reverendo sacerdote —le dijo con tono grave—, vuestra fama ha llegado a mis oídos, y deseo consultaros. Soy nada más que un pobre hidalgo de provincia, que me descalzo antes de entrar en casa de un sabio. Me llamo el compadre Tourangeau.

—¡Singular nombre para un hidalgo! —se dijo el arcediano. Sin embargo, conoció que estaba delante de un hombre fuerte y serio; el instinto de su alta inteligencia hacíale presentir otra no menos alta en el hidalgo, y al examinarle con la vista, fue desvaneciéndose en su rostro poco a poco la expresión burlona, que le hizo tomar la presencia de Santiago Coictier, como el crepúsculo a la llegada de la noche. Volvió a sentarse triste y silencio en su poltrona. Hizo seña de que se sentaran a los dos recién llegados, y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—¿Sobre qué ciencia venís a consultarme?

—Reverendo sacerdote, me hallo enfermo, muy enfermo. Dicen que sois un gran Esculapio, y vengo a pediros un consejo de medicina.

—¿De medicina? —exclamó el arcediano. Quedó pensativo un rato, y luego añadió: —Volved la cabeza, y veréis mi respuesta escrita en la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau, y pudo leer esta inscripción: «*La medicina es hija de los sueños*. Jamblique».

Oyó el doctor Santiago Coictier la pregunta de su compañero con despecho, que aumentara la respuesta de Dom Claudio. Se acercó a Tourangeau, y le dijo al oído en voz baja, de manera que no pudiera oírle el arcediano: —Ya os advertí que estaba loco. ¡Os habéis empeñado en verle!

—Es que podría tener razón ese loco, doctor Santiago —le contestó el compadre con amarga sonrisa y también en voz baja.

—Como gustéis —le respondió Coictier con sequedad. Y luego habló al arcediano en voz alta:

—Pronto decidís, y con poco respeto tratáis a Hipócrates. ¡Conque es un sueño la medicina! Os apedrearían si os hubiesen oído los farmacopeos y los droguistas. ¡Negáis el influjo de los filtros en la sangre, y la de los ungüentos en la carne! ¡Negáis el poder de las flores y de los metales que se llama *mundo*, creado expresamente para el eterno enfermo que se llama *hombre*!

—No niego —repuso fríamente Dom Claudio—, ni la farmacia ni al enfermo; niego al médico.

—¿Luego, no es cierto —contestó acalorado Coictier— que la gota es un herpe interno, que se cura una llaga de artillería, aplicándola un ratón asado, y que la sangre joven, convenientemente infusa, comunica al anciano la perdida juventud? ¿No es cierto, como dos y dos son cuatro, que el emprostótonos sucede al opistótonos?

El arcediano repuso impasible:

—Hay algunas cosas sobre las que opino yo de cierto modo.

Coictier se puso rojo de cólera.

—Vamos, no os incomodéis, amigo Coictier —dijo Tourangeau—, que el arcediano es amigo nuestro.

Serenóse el doctor, refunfuñando:

—¡Si al fin y al cabo es un loco!

—Reverendo sacerdote —exclamó Tourangeau después de una pausa—, me placería mucho vuestra contestación, porque quería consultaros dos cosas, una relativa a mi salud, y la otra a mi estrella.

—Si esa idea os ha traído a mi celda, os pudisteis ahorrar la molestia de venir hasta aquí, porque yo ni creo en la medicina ni en la astrología.

—¡Qué decís! —exclamó el hidalgo asombrado.

Coictier sonreía con sonrisa forzada.

—Ahora os convenceréis de que está loco —murmuró en voz baja a Tourangeau—; ¡no cree en la astrología!

—Entonces, ¿en qué creéis? —preguntó al arcediano el compañero del doctor.

Permaneció Dom Claudio indeciso un momento, y luego, dejando escapar una sonrisa burlona, que parecía desmentir sus palabras, dijo:

—*Credo in Deum*.

—*Dominum nostrum* —añadió Tourangeau, haciendo la señal de la cruz.

—*Amén* —añadió además el doctor.

—Reverendo sacerdote —repuso el hidalgo—; me place ver que sois tan religioso; pero, ¿sois sabio hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No —contestó el arcediano, cogiéndole por el brazo, y un rayo de entusiasmo brilló en sus empañados ojos—; no, yo no niego la ciencia. No me he arrastrado tantos años boca abajo y con las manos en tierra por los rincones de la caverna, sin apercibir a lo lejos, ante mí, al fin de la oscura galería, una luz, una llama, un qué sé yo, reflejo, sin duda, del deslumbrador laboratorio central, en el que los tenaces y los sabios sorprendieron a Dios.

—¿Entonces, qué ciencia creéis verdadera y segura?

—La alquimia.

—¡Pardiez, la alquimia! —repuso Coictier—; y porque la alquimia es ciencia verdadera, ¿habéis de blasfemar de la medicina y de la astrología?

—¡Es vana la ciencia del hombre, y nula la ciencia del cielo! —exclamó el arcediano con energía.

—Eso es tratar con demasiada soberbia a Epidauro y a la Caldea —contestó el médico con sonrisa fisgona.

—Escuchadme, doctor, yo hablo de buena fe. No soy médico del rey, y este no me ha regalado el jardín Dédalo para observar desde él las constelaciones. No os enfadéis, y escuchadme. ¿Qué verdad habéis sacado, no de la medicina, que es por demás loca, sino de la astrología? Citadme sino las virtudes del bustrofedón vertical, los hallazgos del número Ziruf y los del número Zefirod.

—¿Negaréis —replicó Coictier— la fuerza simpática de la clavícula, y que de ella proviene la cabalística?

—Ninguna de vuestras fórmulas, señor doctor, conduce a la realidad, mientras la alquimia posee verdaderos tesoros. ¿Podéis dudar de los si-

guientes resultados? El hielo encerrado bajo tierra por espacio de mil años, se transforma en cristal de roca. El plomo es el abuelo de todos los metales (porque el oro no es un metal, el oro es la luz). El plomo necesita cuatro períodos, de doscientos años cada uno, para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del de arsénico rojo al de estaño, del de estaño al de plata. Esto son hechos. Pero creer en la clavícula, en la línea plena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, y los habitantes del Gran Cathay lo creen, que la oropéndola se convierte en topo, y los granos de trigo en peces del género ciprino.

—He estudiado la hermética —exclamó Coictier— y afirmo que…

El fogoso arcediano le interrumpió:

—Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética. Solo aquí se encierra la verdad (diciendo lo cual, tomó de encima del baúl una redoma llena de los polvos que antes citamos); solo aquí se halla la luz. Hipócrates es un sueño. Urania es un sueño. Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. Esta es la única ciencia. He sondeado la medicina y la astrología, y os digo que son nada, nada; el cuerpo humano solo ofrece errores, y los astros errores también.

Después de hablar así, cayó en su poltrona en actitud inspirada. El compadre Tourangeau le observaba silenciosamente. Coictier se esforzaba por sonreír; se encogía imperceptiblemente de hombros, y repetía en voz baja:
—¡Está loco!

—¿Habéis llegado a la meta mirífica? ¿Habéis hecho oro? —le interrogó súbitamente Tourangeau.

—Si lo hubiera hecho —respondió el arcediano, articulando con lentitud las palabras como quien reflexiona al hablar—, el rey de Francia se llamaría Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—¿Qué digo? —repuso Dom Claudio con fina sonrisa—, ¿qué me importaría el trono de Francia a mí, que podría reedificar el imperio de Oriente?

—Ya lo creo —repuso Tourangeau sonriendo.

—¡Pobre loco! —murmuró el doctor.

El arcediano prosiguió hablando, como si contestara a sus propios pensamientos.

—Pero no; yo aún me arrastro y aún tengo que desollarme la cara y las rodillas con los guijarros del camino subterráneo; entreveo, pero no contemplo; deletreo, pero no puedo leer.

—Cuando podáis leer, ¿haréis oro? —le preguntó el hidalgo.

—¿Quién lo duda?

—En tal caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo verdadera necesidad de dinero, y me convendría leer en vuestros libros. Confesádmelo, reverendo sacerdote, ¿vuestra ciencia no es enemiga de Nuestra Señora?

Dom Claudio se contentó con responder con serena altivez:

—¿De quién soy arcediano?

—Es cierto. ¿Queréis iniciarme en esa ciencia? ¿Queréis enseñarme a deletrear?

Tomando el sabio la actitud majestuosa y apostólica de un Samuel, le respondió:

—Anciano, se necesitan más años que los que os quedan de vida para emprender ese viaje al través del misterio; vuestra cabeza está ya muy gris; solo se sale de la caverna con los cabellos blancos, pero se entra en ella con los cabellos negros. La ciencia basta para arrugar y secar los semblantes humanos, sin necesidad de que la vejez le traiga rostros llenos de arrugas. Sin embargo, si queréis iniciaros en la disciplina a vuestra edad, y descifrar el terrible alfabeto de los sabios, venid y probaremos. No os diré, pobre anciano, que vayáis a visitar las mansiones sepulcrales de las pirámides de que habla Herodoto, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios caldeos, construidos según la forma sagrada de Sikra, ni el templo de Salomón, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya deshechas; nos contentaremos con los fragmentos del libro de Hermes, que tenemos aquí. Yo os explicaré la estatua de San Cristóbal, el símbolo del sembrador, el de los ángeles que están en la portada de la Santa Capilla, uno con la mano en un vaso, y el otro en una nube.

Al llegar a este punto el arcediano, Santiago Coictier, al que habían dejado fuera de combate las fogosas réplicas de Dom Claudio, le interrumpió con el tono triunfante de un sabio que enmienda a otro:

—*Erras, amice Claudi*. El símbolo no es lo mismo que número. Tomáis a Orfeo por Hércules.

—El errado sois vos —replicó gravemente el sacerdote—. Dédalo es el basamento, Orfeo es la muralla, y Hermes es el edificio, es el todo. Podéis volver cuando queráis —prosiguió dirigiéndose a Tourangeau—, y os enseñaré los residuos del oro que hay en el fondo del crisol de Nicolás Hamel, y los compararéis con el oro de Guillermo de París. Os mostraré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todo os haré leer todas las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Iremos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint-Jean, hasta la Santa Capilla; después a la casa de Nicolás Hamel, calle de Marivault; a su tumba, que está en los Santos Inocentes; a sus dos hospitales de la calle de Montmorency. También leeréis los jeroglíficos que cubren los grandes postes de hierro de la portada del Hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronnerie. Deletrearemos juntos, igualmente, las fachadas de Saint-Come, de Saint-Geneviève-des-Ardents, de Saint-Martín y de Saint-Jacques de la Boucherie.

Hacía ya buen rato que Tourangeau, a pesar de parecer inteligente, la expresión de su mirada parecía no comprender a Claudio, y por fin le interrumpió, preguntándole:

—¡Pardiez! ¿Qué diablos de libros son los vuestros?

—Ahora veréis uno de ellos —repuso el arcediano abriendo la ventana de la celda y señalándole la iglesia de Nuestra Señora, que destacaba en el cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su cima monstruosa, cual enorme esfinge de dos cabezas, sentada en medio de la ciudad.

El arcediano contempló silencioso largo rato el edificio gigantesco, suspiró, y, alargando la mano derecha hacia el libro impreso abierto sobre la mesa y la mano izquierda hacia Nuestra Señora, paseando las miradas tristes desde el libro a la iglesia, dijo:

—¡Ay! ¡Esto matará a aquello!

Coictier, que se acercó al libro con presteza, no pudo dejar de exclamar:

—¿Qué clase de libro es ese, que inspira semejantes temores? *Glossa in epistolas D. Pauli. Norimbergæ Antonius Koburger. 1474*. No es nuevo. Es un libro de Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias. ¿Lo decís porque está impreso?

—Sí, lo habéis acertado —le respondió Claudio, que estaba sumido en profunda meditación y permanecía en pie, apoyando el índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg.

Después de una pausa, añadió estas palabras misteriosas: —Las cosas pequeñas acaban con las grandes; un pico derriba una mole. El ratón del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata a la ballena, el libro mata al edificio.

La campana del silencio sonó en el momento en que el doctor Coictier repetía a su compañero, en voz baja, su eterno tema: «Está loco». A lo que esta vez respondió el compañero: «Creo que sí». Era la hora en que ningún extraño podía permanecer dentro del claustro. Los dos visitantes se retiraron.

—Reverendo sacerdote —dijo Tourangeau al despedirse del arcediano—; me placen los sabios y las grandes inteligencias, y os miro con sin igual aprecio. Acudid mañana al palacio de la Tournelle, y preguntad por el abad de Saint-Martín de Tours.

Volvió el arcediano atónito a su celda, al comprender, por fin, quién era el compadre Tourangeau, al recordar el pasaje del calendario de Saint-Martín de Tours: *Abbas beati Martini scillet rex France est canonicus de consuetudine et habet parvam præbendam quam habet sanctus Venantius et debet sendere in sede thesararii*.1

Afirmábase que desde esta época el arcediano tuvo frecuentes conferencias con Luis XI, cuando su majestad iba a París, y que el prestigio de Dom Claudio hacía sombra a Olier le Dain y a Santiago Coictier, el que a su modo reñía por esto al rey.

II. Esto matará a aquello

Nuestros lectores disimularán si nos detenemos un momento para examinar cuál pudiera ser el pensamiento que palpitaba tras las palabras enigmáticas del arcediano. *Esto matará a aquello*. *El libro matará al edificio*.

En nuestro concepto, su pensamiento tenía dos fases. Manifestaba el sobresalto del sacerdote ante un agente nuevo, ante la imprenta; el terror del hombre eclesiástico ante la prensa luminosa de Gutenberg; la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, la voz del profeta que oye ya hormiguear y hacer ruido a la humanidad emancipada, que ve en el porvenir la inteligencia minando a la fe, el argumento destronando a la creencia y al mundo sacudir el yugo de Roma; profecía de filósofo que ve el pensamiento humano, volatilizado por la prensa, evaporarse del recipiente teocrático; terror de guerrero, que examina el ariete de bronce, y dice: La torre caerá. El pensamiento del arcediano da a entender que un poder va a suceder a otro poder, esto es, que la prensa matará a la Iglesia.

Bajo este pensamiento, el primero y sin duda el más sencillo, se escondía otro, a nuestro parecer más nuevo, corolario del primero, no tan claro y más fácil de discutir; una apreciación filosófica, no solo de sacerdote, sino de sabio y de artista. El presentimiento de que el pensamiento humano, al mudar de forma, iba a mudar el modo de expresarla, y que la idea capital de cada generación no se escribiría ya con la misma materia y del mismo modo; que al libro de piedra, tan sólido y tan secular, iba a suceder el libro de papel, tan sólido y aún más duradero. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenía un segundo sentido; significaba que un arte iba a destronar a otro arte. Quería decir: la imprenta matará a la arquitectura.

En efecto, desde tiempos remotísimos hasta el siglo XV de la Era cristiana, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la expresión genuina del hombre en sus diversos estados de desenvolvimiento, ya como fuerza, ya como inteligencia.

Al sentirse abrumada la memoria de las primeras razas, cuando el bagaje de los recuerdos del género humano llegó a ser tan grave y tan confuso que la palabra, desnuda y volátil, corrió peligro de perderse en el camino, fue

preciso escribirlos en piedra del modo más visible, más durable y más natural al mismo tiempo; fue preciso sellar cada tradición en un monumento. Los primeros monumentos fueron nada más que fragmentos de rocas, *que aún no habían tocado el hierro*, como dice Moisés. La arquitectura comenzó como las escrituras, por ser alfabeto; poníase una piedra en pie, y era una letra, y cada letra era un jeroglífico, luego en cada jeroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: así lo hicieron las razas primitivas en todas partes y en el mismo momento por la superficie del mundo entero. Se encuentra la *piedra levantada* de los celtas tanto en la Siberia de Asia como en las pampas de América.

Más tarde se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el verbo probó variadas combinaciones. El dolmen y el cromlech celtas, el túmulo etrusco y el galgal hebreo son palabras. Algunas, y especialmente los túmulos, son nombres propios. Algunas veces, cuando los hombres tenían mucha piedra y vasta playa, escribían una frase; el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una frase completa.

Finalmente hiciéronse libros. Las tradiciones produjeron los símbolos, bajo los que aquellas desaparecían como el tronco bajo la hojarasca; todos aquellos símbolos, en los cuales tenía fe la humanidad, iban aumentando, multiplicándose y complicándose más cada vez: los primeros monumentos no bastaban ya para contenerlos, rebosando por doquier; estos monumentos expresaban apenas la tradición primitiva, como ellos desnuda, sencilla y postrada. El símbolo necesitaba explayarse en el edificio. Entonces se desarrolló la arquitectura con el pensamiento humano, llegó a ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó, dándole forma duradera, visible y palpable, todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, medía; mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba; la columna, que es una letra; el arco, que es una sílaba; la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento a la par, por una ley de geometría y por una ley de poesía, se agrupaban y amalgamaban, bajaban, subían y se juntaban en el suelo, escalonándose hacia el cielo, hasta escribir, por influjo de la idea general de una época, esos libros maravillosos, que eran también maravillosos monumentos, como la pagoda de Eklinga, el Rhamseion de Egipto y el templo de Salomón.

La idea matriz aparecía, no solo en el fondo de aquellos edificios, sino también en la forma: el templo de Salomón, por ejemplo, no era solamente

la encuadernación del libro santo, sino el mismo libro; en cada uno de sus recintos concéntricos podían leer los sacerdotes la idea, traducida y expuesta a la vista, y seguían de este modo sus transformaciones de santuario en santuario, hasta poder apreciarlo en su última expresión, bajo la forma más concreta que ofrecía entonces la arquitectura, el arco. El verbo estaba, pues, encerrado en el monumento, pero su imagen estaba sobre su envoltura, como la figura humana sobre el ataúd de una momia.

No solamente la forma de los edificios, sino también el lugar de su emplazamiento, revelaba el pensamiento que representaban. Según era alegre o sombrío el símbolo que quería expresar la Grecia, coronaba sus montañas de un templo placentero a la vista, y la India abría el seno de las suyas para abrir en él sus disformes pagodas subterráneas, sostenidas por gigantescas moles de elefantes de granito.

Durante los seis mil años primeros del mundo, desde la pagoda más vieja del Indostán, hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido el gran libro del género humano; y es tan verdad esto, que no solo los símbolos religiosos, sino todo el pensamiento humano tienen su página grabada en él y su monumento.

Todas las civilizaciones comienzan por la teocracia y concluyen por la democracia; esta ley, de que la libertad sucede a la unidad, está escrita en la arquitectura, pues insistimos en que no se debe creer que las construcciones hayan servido solo para edificar templos, para expresar el mito y el simbolismo sacerdotal y para transcribir por medio de jeroglíficos en sus páginas de piedra las tablas misteriosas de la ley; si así fuese, cuando llega en las sociedades humanas el momento en que el símbolo sagrado se gasta y consume bajo el peso del libre examen, en el que el hombre se substrae al sacerdote, en el que la excrecencia de las filosofías y de los sistemas roe la faz de la religión, la arquitectura no podría reproducir el nuevo estado del espíritu humano; sus hojas, escritas por una sola cara, estarían en blanco por el dorso; su obra quedaría truncada; pero no ocurre así.

Estudiemos, por ejemplo, la Edad Media, que es la que conocemos mejor, porque está más cerca de nosotros. Durante su primer período, mientras la teocracia organiza Europa, mientras el Vaticano reúne y clasifica en torno suyo los elementos de una Roma formada de la Roma que yace derruida alrededor del Capitolio; mientras el cristianismo va buscando entre los es-

combros de la civilización anterior todos los pisos de la sociedad, y reconstituye con sus ruinas nueva escala jerárquica, cuya clave es el sacerdocio, se oye primero germinar en aquel caos, luego se ve poco a poco, al soplo del cristianismo y por la mano de los bárbaros, surgir de entre las ruinas de las arquitecturas griega y romana, arquitecturas muertas, la misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema propio del catolicismo puro, inmutable y jeroglífico de la unidad papal.

El pensamiento de aquella etapa está escrito todo él con el sombrío estilo bizantino; expresa todo él la autoridad, la unidad, la firmeza, el absolutismo de Gregorio VIII; en todas partes se ve al sacerdote, en ninguna al hombre; siempre la casta y nunca el pueblo. Empero llegan las cruzadas, que fueron un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, sea cual fuere su causa y su objeto, desprende siempre, de su último precipitado, el espíritu de libertad. Aparecen en el mundo grandes novedades. Se abre el período agitado de las Jacqueries, o sea de las ligas y de las asociaciones. La autoridad flaquea, la unidad se bifurca; el feudalismo quiere repartir el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo (que inevitablemente llegará), y que, como el león, tomará para sí la mejor parte, *quia nominor leo*. El señorío ábrese paso entre el sacerdocio, y los concejos entre el señorío feudal. Se cambia la faz de Europa; la faz de la arquitectura se cambia también. Como la civilización, ella vuelve la hoja, y el espíritu nuevo de los tiempos la encuentra dispuesta a escribir lo que él dicte. La arquitectura vuelve de las Cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad. Entonces, al paso que Roma se desmembra poco a poco, la arquitectura sajona muere. El jeroglífico desaparece de la catedral, y va a blasonar el castillo para dar prestigio al feudalismo; la catedral, edificio antes tan dogmático, invadido sucesivamente por el estado llano y por la libertad, se escapa del sacerdote y cae en poder del artista, y el artista la construye a su gusto: al misterio, al mito y a la ley, suceden la fantasía y el capricho. Con tal de que el sacerdote posea su basílica y su tabernáculo, no debe quejarse; las paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no es ya propiedad exclusiva del sacerdocio, ni de la religión, ni de Roma; pertenece ya a la imaginación, a la poesía y al pueblo, y de aquí provienen las rápidas y variadas transformaciones de aquella arquitectura que solo tiene tres siglos tan sorprendentes, después de la paralización de la arquitectura bizantina, que cuenta seis o siete. El arte entre tanto marcha a pasos de gigante. El genio y la originalidad populares

proceden como procedían los obispos. Cada raza, al pasar, escribe su línea en el libro, tacha los antiguos jeroglíficos en el frontispicio de las catedrales, y apenas se ve de vez en cuando sacar la cabeza al dogma por el nuevo símbolo que le cubre; el ropaje popular deja adivinar apenas la armazón religiosa. Difícil es tener idea de las licencias que se toman los arquitectos, hasta con la Iglesia; ya la adornan con capiteles llenos de frailes y de monjas vergonzosamente emparejados, como en la sala de las chimeneas del palacio de Justicia de París; ya representan la aventura de Noé, esculpida *con todas sus letras*, como en la gran portada de Bourges; ya esculpen un fraile borracho, con orejas de asno y con el vaso en la mano, riéndose en las narices de toda la comunidad, como sobre el altar de la abadía de Bocherville. Existía en aquella época, para el pensamiento escrito en piedra, un privilegio comparable a la libertad actual de imprenta, y era el de la libertad arquitectónica. Esta libertad se extremó mucho en ocasiones; algunas veces una portada, una fachada, una iglesia entera presentaban un sentido simbólico por completo extraño al culto y hasta hostil a la Iglesia. En el siglo XIII, Guillermo de París, y en el XV, Nicolás Hamel, escribieron esas páginas sediciosas. Saint-Jacques de la Boucherie era una iglesia de oposición.

Entonces el pensamiento solo era libre de este modo: Escrito en los libros de piedra llamados edificios: bajo la forma de manuscritos, le hubiera quemado en la plaza pública la mano del verdugo, y si así se hubiese atrevido a presentarse, el pensamiento-fachada de iglesia hubiera presenciado el tormento del pensamiento-libro. No teniendo más que aquella forma para darse a conocer, se asió a ella, y de esto provino la inmensa cantidad de catedrales que llenaron Europa. Las fuerzas materiales y las fuerzas intelectuales de la sociedad convergían en el mismo punto, en la arquitectura, y so pretexto de levantar templos para el culto de Dios, el arte se desarrollaba en proporciones magníficas.

El que entonces nacía poeta, se dedicaba a arquitecto. El genio innato en las masas, comprimido por todas partes, bajo el feudalismo como bajo un *testudo* de broqueles de bronce, se revelaba por este arte, y sus iliadas tomaban la forma de catedrales. Las demás artes obedecían a la arquitectura; eran obreras de la gran obra. El arquitecto, el poeta, el maestro, totalizaban en su persona la escultura que le cincelaba las fachadas, la pintura que le iluminaba los vidrios, la música que armonizaba las campanas y soplaba los órganos; hasta la pobre poesía, propiamente dicha, que se obstinaba en ve-

getar en los manuscritos, se vio precisada, para ser algo, a amoldarse al edificio bajo la forma de himno o de *prosa*; a hacer el mismo papel, después de todo, que desempeñó en las tragedias de Esquilo, en las fiestas sacerdotales de la Grecia y en el Génesis en el templo de Salomón.

La arquitectura, pues, fue hasta Gutenberg, la esencial escritura, la escritura universal. En su libro granítico, que comenzó el Oriente y continuó la antigüedad griega y romana, la Edad Media escribió la última página. El fenómeno de la arquitectura del pueblo sucediendo a la arquitectura de la casta, que hemos estudiado en la Edad Media, se reproduce en todo movimiento análogo en la inteligencia humana durante las otras grandes épocas de la historia. Presentaremos ejemplos para enunciar aquí sumariamente una ley que necesitaría volúmenes enteros para desarrollarse. En el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, después de la arquitectura india, sucédese la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, después de la arquitectura egipcia, de la que solo es una variedad el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos, la arquitectura griega, cuyo estilo romano solo es una prolongación recargada de la bóveda cartaginesa; y en los tiempos modernos, después de la arquitectura bizantina, la arquitectura gótica. Desdoblando las tres series, se comprenderá que las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la egipcia y la bizantina, poseen el mismo símbolo; es decir, la teocracia, la raza, la unidad: el dogma, el mito, Dios; que las tres hermanas segundas, la arquitectura fenicia, la griega y la gótica, poseen también la misma significación, es su símbolo la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámese bramín, mago o papa, en las construcciones indias, egipcias o romanas, siempre se ve al sacerdote y solamente al sacerdote; no ocurre así en las arquitecturas del pueblo; son más ricas y menos santas. En la arquitectura fenicia, se trasluce el espíritu del mercader, en la griega el del republicano, y en la gótica el del ciudadano.

Los caracteres distintos de la arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el horror al progreso, la conservación de las líneas tradicionales, la consagración de los tipos primitivos, la sumisión persistente de todas las formas del hombre y de la Naturaleza, a los caprichos incomprensibles del símbolo; son libros misteriosos que solamente los iniciados saben descifrar, pero en ellos toda forma, más diremos, toda deformidad tienen un símbolo que la hace inviolable. No pidáis a las construcciones india, egipcia y bizantina

que reformen su traza o que mejoren sus estatuas; les está vedado dar un solo paso hacia la perfección: en dichas arquitecturas parece que la inflexibilidad del dogma extienda sobre la piedra una segunda petrificación. Los caracteres generales de las construcciones populares son la variedad, el progreso, la originalidad y el movimiento perpetuo; están ya bastante separadas de la religión para pensar en su belleza, para cuidar y para corregir a cada paso sus adornos de estatuas y de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano, que mezclan sin cesar con lo divino, y de aquí provienen los edificios penetrables para toda alma, para toda inteligencia y para toda imaginación, simbólicos todavía, pero fáciles de comprender, como la Naturaleza. Entre esta y la arquitectura teocrática existe igual diferencia que entre una lengua sagrada y una lengua vulgar: la diferencia del jeroglífico del arte, y de Salomón a Fidias.

Resumiendo sumariamente cuanto venimos indicando, deduciremos que la arquitectura fue hasta el siglo XV el registro principal de la humanidad; que en todo ese transcurso de tiempo no apareció en el mundo un solo pensamiento algo complicado que no se grabase en un edificio; que lo mismo las ideas populares que las religiosas tuvieron sus monumentos; que el género humano, en una palabra, no pensó nada trascendental, que no lo escribiera en piedra. ¿Y por qué? Porque todo pensamiento, sea religioso o filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que agitó a una generación, quiere agitar a las siguientes, y dejar huellas de su paso. Era inmortalidad muy precaria la del manuscrito, y un edificio es un libro mucho más firme, más durable y más resistente. Para destruir la palabra escrita, basta una tea y un turco; para destruir la palabra construida, es necesario una revolución social o una revolución terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el Coliseo, y el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo XV todo cambia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse, no solo más duradero y más sólido que la arquitectura, sino también más sencillo y más fácil; un medio que destrona a la arquitectura; a las letras de piedra de Orfeo, van a suceder las letras de plomo de Gutenberg. *El libro va a matar al edificio*.

La invención de la imprenta es el más grande acontecimiento de la historia. Es la revolución madre; es el símbolo de la expresión de la humanidad

que se renueva por completo; es el pensamiento humano, que se despoja de una forma y adopta otra; es el cambio de piel radical y definitivo de la serpiente simbólica, que desde Adán representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa, el pensamiento es más imperecedero que nunca, más espiritual, impalpable e indestructible, porque se mezcla con el aire. En los tiempos de la arquitectura, se hacía montaña y se apoderaba de un siglo y de un trozo de tierra: ahora se hace bandada de pájaros, que se esparce por los cuatro vientos y ocupa a la vez todos los puntos del aire y del espacio.

¿Quién no comprende que de este modo el pensamiento es más indeleble? De inerte que era se ha convertido en vívido, pasando de la duración a la inmortalidad. Se puede derribar una mole, pero ¿cómo extirpar la ubicuidad? Sobreviene un diluvio, y cuando las montañas hayan ya desaparecido debajo de las olas, los pájaros volarán aún, y si una sola arca flota sobre la superficie del cataclismo, se posarán sobre ella, sobrenadarán con ella, y asistirán con ella al descenso de las aguas, y el nuevo mundo que salga de ese caos, verá, al despertar, cernerse sobre él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido. Cuando se recapacita que ese sistema de expresión es, no solo el más duradero, sino el más sencillo, el más cómodo, el más práctico de todos; cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa gran espacio; cuando el pensamiento, que se ve obligado, para traducirse en un edificio, a poner en movimiento cuatro o cinco artes y montones de oro, todo un bosque de madera, toda una montaña de piedra, todo un pueblo de operarios, se compara con el pensamiento que se hace libro y al que le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿quién se asombrará de que la humanidad abandone la arquitectura por la imprenta? Interceptad bruscamente el lecho primitivo de un río o de un canal abierto debajo de su nivel, y el río desertará de su cauce.

Así puede observarse que desde el descubrimiento de la imprenta, la arquitectura se deseca poco a poco, se atrofia y se despoja. Se nota que el agua baja, que la savia desaparece y que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella. La declinación es casi insensible en el siglo XV; la prensa es demasiado débil aún, y chupa solo de la poderosa arquitectura la superabundancia de vida. Pero desde el siglo XVI es visible la enfermedad de la arquitectura; no traduce ya bien a la sociedad, y se ve reducida a convertirse en miserable arte clásico; era gala, europea e indígena, y se convierte en griega y en romana; era veraz y moderna, y se vuelve pseudo-

antigua. A su decadencia se llamó el Renacimiento; decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo genio gótico, aquel sol que se pone detrás de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra aún durante algún tiempo con sus últimos rayos por el hacinamiento híbrido de arcos latinos y columnatas corintias. Es una puesta de sol que hemos confundido con una aurora.

Desde el momento que la arquitectura solo es un arte como otro cualquiera, desde que no es el arte único, el arte soberano, el arte tirano, carece ya de fuerza para detener a las demás artes, y se emancipan, rompiendo el yugo del artífice, y se van cada una por su parte. Todos ganan con este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo: la escultura se traduce en estatuaria, la iluminación en pintura, el canon en música, como un imperio que se dividiera a la muerte de su Alejandro y sus provincias se convirtiesen en reinos. De esta división nacen Rafael, Miguel Ángel, Juan Goujon y Palestina, sublimes resplandores del siglo XVI.

Al mismo tiempo que las artes, el pensamiento se emancipa por doquier. Los heresiarcas de la Edad Media habían hecho profundas mellas en el catolicismo. El siglo XVI rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma solo hubiera sido un cisma; la imprenta lo convierte en revolución; sin la imprenta, la herejía hubiera abortado. Que este hecho sea funesto o providencial, siempre será Gutenberg el precursor de Lutero.

Cuando se eclipsa por completo el sol de la Edad Media, a medida que el genio gótico muere para el arte, la arquitectura se marchita, perdiendo el color y consumiéndose poco a poco. El libro impreso, gusano roedor del edificio, la chupa y la devora, y ella se deshoja y enflaquece visiblemente, y es mezquina y pobre, y no expresa nada, ni aun el recuerdo de arte de otros tiempos. Reducida a sí misma, abandonada de las demás artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre a albañiles a falta de artistas; el vidrio blanco sustituye al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y de esta guisa desaparece la savia, la originalidad, la inteligencia y la vida. Se arrastra, miserable mendiga del arte, de copia en copia. Miguel Ángel, que desde el siglo XVI la veía acaso morir, le ocurrió la última idea, idea de desesperación: aquel Titán del arte hacinó el Panteón sobre el Parthenón, e hizo el San Pedro de Roma; obra colosal, que merecía ser única, última originalidad de la escultura, la firma de un artista gigante al pie del colosal registro que terminaba. Muerto Miguel Ángel, ¿qué hace esa mísera arquitectura que se sobrevive a sí misma en el estado de espectro y de sombra? Toma el

San Pedro de Roma, y le calca y le parodia; verdadera manía que da grima. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma: en el siglo XVII, el de Val de Grâce, en el XVIII, el de Santa Genoveva. Cada país tiene su San Pedro de Roma: Londres y San Petersburgo tienen el suyo; París tiene dos o tres: testamento mediocre, última chochez de un arte que recae en la infancia antes de morir.

Si en lugar de los monumentos característicos que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII observamos los mismos fenómenos de decadencia y de tisis. Desde Francisco II la forma arquitectónica del edificio se va borrando cada día más y dejando entrever la forma geométrica, como el esqueleto al enfermo flaco. A las hermosas líneas del arte suceden las frías y precisas líneas del geómetra; el edificio ya no es edificio, es un poliedro. La arquitectura lucha en vano por ocultar su desnudez; el frontis griego se inscribe en el frontis romano y viceversa; siempre el Panteón en el Parthenón, siempre se reduce San Pedro de Roma. Observad las casas de ladrillo de Enrique IV con esquinas de piedra, la Plaza Real, la del Delfín. Observad las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, cargadas con un cimborio, como con una joroba. Observad la arquitectura mazzarina, el ridículo *pastucho* italiano de las Cuatro-Naciones. Ved los palacios de Luis XIV, que son vastos cuarteles para cortesanos, serios, glaciales, fastidiosos. Ved, en fin, los edificios de Luis XV con las escarolas y los fideos y todas las verrugas y lacras que desfiguran a la vieja arquitectura, ya caduca, sin dientes y coqueta. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresión inexorable; al arte solo le queda ya la piel sobre los huesos y agoniza miserablemente.

¿Qué ocurre en tanto a la imprenta? Toda la vida que huye de la arquitectura se acumula en ella; a medida que la arquitectura termina, la imprenta se vitaliza y crece. El capital de fuerza que el pensamiento humano gastaba en monumentos lo gasta ahora en libros; y ya desde el siglo XVI la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura, que va degenerando, lucha con ella y la mata. En el siglo XVII ya es bastante victoriosa y bastante soberana para poder ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el siglo XVIII, después de descansar largo tiempo en la corte de Luis XIV, recoge la vieja espada de Lutero, arma con ella a Voltaire y acude intrépida a atacar a la antigua Europa, de la que ya ha matado la expresión arquitectural.

En el momento en que termina el siglo XVIII lo ha destruido ya todo: el siglo XIX lo empleará en reedificar.

Y ahora preguntamos: ¿cuál de las dos artes representa realmente desde hace tres siglos el pensamiento humano? ¿Cuál le interpreta mejor, cuál expresa, no solo sus manías literarias y escolásticas, sino su vasta, profunda y universal evolución? ¿Cuál se sobrepone constantemente, sin ruptura, sin vacíos, al género humano, monstruo que camina con mil pies? ¿La arquitectura o la imprenta? La imprenta.

No hay que formarse ilusiones: la arquitectura ha muerto para siempre, porque la mata el libro impreso, porque no dura tanto y es más cara que este. Cada catedral representa mil millones; imagínese ahora qué depósito de fondos se necesitaría para trazar de nuevo el libro arquitectónico, para hacer hormiguear otra vez sobre el suelo millares de edificios, para volver a aquellos tiempos en que era tal el número de monumentos, que, según dice un testigo ocular, «parecía que el mundo, removiéndose, había sacudido sus viejas vestiduras para cubrirse con un blanco ropaje de iglesia» (Glaber Radulphus).

Un libro se imprime pronto, cuesta poco y anda mucho; ¿cómo extrañar que el pensamiento humano se deslice por esa pendiente? No es esto decir que la arquitectura no construya aún aquí y allá un hermoso monumento o una obra prodigiosa aislada; es posible que alguna vez, durante el reinado de la imprenta, tengamos alguna columna hecha de cañones2, como existieron durante el reinado de la arquitectura Ilíadas y Romanceros, Mahabáratas y Nibelungos, escritos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y refundidas. Podrá tener el siglo XX el fenómeno de un arquitecto de genio, como el siglo XIII tuvo al Dante; pero la arquitectura no será ya el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Si de hoy en adelante la arquitectura resucitase, no sería ya soberana; tendría que recibir las leyes de la literatura, como esta las recibía de aquella en viejas épocas. Las posiciones respectivas de las dos artes se han trocado. Verdaderamente en los tiempos arquitectónicos, los poemas, raros entonces, se parecían a los monumentos. En la India, Vyasa es vano, singular e impenetrable como una pagoda; en el Oriente egipcio, la poesía conserva, como los edificios, grandeza y tranquilidad de líneas; en la Grecia antigua, la be-

lleza, la serenidad y la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fe popular, la rica y lujuriosa vegetación de una época de renovación. La Biblia se asemeja a las pirámides, la Ilíada al Parthenón, Homero a Fidias. El Dante es en el siglo XIII la última iglesia bizantina, y Shakespeare, en el siglo XVI, es la última catedral gótica.

De modo que, resumiendo lo que hemos dicho hasta aquí de una manera incompleta y truncada, el género humano ha tenido dos libros, dos códices, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cuando se contemplan las dos Biblias, tan abiertas durante los siglos, echamos de menos con pesar la majestad visible de la escritura de granito, los gigantescos alfabetos, formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos, en esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide hasta el campanario, desde Chéops a Strasburgo. Es preciso leer el pasado en esas páginas de mármol, es preciso admirar y hojear continuamente el libro escrito por la arquitectura; pero es preciso también concederle toda su grandiosidad al edificio que a su vez levanta la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué estadístico ha calculado que, poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Gutenberg, se llenaría el espacio que media de la tierra a la luna; pero no es de esta clase de grandeza de la que nos ocupamos ahora. Cuando se trata de crear en el pensamiento una imagen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros días, este conjunto se nos antoja como una inmensa construcción apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya cabeza disforme se pierde en las brumas profundas del porvenir. La imprenta es el hormiguero de las inteligencias, es la colmena, a la que las mentes, abejas doradas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Aquí y allá se ven desembocar por sus pendientes las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. Por todas partes, en su superficie, hace brillar el arte a la vista de sus arabescos, sus rosetones y sus encajes; allí, cada obra individual, por extraña y aislada que aparezca, tiene su sitio y su salida. La armonía consiste en el conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en aquella metrópoli del pensamiento universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos, que no apuntara la arquitectura; a la izquierda de la entrada han sellado el antiguo bajo-relieve en mármol blanco

de Homero, a la diestra la Biblia políglota, levantando sus siete cabezas; la Hidra del Romancero se eriza más allá, lo mismo que las formas híbridas de los Vedas y de los Nibelungos. Pero el prodigioso edificio continúa siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira incesante todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra; todo el género humano labora para ella; cada espíritu es un alarife; el más humilde tapa un agujero o pone una piedra. Retif de la Retone lleva su capazo de argamasa. Con independencia de la parte original e individual de cada escritor, aportan a la obra contingentes colectivos. El siglo XVIII aporta la *Enciclopedia* y la Revolución el *Moniteur*.

Es también una construcción que crece y se amontona en espirales sin fin; en ella hay igualmente confusión de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurso persistente de la humanidad entera; es el asilo prometido a la inteligencia para librarse de otro diluvio y de otra irrupción de bárbaros; es la segunda torre de Babel del género humano.

---

1. El abad de San Martín de Tours, esto es, el rey de Francia, es habitualmente canónigo y tiene una pequeña prebenda, como la de San Venancio, debiendo además sentarse en la silla del tesorero.

2. Alusión a la columna Vendome, que hizo construir Napoleón I.

Libro sexto

I. Ojeada imparcial sobre la antigua magistratura

Era un feliz personaje en el año de gracia de 1482 el noble caballero Roberto de Estonteville, señor de Reine, barón de Ivri y de Saint-Andry en la Marca, consejero y gentilhombre del rey y guarda del Prebostazgo de París. Transcurrieron diecisiete años desde que recibió el rey, en 7 de noviembre de 1465 el año del cometa,[1] el destino de preboste de París, que estaba considerado más como un señorío que como un empleo; *dignitas*, dice Juan Lœmnœus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernente, atque prærogativis multis et juribus conjuncta est*. No era común que en 1482 admitiese destinos del rey un gentilhombre cuyos pergaminos se remontaban a la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el bastardo de Borbón. El mismo día que Roberto de Estonteville sucediera a Santiago de Villiers en el Prebostazgo de París, maese Juan Danvet sucedía al señor Elías de Thorettes en la primera presidencia de la sala del Parlamento, Juan Jouvenel des Ursins reemplazaba a Pedro de Morvillers en el destino de canciller de Francia, y Regnault des Dormans reemplazaba a Pedro Puy en el cargo de relator ordinario del Consejo de la real Casa. Habían cambiado muchas veces de personaje la Presidencia, la Cancillería y el Maestrazgo desde que Roberto de Estonteville fuera preboste de París. El Prebostazgo *se recomendó a su guarda*, como rezaban las credenciales, y ciertamente lo guardaba bien: tan asido le tenía, tan identificado estaba con él, que pudo sortear

la furia de cambios que poseía Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo, que se complacía en contrastar por medio de instituciones y de revocaciones la elasticidad de su poder: no solo se había apoderado del Prebostazgo para siempre, sino que el digno caballero logró obtener para su hijo que le heredara en su cargo; y hacía ya dos años que el nombre del caballerizo Santiago de Estonteville figuraba junto al suyo, a la cabeza del registro del ordinario del Prebostazgo de París; extraño e insigne fue este favor que alcanzó. Verdad es que Roberto de Estonteville era un fiel soldado, que como leal caballero había enarbolado el pendón contra *La Liga del bien público*, y que regalara a la reina un magnífico ciervo en confitura el día de su entrada en París. Contaba además con la amistad de Tristán l'Hermite, preboste de los mariscales de la real Casa. Gozaba, pues, dulce y apacible vida el personaje de que nos ocupamos. Cobraba muchos emolumentos, a los que se agregaban y colgaban, como nuevos racimos de su viña, las rentas de las escribanías civil y criminal del Prebostazgo, las rentas civiles y criminales de las auditorías de Embas y del Chatelet, amén de los productos del portazgo del puente de Mantes y el de Corbeil y otros varios beneficios. Añádase a esto el placer de ostentar en las cabalgatas urbanas, haciendo resaltar, sobre las togas encarnadas y atabacadas de los regidores, su brillante armadura guerrera, que aun podemos admirar esculpida en la abadía de Valmont, en la Normandía. Añádase también la supremacía que disfrutaba sobre los alabarderos de la Docena, sobre el conserje, el alcaide y los oidores del Chatelet; sobre los dieciséis comisarios de los dieciséis cuarteles, sobre el carcelero del Chatelet, sobre los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros de caballería, los ciento veinte maceros de vara y el caballero de la ronda. Disfrutaba además el feliz preboste del derecho de ejercer alta y baja justicia, del derecho de dar tormento, ahorcar y decapitar (sin contar la jurisdicción de menor cuantía de primera instancia) en todo el vizcondado de París, que estaba dotado de siete nobles bailías. Era de su incumbencia proveer autos y dictar sentencias en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, e ir, como tenía por costumbre todas las noches, a la primorosa mansión situada en la calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que recibió en dote de su mujer, la señora Ambrosia de Loré, a descansar de la fatiga que le causara haber enviado a algún pobre diablo a pasar la noche «al pequeño tugurio de la calle de la Escorcherie, que hacían servir de prisión los prebostes y los regidores de París, prisión que tenía la longitud de once pies y otros tantos de altura».

No solamente tenía el señor Roberto de Estonteville su justicia particular de preboste y de vizconde de París, sino que gozaba parte, y no pequeña, en la justicia del rey. No había cabeza encopetada que no hubiese pasado por sus manos antes de pasar por las del verdugo. El saco de la Bastilla de San Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados a M. de Nemours, para llevar a la Grève a M. Saint-Pol.

Todo lo dicho basta para constituir una existencia ilustre y feliz y para merecer un día una página notable en la veraz historia de los prebostes de París, en la que se lee que Oudard de Villeneuve tenía una casa en la calle de las Boucheries; que Guillermo de Hangast compró la grande y la pequeña Saboya; que Guillermo Thiboust dio a las religiosas de Santa Genoveva sus moradas de la calle de Clopin, y que Hugo Aubriot habitaba en el palacio del Puerco-espín, y cosas tan interesantes como las citadas.

A pesar de tantas razones para pasar la vida con paciencia, y hasta con alegría, el señor Roberto de Estonteville se despertó la mañana del 7 de enero de 1482, muy mohino y con humor detestable. ¿Por qué tenía mal humor? Él mismo lo ignoraba. ¿Porque estaba el cielo nublado? ¿Porque la hebilla de su cinturón de Montlhery le apretaba en demasía y le ceñía militarmente el corpachón de preboste? ¿Por qué había visto pasar por la calle y bajo su ventana una pandilla de granujas que le hacían burla, formados de cuatro en cuatro, sin sombrero y con botellas en la mano? ¿Porque temía que el futuro rey Carlos VIII debía substraer de las rentas del Prebostazgo trescientas setenta libras, dieciséis sueldos y ocho dineros? Podemos elegir entre esas explicaciones; mas nos inclinamos a creer sencilla y llanamente que estaba de mal humor porque… estaba de mal humor.

Era, además, al otro día de una fiesta, día festivo para todos y con especialidad para el magistrado, que asumía el encargo de barrer las inmundicias (en el sentido propio y en el figurado) que deposita una fiesta en París. Además, debía celebrarse sesión en el Gran Chatelet. Hemos observado que los jueces, generalmente, procuran que su día de audiencia sea también su día de mal humor, con la idea de tener sobre quién descargar cómodamente el peso de la ley y la justicia en nombre del rey.

La audiencia, entre tanto, había empezado sin él: sus tenientes en lo civil, en lo criminal y en lo personal suplían su ausencia, como es uso y costumbre; desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres,

apiñados en un oscuro rincón del tribunal de Embas del Chatelet, entre la maciza barrera de madera y la pared, asistían con júbilo al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal que administraba Florián Barbedienne, oidor del Chatelet, teniente del preboste.

La sala era reducida, baja y abovedada. Había en el fondo una mesa flordelisada, junto a un gran sillón de encina esculpida, que correspondía al preboste, vacía a la sazón, y un banquillo a la izquierda, para el oidor maese Florián. Junto a este estaba el escribano escribiendo; enfrente, el pueblo: delante de la mesa y ante la puerta numerosos alabarderos del Prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas sobre el pecho. Dos maceros del Parloir-aux-Bourgeois, vestidos con chaquetillas mitad coloradas y mitad azules, hacían centinela ante una puerta baja y cerrada, que se veía en el fondo, detrás de la mesa. Una sola ventana ojival, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con luz pálida dos formas grotescas: el caprichoso demonio esculpido en la clave de la bóveda, y el juez, sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

Figurémonosle en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los pies entre la cola de la toga de paño pardo; el rostro entre el forro de piel de cordero blanco, a la que parecían pertenecer también sus cejas, rojo, hosco, guiñando el ojo, llevando con majestad la grasa de sus carrillos, que se le juntaban bajo de la barba: tal era maese Florián Barbedienne, oidor del Chatelet.

Es de advertir que este oidor era sordo, leve defecto para un oidor; mas no por eso dejaba de sentenciar congruamente y sin apelación. Basta que un juez parezca escuchar, y el venerable oidor llenaba perfectamente esta condición, la única esencial para la buena justicia, porque ningún ruido podía distraer su atención.

Había entre el auditorio un desapiadado fiscal de sus gestos y de sus hechos, y este era nuestro amigo Juan Frollo del Molino, el estudiantillo de ayer, el corre-calles, que se le podía encontrar en todas partes, menos en la cátedra.

—Mira —le dijo en voz baja a su compañero Robin Poussepain, que se reía a su lado de las escenas que aquel comentaba—; ahí viene Juanita del Buisson, la hermosa hija del haragán del Mercado Nuevo.

—¡A fe mía que ese viejo la va a condenar, porque tiene tan dañada la vista como el oído! ¡Quince sueldos y cuatro dineros parisíes por haber echado dos Padre Nuestros! Eso es demasiado caro. ¿Quién es aquel? Robin Chief-de-Ville, el posadero. Por haber sido examinado y nombrado maestro en susodicho oficio, paga el derecho de entrada. ¡Hola! Dos caballeros entre una turba de villanos, Aiglet Soins, Hutin de Mailly. ¡Dos escuderos, *Corpus Christi*! Han jugado a los dados. ¿Cuándo harán venir también nuestro rector? ¡Cien libras parisíes de multa! Consiento en ser mi hermano el arcediano, si eso me impide jugar de día y de noche, vivir y morir del juego y jugarme el alma después de perder hasta la camisa. ¡Virgen santa! ¡Qué tropa de muchachas! ¡Mis ovejas! ¡Ambrosia Lecuyére, Isabel la Paynette, Berarda Gironin! ¡Pardiez! ¡A todas las conozco! ¡Que paguen el multazo, eso las enseñará a usar cinturones dorados2! El pícaro, viejo, sordo y pollino de Florián, sentado ante la mesa, come con las causas, come con los procesos; come, masca, se atraganta y se hincha. Las multas, los propios y arbitrios, las costas perjuicios e indemnizaciones, cárcel, calabozos y cepos, son para él puches de Nochebuena y bizcochos de San Juan. ¡Muy bien! ¡Aquí viene otra amorosa! Thibaud-la-Thibaude, ni más ni menos. Multa por haber salido de la calle de Glatigny. ¿Quién es aquel? Giefroy Mabonne, soldado ballestero, por haber blasfemado del nombre de Dios. ¡Multa a la Thibaud y multa a Giefroy! ¡Viejo sordo! Apuesto lo que quieran a que ha embrollado las dos causas y a que hace pagar el terno a la muchacha y el amor al soldado. ¡Por vida de Baco! ¡Mire, Robin, cuántos alabarderos! ¡Aquí están todos los lebreles de la jauría! ¿A quién van a introducir? Valiente pieza de caza debe ser. ¡Un jabalí, y lo es, y magnífico; mira, Robin! ¡Es el papa de los locos, es el campanero, es el tuerto, es el corcovado, es Quasimodo!

En efecto, era él.

Era Quasimodo, que le presentaban cinchado y agarrotado y con mucha guardia. La escolta de alabarderos que le rodeaba iba precedida del caballero de la ronda en persona, que ostentaba las armas de Francia bordadas en el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. No había nada en Quasimodo, si se exceptúa su deformidad, que pudiese justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; este llegaba sombrío y silencioso, y apenas su ojo único echaba, sobre las cadenas que le sujetaban, una mirada solapada y colérica.

Mientras, maese Florián, el oidor, hojeó atentamente el legajo de la demanda dirigida contra el campanero, que le presentó el escribano, y, después de una rápida ojeada, meditó un instante. Gracias a esta precaución, que tomaba siempre antes de proceder al interrogatorio, conocía de antemano los nombres, las cualidades y los delitos de los acusados, daba respuestas previstas a sus previstas preguntas y lograba salir airoso de las capciosidades del interrogatorio, sin hacer patente su sordera. El legajo del proceso era para él el perro del ciego. Si sucedía, por ejemplo, que se descubriese su achaque, de vez en cuando, por algún apóstrofe incoherente o por alguna pregunta oscura, pasaba esto por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En ambos casos, el honor de la magistratura quedaba salvo, porque vale más que un juez se crea que es imbécil o profundo que sordo. Ponía gran cuidado en disimular su sordera, y generalmente lo lograba tan bien, que muchas veces llegó a hacerse él mismo la ilusión de que no estaba sordo, lo que no es tan difícil como parece. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos gritan y todos los sordos hablan bajo. Él solo creía que tenía el oído un poco rehacio, y esta es la única concesión que en este punto hacía a la opinión pública en sus momentos de franqueza y de examen de conciencia.

Luego de rumiar la causa de Quasimodo, echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos, para aparecer con mayor majestad e imparcialidad, aunque en estos momentos estaba a la vez sordo y ciego, doble condición sin la que no hay juez perfecto; en tan solemne actitud comenzó el interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

Era un caso no previsto por la ley: el de que un sordo tuviese que ser interrogado por otro sordo.

Quasimodo, a quien nadie se cuidó de decir que el juez le preguntaba, continuó mirando a este fijamente, pero no le respondió. Sordo el juez, y no advertido por nadie de la sordera del acusado, supuso que este le había respondido, como lo hacen por regla general todos los acusados, y prosiguió preguntando con aplomo mecánico y necio:

—Está bien. ¿Vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo a esta pregunta; creyóla el juez contestada y continuó:

—¿Vuestro estado?

El jorobado seguía silencioso: los asistentes empezaban ya a cuchichear y se miraban unos a otros.

—Basta —murmuró el imperturbable oidor cuando supuso que el acusado había contestado a la tercera pregunta—. Estáis acusado ante este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *secundo*, de atentado deshonesto contra una mujer loca, *in prœjudicium meretrices*; *tercio*, de rebelión y de desacato hacia los arqueros del rey nuestro señor. Explicaos sobre todos esos puntos. Escribano, ¿habéis escrito lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oír esta rara pregunta, alzóse en toda la sala un estruendo de carcajadas tan violentas, tan contagiosas, que hasta llegaron a advertirlo los dos sordos. Volvióse Quasimodo, levantando desdeñosamente la joroba, mientras que el juez, asombrado como él, y presintiendo que había provocado la risa de los espectadores alguna réplica incorrecta del acusado, cosa que creía que le denotaba el encogimiento de hombros de este, le dirigió indignado las siguientes palabras:

—Respuesta es esa, señor bellaco, que mereciera la horca. ¿Sabéis a quién habláis?

Esta salida del juez no era a propósito para contener la explosión de la algazara general; parecióles a todos tan disparatada, que la risa se apoderó hasta de los maceros, especie de lacayos armados, en quienes la estupidez era de reglamento. Solo Quasimodo conservaba la seriedad, por la sencilla razón de que no comprendía nada de lo que pasaba en torno suyo. El juez, cada vez más irritado, creyó que debía continuar en el mismo diapasón, esperando así inspirar al acusado saludable terror, cuya reacción infundiría al auditorio el debido respeto.

—¿Conque es decir, gran villano, que os permitís insultar al oidor del Chatelet, al magistrado responsable de la policía popular de París, encargado de juzgar los crímenes, delitos y demasías, de vigilar todos los oficios y de prohibir el monopolio? ¿Sabéis que me llamo Florián Barbedienne, que soy teniente del señor preboste, a más de comisario, inspector y examinador, con igual poder en el Prebostazgo y en la Bailía?

No hay razón que haga detener a un sordo cuando habla a otro sordo; Dios sabe cuándo hubiera callado maese Florián, remontado de ese modo a

la alta elocuencia, si la puerta baja del fondo no se hubiera abierto de pronto para dar paso al señor preboste.

No se cortó al verle entrar maese Florián, pero dio media vuelta sobre sus talones y dirigió al preboste la arenga que lanzaba a Quasimodo momentos antes: —Monseñor, reclamo la pena que merezca el acusado por haber faltado a la justicia.

Se sentó jadeante y enjugando las gotas de sudor que le caían de la frente y empapaban, como lágrimas, los pergaminos extendidos ante él. Frunció las cejas el caballero Roberto de Estonteville e hizo a Quasimodo con el ademán una indicación tan imperiosa y significativa, que el sordo empezó a comprender. El preboste le preguntó con severidad:

—¿Qué hiciste que te traen aquí, bellaco?

El pobre diablo, creyendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que habitualmente guardaba y contestó con voz ronca y gutural:

—Quasimodo.

Como la respuesta no convenía a la pregunta, empezó otra vez a oírse la risa del auditorio, y el caballero Roberto exclamó, rojo de cólera:

—¿Te burlas también de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Nuestra Señora —contestó Quasimodo, creyendo que debía explicar al juez quién era.

—¡Campanero! —repitió el preboste, que se despertó de mal humor aquella mañana, como dijimos, y que solo necesitaba que atizasen su furor con extrañas contestaciones—. ¡Campanero! Ya haré que descarguen sobre tus costillas una lluvia de latigazos por las calles de París. ¿Lo oyes?

—Si queréis saber mi edad —repuso Quasimodo—, creo que cumpliré veinte años por San Martín.

Esto era ya demasiada insolencia, y el preboste no la pudo sufrir.

—¿Te burlas del Prebostazgo, miserable? Señores maceros de vara, conduciréis a ese pillo a la picota de la Grève, lo azotaréis y le daréis vueltas en la rueda una hora. Lo ha de pagar, ¡vive Dios! Que se pregone la presente

sentencia, con asistencia de los cuatro trompetas jurados, en las siete castellanías del vizcondado de París.

El escribano se puso incontinenti a extender la sentencia.

—¡Vientre de Dios! ¡Eso se llama juzgar bien! —murmuró desde su rincón el estudiantillo Juan Frollo.

Volvió la cara el preboste y fijó un instante en Quasimodo su mirada fulminante.

—Creo que el maldito ha dicho: *¡Vientre de Dios!* Escribano, añadid doce dineros parisíes de multa por haber jurado, y que se destine la mitad a la obra de San Eustaquio; tengo devoción especial por ese santo.

A los pocos momentos estuvo escrita la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. La jurisdicción del Prebostazgo y del vizcondado de París no estaba aún complicada por el presidente Thibaud Baillet ni por Roger Barmne, abogado del rey, ni se hallaba obstruida aún por la alta valla de trámites y de procedimientos que introdujeron en ella los citados jurisconsultos a principios del siglo dieciséis. Todo era en ella entonces claro, expedito y terminante; se caminaba rectamente a un fin y se le distinguía al cabo de cada senda, y se iba directamente a la rueda, a la picota o al patíbulo. A lo menos se sabía pronto adónde se iba.

El escribano presentó la sentencia al preboste, que estampó en ella su sello y que salió enseguida a dar la vuelta por los otros tribunales con una disposición de ánimo a propósito para abarrotar aquel día las cárceles de París. Juan Frollo y Robin Poussepain reían por lo bajo. Quasimodo lo miraba todo atónito.

Mientras leía maese Florián la sentencia para firmarla, movido a compasión el escribano por el pobre sentenciado, y con la esperanza de obtener disminución en la pena, se acercó lo más que pudo al oído del juez y le dijo, señalándole a Quasimodo:

—Ese hombre es sordo.

Esperaba el escribano que la semejanza de efecto orgánico despertaría el interés de maese Florián en favor del pobre reo.

Pero ya observamos que el juez no se tenía por sordo ni quería que nadie le tuviese por tal, además, no entendió ni una palabra de las que le dijo el

escribano, y, sin embargo, quiso aparentar que le había oído, y repuso:

—¡Ah, eso es diferente! Yo no lo sabía. En ese caso una hora más de picota.

Con esta pequeña modificación firmó la sentencia.

—Merecido —contestó Robin Poussepain, que tenía tirria a Quasimodo —; eso le enseñará a no tratar a nadie groseramente.

II. La cueva de la Torre-Roland

Volvamos a la plaza de la Grève, de la que salimos ayer con Gringoire por seguir a Esmeralda.

Son las diez de la mañana y todo recuerda aún la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos, de cintas, de trapos, de plumas de penachos, de gotas de cera de los hachones, de migajas de los refrigerios. Gran número de transeúntes vagan de aquí para allá, removiendo con el pie los tizones apagados de las hogueras, admirándose ante la Casa de los Pilares, con el recuerdo de las hermosas colgaduras del día anterior, y mirando los clavos, que causan su íntimo placer.

Los vendedores de sidra y de cerveza discurren con sus cacharros alrededor de los grupos; los transeúntes ocupados pasan con rapidez; platican los comerciantes y se hablan unos y otros desde el umbral de las tiendas. La fiesta, los embajadores, Coppenole y el papa de los locos ocupan aún su atención y bromean alegremente. Cuatro soldados de caballería, que acaban de apostarse a los cuatro lados de la picota, concentran en torno suyo gran parte del público, esparcido en la plaza, que se condena a la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de presenciar el próximo espectáculo.

Si después de contemplar esta escena viva y tumultuosa, que se agita en todos los puntos de la plaza, dirigimos las miradas hacia la antigua casa, medio gótica, medio bizantina, de la Torre-Roland, que forma la esquina del

muelle al Poniente, podremos contemplar, en el ángulo de la fachada, un gran breviario público, con ricas estampas iluminadas, que preserva de la lluvia un tejadillo y de los ladrones una fuerte alambrera. Al lado del breviario hay una ventanilla ojival, estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que da a la plaza, y que es la única abertura que da entrada a algo de aire y poca luz a una celdilla sin puerta practicable en la planta baja en el espesor de la pared de la antigua casa, celda tanto más tranquila y silenciosa, cuanto más hormiguea y alborota en la plaza pública la multitud que la llena.

Era célebre en París esta celda hacía ya más de tres siglos, desde que madame Rolande, de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, que murió en las Cruzadas, la hizo excavar en la muralla de su propio castillo, para encerrarse en ella toda su vida, conservando solo de su palacio este cuchitril, con la puerta condenada y con la ventanilla abierta, después de dar toda su fortuna a los pobres y a Dios. Veinte años esperó la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando noche y día por el alma de su padre, durmiendo sobre ceniza, sin tener ni una piedra por almohada, vestida con un hábito negro y viviendo solo del pan y del agua que la compasión de los transeúntes depositaba en el alfeizar de la ventanilla, recibiendo así la caridad después de darla. Cuando murió, momentos antes de pasar a otro sepulcro, legó este a perpetuidad a las mujeres desesperadas, madres, viudas o doncellas, que tuviesen que rezar por ellas o por otros y que quisiesen enterrarse vivas con su pena o consagrarse a eterna penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y bendiciones, y tuvieron gran sentimiento por no conseguir que se canonizase a tan piadosa doncella por falta de influencia.

Los que no eran afectos a la Santa Sede esperaban que se alcanzaría con más facilidad en el Cielo que en Roma, y rogaban a Dios por la difunta, ya que no pudieron obtener del papa lo que deseaban. La mayoría conservó como sagrada la memoria de Rolande y convirtió en reliquias sus harapos. La Ciudad, por su parte, cumpliendo con la voluntad de la doncella, estableció un breviario público, clavado junto a la ventana de la celda, con objeto de que los transeúntes que se detuviesen allí para rezar, la oración les recordase la limosna para las pobres reclusas, herederas de la cueva de madame Rolande, y estas no se viesen en la necesidad de morir de hambre y de olvido.

Abundaban esta especie de sepulcros en las ciudades en la Edad Media; se encontraban con frecuencia, en las calles más frecuentadas y en el mercado más frecuentado y ruidoso, un sótano, un pozo, una cueva enrejada, en cuyo fondo oraba día y noche un ser humano, voluntariamente consagrado a eterna penitencia y a terrible expiación. La piedad poco racional y poco sutil de aquellos tiempos no daba toda la importancia, no daba todo el valor que suponía la separación absoluta del mundo para condenarse a perpetuo sacrificio, y aunque honraba y veneraba esta abnegación, no compadecía ni analizaba los temibles sufrimientos que a la larga hacían sucumbir al ser humano. La pública compasión llevaba de vez en cuando algún alimento al miserable penitente, miraba por el agujero si vivía aún, sabía desde cuándo empezaba a morir, y al forastero que la preguntaba sobre el esqueleto vivo que se pudría en aquella cueva, se le contestaba lisa y llanamente, si era hombre: «Es el recluso», y si era mujer: «Es la reclusa».

Porque todo se veía entonces así, sin razonarlo, sin exageración, sin cristal de aumento, a la simple vista; no se había inventado aún el microscopio, ni para lo material ni para lo espiritual.

No llamaban la atención los ejemplos de estas reclusiones voluntarias, porque eran frecuentes en el seno de las ciudades, como antes dijimos. En París había gran número de estas celdas y casi todas estaban ocupadas; es cierto que el clero cuidaba de que no estuviesen vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y encerraba en ellas a los leprosos, cuando no hallaba penitentes. Además de la cueva de la plaza de la Grève, había una en Montfaucon; otra en el cementerio de los Inocentes; otra en el palacio Clichon, y en otros puntos, cuyos vestigios se encuentran todavía en las tradiciones. En la Universidad existía también una de esas covachas; en la montaña de Santa Genoveva, una especie de Job de la Edad Media cantó durante treinta años los siete psalmos de la penitencia entre un estercolero, en el fondo de una cisterna, volviendo a empezar, cada vez que los terminaba, salmodiando durante toda la noche, *magna voce per umbras*; aun hoy cree oír su voz el anticuario que entra por la calle del *Pozo que habla*.

Limitándonos ahora a la cueva de la Torre-Roland, debemos decir que nunca escasearon en ella las reclusas; desde la muerte de madame Rolande, rara vez estuvo vacante algunos meses. Muchas mujeres fueron a llorar encerradas el resto que les quedaba de vida, a sus padres, a sus amantes o sus

culpas. La malicia parisiense, que en todo se mete, hasta en lo que no la interesa, juraba que se habían visto pocas viudas en aquella cueva.

Una inscripción latina grabada en la pared, según la costumbre de la época, indicaba al transeúnte letrado el destino de aquella celda; hasta mediados del siglo XVI se conservó la costumbre de explicar lo que era un edificio por medio de alguna inscripción sobre la puerta: todavía se lee en Francia, sobre la puerta de la prisión de la casa señorial de Tourville, *Sileto et spera*; en Irlanda, debajo del escudo que soporta la puerta principal del castillo de Fortescue, dice: *Forte scutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cwper, *tuum est*; pues entonces todo el edificio respondía a un pensamiento.

Como no tenía puerta la celda de que hablamos, veíanse grabadas con grandes caracteres sajones estas dos palabras:

TÚ, ORA[3].

III. Historia de una torta de maíz

En la época que historiamos, estaba ocupada la Torre-Roland. Si el lector desea saber quién la ocupaba, escuche lo que dicen tres mujeres, que en el momento en que le llamamos la atención sobre la covacha, se dirigían de prisa hacia allí, subiendo del Chalet hacia la plaza de la Grève por la orilla del río. El vestido de dos de estas mujeres era el que usaban las vecinas de París; lucían gorguera blanca y fina; basquiña de tiritaña rayada de rojo y azul, medias blancas a cuadrados de color, muy estiradas; zapatos de cuero leonado con suelas negras, y cofias, a manera de cuernos de relumbrón, recargados con cintas y encajes, emulando a los granaderos de la Guardia Imperial rusa, y que denunciaban a la clase de tenderas ricas. No llevaban anillos ni cruces de oro, y se conocía que no era por no tenerlos, sino por miedo a la multa. La compañera iba vestida casi lo mismo, pero había en su tocado y sobre todo en su porte, algo que olía a mujer de notario de provincia. Se conocía, por el modo de llevar el cinturón más arriba de las caderas, que

no estaba mucho tiempo en París; añádase a esto que usaba gorguera con pliegues, lazos en los zapatos, que las rayas de la saya eran horizontales y no verticales, y otras cosas que denunciaban mal gusto en el vestir.

Las dos primeras andaban con el paso peculiar a las parisienses que enseñan su capital a las provincianas; la provinciana llevaba de la mano un muchacho grueso, el cual llevaba en la suya una torta. Sentimos tener que añadir que, a pesar del rigor de la estación, la lengua le servía de pañuelo.

Dejábase arrastrar el muchacho *non passibus æquis*, como dice Virgilio, y tropezaba a cada instante, lo que enfurecía a su madre; verdad es que él miraba más a la torta que al suelo. Algún grave motivo, indudablemente, le impedía hincarla el diente, pero se limitaba a contemplarla con ternura: la madre debía haberse encargado de llevarla, porque era una crueldad hacer sufrir a aquel niño mofletudo.

Mientras, las tres señoritas (porque la denominación de *señoras* se reservaba entonces para las mujeres nobles) hablaban las tres a la vez.

—De prisa, Mahieta —decía la más joven y más gruesa de las tres a la provinciana—. Temo que lleguemos tarde; en el Chatelet nos dijeron que iban a llevarle enseguida a la picota.

—No corramos, Oudarda —replicaba la otra parisién—; tiene que estar dos horas en la picota; tenemos tiempo. ¿Habéis visto sacar alguno a la vergüenza?

—Sí —repuso la provinciana—; en Reims.

—¡Bah! ¿Y qué es la picota de Reims más que una mala jaula, en la que no se da tormento más que a los pobres? ¡Valiente cosa!

—Nada de eso; allí hemos visto grandes criminales que habían matado a su padre y a su madre; ¡vaya unos pobres! ¿Por quién nos tomáis, Gervasia?

La provinciana estaba a punto de amostazarse por el honor de su picota; por fortuna la discreta Oudarda cambió a tiempo la conversación.

—A propósito, Mahieta; ¿qué decís de los embajadores flamencos? ¿Los tenéis tan flamantes en Reims?

—Confieso —repuso la aludida— que no hay como París para ver flamencos semejantes.

—¿Visteis entre ellos al embajador que es calcetero? —dijo Oudarda.

—Sí —contestó Mahieta—; parece Saturno.

—¿Y al otro grueso que tiene la cara como una barriga desnuda? ¿Y a aquel pequeño, de los ojos ribeteados de encarnado, barbudo y con más puntas que una cabeza de cardo?

—Lo más notable son sus caballos —dijo Oudarda—, enjaezados al estilo de su país.

—¡Ay, amiga mía! —repuso Mahieta, tomando a su vez aire de superioridad—; ¿qué diríais si hubierais visto en la consagración de Reims, hace dieciocho años los caballos de los príncipes y de la comitiva real? Llevaban jaeces y caparazones de todas clases; de paño fino de oro, forrado de martas; otros de terciopelo forrado de armiño; algunos recamados de rica argentería y con campanillas de oro y plata. ¡Qué dineral costó aquello! ¡Qué pajecillos tan lindos iban encima!

—Eso no impide —replicó con aspereza la señorita Oudarda— que los flamencos luzcan hermosísimos caballos, ni que cenaran ayer regiamente con el preboste de los mercaderes en la morada del municipio, en cuya cena se les sirvieron confites, hipocrás, especierías y otras cosas buenas y raras.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró Gervasia—; ¿los flamencos han cenado con el señor cardenal en el palacio del Petit-Bourbon?

—No; en el palacio municipal.

—No; en el Petit-Bourbon.

—Tan verdad es que cenaron en el palacio municipal —contestó Oudarda con aspereza— que el doctor Scourable les endilgó un discurso en latín, del que quedaron muy satisfechos; mi marido, que es librero jurado, me lo ha dicho.

—Tan verdad es que cenaron en el Petit-Bourbon —añadió Gervasia con igual viveza— que voy a decir la cena que les presentó el procurador del señor cardenal: doce dobles cuartos de hipocrás blanco, clarete y tinto; veinticuatro cestos de mazapán doble de León, dorado; otras tantas cajas de dos libras cada pieza, y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete. Me consta por mi marido, que es cincuentenero del Parloir-aux-Bourgeois, y comparaba esta mañana a los embajadores flamencos con los del preste

Juan y del emperador de Trebisonda, que llegaron de Mesopotamia a París en tiempos del último rey y que llevaban pendientes.

—Tan cierto es que yantaron en el palacio municipal —replicó Oudarda, poco convencida por la anterior relación— que jamás se vio allí tal profusión de viandas ni de confites.

—Pues yo aseguro que les sirvió Le Sec, alabardero de la ciudad, en el palacio del Petit-Bourbon, y que estáis en un error.

—Os vuelvo a repetir que fue en el palacio del municipio.

—En el Petit-Bourbon; como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra *Esperanza*, que se ve sobre la fachada principal.

—En la casa del municipio; ¡como que Husson-le-Voir tocaba la flauta!

—No.

—Sí.

Iba preparándose a replicar la gruesa Oudarda y hubieran quizás acabado por arañarse, si Mahieta no hubiera exclamado de pronto:

—Mirad qué gentío se reúne allá abajo, en el puente. ¡Contemplan algo!

—Sí —contestó Gervasia—; oigo tocar un tamboril. Será Esmeralda, que cantará y mandará a su cabra que haga habilidades. Vamos de prisa, Mahieta, y traed a rastras a vuestro chico. Habéis venido a ver las curiosidades de París; ayer le tocó el turno a los embajadores y hoy a la gitana.

—¡A la gitana! —repitió Mahieta, retrocediendo y apretando con fuerza el brazo de su hijo—. ¡Dios me libre! ¡Me robaría a mi hijo! No te separes de mí, Eustaquio.

Y echó a correr por el muelle hacia la plaza de la Grève, hasta que dejó el puente tras ella; pero el muchacho, al que ella arrastraba, cayó de rodillas, por lo que su madre se detuvo sofocada; entonces Oudarda y Gervasia se incorporaron a la provinciana y a su hijo.

—¿Creéis que la gitana os va a robar a vuestro hijo? ¡Vaya una idea singular! —dijo Gervasia.

Mahieta la miró con aire pensativo.

—Pero es más notable todavía —añadió Oudarda— que la reclusa tenga la misma idea de las gitanas.

—¿Quién es esa reclusa? —preguntó la provinciana.

—¡Toma! La hermana Gudula.

—¿Quién es la hermana Gudula?

—¿No lo sabéis? ¡Es claro, como venís de Reims!… Pues es la reclusa de la cueva de la Torre-Roland.

—¡Cómo! ¿Es la pobre mujer a la que llevamos esta torta?

Oudarda hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Ahora la veréis por la ventana de su covacha, que cae a la plaza de la Grève; tiene la misma opinión que vos de esos vagabundos de Egipto que bailan y dicen la buenaventura; nadie sabe por qué le causan horror los gitanos. Pero vos, Mahieta, ¿por qué corréis al ver de lejos a una gitana?

—¡Ah! —dijo Mahieta, estrechando con las dos manos la redonda cabeza de su chico—; porque no quiero que me ocurra igual que a Paquita la Chantefleuri.

—Contadnos esa historia, mi querida Mahieta —dijo Gervasia tomándola por el brazo.

—Con mucho gusto —repuso esta—; pero ¡es preciso ser de París para no saber esa historia! Os la referiré, pero detengámonos para que os la pueda contar bien. Paquita Chantefleuri era una hermosa joven de diez y ocho años, como yo los tenía entonces, hace diez y ocho años, y ella se tiene la culpa de no ser hoy, como yo, una gruesa matrona de treinta y seis, casada y con un hijo. Era esa joven hija de Guybertant, músico de los arqueros de Reims, el que tocó ante Carlos VII durante su consagración, cuando pasó el río de Vesle, desde Sillery hasta Muison; por más señas que la Doncella de Orleans iba en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era aún muy niña, pero ya no la quedaba más familia que su madre, hermana del señor Prandon, azofarero y calderero de París, que murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. Desgraciadamente, su madre era una buena mujer, que solo enseñó a Paquita algo de bordar y a hacer algunos juguetes para los niños, lo que no impidió que la muchacha creciese y fuera cada vez más pobre. Vivían ambas en la calle de Folle-Peine. El año 61, que fue el de

la consagración de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan alegre y tan hermosa que la llamaban la Chantefleuri (*canto florido*). ¡Pobre joven! Tenía los dientes bonitos y se reía para mostrarlos, y sabido es que una joven que ríe mucho está muy expuesta a llorar; los bellos dientes echan a perder los hermosos ojos. Ella y su madre ganaban la vida a duras penas, como que vinieron a menos con la muerte de Prandon. La venta de juguetes no las producía apenas nada. Un invierno, el del año 61, las dos mujeres no tenían leña ni fuego, y hacía mucho frío, tenía tan buenos colores la Chantefleuri, que los hombres la llamaban: ¡Paquita! ¡Paquita! y la pobre se perdió. —Eustaquio, no muerdas la torta.

Entonces conocimos que se había perdido cuando la vimos un domingo ir a misa llevando en el pecho una cruz de oro. ¡A los catorce años! La galanteó primero el joven vizconde de Carmontreuil, que tiene su palacio a tres cuartos de legua de Reims; después, el caballero Enrique de Triancourt, caballerizo del rey; después Chiart de Beauliers, sargento de armas; después, descendiendo siempre, Guery Aubergeon, criado trinchante del rey; luego Macé de Frepus, barbero del delfín; y descendiendo de este modo, de menos joven a menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Al llegar a esto, ya la pobre Chantefleuri era de todo el mundo: había llegado ya al último sueldo de su moneda de oro; todo ello en el mismo año de la consagración de nuestro rey.

Mahieta suspiró y enjugó una lágrima que temblaba en sus ojos.

—Pues no encuentro hasta ahora nada nuevo en esa historia, y no sé que tenga nada que ver con gitanos ni con chiquillos —dijo Gervasia.

—Esperad —replicó Mahieta—; ahora aparecerá el chiquillo. En el 66, dieciséis años atrás, por San Pablo, Paquita dio a luz una niña. La pobre tuvo gran alegría, porque deseaba tener un hijo. Su madre, buena mujer, que no supo hacer en toda su vida otra cosa que cerrar los ojos, había ya muerto. Paquita no tenía pues a quién amar ni quien la amase. Desde cinco años atrás que tuvo el primer desliz estaba sola, sola en la vida, señalada de todos, azuzada cuando salía de casa, zurrada por los soldados y escarnecida por los pillos. Había cumplido veinte años, y esta edad es la vejez para las prostitutas. La prostitución empezó a ofrecerla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que le salía le robaba un escudo; de modo que el invierno se presentaba terrible para ella, sin leña en el hogar y sin pan en la

alacena. No podía trabajar, porque dedicándose al vicio se había hecho holgazana, y sufría mucho más, porque siendo holgazana se había hecho viciosa; así se explica el cura de Saint-Remy por qué esas mujeres tienen más frío y más hambre cuando son viejas.

—Será cierto —repuso Gervasia—; pero ¿y los gitanos?

—Ten paciencia, Gervasia —añadió Oudarda, que era menos impaciente —. ¿Qué quedaría para el fin si se dijera todo enseguida? Continuad.

Mahieta prosiguió:

—Paquita, pues, estaba muy triste y era muy desgraciada, pero en medio de su vergüenza, de su locura y de su abandono, parecióle que estaría menos avergonzada, menos loca y menos sola si hubiese algo o alguno en el mundo a quien ella pudiese querer y que la quisiese. Era preciso que ese alguien fuese un niño, porque solo una criatura podría ser bastante inocente para eso. Esto lo había conocido Paquita después que probó a amar a un ladrón, el único hombre que pudiera hacer caso de ella, pero al cabo de poco conoció que el ladrón la despreciaba. Esa clase de mujeres necesitan un amante o un hijo para ocupar su corazón; si no lo logran son muy desgraciadas. No pudiendo ya tener amante, sus deseos se concentraron en tener un hijo, y como era aún buena cristiana, se lo pidió a Dios de todo corazón; Dios tuvo compasión de ella y le dio una niña. Su alegría fue inmensa; estallaba en lágrimas, caricias y besos. Ella misma se crió a su hija y la hacía mantitas de su colcha para abrigarla, porque no tenía otra, y ya no sintió hambre ni frío; tanto, que volvió a estar hermosa, y de soltera vieja se convirtió en madre joven. Volvió al tráfico galante y la Chantefleuri volvió a encontrar chalanes para su mercancía, y de su producto hizo ropas, baberos, vestidillos de encaje y gorritos de raso. —Eustaquio, ya te he dicho que no te comas la torta. —La niña Inés, que así se llamaba, estaba tan adornada con cintas, bordados y encajes como una delfina del Delfinado: tenía, entre otros, unos zapatitos que no los ha gastado iguales ni el rey Luis XI. Su madre se los había cosido y bordado, empleando todos los primores de su habilidad y tantas lentejuelas como para la falda de una Virgen. Eran unos zapatitos de color de rosa, los más lindos que se pueden imaginar, pequeños como sus diminutos pies.

—Cuando tengáis hijos, querida Oudarda, veréis que no hay nada tan lindo como sus piececillos y sus manecitas.

—Mucho lo deseo —contestó Oudarda suspirando—; pero espero que quiera tenerlos el señor Andrés Musnier.

—No era lo único lindo de la hija de Paquita —prosiguió Mahieta—; yo la vi cuando había cumplido cuatro meses y era un encanto. Tenía los ojos más grandes que la boca, y el cabello, negro y rizado, fino. Hubiera sido una morenita irresistible a los diez y seis años: su madre cada día estaba más loca por ella; la mimaba, la hacía cosquillas, la lavaba, la vestía con lujo y se la comía a besos. No dejaba de dar gracias a Dios por haber escuchado sus ruegos y satisfecho su deseo.

—El cuento me gusta, ¿pero qué tiene que ver con las gitanas? —dijo Gervasia casi en voz baja.

—Ahora lo veréis —repuso Mahieta, que la oyó—. Llegaron un día a Reims una especie de caballeros muy singulares; eran mendigos y pillos, que recorrían el país conducidos por un duque y por sus condes. Eran muy morenos, tenían el pelo negro y rizado, y llevaban en las orejas anillos de plata; las mujeres eran aún más feas y más negras que los hombres; llevaban la cara siempre descubierta y no gastaban más ropa que un mísero zagalejo, una manta sobre los hombros y el pelo lo llevaban tendido como cola de caballo. Los chiquillos, que se les enredaban por entre las piernas, hubieran causado miedo a cualquiera; aquella gente era una partida de excomulgados: venían en línea recta del bajo Egipto a Reims por Polonia; el papa los había confesado, según se aseguraba, y les había impuesto la penitencia de ir siete años seguidos recorriendo el mundo sin poder acostarse en lecho; se llamaban Penitenciarios y echaban un olor tan malo que hedían. Se decía que antes habían sido sarracenos y creían en Apolo, y que reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, que para eso les había dado el papa una bula. Llegaban a Reims a decir la buenaventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania; no fue preciso saber más para que se les prohibiese entrar en la ciudad, y fue a acampar toda la cuadrilla junto a la puerta de Braine, sobre un cerro, en el que hay un molino al lado de las antiguas canteras; todo Reims fue a verlos. Os examinaban la mano y hacían profecías maravillosas; eran hombres capaces de profetizar que Judas sería papa. El rumor público, sin embargo, los acusaba de robar niños y bolsas y de comer carne humana. Los menos maliciosos decían a los más atrevidos: «No vayáis», y luego ellos iban a consultarles de tapadillo, porque iba a verlos todo el mundo; verdad es que decían

cosas que hubieran asombrado a un cardenal. Las madres estaban muy orgullosas de sus hijos desde que las gitanas les habían leído en las rayas de la mano toda clase de milagros, grabados tal vez en pagano o en turco; una madre tenía un hijo que sería emperador; aquella otro que sería papa, y la de más allá, otro que sería capitán. La pobre Chantefleuri quiso conocer también el porvenir de su hija y saber si un día su preciosa Inesilla sería emperatriz de la Armenia o algo parecido. Llevóla, pues, donde estaban los gitanos, y fue tanto lo que las gitanas la besaron, acariciaron y se extasiaron al verla, que llenaron de gozo a la cariñosa madre. Celebraron, sobre todo, en Inesilla los lindos pies y los preciosos zapatos; ella no había cumplido aún el primer año; ya balbuceaba algunas palabras y reía con su madre como una loquilla; estaba gordita y llena como un angelito; los gitanos la asustaron tanto que lloró; pero la madre la llenó de besos y se fue muy satisfecha de la buenaventura que predijeron a su hija. Esta tenía que ser hermosísima, virtuosa y reina, por lo cual volvió a su tugurio de la calle Folle-Peine orgullosa de tener en casa una reina. Al día siguiente aprovechó un instante en que la niña dormía en su cama (porque siempre se acostaba con ella); dejó la puerta entreabierta con tiento para no despertarla, y fue a contarle a una vecina que Inés, corriendo el tiempo, llegaría a estar servida en la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopía y otras cosas igualmente maravillosas. Al volver a casa, no oyendo lloros ni gritos, al subir la escalera, se dijo: —Bien; esté durmiendo aún—; pero halló la puerta más abierta que la había dejado: entró y, ¡pobre madre!, corrió al lecho… estaba vacío; su hija no estaba allí; solo había en la cama uno de sus zapatitos. Se lanzó fuera de la habitación, bajó la escalera y empezó a golpear las paredes con la cabeza, gritando: ¡Mi hija!… ¿Quién tiene a mi hija? ¿Quién me ha robado a mi hija? La calle estaba sola, la casa aislada; nadie pudo contestarle. Corrió por la ciudad mirando durante todo el día, loca, delirante, terrible, husmeando las puertas y ventanas como una fiera que ha perdido sus cachorros. Estaba jadeante, desencajada, iracunda, y tenía en los ojos tal fuego que secaba sus lágrimas. Detenía a los transeúntes, gritándoles: ¿Dónde está mi hija? ¡Del que me la devuelva seré criada, seré un perro, y me comerá el corazón si lo quiere! Encontró al cura de Saint-Remy y le dijo: ¡Señor cura, cavaré la tierra con las uñas, pero buscadme a mi hija! Partía el alma oírla, Oudarda; yo vi que un hombre muy duro, el procurador Ponce Lacabre, lloraba. Cuando por la noche tornó a su casa, le dijo una vecina que había visto, mientras ella estaba ausente, que entraron en ella dos gitanas cautamente

con un paquete bajo el brazo, y que luego bajaron, cerraron la puerta y huyeron precipitadamente, y que después que estas se marcharon se oían en la habitación de Paquita gritos de niño. Echóse la madre a reír a carcajadas, subió ligera la escalera, como si tuviese alas. Abrió de golpe la puerta y entró. ¡Qué cosa tan horrible vio, Oudarda! En vez de su preciosa Inesilla, tan fresca y tan colorada, halló un pequeño monstruo repugnante, cojo, tuerto, jorobado, contrahecho, que se arrastraba chillando por el suelo. La infeliz se tapó los ojos horrorizada. —¡Oh —exclamó—; si esas hechiceras habrán cambiado a mi hija en este animal espantoso! Sacaron de allí enseguida a aquel pequeño monstruo, cuya vista a la larga la hubiera vuelto loca; debía ser el tal fenómeno el aborto de una gitana que se hubiera entregado al diablo. Parecía tener cerca de cuatro años; hablaba una lengua que no era humana, compuesta de palabras extrañas. La Chantefleuri se apoderó del precioso zapato, que era cuanto le restaba del ser que amaba con idolatría; permaneció contemplándole tanto tiempo, inmóvil, muda y sin respirar, que parecía muerta. De repente empezó a temblar, cubrió de besos furiosos su reliquia y se desahogó en sollozos, como si su corazón estallase. Os aseguro, Gervasia, que allí llorábamos todas. La infeliz exclamaba: ¡Oh, hija mía! ¿Dónde estás? Y aquellas palabras y aquel acento nos desgarraban las entrañas. Lloro aún cuando lo recuerdo, porque los hijos son la medula de nuestros huesos. La Chantefleuri se puso en pie de repente y echó a correr por las calles de Reims, gritando: ¡Al campamento de los gitanos! ¡Síganme los soldados y vamos a quemar a las brujas!… Pero los gitanos levantaron sus tiendas y habían partido; la noche era muy oscura y no fue posible alcanzarlos. Al día siguiente, a dos leguas de Reims, en un soto, entre Gueux y Tilloy, se hallaron restos de una hoguera, algunas cintas que pertenecían a la hija de Paquita, gotas de sangre y excremento de macho cabrío. La noche anterior fuera *sábado*; por eso nadie dudó que las gitanas le hubiesen celebrado allí y que devoraran a la criatura, como es uso y costumbre entre los mahometanos. Cuando la Chantefleuri lo supo, no lloró, meneó los labios como si quisiera hablar, pero no pudo; al día siguiente amaneció con el pelo blanco, y al otro día desapareció.

—Esa historia es terrible y haría llorar a un borgoñón —observó Oudarda.

—Ya no extraño —añadió Gervasia— que tengáis tanto miedo a los gitanos.

—Y tuvisteis tanto más motivo para huir de ellos con Eustaquio, cuanto que se dice que esos gitanos son de Polonia.

—No —replicó Gervasia—; se dice que vienen de España.

—Bien; pero lo que no tiene duda es que son gitanos —respondió Oudarda.

—Y tienen los colmillos bastante largos para comer criaturas —añadió Gervasia—. No me admira que Esmeralda se las comiese también de vez en cuando, a pesar de tener pequeña y delicada la boca; su cabra es asaz maliciosa para no encubrir algún libertinaje.

Mahieta andaba en silencio, embebida en la vaga distracción que produce un triste relato y que lleva su sacudimiento hasta las últimas fibras del alma.

—¿No se ha sabido qué es de la Paquita? —la preguntó Gervasia. Mahieta no respondió. Gervasia repitió la pregunta, sacudiéndola y llamándola por su nombre. Mahieta salió entonces de su meditación.

—¿Qué ha sido de la Chantefleuri? —preguntó repitiendo maquinalmente las palabras cuya impresión sonaba en sus oídos; y luego, haciendo un esfuerzo para fijar la atención, contestó: —Ya no se ha sabido de ella. Unos aseguran que la vieron salir de Reims, al caer la tarde, por la puerta Flechembault; otros, al rayar el día, por la antigua puerta Bassé. Un pobre se encontró su cruz de oro colgada de la cruz de piedra del campo donde se celebra la feria; esta joya fue la que la deshonró en el año 61, y fue regalo de su primer amante, el vizconde de Cormontreuil, y Paquita jamás quiso deshacerse de ella ni en los días de su mayor miseria. Estimaba esta joya como a su propia vida; por eso cuando supimos que la había abandonado, creímos que había muerto su poseedora. Sin embargo, aseguraron unos hombres en la taberna des Vantes que la habían visto pasar por el camino de París, andando con los pies descalzos; para eso era preciso que hubiera salido por la puerta Vesle, y esto no concuerda con lo demás, pues yo creo, en efecto, que salió por la puerta Vesle, pero fue para el otro mundo.

—No os comprendo —dijo Gervasia.

—El Vesle —contestó Mahieta con sonrisa melancólica— es el río.

—¿Creéis que murió ahogada? —preguntó Oudarda estremeciéndose.

—Tal vez; ¿quién le hubiera dicho al buen viejo Guybertant, cuando pasaba por debajo del puente cantando en su barca que algún día pasaría también su hija Paquita por debajo de aquel mismo puente, pero sin barca y sin cantar?

—¿Y el zapatito? —preguntó Gervasia.

—Desapareció con la madre —repuso Mahieta.

Oudarda, que era una mujer gruesa y romántica, se satisfacía con suspirar al mismo tiempo que Mahieta; pero Gervasia, que era más curiosa, continuó preguntando:

—¿Y el monstruo?

—¿Cuál? —interrogó a su vez la provinciana.

—El que depositaron las brujas en casa de la Chantefleuri a cambio de Inesilla. ¿Qué hicisteis de él? ¿Le ahogasteis también?

—No —respondió Mahieta.

—Le quemarían tal vez. ¡Un niño brujo!

—Nada de eso, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitanillo, le exorcizó, le bendijo, le sacó los demonios del cuerpo y le envió a París para que le expusieran en el atrio de Nuestra Señora como a niño expósito.

—Esos obispos —contestó Gervasia refunfuñando— como son sabios no hacen nada como los demás. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Meter al diablo en la inclusa! Porque es seguro que aquel monstruo sería el diablo. ¿Qué ha sido de él? Porque supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recogerlo.

—Lo ignoro —respondió la provinciana—; precisamente por entonces compró mi marido la notaría de Berú, que dista dos leguas de la ciudad, y no he vuelto a saber nada de ese asunto; además, las dos colinas que hay delante de Berú ocultan las torres de la catedral de Reims.

Hablando de este modo llegaron las tres amigas a la plaza de la Grève; pasaron distraídas sin detenerse ante el breviario público de la Torre-Roland y maquinalmente se dirigían hacia la picota, a cuyo alrededor aumentaba el gentío sin cesar. Es posible que el espectáculo que atraía todas las miradas en aquel momento las hubiera hecho olvidar la cueva de la reclusa, si el tra-

gón Eustaquio, que llevaba Mahieta de la mano, no se lo hubiera recordado de pronto.

—Madre —la dijo, como si presintiera que habían ya pasado de la cueva de la reclusa—; ¿puedo comerme ya la torta?

Si Eustaquio hubiera sido más malicioso, o, mejor dicho, menos gastrónomo, hubiera esperado más tiempo, y solo al volver a casa del señor Andrés Musnier hubiera aventurado la pregunta: ¿puedo comerme la torta? Pero hecha entonces, llamó la atención de Mahieta.

—Ahora caigo —dijo a sus amigas— que olvidamos a la pobre reclusa. Vamos a verla, que quiero darla esta torta.

—Sí, hagamos esa obra de caridad —contestó Oudarda.

No eran estos los deseos de Eustaquio.

—¡Ay, mi torta! —exclamó, levantando los hombros hasta las orejas, que en semejante caso es la mayor señal de descontento.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron a la cueva de la Torre-Roland, dijo Oudarda a sus compañeras:

—No miremos las tres a un tiempo por la ventanilla para no asustar a la reclusa. Fingid vosotras que leéis en el breviario y yo me asomaré, que a mí me conoce. Ya os avisaré cuando podáis mirar.

Oudarda se adelantó y se asomó a la ventanilla. Cuando sus miradas penetraron en la cueva, lástima profunda se pintó en todas sus facciones, y su ufana y franca fisonomía mudó tan súbitamente de expresión y de color, como si hubiera pasado de un rayo de sol a un rayo de luna; sus ojos se humedecieron y su boca se contrajo, como cuando se va a llorar. A poco puso un dedo sobre los labios e hizo seña a Mahieta para que se acercase.

Acercóse Mahieta silenciosa, conmovida y de puntillas, como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo, en efecto, se presentó ante la vista de las dos mujeres, mientras miraban, inmóviles y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada.

La celda era angosta, más ancha que profunda, abovedada en forma ojival; vista por el interior se parecía bastante a una gran mitra de obispo. Sobre las resquebrajadas losas del pavimento, en un rincón, estaba sentada una

mujer, o mejor dicho, acurrucada; apoyaba la barba sobre las rodillas, que sus dos brazos cruzados apretaban con fuerza contra el pecho. Replegada así sobre sí misma; vestida con un hábito oscuro, que la envolvía de pies a cabeza entre sus anchos pliegues; caídos hacia delante sus largos cabellos grises, que la cubrían el rostro y las piernas hasta los pies, presentaba al pronto una forma extraña, destacada sobre el fondo tenebroso de la celda; una especie de triángulo negruzco, que el rayo luminoso que penetraba por la ventana dividía crudamente en dos matices, uno sombrío y otro iluminado. Parecía un espectro mitad sombra y mitad luz, como se ven en los delirios o en las obras extraordinarias de Goya, pálidos, inmóviles, siniestros, acurrucados sobre un sepulcro o aferrados a la reja de un calabozo. No era una mujer, ni un hombre, ni un ser viviente, ni una forma definida; era un espectro, una especie de visión, en la que se entrecortaban lo real y lo fantástico, como la sombra y la luz. Apenas entre sus cabellos tendidos hasta el suelo se distinguía su perfil macilento y severo; apenas daba su vestidura paso a la extremidad del pie desnudo, que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco que de la forma humana se entreveía por debajo de aquel ropaje funeral horrorizaba.

Aquel espectro, que cualquiera hubiera creído clavado en las losas, parecía no tener movimiento, ni ideas, ni vida. Bajo aquel sutil hábito de lienzo en enero, yaciendo desnuda sobre un piso de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo, cuyo respiradero oblicuo solo dejaba entrar el frío, pero no el sol, parecía no sentir ni padecer, y que, como el calabozo, se había hecho piedra y como la estación hielo. Tenía ambas manos cruzadas y los ojos fijos; a primera vista parecía una visión, y cuando se la contemplaba un rato, una estatua. Sin embargo, por intervalos se abrían para respirar sus labios azulados y temblaban, pero tan muertos como hojas secas que se separan al soplo del viento. Sin embargo, de sus ojos fríos se escapaba una mirada, mirada inefable, lúgubre, imperturbable y siempre fija en un rincón de la celda, que no podía verse desde fuera; una mirada que parecía reunir todas las sombrías ideas de aquella alma desesperada en no sé qué objeto misterioso.

Las tres mujeres, porque Gervasia se había reunido con Mahieta y con Oudarda, observaban por la ventanilla enrejada. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la desgraciada, a quien de ella privaban, pareciese que lo advertía.

—No la molestemos —dijo Oudarda en voz baja—; está en éxtasis, reza.

Entretanto Mahieta examinaba con ansiedad la cabeza macilenta y desgreñada de la penitente, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Sería caso singular! —exclamó.

Metió la cabeza por entre las rejas de la ventana y logró internar la mirada hasta el rincón donde tenía clavada la vista la infeliz. Cuando Mahieta sacó la cabeza de la ventana sus ojos vertían lágrimas.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó a Oudarda.

—La llamamos la hermana Gudula —respondió esta.

—Pues yo —repuso Mahieta—, yo la llamo Paquita Chantefleuri.

Entonces, poniéndose un dedo en la boca, indicó a la asombrada Oudarda que metiese la cabeza por la ventana y que mirase.

Miró Oudarda y vio en el rincón donde clavaba la vista la reclusa con insistencia, un zapatito de raso de color de rosa, bordado con lentejuelas de oro y plata. Miró también Gervasia luego, y las tres mujeres, teniendo lástima de la desgraciada madre, se pusieron a llorar.

Ni sus miradas ni sus lágrimas distrajeron a la reclusa; sus manos permanecieron cruzadas, su boca muda, sus ojos fijos; pero para los que sabían la historia de la reclusa, aquel zapatito, mirado insistentemente de aquella manera, desgarraba el corazón.

Las tres compañeras no habían pronunciado aún una sola palabra, no se atrevían a hablar ni en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel gran olvido, donde todo desapareciera menos un objeto insignificante, las impresionaba como un altar mayor en día de Pascua o de Navidad. Callaban, meditaban y sentían deseos de arrodillarse, pareciéndoles que acababan de penetrar en una iglesia en el día de las tinieblas.

Por fin Gervasia, la más curiosa de las tres y por consiguiente la menos sentimental, probó a hacer hablar a la reclusa.

—¡Hermana, hermana Gudula!…

La llamó tres veces, levantando la voz poco a poco; pero la reclusa ni se meneó, ni dijo una palabra, ni lanzó una mirada, ni un suspiro, ni dio seña-

les de vida.

Luego Oudarda la llamó con acento más dulce y cariñoso; pero ella continuó sumida en el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—¡Qué mujer tan particular! ¡No la despertará ni una bombarda! —exclamó Gervasia.

—Tal vez sea sorda —dijo Oudarda suspirando.

—O ciega —añadió Gervasia.

—O muerta —repuso Mahieta.

Si el espíritu no había abandonado ya a aquel cuerpo inerte y aletargado, por lo menos se había retirado y escondido en tales profundidades, que llegaban a ellas las percepciones de los órganos exteriores.

—Será preciso —dijo Oudarda— dejar la torta en la ventana, pero la cogerá algún pillete. ¿Qué haríamos para despertarla?

Eustaquio, distraído hasta aquel momento por un carretoncillo que arrastraba un gran perro y que acababa de pasar, advirtió entonces que sus tres conductoras miraban algo por la ventanilla; sintió curiosidad y se encaramó hasta un poyo, se puso de puntillas y asomó por la reja su grueso y colorado semblante, gritando: —¡Madre, yo también quiero verlo!

La voz del niño, clara, fresca y argentina, estremeció a la reclusa. Volvió la cabeza con el movimiento brusco de un resorte de acero, sus descarnadas manos separaron los cabellos que le ocultaban la frente y fijó en el niño una mirada atónita, amarga y desolada. Aquella mirada fue un relámpago.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó de pronto, ocultando la cabeza entre las rodillas—; ¡siquiera no me hagáis ver otros!…

—¡Buenos días, señora! —la dijo el chiquillo con gravedad.

Mientras, la impresión que recibió la desventurada madre la había despertado, digámoslo así. Un calofrío recorrió todo su cuerpo desde la cabeza hasta los pies; rechinaron sus dientes y medio alzó el rostro, apretando los codos contra las caderas y cogiéndose los pies entre sus manos para calentárselos.

—¡Oh, qué frío tengo!…

—¡Pobre mujer! ¿Queréis que os traiga lumbre? —le preguntó Oudarda profundamente conmovida.

Movió la cabeza haciendo signo negativo.

—Entonces —repuso Oudarda presentándola un frasco— aquí tenéis hipocrás que os abrigará el estómago. Bebed.

Movió la reclusa otra vez negativamente la cabeza, miró a Oudarda fijamente y la respondió: —Agua.

—No, hermana, esa bebida es perjudicial en enero. Es mejor que bebáis un poco de hipocrás, y comáis esta torta de maíz que hemos cocido para dárosla —insistió en decirle Oudarda.

Rechazó la desgraciada la torta que le presentaba Mahieta, y dijo: —Pan negro.

—Vamos —dijo también Gervasia, movida a compasión y quitándose su abrigo de lana—: tomad esto, que os abrigará más que vuestro traje. Echáoslo sobre los hombros.

La presa rehusó el abrigo, como había rehusado el frasco y la torta, respondiendo: —Un hábito.

—Es justo que advirtáis que ayer fue día de fiesta —repuso Oudarda.

—Ya lo sé —contestó la penitente—. Hace ya dos días que no tengo agua en el cántaro.

Luego añadió, tras breve pausa:

—Es día de fiesta y me olvidan; hacen bien. ¿Para qué se ha de acordar el mundo de mí, si yo no me acuerdo de él? A carbón apagado, ceniza fría.

La infeliz dejó caer la cabeza sobre sus rodillas como fatigada de haber hablado tanto. La sencilla y caritativa Oudarda, que creyó comprender que se quejaba de frío, la dijo candorosamente:

—Entonces, ¿querréis lumbre?

—¡Lumbre! —exclamó la reclusa con acento extraño—; ¿traeréis también lumbre para la pobre criatura que está bajo tierra hace quince años?

Se incorporó la penitente sobre sus rodillas: sus miembros temblaban, su palabra era vibrante, y sus ojos lanzaban chispas; de pronto extendió la des-

carnada mano hacia el niño, que la miraba asombrado, y gritó: —¡Llevaos a ese niño, que va a venir la gitana!

Cayó entonces de bruces al suelo, y su frente chocó con las losas del pavimento, produciendo el ruido de una piedra que cae sobre otra piedra. Las tres mujeres creyéronla muerta; pero unos instantes después, hizo algunos movimientos, y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y las manos, hasta el rincón donde estaba el zapatito. Entonces no se atrevieron a mirar, ni la vieron más; pero oyeron besos y suspiros mezclados con gritos de dolor y con ecos sordos, como los de una cabeza que se da golpes en la pared; después de tan violento espectáculo, que hizo estremecer a las tres amigas, no oyeron ya nada.

—¡Si se habrá matado! —dijo Gervasia, probando si podía meter la cabeza por la ventana—; ¡hermana, hermana Gudula!

—¡Hermana Gudula! —repitió Oudarda.

—¡Dios mío! ¡Está inmóvil! ¿Si se habrá matado? —repitió Gervasia.

Sofocada Mahieta hasta entonces por las otras dos, hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo, y dijo:

—Esperad —y acercándose a la ventana, gritó—: ¡Paquita! ¡Paquita la Chantefleuri!

Un niño, que sin saber lo que se hace juega con la mecha mal encendida de un petardo y lo hace estallar ante sus ojos, no queda más sorprendido que quedó Mahieta al ver el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Se estremeció la reclusa, se puso en pie, y saltó a la ventana con ojos tan encendidos, que Mahieta, Oudarda y Gervasia y el niño retrocedieron hasta el pretil del muelle. Pero el rostro terrible de la reclusa apareció; no podía pasar las rejas de la ventana.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó, lanzando una carcajada espantosa—, ¡la gitana me llama!

Fijó en aquel instante la mirada en una escena que pasaba en la picota. Arrugóse su frente de horror, sacó fuera de la ventana sus brazos de esqueleto, y gritó con voz semejante al gemido de un moribundo:

—¡Eres tú, hija de Egipto! ¡Eres tú la que me llamas, ladrona de criaturas! ¡Maldita seas! ¡Maldita! ¡Maldita! ¡Maldita!

IV. Una lágrima por una gota de agua

Las anteriores imprecaciones constituían, como si dijéramos, el punto de unión entre dos escenas que se desarrollaban paralelamente en el mismo instante; una de ellas era la que ocurría en la cueva de la reclusa, y la otra la que vamos a presenciar en la escalera de la picota. La primera solo tuvo por testigos a las tres mujeres, pero la segunda tenía por espectador a todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de la Grève, en torno de la picota y del patíbulo.

Los cuatro soldados que desde las nueve de la mañana hacían centinela en los cuatro ángulos de la picota, haciendo esperar a la muchedumbre una ejecución de segunda clase, si no la de un ahorcado, la de unos buenos azotes, la de alguna desorejadura o cosa semejante, tuvieron necesidad más de una vez de apretar a aquel público que aumentaba sin cesar.

Aquel populacho, disciplinado prácticamente para esperar las ejecuciones públicas, no demostraba gran impaciencia; se entretenía en contemplar la picota, especie de meseta muy sencilla, compuesta de un cubo de mampostería de diez pies de altura y hueca por el interior: graderío muy pendiente de piedra sin labrar, que se llamaba por excelencia la *escala*, conducía a la plataforma superior, sobre la que había una rueda horizontal de madera de encina maciza; sobre dicha rueda ataban al reo de rodillas y con los brazos ligados a la espalda; un puntal de madera, que movía un cabrestante oculto en el interior, imprimía movimiento de rotación a la rueda, que se mantenía siempre horizontal, y que de este modo presentaba sucesivamente la cara del reo a todos los puntos de la plaza. Esto se llamaba rodar o dar vueltas a un criminal.

La picota de la Grève no ofrecía los primores de la de los Mercados; no era nada en ella arquitectónico ni monumental, ni tenía techo con cruz de

hierro, ni linterna octógona, ni sutiles columnatas terminando en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canalones, ni de fina escultura entallada en la piedra; era preciso contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote, reforzados de greda, y con una miserable horca de piedra a su lado.

El espectáculo era pobre para los aficionados a la arquitectura gótica; pero eran poco instruidos en punto a monumentos los ignorantes de la Edad Media, y no apreciaban la belleza de una picota.

Llegó, por fin, el reo, atado a la trasera de una carreta, y cuando le subieron con una cuerda a la plataforma y le pudieron ver desde todos los puntos de la plaza, sujeto con sogas y correas a la rueda de la picota, una inmensa silba y un murmullo de risas y de aclamaciones estallaron en la plaza. El público había reconocido a Quasimodo. Él era, en efecto.

Extraño cambio, singular contraste entre el Quasimodo de la víspera y el Quasimodo de hoy. Hoy le sacaban a la vergüenza para ser castigado en la misma plaza en que la víspera fue aclamado y proclamado papa de los locos, llevando entre su comitiva al duque de Egipto, al rey de Tunia y al emperador de Galilea.

No había nadie entre aquel gentío, ni aun él mismo, ayer triunfante y ahora reo, que echara de menos en aquel espectáculo Gringoire y su filosofía.

El trompeta jurado del rey nuestro señor, Miguel Noiret, impuso silencio al pueblo, y pregonó la sentencia, según la ordenanza y por orden del preboste, y luego se replegó detrás de la carreta con su acompañamiento, que usaba sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, ni siquiera pestañeaba; haciendo inútil su resistencia, lo que se llamaba en el estilo de la cancillería criminal *la vehemencia y la firmeza de las ataduras*, lo que significa que las correas y las cadenillas le entraban probablemente en las carnes, costumbre añeja de presidio y de galera que no se ha perdido todavía.

El reo se dejó atar y encadenar con indiferencia, y solo se podía traslucir en su rostro el asombro del salvaje y del idiota: los que sabían que era sordo, podían haber creído que era ciego también.

Hincáronle de rodillas sobre la plancha circular, sin resistencia, y de este modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura, amarrándo-

le con un nuevo sistema de correas y de hebillas; y solo a veces daba un ruidoso resoplido, como un becerro cuya cabeza pende y se bambolea fuera de la carreta del carnicero.

—¡Qué ganso! —explicó Juan Frollo a su amigo Robin Poussepain, porque los dos estudiantes acudían siempre a toda clase de espectáculos—; ¡tiene menos alientos que abejorro metido dentro de una caja!

Rióse mucho el gentío al ver la espalda de Quasimodo, y su pecho de camello y sus hombros velludos y carnosos; en medio de la algazara que produjo en el público, subió a la plataforma, y fue a colocarse junto al reo un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la ciudad. Pronto circuló su nombre entre el público; aquel hombre era maese Pierrat Torterne, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por colocar en un ángulo de la picota un reloj negro de arena, cuya cápsula superior estaba llena de arena roja, que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse después la ropilla de dos colores, y tomó con la mano derecha un látigo delgado y sutil de correas blancas, delgadas, nudosas y trenzadas y armadas con garfios de metal, mientras con la mano izquierda se arremangaba sereno la manga de la camisa del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba mientras Juan Frollo, encaramado sobre los hombros de su amigo Robin, y levantando por encima de la gente la cabeza rubia y rizada:

—Vengan aquí los caballeros y las señoras a ver azotar interinamente a maese Quasimodo, campanero de mi hermano, el arcediano de Josas, que es una muestra de la arquitectura oriental, pues tiene por espinazo una cúpula y por piernas dos columnas torcidas.

Por fin, el verdugo dio una patada, y la rueda empezó a girar; Quasimodo se bamboleó con las correas, y el asombro que se pintó de súbito en su deforme rostro, dio nuevo motivo a la alegría general.

De repente, cuando la rueda en su revolución presentó a maese Pierrat la espalda de Quasimodo, levantó el brazo, y las finas correas silbaron en el aire y cayeron con furia sobre las espaldas del desventurado. Saltó Quasimodo sobre sí mismo, como si despertara de súbito, y entonces empezó a comprender lo que aquello significaba. Se retorció bajo sus ataduras, terrible contracción de sorpresa y de dolor movió los músculos de su rostro,

pero no exhaló ni un suspiro; solo movió la cabeza hacia atrás, a derecha o izquierda, como un toro picado por un tábano.

Un segundo azote siguió al primero, y luego otro y luego ciento; la rueda no dejaba de dar vueltas, ni los azotes de llover. Pronto saltó la sangre, y se la vio correr a hilos por las negras espaldas del jorobado, y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotación, la lanzaban a gotas, salpicando al gentío.

Quasimodo, al menos en la apariencia, recobró su primitiva impasibilidad; primero probó sordamente, y sin producir sacudida exterior, a romper sus ligaduras; se iba encendiendo su único ojo, se contraían sus músculos, se recogían sus miembros, y se tendían las correas y las cadenillas; el esfuerzo era poderoso, pero inútil; las viejas cadenas del Prebostazgo lo resistieron, rechinaron y nada más. Quasimodo quedó sin fuerzas; en su rostro sucedió al estupor la convicción de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y se hizo el muerto.

Y ya no se movió; no pudieron arrancarle un movimiento, ni su sangre, que no dejaba de correr; ni los azotes, cuya furia era cada vez mayor; ni la cólera del atormentador, que se excitaba a sí mismo, embriagándose con la ejecución; ni el silbido de las horribles correas aceradas y sonoras.

Al fin, un ujier del Chatelet, vestido de negro, jinete sobre un caballo del mismo color, que estuvo de centinela al lado de la escala desde el comienzo de la ejecución, extendió hacia el reloj de arena su varita de ébano. Se detuvo el atormentador, paró la rueda, y el ojo de Quasimodo se fue abriendo lentamente.

Había terminado la flagelación: dos ayudantes del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotándolas con cierto ungüento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta en forma de casulla; mientras maese Pierrat retorcía, haciéndolas gotear, las disciplinas rojas y empapadas en sangre.

Pero no había terminado del todo el suplicio de Quasimodo; le faltaba sufrir la hora de picota, que maese Florián Barbedienne había tan juiciosamente añadido a la sentencia del caballero de Estonteville, para mayor gloria del antiguo fisiológico y psicológico *calembour* de Juan de Cumène: *Surdus absurdus*.

Volvieron, pues, el reloj de arena, y dejaron al pobre jorobado sobre la plataforma, para que la justicia siguiese sus trámites.

El pueblo, sobre todo en la Edad Media, era en la sociedad lo que el niño en la familia: mientras permanecía en el estado de ignorancia primitiva, de menor edad moral e intelectual, podía decirse de él, como de los niños, que está en la *edad sin compasión*. Vimos ya que Quasimodo era generalmente aborrecido, en verdad, por más de una justa causa. Apenas había entre la muchedumbre un solo espectador que no tuviese, o no creyese tener, motivo de queja contra el jorobado de Nuestra Señora. Al verle aparecer en la picota, la alegría fue general; el cruel castigo que acababa de sufrir y la violenta postura en que le habían dejado, en vez de enternecer al populacho, encarnizó su odio y aumentó su gozo.

Por eso después de satisfacer a la *vindicta pública*, como suele decirse aún hoy día hablando en la jerigonza judicial, les llegó el turno a las venganzas individuales. Aquí, lo mismo que en la sala mayor del palacio de Justicia, las mujeres fueron las más crueles: todas le aborrecían, unas por su malicia, y otras por su fealdad. Estas últimas eran las más furiosas.

—¡Es más feo que la máscara del Anticristo! —decía una.

—¡Es un jinete de palo de escoba! —gritaba otra.

—¡Vaya un gesto raro! ¿Quién le hubiera hecho papa de los locos, si la elección hubiese sido hoy?…

—Hoy hace la mueca de la picota; ¿cuándo hará la de la horca? —añadía una vieja.

—¿Cuándo te veremos con la gran campana sobre la cabeza, a cien pies bajo tierra, campanero maldito?

—¡Ese diablo es el que toca a Ave María!

—¡Pícaro sordo, corcovado, tuerto, monstruo!

—¡Eres capaz de hacer abortar a una preñada, más pronto que las medicinas de las boticas!

Los dos estudiantes, Juan Frollo y Robin Poussepain, cantaban a grito pelado el viejo estribillo popular:

Un cuchillo
para el pillo,
un tizón
para el bribón.

Sobre el desgraciado Quasimodo no solo llovían mil injurias, silbidos, imprecaciones y risas, sino también piedras. Quasimodo estaba sordo, pero veía claro, y el furor de la plebe no se retraía con menos energía en los semblantes que en las palabras; por otra parte, las pedradas le explicaban las burlas y las risas. Al principio estuvo sereno, pero poco a poco su paciencia, que no se desmintió durante el tormento, rindióse a las picaduras de los insectos. Los toros de buena raza, que sufren los ataques del picador, se irritan de los perros y de las banderillas.

Empezó a pasear lentamente por la multitud su mirada amenazadora; pero como estaba sujeto, su mirar no consiguió hacer huir al millar de moscas que picaban su llaga; entonces se agitó entre sus ligaduras y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la vieja rueda de la picota; pero esto solo sirvió para aumentar los silbidos y las burlas del populacho. Entonces, no pudiendo romper su collar de fiera aherrojada, volvió a su inmovilidad; solo de vez en cuando un suspiro de rabia hinchaba las cavidades de su pecho. Su rostro no manifestaba ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del civilizado, y demasiado cerca del estado de naturaleza para conocer la vergüenza; además, en su deformidad, ¿es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor y la desesperación cubrían lentamente aquella faz repulsiva con una nube, cada vez más sombría, cada vez más cargada de electricidad, que descargaba en relámpagos en el ojo del cíclope.

Dicha nube se despejó un momento al pasar por entre la multitud, en la que cabalgaba un sacerdote. Desde que Quasimodo vio de lejos al hombre y al animal, se serenó su semblante; al furor que le desencajaba sucedió una sonrisa amable, llena de mansedumbre y de ternura. A medida que se acercaba el eclesiástico, era más marcada la sonrisa y más radiante; parecía que presentía el desdichado la llegada de un salvador. Cuando la mula se aproximó a la picota lo suficiente para que su jinete pudiese reconocer al campanero, bajó los ojos el sacerdote, volvió luego las riendas, y metió espuelas a la cabalgadura, como si le faltase el tiempo para desembarazarse de peticiones humillantes, y no tuviese deseos de que le reconociera y saludase un po-

bre diablo en tan vergonzante situación. Aquel sacerdote era el arcediano Dom Claudio Frollo.

Al ver desaparecer a este, la negra nube volvió a reaparecer en el rostro de Quasimodo, permaneciendo en él algún tiempo aún la sonrisa, pero ya cruel y profundamente triste.

Hora y media había transcurrido desde que el desventurado campanero de Nuestra Señora se hallara expuesto a la vergüenza, escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y dilapidado algunas veces.

De pronto volvió a agitarse bajo sus ligaduras con tal desesperación, que hizo temblar todo el armazón que le sostenía, y rompiendo el silencio, que guardaba con obstinación, gritó con voz ronca y furiosa, más semejante a ladrido de perro que a acento humano.

—¡Agua!

Esta exclamación de angustia, en lugar de excitar la compasión del público, aumentó la diversión del populacho que rodeaba la picota, y que, justo es advertirlo, considerado como muchedumbre, como masa, no era menos cruel ni menos brutal que la salvaje tribu de hampones que dimos a conocer al lector, y que formaba entonces la capa inferior del pueblo. Ni una sola voz se levantó en torno del paciente más que para burlarse de su sed. Verdad es que en aquel trance era más grotesco y repugnante que a propósito para excitar la compasión; su faz estaba purpurina y reluciente de sudor, su ojo bizco, su boca espumante de cólera y de dolor, y su lengua fuera de la boca; justo es también añadir, que si hubiera habido entre aquella canalla alguna alma caritativa que hubiera querido llevar un vaso de agua a aquel desventurado, reinaba en torno de la picota tal preocupación de vergüenza e ignominia, que la hubiera hecho desistir de tan humanitario pensamiento.

Pasados algunos minutos, mirando Quasimodo con desesperación a la multitud, repitió aún con voz más desgarradora la palabra:

—¡Agua!

Todo el público se echó a reír.

—Bebe esto —le gritó Robin, tirándole a la cara un trapo viejo empapado en el arroyo—. Toma, pícaro sordo; ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le arrojó una piedra a la cabeza, diciéndole:

—Para que nos despiertes por la noche con tu maldito campaneo.

—¿Todavía nos echarás sortilegios desde las torres de Nuestra Señora? —le decía un tullido, procurando atizarle con su muleta.

—Ahí tienes una taza para beber —añadió un hombre, disparándole al pecho un tiesto de cántaro—. Tú has conseguido que mi mujer abortase un niño con dos cabezas, solo con pasar por su lado.

—¡Agua! —volvió a gritar Quasimodo, ahogándose.

En aquel momento la multitud dejó paso a una joven caprichosamente vestida: acompañábale una cabrita blanca con cuernos dorados, y llevaba en la diestra una pandereta.

Centelleó el ojo de Quasimodo. Aquella mujer era la gitana que intentó robar la noche anterior, por lo que comprendía confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo cual se equivocaba, pues le castigaban por la desgracia de ser sordo, y haber sido juzgado por otro sordo.

Creyó, pues, que la gitana iba también a vengarse como los demás.

Subió rápidamente las gradas de la escala. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido quemar, la gitana hubiera sido hecha cenizas antes de llegar al tablado.

Se aproximó sin hablar al paciente, que forcejeaba por evitar su venganza, y desatando una calabaza que llevaba en la cintura, la acercó suavemente a los labios de Quasimodo. Entonces, en aquel ojo tan seco y tan estéril hasta este instante, viose rodar una gruesa lágrima, que cayó lentamente a lo largo del rostro, desfigurado aún más por la desesperación. Aquella era quizás la primera lágrima que el cuitado derramara en toda su vida.

En tanto se olvidaba de beber, pero la gitana hizo el gracioso mohín que acostumbraba, y apoyó sonriendo el gollete de la calabaza en la dentuda boca de Quasimodo: este bebió de prisa y mucho; su sed era devorante.

Cuando acabó de beber, alargó el jorobado sus negros labios, sin duda para besar la hermosa mano que acudió a socorrerle; pero la muchacha, que acaso desconfiaba de Quasimodo, acordándose de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró la mano asustada, como un niño temeroso de que le muerda una bestia.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de indecible ternura.

En cualquier parte fuera un espectáculo patético el que presentaba aquella amable criatura, fresca, lozana, pura y débil al mismo tiempo, acudiendo compasivamente en auxilio de tanta miseria, de tanta malicia y de tanta deformidad; pero junto a una picota, aquel espectáculo era sublime.

Hasta la plebe se conmovió, y gritaba:

—¡Bien! ¡bien! ¡bravo!

En este momento fue cuando la reclusa vio desde la ventanilla de su cueva a la bella gitana, y cuando la lanzó aquella siniestra imprecación:

—¡Maldita seas, hija del Egipto! ¡Maldita! ¡maldita! ¡maldita!

V. Fin de la historia de la torta de maíz

Palideció Esmeralda, y temblorosa bajó de la picota. La voz de la penitente continuó persiguiéndola y gritando:

—Baja, baja, ladrona de Egipto, que tú volverás a subir a la fuerza.

—Ya la dan los arrebatos a la reclusa —exclamó la gente murmurando, y no dijo nada más; temía a esas mujeres, y este temor las hacía sagradas para él, y no había ni un solo individuo que se indispusiese de grado con quien rezaba día y noche.

Llegó la hora de soltar a Quasimodo; le desataron, y se dispersó el gentío que ocupaba la plaza de la Grève.

Cerca del puente Grande, Mahieta, que volvía a casa con sus dos compañeras, se paró de repente, diciendo a su hijo:

—Ahora que recuerdo, Eustaquio, ¿qué hiciste de la torta?

—Madre —la respondió el muchacho—, mientras hablabais con la mujer de la cueva, llegó un perrazo y me mordió la torta, y entonces también yo la di un bocado.

—¿Cómo un bocado, si te la has comido toda?

—Madre, ¡fue el perro! ya le reñí, pero no me hizo caso, y entonces fue cuando yo me comí el resto.

—Es un niño atroz —repuso la madre sonriéndose y regañándole al mismo tiempo—. ¿Sabéis, Oudarda, que él solito se come ya todas las cerezas de nuestra huerta de Charlerange? Por eso su abuelo dice que ha de ser capitán. ¡Cuidado que vuelva a suceder esto otra vez! ¡Anda, tragón!

---

1. Este cometa, por causa del cual mandó hacer rogativas públicas el papa Calixto, tío de Borgia, es el mismo que volvió a aparecer en 1835.

2. Distintivo de las mujeres públicas de aquella época.

3. El pueblo, que pronuncia mal el francés, hizo de esas palabras su *calembour*, por el que denominaba a esta cueva *Trou-aux-Rats* (Ratonera).

Libro séptimo

I. Inconvenientes de confiar secretos a una cabra

Han pasado varias semanas. Eran los primeros días de marzo, uno de esos días de primavera, tan apacibles y tan suaves de París, en los que toda la población se desparrama por sus calles y paseos, y los celebra como días de fiesta; en esos días de gran claridad, serenos y templados, hay ciertas horas en las que debe admirarse la portada de Nuestra Señora; cuando el sol, ya declinando al occidente, mira casi de frente a la catedral; sus rayos, cada vez más horizontales, se retiran poco a poco del pavimento de la plaza, y suben a lo largo de la fachada perpendicular, cuyas bellas e innumerables esculturas se destacan de la sombra, mientras que el gran rosetón central reluce como el ojo de un cíclope inflamado por las reverberaciones de la fragua.

A dicha hora y frente por frente de la catedral, enrojecida por el sol poniente, en un balcón de piedra practicado sobre un pórtico de una hermosa casa gótica, a la esquina de la plaza y de la calle del Compás, hermosas jóvenes charlaban, reían y loqueaban. En la longitud del velo que caía desde lo alto de su tocado, puntiagudo y adornado con perlas; en la finura de la gorguera bordada, que cubría sus hombros, mostrando, según la moda de entonces, el nacimiento de sus pechos virginales; en la opulencia de sus zagalejos de debajo, más ricos aún que los de encima; en la gasa, en la seda y

en el terciopelo con que se adornaban, y especialmente en la blancura de sus manos, que acusaban la ociosidad y el bienestar, se conocía que dichas jóvenes eran de alta alcurnia y ricas herederas. Pertenecían, en efecto, a la nobleza la señorita Flor de Lis de Goudelaurier y sus compañeras Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Columba de Gaillefontaine y la niña Champectevrier, doncellas de alto rango, que estaban juntas a la sazón en casa de la señorita viuda de Goudelaurier, porque monseñor de Beaujeu y su esposa debían visitar París por el mes de abril, para elegir en la capital algunas damas de honor para la delfina Margarita, cuando fuesen a recibirla a Picardía, donde debían entregarla los flamencos. Todos los hidalgos de treinta leguas a la redonda solicitaban tal honor para sus hijas, y ya muchos las habían llevado o enviado a París: las que se hallaban en este caso, las confiaron sus padres a la discreta y venerable custodia de la señora Aloisa de Goudelaurier, viuda de un antiguo jefe de los alabarderos del rey, que se había retirado con su hija única a su morada de la plaza del Atrio de Nuestra Señora.

Al balcón al que se asomaban las jóvenes se salía por una cámara ricamente tapizada de cuero de Flandes, de color leonado, guarnecido con follajes de oro. Las vigas que formaban el techo paralelamente, entretenían la vista con multitud de caprichosos relieves dorados. En los baúles cincelados brillaban aquí y allá espléndidos esmaltes; un hocico de jabalí, de loza, coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas pregonaban que la señora de la casa era viuda de señor de pendón y de caldera. En el fondo, al lado de alta chimenea blasonada, estaba sentada en un sillón de terciopelo bermejo la viuda de Goudelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no solo estaban escritos en su rostro, sino en su traje. A su lado y de pie se hallaba un joven de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona, uno de esos hombres que pasan por buenos mozos entre todas las mujeres, aunque los miran con desdén los hombres graves e inteligentes. Dicho joven vestía el brillante uniforme de capitán de arqueros de la guardia del rey, traje semejante al de Júpiter, que describimos en el libro primero de esta historia.

Estaban sentadas las doncellas, unas en la sala, otras en el balcón, bien sobre almohadones de terciopelo de Utrech con rapacejos de oro, bien acomodadas en taburetes de encina esculpidos con flores y con figuras. Sostenían cada una de ellas sobre las rodillas una parte de un gran tapiz hecho con la aguja, en el que trabajaban todas, y del cual colgaba un pedazo, ca-

yendo sobre la estera que cubría el suelo. Hablaban entre ellas con los cuchicheos y risitas propias de un conciliábulo de doncellas entre las que hay un hombre; un hombre cuya presencia bastaba para excitar el amor propio femenino, pero del que el joven no parecía preocuparse, porque se ocupaba sin distraerse en sacar brillo con su guante de piel de gamuza a la hebilla del cinturón.

A veces la señora anciana le dirigía la palabra en voz baja, y él la contestaba con cortesía torpe y casi obligada. En las sonrisas, en las señas de inteligencia de dicha señora, en los guiños que dirigía a su hija Flor de Lis, hablando aparte con el capitán, fácil era conocer que se trataba de algún proyecto matrimonial, de próxima boda, sin duda, entre el joven y su hija; en la frialdad mal fingida del oficial, era también fácil de conocer que, al menos por su parte, no era aquello cuestión de amor. Todo en el capitán indicaba la incomodidad y el hastío, que nuestros oficiales de guarnición traducirían hoy con estas palabras: ¡Qué maldito servicio!…

La buena señora, encaprichada con su hija, como casi todas las madres, no comprendía la falta de entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle notar la maestría con que Flor de Lis manejaba la aguja y devanaba el ovillo.

—Miradla —le decía al capitán, tirándole de la manga para hablarle al oído—; miradla, ahora se baja.

—Es cierto —respondíale este, y volvía a caer en su distracción y en su glacial silencio.

Poco después, Flor de Lis se inclinaba otra vez hacia el suelo, y la señora Aloisa le decía al capitán:

—¿Habéis visto jamás mujer más completa que vuestra prometida? ¿Más blanca o más rubia? ¿No parece su cuello puro y torneado el de un cisne? ¡Qué dichoso sois por haber nacido hombre, picaruelo, libertino! ¿No es cierto que Flor de Lis es tan hermosa que hechiza y que estáis loco por ella?

—En eso no cabe duda —respondía el joven, pensando en cualquiera otra cosa.

—Vamos, habladla —le dijo de pronto la viuda, empujando al capitán hacia su hija—. Decidla algo; ¿os habéis vuelto tímido?

Podemos afirmar que no era la timidez la virtud ni el defecto saliente del capitán, pero procuró obedecer.

—Discreta Flor de Lis, ¿queréis explicarme el asunto de la faena de tapicería que estáis bordando?

—Distraído capitán —le contestó la joven con un acento que traslucía el despecho—, ya os lo he dicho tres veces; es la gruta de Neptuno.

Verdaderamente Flor de Lis interpretaba con más sagacidad que su madre la indiferencia y la distracción del oficial, y este comprendió que era ya preciso entablar la conversación de un modo o de otro.

—¿Adónde destináis esa gruta?

—A san Antonio de los Campos —repuso Flor de Lis sin levantar la vista de su faena.

Cogió el capitán una punta del tapiz, y preguntó:

—¿Quién es ese gendarme gordo que hincha los carrillos soplando en la trompeta?

—Tritón —respondió la joven.

Continuaba resentida al parecer Flor de Lis; el capitán comprendió que era preciso ya decirla al oído una flor, una galantería, algo que la desenojase; se inclinó hacia ella, pero no pudo hallar en la imaginación nada más íntimo ni más tierno que lo siguiente:

—¿Por qué usa vuestra madre corpiño blasonado como nuestras abuelas de la época de Carlos VII? Decidle que eso ya no se lleva, y que el gozne y el laurel de su blasón heráldico, bordados en forma de escudo en sus faldas, hacen que se semeje a una chimenea andando. Os juro que ya en la actualidad ningún noble se sienta sobre sus armas.

Fijó en él Flor de Lis la vista con expresión de reproche, y le dijo también en voz baja:

—¿Todo eso es lo que me juráis?…

Mientras, la viuda noble, contenta de ver a los jóvenes juntos y cuchicheando, decía, jugando con los broches de su *Ejercicio cotidiano*.

—¡Interesante cuadro de amor!

El capitán, cada vez más confuso, volvió a contemplar el tapiz, y exclamó:

—¡Verdaderamente este trabajo es soberbio!

Al escuchar este elogio, Columba, otra hermosa rubia de cutis blanco ricamente vestida de damasco azul, aventuró tímidamente una pregunta que dirigió a Flor de Lis, con la esperanza de que el hermoso capitán respondiera.

—¿Habéis visto, querida mía, las tapicerías del palacio de la Roche-Guyón?

—¿No está en ese palacio el jardín de la Lavandera del Louvre? —preguntó riendo Diana de Christeuil, que poseía hermosísimos dientes, y que, naturalmente, se reía siempre.

—¿No es donde está el torreón grande de la antigua muralla de París? —añadió Amelota de Montmichel, bella y fresca morena, que tenía la costumbre de suspirar, como la otra de reír, sin saber por qué.

—¿Habláis, sin duda —preguntó la señora Aloisa—, del palacio que pertenecía al señor de Bacqueville en tiempo de Carlos VI? Pues efectivamente; allí hay antiguas y preciosas tapicerías.

—¡Carlos VI!… —refunfuñó el capitán, retorciéndose el bigote—. ¡La buena señora recuerda unas antiguallas!…

—¡Pocas tapicerías quedan tan famosas como aquellas!… —continuó diciendo la madre de Flor de Lis.

En este momento, Berenguela de Champectevrier, esbelta niña de siete años, que miraba a la plaza por entre los hierros del balcón, gritó:

—¡Oh! mira, Flor de Lis, mira, madrina, una bailarina muy bonita; danza en la plaza y toca la pandereta dentro de un corro.

Se oía, en efecto, el eco sonoro de la pandereta.

—¡Será alguna gitana! —contestó Flor de Lis, mirando con desdén hacia la plaza.

—¡Veamos! ¡Veamos! —gritaron sus vivas compañeras, y corrieron todas hacia el balcón, mientras que Flor de Lis, pensativa por no saber a qué atri-

buir la frialdad de su novio, las seguía con lentitud, y este, salvado por este incidente de seguir una conversación enojosa para él, se dirigió al fondo de la estancia con el aire satisfecho de un militar relevado de servicio. Sin embargo, era halagüeño y codiciado servir a Flor de Lis, y al mismo capitán así le había parecido en otros tiempos; pero se fue fatigando poco a poco y la perspectiva de un próximo enlace le enfriaba más cada día; además, era hombre inconstante y de gustos vulgares. Era hijo de noble cuna, pero con la vida militar había adquirido costumbres soldadescas; le gustaba la taberna con todas sus consecuencias, y se encontraba en su elemento oyendo y diciendo palabrotas entre galanteos militares, fáciles mujeres y fáciles éxitos. Recibió, sin embargo, de su familia buena educación, pero empezó desde muy joven a correr mundo y a cursar cuarteles, y cada día el barniz de caballero desaparecía con el áspero roce de su tahalí de gendarme. Sin dejar de visitar a Flor de Lis por un resto de dignidad, sentíase fastidiado el bueno del capitán en casa de esta, porque a fuerza de subdividir su amor en toda clase de lugares, reservaba muy poco para ella, y porque estando entre damas tan distinguidas, tan frías y tan severas, temía a cada instante que de su boca, acostumbrada a juramentos y feas palabras, se escapase alguna frase de taberna o alguna inconveniencia que le desacreditase. Todo esto se confundía en él con grandes pujos de elegancia, de lujo y de tener buena figura. Compagine el lector como pueda estos datos, que yo no soy más que historiador.

Hacía pocos instantes que, pensando o sin pensar, se apoyaba sin hablar en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de pronto, le dirigió la palabra; la pobre niña solo le reñía por defender su corazón.

—¿Os acordáis de vuestro relato, aquel en que librasteis de unos salteadores hace dos noches a una gitana, yendo de ronda por las calles de la capital?

—Sí, lo recuerdo —contestó el capitán.

—Quizá sea esa gitana la que está bailando en la plaza. Venid a ver si la conocéis, Febo.

Se traslucía secreto deseo de reconciliación al indicarle que se acercase a ella y en llamar al capitán por su nombre. El capitán Febo de Chateaupers (porque él era, en efecto) se acercó al balcón muy despacio.

—Mirad —le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente la mano en el brazo de Febo—; mirad a aquella muchacha que danza dentro del corro, ¿es vuestra gitana?

—Sí, la reconozco por la cabra —contestó el capitán, después de mirarla atentamente.

—¡Qué cabra más bonita! —exclamó Amelota juntando las manos con admiración.

—¿Sus cuernos son de oro? —preguntó Berenguela.

Sin moverse del sillón preguntó la señora Aloisa:

—¿Es una de las gitanas que entraron el año pasado por la puerta de Gibard?

—Esa puerta se llama ahora puerta del Infierno —le contestó con dulzura Flor de Lis.

La hija de la viuda sabía que desagradaban al capitán las palabras arcaicas de su madre; esta ya comenzaba a murmurar:

—¡La puerta Gibard! ¡Por ella pasó el rey Carlos VI!

—Madrina —exclamó Berenguela, que tenía ojo avizor y que se había fijado de pronto en la cima de las torres de Nuestra Señora—, ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las muchachas alzaron la vista y contemplaron a un hombre, que estaba apoyado de codos en la baranda más alta de la torre septentrional que mira hacia la plaza de la Grève. Era un sacerdote: se veían con claridad su balandrán y su rostro, apoyado en las dos manos, pero estaba tan inmóvil como una estatua. Sus ojos estaban fijos en la plaza; su inmovilidad era la del milano que mira un nido de gorriones.

—Es el señor arcediano de Josas —contestó Flor de Lis a la niña.

—Buena vista tenéis si desde aquí le conocéis —repuso Columba.

—Contempla extático a la bailarina —añadió Diana.

—Pues que se guarde de él, que es enemigo de los gitanos —dijo Flor de Lis.

—Es lástima que ese hombre la mire con malos ojos, porque baila perfectamente —repuso Amelota.

—Ya que conocéis a esa gitana, amigo Febo —dijo de repente Flor de Lis —, hacedla subir y nos divertirá un poco.

—Sí, sí —exclamaron todas las jóvenes dando palmadas de alegría.

—Pero eso es una locura —advirtió Febo—; ella se habrá olvidado de mí y yo no sé ni su nombre; en fin, ya que lo deseáis, procuraré complaceros; —e inclinándose sobre la baranda del balcón, comenzó a gritar:

—¡Eh, bailarina! ¡Bailarina!…

La gitana, que no tocaba la pandereta en aquel momento, volvióse hacia el punto donde la llamaban, fijó en el capitán su bella mirada y permaneció inmóvil.

—¡Eh, bailarina! —repitió Febo, llamándola otra vez con la voz y con el ademán.

La gitana le volvió a mirar, después se ruborizó, como si le hubiera pasado una llama por las mejillas, y poniéndose la pandereta bajo el brazo se dirigió, por en medio de los atónitos espectadores, hacia la puerta de la casa desde la que la llamaba el capitán, andando despacio, trémula y con la vista turbada del pájaro que cede a la fascinación de la serpiente.

Un momento después vieron las jóvenes separarse la cortina de tapicería de la puerta y aparecer la gitana, encendida, ruborosa y con la vista inclinada al suelo, sin atreverse a dar un paso más.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

Pero la bailarina permanecía inmóvil en el umbral de la puerta. Su aparición produjo singular efecto en aquel grupo de doncellas. Es seguro que animaba a todas vago e involuntario deseo de agradar al hermoso oficial, que el espléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones y que desde que entrara en la estancia existía en ellas cierta rivalidad secreta, sorda, de la que no sabían darse cuenta, pero que no por eso dejaba de revelarse en cada punto en sus palabras y en sus acciones; pero como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza, luchaban con armas iguales y cada una esperaba salir victoriosa. La llegada de la gitana rompió bruscamente este equilibrio, porque era tan extraordinaria su hermosura, que, en el

momento en que se presentó, la inundó el ambiente de una especie de luz que nacía de ella. En aquella cámara cerrada, entre el sombrío ceñidor de colgaduras y de artesonados, estaba mucho más linda y mucho más radiante que en la plaza pública, como la antorcha que pasa de la claridad del día a la oscuridad nocturna. Las doncellas, a pesar suyo, quedaron deslumbradas, sintiéndose humilladas hasta cierto punto ante la belleza de la gitana: por eso su humor cambió de repente sin que se dijeran ni una sola palabra, pero comprendiéndose perfectamente. Los instintos femeninos se comprenden y se responden con mayor rapidez que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga común, lo comprendieron así, y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para malhumorar a una asamblea de hermosas mujeres, basta la llegada de otra más hermosa, sobre todo cuando entre ellas solo hay un hombre.

Acogieron, pues, a la gitana con extrema frialdad. Miráronla de arriba abajo, después se miraron ellas entre sí, y ya no fue necesario que hablasen; se habían entendido. Entre tanto la joven esperaba que la dirigiesen la palabra, tan turbada, que no se atrevía a alzar los ojos.

Tuvo que entablar el diálogo el capitán.

—¡A fe mía —dijo con acento de intrépida fatuidad—, que es una mujer encantadora! ¿No es verdad, Flor de Lis?

Esta contestó al capitán con dulce afectación de desdén:

—No es fea.

Las demás cuchicheaban.

Por fin la señora Aloisa, que no era la menos envidiosa de todas, pero por cuenta de su hija, la dijo:

—Acércate, chiquilla.

—Acercaos, chiquilla —repitió con cómico orgullo Berenguela, que llegaría todo lo más a la cintura de la gitana.

Entonces esta se adelantó, acercándose a la noble viuda.

—Hermosa niña —le dijo Febo con énfasis, dando algunos pasos hacia ella—, no sé si puedo tener la satisfacción suprema de que me reconozcáis…

—¡Oh, sí! —contestó la gitana interrumpiéndole, con una sonrisa y una mirada llenas de inefable dulzura.

—No tiene mala memoria —observó Flor de Lis.

—Lo decía porque os escapasteis corriendo aquella noche: ¿es que os causé miedo?

—¡Oh, no! —respondió la gitana.

En el acento con que pronunció: *¡Oh, no! ¡Oh, sí!* una frase tras otra, había algo misterioso que ofendió a Flor de Lis.

—Por más señas me dejasteis en vuestro lugar —dijo el capitán, cuya lengua se desataba en cuanto hablaba con mujerzuelas—, un hombre-fenómeno, tuerto y jorobado, el compañero del obispo, al parecer. Creo que es el bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-tiempos, Pascua-Florida, Martes de Carnaval, o no sé cómo… un nombre de día de fiesta principal. ¡Se atrevió a robaros, como si fuerais miel para boca de bedeles!… ¿Qué diablos quería de vos semejante mochuelo?

—No lo sé —respondió Esmeralda.

—¡Habráse visto insolencia igual! ¡Atreverse un miserable campanero a robar una doncella como si fuese un vizconde!… ¡Osar un villano cazar en tierra de caballeros!… Pero al fin cara le ha costado esa insolencia. Maese Pierrat Tortorne es el más rudo palafrenero que siente la mano a los bribones, y puedo juraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del campanero ha probado ya el sabor de sus correas.

—¡Pobre hombre! —exclamó la gitana, recordando la escena de la picota.

El capitán soltó una carcajada.

—¡Cuerno de buey! ¡Vaya una comparación tan bien empleada como collar de oro en el cuello de un cerdo! Consiento en ser barrigudo como un papa si…

Se paró de repente y añadió luego:

—Perdonadme, señoritas; iba a decir una necedad.

—Lo hacía prever vuestro entusiasmo —le dijo Columba.

—Habla en su tono a esa mozuela —añadió a media voz Flor de Lis, cuyo despecho aumentaba por momentos, y que creció más aún al ver que el capitán, entusiasmado con la gitana, y sobre todo consigo mismo, hizo una pirueta, repitiendo con galantería cándida y soldadesca:

—¡Arrogante moza, a fe mía!

—Y raramente vestida —añadió Diana riendo y mostrando sus hermosos dientes.

Esta reflexión fue un rayo de luz para las demás jóvenes, que les hizo ver el flanco débil de la gitana. No pudiendo morder su belleza, se lanzaron a destrozarla el traje.

—Es verdad —repuso Amelota—; ¿quién te ha enseñado a caminar por las calles sin grillón ni paletina?

—Ese zagalejo es demasiado corto —añadió Columba.

—Hija mía —añadió con sobrada ironía Flor de Lis—, guardaos de que no os echen el gancho los soldados de la Docena por llevar ese cinturón dorado.

—Gitanilla —dijo Diana con su implacable sonrisa—, si cubrieras los brazos con mangas, como es debido, no los tostaría tanto el sol.

Era en verdad una escena digna de un espectador más inteligente que Febo el presenciar cómo aquellas hermosas jóvenes, con lenguas implacables, serpeaban, mordían y se ensañaban con la pobre bailarina ambulante; eran crueles y graciosas; examinaban y destrozaban con saña la pobre y loca *toilette* de la gitana con risas, ironías y humillaciones sin fe. Caían sobre ella los sarcasmos, las miradas aviesas y la compasión altiva; se parecían a aquellas jóvenes damas romanas que se divertían clavando agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; semejaban a una jauría de elegantes galgas cazadoras girando, con la nariz hinchada y con los ojos ardientes, en torno de una pobre corza de las selvas, que la presencia del amo les impide devorar.

¿Qué era, en efecto, para aquellas doncellas de noble alcurnia una pobre bailarina callejera? Se ocupaban de ella como si no estuviese presente y en voz alta, como de cosa bonita, pero abyecta y sucia. No era insensible la gi-

tana a tales alfilerazos. De vez en cuando la púrpura de la vergüenza o el rayo de la cólera inflamaba sus ojos o sus mejillas, y una palabra desdeñosa estaba a punto de brotar de sus labios, y hacía con desprecio el gracioso mohín que conocemos; pero permanecía inmóvil, fijando en el joven capitán la mirada triste, dulce y resignada, que expresaba también felicidad y ternura; parecía, además, contenerse por temor de que la echaran a la calle.

Febo reía también y tomaba el partido de la gitana, mezclando la impertinencia a la compasión.

—Dejadlas que hablen —repetía haciendo sonar sus espuelas de oro—; verdad es; vuestro traje es extravagante, pero eso nada significa cuando la mujer es hermosísima.

—¡Dios mío! —exclamó la rubia Columba—, parece que a los arqueros del rey les inflaman enseguida los buenos ojos de las egipcias.

—¿Y por qué no? —dijo Febo.

Al oír esta frase dicha con indiferencia, soltaron la risa Columba, Diana, Amelota y Flor de Lis, a cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana, que inclinara los ojos al suelo, en aquel instante los alzó radiantes de alegría y de orgullo, y fijó su mirada en el capitán; estaba entonces hermosísima.

La noble viuda se sentía ofendida sin saber el motivo.

—¡Virgen santa! ¿Qué es esto que me rebulle entre las piernas? ¡Ay! ¡Es un avechucho! —gritó.

Era la cabra, que acababa de entrar buscando a su ama y al correr hacia donde estaba enredó los cuernos en el montón de damasco que caía a los pies de la venerable señora cuando estaba sentada. Esto sirvió de nueva diversión a las jóvenes. La gitana desenredó a la cabra.

—¡Ay! ¡Esa cabrita tiene las patas de oro! —gritó Berenguela dando saltos de alegría.

Hincóse de rodillas la gitana y apoyó en su mejilla la cabeza del animalito, como si le pidiese perdón por haberle olvidado.

Mientras, Diana, inclinándose al oído de Columba, le dijo:

—No sé cómo antes no lo he comprendido. Esta es la gitana de la cabra, que tiene fama de bruja, cuya cabra hace monerías milagrosas.

—Pues bien —la contestó Columba—, es necesario que nos divierta a su vez y nos enseñe algún milagro.

Diana y Columba le dijeron a un mismo tiempo a Esmeralda:

—Que la cabra nos haga un milagro.

—No sé qué queréis decir —las contestó la bailarina.

—Que haga un milagro, una magia, una brujería.

—No os comprendo.

La gitana volvió a acariciar a la cabra.

En aquel instante vio Flor de Lis un saquito de cuero bordado suspendido del cuello del animal.

—¿Qué es eso que lleva al cuello? —preguntó a la gitana.

La bailarina alzó sus grandes ojos negros hacia la prometida de Febo y la respondió gravemente:

—Es mi secreto.

—Quisiera saber cuál es su secreto —pensó Flor de Lis.

Levantóse malhumorada la noble viuda y se dirigió a la gitana:

—Si no habéis de bailar ni tú ni la cabra, ¿qué hacéis aquí?

La gitana, sin responderle, se dirigió lentamente hacia la puerta, pero a medida que se acercaba a ella iba retardando el paso; invencible imán la retenía; de repente volvió hacia Febo los ojos húmedos de lágrimas y se paró.

—¡Vive Dios! —exclamó el capitán—; no hay motivo para irse así. Venid acá y bailad algo. Pero antes decidme, hermosa niña, cómo os llamáis.

—Esmeralda —repuso la bailarina, sin apartar los ojos del capitán.

Al oír este nombre extraño echáronse a reír las cuatro doncellas.

—¡Vaya un nombre ilustre! —dijo Diana.

—Por él se conoce que es una hechicera —repuso Amelota.

—Hija mía —dijo con voz grave la noble viuda—, no han pescado vuestros padres ese nombre en la pila bautismal.

Entretanto hacía ya algunos minutos que Berenguela, sin que nadie lo notase, había atraído a la cabra a un rincón de la cámara con la ayuda de un bizcocho, y luego de un momento fueron íntimas amigas. La curiosa niña desató el saquito que la cabra llevaba pendiente del cuello, lo abrió y tiró al suelo su contenido, que era un alfabeto, cuyas letras estaban escritas, cada una separada de la otra, en tablitas de boj. Apenas cayeron al suelo, vio la niña, con la mayor sorpresa, que la cabra cogía con su patita de oro ciertas letras y las arreglaba, empujándolas con suavidad, guardando entre ellas cierto orden; al cabo de pocos instantes resultó de la maniobra una palabra, que sin duda el animalito estaba muy acostumbrado a escribir, porque tardó poco en formarla, y Berenguela gritó, juntando las manos con admiración:

—¡Madrina! ¡Madrina! ¡Mirad lo que acaba de hacer la cabra!

Acudió a verlo Flor de Lis y se estremeció. Las letras arregladas en el suelo formaban esta palabra:

FEBO

—¿Eso lo ha escrito la cabra? —preguntó a Berenguela con voz excitada.

—Sí, madrina —contestó esta.

No podía ponerse en duda, porque la niña no sabía escribir.

—Este es su secreto —pensó Flor de Lis.

A los gritos de la niña se acercaron los demás, la noble viuda, las doncellas, la gitana y el capitán.

Al ver la bailarina lo que acababa de hacer la cabra, se puso primero encendida, después pálida, y se puso a temblar delante del capitán, que la contemplaba, sonriendo con satisfacción y con asombro.

—Febo —cuchicheaban las jóvenes estupefactas—; ¡ese es el nombre del capitán!…

—¡Tenéis prodigiosa memoria! —dijo Flor de Lis a la gitana, que quedó petrificada; y luego, prorrumpiendo en sollozos, exclamó, ocultando el semblante con ambas manos: —¡Es una bruja!—Y al decir esto, oía dentro de

su corazón una voz más cruel aún, que le decía: —¡Es tu rival!—Y cayó al suelo desmayada.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —exclamó la madre con sobresalto—. ¡Vete, gitana del infierno!

Recogió la intrusa del suelo con rapidez las importunas letras; hizo a Djalí seña de que la siguiese, y salió de la cámara por una puerta, mientras se llevaban a Flor de Lis desmayada por la otra.

El capitán Febo quedóse solo un momento, vaciló un instante, pensando por qué puerta de las dos saldría, y por fin se marchó en pos de la gitana.

II. Un sacerdote y un filósofo son dos

El sacerdote que vieran las cuatro doncellas en lo alto de la torre septentrional de Nuestra Señora, inclinado hacia la plaza y mirando atentamente bailar a la gitana, era efectivamente el arcediano Claudio Frollo.

Recordemos la celda misteriosa que el arcediano se había reservado en esa torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era o no la misma cuyo interior puede verse aún por una ventanilla cuadrada abierta a la parte de levante, a la altura de un hombre, sobre la meseta desde la que se levantan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y desconchado, cuyas paredes están *adornadas* aquí y allá con pésimos grabados descoloridos, que representan fachadas de catedrales. Presumo que habitan ese agujero murciélagos y arañas, y que por consiguiente se hace, en él, a las moscas una doble guerra de exterminio.)

Diariamente, una hora antes de ponerse el sol, el arcediano subía la escalera de la torre y se encerraba en esa celda, donde pasaba, algunas veces, noches enteras. Ese día, en el momento de llegar a la puerta baja del tugurio, al meter en la cerradura la llavecita especial que llevaba siempre consigo en la escarcela, llegó a sus oídos el sonajeo de pandereta y de castañuelas, que salía de la plaza del Atrio. La celda, como ya dijimos, solo tenía un

ventanillo que caía sobre el tejado de la iglesia, guardándose Claudio Frollo la llave, y un momento después apareció en la cúspide de la torre, en la actitud sombría y grave que llamó la atención de las doncellas.

Estaba allí grave, inmóvil, absorto en una mirada y en un pensamiento. París se tendía a sus pies, con las mil agujas de sus edificios y su horizonte limitado de colinas, con el río serpeando bajo los puentes y con el pueblo ondulando por las calles, con la nube formada por los humos, con la cadena monstruosa de sus techados que ciñe a la catedral con sus multiplicados eslabones; pero de la inmensa capital el arcediano solo miraba un rincón de empedrado, la plaza del Atrio, y de todo el gentío solo veía una criatura, la gitana.

Difícil era comprender la naturaleza de su mirada y de dónde procedía el fuego que ardía en ella: era una mirada fija y, sin embargo, llena de turbación y de sobresalto. A juzgar por la inmovilidad del cuerpo, que apenas agitaban, a intervalos, estremecimientos maquinales, como árbol que el viento sacude; a juzgar por la frialdad y tirantez de los brazos, a juzgar por la sonrisa petrificada que contraía el semblante, hubiérase dicho que en Claudio Frollo solo los ojos estaban vivos.

La gitana bailaba; hacía dar vueltas a la pandereta sobre la punta del dedo y la arrojaba al aire, bailando zarabandas provenzales, ágil, gentil, alegre y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía a plomo sobre ella.

La multitud hormigueaba a su alrededor; de vez en cuando un hombre, ataviado con una casaca amarilla y roja, ensanchaba el corro y después se sentaba en una silla cerca de la bailarina y cogía entre las rodillas la cabeza de la cabra. Este hombre era sin duda el compañero de la gitana. Claudio Frollo no podía distinguir sus facciones desde donde estaba.

Desde el momento que el arcediano vio al desconocido, repartió la atención entre este y la bailarina, y su semblante era cada vez más sombrío. Levantó la cabeza de repente y tembló todo su cuerpo. —¿Quién será ese hombre? —se preguntó—; ¡siempre la he visto sola!

Internóse en la tortuosa bóveda de la escalera en espiral y descendió. Al pasar ante la puerta del campanario, que estaba entreabierta, vio una cosa que le sorprendió; vio a Quasimodo asomado a la abertura de los aleros de pizarra, que parecen enormes celosías, mirar también a la plaza del Atrio,

pero absorto en tan profunda contemplación, que ni aun advirtió que pasaba por allí su padre adoptivo; su ojo salvaje adquiría rara expresión, expresión de encantamiento. —¡Cosa más extraña! —murmuró Claudio—. ¿Si mirará así a la gitana?… —El arcediano continuó bajando, y al cabo de poco salió a la plaza por la puerta que está al pie de la torre.

—¿Qué se ha hecho la gitana? —preguntó, confundiéndose con un grupo de espectadores.

—No lo sé; acaba de irse, pero si no me equivoco ha ido a bailar un fandango a una casa de enfrente, de donde parecía que la llamaban —le contestó un hombre del grupo.

En vez de la gitana sobre el tapiz, cuyos arabescos desaparecían antes bajo los pies de la danzadora, solo halló el arcediano al hombre rojo y amarillo, que por ganarse algunos testones[1] se paseaba alrededor del corro, con los codos sobre los costados y la cabeza hacia atrás, llevando una silla entre los dientes; sobre la silla había atado un gato, que le prestó una vecina, y que maullaba de susto.

—¡Virgen María! —gritó el arcediano en el punto en que el saltimbanqui, sudando gruesas gotas, pasó delante de él con la pirámide de silla y gato—. ¿Qué hacéis ahí, maese Pedro Gringoire?

La voz severa de Claudio Frollo causó al pobre diablo tal impresión, que perdió el equilibrio, y la silla y el gato cayeron de sopetón sobre las cabezas de los espectadores, en medio de la rechifla general.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque era él) saliera mal librado en sus cuentas con la dueña del gato y con las de las caras contusas y arañadas que le rodeaban, a no aprovechar el tumulto para refugiarse a escape en la iglesia, a donde le hizo señal Claudio Frollo de que le siguiera.

La catedral estaba ya oscura y desierta, las naves estaban ya en tinieblas y las lámparas de las capillas semejaban ya estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el rosetón de la fachada, cuyos mil colores se teñían en un rayo de sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes y repercutía al otro extremo de la nave su espectro deslumbrante.

Luego que anduvieron algunos pasos apoyóse Dom Claudio en un pilar y miró a Gringoire con fijeza. No era, sin embargo, ese modo de mirarle el que temía el poeta, que estaba pesaroso de que le hubiese sorprendido vesti-

do de titiritero una persona tan grave y tan docta como el arcediano; este no le miraba ni con ironía ni con burla; estaba serio, sereno, digno, y le dijo:

—Venid acá, maese Pedro, que tenéis que explicarme muchas cosas. Empezad por decirme por qué hace dos meses que no os veía, y por qué os encuentro por esas calles con semejante disfraz, mitad rojo y mitad amarillo, como una manzana de Caudebec…

—Señor —repuso con humildad Gringoire—, verdaderamente es ridículo este traje, y por eso estoy avergonzado. Comprendo que hice muy mal en exponer a que apalee la ronda bajo estas vestiduras las espaldas de un filósofo pitagórico. Pero, ¿qué queréis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa la tiene mi vieja ropilla, que me ha abandonado cobardemente al comenzar el invierno, con el pretexto de que estaba destrozada y de que necesitaba ir a descansar en la cesta del trapero. ¿Qué había de hacer? La civilización no reza aún en el bello ideal de Diógenes, que deseaba que el hombre fuera completamente desnudo; añádase a esto que soplaba un viento muy frío y que enero no es el mes a propósito para hacer dar a la humanidad este paso. He podido adquirir este disfraz y le he aceptado porque mi antigua ropilla negra no estaba ya cerrada herméticamente, y era impropia de un hermético como yo. Por eso me encontráis disfrazado de histrión. Espero que esto solo sea un eclipse; también Apolo guardaba marranos en el país de Admeto.

—Es muy ruin el oficio que ejercéis —le dijo el arcediano.

—Convengo, mi reverendo maestro, en que vale más filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno o recibirla del cielo, que hacer equilibrios con gatos, y por eso, cuando me apostrofasteis, me quedé tan alelado como un asno delante de un asador. Pero, ¿qué queréis, señor? Es indispensable vivir, y para comer no sirven tanto los hermosos versos alejandrinos como un pedazo de queso de Brie. Escribí para la señora Margarita de Flandes el famoso epitalamio que conocéis, y la ciudad no me lo remunera, bajo el pretexto de que no es muy bueno, como si se pudiese componer por cuatro escudos una tragedia de Sófocles. Iba, pues, a morirme de hambre, pero afortunadamente me encontré recio de mandíbulas y las dije: Haced prodigios de fuerza y de equilibrio y manteneos a vosotras mismas. Una cáfila de pillastres, que son hoy grandes amigos míos, me han enseñado muchas habilidades hercúleas, y ahora mastico todas las noches el pan que gano durante el día

con el sudor de mi frente; comprendo que este es un lamentable empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fue creado para tocar el tamboril y para morder sillas; pero, reverendo maestro, para vivir es necesario comer.

Dom Claudio escuchaba silenciosamente; de pronto, sus ojos hundidos adquirieron una expresión tan aguda y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado por dichas miradas hasta el fondo del alma.

—Bien está, maese Pedro; ¿pero cómo os encuentro acompañando a esa bailarina de Egipto?

—¡Toma! —repuso Gringoire—, porque es mi mujer y yo soy su marido.

Los ojos tenebrosos del sacerdote se inflamaron.

—¿Osasteis a semejante cosa, miserable? —exclamó furioso y asiendo con furor el brazo de Gringoire—. ¿Tan abandonado estáis de Dios que os atrevisteis a poner la mano sobre esa joven?

—Por la parte que me corresponde de Paraíso, os juro, señor —explicó el filósofo, temblando como un azogado—, que ni siquiera la he tocado, si es eso lo que os preocupa.

—¿Por qué, pues, me decís que es vuestra mujer?

Gringoire le refirió, sin entrar en detalles, todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la Corte de los Milagros y su boda del cántaro roto. Parece que ese matrimonio no llegó nunca a consumarse, pues todas las noches la gitana le escamoteaba la noche de bodas, como hizo la primera.

—Es un fastidio —dijo al terminar la relación—, pero debe consistir en que he tenido la desgracia de casarme con una virgen.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el arcediano, que se había serenado poco a poco al oír a Gringoire.

—Es algo difícil de explicar —repuso el poeta—. Todo ello no pasa de ser una superstición. Mi mujer es, según me ha confesado un viejo peje que entre nosotros se llama el duque de Egipto, una criatura encontrada o perdida, que viene a ser igual, y que lleva pendiente del cuello un amuleto, que se asegura que hará que encuentre un día a sus padres; pero perdería su vir-

tud dicho amuleto si la joven perdiese la suya; por consecuencia, uno y otro somos muy virtuosos.

—¿Luego creéis —dijo Claudio, que acabó de serenarse— que esa criatura sea virgen?

—¿Y qué puede el hombre contra tan tenaz superstición? Ella la tiene metida en la cabeza, y por cierto que es una rareza esa severa virtud que se conserva feroz en medio de las hijas de Bohemia, tan fáciles de domesticar. Pero esa virtud cuenta con tres protecciones: con el duque de Egipto, que la ha tomado bajo su protección, esperando sin duda venderla a algún abad ricacho y libertino; con el afecto que por eso la profesa toda su tribu, que la venera como a Nuestra Señora, y con cierto diminuto puñal, que lleva escondido no sé dónde, pero que le salta a las manos en cuanto alguno quiere apretarle la cintura. ¡Es una avispa terrible!

El arcediano hizo mil preguntas a Gringoire: Esmeralda era, según la opinión de este, una criatura inofensiva y preciosa, y salvo un mohín que la era peculiar, una niña inocente y apasionada, ignorante de todo, pero entusiasta de todo, no sabiendo aún la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; apasionada sobre todo por el baile, por el ruido y por la libertad; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los pies y viviendo en medio del torbellino. Acaso esta naturaleza era producida por la vida errante que había llevado. Logró averiguar Gringoire que siendo niña había recorrido España y Sicilia. Creía también que la llevó la caravana de gitanos, de la que formaba parte, al reino de Argel, territorio situado en Acaya, y Acaya linda por un lado con la Albania Menor y la Grecia y por el otro con el mar de las Dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decía Gringoire, eran vasallos del rey de Argel como jefe de la nación de los moros blancos; la Esmeralda llegó a Francia por Hungría siendo muy niña. De los citados países trajo la niña muchas palabras chapurradas, cantares e ideas extranjeras, que hacían de su lenguaje un conjunto abigarrado, como su traje, medio parisiense y medio africano. La plebe de los barrios que ella frecuenta la tiene mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y por sus canciones. Sin embargo, cree ella que hay dos personas que la aborrecen, y de ellas habla continuamente con terror; son estas dos personas la reclusa de la cueva de la Torre-Roland, que aborrece de muerte a todas las gitanas, y un clérigo que siempre que la encuentra la dirige miradas feroces y la dice palabras que la intimidan.

Esto último que dijo Gringoire turbó mucho a Claudio Frollo, sin que aquel lo notase; dos meses bastaron para hacer olvidar al filósofo poeta los detalles singulares de la noche en que seguía a la gitana y la presencia del arcediano en aquel acontecimiento. Empero, nada temía la hermosa bailarina, porque, como no decía la buenaventura, no daba motivo a que se le formase alguno de aquellos procesos por magia con tanta frecuencia entablados entonces contra las gitanas; además, Gringoire, si no era para ella un marido, era un hermano, y el filósofo sufría con paciencia su matrimonio platónico, que le proporcionaba hogar y pan. Todas las mañanas salía de la Corte de los Milagros casi siempre con la gitana, la ayudaba a recoger el dinero por las calles, y volvía con ella todas las noches a dormir bajo el mismo techado, donde la dejaba que pasase el cerrojo de su cuarto, y él se dormía con el sueño del justo; existencia dulce al fin y al cabo y a propósito para filosofar. Verdaderamente en el fondo de su alma no estaba muy seguro el poeta de estar muy enamorado de la gitana; quería a la cabra casi tanto como a ella, porque era lista, amable e inteligente. Eran frecuentes estos animales doctos en la Edad Media, animales que asombraban y que conducían muchas veces a la hoguera a sus dueños, pero las brujerías de la cabrita de las patas de oro eran solo travesuras inocentes. Gringoire se las explicó al arcediano, al que parecía que interesaban tales pormenores: bastaba casi siempre presentar la pandereta a la cabra de un modo particular, para que hiciese la habilidad que se deseaba. La enseñó la gitana, que era muy hábil para esta clase de enseñanzas, y en dos meses aprendió el animalito a escribir con letras movibles la palabra *Febo*.

—¿*Febo*? —dijo el sacerdote—; ¿y por qué *Febo*?

—¡Qué sé yo! —contestó Gringoire—. Quizás será una palabra que ella crea dotada de alguna virtud mágica y secreta. La repite en voz baja cuando cree que está sola.

—¿Estáis seguro? —repuso Claudio— de que es solo una palabra y no un nombre?

—¿Nombre de quién?

—¡Qué sé yo! —respondió el sacerdote.

—Lo que yo creo, señor, es que esos gitanos son güebros y adoran al sol, y acaso por eso escriban su nombre.

—No me parece esa explicación tan clara como a vos.

—En fin, me tiene sin cuidado lo que esa palabra pueda significar; lo cierto es que Djalí me quiere ya tanto como a su ama.

—¿Quién es Djalí?

—La cabra.

Apoyó el arcediano la barba en la mano, y quedó un instante pensativo. De pronto se volvió bruscamente hacia Gringoire, y le preguntó:

—¿Me juráis que no la habéis tocado?

—¿A quién? ¿A la cabra? —preguntó el filósofo.

—No, a la mujer.

—¿A mi mujer? Jamás.

—¿No estáis con frecuencia solo con ella?

—Una hora todas las noches.

Dom Claudio frunció el ceño, y exclamó:

—¡Ah! *Solus cum sola non cogitabuntur orare Pater noster.*

—A fe mía que pudiera rezar el *Padre nuestro*, el *Ave María* y el *Creo en Dios Padre*, sin que ella se fijase en mí más que una gallina en una catedral.

—Juradme por la memoria de vuestra madre —repitió el arcediano con energía—, que no habéis tocado a esa mujer ni con la punta del dedo.

—Lo juro por la de mi madre y por la de mi padre; pero permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad.

—¿Qué os importa eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una virgen; quedó un instante silencioso, y luego contestó desazonado:

—Maese Pedro, veo que no estáis condenado aún. Me interesáis, y deseo vuestra salvación. El menor contacto con esa endiablada gitana os haría siervo de Satanás. Ya sabéis que siempre el cuerpo pierde al alma. ¡Ay de vos si os acercáis a esa mujer!

—Ya probé una vez —confesó Gringoire, rascándose la oreja—; el primer día, y… me pinché.

—¿Tuvisteis ese atrevimiento, maese Pedro?

Volvió a anublarse la frente del sacerdote.

—Otra vez —continuó el filósofo sonriendo—, miré antes de acostarme por el ojo de la cerradura, y vi que estaba en camisa la más linda mujer que hizo en el mundo rechinar una cama.

—¡Lléveseos el diablo! —gritó el sacerdote, lanzándole una mirada tremenda, y, dando un fuerte empellón al atónito Gringoire, desapareció rápidamente por los oscuros claustros de la catedral.

III. Las campanas

Desde la escena de la picota, los vecinos de Nuestra Señora notaron que Quasimodo se había entibiado bastante en su entusiasmo por las campanas. Antes había repiqueteos por cualquier cosa, largas alboradas que duraban de primas a completas, volteo general para la misa mayor, ricos diapasones para una boda o para un bautizo, que se entretejían en el aire como encajes compuestos de mil brillantes sonidos. La vieja iglesia, vibrante y sonora, gozaba de la perpetua alegría de las campanas; adivinábase siempre en ella la presencia de un espíritu ruidoso y de capricho que cantaba dentro de las bocas de cobre; ahora parecía evaporado aquel espíritu, la catedral estaba adusta y silenciosa; las fiestas y los entierros solo merecían un campaneo sencillo y pobre, lo que el ritual exigía, y nada más. Del doble ruido que producen en una iglesia, el órgano dentro y las campanas fuera, no quedaba más que el del órgano; como si hubiese desaparecido el músico de los campanarios, y, sin embargo, allí estaba Quasimodo. ¿Qué le había pasado? ¿Duraban aún en el fondo de su corazón la vergüenza y la desesperación de la picota? ¿Repercutían aún en él los azotes del atormentador público, y el dolor de tan crudo tratamiento lo había extinguido todo en él, hasta la pa-

sión por las campanas? ¿O quizá María tenía una rival en el corazón del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veían abandonadas por algo más amable y gentil?

En el año de gracia de 1482, la Anunciación cayó un martes, día 25 de marzo; ese día el aire era tan suave y tan puro, que Quasimodo notó que renacía en él el antiguo cariño a las campanas; subió, pues, a la torre septentrional, mientras abría el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran entonces inmensas piezas de madera forrada de cuero, recamadas de enormes clavos de hierro dorado y llenas de relieves.

Cuando llegó a la alta caja de las campanas, Quasimodo las contempló largo rato, moviendo la cabeza con tristeza, como si le entristeciese que un cuerpo extraño se hubiera interpuesto en su corazón entre ellas y él. Pero después que las echó al vuelo; cuando sintió aquel manojo de campanas moverse a impulso de sus manos; cuando vio, porque no las oía, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala armónica, como pájaro que salta de rama en rama; cuando el diablo de la Música, ese demonio que sacude un grupo chispeante de *strettas*, de trinos y de arpegios, se apoderó del pobre sordo, volvió a ser dichoso entonces, todo lo olvidó, y el júbilo de su alma brilló en su faz.

Iba y venía de una parte a otra, dando palmadas de alegría, corriendo de una cuerda a otra, animando a los seis cantores con la voz y con el ademán, como un director de orquesta que estimula a aficionados inteligentes.

—Vuela —decía—, vuela, Gabriela. Esparce todo tu estruendo sobre la plaza, que hoy es día de fiesta. Ánimo, Thibauld, no tengas pereza, ni te quedes atrás; vamos, ¿qué te has enmohecido, haragán? ¡Aprisa, aprisa, que no se vea el badajo! Vuélvelos a todos sordos, como a mí. Bien, Thibauld, así va bien. ¡Guillermo! ¡Guillermo! Tú eres el mayor. Pasquier es el menor, y Pasquier corre más que tú. Apuesto cualquier cosa a que le oyen más que a ti. ¡Bien, Gabriela, bien, fuerte, más fuerte! Gorriones, ¿qué hacéis vosotros sin hacer el más pequeño ruido? ¿Qué quieren decir esos picos de cobre que parece que bostecen, cuando debieran cantar? ¡Ea, vaya, a trabajar! Hoy es día de la Anunciación, y hace un sol hermoso; es preciso que haya un buen repiqueteo.

Ocupado estaba en aguijonear las campanas, y revoloteaban las seis cuanto podían, sacudiendo sus lustrosas grupas, como un excelente tiro de

mulas españolas azuzado de continuo por el zagal. De repente dejó caer la mirada por las anchas escaleras de pizarra, que cubren hasta cierta altura la pared vertical del campanario, y vio en la plaza a una joven caprichosamente vestida, que se paró, que desplegó en el suelo un tapiz, sobre el que se sentó la cabra, y vio, además, que se formaba numeroso corro alrededor de la mujer y del animal. Dicho espectáculo trastornó súbitamente las ideas de Quasimodo, y apagó su entusiasmo musical, como apaga una bocanada de aire la resina ardiendo; paróse, volvió la espalda a las campanas, y se acurrucó detrás del alero de pizarra, fijando en la bailarina la mirada expresiva, dulce y tierna que una vez asombró al arcediano. Mientras las campanas olvidadas apagaron sus sonidos bruscamente todas a la vez, con gran disgusto de los aficionados a repiqueteos, que de buena fe estaban escuchando la música aérea desde el puente del Cambio, y que se marcharon al verse chasqueados, como el perro al que enseñan un hueso y le arrojan una piedra.

IV. ᾽ΑΝΆΓΚΗ

Una hermosa mañana de marzo, creo que fue el sábado 29, día de San Eustaquio, nuestro joven amigo el estudiante Juan Frollo del Molino advirtió al vestirse que los greguescos que guardaban su bolsa no despedían sonido metálico. —¡Pobre bolsa! —exclamó sacándola—; ¡ni un dinero parisí! ¡Los dados, la cerveza y Venus te han vaciado por completo! Estás seca, arrugada y vacía, y ahora os pregunto, señores Cicerón y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen tirados por el suelo; ¿de qué me sirve saber mejor que un general de las monedas, o que un judío del puente del Cambio, que un escudo de oro con corona equivale a treinta y cinco oncenos de a veinticinco sueldos y ocho dineros parisíes cada uno, y que un escudo con la media luna es lo mismo que treinta y seis oncenos de a veintiséis sueldos y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un mísero maravedí negro que arriesgar a los dados? Cónsul Cicerón, esta no es de las calamidades que puede *burlar* el hombre por medio de una perífrasis con *quemadmodum* y con *enim vero*.

Se vistió disgustado; mientras se vestía le ocurrió una idea, que desechó al momento; pero luego le volvió a asediar con tal tenacidad, que por fin se decidió a realizarla. Al fin pensó:

—Pues bien; salga el sol por Antequera; estoy decidido a ir a casa de mi hermano: me echará un sermón, pero también atraparé un escudo.

Diciendo esto salió con rapidez. Bajó por la calle del Arpa hacia la Cité; al pasar por la calle de la Huchette, el olor de sus admirables asadores, que giraban continuamente en torno del fuego, regaló su olfato y lanzó una tierna mirada a la ciclópea pastelería, que arrancó al franciscano Calatagirone esta patética exclamación: *Veramente queste rotisserie sono cosa stupenda!*

Pero el estudiante no tenía para pagar el almuerzo, y lanzando un profundo suspiro, se internó por la puerta del Pequeño-Chatelet.

Ni siquiera se tomó el trabajo de tirar una piedra al pasar, como era costumbre, a la odiosa estatua de Pesinet Leclet, que entregó a los ingleses el París de Carlos VI; crimen que durante tres siglos expió su efigie, magullada a pedradas y cubierta de lodo, cuya estatua está colocada en unión de las calles del Arpa y de la Bussy como una eterna picota.

Después de cruzar el pequeño puente y la calle nueva de Santa Genoveva, se encontró Juan del Molino delante de Nuestra Señora. Volvió a quedar indeciso, y se paseó algunos instantes alrededor de la estatua de M. Legris, repitiéndose: —El sermón es seguro, el escudo problemático.

Salió entonces del claustro un bedel: Juan le detuvo, y le preguntó:

—¿Dónde está el señor arcediano de Josas?

—Me parece que está en su escondrijo de la torre —le contestó el bedel —, pero os aconsejo que no vayáis a molestarle, como no seáis enviado del papa o del rey.

Juan dio una palmada, exclamando:

—¡Diablo! ¡He aquí una buena ocasión para ver la covacha de las brujerías!

Esta reflexión le determinó, y entrando por la puertecilla negra, comenzó a subir por la rosca llamada de Saint-Gilles, que conduce a los pisos superiores de la torre.

—Voy a ver —pensaba, mientras ascendía—. ¡Debe ser curiosa la celda oculta de mi reverendo hermano! Se dice que enciende en ella cocinas del infierno, y que busca en ella con fuego vivo la piedra filosofal. ¡Vive Dios, que así me ocupo yo de la piedra filosofal como de cualquier otra piedra, y que prefiero encontrarme en un horno una buena tortilla con magras, que la piedra filosofal más gruesa del mundo!

Cuando llegó a la galería de las columnillas se paró un rato para cobrar aliento, y echó pestes contra la interminable escalera; luego prosiguió la ascensión2 por la estrecha puerta de la torre septentrional, hoy cerrada al público. Pocos momentos después de haber dejado atrás la jaula de las campanas, encontró un pequeño rellano abierto en un hueco lateral y, bajo la bóveda, una puerta ojival baja; una tronera abierta enfrente, en la pared circular de la escalera, le permitió observar la enorme cerradura y la recia armadura de hierro. Las personas que hoy tuvieran curiosidad por visitar esa puerta la reconocerán por esta inscripción, grabada con letras blancas en el muro negro: J'ADORE CORALIE, 1829. SIGNÉ UGÈNE. *Signé* está en el texto.

—¡Uf! —dijo el estudiante—. Sin duda es aquí.

La llave estaba en la cerradura. La puerta estaba entornada. La empujó suavemente y asomó la cabeza por la abertura.

El lector habrá hojeado sin duda la obra admirable de Rembrandt, ese Shakespeare de la pintura. Entre tantos grabados maravillosos hay, en particular, un aguafuerte que representa, según se supone, al doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin deslumbramiento. Es una celda sombría. En medio hay una mesa cargada de objetos horribles: calaveras, esferas, alambiques, compases, pergaminos jeroglíficos. El doctor está ante esa mesa, vestido con su gruesa hopalanda y tocado hasta las cejas con su gorro forrado de pieles. No se le ve más que de medio cuerpo. Está a medio levantar de su inmenso sillón, sus puños crispados se apoyan en la mesa, y contempla con curiosidad y terror un gran círculo luminoso, formado por letras mágicas, que brilla en la pared del fondo como el espectro solar en la cámara oscura. Ese sol cabalístico parece temblar ante los ojos y llena la pálida celda con su resplandor misterioso. Es horrible y es hermoso.

Algo bastante parecido a la celda de Fausto se ofreció a la vista de Juan cuando aventuró la cabeza por la puerta entornada. Era también un cuchitril sombrío y apenas alumbrado. Había también un gran sillón y una gran

mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales colgados del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos revueltos con frascos en los que temblaban panes de oro, calaveras colocadas sobre vitelas abigarradas de figuras y caracteres, gruesos manuscritos apilados y abiertos, sin piedad para los quebradizos cantos del pergamino; en fin, toda la basura de la ciencia, y por todas partes, sobre aquel revoltijo, polvo y telarañas; pero no había círculo de letras luminosas, ni doctor en éxtasis contemplando la llameante visión como el águila mira a su sol.

Sin embargo, la celda no estaba desierta. Un hombre estaba sentado en el sillón e inclinado sobre la mesa. Juan, a quien daba la espalda, no podía ver más que sus hombros y la parte posterior de su cráneo; pero no le costó trabajo reconocer aquella cabeza calva a la que la naturaleza había hecho una tonsura eterna, como si hubiera querido señalar con un símbolo exterior la irresistible vocación clerical del arcediano.

Juan reconoció, pues, a su hermano. Pero la puerta se había abierto tan suavemente que nada había advertido a Dom Claudio de su presencia. El curioso estudiante aprovechó la ocasión para examinar a su gusto la celda durante algunos instantes. Un ancho hornillo, en el que no se había fijado al principio, estaba a la izquierda del sillón, debajo de la lumbrera. El rayo de luz que penetraba por aquella abertura atravesaba una redonda telaraña, que inscribía con gusto su delicado rosetón en la ojiva de la lumbrera, y en cuyo centro el insecto arquitecto permanecía inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Sobre el hornillo se amontonaban en desorden toda clase de vasijas, frascos de gres, retortas de vidrio, matraces de carbón. Juan observó suspirando que no había ni una sartén.

—¡Vaya una batería de cocina! —pensó.

Por lo demás, no había fuego en el hornillo, y hasta parecía que no se había encendido desde hacía mucho tiempo. Una careta de vidrio, que Juan advirtió entre los utensilios de alquimia, y que servía sin duda para preservar el rostro del arcediano cuando elaboraba alguna sustancia temible, estaba en un rincón, cubierta de polvo y como olvidada. Al lado yacía un fuelle no menos polvoriento, en cuya tapa superior se leía esta leyenda incrustada con letras de cobre: *Spira, spera*.

Otras muchas leyendas estaban escritas en las paredes, según la moda de los herméticos; unas trazadas con tinta, otras grabadas con una punta de me-

tal. Por lo demás, letras góticas, letras hebreas, letras griegas y letras romanas, revueltas; las inscripciones se desbordaban al azar, unas sobre otras, las más recientes borrando las más antiguas, y todas enmarañándose como las ramas de un matorral, como las picas de una refriega. Era, en efecto, una refriega bastante confusa de todas las filosofías, de todos los ensueños, de todas las sabidurías humanas. Había alguna, aquí y allá, que brillaba sobre las demás como una bandera entre los hierros de las lanzas. Era, la mayor parte de las veces, una breve divisa latina o griega, como tan bien las formulaba la Edad Media: *Unde? Inde?… Homo homini monstrum… Astra, castra, nomen, numen… Mega biblion, mega kakon… Sapere aude… Flat ubi vult…*, etcétera; a veces, una palabra desprovista de todo sentido aparente: *Anankophagia*, que ocultaba quizá una alusión amarga al régimen del claustro; a veces, una sencilla máxima de disciplina clerical formulada en un hexámetro reglamentario: *Coelestem dominum, terrestrem dicito domnum*. Había también, aquí y allá, garabatos hebreos, de los que Juan, ya muy poco ducho en griego, no entendía nada; y todo ello estaba atravesado a cada paso por estrellas, figuras de hombres o de animales y triángulos que se cortaban entre sí, lo cual contribuía no poco a que la pared embadurnada de la celda se pareciera a una hoja de papel por la que un mono hubiera paseado una pluma cargada de tinta.

El conjunto del cuchitril presentaba, por lo demás, un aspecto general de abandono y de deterioro; y el mal estado de los utensilios hacía suponer que su dueño estaba ya desde hacía bastante tiempo distraído de sus trabajos por otras preocupaciones.

Ese dueño, sin embargo, inclinado sobre un vasto manuscrito adornado con extrañas pinturas, parecía atormentado por una idea que venía sin cesar a mezclarse con sus meditaciones. Así lo juzgó al menos Juan al oírle exclamar, con las intermitencias pensativas de un visionario que sueña en voz alta:

—Sí, lo dice Manú, y Zoroastro lo enseñaba: el sol nace del fuego, la luna del sol. El fuego es el alma del gran todo. Sus átomos elementales se derraman y fluyen sin cesar sobre el mundo en corrientes infinitas. En los puntos donde esas corrientes se cruzan en el cielo producen la luz; en sus puntos de intersección en la tierra producen el oro. La luz, el oro, la misma cosa. Fuego en estado concreto. La diferencia de lo visible a lo palpable, de lo fluido a lo sólido en la misma sustancia, del vapor de agua al hielo; nada

más. No son sueños: es la ley general de la naturaleza. Pero ¿cómo hacer para arrancar a la ciencia el secreto de esa ley general? ¡Cómo! ¡Esta luz que inunda mi mano es oro! Estos mismos átomos, dilatados según cierta ley, no se trata más que de condensarlos según otra ley. ¿Cómo hacerlo? Algunos han imaginado enterrar un rayo de sol. Averroes… sí, Averroes… Averroes enterró uno bajo el primer pilar de la izquierda del santuario del Corán, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá socavar el suelo, para ver si ha salido bien la operación, hasta dentro de ocho mil años.

—¡Diablo! —exclamó Juan—; eso es demasiado tiempo para esperar un escudo.

—Otros han creído —prosiguió el arcediano— que sería mejor hacer la prueba con un rayo de Sirius; pero es muy difícil obtener puro ese rayo a causa de la presencia simultánea de otras estrellas, que confundirían sus rayos. Hamel opina que es más sencillo operar con el fuego terrestre. Hamel tuvo nombre de predestinado. *Flamma* es el fuego, y en él está el secreto. El diamante se encierra en el carbón y el oro en el fuego; pero ¿cómo separarle? Magistri afirma que hay ciertos nombres de mujer de encanto tan dulce y tan misterioso, que basta enunciarlos durante la operación… Leamos lo que dice Manou: «Donde se honra a las mujeres, las divinidades están contentas; donde se las desprecia, es inútil invocar a Dios. La boca de la mujer es constantemente pura; es agua corriente, es un rayo de sol. El nombre de la mujer debe ser agradable, dulce, armonioso, acabar en vocales largas y parecerse a palabras de bendición.» Sí, el sabio dice bien; así son los nombres de María, Sofía, Esmeral… ¡Condenación! ¡Siempre este mismo pensamiento!…

El arcediano cerró el libro con violencia: pasóse la mano por la frente como para ahuyentar su idea, y luego tomó de encima de la mesa un clavo y un martillo, en cuyo mango había pintadas letras cabalísticas.

—Desde hace algún tiempo —murmuró con amarga sonrisa—, me salen mal todos los experimentos. La idea fija se apoderó de mí y consume mi mente como una manga de fuego; ni siquiera he podido reproducir el secreto de Cassiodoro, cuya lámpara ardía sin mecha y sin aceite, y que es cosa sencilla, sin embargo.

—¡Cuerno! —dijo Juan para sus adentros.

—¡Basta, pues —continuó el sacerdote—, un solo y sencillo pensamiento para debilitar y enloquecer al hombre! ¡Cómo se reiría de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un momento a Nicolás Hamel de la continuación de su gran obra! Tengo ahora en mis manos el martillo mágico de Techiclé, que a cada golpe que daba el formidable rabino sobre este clavo, el enemigo suyo que nombraba, aunque parase a dos mil leguas, se hundía media vara en la tierra y esta le sepultaba; el mismo rey de Francia, por haber llamado a destiempo a la puerta del taumaturgo, se hundió en el suelo de París hasta las rodillas. Cerca de tres siglos han transcurrido desde ese acontecimiento, y, sin embargo, tengo yo el martillo y el clavo, y en mis manos no son herramientas formidables. Pero solo me falta encontrar la palabra mágica que pronunciaba Techiclé dando martillazos sobre el clavo.

—¡Pues es una friolera! —pensó Juan.

—Probaré a encontrar esa palabra; si la encuentro, veré brotar la chispa azul de la cabeza del clavo. —*¡Emen-heta! ¡Emen-hetan!* No es esta. *¡Sigeani! ¡Sigeani!* —¡Que este clavo abra la tumba al que se llame Febo!… ¡Maldición! ¡Siempre la misma idea!…

El arcediano arrojó el martillo lleno de cólera; después se dejó caer en la poltrona, hundiéndose en ella de tal modo, que Juan le perdió de vista detrás del alto respaldo; durante algunos instantes solo vio un puño crispado sobre los pergaminos. De pronto levantóse Dom Claudio y grabó, silencioso, en la pared, en letras mayúsculas, esta palabra griega:

ἈΝΆΓΚΗ

—Mi hermano está loco —pensó Juan—; más sencillo hubiera sido escribir *Fatum*, que todos no tienen obligación de saber griego.

Volvió el arcediano a sentarse en la poltrona y apoyó la cabeza entre las dos manos, como un enfermo que tiene la frente pesada y ardiente.

El estudiante observaba a su hermano sorprendido; él era un alegre joven, que llevaba el corazón en la mano, que no observaba en el mundo más que la ley vulgar de la Naturaleza, que dejaba correr las pasiones por sus declives naturales, y para quien el lago de las grandes emociones estaba siempre seco; ignoraba, pues, con cuánta furia fermenta y hierve el mar de las pasiones humanas cuando se le cierran todas las salidas; cómo se alborota, crece y revienta; cómo corroe el corazón, cómo estalla en sollozos interiores y

sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y destruye su lecho. La austera y glacial contextura de Claudio, aquella superficie de virtud escarpada e inaccesible, había engañado siempre a Juan; el sencillo estudiante no se había nunca detenido a reflexionar la profundidad furiosa y ardiente de la lava que hierve bajo la nevada frente del Etna.

No sabemos si el estudiante pensó cuanto acabamos de exponer; lo cierto es que, a pesar de ser ligero de cascos, comprendió que había visto lo que no debía ver, y que acababa de sorprender a su hermano mayor en uno de sus más íntimos secretos y que era menester que Claudio no lo supiera jamás. Viendo, pues, que el arcediano recaía en su primera inmovilidad, retiró suavemente la cabeza de la puerta e hizo ruido de pasos a la parte de fuera, como de alguien que llega y advierte que se va acercando.

—¡Entrad! —gritó el arcediano desde el interior de la celda—; os estaba esperando y ex profeso dejé la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

El estudiante entró con resolución; el arcediano, molestado por su visita en este lugar, se estremeció en la poltrona.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Juan? —exclamó.

—Siempre es una J —contestó el estudiante con rostro alegre y jovial.

El semblante de Dom Claudio volvió a adquirir su severa expresión.

—¿Qué ocurre?

—Hermano mío —repuso el estudiante, con aire modesto y lastimoso—; venía a pedirte…

—¿Qué?

—Consejos morales, de los que tengo necesidad. —Juan no se atrevió a decir: —Y dinero, que necesito más aún.

—Estoy muy descontento de ti —le respondió fríamente el arcediano.

—¡Ah! —suspiró el estudiante.

Describió con el sillón un cuarto de círculo Dom Claudio y miró a Juan de hito en hito.

—Mucho me alegro de verte por aquí.

Este exordio era de mal agüero, y Juan se preparó para una violenta acometida.

—Todos los días recibo quejas de ti; ¿por qué hiciste la calaverada de apalear al vizconde Alberto de…?

—No hay tal calaverada. Ese vizconde es un pajecillo, que se divertía en hacer galopar por el lodo a su caballo, por gusto de salpicar a los estudiantes.

—¿Quién es ese Mahiet Fargel, a quien habéis desgarrado el traje?

—¡El traje! Un mísero capotillo de Montaign; ¡eso no más!

—La denuncia dice *tunicam* y no *cappettam*. ¿Sabes latín?

Juan no respondió.

—Este es el estado de la ciencia y de las letras en la actualidad —prosiguió diciendo el arcediano—. La lengua latina apenas se entiende, la siriaca es desconocida, y la griega se hace odiosa, hasta el punto que no arguye ignorancia en los sabios el saltar una palabra griega sin leerla y decir: *Græcum est, non legitur*.

El estudiante levantó resueltamente la vista y la fijó en la pared.

—¿Quieres que te explique, hermano mío, en buen francés la palabra griega que hay ahí escrita? —le dijo al arcediano.

—¿Qué palabra?

—ἈΝΆΓΚΗ.

Extendióse ligero carmín por los pómulos pálidos de Dom Claudio, como la bocanada de humo que anuncia exteriormente las secretas conmociones del volcán; el estudiante no lo notó.

—Veamos si lo sabes —dijo el sacerdote, resignado—; ¿qué significa esa palabra, Juan?

—Fatalidad. Ya ves que entiendo el griego.

El arcediano no contestó; aquella explicación le dejó pensativo.

Juan, que tenía las picardías de niño mimado, juzgó favorable este silencio para formular su petición: suavizando la voz, habló a su hermano mayor

del modo siguiente:

—¿Por qué me has de reñir por algunos latigazos y trompicones prodigados en buena lid a mozalbetes y chuchumecos, *quibusdam chumchumequis*? Ya ves, querido hermano, que también sé latín.

Esta zalamera hipocresía no produjo en Claudio el efecto acostumbrado; Cancerbero no mordió la torta de miel. La frente del arcediano no se desarrugó.

—¿A dónde vas a parar? —le preguntó únicamente.

—Pues voy a parar al grano —respondió Juan descaradamente—: en una palabra, necesito dinero.

Al oír esta petición, la fisonomía del arcediano tomó de súbito expresión pedagógica y paternal.

—Sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirechappe solo renta, inclusos el censo y los réditos de las veintiuna casas, treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisíes; una mitad más que en la época de los hermanos Paclet, pero aun así produce poco.

—Necesito dinero —repitió Juan estoicamente.

—Sabes que he declarado que nuestras veintiuna casas son pertenencia feudal del obispo, y que solo podríamos librarnos de ese homenaje pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada, de valor de seis libras parisíes; y yo, como no ignoras, no he podido aún reunir esos dos marcos.

—Yo solo sé que necesito dinero —dijo Juan por tercera vez.

—¿Y para qué lo quieres?

Esta pregunta animó a Juan, que recobró la esperanza de conseguir lo que se proponía, y contestó con voz melosa:

—La verdad, querido Claudio, no es para malos usos; no es para echarla de guapo en las tabernas, no; es para una obra de caridad.

—¿De qué obra se trata? —exclamó el sacerdote, sorprendido.

—Tengo dos amigos que tratan de comprar una envoltura al niño de una pobre viuda; es una obra piadosa que costará tres florines, y yo quisiera dar uno.

El arcediano sonrió con incredulidad.

—¿Qué envoltura es esa que costaría tres florines y para el niño de una pobre?

Juan, volviendo a adquirir su peculiar descaro, contestó:

—Pues bien; necesito dinero para ir a ver esta noche a Isabel la Thierrye, en Val-d'amour[3].

—¡Miserable impuro, vete! —gritó el arcediano—. Vete, que estoy esperando visita.

El estudiante hizo el último esfuerzo.

—Dame al menos un miserable parisíe para comer.

—¿Hasta dónde sabes de las Decretales de Graciano?

—He perdido varios cuadernos.

—¿Qué sabes de humanidades latinas?

—Me quitaron el ejemplar de Horacio.

—¿Adónde has llegado del Aristóteles?

—A fe mía que no recuerdo bien cuál es el padre de la Iglesia que dice que en todos los tiempos han tenido por guarida los errores de los herejes, los matorrales de la metafísica de Aristóteles. Nada de Aristóteles; no quiero exponer mi religión con su metafísica.

—Juan —le contestó el arcediano—, la última vez que entró el rey, había entre la comitiva, un gentilhombre llamado Felipe de Comines, que llevaba bordada en la gualdrapa de su caballo, esta divisa, que os aconsejo que meditéis bien: *Qui non laborat, non manducat*.

El estudiante permaneció breve espacio silencioso; luego, súbitamente, se volvió hacia su hermano con ligereza, y le dijo:

—Según eso, ¿me niegas un triste sueldo parisíe para comprar un mendrugo en casa de un panadero?

—*Qui non laborat, non manducat*.

Al oír al inflexible arcediano, Juan ocultó la cara entre las manos, como una mujer que solloza, y exclamó con el acento de la desesperación:

—*¡Ὀτοτοτοτοτοτοῖ!*

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Claudio, sorprendido por esta añagaza de estudiante.

—¿Qué quiero decir? —exclamó Juan, fijando en Claudio sus traviesos ojos, en los que había metido los puños para que estuviesen encendidos, como si acabase de llorar—; hablo en griego; esa palabra es un anapesto[4] de Esquilo, que expresa perfectamente el dolor.

Diciendo esto, soltó tan alegre y estrepitosa carcajada, que hizo sonreír al arcediano. La culpa de todo la tenía el mismo Claudio, que había mimado demasiado a su hermano menor.

—Claudio, compadécete de mí —añadió Juan, alentado por aquella sonrisa—; mira que están agujereados mis borceguíes.

El arcediano había ya recobrado su normal serenidad.

—Ya te enviaré borceguíes nuevos, pero no te doy dinero.

—Dame nada más que un mísero sueldo parisíe —contestó Juan suplicándole—. Aprenderé a Graciano de memoria, creeré en Dios, y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud. ¿Quieres que me muera de hambre, que ya me acosa?

Movió Claudio la cabeza, contestándole otra vez:

—*Qui non laborat…*

Juan no le dejó acabar.

—Pues bien, ¡que se lo lleve todo el demonio! Me entabernaré, me batiré, romperé jarros, e iré a visitar a las chicas de vida alegre.

El arcediano le miraba con ojos sombríos.

—Juan, eres un ser sin alma.

—En tal caso me falta, según dice Epicuro, un no sé qué, compuesto de algo que carece de nombre.

—Es necesario que pienses seriamente en corregirte.

—Parece —repuso el estudiante, paseando la vista desde su hermano hasta los alambiques del horno— que aquí todo es cornudo, las ideas y las

botellas.

—Juan, sigues una pendiente resbaladiza; ¿sabes adónde conduce?

—A la taberna —contestó el estudiante.

—Y la taberna conduce a la picota.

—Pues es una linterna como otra cualquiera, y con ella quizás Diógenes hubiera encontrado el hombre que buscaba.

—La picota conduce a la horca.

—La horca es una balanza que tiene un hombre a un extremo y al otro toda la tierra, y vale más ser hombre.

—La horca conduce al infierno.

—Donde hay mucho fuego.

—Juan, Juan, tendrás mal fin.

—Pero he tenido buen principio.

Oyóse en este momento ruido de pasos en la escalera.

—¡Silencio! —exclamó el arcediano, poniéndose un dedo en la boca—, ¡que viene maese Jaime! Escucha, Juan —añadió en voz baja—: guárdate bien de revelar jamás lo que aquí has visto y oído. Escóndete dentro de ese horno, y ni siquiera respires.

Acurrucóse el estudiante donde le indicó su hermano mayor, y allí le ocurrió una idea genial.

—A propósito, Claudio, dame un florín para que yo no respire.

—¡Silencio! Te lo prometo.

—Quiero que me lo des enseguida.

—Tómalo, pues —musitó el arcediano, sacándolo de la escarcela y arrojándoselo a sus pies. Juan lo recogió, y se metió en el horno. Un momento después se abrió la puerta de la celda.

V. Los dos hombres vestidos de negro

El personaje que apareció, tenía aspecto sombrío y vestía negro ropón, pero lo que chocó primeramente en él a nuestro amigo Juan (desde su escondite), fue la perfecta armonía del traje y de la cara del recién venido. Esto no obstante, había cierta dulzura en su rostro, pero dulzura de gato o de juez, dulzura temible. Rayaría en los sesenta años; su pelo era gris, su fisonomía arrugada; guiñaba los ojos bajo sus cejas blancas, tenía el labio pendiente y las manos bastas. Cuando Juan comprendió que el personaje era un médico o un magistrado, sin duda, y notó que tenía mucha distancia de la nariz a la boca, signo de ferocidad, se acurrucó en su agujero, fastidiado por tener que pasar tiempo indefinido en tan incómoda postura y con tan mala compañía.

Cuando entró el tal personaje, el arcediano ni siquiera se levantó para recibirle; se contentó con señalarle un banquillo para que se instalara cerca de la puerta, y después de un rato de silencio, en el que parecía que continuaba alguna meditación anterior, le saludó con acento protector:

—¡Buenos días, maese Jaime!

—¡Salve, señor maestro! —contestó el hombre vestido de negro.

Se notaba en las dos entonaciones con que pronunciaron *maese Jaime* por una parte, y por otra *señor maestro*, la diferencia de *monseñor* a *señor*, y de *domine* a *domne*. Era evidente que aquellos hombres eran el doctor y el discípulo.

—Bien, maese Jaime. ¿Conseguís vuestro objeto? —le preguntó Dom Claudio después de otra pausa.

—Apreciable maestro —contestó el otro sonriendo con acritud—, soplo, soplo, y nada; saco toda la ceniza que quiero, pero ni una chispa de oro.

Dom Claudio hizo un gesto de impaciencia.

—No os hablo de esto, sino del proceso del mago. ¿No se llama Marco Cenaine, el sumiller del Tribunal de Cuentas? ¿Confiesa su magia? ¿Ha servido de algo el tormento?

—Por desgracia no, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es de piedra. Antes que declarar, preferirá que le quememos vivo en el mercado de los Lechones. Sin embargo, empleamos todos los medios para descubrir la verdad; está ya completamente dislocado; hemos empleado para él todas las yerbas de San Juan, como dice Plauto:

Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque,
Nervos, catenas, carceres, numellas, pedicas, bojas.

¡Todo es inútil! ¡Es un hombre terrible!

—¿No habéis descubierto ninguna otra cosa en su casa?

—Sí —contestó maese Jaime, metiendo la mano en la escarcela—; hemos hallado este pergamino, donde hay palabras que no entendemos, y eso que el señor abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe un poco de hebreo, desde cuando se les formó causa a los judíos de la calle de Kantersten, en Bruselas.

Diciendo esto, desarrolló maese Jaime un pergamino.

—Veamos —contestó el arcediano, recorriéndolo con la vista—. ¡Esto es verdadera magia, maese Jaime! ¡*Emen-hetan*! es el grito de los vampiros cuando llegan al *sábado*. *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*, es el conjuro que encadena otra vez al demonio en el infierno. ¡*Hax, pax, max*! es una fórmula de la medicina contra la mordedura de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime, sois procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, y este pergamino es abominable!

—Le volveremos a dar tormento: también en casa de Marco Cenaine hemos encontrado esto.

Era una vasija como las que había sobre el horno de Dom Claudio.

—¡Ah! —exclamó el arcediano—, es un crisol de alquimia.

—Os confieso —aclaró maese Jaime con torpe sonrisa— que le he probado en el horno, y que, como el mío, no me ha dado ningún resultado.

El arcediano examinó el recipiente.

—¿Qué es lo que veo grabado en el crisol? ¡*Och*! ¡*Och*! ¡La palabra que ahuyenta a las pulgas! Marco Cenaine es un ignorante. ¿Cómo podríais hallar oro con este crisol?…

—Ahora que hablamos de errores —dijo el procurador del rey—, acabo de examinar la portada de abajo, antes de subir: ¿está seguro, vuestra reverencia, de que la abertura de la obra de física está representada en ella hacia el Hospital, y que, de las siete figuras desnudas que están a los pies de Nuestra Señora, es Mercurio la que tiene alas en los talones?

—Sí —contestó el sacerdote—; así lo asegura Agustín Nypho, que es un doctor italiano que disponía de un demonio barbudo que se lo enseñaba todo; además, ahora bajaremos, y os lo explicaré sobre el texto.

—Mil gracias, señor maestro —exclamó maese Jaime, inclinándose hasta el suelo—. A propósito; me olvidaba: ¿cuándo queréis que mandemos prender a la joven nigromántica?

—¿Qué nigromántica?

—La gitana, ya sabéis de quién hablo, la que viene diariamente a bailar en la plaza del Atrio, a pesar de la prohibición del provisor. Lleva consigo una cabra energúmena con cuernos de diablo, que lee, escribe, sabe matemáticas, y que basta para hacer ahorcar a toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso, y pronto lo despacharemos. ¡Esa joven es una mujer preciosa! ¡Sus brillantes ojos negros son dos carbunclos de Egipto!… ¿Cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya trataremos de eso —murmuró con voz apenas articulada—. Ocupaos ahora de Marco Cenaine.

—Descuidad, que le haré atar otra vez en la cama de cuero —repuso maese Jaime sonriendo—; pero es hombre diabólico, y rinde al mismo Pierrat Torterne, que tiene las manos más grandes que yo. Como dice Plauto:

Nudus vinctus, centum pondo, est quando pendes per pedes.

—Lo mejor será darle el tormento de la cabria: es el mejor que le cuadra.

Dom Claudio quedó entregado a sombría meditación. Volvióse de pronto hacia su interlocutor, y le dijo:

—Maese Pierrat, maese Jaime quise decir, ocupaos solo de Marco Cenaine.

—Sí, sí, os lo juro; ¿por qué le ocurriría asistir al aquelarre a un sumiller del Tribunal de Cuentas, que debía conocer el texto de Carlo Magno: *Stryga vel masca*? Respecto a Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes. ¡Ah!… cuando pasemos por la portada, me explicaréis además lo que significa el jardinero de pintura basta que se ve al entrar en la iglesia. Creo que es el sembrador. ¿En qué estáis pensando, señor maestro?

Dom Claudio estaba tan abstraído, que ya no le oía ni le escuchaba; siguiendo maese Jaime la dirección de la mirada de aquel, vio que estaba maquinalmente fija en la gran telaraña que cubría la ventana: en aquel momento una mosca aturdida, que buscaba el sol de marzo, fue a atravesar el tejido, y quedó presa en él: al ver la oscilación del tejido, la enorme araña salió con movimiento brusco de su celda central, y de un salto se precipitó sobre la mosca, que doblegó en dos con las patas delanteras, mientras con la trompa la chupaba la cabeza.

—¡Pobre mosca! —dijo el procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, y avanzó la mano para salvarla; pero el arcediano, como despertando de súbito, le detuvo el brazo con violencia espontánea.

—Maese Jaime —exclamó—, no os opongáis a la fatalidad.

Volvióse asustado el procurador, al sentir que le oprimían el brazo como con unas tenazas de hierro. Los ojos del clérigo estaban fijos, desencajados y centelleantes en el grupo de la mosca y de la araña.

—Eso es el símbolo de todo —exclamó el arcediano con una voz que parecía salir del fondo de sus entrañas—. Vuela alegre y feliz porque acaba de nacer; busca la primavera, el aire libre y la libertad; pero tropieza en el fatal rosetón, la repugnante araña sale de él, y… ¡pobre bailarina! ¡pobre mosca predestinada!… ¡Maese Jaime, dejadla!… ¡Esa es la fatalidad!… ¡Claudio, tú eres la araña! ¡Tú eres la mosca también!… Tú volabas en busca de la ciencia, de la luz y del sol, sin otro objeto que el de llegar al aire libre y a la gran luz de la verdad eterna; pero al lanzarte a la deslumbradora ventana que cae al otro mundo, al mundo de la verdad, de la inteligencia y de la ciencia, mosca ciega, doctor insensato, ¡no viste la sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y caíste en ella, pobre loco, y ahora te rebelas en vano, con la cabeza rota y las alas arrancadas, entre los brazos férreos de la fatalidad! ¡Dejad a la araña, maese Jaime!…

—Os juro —repuso este— que no la tocaré; pero soltadme el brazo, por el amor de Dios, que vuestra mano parece una tenaza.

Dom Claudio no le oía, y continuaba hablando como si estuviese solo.

—Aunque hubieras podido romper ese fuerte tejido con tus alas de mosca, ¿crees que hubieras llegado hasta la luz? ¡Insensato! Ese vidrio, colocado más lejos, ese obstáculo transparente, esa muralla de cristal, más firme que el bronce, que separa de la verdad a todos los filósofos, ¿cómo la hubieras podido traspasar? ¡Oh vanidad de la ciencia! ¡Cuántos sabios llegan de lejos, revoloteando, a estrellarse en ese obstáculo transparente! ¡Cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eterno!

Calló el arcediano: sus últimas ideas hiciéronle pasar insensiblemente de sí mismo a la ciencia; parecían haberle calmado. Maese Jaime le volvió por completo al sentimiento de la realidad, dirigiéndole la siguiente pregunta:

—¿Cuándo vendréis, señor maestro, a ayudarme a hacer oro? Me consume la impaciencia de conseguirlo.

Movió la cabeza el arcediano, lanzando un hondo suspiro.

—Maese Jaime, leed a Miguel Psellus: *Dialogus de energia et operatione dæmonum*. No es correcto lo que estamos haciendo.

—Ya me lo figuraba —dijo el otro interlocutor—; pero es preciso ocuparse algo de hermética, no siendo más que procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con la mísera asignación de treinta escudos torneses cada año. Pero hablemos más bajo.

Dijo esto, porque oía ruido de mandíbulas y de masticación que salía de debajo del horno.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó.

Era el estudiante, que, incómodo y aburrido en su escondrijo, llegó a descubrir por allí un mendrugo de pan y un trocillo de queso enmohecido, y se lo comía por vía de consuelo y como almuerzo. Como tenía hambre y el pan estaba seco, afirmaba cada bocado, y este ruido alarmó al procurador.

—Es un gato —le dijo con viveza el arcediano—, que estará devorando algún ratoncillo.

Esta explicación tranquilizó a maese Jaime.

—Todos los grandes filósofos —repuso este con respetuosa sonrisa— tuvieron su animal familiar. Ya sabéis lo que dice Servio: *Nullus enim locus sine genio est*.

A pesar de esto, Dom Claudio, que temía alguna travesura de su hermano Juan, recordó a su discípulo que tenían que estudiar juntos algunas figuras de la portada, y salieron de la celda, con gran júbilo del estudiante, que empezaba a temer que se quedase para siempre en la rodilla el molde de la barba.

VI. Efecto que pueden producir siete juramentos al aire libre

—¡*Te-Deum laudamus*! —exclamó Juan del Molino, dejando su escondite —; ¡gracias a Dios que se fueron los dos búhos!… ¡*Och*! ¡*och*! ¡*Max, pax, max*! ¡las pulgas! ¡los perros rabiosos! ¡Que se los lleve el demonio! ¡Ya me enfadaba su maldita conversación!… ¡La cabeza me vibra como una campana! ¡Y comer queso agrio para mayor *inri*! En cambio voy a apoderarme de la escarcela de mi señor hermano, y a convertir sus monedas en vino.

Miró con ternura y admiración el interior de la escarcela, se arregló el traje descompuesto, se abrochó los borceguíes, sacudió sus mangas llenas de ceniza, silbó un cantar, dio cuatro brincos, vio si quedaba algo que robar en la celda, registró todos los rincones por ver si hallaba algún amuleto de vidrio para regalárselo a Isabel la Thierrye, y por fin abrió la puerta, que su hermano le dejara entornada por indulgencia, y que él dejó abierta por malicia, y bajó la escalera circular, alegre y saltando como un pajarillo.

En la oscuridad de la espiral tropezó con un bulto que le dejó paso gruñendo; presumió que era Quasimodo, y esto le pareció tan gracioso, que descendió el resto de la escalera sin dejar de reír. Al llegar a la plaza reía aún.

Dio una patada en el suelo en cuanto se vio en tierra firme.

—¡Gracias a Dios que piso el seguro empedrado de París, y que acabé de bajar esa maldita escalera, capaz de cansar a los ángeles de la escala de Jacob! ¿Quién diablos me aconsejó colarme en esa barrena de piedra que agujerea el cielo, para comer queso rancio y ver los campanarios de París por una ventanilla?

Avanzó unos pasos, y vio a Dom Claudio y a maese Jaime contemplando una escultura de la portada de la catedral. Se aproximó hasta ellos de puntillas, y pudo oír que el arcediano decía a su discípulo:

—Guillermo de París hizo grabar un Job en esta piedra de color de lapislázuli, dorada por los bordes. Job figura la piedra filosofal, que debe ser probada y martirizada para conseguir la perfección, como dice Raimundo Lulio: *Sub conservatione formæ specificæ salva anima*.

—Poco me importa —dijo Juan—; la bolsa es mía.

Este oyó en aquel mismo instante una voz fuerte y sonora articular detrás de él una serie formidable de juramentos.

—¡Voto a cribas! ¡Sangre de Dios! ¡Vientre de Dios! ¡Cuernos de Belcebú! ¡Ombligo del papa! ¡Rayos y centellas! ¡Ira de Dios!

—No puede ser quien así jura más que mi amigo el capitán Febo —pensó Juan.

Llegó la voz de Febo a los oídos del arcediano, en el momento en que explicaba al procurador del rey el significado del dragón que mete la cola en un baño, de donde, entre el humo, sale una cabeza de rey. Estremecióse Dom Claudio e interrumpió su discurso, con gran asombro de maese Jaime: volvióse, y vio que su hermano Juan se acercaba a un joven oficial que estaba cerca de la puerta de la casa Goudelaurier. Era, en efecto, el capitán Febo, que apoyado en la esquina de la casa de su prometida, juraba como un pagano.

—A fe mía, capitán Febo, que juráis admirablemente —le dijo Juan del Molino.

—¡Rayos y truenos! —le respondió el oficial.

—¿Pero por qué juráis así, amable guerrero?

—Dispensadme, camarada —le contestó Febo, sacudiéndole la mano—; caballo que corre, no se para de repente, y yo juraba a galope. Vengo de casa de esas necias, y cuando salgo de allí, tengo la boca llena de juramentos, y les he de escupir o me ahogo, ¡rayos y truenos!

—¿Queréis venir a beber conmigo? —le preguntó el estudiante.

Esta invitación aplacó al capitán.

—Sí, pero carezco de dinero.

—Yo tengo.

—¡Bah!… veamos.

Juan presentó la escarcela al capitán con majestad y sencillez. Entretanto, el arcediano, que abandonó al absorto maese Jaime, se acercó a ellos, y se detuvo a algunos pasos de distancia, observando a entrambos, sin que ellos lo notasen, pues estaban embebidos en su conversación.

—¡Una bolsa en vuestras manos! —exclamó Febo—; es como la luna en un cubo de agua: se ve, pero no está dentro, solo está su sombra. Apuesto cualquier cosa a que contiene piedras.

—He aquí las piedras de mi bolsa —respondió Juan; y sin añadir más, vació la escarcela sobre un poyo vecino, cual otro ciudadano romano para salvar a la patria.

—¡Vive Dios! —exclamó Febo—, ¡cuántas monedas! ¡qué hermosura!

Juan permaneció digno e impasible. Algunas se cayeron en el fango, y el capitán se inclinó a recogerlas, pero Juan le detuvo, diciéndole:

—¿Qué vais a hacer, capitán Febo?

Contó Febo las monedas, y volviéndose hacia el estudiante, con aire petulante, le dijo:

—¿Sabéis, amigo Juan, que hay veintitrés sueldos parisíes? ¿A quién habéis aligerado de peso en la casa de juego?

Juan echó hacia atrás la cabellera rubia y ensortijada, y dijo entornando los ojos, con gesto desdeñoso:

—Se puede tener un hermano arcediano e imbécil.

—¡Santo varón, cuernos de Belcebú! —exclamó Febo.

—Vamos a beber —dijo el estudiante.

—¿Dónde? —preguntó el capitán—. ¿A la *Manzana de Eva*?

—No; es mejor a la *Ciencia Antigua*. Una vieja que sierra una asa es un jeroglífico, y a mí me gustan los jeroglíficos.

—Dejaos de jeroglíficos; el vino es mejor en la *Manzana de Eva*; y además, al lado de la puerta hay una parra al sol que me alegra cuando bebo.

—Pues bien; vamos a ver a Eva y su manzana —contestó Juan, tomando el brazo de Febo.

Los dos amigos se encaminaron a la susodicha taberna; es inútil advertir que antes recogieron el dinero, y también que el arcediano les seguía sombrío y fiero. Era el compañero de su hermano, el Febo maldito, cuyo nombre se mezclaba en todos sus pensamientos, después de la entrevista que tuviera con Gringoire. Lo ignoraba, pero el oír el nombre mágico de Febo, bastó para que Dom Claudio siguiese a paso de lobo a los dos alegres camaradas, y escuchara lo que hablasen y observase sus menores gestos con profunda ansiedad; era, además, fácil oírles, porque hablaban muy alto, importándoles muy poco que se enteraran los transeúntes. Hablaban de desafíos, de mujeres, de vinos y de aventuras.

Al volver una esquina oyeron el sonido de una pandereta que salía de una calle próxima. Dom Claudio oyó que el oficial decía al estudiante:

—¡Rayos y truenos! Apretemos el paso.

—¿Por qué, Febo?

—Temo que me vea la gitana.

—¿Qué gitana?

—Esa de la pandereta y que va siempre con una cabra.

—¿Esmeralda?

—La misma, Juan. Nunca recuerdo su nombre. Andemos de prisa, porque me puede conocer, y no quiero que venga a hablarnos en público.

—¿La conocéis, Febo?

El arcediano observó que el capitán sonreía maliciosamente, que se acercaba al oído de Juan, y le decía algunas palabras en voz muy baja; vio también que Febo soltó una carcajada, y que alzó la cabeza con aire de triunfo.

—¿De veras? —le preguntó Juan.

—Os lo juro —repuso Febo.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿Estáis seguro de que acudirá?

—Naturalmente. ¿Se debe dudar de estas cosas?

—Capitán Febo, sois un hombre dichoso.

Oyendo el arcediano esta conversación, sus dientes rechinaban, y sobrecogíale un violento escalofrío. Se detuvo un instante, se apoyó en un guardacantón, como hombre borracho, y después siguió la pista de los dos traviesos compañeros.

Cuando volvió a alcanzarlos, ya no hablaban de lo mismo, entonces entonaban los dos a voz en grito el antiguo cantar:

Los hijos de gitanos verdaderos
consiguen ser colgados cual corderos.

VII. La sombra

La célebre taberna de *La Manzana de Eva*, estaba situada en la Universidad, en la esquina de la calle de la Rondelle y de Batonnier. Era una gran sala baja de techo, que estaba al nivel del suelo, cuya bóveda sostenía un ancho pilar de madera pintado de amarillo; había en ella multitud de mesas, y lucientes jarros de estaño colgados de la pared; muchos bebedores, muchas mujerzuelas, una vidriera que daba a la calle, una parra a la puerta, y encima de esta puerta una llamativa muestra de lienzo, en la que estaban pinta-

das una manzana y una mujer, que había ya descolorido la lluvia, y que giraba, según el viento soplaba, sobre una varilla de hierro.

Era al anochecer: las calles estaban oscuras, y la taberna, llena de velas encendidas, relumbraba a lo lejos, como una fragua, en la sombra; oíase el choque de los vasos, el hervir de la cocina, el rumor y los juramentos, y los gritos de las camorras que salían por los vidrios rotos. A través de la niebla que el calor de la sala difundía sobre la desvencijada puerta vidriera, se veían hormiguear multitud de cabezas, y se oía, de vez en cuando, una carcajada sonora. Los transeúntes que iban a sus negocios pasaban sin mirar aquel tumultuoso recinto; solo, por intervalos, algún pillastre desarrapado se empinaba sobre la punta de los pies hasta llegar a los vidrios.

Un hombre, sin embargo, se paseaba cauteloso ante la estruendosa taberna, mirando sin cesar a su interior, y separándose tan poco de ella como el centinela de su garita. Iba embozado hasta las cejas con una capa que acababa de comprar en casa de un ropavejero, junto a la *Manzana de Eva*, sin duda para preservarse del frío de las noches de marzo, o acaso para ocultar su traje. De vez en cuando se paraba delante de la vidriera listada de tiras de plomo; escuchaba, miraba y hería el suelo con el pie.

Por fin se abrió la puerta de la taberna, que era quizás lo que esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentánea sus joviales rostros. El hombre de la capa se puso en observación desde un portal de enfrente.

—¡Rayos y truenos! —exclamó uno de los bebedores—; van a dar las siete, y es la hora de la cita.

—Tened en cuenta —le contestó su compañero con la lengua estropajosa — que yo no vivo en la calle de las Mauvaises-Paroles, *indignus qui inter mala verba habitat*. Vivo en la de Juan-Pain-Mollet, *in vico Johannis-Pain-Mollet*. Sois más cornudo que un unicornio, si decís lo contrario. Nadie ignora que el que una vez monta un oso, ya no tiene miedo nunca; pero vos preferís las golosinas, como Saint-Jacques del Hospital.

—Amigo Juan, estáis borracho —le contestó el otro.

—Eso es mentira —respondió el primero dando un traspiés—, amigo Febo; pero está probado hasta la evidencia, que Platón tenía el perfil de un lebrel.

El lector debe haber reconocido a nuestros amigos el estudiante y el capitán, el que los acechaba los reconoció también, porque seguía a pasos lentos todos los zigzags que Juan obligaba a hacer a Febo, quien, bebedor más aguerrido, conservaba su habitual sangre fría. Oyéndoles atentamente el hombre de la capa, pudo enterarse de la siguiente e interesante conversación:

—¡Cuernos de Belcebú! Tratad de andar derecho, señor bachiller, porque es preciso que os deje; son las siete, y ya sabéis que a esa hora me ha citado una mujer.

—Dejadme, pues; veo estrellas y lanzas de fuego, y vos os parecéis al castillo de Dampmartín, que revienta de risa.

—¡Por el vientre de mi abuela! Juan, esos disparates no vienen a cuento. A propósito: ¿no os queda ya dinero?

—Señor rector, lo he dicho ya antes: *pequeña carnicería, parva boucheria*.

—Juan, mi querido amigo Juan, ya sabéis que estoy citado con esa joven en el extremo del puente de San Miguel; que he de llevarla a casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto, porque esa pícara vieja no me lo querrá fiar. Decidme, Juan, si nos hemos bebido toda la bolsa del cura; decidme si nos queda algún sueldo parisíe…

—La conciencia de haber empleado bien las horas, es el justo y sabroso condimento de la mesa.

—¡Ombligo del papa! ¡Basta de pamplinas! Decidme si os queda o no dinero. Dadme si tenéis, porque si no voy a registraros, aunque tengáis lepra, como Job, y sarna, como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que desemboca por una parte a la calle de la Verriere y por la otra a la de la Tixeranderie.

—Ya lo sé, amigo Juan; pero ¡en nombre del cielo! despejaos; solo necesito un sueldo parisíe, y lo necesito a las siete.

—Callen todos y escuchen:

Mandará en Arras el rey
cuando coman pez las ratas,

y cuando la mar profunda
por San Juan se viere helada,
saldrán por cima del hielo
los que defiendan la plaza.

—¡Pues bien, estudiante del Anticristo, así te ahorquen con las tripas de tu madre! —gritó Febo, empujando con fuerza a Juan del Molino, que resbaló al dar con la pared y cayó blandamente sobre el empedrado de Felipe-Augusto. Por un resto de piedad fraternal, que no abandona jamás al corazón del bebedor, Febo empujó rodando con el pie al estudiante hasta una de esas almohadas inmundas que la Providencia tiene preparadas en todas las esquinas de París, y que los ricos deshonran dándoles el nombre de basureros. Acomodó el capitán la cabeza de su compañero sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y este, casi al punto, empezó a roncar con magnífica voz de bajo. Esto no obstante, el rencor no se había extinguido por completo en el corazón del capitán, y le gritó, alejándose de él:

—¡Tanto peor para ti si te recoge al pasar la carreta del diablo!

El hombre de la capa, que no cesó de seguirle, detúvose un instante ante el joven que estaba tendido en el suelo como agitado por cruel indecisión; después, lanzando profundo suspiro, continuó en pos del capitán. Nosotros le imitaremos.

Al desembocar en la calle de Saint-André-des-Arce se apercibió el capitán Febo de que le seguían, pues vio, al volver los ojos por casualidad, una sombra que se deslizaba tras él a lo largo de las paredes. Paróse él y se paró la sombra; volvió a andar y la sombra también. Esto no le inquietó. —¡Bah —se dijo a sí mismo—, no llevo ni un miserable parisíe!

Se paró luego ante la fachada del colegio de Antun; en aquel colegio estudió, y por costumbre de estudiante travieso, que conservaba todavía, no pasaba nunca por delante de la fachada sin infringir a la estatua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida a la derecha del portón, la especie de afrenta de que se lamenta tan amargamente Príapo en la sátira de Horacio: *Olim truncus eram ficulmus*, y era tal su encarnizamiento, que casi había llegado a borrar la inscripción *Eduensis episcopus*. Cuadróse, pues, ante la estatua siguiendo su costumbre: la calle estaba completamente desierta. Mientras se ataba las presillas con desenfado, mirando en torno, vio que la sombra se le aproximaba a pasos lentos, tan lentos, que pudo observar que la sombra lle-

vaba capa y sombrero. Cuando estuvo junto a él se detuvo y permaneció tan inmóvil como la estatua del cardenal, pero fijando en él los ojos llenos de la luz vaga que despiden de noche las pupilas del gato.

El capitán era valiente y no volviera la espalda a un ladrón con la espada en la mano; pero aquella estatua que andaba, aquel hombre petrificado le helaron. Circulaban entonces rumores relativos al alma en pena de un monje, que era un fantasma nocturno que recorría las calles de París, y estos rumores acudieron confusamente a su memoria. Quedó suspenso durante algunos minutos y al fin rompió el silencio, esforzándose por reír.

—Si sois un ladrón, como parece, os vais a ver como una garza real que coge una cáscara de nuez. Soy hijo de una familia arruinada, conque perdéis el tiempo; hay en la capilla de este colegio madera de la Cruz verdadera, guardada en urnas de plata.

La mano de la sombra, que salió de bajo de la capa, aferró el brazo de Febo como la garra de una águila, y al mismo tiempo la sombra habló.

—¡Capitán Febo de Chateaupers!

—¿Cómo diablos sabéis mi nombre?

—No solo sé tu nombre —contestó el hombre de la capa con voz sepulcral—; sé también que tienes una cita esta noche.

—Sí —repuso Febo estupefacto.

—Dentro de un cuarto de hora.

—Y en casa de la Falourdel.

—Precisamente.

—La del puente de San Miguel.

—Mejor de San Miguel Arcángel, como dice la oración.

—¡Impío! —murmuró el espectro—. Con una mujer.

—*Confiteor*…

—Se llama ella…

—La Esmeralda —añadió Febo alegremente, que ya iba respirando por grados su habitual insustancialidad.

Al escuchar este nombre, la garra de la sombra sacudió con furor el brazo del oficial, y le dijo:

—¡Capitán Febo de Chateaupers, mientes!

Quien hubiera visto en aquel momento el rostro inflamado del capitán, el salto que dio hacia atrás, tan violento que se soltó de la mano que le asía, el altivo continente con que echó mano al puño de la espada, y ante su cólera la inmovilidad del hombre de la capa, de fijo se hubiera estremecido. Era aquello algo semejante al combate de Don Juan con la estatua del Comendador.

—¡Rayos y truenos! —gritó el capitán—: ¡esa palabra llega rara vez al oído de un Chateaupers! Atrévete a repetirla.

—¡Mientes! —dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitán: alma en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel punto. Solo veía que le insultaba un hombre.

—¡Ah, está bien! Enseguida las espadas y corra la sangre por el suelo.

Diciendo esto, el capitán, con voz ruda, porque el despecho le hacía palpitar como el miedo, desenvainó la espada.

La sombra no se movía; cuando vio que su rival se ponía en guardia y que iba a atacarle, dijo, y su acento vibraba con amargura:

—Capitán Febo, olvidáis vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres del carácter de Febo son sopas de leche, cuyo hervor apaga una sola gota de agua fría; las últimas palabras bastaron a hacer bajar la espada que relucía en la mano del capitán.

—Capitán —prosiguió la sombra—; mañana, pasado mañana, dentro de un mes, dentro de diez años me encontraréis dispuesto a daros una estocada; pero ahora id a la cita.

—Es comprometido, efectivamente —contestó el capitán capitulando consigo mismo—, encontrarse al mismo tiempo con una espada y con una mujer, y no sé por qué he de perder la una o la otra, cuando puedo conseguir las dos cosas.

Cuando concluyó de decir estas palabras envainó la espada.

—Id a la cita —repitió por tercera vez el desconocido.

—Mil gracias, caballero, por vuestra cortesía —respondió Febo con alguna confusión—; siempre tendremos tiempo de rompernos a cuchilladas la ropilla de nuestro padre Adán: os agradezco que me dejéis pasar un cuarto de hora agradable. Contaba con dejaros tendido en el arroyo y llegar a tiempo a la cita, tanto más cuanto es de buen tono hacer esperar a las mujeres; pero me parecéis simpático, y es mejor que dejemos el lance para mañana. Voy, pues, a la cita, que es a las siete, como sabéis. —Al llegar a este punto, rascándose la cabeza, Febo añadió—: Ya se me olvidaba; no tengo ni un solo sueldo para pagar el alquiler del cuarto y la pícara bruja querrá cobrar adelantado, porque no se fía de mí.

—Aquí tenéis con qué pagar.

Sintió Febo que la mano fría del desconocido deslizaba en la suya una ancha moneda, tomó el dinero y estrechó la mano.

—¡Vive Dios! —exclamó—, que sois un hombre de bien.

—Con una condición —advirtió la sombra—; probadme que estoy equivocado en lo que os dije y que vos dijisteis la verdad. Ocultadme en algún rincón, desde donde pueda ver que esa mujer es la misma que me citasteis.

—¡Oh! —respondió Febo—; eso no importa; tomaremos el cuarto de Santa Marta y podréis ver si queréis desde el zaquizamí que está al lado.

—Venid, pues —repitió la sombra.

—Estoy a vuestras órdenes —replicó el capitán—. Ignoro si sois el mismo diablo en persona, pero seremos amigos esta noche. Mañana os pagaré mis deudas, la de la bolsa y la de la espada.

Empezaron a andar con rapidez: al cabo de algunos minutos el murmullo del río les advirtió que se hallaban en el puente de San Miguel, entonces cuajado de casas.

—Empezaré por introduciros —dijo Febo a su compañero—, e iré después a buscar a la joven, que debe esperarme cerca del Pequeño Chatelet.

El compañero no respondió: pues desde que andaban juntos no había desplegado los labios. Paróse Febo ante una puerta y llamó, dando en ella grandes porrazos; poco después brilló una luz por entre las rendijas.

—¿Quién llama? —preguntaron desde dentro.

—¡Ombligo del papa! ¡Cuernos de Belcebú! ¡Rayos y truenos! —respondió el capitán.

Abriose la puerta al punto y apareció ante los que llegaban una mujer vieja, con una lámpara vieja también, temblando una y otra. La vieja estaba doblada como un arco, cubierta de andrajos; se bamboleaba: parecía que tenía los ojos abiertos con un punzón, arrugada de cara, cuello y manos, con los labios dentro de las encías y ostentando en torno de la boca pinceles de pelos blancos, que la daban el aspecto de un gato.

El interior del cuchitril no estaba más boyante que ella. Se componía de cuatro paredes de yeso, con vigas negras en el techo, una chimenea desmoronada y telarañas en todos los rincones; en el centro había unas cuantas mesas y banquillos cojos, un niño sucio jugando con la ceniza y en el fondo una escalera, o mejor dicho, una escalera de madera, que desembocaba en una trampa abierta en el techo.

Al penetrar en aquel antro el misterioso compañero de Febo se embozó hasta las cejas. El capitán, jurando, se apresuró a *hacer en un escudo brillar el sol*, como dice el admirable Regnier.

—El cuarto de Santa Marta —dijo.

La vieja le trató de monseñor y encerró el escudo en un cajón. Era la moneda que el hombre de la capa entregó antes a Febo. Mientras la vieja volvió las espaldas, el chiquillo que jugaba con la ceniza, se aproximó con agilidad al cajón y sacó de él el escudo, poniendo en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

Hizo seña la vieja a los dos gentileshombres, como ella los llamaba, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos. Una vez en el piso superior dejó la lámpara sobre un cofre, y Febo, conocedor de la casa, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro zaquizamí.

—Entrad aquí —le dijo a su compañero.

El hombre de la capa obedeció sin hablar; la puerta se cerró tras él. Oyó que Febo le echaba el cerrojo, y un momento después que bajaban la escalera este y la vieja. La luz había desaparecido.

VIII. Utilidad de las ventanas que dan sobre el río

Claudio Frollo (el lector le debe haber conocido) anduvo a tientas bastante rato por el escondite tenebroso donde le encerró el capitán. Era uno de los escondrijos que reservan a veces los arquitectos en la intersección del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel cuchitril, como propiamente le llamó Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenía ventana ninguna, y el plano inclinado del suelo impedía poder estar de pie. Acurrucóse, pues, Claudio entre el polvo; su frente ardía y registrando a su alrededor, sus manos hallaron un vidrio roto, que apoyó contra la frente, cuya frescura le prestó algún alivio.

¿Qué pasaba entonces en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo. ¿En qué orden fatal barajaba a Esmeralda, a Febo, a maese Jaime, a su hermano Juan, que había abandonado tendido en medio de la calle; su sotana de arcediano, su dignidad quizás prostituidas en casa de la Falourdel, todas esas imágenes y todas esas aventuras? No sé decirlo, pero es lo cierto que esas ideas formaban en su mente un caos horrible.

Solo un cuarto de hora llevaba de esperar y le parecía que había transcurrido un siglo: de pronto sintió crujir las tablas de la escalera de madera; alguien subía. La trampa se abrió y reapareció la luz. Había en la puerta carcomida de su cuchitril una rendija bastante ancha y en ella pegó la cara; de este modo podía ver lo que pasara en el cuarto inmediato. La vieja de faz de gato salió primero de la trampa, después Febo retorciéndose el bigote, y por último la hermosísima Esmeralda. El sacerdote la vio salir de bajo de la tierra como deslumbradora aparición. Claudio tembló y espesa nube oscureció su vista; sus sienes latieron con violencia; parecióle que todo rugía y daba vueltas en torno suyo: luego nada vio ni oyó.

Cuando volvió en sí, Febo y Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera junto a la lámpara, que destacaba a la vista del arcediano las figuras de los dos jóvenes, y una cama miserable en el fondo del tugurio. Al lado de la cama había una ventana, cuya vidriera rota dejaba ver a través de sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada a lo lejos sobre blando lecho de nubes.

La joven estaba ruborosa, confusa y palpitante. Sus largas pestañas, inclinadas, sombreaban sus mejillas de púrpura. El oficial, a quien ella no se atrevía a mirar, estaba orgulloso de verse a su lado. Maquinalmente y con expresión de encantadora sencillez, trazaba ella con la punta del dedo sobre el cofre líneas incoherentes y se miraba el dedo. No se la veían los diminutos pies, sobre los que estaba echada la cabra y los cubría.

El capitán vestía ricamente y lucía en el cuello y en las muñecas abundancia de abalorios, que estaban muy de moda en aquella época.

Dom Claudio apenas podía oír lo que se decían los amantes al través del bullir de la sangre que hervía agolpada en sus sienes.

—¡Oh! —decía la joven sin levantar la vista del suelo—; no me despreciéis, monseñor Febo, aunque conozco que lo que hago está mal hecho.

—¡Despreciaros, vida mía! —repuso el militar con protectora galantería —; ¡despreciaros! ¿Y por qué?

—Por haberos seguido hasta aquí.

—Hija mía, no pensamos lo mismo. Yo debía no despreciaros, sino aborreceros.

La joven le miró aterrada.

—¡Odiarme! ¿Pues qué daño os hice?

—Os hicisteis rogar demasiado.

—¡Ay! Es porque quebranto un voto. Ya no podré encontrar a mis padres y mi amuleto perderá su virtud. Pero, ¡qué importa! ¿Qué necesidad tengo ya de padre ni de madre?

Hablando así fijaba en el capitán sus rasgados ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

—Lléveme el diablo si os entiendo —exclamó Febo.

Esmeralda permaneció un instante silenciosa; luego brotó una lágrima de sus ojos y un suspiro de sus labios, y dijo:

—¡Oh, señor! ¡Yo os amo!

Fluía de aquella criatura tal aroma de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se encontraba muy satisfecho a su lado; pero estas palabras le in-

fundieron valor.

—¡Me amáis! —exclamó arrebatado—, y pasó el brazo alrededor de la cintura de la gitana.

El sacerdote al verlo probó en la yema del dedo la punta de un puñal que llevaba oculto en el pecho.

—Febo —prosiguió la gitana desligando suavemente de la cintura las tenaces manos del capitán—; sois bueno, sois generoso, sois gallardo, me habéis salvado la vida, a mí, que soy una pobre mujer de la Bohemia. Hacía mucho tiempo que soñaba que un oficial me salvaba la vida, y es que soñaba en vos antes de conoceros. Mi sueño ostentaba un hermoso traje como ese, un porte bizarro como el vuestro. Os llamáis Febo, y vuestro nombre es precioso. Me enamoran vuestro nombre y vuestra espada. Desenvainadla, Febo; quiero verla.

—¡Vaya un infantil capricho! —dijo el capitán sonriendo y sacando la espada.

Miró la muchacha el puño, la hoja, examinó con alegría pueril la cifra de la guarnición y besó la espada, diciéndola:

—Eres la espada de un valiente; y por eso amo a mi capitán.

Febo se aprovechó de tan favorable ocasión para depositar sobre el hermoso cuello un beso, que hizo levantar el semblante de la joven, rojo como una cereza. El sacerdote rechinaba los dientes en la oscuridad.

—Febo —murmuró la gitana—, dejadme que os hable. Andad un poco, que yo vea lo alto que sois y que oiga sonar vuestras espuelas. ¡Qué hermoso sois!…

El capitán se puso en pie por complacerla, riñéndola, pero sonriéndose con satisfacción.

—Pues esto no es nada. Dime, ¿me has visto alguna vez con el uniforme de gala?

—No, no —respondió ella.

—Aquel sí que es precioso.

Febo se volvió a sentar, pero mucho más cerca de Esmeralda.

—Escucha, vida mía…

La gitana le dio algunas palmaditas en la boca con su delicada mano, con una ingenuidad graciosa, alegre y apasionada.

—No, no, yo no quiero escucharos. Quiero saber si me amáis.

—¡Que si te amo, ángel de mi vida! —exclamó el capitán arrodillándose —. Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es tuyo. Te amo y nunca amé a nadie más que a ti.

Tantas veces había repetido el capitán esta frase en trances semejantes, que la dijo de memoria y seguida, sin detenerse para tomar aliento. Al oír esta apasionada declaración, la joven levantó una mirada llena de felicidad celestial al inmundo techo que hacía las veces de cielo, y exclamó:

—¡Este es el momento en que se debiera morir!

Febo encontró delicioso *este momento* para darla un segundo beso, que martirizó en su escondrijo al desventurado arcediano.

—¡Morir! —exclamó el fogoso capitán—. ¿Qué estás diciendo, ángel mío? Este es precisamente el momento de vivir. ¡Morir ahora! ¡Vaya una bobada! Escúchame, mi querida Similar, me equivoco, mi querida Esmeralda. Perdóname, porque tienes el nombre tan prodigiosamente sarraceno, que casi nunca lo acierto. Es como una barrera que no me deja pasar adelante.

—¡Dios mío! ¡A mí que me parecía tan bonito!… Pero ya que no os place, quisiera llamarme Gotón.

—¡No nos incomodemos por tan poco, vida mía! Es un nombre que es preciso acostumbrarse a él y nada más, y ya me acostumbraré. Escúchame, querida Similar, te adoro con verdadera pasión; te amo tanto, que has logrado realizar conmigo este milagro; ya sé que por esto hay otra mujer que se muere de rabia.

—¿Quién? —le interrumpió con rapidez la celosa muchacha.

—¡Qué nos importa! ¿No me amas? —dijo Febo.

—¡Oh, sí!…

—Pues bien, esto es lo principal. Ya verás como yo te amo también. Que me atraviese con su tridente el diablo de Neptuno si no eres conmigo la mu-

jer más feliz del mundo. Tendremos una casita muy bien dispuesta para los dos: pasaré revista a los arqueros delante de tus ventanas. Todos van a caballo y se mofan de los del capitán Mignon; mando a maceros, a ballesteros y a culebrineros de mano. Te enseñaré los grandes monstruos de París en la granja de Rully; son magníficos. Te llevaré a ver los leones del palacio del rey, que son muy fieros, y que a todas las mujeres les gustan.

Hacía ya algunos instantes que estaba la joven absorta en sus deliciosos pensamientos y solo oía el eco de la voz de Febo, sin atender al sentido de sus palabras.

—Serás muy feliz —prosiguió el capitán—, y al mismo tiempo desataba con suavidad el cinturón de la gitana.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó ella de pronto, volviendo a la realidad.

—Nada —respondió Febo—; solo decía que debes abandonar este vestido callejero y caprichoso cuando estés conmigo.

—¡Cuando esté contigo, Febo mío! —exclamó con ternura Esmeralda—, y volvió a quedar pensativa y silenciosa.

El capitán, alentado al conocer tanto cariño, cogió a la gitana por la cintura, sin encontrar resistencia; luego fue desatando poco a poco el corpiño de la joven, y tanto desarrugó la gorguera, que el desgraciado sacerdote entrevió la hermosa espalda desnuda de la hechicera egipcia.

Esta dejaba obrar a Febo, como si no notase lo que hacía: los ojos del atrevido capitán relucían.

De repente, volviéndose hacia él, le dijo Esmeralda, con expresión de amor infinito:

—Quiero que me instruyas en tu religión.

—¡En mi religión! —exclamó el capitán soltando una carcajada—. ¡Rayos y truenos! ¿Para qué quieres mi religión?

—Para casarnos —respondió ella.

Al oír esta respuesta, el rostro del capitán expresó a la vez la sorpresa, el desprecio, la insustancialidad y el libertinaje.

—¡Bah!… —dijo—; ¿pues quién trata de casarse?

Palideció la gitana y con honda tristeza inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Bella enamorada, ¿qué locura es esa? —prosiguió tiernamente Febo—; para querernos mucho no es necesario casarnos.

Hablando así con el acento más dulce que encontró, aproximóse todo lo que pudo a la gitana, ciñendo cariñosamente la airosa cintura de la joven; sus ojos brillaban más cada vez; Febo había llegado ya a uno de esos momentos durante los cuales el mismo Júpiter comete tantas tonterías, que el buen Homero se ve obligado a pedir auxilio a una nube.

Dom Claudio lo veía todo: la puerta del cuchitril estaba formada de tablas de cubas enteramente podridas, que permitían paso a su mirada de ave de rapiña. El robusto sacerdote, de anchas espaldas y de tez morena, condenado hasta entonces a la austera virginidad del claustro, se estremecía, ardiéndole la sangre ante aquella escena de amor y de voluptuosidad. La joven Esmeralda, junto a aquel ardiente mancebo, hacía circular por sus venas plomo derretido. Sentía en su corazón latidos extraordinarios: sus ojos penetraban con celosa lascivia al través de las ropas casi desceñidas de la gitana. Quien hubiera visto en aquel instante el rostro del arcediano pegado a las tablas hendidas, hubiera creído ver la cara del tigre contemplando desde el fondo de la jaula a un hambriento chacal que devora a una gacela. Sus ojos llameaban como velas encendidas al través de las rendijas de la puerta.

De pronto Febo arrancó la gorguera de la gitana. La pobre joven, que hasta entonces estuvo lánguida y pensativa, salió despavorida de su letargo: alejóse bruscamente del atrevido oficial, miróse la garganta y los hombros desnudos, y ruborizada y muda de vergüenza, cruzó ambas manos sobre el seno para ocultarle. Si una llama no encendiera sus mejillas, quien así la hubiera visto, con la vista baja, silenciosa e inmóvil, la hubiera tomado por la estatua del pudor.

La osadía del capitán descubrió el misterioso amuleto que pendía del cuello de Esmeralda.

—¿Qué es eso? —preguntó este aprovechando el pretexto para acercarse a la tímida joven.

—No lo toquéis —repuso la gitana con viveza—; es el ángel de mi guarda. Él me hará encontrar a mi familia, si soy digna de que la encuentre. ¡Oh,

dejadme por piedad!… ¡Madre mía!… madre mía, ¿dónde estás? ¡Socórreme! ¡Señor capitán!… ¡Devolvedme la gorguera!…

Retrocedió Febo y la dijo con estudiada frialdad:

—¡Ah, Esmeralda!… ¡Ya veo que no me amáis!…

—¡Que yo no te amo! —gimió la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó del cuello del capitán, que hizo sentar cerca de ella—. ¡Que no te amo, Febo!… Eso, ingrato, lo dices para desgarrarme el corazón. Haz de mí lo que quieras; tómame, soy tuya. ¿Qué me importa el amuleto, ni qué me importa mi madre? A ti, solo a ti amo. Febo, Febo mío, ¿me quieres? Soy yo, mírame. Soy esa infeliz que desprecias y que viene a buscarte. Mi alma, mi vida y mi cuerpo son una misma cosa, y esta te pertenece, capitán mío. Pues bien, no nos casaremos, ya que esto no te place; porque, ¿quién soy yo? Una miserable bailarina callejera, hija de la fatalidad, mientras que tú eres un gentilhombre. Sería una locura que una bailarina se casase con un capitán. No, Febo, no; seré tu querida, tu pasatiempo, mancillada y despreciada como estoy; pero seré amada por ti, y todo lo demás nada me importa. Me creeré la más feliz de las mujeres. Y si quedo fea o llego a vieja, cuando no sirva para que me ames, entonces te serviré como una esclava. Otras te bordarán bandas, yo te las cuidaré. Limpiaré tus espuelas, cepillaré tu uniforme, daré lustre a tus botas. ¿No es verdad, Febo mío, que lo consentirás? Mientras, Febo, tómame, tuya soy, pero ámame, ámame por compasión. Las gitanas solo necesitamos aire y amor.

Entretanto, la muchacha echaba los brazos al cuello del oficial y le miraba de arriba a bajo, suplicante, sonriendo y llorando a un mismo tiempo; sus delicados senos se rozaban con el uniforme y con los bordados del capitán, y apoyaba sobre las rodillas de este su cuerpo medio desnudo; Febo, delirante, clavó sus labios de fuego en las bellas espaldas africanas; la gitana, echada hacia atrás, se estremecía y palpitaba al recibir aquel beso ardiente.

De repente, encima del rostro de Febo vio otro rostro, un rostro lívido, verde, convulso, que lanzaba miradas de réprobo; junto a aquel rostro apareció una mano que levantaba un puñal. Eran la cara y la mano del sacerdote, que había derribado la puerta y que se acercó a los amantes. Febo no podía verle. La joven quedó inmóvil, helada y muda al ver la espantosa aparición, como una paloma que levanta la cabeza en el momento en que el azor mira su nido con sus ojos redondos.

No pudo ni lanzar un grito: vio descender el puñal hasta llegar a Febo y volver a subir humeante.

—¡Maldición! —exclamó el capitán. Y cayó al suelo.

Esmeralda se desmayó. Cuando se la cerraban los ojos y perdía la sensibilidad, sintió sobre sus labios un contacto de fuego, un beso tan abrasador como el hierro candente del verdugo.

Al volver en sí estaba rodeada de soldados, y vio que se llevaban al capitán, que yacía bañado en su propia sangre: el sacerdote había desaparecido. La ventana del fondo de la habitación, que daba al río, estaba abierta de par en par; vio que los soldados recogían una capa, que suponían del oficial, y oyó decir:

—Es una gitana que ha asesinado a un capitán.

---

1. Moneda antigua de Francia de poco valor.

2. Al ejemplar digitalizado de la edición de 1930 le faltan las páginas 159 y 160. El pasaje que va desde aquí hasta «en la gran mezquita de Córdoba» se ha traducido del original francés para esta edición. (N. del E.)

3. Sitio público de prostitución.

4. Pie de verso, que consta de dos sílabas breves y una larga.

Libro octavo

I. El escudo convertido en hoja seca

Gran inquietud agitaba a Gringoire y a toda la Corte de los Milagros, porque hacía ya más de un mes que no sabían qué ocurría a Esmeralda, lo que entristecía en gran manera al duque de Egipto y a los hampones: tampoco sabían lo que sucediera a la cabra, y esto redoblaba la pesadumbre de Gringoire. Desde cierta tarde que se ausentó la gitana, hasta entonces no había dado señales de vida, y todas las pesquisas que hicieron para hallarla habían sido completamente inútiles. Algunos bromistas decían a Gringoire que la habían encontrado aquella noche en las cercanías del puente de San Miguel, en compañía de un capitán; pero aquel marido, casado según la moda de la Bohemia, era un filósofo incrédulo, y sabía mejor que nadie hasta qué punto era virgen su mujer; porque había podido juzgar del inexpugnable pudor que resulta de las dos virtudes combinadas, la del amuleto y la de la gitana, y había calculado la resistencia de aquella castidad; no abrigaba, pues, por esta parte, el menor temor.

Tampoco podía explicarse aquella desaparición, que le causó tanto pesar, que hubiera enflaquecido a no haber sido esto materialmente imposible. Llegó a olvidarlo todo, hasta sus aficiones literarias, hasta su gran obra *De figuris regularibus et irregularibus*, que pensaba imprimir con el primer dinero que tuviera (porque no pensaba más que en la imprenta, desde que vio

el *Didascalón* de Hugo de Saint-Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spira).

Un día que pasaba la Tournelle criminal, vio gran gentío en las puertas del palacio de Justicia.

—¿Qué es eso? —preguntó a un joven que salía de allí.

—No lo sé, señor —respondió el joven—. Dícese que están juzgando a una muchacha que ha asesinado a un capitán. Como parece que hay algo de hechicería en el asunto, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Tenía yo que hablarle, pero no he podido llegar hasta él por impedírmelo el gentío, y esto me fastidia de veras, porque necesito dinero.

—Bien os lo prestaría, caballero, pero si mis greguescos están agujereados, no es por el peso de las monedas —le contestó Gringoire, quien no se atrevió a decir que conocía a su hermano, a quien no había vuelto a ver desde la escena de la iglesia.

Prosiguió su camino el estudiante, y Gringoire siguió a la multitud que subía por la escalera de la sala mayor del tribunal, pensando para sus adentros que no hay espectáculo más propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, pues se presta al regocijo la habitual estupidez de los jueces. La gente, entre quienes andaba, se codeaba en silencio; después de largo pisoteo por un corredor sombrío, que serpenteaba por el palacio como un canal del antiguo edificio, llegó a una puertecilla baja que desembocaba en una sala, y su alta estatura le permitió explorar con la mirada por encima de las cabezas ondulantes de la multitud.

La sala era grande y sombría, lo cual contribuía a hacerla parecer mayor aún. Era al caer de la tarde, y ya solo dejaban penetrar las ventanas ojivales un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar a la bóveda, que la constituía multitud de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecía que se movían confusamente en la oscuridad. Había muchas velas encendidas a una y otra parte de las mesas, que derramaban su luz sobre las cabezas de los escribanos, inclinados sobre enormes mamotretos. Ocupaba el gentío la parte delantera de la sala; a derecha e izquierda había hombres togados al lado de las mesas; en el fondo, sobre un estrado, muchos jueces, cuyas últimas filas se perdían en las tinieblas; sus caras estaban inmóviles, y tenían

expresión siniestra. Cubrían las paredes numerosas flores de lis. Distinguíase confusamente la imagen de Cristo crucificado, encima de los jueces, y toda la sala estaba llena de picas y de alabardas, en cuyas puntas fingía la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero —preguntó Gringoire a uno de sus vecinos—, ¿quiénes son todos esos personajes formados como prelados en Concilio?

—Caballero —le contestó el vecino—, los de la derecha son los consejeros de la Sala del Crimen, y los de la izquierda, son los consejeros de la Sala de Información: los primeros llevan ropón negro y los segundos rojo.

—¿Y el que está más alto que todos, aquel gordo que suda, quién es?

—Es el señor presidente.

—¿Y los que están tras él?

—Son los jueces de instrucción del palacio del rey.

—¿Y aquel que parece un jabalí, que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del Parlamento.

—¿Y el cocodrilo de la derecha?

—Maese Felipe Lheulier, abogado especial del rey.

—¿Y aquel gatazo negro de la izquierda?

—Maese Jaime Charmolne, procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con los señores de la Curia.

—¿Sabéis qué hace ahí tanta gente?

—Están juzgando.

—¿A quién?… No veo ningún acusado.

—Juzgan a una mujer, pero no podéis verla, porque está de espaldas, y porque nos la oculta el gentío. Allí está, mirad, entre aquel grupo de partesanas.

—¿Quién es esa mujer? ¿Sabéis cómo se llama? —preguntó Gringoire.

—Lo ignoro; yo también acabo de llegar, pero me parece que es un proceso de hechicería, porque asiste a él el provisor.

—Entonces —contestó el filósofo—, vamos a ver cómo esos togados van a tundir carne humana. Es un espectáculo como otro cualquiera.

—¿No os parece, caballero, que maese Jaime Charmolne parece hombre compasivo?

—No me fío de la compasión que pueda caber en un sujeto que tiene las narices arremangadas y los labios sutiles —le contestó Gringoire.

Impuso entonces silencio el auditorio a los dos interlocutores, porque en aquel momento se iba a oír una deposición importante.

—Señores —decía en medio de la sala una vieja, cuyo rostro tapaban tanto sus ropas, que cualquiera la hubiera tomado por un montón de harapos andando—; señores, tan cierto es esto, como que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años junto al puente de San Miguel, pagando siempre con exactitud rentas, laudemios y censuales, frente por frente de la casa de Tassin-Caillart, el tintorero. Soy una pobre vieja hoy, pero ayer fui una hermosa joven, respetables jueces. Hace tiempo que me decían: ¡No hiléis mucho por la noche, que el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas; guardaos del alma en pena del monje, que rondaba el año pasado por el lado del *Temple*, y que ahora anda por la ciudad, cuidado no llame a vuestra puerta! Una noche que estaba yo hilando, llaman a mi puerta; pregunto: ¿quién es? Oigo grandes juramentos, abro, entran dos hombres, uno vestido de negro y un capitán, buen mozo; al hombre vestido de negro solo se le veían los ojos, que parecían dos brasas. Me dijeron: Dadnos el cuarto de Santa Marta, que es el más alto, señores, pero está muy limpio. Me dieron un escudo, lo guardé en el cajón, y me dije: Me servirá para comprar mañana tripas en la carnicería de la Glorieta. Subimos al cuarto; mientras yo volví las espaldas, desapareció el hombre negro; esto ya me escamó. El capitán, que era hermoso como un gran señor, bajó conmigo la escalera, y salió de casa; tardó en volver el tiempo que se gasta en hilar un copo, y tornó con una joven preciosa, con una muñeca, que hubiera brillado como un sol si hubiera estado peinada; la acompañaba un macho cabrío, no recuerdo si negro o blanco. Esto me dio mucho qué pensar; ¡la muchacha pase, pero el macho cabrío!… No me agradan esos animales, porque tienen barbas y cuernos, y se parecen a los hombres; además, huelen a aquelarre. Pero callé, porque me dieron un escudo. Hice bien, ¿no es verdad, señor juez? Acompañé al cuarto de Santa Marta al capitán y a la joven, y los dejé solos, es de-

cir, con el macho cabrío; bajé y me puse a hilar. Debo advertir que mi casa tiene piso bajo y principal, y que cae por detrás sobre el río, como las demás casas del puente, y que la ventana del principal y la del piso bajo se abren sobre el río. Estaba, pues, como decía, hilando el lino, y no sé por qué pensaba en el alma en pena del monje, que me recordaron el macho cabrío y la joven, que iba ataviada de singular manera. De pronto oigo arriba un grito, siento que cae algo de peso en el suelo, y que la ventana se abre. Corro a la mía, que está debajo, y veo cruzar una masa negra que cae en el agua; era un fantasma vestido de sacerdote. Como brillaba la luna, lo pude ver muy bien; ese fantasma se fue nadando hacia la Cité. Entonces, temblando, llamé a la ronda. Llegaron los señores de la Docena; por cierto que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, y como estaban algo borrachos, empezaron por pegarme. Pero les dije por qué los llamaba. Subimos al cuarto de Santa Marta, y veréis lo que allí encontramos. La habitación llena de sangre, al capitán tendido en el suelo, con un puñal clavado; a la joven como muerta, y al macho cabrío alborotado. Tengo quince días de trabajo si he de lavar bien el piso, me dije. Los señores de la Docena se llevaron al capitán, ¡pobre mancebo! y a la joven toda despechugada. Pero no fue eso lo peor, sino que al día siguiente, cuando fui a tomar el escudo para comprar las tripas, encontré en su lugar una hoja seca.

Calló la vieja, y un murmullo de horror circuló por todo el auditorio.

—El fantasma y el macho cabrío huelen a magia —explicó un vecino de Gringoire.

—¡Y la hoja seca! —añadió otro.

—Nadie dude —dijo un tercero—, que esa mujer es una bruja que tiene pacto establecido con el alma en pena del monje, para desvalijar a los oficiales.

El mismo Gringoire estaba inclinado a parecerle espantosa y verosímil aquella aventura.

—Señora Falourdel —advirtió el presidente con majestad—, ¿tenéis algo más que decir a la justicia?

—No, monseñor —repuso la vieja—; únicamente que en el informe se trata a mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, y eso es una calumnia. Las casas del puente no tienen gran apariencia, porque hay en ellas muchos in-

quilinos, pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros, que son personas pudientes y casados con mujeres muy limpias.

El magistrado que hiciera a Gringoire el efecto de un cocodrilo se levantó y dijo:

—¡Silencio! Pido a los señores que no pierdan de vista que se ha encontrado un puñal sobre el acusado. Señora Falourdel, ¿traéis la hoja seca en que se transformó el escudo que os dio el demonio?

—Sí, monseñor, aquí la tenéis.

Entregó un ujier la hoja seca al cocodrilo, que la recibió con un fatídico movimiento de cabeza y se la pasó al presidente, el que se la largó al procurador del rey en la curia eclesiástica, de modo que la hoja dio la vuelta a la sala.

—Es una hoja de abedul —expresó maese Jaime Charmolne—. Otra prueba de magia.

Un consejero tomó la palabra, diciendo:

—Testigo: dos varones entraron al mismo tiempo en vuestra casa: el hombre negro, que visteis huir y después nadar en el Sena, vestido de sacerdote, y el capitán. ¿Cuál de los dos os dio el escudo?

La vieja, después de reflexionar un momento, repuso:

—El capitán.

Vago rumor se escapó de la multitud.

—¡Ah! —se dijo Gringoire—; esto hace vacilar mi convicción.

Maese Felipe Lheulier, abogado especial del rey, intervino otra vez del modo siguiente:

—Recuerdo lo siguiente: que de la declaración escrita junto al lecho de muerte del capitán asesinado, declarando este que le ocurrió vagamente la idea, al acercársele el hombre negro, de que pudiese ser el alma en pena del monje, añadiendo que el fantasma le animó con tenaz empeño a que acudiese a la cita de la acusada, y al hacerle presente el capitán que no llevaba dinero, el mismo fantasma le dio el escudo con que el capitán pagó a la señora Falourdel; resulta que ese escudo es una moneda del infierno.

Esta concluyente observación disipó las dudas de Gringoire y de los demás escépticos del auditorio.

—Estos señores tienen el rollo de los autos —concluyó el abogado del rey sentándose—, y pueden estudiar la declaración de Febo de Chateaupers.

Al oír este nombre púsose en pie la acusada, levantando la cabeza por encima de todos. Gringoire, aterrado, reconoció a Esmeralda. Estaba pálida; sus cabellos, antes graciosamente trenzados y llenos de cequíes, le caían en desorden; sus labios estaban azulados y sus ojos hundidos asustaban.

—¡Febo! —exclamó delirando—, ¿dónde está? ¡Monseñores, antes que me maten decidme si vive todavía!

—Callaos, acusada —le respondió el presidente—; eso no os importa.

—¡Por Dios, decidme si vive! —repitió juntando las enflaquecidas manos y haciendo resonar sus cadenas.

—Pues bien —exclamó con sequedad el abogado del rey—, se está muriendo. ¿Estáis contenta?

La desgraciada joven volvió a caer en su asiento, muda y blanca como una estatua de cera.

Inclinóse el presidente hacia un hombre que estaba a sus pies, que llevaba bonete de oro y ropón negro, larga cadena al cuello y una vara en la mano.

—Ujier, introducid a la segunda acusada.

Todas las miradas se dirigieron hacia una puertecilla que se abrió y por la que vio Gringoire, con gran pena, salir una hermosa cabra con los cuernos y los pies de oro. Paróse en el dintel el elegante animal, alargando el pescuezo, como si, encaramado en un peñasco, tuviera a la vista un vasto horizonte. Vio de repente a la gitana y, saltando sobre la mesa y la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre las rodillas de su ama y luego se revolcó a sus pies, solicitando de ella una palabra o una caricia; mas la acusada permaneció inmóvil y la pobre Djalí no consiguió obtener ni una mirada.

—Ese es el macho cabrío que vino con ella a mi casa —exclamó la Falourdel.

—Si les place a estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra —dijo maese Jaime Charmolne.

Esta era, por lo visto, la segunda acusada; no era extraño entonces entablar un proceso de brujería contra un animal. Entre otros, se puede ver en las cuentas del Prebostazgo de 1466 un curioso detalle de las costas del proceso seguido a Gillet-Soulard y a su marrana, *ahorcados por sus deméritos en Corbeil*. Nada falta en este documento, ni el coste de los fosos para sepultar a la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni las tres azumbres de vino, ni el pan, última comida del reo, que partía fraternalmente con el verdugo, ni los ocho días de vigilancia y alimento de la marrana, a ocho dineros parisíes cada uno. A veces no solamente condenaba la justicia de entonces a los animales; los capitulares de Carlo-Magno y de Luis el Benigno imponían tremendos castigos a los fantasmas inflamados que se permitían aparecer en el aire.

El procurador del rey del Tribunal Eclesiástico habló así al ocuparse de la cabra:

—Si el demonio que posee a esta cabra, y que resistió a todos los exorcismos, persiste en sus maleficios y con ellos aterra al tribunal, le advertimos que nos veremos obligados a pedir contra él la horca y la hoguera.

Gringoire se estremeció al oír lo anterior.

Maese Jaime cogió la pandereta de la gitana y presentándosela de cierta forma a la cabra, la preguntó:

—¿Qué hora es?

Miró la cabra con ojos inteligentes, alzó la pata dorada, y dio siete golpes. Un escalofrío de terror agitó a la muchedumbre. Gringoire no se pudo contener, y se dijo: ¡Se pierde miserablemente!… Después añadió en voz alta:

—Ya sabéis, señores, que no sabe lo que se hace.

—¡Silencio! —gritó agriamente el ujier.

Maese Jaime, con los mismos manejos de la pandereta, obligó a hacer a la cabra otros ejercicios sobre la fecha del día, el mes del año, etc., de las que el lector ya ha sido testigo. Por una ilusión óptica, propia de los debates jurídicos los mismos espectadores que más de una vez habían aplaudido en las calles y en las plazas aquellas habilidades de Djalí, se asustaron viéndo-

selas repetir en el palacio de Justicia. La cabra era el diablo, indudablemente.

Se confirmó más esta creencia cuando, después de vaciar en el suelo el procurador del rey el saquito de cuero lleno de letras movibles, que llevaba al cuello la cabra, vieron el público y los jueces que esta extraía del alfabeto y formaba con la pata el nombre de *Febo*. Los sortilegios de que hicieron víctima al capitán, parecieron completamente demostrados, y para todos, la bella gitana, la hechicera bailarina que tantas veces fascinó al pueblo con su gracia irresistible, fue desde entonces un horrible vampiro.

Entretanto, la desdichada no daba señales de vida: ni las graciosas maniobras de Djalí, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada hacía en ella la menor impresión.

Fue necesario para sacarla de su letargo, que la empujase con fuerza un alabardero, y que el presidente levantara la voz con tono solemne:

—Acusada, pertenecéis a la raza gitana, y estáis dedicada a los maleficios. Vos y vuestra cómplice la cabra hechizada, materia del proceso, habéis, en la noche del 20 de marzo último, dado de puñaladas al capitán de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de sortilegios. ¿Lo negáis aún?

—¡Qué horror! —gritó la joven, ocultándose el rostro con las manos—. ¡Febo mío, esto es el infierno!

—¿Lo negáis aún? —preguntó otra vez el presidente.

—Sí, lo niego —exclamó la acusada con acento firme, puesta en pie y echando llamas por los ojos.

—Entonces, ¿cómo os explicáis los hechos de que se os acusa?

—Ya lo he dicho —respondió ella, con voz débil y entrecortada por los sollozos—. No lo sé. Los cometió un sacerdote que yo no conozco, un sacerdote infame que me persigue.

—Eso es, el alma en pena del monje —repuso el juez.

—¡Oh, señores, tened lástima de mí! ¡soy una infeliz mujer!…

—Hija del Egipto —añadió el presidente.

Maese Jaime tomó la palabra, y dijo:

—En vista de la sensible obstinación de la acusada, pido para ella la aplicación del tormento.

—Concedido —dijo el presidente.

Estremeciose la desdichada, pero, sin embargo, se levantó al mandárselo los guardias de las partesanas, y echó a andar con paso seguro, precedida de maese Jaime y de los eclesiásticos de la curia, entre dos filas de alabarderos, hacia una puerta secreta, que se abrió súbitamente y se volvió a cerrar tras ella, que a Gringoire le pareció que era una boca horrible que se abría para devorarla.

Apenas desapareció la muchacha, se oyó un balido lastimero: era que lloraba la cabra.

Se suspendió la audiencia, y como un consejero hiciera notar que aquellos señores estaban cansados, y que sería cosa larga esperar hasta el fin de la tortura, el presidente contestó que el magistrado debe sacrificarse a su deber.

—¡Vaya una chicuela incómoda y desagradable —exclamó el juez anciano—, que se hace llevar al tormento cuando no hemos cenado todavía!…

II. Continuación del escudo convertido en hoja seca

Después de subir y bajar varios escalones en corredores tan sombríos, que estaban alumbrados artificialmente en la mitad del día, introdujeron los alabarderos a Esmeralda, a la que acompañaba la lúgubre comitiva, en una estancia siniestra. Esta estancia era de forma redonda y ocupaba el piso bajo de una de aquellas macizas torres que se levantan aún en nuestro siglo sobre los edificios modernos con que el nuevo París cubre al antiguo. Ninguna ventana había en aquel sótano, ni más abertura que la entrada baja y cerrada por una enorme puerta de hierro. No faltaba, sin embargo, claridad en aquel

sitio; había un horno practicado en el espesor de la pared, donde ardía mucho fuego, que inundaba la estancia de calientes reverberaciones, y privaba de todo reflejo a una miserable vela que había encendida en un rincón. El rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, y que estaba levantado entonces, solo dejaba ver en el orificio del respiradero que se reflejaba sobre la pared, la extremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados. A esta luz rojiza vio la prisionera, en torno de la estancia, instrumentos espantosos, cuyo uso desconocía. En medio de ese infernal aposento yacía un colchón de cuero casi tocando al suelo, sobre el que pendía una correa con ancha hebilla en un extremo, y atada por el otro a una argolla de cobre que mordía un monstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado atestaban el interior del horno, y se enrojecían entre las ascuas; el sangriento resplandor del horno iluminaba un conjunto de objetos horribles. Aquel antro se llamaba sencillamente *el cuarto del tormento*.

El atormentador jurado, Pierrat Torterne, estaba sentado sobre el colchón, y sus criados, que eran dos gnomos de cara cuadrada, mandil de cuero y calzones de lienzo, daban vueltas a todo el herraje sobre las brasas.

En vano la infeliz trató de reunir todo su valor; al vislumbrar aquella estancia, se horrorizó.

Formaronse a un lado los maceros del baile del palacio, y al otro los sacerdotes de la curia. En un rincón había una mesa con tintero, y junto a estos objetos un escribano. Acercose a la gitana con dulce sonrisa maese Jaime Charmolne, y la dijo:

—¿Insistís, hija mía, en negar?

—Sí —respondió con voz apagada.

—En tal caso —repuso Charmolne—, será doloroso para nosotros tener que preguntaros con más rigor que quisiéramos.

—Tened la bondad de sentaros sobre esa cama. Maese Pierrat, dejad el sitio a la acusada, y cerrad la puerta.

—Si cierro se me apagará el fuego —contestó maese Pierrat.

—Pues, entonces, no la cerréis.

La Esmeralda permanecía en pie; el lecho de cuero donde se habían retorcido tantos infelices, la llenaba de espanto; el terror la helaba hasta la medula de los huesos, y permanecía allí atónita. Hizo Charmolne una seña, y los dos criados la cogieron y la sentaron en la cama. No la hicieron daño, pero sintió, cuando al tocarla aquellos hombres y cuando ella tocó el cuero, afluir toda su sangre al corazón. Miró con ojos atónitos alrededor de la cámara, y le pareció que se movían, andando hacia ella para serpentear por todo su cuerpo, morderla y pincharla, todos aquellos deformes útiles de tortura.

—¿Dónde está el médico? —preguntó Charmolne.

—Aquí —respondió un bulto negro, que no había visto la gitana.

La desdichada se estremeció al verle.

—Acusada —le preguntó por tercera vez el procurador del tribunal eclesiástico—, ¿insistís en negar los hechos que se os imputan?

Solo pudo contestar con un movimiento de cabeza esta vez; la voz le faltó.

—Pues bien —respondió maese Jaime—, tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—Señor procurador del rey —preguntó Pierrat con tono brusco—, ¿por dónde empezamos?

Dudó un momento Charmolne, con el gesto distraído del poeta que busca un consonante.

—Por el borceguí —dijo al fin.

Sintiose la infeliz gitana tan abandonada de Dios y de los hombres, que inclinó la cabeza sobre el pecho, como algo inerte que carece de fuerza para sostenerse por sí mismo.

El médico y el atormentador se acercaron a ella a la vez, y a un tiempo los criados registraron en su horrible arsenal. Al chirrido de aquel espantoso herraje se estremeció la desventurada joven como una rana muerta a la que galvanizan.

—¡Oh! —gimió con voz tan débil y tan baja que nadie pudo oírla—; ¡oh Febo mío!…

Luego volvió a sumirse en la inmovilidad y en el silencio del mármol: tal espectáculo hubiera desgarrado todos los corazones, menos los de los jueces. Parecíase la joven en esa situación al alma pecadora interrogada por Satanás en el postigo escarlata del infierno. El mísero cuerpo al que iba a agarrarse el espantoso hormiguero de sierras, de ruedas y de caballetes, el ser humano que iban a asir las ásperas manos de los verdugos y de las tenazas, era una tierna, blanca y delicada criatura; ¡pobre grano de trigo, que la justicia humana hacía moler en las atroces muelas de la tortura!

Mientras, las callosas manos de los criados de Pierrat Torterne desnudaron brutalmente aquella preciosa pierna y aquel breve pie que hechizaba a los transeúntes en las calles de París. —¡Es una lástima! —gruñía el atormentador contemplando aquellas formas graciosas y lindas. Si el arcediano hubiese estado presente en aquel momento, se hubiera acordado de su símil de la araña y de la mosca.

Luego vio Esmeralda, al través de la nube que oscurecía su vista, acercarse el horrible *borceguí*; pronto sintió su pie, encajonado entre las planchas de hierro, desaparecer dentro de aquel espantoso aparato. Entonces el terror la devolvió las fuerzas.

—¡Que me quiten esto! —gritó con arrebato—; poniéndose en pie y desmelenada, exclamó: —¡Perdón! ¡perdón!

Arrojose fuera de la cama para echarse ante los pies del procurador del rey, pero tenía presa la pierna en el pesado cepo, y cayó sobre el borceguí, quebrantada como abeja que tuviese peso de plomo sobre el ala.

A una seña de Charmolne, volvieron a sentarla en el lecho, y dos toscas manos ciñeron su delgado talle con la correa que pendía de la bóveda.

—Por última vez, ¿confesáis los hechos del proceso? —interrogó Charmolne con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, ¿cómo explicáis los cargos que se os imputan?

—No sé.

—¿Conque lo negáis?

—Sí; lo niego todo.

—¡Adelante! —dijo Charmolne a Pierrat.

Dio la vuelta este a la manivela del tornillo, y la infeliz Esmeralda lanzó uno de esos gritos horribles que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

—Deteneos —dijo maese Jaime a maese Pierrat—. ¿Confesáis? —preguntó a la gitana.

—¡Todo! —gimió la mísera joven—; todo lo confieso; pero ¡perdón! ¡perdón!

La desdichada no había calculado sus fuerzas al querer arrostrar el tormento. ¡Pobre niña! Su vida fue hasta entonces tan alegre, tan suave y tan dulce, que el primer dolor la venció.

—Mi conciencia me obliga a deciros —la dijo el procurador del rey—, que esa declaración os conduce a la muerte.

—Así lo espero —contestó la infeliz, cayendo sobre el lecho de cuero, moribunda, rendida, dejándose coger por la correa prendida a su cintura.

—Ea, buena moza, sosteneos un poco —dijo Pierrat levantándola.

Jaime Charmolne tomó la palabra, y dijo:

—Escribano, escribid. Joven gitana, ¿confesáis que tuvisteis participación en las *agapas*, aquelarres y maleficios del infierno, con las larvas, duendes y vampiros?

—Sí —contestó, tan quedo, que su palabra se confundió con su aliento.

—¿Confesáis haber visto el carnero que Satanás hace aparecer en las nubes para convocar a aquelarre, que solo es visible para los brujos?

—Sí.

—¿Confesáis haber adorado las cabezas de Bofomet, esos abominables ídolos de los templarios?

—Sí.

—¿Declaráis haber tenido comercio habitual con el demonio, bajo la forma de una cabra familiar, que está unida al proceso?

—Sí.

—¿Confesáis y declaráis, en fin, que con la ayuda del diablo y del fantasma del alma en pena del monje habéis herido y asesinado a un capitán llamado Febo de Chateaupers, en la noche del 29 de marzo último?

Levantó Esmeralda los ojos hacia el procurador del rey, y clavándolos en él, respondió maquinalmente, sin la menor violencia:

—Sí.

Era evidente que la razón y el alma estaban eclipsadas en ella.

—Levantad acta, escribano —dijo Charmolne; y luego dirigiéndose a los atormentadores: —Desatad a la acusada, y que vuelva a la audiencia.

Cuando la *descalzaron*, el procurador del rey examinó el pie, aun entumecido por el dolor, y dijo: —¡Vamos! No habéis sufrido mucho. Cantasteis a tiempo; aún podríais bailar. —Y luego, volviéndose hacia sus acólitos de la curia eclesiástica: —Por fin aclaró sus dudas la justicia; ¡esto consuela, señores! Esta joven podrá testificar que la hemos tratado con la mayor humanidad posible.

III. Fin del escudo convertido en hoja seca

Cuando volvió a entrar la gitana, pálida y cojeando, en la sala de la audiencia, fue acogida con un murmullo general de alegría. Por parte del auditorio significaba la satisfacción de la impaciencia que se experimenta en el teatro cuando se levanta el telón y empieza el último acto; por parte de los jueces la esperanza de irse pronto a cenar. También baló de gozo la cabra; quiso correr hacia su ama, pero el animalito estaba atado a un banco.

Era ya completamente de noche: las velas despedían tan poca luz, que no se veían las paredes de la sala; la oscuridad envolvía todos los objetos con una especie de niebla, y casi no se destacaban en la sombra las fisonomías de algunos jueces. Enfrente de ellos, en la extremidad de la sala, resaltaba sobre el fondo oscuro una forma blanca, que era la acusada.

Llegó como pudo la desdichada a su asiento, y cuando Charmolne se instaló magistralmente en el suyo, se levantó, y dijo, sin demostrar gran vanidad por el éxito que acababa de conseguir:

—La acusada lo ha confesado todo.

—Joven gitana, ¿habéis confesado vuestros delitos de magia y de prostitución, y el asesinato del capitán Febo de Chateaupers? —la preguntó el presidente.

Angustiose el corazón de la joven, y oyósela llorar.

—He confesado cuanto queráis —respondió con voz desfallecida—; ¡pero matadme pronto!

—Señor procurador del rey de la curia eclesiástica, el tribunal está pronto a oír vuestros requerimientos.

Exhibió maese Jaime un formidable cartapacio, y se puso a leer, haciendo muchos visajes y con el tono declamatorio que se usa en las acusaciones, una peroración en latín, en la que se enumeraban todas las pruebas del proceso, entre perífrasis ciceronianas, apoyadas con citas de Plauto, su cómico predilecto.

Sentimos no poder ofrecer a los lectores discurso tan notable. Apenas acabó el exordio, ya el sudor le corría por toda la cara.

De pronto, en medio de un hermoso período se interrumpió, y su mirada, habitualmente apacible, se hizo fulminante.

—Señores —gritó—, tan metido está Satanás en este asunto, que ahí lo tenéis asistiendo a nuestros debates y burlándose de su majestad. Miradle. —Esto le decía señalando con el dedo a la cabra, que, viendo gesticular a Charmolne, creyó que debía hacer otro tanto, y sentándose como un perro, remedaba lo mejor que podía con las manos y la cabeza la pantomima patética del procurador de la curia eclesiástica, pues la imitación era una de las habilidades de la cabra. Este incidente, esta última *prueba*, hizo gran efecto. Ataron las patas a la cabra; el procurador reanudó el hilo de su elocuencia. Largo fue el discurso, pero la peroración era admirable. He aquí la última frase, a la cual debe añadirse la voz ronca y el desmañado ademán de maese Charmolne:

—¡*Deo, Domini, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctæ ecclesiæ Nostræ-Dominæ Parisiensis quæ est in saisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore præsentium declaramus nos requirere, primo, aliquandam pecuniariam indemnitatem; secundo, amendationem honorabilem ante portalium maximum Nostræ-Dominæ, ecclesiæ cathedralis; tertie, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella, seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu in insula exenta in fluvio Sequana, juxta pointam jardini regalis, executatæ sint*!—Se caló el bonete, y se sentó.

—*¡Eheu!* —suspiró Gringoire, lleno de dolor—; *¡bassa latinitas!*

Otro togado se puso en pie cerca de la acusada; era su abogado.

Los jueces, que no cenaran aún empezaron a murmurar.

—Abogado, sed breve —dijo el presidente.

—Señor presidente —continuó este—, puesto que mi defendida ha confesado su crimen, solo debo agregar una palabra: Señores: he aquí el texto de la ley sálica: «Si un vampiro se come a un hombre y queda confeso y convicto de tal crimen, pagará una multa de ocho mil dineros, que equivalen a doscientos sueldos de oro». Pido al tribunal que se condene a mi defendida a dicha multa.

—Ese texto está derogado —contestó el abogado especial del rey.

—*Nego* —replicó el otro.

—¡Que se ponga a votación! —dijo un consejero—; el crimen está probado, y ya es tarde.

Pusose a votación el acto, sin abandonar los jueces la sala, porque tenían prisa. Veíase en la oscuridad cómo descubrían sus cabezas una a una, cuando el presidente les dirigía en voz queda la lúgubre pregunta. La pobre acusada parecía que les miraba, pero sus ojos turbios no veían. Pusose después a escribir el escribano, y entregó un largo pergamino en manos del presidente: oyó entonces la desgraciada el rumor que producía el movimiento del público, vio las alabardas entrechocarse, y escuchó una voz glacial que rezaba:

—Joven gitana, el día que plazca al rey, nuestro señor, al mediodía, os conducirán en un carro, en camisa, descalza, y con una cuerda al cuello, de-

lante de la puerta principal de Nuestra Señora, donde haréis pública retractación, teniendo en la mano una vela de cera de dos libras de peso, desde donde os conducirán a la plaza de la Grève, y allí seréis ahorcada en el cadalso de la Ciudad, como también vuestra cabra, y pagaréis al provisor tres leones de oro en reparación de los crímenes que cometisteis y habéis confesado de hechicería, magia, injuria y asesinato del capitán Febo de Chateaupers. ¡Que Dios reciba vuestra alma!

—¡Oh, esto es un sueño! —murmuró la desgraciada, y al momento sintió que manos ásperas se la llevaban.

IV. *LASCIATE OGNI SPERANZA*

En la Edad Media, cuando un edificio era completo, ocupaba casi tanto bajo tierra como encima. Nuestra Señora de París, el palacio, el castillo y la iglesia, estaban divididos en dos cuerpos, siempre tenían doble fondo. En las catedrales había, por decirlo así, otra catedral subterránea, baja, oscura y misteriosa, ciega y muda, bajo la nave superior donde rebosaba la luz y donde resonaban de día y de noche los órganos y las campanas; otras veces la parte subterránea era un sepulcro. En los palacios y en las fortalezas ya era una prisión, ya un sepulcro, ya ambas cosas a la vez. Aquellas grandiosas obras, cuyo sistema de formación y de *vegetación* hemos explicado ya, no solo tenían cimientos, sino raíces, que se extendían bajo tierra en aposentos, galerías y escaleras, como la construcción de arriba. Las iglesias, los palacios y los castillos tenían enterrado medio cuerpo. Los sótanos de un edificio eran otro edificio, adonde se descendía en vez de subir, y ajustaba sus pisos subterráneos al cúmulo de pisos exteriores del monumento, como esas selvas y esas montañas que se pintan invertidas en el agua cristalina de un lago junto a las selvas y las montañas de las orillas.

En el castillo de San Antonio, en el palacio de Justicia de París y en el Louvre, los edificios subterráneos eran prisiones, y los pisos de dichas cárceles, al hundirse en el suelo, se iban estrechando y oscureciendo; eran otras

tantas zonas donde se escalonaban los matices del horror. No pudo imaginar el Dante nada tan a propósito para colocar su infierno. Aquellos embudos de calabozos desembocaban con frecuencia en un foso bajo, como el fondo de la cuba en que Dante colocó a Satanás, y en que la sociedad metía a los sentenciados a muerte. La existencia que se enterraba allí, podía decir: adiós luz, aire, vida, *ogni speranza*; solo se salía de allí para ir al patíbulo o a la hoguera; algunas veces se pudría allí dentro. La justicia humana llamaba a esto *olvidar*. Pesaba sobre el reo un montón de piedras y de carceleros y toda la prisión; la maciza fortaleza era para él una enorme y complicada cerradura que le aislaba del mundo de los vivos.

En uno de estos profundos calabozos, en uno de estos escondrijos abiertos por San Luis en el *in pace* de la Tournelle, por temor quizá a una evasión, encerraron a Esmeralda, condenada a la horca, teniendo sobre ella el colosal palacio de la Justicia.

La Providencia y la sociedad habían sido igualmente injustas con ella. No eran necesarios tal lujo de desgracias y de torturas para quebrantar a una criatura tan frágil. Estaba allí la infeliz perdida en la oscuridad, sepultada, emparedada. Fría como la oscuridad, fría como la muerte, sin que su cabellera recibiese un solo soplo de aire, sin que un eco humano sonase en sus oídos, sin que vieran sus ojos un rayo de luz, humillada, cargada de cadenas, acurrucada al lado de un cántaro y de un pan, que yacía sobre un poco de paja en el charco que formaban alrededor de ella las filtraciones del calabozo, inmóvil, casi sin aliento; no podía sufrir ya más.

Febo, el sol del mediodía, el aire libre, las calles de París, las danzas aplaudidas, sus pláticas amorosas con el capitán, el sacerdote, la patrulla, el puñal, la sangre, la tortura, la horca, todo esto reaparecía a su espíritu; ya como visión armoniosa y brillante, ya como horrorosa pesadilla, pero contemplando todo ello como lucha horrible y vaga que se perdía en las tinieblas, o como música lejana que sonaba allá arriba y que no se percibía ya en las profundidades en que la desdichada se había hundido.

Desde que estaba allí ni velaba ni dormía. No le era posible distinguir la vigilia del sueño, la ilusión de la realidad y el día de la noche; todo estaba para ella mezclado, destrozado, indeciso y vagando confusamente en su imaginación. Ni sentía, ni sabía, ni pensaba; solo podía soñar.

Aletargada, yerta y petrificada, apenas apercibió dos o tres veces el ruido de una trampa que se abría encima de ella, sin dejar paso a un solo rayo de luz, por donde una mano dejaba caer un mendrugo de pan negro. Era, sin embargo, la única comunicación que le quedaba con los hombres, la vista regular del carcelero.

Una sola cosa ocupaba maquinalmente sus oídos: encima de su cabeza la humedad filtraba a través de las piedras enmohecidas de la bóveda y a intervalos iguales se desprendía una gota de agua; Esmeralda escuchaba el ruido que producía esa gota de agua al caer en el charco que había cerca de ella: el ruido de esas gotas era el único que existía en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único rumor que llegaba hasta allí de tantos ruidos como suenan en la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, no debemos omitir que de vez en cuando, en aquella cloaca de fango y de oscuridad, algo frío que se deslizaba aquí y allá, por sus pies y por sus brazos, la producía grandes estremecimientos.

¿Cuánto tiempo estaba encerrada? No lo sabía. Recordaba una sentencia de muerte pronunciada no recordaba dónde y que se despertó helada en una noche oscura y silenciosa. Se acordaba de haberse arrastrado con las manos, de unas argollas de hierro que la desgarraron los tobillos y que oyó crujido de cadenas. Recordó que se hallaba entre cuatro paredes y que a sus pies había una losa cubierta de agua y un montón de paja, pero que no había en su habitación ni lámpara ni ventana; entonces se sentó sobre la paja y a veces, para cambiar de postura, sobre el último escalón de unas gradas de piedra que había en su calabozo.

Una vez probó a contar los minutos que marcaba la gota de agua, pero pronto hubo de cesar en aquel triste trabajo de un cerebro enfermo, que la sumió en el estupor.

Un día, o una noche (porque la media noche y el mediodía tenían el mismo nombre en su sepulcro), oyó encima de ella un ruido más fuerte que el que hacía de ordinario el carcelero cuando le traía el pan y el cántaro de agua; alzó la cabeza y vio pasar un rayo rojizo al través de las rendijas de la especie de puerta o de trampa practicada en la bóveda del *in pace*. Al mismo tiempo rechinaron los fuertes cerrojos, giró la trampa sobre sus goznes y vio la gitana una linterna, una mano y el cuerpo de dos hombres, pues era la

puerta demasiado baja para que pudiera ver las cabezas. La luz la hirió de tal manera, que tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los volvió a abrir, la puerta estaba ya cerrada, veíase una linterna colocada en un escalón de la grada y a un hombre de pie ante la presa. Caíale hasta los pies una sotana negra y una capucha del mismo color le cubría el rostro: no descubría ni el rostro ni las manos. Parecía un largo sudario negro que se tenía en pie y bajo el cual se sentía latir algo: miró la gitana algunos momentos con fijeza aquel espectro, pero no hablaban ella ni él. Hubiérase dicho que eran dos estatuas colocadas una delante de otra. Solamente dos cosas vivían al parecer en el subterráneo; la mecha de la linterna, que chirriaba a causa de la humedad de la atmósfera, y la gota de agua de la bóveda, que acompañaba el chisporroteo irregular con su monótono caer y hacía temblar el reflejo de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua aceitosa del charco.

La Esmeralda, al fin, rompió el silencio, preguntando:

—¿Quién sois?

—Un sacerdote.

Esta palabra, el acento y el metal de la voz estremecieron a Esmeralda.

El clérigo prosiguió articulando sordamente:

—¿Estáis preparada?

—¿A qué?

—A morir.

—¡Oh! —exclamó—; ¿y será pronto?

—Mañana.

La gitana, que levantara la cabeza con alegría, volvió a dejarla caer sobre el pecho.

—¡Falta mucho tiempo aún!… ¿Por qué no sería hoy?…

—¿Sois, pues, muy desgraciada? —la preguntó el sacerdote, luego de una pausa.

—Tengo mucho frío —contestó ella.

Cogiose los pies con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frío, y que ya observamos en la reclusa de la Torre-Roland; sus dientes rechinaban.

El sacerdote, por bajo de la capucha, recorrió el calabozo y exclamó:

—¡Sin luz! ¡Sin lumbre! ¡En el agua! ¡Qué horror!…

—Sí —respondió la joven, con el aire alelado que le hizo adquirir la desgracia—. La luz es para todos; ¿por qué a mí me condenan a la oscuridad?

—¿Sabéis —repuso el sacerdote después de otra pausa— por qué estáis aquí?

—Creo que lo he sabido —contestó ella, pasando los enflaquecidos dedos por la frente—, pero ya no lo sé.

De pronto se puso a llorar como un niño.

—Quisiera salir de aquí; tengo frío y tengo miedo, y hay aquí bichos que me cosquillean por el cuerpo.

—Entonces, seguidme.

Al decir esto, el clérigo la cogió por el brazo. La infeliz estaba helada hasta las entrañas, y, sin embargo, el contacto de aquella mano le comunicó una sensación de frío.

—¡Esa mano es la mano de hielo de la muerte! —dijo—. ¿Quién sois?

El sacerdote se levantó la capucha y ella le miró. Era el rostro siniestro que la perseguía hacía mucho tiempo; era la cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourdel por encima del rostro adorado de su Febo; eran los ojos que había visto brillar la última vez detrás de un puñal.

Aquella aparición, tan horrible para ella y que la condujo de desgracia en desgracia hasta el último suplicio, la sacó de su letargo y rasgó el velo que cubría su memoria. Todos los pormenores de su lúgubre aventura, desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su sentencia de muerte en la Tournelle, acudieron a la vez a su espíritu, pero no vagos y confusos como hasta ahora, sino claros, crudos, enérgicos, palpitantes y terribles. Estos recuerdos, medio borrados y casi contenidos por el exceso del infortunio, revivieron ante la presencia de aquel semblante sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras, sobre el papel, las letras invisibles es-

critas en él con tinta simpática. Al ver al clérigo, todas las llagas de su corazón se abrían nuevamente y brotaban sangre a la vez.

—¡Oh! —exclamó, tapándose los ojos con las manos y con temblor convulsivo—; ¡es el sacerdote!…

Después dejó caer los brazos desfallecidos y quedó sentada con la cabeza inclinada, fijos los ojos en el suelo, muda y temblando.

El sacerdote la contemplaba con ojos de milano, que se cierne durante mucho tiempo en el alto cielo, en torno de una pobre alondra oculta entre los trigos, y que va estrechando en silencio los círculos de su vuelo, para desplomarse por fin sobre su presa con la rapidez del relámpago, y ya la tiene palpitando entre sus garras.

Esmeralda murmuraba en voz baja:

—Acabad, acabad; asestadme el último golpe.

Y hundía aterrada la cabeza entre los hombros, como la oveja que espera el último hachazo del carnicero.

—¿Os causo horror? —la preguntó.

Ella no contestó.

—Decidme si os inspiro horror —repitió el sacerdote.

Esmeralda agitó sus labios como si fuesen a sonreír, y le dijo:

—Sí, el verdugo se mofa de la víctima; ya hace muchos días que me persigue, que me amenaza y que me aterra. Sin él, Dios mío, ¡qué feliz era yo! Él asesinó a mi Febo.

Diciendo esto prorrumpió en sollozos, y mirando con fijeza al sacerdote, añadió:

—¿Por qué me aborrecéis? ¿Qué daño os hice?

—¡Te amo! —le contestó el sacerdote.

Secáronse de repente las lágrimas de Esmeralda y le miró con mirada de idiota; él se arrojó a sus plantas y tenía clavadas en ella sus miradas de fuego.

—¡Te amo! ¿Lo oyes? —repitió.

—¿Eso es amor? —contestó la infeliz estremeciéndose.

—Es el amor de un condenado —gritó el sacerdote.

Permanecieron ambos en silencio durante algunos minutos, abismados bajo el peso de sus sensaciones; él insensato, ella confusa.

—Escucha —dijo al fin el sacerdote recobrando su aplomo—. Todo te lo voy a decir. Vas a saber lo que hasta ahora apenas me atreví a decirme a mí mismo, cuando interrogaba a solas mi conciencia en las profundas horas de la noche, cuando hay tantas tinieblas, que parece que Dios no nos haya de ver. Escucha: ¡antes de conocerte yo era feliz!…

—¡Y yo! —suspiró la desdichada con débil voz.

—No me interrumpas. Sí, yo era feliz, o creía serlo. Era puro, tenía el alma llena de dicha, ninguna cabeza se erguía tan orgullosa y tan radiante como la mía. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad y los doctores sobre la doctrina. La ciencia lo era todo para mí, era mi hermana, y su afecto me bastaba: no quiere esto decir que con la edad no me asaltaran ideas propias de ella; más de una vez palpitó mi carne al ver una mujer. La fuerza del sexo y de la sangre, que yo creía, adolescente loco, haber ahogado eternamente, había más de una vez estremecido convulsivamente la cadena de los votos de hierro que atan a las frías piedras del altar; pero el ayuno, la oración, el estudio y las penitencias del claustro habían devuelto al alma el dominio sobre el cuerpo. Además, huía de las mujeres. Me bastaba abrir un libro para que las impurezas de mi cerebro se disipasen ante los resplandores de la ciencia; al cabo de pocos minutos sentía yo huir a lo lejos las cosas materiales de la tierra, y me sentía tranquilo, sereno y deslumbrado en presencia del apacible resplandor de la verdad eterna. Mientras el demonio no envió para tentarme más que formas vagas de mujeres que pasaban en tropel ante mis ojos, en la iglesia, en la calle y en el campo, y que apenas se reproducían en mis sueños, le vencí fácilmente. ¡Ah! Si no he conseguido siempre la victoria, la culpa está en Dios, que no dotó al hombre y al demonio de fuerzas iguales. Escucha. Un día…

Al llegar aquí se detuvo el sacerdote y oyó Esmeralda salir del pecho de aquel suspiros profundos. Luego prosiguió:

—Un día estaba yo apoyado en la ventana de mi celda. ¿Qué libro leía?… Todas aquellas cosas formaban un caos en mi cerebro. Estaba leyen-

do; la ventana caía a una plaza. Oí ruido de pandereta y de música; incomodado, porque turbaba mis meditaciones, miré hacia la plaza. Lo que yo vi, lo veían otros, y, sin embargo, aquel espectáculo no lo debieran ver mis ojos. Allí, en medio de la plaza —a las doce del día, día de sol hermosísimo —, una joven bailaba. Una criatura tan hermosa que Dios la hubiera acaso preferido a la Virgen, eligiéndola para madre suya, si hubiese existido cuando Él se hizo hombre. Sus ojos eran negros y espléndidos; en el centro de su cabellera, algunos cabellos, heridos por los rayos del sol, relucían como hebras de oro; sus pies desaparecían en sus giros como los radios de una rueda. Alrededor de su cabeza, en sus negras trenzas, llevaba algunas monedas, que centelleaban al sol y que rodeaban su frente de una corona de estrellas. Su tonelete, bordado de lentejuelas, azulado y salpicado de mil chispas, brillaba como una noche de estío. Sus morenos y torneados brazos se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda; la forma de su cuerpo era de infinita belleza. La celeste aparición se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol. Aquella mujer eras tú. Sorprendido, hechizado, te seguí mirando, te miré tanto, que de pronto me estremecí de espanto, porque conocí que la fatalidad iba a apoderarse de mí.

«Presa ya de una fascinación, probé a asirme a algo que pudiese detenerme en mi caída, recordando las asechanzas con que otras veces Satanás me quiso atraer. La criatura que tenía yo ante mi vista poseía una hermosura sobrehumana que solo puede venir del Cielo o del infierno; no era una mujer formada de barro e iluminada débilmente en el interior por el vacilante resplandor de un alma. Era un ángel, pero un ángel de las tinieblas, ángel de llama, no de luz. Mientras pensaba esto, vi a tu cabra, que es animal del aquelarre, y que me miraba riendo; el sol del mediodía doraba sus cuernos. Entonces comprendí el lazo que me tendía el demonio, y ya no dudé de que venías del infierno para causar mi perdición. Lo creí».

Al llegar aquí, el sacerdote miró a Esmeralda, y añadió con frialdad:

—Lo creo aún. Entretanto el hechizo obraba poco a poco; tu danza me volteaba en el cerebro, y sentíame víctima del misterioso maleficio. Todo lo que debió velar se dormía en mi alma, y como los que mueren sobre la nieve, sentía placer en que llegara el sueño. De repente te pusiste a cantar. ¿Qué podía yo hacer, mísero de mí, si tu canto reunía más hechizos que tu danza?… Quise huir y me fue imposible. Estaba clavado, había echado raíces en el suelo, y hube de permanecer allí hasta el fin; mis pies eran de hielo

y mi cabeza ardía. Al fin quizás te apiadaste de mí, dejaste de cantar y desapareciste. El reflejo de la deslumbradora visión, el eco de la música encantadora se desvanecieron gradualmente en mis ojos y en mis oídos. Entonces caí junto a la ventana más frío y más débil que una estatua derribada. El toque de vísperas me despertó. Levanteme, huí; pero, ¡ay! ¡había en mí un algo caído que no podía levantarse, una cosa nueva de la que yo no podía huir!

El clérigo hizo una larga pausa y luego continuó:

—Desde entonces hubo en mí un hombre que yo no conocía. Quise emplear todos los remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros… ¡En vano! ¡Oh, qué hueca resuena la ciencia cuando viene a chocar contra ella con desesperación una cabeza llena de pasiones!… ¿Sabes tú, mujer, lo que veía siempre entre el libro y mis ojos? A ti, tu sombra, la imagen de la aparición luminosa que cruzó un día el espacio ante mí. Pero esa imagen no conservaba el mismo color, era sombría, tenebrosa, como el círculo oscuro que persigue largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado fijamente al sol.

«No pudiendo alejarte de mí; oyendo a todas horas tu canción zumbar en mis oídos; viendo de continuo danzar tus pies sobre mi breviario; sintiendo siempre de noche, en mis sueños, deslizarse tu forma sobre mi carne, deseaba volver a verte, tocarte, saber quién eras y ver si eras semejante a la imagen ideal que me quedaba de ti para destruir así mi sueño con la realidad, esperando cuando menos que una nueva impresión borrara la primera, ya que esta me era insoportable. Te busqué, te volví a ver. ¡Infeliz de mí! Cuando te vi dos veces, quise verte mil, quise verte siempre. ¿Cómo detenerse ya en el declive del infierno? Dejé ya de ser dueño de mí mismo. Híceme vago y bohemio, como tú. Te aguardaba en los pórticos, te espiaba en las esquinas, te acechaba desde lo alto de mi torre; y cada noche que pasaba me hallaba más desesperado, más hechizado y más perdido. Sabía que eras egipcia, bohemia, gitana, zíngara; ¿cómo iba a dudar de tu magia? Escucha. Esperé y creí que un proceso me libraría del sortilegio: una hechicera encantó a Bruno de Ast; pero este la hizo quemar y se curó. Yo lo sabía y quise probar ese remedio. Conseguí que te prohibiesen ir al atrio de Nuestra Señora, esperando olvidarte si no te veía; no hiciste caso y volviste. Luego me ocurrió la idea de robarte y lo intenté una noche. Íbamos dos y ya eras nuestra, cuando apareció el miserable oficial que te libró, dando él de este

modo principio a su desgracia, a la tuya y a la mía. No sabiendo ya, en fin, qué hacer, te denuncié a la curia eclesiástica anhelando curarme así como Bruno de Ast. Pensaba también confusamente que un proceso te entregaría en mis manos, que en una prisión no podrías librarte de mí, que serías mía, que me poseías ya bastante tiempo para llegar a poseerte. Cuando se hace el mal es preciso hacer todo el mal, y es demencia pararse en la mitad del crimen: realizarlo produce delirios de alegría. ¡Un sacerdote y una bruja pueden deshacerse en placeres sobre el montón de paja de un calabozo!

«Te denunció; entonces fue cuando te aterraba cada vez que te encontraba al paso; la trama que urdía contra ti, la tempestad que fraguaba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos. Sin embargo, vacilaba aún; mi proyecto tenía aspectos espantosos que me hacían cejar. Quizás hubiera abandonado dicho proyecto; acaso mi odiosa idea se hubiese secado en mi mente sin dar fruto. Creí que dependería de mí siempre seguir o cortar el proceso; pero todo mal pensamiento es inexorable y trata de convertirse en hecho, y cuando yo me creía fuerte, vi que la fatalidad era más poderosa que yo. ¡Ella fue la que te prendió y te entregó al terrible complot que yo pensé tenebrosamente! Escucha, que voy a concluir.

«Un día brillaba también un sol hermoso: veo pasar por delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se ríe; un hombre que lleva el deseo erótico en los ojos. ¡Condenación! Le sigo y… ya sabes lo demás».

Calló el sacerdote. La joven solo dijo estas palabras:

—¡Oh, Febo mío!

—No pronuncies su nombre —la contestó el arcediano, cogiéndole el brazo con violencia—. ¡No pronuncies su nombre, porque él nos ha perdido! O mejor dicho, nos hemos perdido unos a otros por el inexplicable capricho de la fatalidad. Tú sufres, ¿verdad? Tienes frío, la noche te convierte en ciega, el calabozo te retiene, pero quizás guardas aún en lo interior de tu alma un destello de luz, el de tu amor de niña por ese hombre insulso que juega con tu corazón; mientras que yo, yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí reinan el invierno, el hielo, la desesperación, llevo eterna noche en el alma. ¡Ignoras cuánto he sufrido!… Yo asistí a tu proceso; yo me senté en el banco de la curia y bajo una de las capuchas de sacerdote escondíanse las contorsiones de un condenado. Cuando te presentaron ante el tribunal, yo estaba allí; cuando te interrogaron, también; puedo contar cada

uno de los pasos que anduviste por la vía dolorosa; estaba ya también allí cuando aquella fiera… ¡Oh, yo no había previsto la tortura!… Escucha. Fui tras de ti también al *cuarto del tormento*. Vi que te desnudaban y que te manejaban, medio desnuda, las manos torpes del atormentador. Vi tu pie, aquel pie al que yo hubiese querido, a cambio de un imperio, dar un beso y morir; vi tu pie metido en el horrible borceguí, que convierte los miembros de un ser vivo en una masa sangrienta. ¡Ah, mísero de mí! Mientras presenciaba tu tormento, tenía yo bajo mi sotana un puñal con el que me punzaba el pecho; al primer grito que diste lo hundí en mi carne; al segundo lo introduje en mi corazón. Mira; ¡aún derrama sangre!

Abrióse la sotana, y, en efecto, estaba arañado su pecho como por las garras de un tigre, y tenía a un lado una llaga ancha y mal cerrada.

Esmeralda retrocedió horrorizada.

—¡Mujer, ten piedad de mí! Te crees infortunada, y no sabes aún lo que es el infortunio. Amar a una mujer, ser clérigo y ser aborrecido; amarla con todos los entusiasmos del alma, sentirnos capaces de dar por sus sonrisas la sangre y las entrañas, la fama, la salvación y la eternidad, esta vida y la otra; sentir no ser rey, emperador, arcángel, Dios, para poner a sus pies mayor esclavo; soñar y pensar en ella de noche y de día, y verla apasionada por el uniforme de un soldado, y no tener que ofrecerla más que la sucia sotana del sacerdote, que acaso la repugne; presenciar loco de celos y de rabia cómo prodiga a un fanfarrón imbécil los tesoros de su amor y de su hermosura; ver el cuerpo que os fascina estremecerse y palpitar al contacto de los besos de otro hombre, y haber solo logrado tenderla en el lecho de cuero; esas sí que son las verdaderas tenazas enrojecidas con el fuego del infierno. ¡Feliz mil veces aquel a quien sierran entre dos tablas, y el que descuartizan en el potro!… ¡No sabe qué suplicio es el que hacen sufrir durante largas noches las arterias que hierven, el corazón que se desborda, la cabeza que se abre, y los dientes que os desgarran las manos, atormentadores encarnizados, que giran sin cesar, como sobre una parrilla ardiente, a un pensamiento de amor, de celos y de rabia! ¡Perdóname, mujer! ¡Un momento de tregua! ¡Un poco de ceniza sobre esta brasa! ¡Enjuga el sudor que cae de mi frente! ¡Niña! ¡martirízame con una mano, pero acaríciame con la otra! ¡Mujer, apiádate de mí!

Revolcábase el sacerdote en el agua del charco, y se golpeaba el cráneo contra las gradas de piedra. La gitana le oía y le miraba. Cuando calló, jadeante y rendido, repitió a media voz:

—¡Oh Febo mío!

El sacerdote se arrastró hasta ella de rodillas.

—Te ruego —exclamó— que si tienes entrañas, no me rechaces. Yo te amo. ¡Soy un miserable! Cuando pronuncias ese nombre, hieres todas las fibras de mi corazón. Tenme compasión. Si vienes del infierno, yo iré a él contigo. Todo cuanto hice fue para eso; el infierno donde tú estés, será el Cielo para mí; ¿quieres llevarme contigo? El día que otra mujer despreciase un amor semejante al mío, creería que las montañas se mueven. Si tú quisieras, ¡qué dichosos podríamos ser!… Huiríamos lejos, yo te proporcionaría la fuga, iríamos a cualquier parte; buscaríamos el rincón del mundo que más alumbrase el sol, que más cubriesen los árboles, que más embelleciese un cielo azul. Allí nos amaríamos, confundiendo nuestras dos almas, y tendríamos sed inextinguible de nosotros mismos, que aplacaríamos a la par y por siempre en la copa del amor.

De repente ella le interrumpió con risa terrible y estrepitosa:

—¡Mirad, padre, mirad! ¡Tenéis sangre en las uñas!

Quedó el sacerdote petrificado durante algunos instantes, fijando los ojos en sus manos, y luego dijo con dulzura singular:

—Pues bien, búrlate de mí, ultrájame, mátame, pero ven, ven. Apresurémonos. Es aún tiempo. El cadalso de la plaza de la Grève siempre está preparado. Ver que te llevan en aquel horrible carro, ¡qué horror! No conocía hasta ahora hasta qué extremo te amo. Ven, sígueme. Después que te haya salvado la vida, te tomarás el tiempo que quieras para amarme. Me aborrecerás todo el tiempo que quieras… Pero ven. ¡Mañana! ¡mañana! ¡La horca! ¡tu suplicio! ¡oh, sálvate! ¡ten compasión de mí!

Claudio Frollo aferró por el brazo a Esmeralda, porque estaba loco y quería llevársela a la fuerza. Miróle fijamente la gitana, y le preguntó:

—¿Qué ha sido de mi Febo?

—¡Ah! —exclamó el sacerdote, soltándola el brazo—; ¡no tienes compasión!

—¿Qué ha sido de Febo? —repitió impasible.

—¡Ha muerto! —contestó el clérigo.

—¡Ha muerto! —repitió glacial y maquinalmente Esmeralda—; ¿entonces, por qué me proponéis que yo viva?

Claudio Frollo no la escuchaba.

—¡Oh, sí! —decía hablando consigo mismo, pero en voz alta—: debe haber muerto. La hoja penetró, y la punta creo que le llegó al corazón.

Arrojóse la gitana sobre él como una pantera furiosa, y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza inaudita.

—¡Vete, monstruo! ¡vete, asesino! ¡déjame morir! ¡Que la sangre de Febo y la mía marquen en tu frente un borrón eterno! ¡No seré tuya jamás, jamás! ¡No nos reunirá ni el infierno! ¡Vete, maldito, vete!

Claudio Frollo tropezó en la escalera: desenredó sin hablar los pies de los pliegues de la sotana, cogió la linterna, y empezó a subir lentamente los escalones que conducían a la puerta; abrióla, y salió. De pronto volvió a ver la gitana su rostro, que presentaba espantosa expresión, y oyó que decía con rabia y desesperación:

—¡Te digo que ha muerto!

Cayó la infeliz boca abajo, y ya no se oyó en el calabozo otro rumor que el de la gota de agua que hacía palpitar el charco en la oscuridad.

V. La madre

No hay en el mundo cosa más risueña que las ideas que despiertan en el corazón de una madre la contemplación del zapatito de su hijo; sobre todo cuando es el de los días de fiesta, el de los domingos y el del día del bautizo, zapato bordado todo él, y con el que ni siquiera un paso ha andado la criatura. Dicho zapatito es tan diminuto, tiene tanta gracia y está tan imposi-

bilitado de servir, que es para la madre como si mirase a su hijo. La madre le sonríe, le besa y le habla. Se pregunta si es posible que un pie sea tan pequeño, y aunque el niño esté ausente, le basta el zapatito para ver también a la dulce y frágil criatura; le ve vivo, alegre y con las manos delicadas, con sus labios puros y con sus ojos serenos. Si es en el invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque a la lumbre; si es en el verano, rastrea por el patio, por el jardín, arranca la hierba de entre las piedras, mira inocentemente los perros grandes, y sin miedo los caballos grandes; juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero porque este encuentra arena en los arriates y tierra en los andenes. Todo ríe, todo brilla, todo juega alrededor de él. El zapatito hace ver todo esto a la madre, y la conmueve su corazón.

Pero cuando el niño se perdió, las imágenes de alegría, de hechizo y de ternura que se agolpaban contemplando el zapatito, se convierten en otras tantas imágenes horribles. El precioso zapato bordado ya solo sirve de instrumento de tortura que martiriza el corazón de la madre. Hace vibrar en ella la fibra más profunda y más sensible, pero en vez de ser para ella un ángel que la acaricie, es un demonio que la pincha.

Cierta mañana, mientras brillaba el sol de mayo en uno de aquellos cielos donde colocaba Benvenuto Garofalo sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre-Roland rumor de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de la Grève. Poco llamó esto su atención: anudóse los cabellos sobre las orejas para no oír, y volvió a contemplar el objeto inanimado que estaba adorando ya quince años; el zapatito que era para ella el universo: todos sus pensamientos estaban limitados a él, y no debían salir de allí hasta la muerte. Solo ha podido saber la sombría covacha de la Torre-Roland las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras y los sollozos con que había importunado al Cielo; jamás presenció tanta desesperación objeto tan lindo y gracioso. Aquella mañana parecía que su dolor fuera más violento que otras veces, y desde fuera se la oía lamentarse en voz alta y monótona, que partía el alma.

—¡Hija mía! —exclamaba—. ¡Pobre y querida hija mía! ¡Ya no te veré más! ¡Todo ha concluido para mí! Me parece que fue ayer. ¡Dios mío, Dios mío, para quitármela tan pronto, valiera más no habérmela dado! ¡Fui una miserable por haber salido aquel día de casa! ¿Tan pecadora era, Señor, que

no podíais pensarlo antes de condenarme? ¡Dios mío! ahí está el zapato; pero el pie, ¿dónde está? ¿Dónde está la criatura? ¡Hija mía, hija mía! ¿qué han hecho de ti? ¡Señor, devolvédmela! Mis rodillas se han desollado rezándoos quince años; ¿y aún no os parece bastante? ¡Volvédmela, un día, una hora, un minuto, un solo minuto, Señor, y arrojadme luego al infierno por toda la eternidad! Si yo pudiese encontrar el sitio por donde arrastra una punta de vuestro manto, me asiría a ella con entrambas manos, y no tendríais más remedio que devolverme a mi hija. ¿No tenéis piedad, Señor, de su precioso zapatito? ¿Sois capaz de condenar a una madre a este suplicio de quince años? Santa Virgen, Niño Jesús, me la robaron, la devoraron en una pradera, han bebido su sangre y han masticado sus huesos; ¡tened piedad de mí y de ella! ¡yo quiero mi hija! ¡Dios mío, no me deis más que sal y pan negro, con tal de que me devolváis a mi hija, y que ella me caliente como un sol! Yo fui una vil pecadora, pero mi hija me redimía; su amor me hizo volver al seno de la religión, y yo os veía a través de su sonrisa como por una abertura del Cielo. ¡Que pueda una vez, una sola vez, calzar este zapatito en su lindo y rosado pie, y moriré, Virgen Santa, bendiciéndoos! Quince años han pasado; ahora sería una hermosa joven… ¿Será cierto que no la veré ya nunca, ni en el Cielo?… ¡Porque yo, yo no iré a él… tengo aquí un zapatito y nada más!

La desdichada se arrojó sobre él, ahogándola los sollozos como el primer día; porque para la madre que perdió el hijo, todos los días son el primero en que le perdió. Es un dolor que no envejece; el traje de luto se blanquea y se desgasta, pero el corazón siempre permanece negro.

Se oyeron en aquel instante frescas y alegres voces de muchachos que pasaban por delante de la celda. Cada vez que las oía la pobre madre, se sepultaba en el rincón más sombrío de su sepulcro, y parecía querer hundir la cabeza en tierra para no oírlas. Esta vez, por el contrario, se levantó con sobresalto, y escuchó con ansia; uno de los muchachos acababa de decir:

—Hoy ahorcan a una gitana.

Corrió, al oír esto, a la ventana, que caía a la plaza de la Grève, y pudo ver en efecto, una escalera arrimada al patíbulo permanente, y al ayudante que estaba arreglando las cadenas enmohecidas por la lluvia. Alrededor de la horca había un grupo numeroso de curiosos.

La alegre bandada de muchachos estaba ya lejos. La reclusa buscó con la vista alguien a quien poder preguntar. Inmediato a la covacha distinguió a un clérigo que aparentaba leer en el breviario público, pero que atendía menos al *atril de hierro enrejado* que al patíbulo, hacia el que lanzaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz. La reclusa reconoció al arcediano de Josas.

—Padre mío —le preguntó—, ¿a quién van a ahorcar?

Miróla el sacerdote, y no contestó; ella repitió la pregunta: entonces aquel dijo:

—No lo sé.

—Han pasado por aquí unos niños diciendo que era una gitana —prosiguió la reclusa.

—Creo que sí —repuso el clérigo.

Entonces Paquita la Chantefleuri soltó una carcajada de hiena.

—Hermana —díjole el arcediano—, ¿aborrecéis a las gitanas?

—¿Que si las aborrezco? —murmuró la reclusa—; ¿no he de aborrecerlas, si son vampiros y ladronas de criaturas? ¡Me han devorado a mi hija, mi única hija! ¡y ya no tengo corazón, las gitanas se lo han comido!

Diciendo esto, la reclusa estaba espantosa; el sacerdote la contemplaba impasible.

—Existe una que yo aborrezco más que a todas, y la he maldecido; es una joven de la edad que ahora tendría mi hija, si no me la hubieran devorado. Cada vez que esa víbora joven pasa por aquí me revuelve la sangre.

—Pues bien, hermana, alegraos —le contestó el sacerdote, frío como la estatua de un sepulcro—; esa es la que vais a ver morir.

Claudio Frollo inclinó la cabeza, y se alejó lentamente.

La reclusa se torció los brazos de júbilo, y exclamó:

—Ya le predije que subiría al patíbulo. ¡Gracias, sacerdote, gracias!

Púsose a pasear de prisa tras las rejas de la ventana, espeluznada, con los ojos centelleantes, chocando en las paredes, con el aspecto feroz de la fiera

enjaulada que tiene hambre hace mucho tiempo, y que conoce que se acerca la hora de la comida.

VI. Tres corazones de hombre muy diferentes

Febo no había muerto: los hombres de esa clase tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado especial del rey, dijo a la pobre Esmeralda: *Se muere*, fue por error o por chanza; cuando el arcediano contestó a la acusada: *Ha muerto*, él no lo sabía, pero lo creía o esperaba que esto sucediese: hubiese sido cruel para él dar, a la mujer que amaba, buenas noticias de su rival; cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo.

Grave fue, sin duda, la herida de Febo, más no tanto como se figuraba el arcediano; el boticario a cuya casa le transportaron al punto los soldados de la ronda, temió durante ocho días que perdiese la vida, y hasta se lo dijo en latín; sin embargo, la fuerza de la juventud triunfó, cosa que con frecuencia sucede, y, a pesar de los pronósticos y diagnósticos, se empeñó en salvar al enfermo en las barbas del médico. Hallándose todavía en la cama de la casa del boticario, sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisadores de la curia, lo que le aburrió sobremanera; así es que cierta mañana, encontrándose mucho mejor, dejó sus espuelas de oro en pago al farmacopeo, y salió de su casa; lo cual, sin embargo, en nada interrumpió el curso del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto a limpieza y exactitud en una causa criminal; con tal de que el acusado fuese a la horca, todo iba bien, y los jueces tenían ya bastantes pruebas contra Esmeralda: creían que Febo había muerto, y esto era suficiente. Febo no huyó muy lejos: fue a reunirse con su compañía, que estaba de guarnición en Quene-en-Brie, en la isla de Francia, a pocas leguas de París.

A Febo no le acomodaba comparecer personalmente en el proceso, comprendiendo que debía hacer en él por fuerza ridícula figura. Realmente no sabía qué pensar de este asunto. Incrédulo y supersticioso como todo soldado que solo es soldado, cuando recordaba su aventura, no estaba tranquilo

respecto a la cabra, ni al modo extraño de haber conocido a Esmeralda, ni a la manera no menos extraña con que ella le había demostrado su amor, ni de su cualidad de gitana, ni, por último, del alma en pena del monje. Entreveía en esta historia más magia que amor; aquella mujer era para él una hechicera, quizás el diablo; creía que ese suceso había sido una comedia, o, hablando en el lenguaje de aquella época, un misterio en el que desempeñaba un papel desairado; el de los porrazos y de las rechiflas. El capitán estaba corrido, experimentando aquella vergüenza que La Fontaine define admirablemente:

Honteux comme un renard qu'une poule aurait pris 1.

Creía, además, que estando él ausente, no trascendería, y su nombre apenas se pronunciaría, y que en todo caso no pasaría de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba: entonces no existía la *Gaceta* de los tribunales, y como no se pasaba ninguna semana sin hacer hervir a un monedero falso, sin ahorcar a alguna bruja, ni sin quemar a algún hereje en alguna de las innumerables *justicias* de París, el pueblo se había acostumbrado ya a ver en todas las calles de la capital a la decrépita Thémis Feudal, con los brazos desnudos y arremangada hasta los codos, ejercer su arte en las horcas, en las escalas y en las picotas, y esto ya no les llamaba la atención. El gran mundo de aquella época apenas sabía el nombre del reo que pasaba por la esquina de la calle; el populacho quizá era el único que se regalaba con este manjar grosero. Una ejecución era un incidente tan habitual en la plaza pública, como el carro del panadero o como la tienda del carnicero. El verdugo solo era una especie de carnicero más encopetado que los demás.

No tardó, pues, Febo en tranquilizarse respecto a ese asunto y al resultado del proceso; pero apenas vio vacante por este lado de su corazón, la imagen de Flor de Lis volvió a ocuparlo. El corazón del capitán, como la física de entonces, sentía horror al vacío. Por otra parte, en aquella época, Quenen-Brie era un sitio desagradable, un poblacho de herradores y de vaqueras de manos bastas; era un largo cordón de casucas y de cabañas, que ceñía el camino real por uno y otro lado.

Flor de Lis, que fue la penúltima pasión de Febo, era una hermosa joven, y tenía un gran dote; por lo que una mañana, estando ya el capitán curado y presumiendo que dentro de dos meses el asunto de la gitana estaría ya con-

cluido y olvidado, el enamorado galán llegó, caracoleando, a la puerta de la casa Goudelaurier.

No hizo caso de la mucha gente que se apiñaba en la plaza del Atrio, ante la portada de Nuestra Señora; se acordó de que estaba en el mes de mayo, y supuso que se reuniría por ver alguna procesión o alguna fiesta; ató las riendas de su caballo a la argolla del pórtico, y subió alegremente a casa de su hermosa prometida.

Esta estaba sola con su madre.

Flor de Lis no olvidaba a la hechicera ni a su cabra, el alfabeto maldito ni las largas ausencias de Febo; pero cuando vio entrar al capitán le pareció tan gallardo, con uniforme nuevo, bandolera reluciente y con aire tan apasionado, que se ruborizó de placer.

La noble doncella estaba también más hermosa que nunca; llevaba sus magníficos cabellos rubios trenzados con arte, y vestía de color azul celeste, que tan bien sienta a las mujeres blancas, refinamiento que había aprendido de Columba; y además, tenía los ojos llenos de la dulce languidez del amor, que todavía sienta mejor a esta clase de mujeres.

Febo, que no había visto ninguna mujer hermosa desde que acostumbró su vista a los marimachos de Quene-en-Brie, quedó hechizado al volver a ver a Flor de Lis, lo que le comunicó una soltura tan galante y tan obsequiosa, que hicieron las paces a los pocos momentos. La misma noble viuda de Goudelaurier, sentada siempre maternalmente en su gran poltrona, no se atrevió a reñir al oficial, y las reconvenciones de Flor de Lis terminaron en tiernos arrullos.

La joven estaba sentada cerca de la ventana, bordando aún la gruta de Neptuno; el capitán estaba apoyado en el respaldo de su silla, y ella le dirigía en voz baja cariñosas reconvenciones.

—¿Puede saberse qué ha sido de vuestra merced durante dos meses cumplidos, mala pieza?

—Os juro —repuso Febo, algo confuso al oír esta pregunta— que estáis tan hermosa, que sois capaz de trastornar la cabeza a un arzobispo.

Flor de Lis se sonrió.

—Dejad aparte mi hermosura, y respondedme: ¿qué os habéis hecho esos dos meses?

—¡Ah! he estado de guarnición con mi compañía.

—¿En dónde? ¿Por qué no vinisteis a despediros de mí?

—En Quene-en-Brie.

Febo pensó que la primera pregunta le ayudaba a esquivar la segunda.

—Pues eso está muy cerca; ¿cómo no habéis venido a verme ni una sola vez?

Esta pregunta desconcertó verdaderamente al capitán.

—Pues… no pude… el servicio… y además, estuve enfermo.

—¿Enfermo? —preguntó ella asustada.

—Sí… herido.

—¡Herido!

La pobre niña estaba sobresaltada.

—No os preocupéis por eso —contestó con indiferencia Febo—; no fue nada… una riña… una estocada… eso no debe importaros.

—¿Que no debe importarme? —exclamó Flor de Lis, mostrando sus hermosos ojos llenos de lágrimas—. No decís lo que pensáis al hablarme así; ¿por qué fue esa estocada? quiero saberlo.

—Pues bien: he tenido una pendencia con Mahé Fedy, el teniente de San Germán, en Laya, y ambos nos hemos descosido algunas pulgadas de pellejo. Eso es todo.

El embustero capitán sabía muy bien que un lance de honor realza siempre al hombre ante la mujer; y, en efecto, Flor de Lis le miraba atentamente, conmovida de miedo, de placer y de admiración; sin embargo, no estaba completamente tranquila.

—Si estáis ya bien curado, me tranquilizaré. No conozco a ese teniente, pero debe ser un pícaro. ¿Por qué fue la pendencia?

Al oír esto, Febo, cuya imaginación era poco fecunda, no sabía cómo justificar la proeza que inventó.

—¡Qué sé yo! por nada… por ciertas palabras… por un caballo… ¿Sabréis decirme por qué hay tanta bulla en la plaza del Atrio? —preguntó enseguida, por cambiar la conversación.

Acercóse Febo a la ventana, y dijo:

—Venid, Flor de Lis, y veréis cuánta gente se ha reunido en la plaza.

—Me parece —repuso esta— que es por ver una hechicera que va a retractarse hoy públicamente delante de la iglesia, y que después va a ser ahorcada.

Tan olvidado tenía ya el capitán el proceso de la Esmeralda, que apenas hizo alto en las palabras de Flor de Lis; sin embargo, la dirigió una o dos preguntas:

—¿Cómo se llama esa hechicera?

—No lo sé.

—¿Qué delito ha cometido?

Flor de Lis se encogió de hombros, y dijo:

—No lo sé.

—¡Jesús! ¡Jesús! —exclamó la noble viuda—; hay tantos hechiceros en estos tiempos que creo que los queman sin enterarse siquiera de sus nombres, porque eso equivaldría a querer saber el nombre de cada nube del cielo. Pero eso no importa, porque Dios ya lo sabe.

La noble viuda se levantó, y se asomó también a la ventana.

—Es verdad, Febo; hay tanta gente, que hasta se aglomera encima de los techos. Esto me recuerda mis floridos años. Cuando la entrada del rey Carlos VII, había tanta gente como ahora. Estas cosas os parecen viejas, y a mí me parecen nuevas. Otra gente era aquella, mejor que la de ahora. Había entonces gente hasta sobre las buhardas de la puerta de San Antonio. El rey llevaba a la reina a la grupa, y después de las altezas, seguían todas las señoras. Recuerdo que se reían mucho; que al lado de Amanzón de Galarde, que era muy bajito, iba el señor Matefelón, de estatura gigantesca. Era espectáculo muy hermoso ver en procesión a todos los gentileshombres de Francia, con sus oriflamas encarnadas; los había de pendón y de bandera. El señor de Calau era de pendón; Juan de Chateaumorant de bandera; el señor

de Concy llevaba la bandera más grande que todas, excepto la del duque de Borbón. ¡Ay! ¡es triste pensar que todo eso ha existido, y que no existe ya!

Los dos enamorados no oían a la respetable viuda. Febo había vuelto a apoyarse de codos sobre el respaldo de la silla de su prometida, puesto delicioso desde el que su mirada libertina penetraba por todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Dicha gorguera se abría tan a propósito, y dejaba ver tantas cosas exquisitas, y permitía adivinar otras tantas, que Febo, deslumbrado al ver aquel cutis, que lucía como el raso, se decía a sí mismo: —¿Cómo se puede amar a una mujer que no sea blanca?

Los amantes guardaban silencio; la niña alzaba hasta él los ojos apasionados y dulces, y sus cabellos se confundían con rayos de sol de la primavera.

—Febo —dijo de pronto Flor de Lis—, dentro de tres meses nos casaremos; juradme que no amasteis a ninguna otra mujer.

—Os lo juro, ángel mío —respondió el capitán, y su mirada apasionada reforzaba el acento sincero de su voz para convencer a Flor de Lis, y él se creía a sí mismo quizás en este momento.

Mientras la noble viuda, encantada de ver a los prometidos en tan buena armonía, acababa de salir de la cámara, obligada por una tarea doméstica. Febo se apercibió de ello, y tanto alentó la soledad en que quedaban al aventurero capitán, que se le ocurrieron ideas muy extrañas. Flor de Lis le amaba, era su prometida, y estaba sola con él; el antiguo amor que la doncella noble le inspirara, había renacido en él, no con toda su frescura, pero sí con todo su ardor, y después de todo, no es un gran crimen comerse cada cual su trigo en flor… No sé si pensaría así; lo cierto es que Flor de Lis quedó aterrada de repente al ver la expresión de sus miradas. La joven miró a su alrededor, y no encontró a su madre.

—¡Dios mío —exclamó sofocada e inquieta—, tengo mucho calor!

—Creo que falta poco para el mediodía —le contestó Febo—; el sol es ya molesto; corramos las cortinas.

—No, no —observó la joven—; por el contrario, tengo necesidad de tomar el aire.

Como cierva que siente los ladridos de los lebreles, púsose en pie y corrió a la ventana, abrióla y se salió al balcón.

Febo, aunque contrariado, la siguió.

La plaza del Atrio de Nuestra Señora, sobre la que caía el balcón, como sabemos, presentaba en aquel punto espectáculo tan singular y tan siniestro, que hizo cambiar bruscamente de naturaleza el terror de la tímida Flor de Lis.

Inmenso gentío que refluía de todas las calles contiguas llenaba por completo dicha plaza: la pequeña pared que rodeaba el atrio, no bastara para mantenerle expedito a no guarnecerla una doble fila de alabarderos y arcabuceros con culebrinas en las manos; gracias a aquel bosque de picas y de arcabuces, estaba el atrio vacío. Defendían, además, su entrada, un grupo de alabarderos, que ostentaban las armas del obispo. Estaban cerradas las puertas de la iglesia, contrastando con las innumerables ventanas de la plaza, que estaban abiertas hasta las buhardillas y dejaban ver miles de cabezas apiñadas, con corta diferencia, como los montones de balas en un parque de artillería.

El conjunto de aquel gentío era gris. El espectáculo que esperaba era de aquellos que gozan del privilegio de extraer y de atraer la parte más inmunda de la población. Nada tan asqueroso como el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de cofias amarillas y cabelleras mugrientas; en aquella multitud había más risas que gritos, más hombres que mujeres.

De vez en cuando alguna voz agria sobresalía entre el clamor general:

—¡Eh! ¿Mahieta, van a ahorcarla aquí?

—¡Tú qué sabes! aquí va a retractarse públicamente en camisa; esta retractación se hace siempre a mediodía. Si quieres verla ahorcar, vete a la plaza de la Grève.

—Luego iré.

—¡Eh! decidme, amiga mía, ¿es verdad que no se ha querido confesar?

—Dicen que no ha querido.

—¡Pícara pagana!

—Caballero, esa es la costumbre. El baile del palacio tiene obligación de entregar al malhechor, ya juzgado, para que se le ejecute, si es lego, al preboste de París, y si es eclesiástico, a la curia del obispado.

—Gracias, caballero.

—¡Oh Dios mío! —decía Flor de Lis—, ¡pobre joven!

Este pensamiento entristecía sus miradas, que dirigía hacia la muchedumbre; el capitán, que se ocupaba más de ella que del espectáculo, manoseaba cariñosamente por detrás el talle de su prometida. Volvióse esta con ademán risueño y suplicante, y le dijo:

—¡Por favor, Febo, dejadme! si entra mi madre, verá vuestra mano.

En este momento sonaron lentamente las doce en el reloj de Nuestra Señora. Un murmullo de satisfacción se escapó de la multitud. Se había extinguido apenas la última vibración de la última campanada, cuando empezaron a agitarse todas las cabezas, como las olas a impulsos del huracán, y clamor inmenso se alzó en el suelo, en las ventanas y en los tejados. —¡Ya está aquí!

Flor de Lis se cubrió la cara con las manos para no ver.

—¿Queréis que nos vayamos dentro? —le preguntó Febo.

—No —dijo ella; y los ojos que el miedo cerrara, volvió a abrirlos la curiosidad.

Un carro tirado por un robusto rocín normando y escoltado por caballería, cuyos jinetes vestían uniforme morado, que ostentaban cruces blancas, acababa de desembocar en la plaza por la calle de San Pedro. Algunas patrullas de la ronda le abrían paso a latigazos. Caracoleaban al lado del carro algunos oficiales de justicia y de policía, que eran conocidos por el traje negro y por la manera torpe de montar; iba al frente de ellos maese Jaime Charmolne. En el funesto vehículo iba sentada una joven, con los brazos

atados a la espalda, y que no llevaba sacerdote a su lado. Iba en camisa; sus largos cabellos negros (era costumbre entonces no cortarlos hasta el pie del patíbulo), caían esparcidos sobre su garganta y sobre sus hombros medio descubiertos. Al través de su ondulada cabellera, más luciente que plumaje de cuervo, se veía retorcida y anudada una cuerda gruesa y rugosa, que desollaba sus delicados hombros y se enroscaba en torno del lindo cuello de la desventurada joven como un gusano sobre una flor; por debajo de la cuerda relucía un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde, que le dejaron, sin duda, que llevara consigo, porque no se rehúsa nada a los que van a morir. Los espectadores, colocados en las ventanas, podían descubrir en el fondo del carro sus desnudas piernas, que ella trataba de ocultar, como por el último pudor de mujer. A sus pies iba tendida una cabra agarrotada; sostenía la víctima con los dientes su camisa mal prendida, como si hasta en su horrible situación sufriese el verse expuesta, medio desnuda, a las miradas de la muchedumbre. No nació el pudor para padecer tan crueles sobresaltos.

—¡Jesús! —dijo Flor de Lis con viveza al capitán—; mirad, Febo, mirad… Es la maldita gitana de la cabra.

Hablando así se volvió hacia el capitán; este tenía los ojos clavados en el carro, y estaba sumamente pálido.

—¿Qué gitana de la cabra? —preguntó balbuceando.

—¡Cómo! —repuso Flor de Lis—; ¿no os acordáis ya?

—No sé lo que queréis decir —contestó Febo.

Y dio un paso para entrar en la sala; pero Flor de Lis, en otra ocasión tan celosa de aquella gitana, volvió a sentir quizá los mismos celos, y miró al militar con penetración y con desconfianza; en aquel momento recordó vagamente que oyó hablar de un capitán que intervino en el proceso de la gitana.

—¿Qué tenéis? —preguntó a Febo—; parece que os ha turbado esa mujer.

Febo se esforzó por fingir indiferencia.

—¿A mí?… ¡nada de eso!…

—Entonces quedaos en el balcón; aquí, a mi lado, y veamos hasta el fin.

No tuvo más remedio que complacer a su prometida: lo que le tenía algo tranquilo era que la sentenciada no apartaba los ojos del suelo del carro. En el último escalón del oprobio y de la desgracia, Esmeralda estaba aún hermosa; sus rasgados ojos negros parecían más grandes a causa de tener hundidas las mejillas; su perfil lívido era puro y sublime. De lo que era a lo que fue había la diferencia que hay de una virgen de Masaccio a una virgen de Rafael; era ahora más débil, más aérea, más tenue.

Por lo demás, en ella todo, menos el pudor, parecía abandonado a la casualidad; ¡tanto habían marchitado su alma el delirio y la desesperación! Su cuerpo vacilaba a cada vaivén del carro, como cosa muerta o hecha pedazos; su mirada era sombría y vaga; veíase aún una lágrima en su pupila, pero inmóvil, y, por decirlo así, helada.

Atravesó la lúgubre cabalgata por el gentío, entre gritos de alegría y clamores diversos. Debemos anotar, sin embargo, si hemos de ser fieles historiadores, que al verla tan hermosa y tan desdichada, se conmovieron de lástima hasta los corazones más duros.

El carro entró en el atrio: se paró en la portada central, y la escolta se formó en batalla en dos filas. Calló la multitud, y en medio de aquel silencio, lleno de angustia y de solemnidad, giraron las dos hojas de la gran portada, como automáticamente, sobre sus goznes, que rechinaron como un pífano. Viose entonces en larga perspectiva la profunda iglesia, enlutada con paños fúnebres, apenas iluminada por algunos cirios, que brillaban a lo lejos en el altar mayor. En lo más hondo, en la sombra del ábside, se entreveía gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro, que caía desde la bóveda hasta el pavimento. La nave estaba solitaria, veíanse, sin embargo, moverse las cabezas de algunos sacerdotes en las lejanas sillas del coro: en el momento en que se abrió la puerta principal, salió del templo el canto grave, monótono y sonoro que arrojaba a bocanadas sobre la víctima fragmentos de salmos lúgubres:

«*…Non timebo millia populi circumdantis me. Exsurge, Domine; salvum me fac, Deus!*

«*Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.*

«*Infixus sum in limo profundi; et non est substantia*».

Al mismo tiempo otra voz aislada del coro entonaba sobre las gradas del altar mayor este melancólico ofertorio:

«*… Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam æternam et in judicium non venit; sed transit á morte in vitam*».

Este canto, que entonaban algunos ancianos sumidos en la oscuridad, y que dirigían desde lejos a aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, que acariciaba el aire suave de la primavera, y que alumbraba el sol, era el oficio de difuntos.

El pueblo escuchaba con devoción.

La desdichada, llena de terror, parecía perder la vista y las ideas en las oscuras entrañas de la iglesia. Sus labios blancos se movían como si rezase, y cuando el ayudante del verdugo se acercó para ayudarla a bajar del carro, oyó que la joven repetía el nombre de *Febo*.

La desataron las manos, y la hicieron bajar, acompañada de la cabra, que desataron también y que balaba de alegría al verse libre; obligaron a la joven a andar descalza por el duro empedrado hasta el pie de las gradas del atrio. La cuerda que llevaba al cuello iba arrastrando tras ella, como culebra que la seguía.

Cesó entonces el canto del templo; una gran cruz de oro y dos filas de cirios se pusieron en movimiento en las tinieblas; oyéronse sonar las alabardas de los pertigueros, y a poco se desplegó ante la vista de la sentenciada y del público una larga procesión de presbíteros con casullas y de diáconos con dalmáticas, que se aproximaba a la víctima gravemente y salmodiando: los ojos de esta se fijaron en el que iba a la cabeza, inmediato al que llevaba la cruz.

—¡Oh! —exclamó en voz baja y estremeciéndose—; ¡él es! ¡siempre el mismo sacerdote!

Era efectivamente el arcediano; llevaba el sochantre a la izquierda y a la derecha el chantre, ostentando la vara de su oficio. Avanzaba con la cabeza echada hacia atrás, con los ojos inmóviles y abiertos, y cantando con voz sonora:

«*De ventre inferi clamavi, et exaudisti vocem meam*.

«*Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me*».

Cuando el arcediano salió a la luz bajo la alta portada ojival, cubierto con pesada capa pluvial de plata, adornada con una gran cruz negra, estaba tan pálido, que pareció a muchos que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro, que se pusiera en pie y que salía a recibir al borde de la tumba a la que iba a morir.

Esmeralda, que estaba tan pálida como él, y que parecía otra estatua, apenas notó que le pusieron en la mano un enorme cirio amarillo encendido, ni oyó la voz chillona del escribano que le leía el texto de la pública retractación, y cuando la mandaron que respondiera *Amén*, respondió: *Amén*. Fue necesario, para que recobrase vida y fuerza, que viese al sacerdote hacer seña a los que la custodiaban para que se alejasen y que se acercara solo hasta ella.

Sintió entonces hervir la sangre en sus venas, y un resto de indignación encendió aquel alma, ya embotada y fría.

El arcediano se aproximó a Esmeralda, y notó que hasta en su deplorable estado paseaba él por su desnudez las miradas chispeantes de lujuria, de celos y de deseos. Después la dijo en voz alta:

—Joven sentenciada, ¿habéis pedido perdón a Dios de vuestras culpas y delitos? —Mientras los espectadores creían que estaba recibiendo su confesión, en voz baja, murmuró: —¿Quieres ser mía? Aún puedo salvarte.

Ella le miró de hito en hito y le contestó:

—¡Vete, demonio, vete o te denuncio!

Sonriendo con sonrisa abominable exclamó:

—No te creerán y añadirías el escándalo al crimen. Responde pronto; ¿quieres ser mía?

—¿Qué es de mi Febo? —le preguntó.

—Ha muerto.

Al decir esto, Claudio Frollo levantó maquinalmente la cabeza y vio al otro lado de la plaza al capitán, en el balcón de la casa Goudelaurier, que es-

taba hablando con Flor de Lis.

Vaciló el arcediano, se pasó la mano por los ojos, miró otra vez, murmuró una maldición y todas sus facciones se contrajeron dolorosamente.

—Pues bien, muere.

Y luego añadió entre dientes:

—¡Nadie te poseerá!

Levantó entonces la mano sobre la cabeza de la gitana y entonó con voz fúnebre: *Et nunc, anima anceps, et sit tibi Deus misericors!*

Tal era la terrible fórmula con que terminaban estas repugnantes ceremonias: esta era la señal que el sacerdote hacía al verdugo.

El público se arrodilló.

—*Kyrie eleison* —rezaron los sacerdotes, inmóviles bajo la ojiva de la portada.

—*Kyrie eleison* —repitió la muchedumbre, con aquel rumor que recorre el aire, como el sordo murmullo de un mar alborotado.

—*Amen* —salmodió el arcediano.

Volvió este las espaldas a la sentenciada, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos y se unió a la comitiva de sacerdotes; un instante después se le vio desaparecer, lo mismo que a la cruz, los cirios y las capas pluviales, entre las nebulosas galerías de la catedral, y su voz sonora se iba apagando por grados en el coro, entonando este versículo de desesperación:

«*… Omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt!*»

Al mismo tiempo el choque intermitente de los ferrados cuentos de las alabardas de los pertigueros, extinguiéndose lentamente por entre los intercolumnios de la nave, semejaba la campana de un reloj anunciando la última hora de la víctima.

Las puertas de Nuestra Señora permanecieron abiertas, mostrando la iglesia vacía, triste y enlutada, sin cirios y sin voz.

La sentenciada estaba inmóvil en su sitio esperando que dispusiesen de ella, y fue necesario que uno de los máceros avisase a maese Charmolne,

que durante esta escena estudiaba el bajo relieve de la portada principal que representa el sacrificio de Abraham, según algunos, representando el ángel al sol, el haz de leña el fuego y Abraham el artesano.

Con dificultad le separaron de su estudio, pero al fin lo consiguieron; volviose e hizo seña a dos hombres vestidos de amarillo, los ayudantes del verdugo, que se aproximaron a la gitana y la ataron las manos.

La desventurada joven, en el momento de volver a subir al fatal carro y de encaminarse a su última estación, sintiose acometida tal vez del amargo dolor de perder la vida. Levantó los ojos al cielo, hacia el sol, hacia las nubes de plata, recortadas aquí y allá en trozos azules; luego tendió la vista al suelo, sobre la gente y sobre las casas. De repente, mientras el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la cuitada un grito terrible, un grito de alegría. En un balcón, a lo lejos, en un rincón de la plaza, acababa de ver a su amado, a su señor, ¡a Febo! El juez la engañó, el sacerdote la había mentido; era él, no podía dudar; allí estaba hermoso, vivo, con su brillante uniforme, con la pluma en el sombrero y la espada en la cintura.

—¡Febo! —gritó—. ¡Febo mío!

Quiso tender hacia él sus amantes brazos, sin pensar la infeliz en que los tenía atados: vio que el capitán fruncía el entrecejo a una hermosa joven que se apoyaba en él y que le miraba con aire irritado y desdeñoso; Febo pronunció enseguida algunas palabras, que ella no pudo oír, y ambos desaparecieron precipitadamente tras las vidrieras del balcón, que se cerró.

—Febo, ¿es posible que tú también lo creas?…

Acababa de acometerla un pensamiento monstruoso al recordar que la condenaron por el asesinato del capitán Febo de Chateaupers; todo lo había sufrido hasta entonces, pero este último golpe era demasiado violento y la infeliz cayó exánime sobre el empedrado.

—Vamos, transportadla al carro y concluyamos —dijo maese Jaime Charmolne.

Nadie se había percatado de que, en la galería de las estatuas de los reyes, esculpida encima de las ojivas de la portada, había un espectador que presenció cuanto había sucedido, con tal impasibilidad, con el cuello tan tendido, con el rostro tan feo, que a no ser por el traje, mitad rojo y mitad morado, se le hubiera podido tomar por una de aquellas monstruosas gárgolas de

piedra, por cuyas abiertas fauces desaguan hace seiscientos años las techumbres de la catedral. Nada pasó inadvertido para aquel espectador de cuanto había pasado desde las doce ante la portada de Nuestra Señora. Desde los primeros momentos, sin que nadie le observara, ató fuertemente a una de las columnitas de la galería una recia maroma con nudos, cuyo cabo caía hasta la escalinata exterior del edificio. Luego, se puso a mirar tranquilamente y a silbar cuando pasaba por delante de él algún mirlo. De pronto, en el instante en que los criados del verdugo se preparaban a ejecutar la flemática orden de Charmolne, saltó el antepecho de la galería dicho espectador; asiose a la cuerda, con los pies, con las rodillas y con las manos, y se escurrió por la fachada como una gota de lluvia que se desliza por una vidriera; corrió hacia los dos ayudantes del verdugo con la celeridad del gato que cae de un tejado; los derribó al suelo con la enorme fuerza de sus puños; levantó del suelo a la gitana con una mano, como quien toma una muñeca, y volvió de un salto hasta la catedral, levantando a la joven por encima de la cabeza y gritando con voz formidable:

—*¡Asilo!*

Pasó todo esto con tal presteza, que si hubiese sido de noche se hubiera podido ver todo a la luz de un solo relámpago.

—¡Asilo! ¡Asilo! —gritó la muchedumbre, y diez mil palmoteos hicieron brillar de alegría y de orgullo el ojo único de Quasimodo.

Este sacudimiento hizo que la sentenciada volviese en sí. Abrió los ojos y vio a Quasimodo; luego volvió a cerrarlos de pronto, como asustada de su libertador.

Charmolne quedó atónito, así como los verdugos y toda la escolta; porque en efecto, dentro del recinto de Nuestra Señora la sentenciada era inviolable; la catedral era un sitio de refugio y la justicia humana expiraba en sus umbrales.

Parose Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos pies se apoyaban tan firmes sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos; su disforme cabeza crespa se hundía entre los hombros, como la de los leones, que como él tienen melena, pero carecen de cuello. Sostenía a la joven palpitante, suspendida de sus manos callosas como una vestidura blanca; pero la llevaba con tanta precaución como si temiese romperla o arru-

garla; comprendía que era cosa delicada, exquisita, preciosa, creada para otras manos que no fuesen las suyas, y no osaba tocarla, ni con su aliento. Luego, de pronto, la apretaba estrechamente en sus brazos contra su pecho musculoso, como si fuese su bien, su tesoro, como lo hubiera hecho la madre de la joven. Su ojo de gnomo, inclinado hacia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de compasión, súbitamente lleno de relámpagos; entonces las mujeres lloraban y reían, la muchedumbre aplaudía, porque en esos momentos adquiría Quasimodo su belleza particular. Aquel huérfano, aquel expósito, aquella escoria, sentíase augusto y fuerte y miraba de frente a aquella sociedad que le desterraba de su seno y en la que intervenía tan poderosamente la justicia humana, a la que acababa de arrancar la presa; miraba frente a frente a todos aquellos tigres obligados a mascar en el vacío, a aquellos esbirros, a aquellos jueces, a aquellos verdugos y a toda aquella fuerza del rey, que él acababa de humillar con la fuerza de Dios.

Además, era espectáculo emocionante el que producía aquella protección con que amparaba un ser deforme a un ser desgraciado, una mujer condenada a muerte salvada por Quasimodo. Eran las dos fatalidades extremas: la de la Naturaleza y la de la sociedad; que se tocaban y que se protegían mutuamente.

Después de gozar algunos momentos de su triunfo, Quasimodo se internó bruscamente en el templo con su preciosa carga. El pueblo, al que las proezas entusiasman, le buscaba con la vista por la oscura nave, lamentando que se hubiera substraído tan pronto a sus aclamaciones. De pronto se le vio reaparecer al final de la galería de los reyes de Francia; la atravesó corriendo como un insensato, levantando con los brazos su presa y gritando:

—¡Asilo!

El gentío prorrumpió otra vez en aplausos. Después de recorrer la galería volvió a internarse en el templo. Un momento después se le vio en la plataforma superior, llevando siempre a la gitana, corriendo alocado y gritando:

—¡Asilo!

Hizo, por fin, una tercera aparición sobre la meseta de la campana mayor desde donde mostraba con orgullo a todo París la víctima que acababa de salvar, y su voz tonante, aquella voz que se oía rara vez, repitió tres veces con frenesí:

—¡Asilo! ¡Asilo! ¡Asilo!

—¡Bien, bien, bravo! —vociferaba el público; y esta inmensa aclamación llenaba de asombro a la multitud de la otra ribera del río, a la turba de la plaza de la Grève y a la reclusa, que estaba esperando la ejecución con los ojos fijos en la horca.

---

1. Corrido como una zorra cautiva de una gallina.

Libro noveno

I. Fiebre

No se hallaba ya en la catedral Claudio Frollo cuando su hijo adoptivo cortó tan inopinadamente la red fatal en la que el desgraciado arcediano había cogido a la gitana y se había prendido él mismo. Cuando penetró en la sacristía se arrancó el alba, la capa pluvial y la estola, tirándoselas al bedel, estupefacto, y huyó por la puerta secreta del claustro: mandó a un barquero que le trasladase a la orilla izquierda del Sena y se internó en las tortuosas calles de la Universidad, sin saber dónde ir, hallando a cada paso grupos de hombres y de mujeres que iban de prisa y alegres hacia el puente de San Miguel, con la esperanza de ver ahorcar a la gitana; el arcediano andaba apresuradamente por las calles, lívido, ciego y más sombrío y más atolondrado que una ave nocturna asediada en la mitad del día por una turba de muchachos. Ni sabía dónde estaba, ni si soñaba o estaba despierto; andaba, volvía, corría, tomando cualquier calle al acaso; sin elegir, pero huyendo siempre de la plaza de la Grève, que sentía vagamente detrás de él.

Pasó así la montaña de Santa Genoveva y salió al fin de la ciudad por la puerta de San Víctor. Siguió, sin embargo, huyendo mientras alcanzó a ver, al volverse, el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando una elevación del terreno le ocultó enteramente el

odioso París, cuando se creyó a cien leguas de él, en los campos, en despoblado, se paró, pareciéndole que entonces empezaba a respirar.

Entonces se agolparon a su espíritu ideas horribles: vio con claridad el fondo de su alma y se estremeció. Pensó en la desgraciada joven que él había perdido, perdiéndose también con ella; recorrió con mirada feroz el doble camino tortuoso que el sino hizo seguir a sus dos destinos, hasta el punto de intersección en que los estrelló sin piedad el uno contra el otro. Pensó en la locura de los votos eternos, en la vanidad de la castidad, de la ciencia, de la religión, de la virtud, en el fracaso de Dios. Se abandonó con deleite a los malos pensamientos, y a medida que se hundía más en ellos, sentía repercutir dentro de sí mismo la risa de Satanás.

Profundizando su alma, vio qué ancho sitio había preparado en ella la Naturaleza para las pasiones, y se sonrió más amargamente aún. Removió en el fondo de su corazón todo su odio y toda su maldad, y reconoció, con la fría mirada del médico que reconoce al enfermo, que aquel odio y aquella maldad los constituía el amor viciado; que el amor, origen de todas las virtudes en el corazón del hombre, se convertía en cosa horrible en el corazón del sacerdote, se hacía demonio. Riose ferozmente y de pronto tornose pálido al considerar el lado siniestro de su fatal pasión, aquel amor corrosivo, venenoso e implacable, que conducía a ella al cadalso y a él al infierno.

Después le volvió a acometer la risa al pensar que Febo vivía, que estaba alegre y contento, llevaba más lindo uniforme que nunca, y tenía otra querida que llevaba a ver ahorcar a la anterior. Su risa creció al reflexionar que, de los seres vivos cuya muerte deseara, la gitana era la única criatura a la que no aborrecía y era también la única que había muerto.

Su pensamiento voló del capitán al pueblo, y ardió en celos de una clase inaudita; pensó que el público, todo el público había tenido ante su vista en camisa, casi desnuda, a la mujer que él adoraba. Se retorció los brazos pensando que aquella joven, cuyas formas él solo vislumbraba en la oscuridad, hubiera sido para él la suprema felicidad, se había visto abandonada en pleno día a todo un pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rabia al considerar tales misterios del amor desnudos, profanados y deshonrados para siempre. Lloró de rabia al figurarse la multitud de miradas profanas que se habían saciado en aquella camisa mal prendida, y al reflexionar que aquella hermosa mujer, aquel lirio virgen, aquella copa de pudor

y de delicias, a la que solo se hubiera atrevido a acercar los labios temblando, acababa de cambiarse en una especie de barreño público, en el que la hez del populacho de París, los mendigos y los ladrones, habían acudido a beber un placer inmundo, estragado e infame.

Cuando trataba de formarse idea de la dicha que hubiera podido gozar en el mundo si ella no hubiese nacido gitana, y él no fuera sacerdote, si Febo no hubiera existido, o si ella no le amase; cuando pensaba que pudiera haber gozado de una existencia serena en el seno del amor, como la disfrutaban en aquellos instantes en todas las latitudes del mundo parejas felices, abandonadas a largas pláticas bajo los naranjos, a las márgenes de los arroyos, bajo un sol poniente o de una noche estrellada, su corazón se fundía en ternura, y se encolerizaba de desesperación.

¡Oh! ¡Ser de ella! Esta idea fija, que se renovaba sin cesar, le despedazaba, le mordía el cerebro y le arrancaba las entrañas. Ni le pesaba, ni se arrepentía de lo que había hecho, pues se reconocía con bríos para repetirlo; prefería verla en manos del verdugo, a verla en los brazos del capitán; pero sufría tanto, que algunas veces se arrancaba mechones de cabellos para ver si encanecían.

Hubo un momento en que le ocurrió que quizás en aquel mismo momento la horrorosa cadena que vio por la mañana, acaso apretaba su nudo de hierro alrededor del cuello delicado y suave de Esmeralda. Este pensamiento le hizo brotar sudor por todos los poros.

Siguió otro momento en el que, riéndose diabólicamente de sí mismo, se le representó Esmeralda como la vio el primer día, ágil, indiferente, gozosa, ataviada y aérea, y se le presentó a la par la Esmeralda del último día, en camisa, con la cuerda al cuello, subiendo lentamente con los pies descalzos la escalera angulosa del patíbulo. Con tan vivos colores vio representarse su imaginación este doble cuadro, que lanzó un grito terrible.

Mientras este huracán de desesperación le enloquecía, observó la Naturaleza que le rodeaba. A sus pies algunas gallinas picoteaban en la yerba; escarabajos esmaltados corrían hacia el sol; sobre su cabeza algunos grupos de nubes grises se deslizaban por un cielo azul; en el horizonte la veleta de la abadía de San Víctor se erguía sobre la curva pendiente de su obelisco de pizarra, y el molinero de la colina Coppeaux miraba girar las aspas de su

molino. La vida activa, organizada y serena, reproducida a su alrededor bajo mil formas, le hacía daño, y huyó nuevamente.

Huyó corriendo por los campos hasta la caída de la tarde. Esta huida, de la Naturaleza, de la vida, de sí mismo, del hombre, de Dios y de todo, duró un día completo. Algunas veces se tiraba al suelo boca abajo, y arrancaba con las uñas verdes trigos; otras veces se paraba en la calle de una aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insoportables, que se sujetaba la cabeza con las dos manos, y quería arrancársela de los hombros para hacerla pedazos contra las piedras.

Al caer el sol, se examinó a sí mismo, y vio que casi estaba loco. La tempestad, que duraba en él desde que perdió la esperanza y la voluntad de salvar a la gitana, no dejó en su conciencia ni una sola idea sana, ni un solo pensamiento noble. Su razón yacía postrada, casi destruida. No quedaban ya en su mente más que dos imágenes distintas: la Esmeralda y la horca; todo lo demás estaba oscuro y tétrico. Aquellas dos imágenes reunidas le representaban un grupo espantoso, y cuanto más fijaba en ese grupo la escasa atención de que disponía, más las veía crecer en progresión fantasmagórica: a la una, en gracia, en luz, en hermosura, y a la otra, en horror; de modo, que al fin, Esmeralda se le aparecía como un lucero y la horca como un enorme brazo descarnado.

Era pasmoso que durante toda esa horrible tortura no pensase seriamente en morir. El arcediano era así; amaba la vida, porque acaso tras ella veía realmente el infierno.

Entretanto, el día continuaba declinando. El ser racional que existía aún en él pensó confusamente en la vuelta. Creíase lejos de París, pero al orientarse, vio que solo diera una vuelta al recinto de la Universidad. La flecha de San Sulpicio y las tres elevadas agujas de Saint-Germain-des-Prés sobresalían a su derecha, en el horizonte, y Claudio Frollo se dirigió hacia allí. Cuando oyó el *¡quién vive!* de los hombres de armas del abad, en la almenada circunvalación de San Germán, dejó el camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la Abadía y el hospital del villorrio, y después de algunos instantes se halló a la entrada del Pré-aux-clercs (Prado de los clérigos). Este prado era célebre por los desórdenes que en él tenían lugar día y noche, lo que le constituía en verdadera hidra de los monjes de San Germán: *quod monachis Sancti Germani pratensis hydra fuit clericis nova*

semper dissidionum capita suscitantibus. El arcediano temió hallar gente allí, y le causaba miedo cualquier semblante humano; evitó la Universidad y la aldea de San Germán, no queriendo recorrer las calles hasta lo más tarde posible. Siguió, pues, el Pré-aux-clercs, tomó el sendero desierto que le separaba de Dieu-Neuf, y llegó, al fin, a la ribera del río. Allí Dom Claudio encontró un barquero que por pocos dineros parisíes le condujo corriente arriba del Sena, hasta la punta de la Cité, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, donde los lectores ya vieron soñar a Gringoire, y que se prolongaba más allá de los jardines del rey, paralelamente a la isla del Vaquero.

El vaivén del barco y el ruido del agua habían amodorrado a Claudio Frollo. Al alejarse el barquero, permaneció alelado en pie sobre la playa, mirando delante de él y solo percibiendo los objetos al través de extrañas oscilaciones, que se los convertían en algo fantasmagórico. No es raro que la fatiga de un gran dolor produzca este efecto en el espíritu.

El sol se puso por detrás de la alta torre de Nesle. Eran los instantes del crepúsculo. El firmamento estaba blanco, y el agua del río también; entre estas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena en la que Claudio tenía fija la vista, hacía resaltar su lóbrega superficie, y disminuida por la perspectiva, se perdía en las nieblas del horizonte como una flecha negra.

Estaba llena de casas, de las que no se vislumbraba más que la oscura silueta trazada con fuerza sobre el fondo claro del cielo y del agua. Aquí y allá comenzaban a relucir las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del río, muy ancho en aquel punto, produjo en el arcediano un efecto parecido al que experimentaría el hombre que, tendido de espaldas al pie del campanario de Strasburgo, viese la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en la penumbra del crepúsculo; solo que en este caso Dom Claudio estaba en pie, y el obelisco volcado; mas como el río, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecía tan audazmente elevado en el vacío como cualquiera aguja de catedral, y la impresión era la misma. Aun aquella impresión tenía de característico que lo que se veía sí que era el campanario de Strasburgo, pero dicho campanario de dos leguas de altura, cosa inaudita, gigantesca, monumento como ningún ojo humano lo vio jamás, otra torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de las murallas, las talladas puntas de las techumbres, la aguja de los Agusti-

nos, la torre de Nesle, todos aquellos ángulos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusión, imitando caprichosamente a la vista las líneas de una escultura rica y fantástica.

Claudio, en el estado de alucinación en que se hallaba, creyó ver por sus propios ojos el campanario del infierno; las mil luces esparcidas sobre la altura de la terrible torre, le parecieron otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se escapaban de ella otros tantos gritos de placer o de agonía. Tuvo miedo, y se tapó con las manos los oídos para no oír; volviose para no ver, y se alejó precipitadamente de la espantosa visión.

Pero la visión estaba dentro de él.

Cuando recorrió las calles, los transeúntes que se codeaban al resplandor del alumbrado de las tiendas le hacían el efecto de espectros que danzaban a su alrededor. Extraños sonidos zumbaban en sus oídos, y singulares vértigos turbaban su cerebro. No veía las casas, ni el empedrado, ni los carros, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos diversos, en el que se fundían por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie había una tienda de especiero, cuyo cobertizo estaba, desde tiempo inmemorial, guarnecido, en su circunferencia, de aros de hoja de lata, de la que pendía un círculo de velas de madera, que entrechocaban al impulso del viento como castañuelas. Al oírlo creyó que escuchaba crujir en la sombra los esqueletos de Montfaucón.

—¡Oh! —exclamó—; ¡el viento de la noche arroja los unos contra los otros, y mezcla el rumor de sus cadenas con el de sus huesos! ¡Ella está acaso allí entre ellos!

Asustado no sabía por dónde iba; después de andar un rato, se halló en el puente de San Miguel. Vio una luz en la ventana de una casa baja, y se acercó a ella. Al través de una vidriera rota, vio una sala astrosa, que despertó en su espíritu un recuerdo confuso. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara sucia, se veía un joven rubio y bien barbado, que abrazaba riendo a una joven coquetamente vestida. Cerca de la lámpara, una vieja hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como el joven no reía siempre, la canción de la vieja llegaba, en trozos, hasta los oídos del sacerdote. Era una canción ininteligible y atrevida. La vieja era la Falourdel, la moza una prostituta, y el joven su hermano Juan.

Dom Claudio siguió mirando; tanto le importaba aquel espectáculo como cualquier otro. Vio que Juan se acercó a una ventana y la abrió, se puso a mirar hacia el muelle, donde ya brillaban las ventanas alumbradas, y le oyó decir, cerrando la ventana:

—Ya es de noche; los hombres encienden las velas y Dios las estrellas.

Después volvió adonde viera a la mujerzuela, y rompió una botella que había sobre una mesa, gritando:

—¡Ya está vacía, vive Dios! ¡Y no tengo dinero! Reniego de Júpiter, Isabel mía, si no cambia tus pechos blancos en dos botellas negras, que me amamanten con vino de Beaune, noche y día.

Esta broma hizo reír a la mujer pública, y Juan salió.

Dom Claudio solo tuvo tiempo para echarse al suelo, temiendo que su hermano le conociera; afortunadamente la calle estaba oscura, y el estudiante embriagado. Sin embargo, vio al arcediano tendido en tierra, pero no le conoció.

—He ahí alguien que debe haber pasado el día alegremente —dijo meneando con el pie a Dom Claudio, que contenía la respiración—. Se conoce que está bien harto de vino, y que es una verdadera sanguijuela caída de un tonel. Es calvo y viejo; *¡Fortunatæ senex!*

Dom Claudio le oyó que se alejaba enseguida, diciendo:

—Es igual; la razón es una gran cosa, y mi hermano el arcediano hace muy bien teniendo juicio y… dinero.

Levantose del suelo el arcediano, y corrió sin detenerse hasta Nuestra Señora, cuyas altas torres veía surgir en la oscuridad sobre las casas.

Cuando llegó jadeando a la plaza del Atrio, retrocedió y no se atrevió a levantar los ojos hacia el funesto edificio.

—¡Oh! —murmuró—; ¡es posible que haya pasado aquí semejante cosa hoy, esta mañana!…

Decidiose, por fin, a mirar la iglesia. La fachada estaba sombría; tras ella resplandecían en el cielo millares de estrellas. La luna en creciente, que acababa de elevarse en el horizonte, estaba detenida en aquel momento en el

remate de la torre de la derecha, y parecía posada como un ave luminosa en el borde de la balaustrada.

Estaba cerrada la puerta del claustro, pero el arcediano llevaba siempre la llave de la torre donde tenía el laboratorio, y se aprovechó de ella para entrar en la iglesia. Entró, y le pareció que reinaba allí la oscuridad y el silencio de una caverna. En las grandes sombras, que caían de todas partes en anchas masas, reconoció que aún no habían quitado las colgaduras negras de la ceremonia de la mañana. La gran cruz de plata brillaba en el fondo de las tinieblas, salpicada de ciertos puntos brillantes, como la vía láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por encima de las colgaduras fúnebres la extremidad superior de sus ojivas, cuyos cristales, atravesados por un rayo de luna, solo reflejaban los colores confusos de la noche, el violado, el blanco y el azul, cuyas tintas solo se ven en los rostros de los difuntos. El arcediano, al ver alrededor del coro los descoloridos picos de las ojivas, creyó ver mitras de obispos condenados; cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, creyó ver un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Entonces huyó, atravesando la iglesia, y le pareció que esta se movía, que se agitaba, que vivía, que cada macizo pilar se convertía en una pata colosal que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca catedral semejaba un elefante prodigioso, que respiraba y que andaba, teniendo por pies los pilares, las dos torres por trompas, y la gran colgadura negra por caparazón.

La fiebre o la locura crecieron en tal grado de intensidad en el arcediano, que el mundo exterior había llegado a ser para él un Apocalipsis visible, palpable, espantoso.

Al internarse en los claustros laterales, vio, detrás de un grupo de pilares, un resplandor rojizo que le atrajo. Dimanaba dicho resplandor de la lámpara que alumbraba noche y día el breviario público de Nuestra Señora. Se acercó con ansiedad al libro santo con la esperanza de encontrar en él algún consuelo o algún alivio. El libro estaba abierto por el pasaje de Job, y los ojos del arcediano leyeron:

> «Y pasando un espíritu por delante de mis ojos, el pelo de mi carne se erizó.»

Este pasaje causó en él el efecto que produce en un ciego que se punza con el palo que eligió para apoyarse: le flaquearon las rodillas, y cayó postrado sobre las losas, pensando en la que había muerto aquella mañana. Sintió pasar y dilatarse en su mente tantos vapores monstruosos, que le pareció que su cabeza se había convertido en una de las chimeneas del infierno.

Largo rato pasó así, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo el poder del demonio. Al fin recuperó algo las fuerzas, cuando pensó en ir a refugiarse en la torre cerca de su fiel Quasimodo. Se levantó, y como experimentaba miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Esto constituía un sacrilegio, pero no estaba el desdichado en el caso de fijarse en ello.

Subió lentamente la escalera de las torres, con el secreto espanto de que pudiera llegar la misteriosa luz de la lámpara hasta los escasos transeúntes de la plaza del Atrio, ascendiendo tan tarde de tronera en tronera hasta la cúspide del campanario.

De pronto sintió que le daba en la faz el aire fresco, y se encontró en la puerta de la galería más alta. El aire era frío; arrastraba grandes nubes, cuyas masas pasaban unas por encima de las otras, aplastándose en los ángulos y figurando el deshielo de un río en invierno. La luna, en medio de las nubes, parecía un navío celeste encallado entre los hielos del aire. Inclinó la vista, y contempló un momento por entre el enrejado de columnitas de una de las dos torres, y a través de una gasa de nieblas y de humo, las techumbres de París, puntiagudas, apiñadas e innumerables, como las olas de un mar tranquilo en una noche de verano.

La luna despedía débiles rayos, que teñían al cielo y a la tierra de color ceniciento. En aquel instante se oyó la voz aguda y cascada del reloj, que daba las doce. El sacerdote pensó en las doce del día, y creyó que volvía aquella hora terrible.

—¡Oh! —murmuró con voz casi imperceptible—; ¡ahora ya estará fría!

De pronto le apagó la lámpara una bocanada de viento, y casi al mismo tiempo vio aparecer, en el ángulo opuesto de la torre, una sombra, algo blanco como una forma, una mujer. Se estremeció. Al lado de aquella mujer iba una cabra, que confundía sus balidos con las últimas campanadas del reloj. La miró; ¡era ella! Estaba pálida y sombría; caían sus cabellos por la espalda, como por la mañana, pero no llevaba cuerda al cuello ni tenía las ma-

nos atadas. ¿Era libre, pero estaba muerta? Iba vestida de blanco y llevaba un velo blanco a la cabeza. Dirigíase hacia él lentamente y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguía. El arcediano se creyó convertido en piedra e imposibilitado de huir; sin embargo, a cada paso que ella daba hacia adelante, él daba uno hacia atrás; esto es todo lo más que podía hacer, y de este modo llegó a la oscura bóveda de la escalera. Le asustaba la idea de que ella acaso iba también a entrar allí; si entrara, el infeliz moriría de terror. Llegó, en efecto, delante de la puerta de la escalera, mas se detuvo algunos instantes; miró fijamente en la oscuridad, pero sin ver al sacerdote, sin duda, y pasó adelante. Parecióle al arcediano más alta que cuando vivía; vio la luna a través de su blanco velo, y oyó la respiración de Esmeralda…

Cuando esta pasó, Dom Claudio bajó la escalera con la misma lentitud que había observado en el espectro; creyose espectro él también, y enloquecido, con el pelo erizado, con la lámpara apagada, al bajar por la tortuosa escalera oía con claridad una voz burlona que repetía en sus oídos: «Y pasando un espíritu por delante de mí los pelos de mi carne se erizaron.»

II. Jorobado, tuerto, cojo

Todas las poblaciones de la Edad Media y hasta Luis XII, toda población de Francia tenía sus lugares de asilo. Estos lugares de asilo eran como unas islas que estaban por encima del nivel de la justicia humana, en medio del aluvión de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban las poblaciones. Se salvaba todo criminal que se refugiaba en uno de esos lugares; había en cada distrito tantos de estos como patíbulos. Era el abuso de la impunidad al lado del abuso de los suplicios, dos cosas malas que trataban de compensarse. El palacio de los reyes y de los príncipes, y las iglesias especialmente, gozaban del derecho de asilo. Algunas veces también se concedía este derecho temporalmente a una ciudad entera, cuando era necesario repoblarla: En 1467, Luis XI hizo a París lugar de asilo.

En cuanto un reo metía el pie en un lugar de asilo, era sagrado, pero era menester que se guardase bien de salir de allí; si daba un paso fuera de dicho santuario, ya no quedaba inmune. La rueda, la horca y la tortura hacían centinela en derredor del sitio de refugio, y espiaban, sin cesar, su presa, como los tiburones en torno del buque. Muchos reos encanecían así en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardín de una abadía o en el pórtico de una iglesia; de manera que, en este caso, el asilo era una prisión como otra cualquiera. Aconteció alguna vez que un decreto solemne del Parlamento violaba el asilo, y restituía el reo al verdugo, pero esto ocurría pocas veces. Los Parlamentos se incomodaban alguna vez con los obispos, y cuando estos dos poderes chocaban, la toga siempre perdía en sus rivalidades con la sotana. Otras veces, sin embargo, como en la causa de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de París, y en la de Emery Rousseau, asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por encima de la Iglesia, y seguía adelante con la ejecución de sus sentencias; pero a no ser por medio de decreto del Parlamento, ¡desgraciado del que violase el lugar de asilo! Sabido es cómo murieron Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y Juan de Chalons, mariscal de Champagne, y eso que solamente se trataba de Perrin Mare, mancebo de un cambista y miserable asesino; pero los dos mariscales derribaron las puertas de Saint-Mery, y eso era una enormidad.

Tal respeto inspiraban estos refugios, que, según cuenta la tradición, se lo infundía hasta a los animales. Aymoin cuenta que un ciervo, perseguido por Dagoberto, se refugió junto al sepulcro de San Dionisio, y la jauría se quedó parada y ladrando.

Las iglesias tenían preparada, por lo común, una celda para los suplicantes. En 1407, Nicolás Hamel hizo construir para tal objeto, sobre las bóvedas, en Saint-Jacques de la Boucherie, una estancia que le costó cuatro libras, seis sueldos y seis dineros parisíes.

El lugar de asilo de Nuestra Señora era una celdilla, establecida sobre los techados de las galerías, bajo los botareles, enfrente del claustro; precisamente en el sitio donde se ha improvisado, para su recreo, la mujer del actual conserje de las torres, un jardinillo, que es a los pensiles de Babilonia lo que una lechuga al lado de una palmera y una portera comparada con Semíramis.

Allí fue donde, después de la carrera desenfrenada y triunfante por las torres y las galerías, depositó Quasimodo a Esmeralda. Mientras duró aquel paseo, no pudo la joven recobrar sus sentidos; estaba medio aletargada, medio despierta; sentía vagamente que subía por el aire, que flotaba, que volaba, que algo la elevaba sobre la superficie de la tierra; de vez en cuando oía las sonoras carcajadas y la voz tonante de Quasimodo; entreabría los ojos, y entonces, debajo de ella, veía vagamente a París como un mosaico, rojo y azul, y encima de su cabeza el rostro horrible y alegre de Quasimodo. Entonces volvía a cerrar los ojos, creyendo que todo había terminado para ella, que la habían ahorcado durante su desmayo, y que el deforme genio que había presidido a su destino se había apoderado de ella y se la llevaba. No osaba mirarle y se dejaba conducir.

Pero cuando el campanero, rendido y jadeante, la depositó en la celda de refugio; cuando sintió que ásperas manos desataban, desanudaban la cuerda que la desollaba los brazos, recibió Esmeralda la sacudida que despierta sobresaltados a los pasajeros de un buque que encalla en medio de noche oscura; sus pensamientos se despertaron también, y volvieron uno a uno a su memoria. Conoció que estaba en Nuestra Señora; recordaron que la arrancaron de las manos del verdugo, que Febo vivía, que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, presentándose juntas a la pobre gitana, la hicieron volverse a Quasimodo, que estaba de pie delante de ella, y que la amedrentaba, y decirle:

—¿Por qué me habéis salvado?

Él la contemplaba con ansiedad, como tratando de adivinar por qué lo decía: repitió ella la pregunta, y entonces él, mirándola con amargura, desapareció.

Esmeralda se quedó atónita.

Algunos minutos después volvió Quasimodo trayendo un lío, que arrojó a los pies de la gitana. Contenía vestidos que dejaron para ella en los umbrales de la iglesia mujeres caritativas. Mirose ella entonces; se vio casi desnuda, y se ruborizó; su cuerpo volvía a la vida.

Pareció que algo de aquel pudor se comunicaba a Quasimodo: cubriose los ojos con su tosca mano, y se alejó por segunda vez, pero con lentitud.

Vistiose Esmeralda con rapidez aquellas ropas, que se reducían a un hábito blanco y un velo del mismo color, traje de novicia del Hotel-Dieu.

Acabada apenas de vestirse vio regresar a Quasimodo con una cesta en el brazo y un colchón debajo del otro: había en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Dejó la cesta en el suelo, y murmuró:

—Comed.

Extendió el colchón sobre las losas, y la dijo:

—Dormid.

El campanero le traía su cama y su comida. La gitana levantó los ojos para darle las gracias, pero no pudo articular una sola palabra. El pobre diablo era verdaderamente horrible. Ella inclinó la cabeza, estremeciéndose con terror.

Entonces él dijo:

—Os causo miedo. Soy muy feo, ¿verdad? No me miréis, pero escuchadme. Durante el día permaneceréis aquí, mas de noche podéis pasearos por la iglesia: pero no salgáis de ella ni de noche ni de día, porque os perderíais; os ahorcarían y yo moriría.

Levantó la gitana conmovida la cabeza para contestar a Quasimodo, pero este había ya desaparecido. Volvió a verse sola, pensando en las singulares palabras de aquel ser casi monstruoso, y asombrada del metal de su voz, que era ronca, y, sin embargo, dulce.

Después examinó la celda, que era una cámara de unos seis pies cuadrados, que tenía una ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado de la techumbre de piedra: muchas canales de figura de varios animales parecía que se inclinaban en torno de ella y que extendían el cuello para verla por la ventana.

Contemplaba a lo lejos mil chimeneas, coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre joven, sola en el mundo, condenada a muerte, desgraciada criatura sin patria, sin familia y sin hogar.

En el instante en que la idea de su aislamiento se le presentaba con tan tristes colores, notó que una cabeza vellosa y barbuda se deslizaba entre sus manos y sobre sus rodillas. Se estremeció (porque ya todo la asustaba);

miró y vio que era Djalí, la cabrita que se escapó detrás de ella, cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolne, que deseaba que la acariciase hacía ya mucho rato y que no pudiera obtener aún ni una mirada de su ama. La gitana la cubrió de besos.

—¡Pobre Djalí! —exclamaba—, ¡cómo pude olvidarte, cuando tú siempre te acuerdas de mí!… ¡Tú al menos no eres ingrata!

Diciendo esto, como si una mano invisible hubiera arrancado la válvula que comprimía las lágrimas en su corazón después de tanto tiempo, se puso a llorar, y a medida que fluía su llanto, sentía que este se llevaba lo más acre y lo más amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, la encontró tan hermosa y le pareció la luna tan suave, que salió a pasear por la alta galería que rodea a la iglesia y se encontró aliviada. ¡Tan serena le pareció la tierra contemplada desde aquella altura!

III. Sordo

Al abrir los ojos al día siguiente por la mañana conoció que había dormido y esto la asombró. ¡Hacía tanto tiempo que estaba acostumbrada a no conciliar el sueño! Un rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y le daba en el rostro; al mismo tiempo que vio el sol, vio también en la ventana algo que la aterró, la desgraciada figura de Quasimodo. Involuntariamente cerró los ojos, pero en vano; siempre creía estar viendo aquel rostro de gnomo, tuerto y mellado. Conservaba aún cerrados los ojos cuando escuchó una voz ruda que le decía con dulzura:

—No tengáis miedo; yo soy amigo vuestro. Vine temprano por veros dormir. No os sabe mal que venga a veros dormir, ¿verdad? ¿Qué os importa que esté aquí cuando tenéis los ojos cerrados? Ahora ya voy a marcharme; ya estoy tras la pared, ya podéis abrir los ojos.

Más triste era el acento con que pronunció estas palabras, que las palabras mismas. Conmovida la gitana, abrió los ojos. Quasimodo había desaparecido de la ventana. Asomóse Esmeralda y vio al pobre jorobado en un rincón en actitud dolorosa y resignada. La joven hizo un esfuerzo para vencer la repugnancia que su salvador la inspiraba y le dijo con dulzura: —Venid. Al notar que esta movía los labios, creyó Quasimodo que le arrojaba de allí y se marchó cojeando, muy despacio y con la cabeza gacha, sin atreverse a fijar en la joven la mirada, llena de desesperación. —Venid —le dijo otra vez. Pero él continuó alejándose. Entonces salió Esmeralda de la celda, se llegó hasta él y le cogió por el brazo. Al sentir este contacto, Quasimodo sintió temblar todo su cuerpo. Elevó el ojo suplicante y, al ver que ella le atraía, su fisonomía adquirió la expresión de la alegría y de la ternura: quiso la gitana que entrase en la celda, pero él se obstinó en permanecer en el umbral. —No, no —la contestó—; el búho no debe entrar en el nido de la alondra.

Sentóse la gitana graciosamente sobre el colchón y la cabra se echó a dormir a sus pies. Ambos quedaron inmóviles algunos instantes contemplando mudos, él tanta gracia y ella tanta fealdad. Cada momento descubría la gitana en él una nueva deformidad; al pasear las miradas desde las rodillas zambas hasta la espalda corcovada y desde esta hasta el ojo único, no comprendía que pudiese existir un ser tan contrahecho; pero como sobre aquella deformidad brillaba tanta tristeza y tanta dulzura, empezaba ya a acostumbrarse a ella.

Quasimodo rompió el silencio, preguntando:

—¿Me estabais diciendo que volviera?

La gitana le hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Lo preguntaba porque soy… sordo —dijo el jorobado.

—¡Pobrecillo! —murmuró la gitana con acento de sincera compasión.

Quasimodo se sonrió con tristeza.

—¿No es verdad que eso solo me faltaba? Soy sordo, soy horrible, ¿no es verdad?… ¡Y vos sois… tan hermosa!…

Revelaba el acento del jorobado un sentimiento tan hondo de su desgracia, que la joven no tuvo valor para decirle ni una sola palabra, aunque él

tampoco la hubiera oído.

—Jamás me ha chocado mi fealdad como ahora que me comparo con vos —prosiguió Quasimodo—. ¡Debo pareceros un monstruo! Vos sois el rayo de sol, la gota de rocío, el canto de un pájaro; yo soy algo horrible, ni hombre ni animal, algo sin nombre.

Quasimodo hizo una pausa, riéndose con risa que desgarraba el corazón. Después continuó:

—Soy sordo, pero habladme por medio de gestos o de señas; mi amo me habla así siempre; además, conoceré en breve vuestros deseos en las miradas y en el movimiento de los labios.

—Pues bien —le dijo ella sonriendo—, ¿por qué me habéis salvado?

Y al mismo tiempo le miraba fijamente.

—Lo he comprendido —le respondió el jorobado—. Me preguntáis por qué os he salvado. Os habíais olvidado de un miserable que intentó robaros una noche, de un desgraciado a quien al día siguiente socorristeis en la infame picota. La gota de agua y la compasión que tuvisteis de mí no las pago ni con la vida. Habíais olvidado a ese miserable, pero él se acordaba de vos.

La gitana escuchaba a Quasimodo con profundo enternecimiento; brilló una lágrima en el ojo del campanero, pero no cayó; le pareció quizá que era honroso para él el devorarla.

—Escuchad —añadió cuando ya no temió que se le escapase aquella lágrima—; aquí tenemos dos torres altísimas; el hombre que se tirase de ellas moriría antes de llegar al suelo; cuando queráis que yo me precipite desde arriba, no tenéis siquiera que pronunciar una palabra; una mirada vuestra me bastará.

Entonces Quasimodo se puso en pie para marcharse. Aquel ser extraordinario, a pesar de las desdichas de Esmeralda, despertaba aún en ella la compasión, y le hizo seña de que se quedase.

—No, no —contestó—, no debo permanecer aquí mucho tiempo. No me encuentro bien cuando me miráis; solo por lástima no apartáis los ojos de mí. Voy a otra parte donde podré veros sin que me veáis. Eso es lo mejor.

Sacó del bolsillo un silbato de metal y la dijo:

—Tomad; cuando me necesitéis, cuando queráis que me presente, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad, que yo oigo ese silbido.

Dejó el silbato en el suelo y se fue.

IV. Arcilla y cristal

Pasaban los días, y poco a poco renacía la serenidad en el alma de Esmeralda. El exceso del dolor, como el exceso del placer, son violentos y no pueden durar mucho. El corazón del hombre no puede permanecer mucho tiempo en ninguna de esas dos actitudes. La gitana había sufrido tanto, que ya solo la quedaba el asombro de lo que había padecido.

Al verse segura recuperó la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero comprendía vagamente que quizás no le sería imposible volver a entrar en ellas: era como una muerta que tuviese de reserva una llave de su tumba.

Veía que huían de ella lentamente las imágenes terribles que tanto tiempo la persiguieron. Los fantasmas repugnantes de Pierrat Torterne y Jaime Charmolne se desvanecieron de su imaginación; hasta se olvidaba del mismo sacerdote.

Además, estaba segura de que Febo vivía, porque ella le había visto, y su vida era el vivir para ella. Después de la serie de sacudidas fatales que todo lo había destruido en ella, solo encontraba vivo en su alma un sentimiento: el amor que profesaba al capitán; porque el amor es igual que el árbol; crece por sí solo, hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y a veces sobrevive verde y lozano en un corazón hecho ruinas; y es lo más inexplicable que la pasión es más tenaz cuanto es más ciega, y jamás es más sólida que cuando no tiene razón de ser.

Cierto es que Esmeralda pensaba con tristeza en el capitán; cierto es que creía a veces que él fue engañado y creyera que ella había sido la asesina, que le diera puñalada mortal precisamente quien era capaz de sacrificar mil

vidas por él. Pero si esto creía Febo, era disculpable; ¿ella no confesó su *crimen*? ¿No fue débil mujer y la hizo declarar el martirio del tormento? Ella, pues, era inocente, porque debió antes dejarse arrancar las uñas que semejante falsa confesión. Pero si por fin conseguía ver a Febo una sola vez, un solo minuto, sería suficiente una palabra suya para desengañarle y para atraérselo; así lo creía. Aturdíanla además otros sucesos: la casualidad de la presencia de Febo el día de la pública retractación junto a aquella hermosa joven, que era sin duda su hermana; explicación infundada que ella se daba a sí misma, pero que la convencía porque tenía necesidad de creer que Febo la amaba y que este no quería a nadie más que a ella. ¿No se lo juró así? ¿Qué más necesitaba la infeliz, siendo tan cándida y tan crédula? Además, en este deplorable acontecimiento, las apariencias más la culpaban a ella que a él, y Esmeralda no perdía la esperanza de rehabilitarse a sus ojos.

Añádase a todo esto que la iglesia, la vasta catedral que la circuía por todas partes, que la protegía y que la salvaba, era para ella un soberano calmante. Las líneas severas de su arquitectura, la actitud religiosa de los objetos que rodeaban a Esmeralda, los pensamientos piadosos y tranquilos que transpiraban, por decirlo así, todas aquellas piedras, ejercían sobre ella poderoso influjo. El edificio tenía además ecos tan llenos de religión y de majestad, que mitigaban como un bálsamo los dolores de su alma enferma. El canto monótono de los oficiantes, las oraciones del pueblo, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el órgano resonando como cien trompetas, los tres campanarios zumbando cual tres colmenas de colosales abejas, toda aquella orquesta sobre la cual saltaba una armonía gigantesca que subía y bajaba sin cesar del gentío hasta el campanario, amortiguaba su memoria, su imaginación y su dolor. Las campanas, sobre todo, la conmovían; derramaban sobre ella las oleadas de una especie de magnetismo.

Cada nuevo sol que nacía estaba más serena, menos pálida y respiraba mejor. A medida que se cerraban sus llagas espirituales, volvían a florecer en su semblante la gracia y la hermosura, pero más serias, más reposadas. Volvía a recobrar su antiguo carácter, parte de su alegría, el gracioso mohín, el afecto a la cabra, la afición a cantar y el pudor. Se vestía por las mañanas en el rincón de la celda para que no la pudiese ver por la ventana algún habitante de las buhardillas próximas.

Cuando el recuerdo de Febo la dejaba tiempo, pensaba la joven algunas veces en Quasimodo; él era el único lazo, la única relación, la única comunicación que le ligaba con los hombres, con los vivos. La desdichada estaba aún más separada del mundo que Quasimodo. No sabía qué pensar del extravagante amigo que la deparó la casualidad. Muchas veces se reprochaba que la gratitud no fuera suficiente para hacerla cerrar los ojos: pero la era imposible acostumbrarse al desgraciado campanero: era demasiado feo.

Dejó en el suelo el silbato que la entregó Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase a veces en la celda durante los primeros días. Hacía la gitana los mayores esfuerzos para no apartar la vista con repugnancia cuando la traía la cesta de las provisiones y el cántaro del agua, pero él notaba el menor movimiento que lo indicaba, y entonces se iba muy triste.

Llegó una vez cuando Esmeralda acariciaba a Djalí. Permaneció algunos momentos pensativo ante el interesante grupo que ofrecían la gitana y la cabra, y al fin dijo, sacudiendo la pesada y monstruosa cabeza:

—Mi desgracia consiste en parecerme demasiado al hombre; preferiría ser animal como esa cabra.

Fijó en él la gitana los ojos asombrados, a lo que Quasimodo respondió:

—¡Oh! Yo bien sé por qué.

Y se marchó.

En otra ocasión se presentó a la puerta de la celda (no entraba nunca) en el momento en que Esmeralda cantaba una antigua balada española, cuya letra no comprendía pero cuya música no olvidaba, porque las gitanas, cantándola, la mecieron en la cuna. A la vista del monstruo, que la sorprendió cuando entonaba la canción, la joven calló, haciendo involuntario gesto de espanto. El desdichado campanero cayó de rodillas en el umbral de la puerta, y con ademán suplicante, juntando las descomunales manos, la dijo dolorosamente:

—Os ruego que continuéis y que no me despidáis.

Ella no quiso afligirle más, y trémula prosiguió cantando; su miedo se disipó poco a poco, y acabó por entregarse por completo a la impresión del aire melancólico y suave que cantaba. Quasimodo permanecía postrado, con

las manos cruzadas, en éxtasis, atento, respirando apenas, fija la vista en las brillantes pupilas de la gitana, como si oyese la canción por sus ojos.

Otra vez, llegóse hasta ella el campanero y la dijo, indeciso y tímido:

—Escuchadme; tengo que deciros una cosa.

La gitana le indicó que le escuchaba, y entonces Quasimodo empezó a suspirar, entreabrió los labios, como si intentara hablar, pero hizo con la cabeza un movimiento negativo y se retiró con lentitud, con la mano apoyada en la frente y dejando atónita a la gitana.

Entre los personajes grotescos, esculpidos en la pared, había uno al cual Quasimodo profesaba afecto especial y con el que solía con frecuencia cambiar miradas fraternales. En cierta ocasión oyó la gitana que le decía:

—Quisiera ser de piedra como tú.

Una mañana Esmeralda estaba mirando a la plaza por encima de la aguda techumbre de Saint-Jean-le-Rond. Quasimodo se hallaba también allí detrás de ella, colocándose así por su propia voluntad, con el objeto de evitarla quizá el disgusto de que ella le viese. De pronto estremecióse la gitana: un rayo de alegría y una lágrima brillaron a la par en sus ojos; se arrodilló y extendió los brazos con angustia hacia la plaza, gritando:

—¡Febo! ¡Ven! ¡Ven! ¡Una palabra, una sola palabra por el amor de Dios! ¡Febo! ¡Febo!

Su voz, su ademán, toda su persona tenían la expresión desgarradora del náufrago que llama con desesperación al hermoso buque que pasa a lo lejos. Quasimodo miró hacia la plaza y vio que el objeto de aquella tierna y ferviente súplica era un joven, un capitán, un gallardo jinete, reluciente de armas y de adornos, que pasaba caracoleando por el centro de la plaza y saludaba con su sombrero empenachado a una hermosa dama que estaba asomada a un balcón y se sonreía; pero el oficial no oía a la desgraciada que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Pero, sin embargo, el sordo la oía. Profundo suspiro agitó el pecho de Quasimodo y hubo de apartar la cara; su corazón estaba lleno de lágrimas que devoraba; chocó contra la cabeza los puños convulsos, y cuando los retiró, tenía en cada uno un mechón de cabellos rojos.

La gitana no le hacía caso; él decía en voz baja y rechinando los dientes:

—¡Maldición! ¡Así hay que ser! ¡Basta ser hermoso por fuera!

Entretanto la gitana continuaba arrodillada y repetía con extraña agitación:

—¡Ahora se apea del caballo! ¡Va a entrar en aquella casa! ¡Febo! ¡No me oye! ¡Febo!… ¡Qué mala debe ser esa mujer que le habla al mismo tiempo que yo! ¡Febo! ¡Febo!

El sordo la miraba y comprendía esa pantomima. El ojo del pobre campanero se arrasaba en lágrimas, pero no dejaba caer ninguna. De pronto tiró a Esmeralda de la manga. Volvióse esta y él la dijo con serenidad:

—¿Queréis que vaya a buscarle?

Lanzó ella un grito de júbilo y exclamó:

—¡Oh, sí! ¡Corre! ¡Corre! ¡Tráeme al capitán! ¡Tráemelo y yo te amaré!…

Diciendo esto abrazaba las rodillas de Quasimodo, y este, sacudiendo la cabeza, dijo con voz apagada:

—Voy a buscarle.

Luego volvió la cara y, ahogado por los sollozos, salió corriendo a la escalera. Cuando llegó a la plaza solamente vio el caballo atado a la puerta de la casa Goudelaurier: el capitán acababa de entrar allí.

Levantó la vista hacia la iglesia y vio a Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. La hizo triste seña con la cabeza; después se apoyó en uno de los poyos del portal Goudelaurier y pensó esperarse a que saliera el capitán.

Era en dicha casa uno de los días de gala que preceden a las bodas. Quasimodo vio entrar mucha gente, mas no vio salir a nadie. De vez en cuando miraba hacia arriba y la gitana continuaba inmóvil como él. Llegó un palafrenero, desató el caballo y lo condujo a la cuadra de la casa.

Así se pasó todo el día: Quasimodo apoyado en una esquina, Esmeralda en su puesto de la iglesia y Febo acaso a los pies de Flor de Lis.

Por fin llegó la noche, noche lóbrega, sin luna. En vano fijaba ya Quasimodo su ojo único en Esmeralda; solo veía una forma blanca y luego nada;

todo se borró, todo era negro.

Quasimodo vio que se iluminaban todas las ventanas de la casa Goudelaurier; vio iluminarse una tras otra todas las demás ventanas de la plaza; violas también apagarse hasta la última, pues permaneció apostado allí toda la noche. Pero el capitán no salía. Cuando ya nadie pasaba por la plaza, cuando se apagaron todas las luces de las ventanas, quedó Quasimodo enteramente solo y en la oscuridad; entonces no había una sola luz en el atrio de Nuestra Señora.

Sin embargo, las ventanas de la casa Goudelaurier permanecieron alumbradas pasadas las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veía pasar por detrás de los vidrios de colores muchas sombras, que se movían y bailaban. Si no hubiese sido sordo, a medida que se iba apagando el rumor de la ciudad hubiese oído cada vez con más claridad en el interior de aquella casa ruido de fiesta, de risas y de música.

Hacia la una de la mañana los convidados comenzaron a retirarse. Quasimodo, en la oscuridad, los veía salir a todos por el portal iluminado por antorchas; pero ninguno de ellos era el capitán.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos, y miraba muchas veces al cielo, como hace el que se fastidia. Grandes nubes negras, pesadas, hendidas y agujereadas, pendían, como hamacas de crespón, de la estrellada cúpula de la noche.

Quasimodo vio que se abrían de pronto misteriosamente las puertas vidrieras del balcón, cuya balaustrada de piedra se recortaba por encima de su cabeza. Dicha puerta dejó paso a dos personas, detrás de las que se cerró pausadamente; aquellas personas eran un hombre y una mujer. Fácilmente reconoció Quasimodo, en el hombre al gallardo capitán y en la mujer a la hermosa dama que viera por la mañana dar la bienvenida al oficial desde lo alto del mismo balcón. Este vestía completamente oscuro y la doble colgadura carmesí, que cayó detrás de la puerta en el momento mismo de cerrarse, no dejaba llegar hasta el balcón la luz de la cámara.

El joven y la doncella, según el parecer del pobre sordo, que no oía lo que hablaban, se entregaban a amorosísima conferencia. La joven parecía haberle permitido al oficial ceñirle la cintura con el brazo y se resistía con suavidad a recibir un beso.

Presenciaba Quasimodo esta escena, tanto más digna de verse cuanto que no pasaba para ser vista, y miraba el desdichado aquella felicidad y aquella belleza con amargura. Al fin y al cabo no era insensible la Naturaleza en el pobre diablo, y su columna vertebral, torcida y contrahecha, no era por eso menos sensible que la de los demás hombres. Pensaba que la Providencia había sido muy injusta con él, porque veía pasar ante su vista las mujeres, el amor y el deleite, condenado a no gozar nunca y a presenciar la felicidad ajena. Pero lo que más le lastimaba del susodicho espectáculo, lo que mezclaba la indignación a su despecho, era el pensar lo que debía sufrir la gitana si lo veía. Verdad es que era noche muy oscura, y que si Esmeralda permanecía aún en el mismo sitio, estaba muy alto y a lo más podía divisar la pareja del balcón. Esto le consolaba.

Entretanto, la conversación de los dos jóvenes era más animada cada vez. La dama parecía rogar al oficial que no le pidiese nada más… De todo ello solo adivinaba Quasimodo las lindas manos juntas, las sonrisas mezcladas con lágrimas, los ojos de la joven mirando hacia las estrellas y los ojos del capitán ardientemente clavados en su prometida.

Por fortuna para la joven, que empezaba a luchar débilmente, la puerta del balcón se abrió de repente y apareció en él una anciana; la hermosa se quedó turbada, el oficial despechado, y los tres volvieron a entrar en las habitaciones.

Un instante después, un caballo piafó en el portal, y el capitán, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente por delante de Quasimodo. Dejóle el campanero doblar la esquina de la calle, y luego echó a correr tras él con su agilidad de mono, gritándole:

—¡Eh! ¡Capitán!

Febo se paró.

—¿Qué querrá de mí ese tunante? —exclamó al distinguir en la oscuridad aquella figura extraña que corría hacia él cojeando.

Entretanto Quasimodo se acercó al capitán y cogió las riendas del caballo.

—Seguidme, capitán —dijo—: aquí cerca una persona quiere hablaros.

—¡Rayos y truenos! —refunfuñó Febo—; ¿dónde he visto este ridículo pajarraco? A ver si sueltas las riendas del caballo.

—¿No me preguntáis quién desea hablaros?

—Digo que sueltes el caballo —repitió Febo impaciente—. ¿Qué quiere este bellaco que detiene mi rocín?

Quasimodo, en vez de soltar las riendas del caballo, se disponía a hacerle dar la vuelta. No entendiendo la resistencia del capitán, se apresuró a decirle:

—Venid, que os espera una mujer.

Y haciendo un esfuerzo añadió:

—Una mujer que os ama.

—¡Vaya un pillete que me cree obligado a ir a casa de las mujeres que me aman o que me dicen que me aman. ¿Y si se parece a ti, cara de mochuelo? ¡Di a la que te envía que me voy a casar y que se vaya al infierno!

—Escuchad, capitán —gritó Quasimodo, creyendo que con una sola palabra vencería su vacilación—. Es la gitana que ya conocéis.

Estas palabras produjeron gran impresión al capitán, pero no la que Quasimodo esperaba. Recordará el lector que el galante oficial se retiró del balcón con Flor de Lis algunos momentos antes de que el jorobado salvase a Esmeralda de las manos de maese Charmolne. Desde aquel punto había tenido gran cuidado de no volver a hablar nunca en la casa Goudelaurier de dicha mujer, cuyo recuerdo le era penoso, y Flor de Lis se abstuvo de decirle que Esmeralda vivía. Febo, pues, la creía muerta hacía ya cerca de dos meses. Añádase a esto que al capitán le llamaba la atención, en medio de la oscuridad de la noche, la fealdad horrible y la voz sepulcral del extraño mensajero, y pensó que la calle estaba entonces desierta como la noche que encontró al fantasma, y en que su caballo resoplaba al mirar a Quasimodo.

—¡La gitana! —murmuró aterrado—; ¿vienes acaso del otro mundo?

Diciendo esto, el capitán llevó la mano a la empuñadura de la daga.

—¡Vamos! ¡Vamos! —siguió el sordo, forcejeando por detener el caballo —; ¡vamos por aquí!

Febo le asestó en el pecho un vigoroso puntapié; brotaron llamas del ojo de Quasimodo, e hizo un ademán para arrojarse sobre el capitán; pero luego, refrenándose, exclamó:

—¡Dichoso sois en tener quien os ame!

Recalcó el campanero la palabra *quien*, y soltando las riendas del caballo, le dijo:

—¡Vete!

Febo le metió las espuelas, y se alejó lanzando mil juramentos. Quasimodo le vio perderse en la oscuridad, diciéndose en voz baja: —¡Rehusar lo que yo le proponía!

Volvió a Nuestra Señora, encendió su lámpara, y subió a la torre. La gitana permanecía aún en el mismo sitio. Apenas le vio, corrió hacia él.

—¡Solo!… —exclamó, juntando dolorosamente sus blancas manos.

—No le he podido encontrar —dijo fríamente Quasimodo.

—Debisteis esperarle toda la noche —repuso ella enfurecida.

—Otra vez espiaré mejor —contestó el jorobado bajando la cabeza ante el ademán de cólera y de reconvención de la gitana.

—¡Vete! —exclamó esta.

Quasimodo la obedeció. La gitana estaba descontenta de él, y este prefería que le maltratase a afligirla; guardaba para él todo el dolor.

Desde aquel día la gitana no volvió ya a ver al jorobado: este cesó de ir a la celda. A veces entreveía en lo alto de una de las torres el rostro del campanero, melancólicamente fijo en ella, pero en cuanto era visto desaparecía. Poco la afligía en verdad la ausencia de Quasimodo; al contrario, se regocijaba en el fondo del alma, y él, respecto a esto, no se hacía ilusiones.

A pesar de no verle, sentía la presencia de un genio protector que velaba por ella; durante su sueño, una mano invisible renovaba las provisiones. Cierta mañana encontró en el alféizar de la ventana una jaula con pájaros. Había en la parte alta de la celda una escultura que amedrentaba a la gitana, y se lo había confesado a Quasimodo. Al levantarse aquella mañana la escultura estaba hecha pedazos; el que trepó hasta ella, debió arriesgar la vida.

Algunas veces oía una voz bajo el alero del campanario, que entonaba como para adormirla una canción triste y extraña, con versos como puede hacerlos un sordo:

No mires el rostro, niña;
niña, mira el corazón,
que hay mancebo gentil de faz deforme
y corazones donde no hay amor.

El pino no es hermoso
como el álamo lo es, mas este pierde
su precioso ramaje en el invierno,
y el pino lo conserva siempre verde.

El cuervo vuela de día,
el búho en la noche negra
alza el vuelo, pero el cisne
de día y de noche vuela.

Una mañana, al despertarse, halló en la ventana dos vasos llenos de flores; uno era de vidrio hermoso y brillante, pero estaba rajado; se había salido el agua, y las flores estaban marchitas; el otro era una maceta de arcilla, basta y común, pero que retenía el agua, y cuyas flores se conservaban frescas y lozanas.

Ignoramos si Esmeralda lo hizo intencionadamente; lo cierto es que cogió el ramo marchito, y lo lució en el pecho todo el día; aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

No debió fijarse, porque pasaba los días acariciando a Djalí, espiando la puerta de la casa Goudelaurier, pensando en Febo, y desmigajando pan para las golondrinas.

Corriendo el tiempo dejó de ver y oír a Quasimodo. Parecía que el pobre sordo no estuviese ya en la iglesia. Sin embargo, una noche, que no dormía pensando en su gallardo capitán, oyó suspirar cerca de su celda. Levantóse sobresaltada, y vio, a la luz de la luna, una masa tendida al través ante la puerta. Era Quasimodo que dormía allí sobre las piedras.

V. La llave de la puerta roja

El rumor público hizo saber al arcediano el modo milagroso cómo la gitana se salvó; cuando recibió esta noticia experimentó una extraña sensación. Habíase ya conformado con la muerte de Esmeralda, y se había tranquilizado después de haber llegado al límite posible del dolor. El corazón humano (Dom Claudio había meditado sobre esto), solo puede contener cierta dosis de desesperación; cuando está bien empapada la esponja, el mar entero pasa por encima de ella sin hacerla recoger ni una gota más. Muerta Esmeralda, la esponja estaba empapada, y todo había terminado en el mundo ya para el arcediano; pero saber que ella vivía y Febo también, era para Dom Claudio reanudar las torturas, las sacudidas, las alternativas, la vida.

Cuando supo esta noticia, se encerró en su celda del claustro, y no volvió a presentarse ni en las visitas particulares, ni en los oficios, cerrando a todos la puerta, hasta al obispo. Así permaneció muchas semanas, y se le creyó enfermo; en efecto, lo estaba.

¿Por qué se ocultaba? ¿Qué pensamientos le consumían? ¿Luchaba por última vez con su funesta pasión? ¿Combinaba un nuevo plan de muerte para ella, y de perdición para él?

Su hermano Juan, su niño mimado, fue una vez a la celda; llamó, porfió, juró, gritó su nombre diez veces, pero Dom Claudio no le abrió.

Pasaba días enteros pegado el rostro a los vidrios de su ventana; desde allí veía la celda de Esmeralda; la veía con frecuencia con la cabra, y a veces con Quasimodo. Observaba que la guardaba muchas atenciones el horrible sordo, y que dispensaba modales delicados y sumisos con ella. Se acordaba, porque tenía buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos, recordaba la mirada extraña que el campanero dirigió a la gitana cierta tarde. Preguntábase qué motivo pudo tener el campanero para salvarla. Fue testigo de muchas escenas entre este y la gitana, cuya mímica, vista de lejos y comentada por su pasión, le pareció muy tierna. Desconfiaba de la singularidad de las mujeres, y… sintió confusamente despertarse en él unos celos que jamás esperaba experimentar; unos celos que le ruborizaban de ver-

güenza y de indignación. ¡Tenerlos del capitán era lógico, pero de Quasimodo!… Este pensamiento le enloquecía.

Pasaba noches horribles. Desde que supo que la joven vivía, las frías ideas de espectro y de tumba, que le persiguieron todo un día, se fueron esfumando, y la carne volvió a punzarle otra vez. Revolcábase el mísero, pensando que estaba tan cerca de él la hermosa joven.

Cada noche su imaginación excitada le representaba a Esmeralda en las actitudes que más hicieron hervir la sangre de sus venas. Veíala tendida junto al capitán herido de muerte, con los ojos cerrados, con la hermosa garganta llena de la sangre de Febo, en el momento feliz en que el arcediano imprimió sobre sus labios pálidos aquel beso, que la desgraciada, aunque medio muerta, sintió que la quemaba. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, al dejar el pie descubierto, al ajustar el borceguí con tornillos de hierro; veía su pierna fina y redonda, su ágil y blanca rodilla. Veíala, en fin, en camisa, con la cuerda al cuello, medio desnuda, como la contempló el último día; y esas imágenes voluptuosas le hacían crispar las manos y sentir escalofríos a lo largo de sus vértebras.

Una noche entre otras, estas voluptuosas imágenes inflamaron a tal punto la sangre de sus venas, que mordió la almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa, y salió de la celda, con la lámpara en la mano, medio desnudo, delirante, lanzando fuego por los ojos.

Sabía dónde había de encontrar la llave de la puerta roja que comunicaba el claustro con la iglesia, y siempre llevaba consigo, conforme dijimos, una llave de las escaleras de las torres.

VI. Continuación de la llave de la puerta roja

Aquella noche se durmió Esmeralda en su celda, entregada a la esperanza de sueños dulces; dormía ya largo rato, soñando, como de costumbre, con Febo, cuando le pareció que oía ruido cerca de ella; tenía el sueño ligero e

inquieto, sueño de pájaro. Abrió los ojos, y aunque la noche estaba oscura, distinguió en la ventana un rostro que la miraba, porque una lámpara alumbraba esta aparición: en cuanto esta advirtió que Esmeralda le miraba, aquel rostro dio un soplo a la luz, pero tuvo tiempo la gitana para entreverle, y sus párpados se cerraron con espanto.

—¡Ay! —exclamó aterrorizada—; ¡el sacerdote!

Sus pasadas desgracias acudieron a su imaginación instantáneamente, y cayó en el lecho fría, helada.

Un instante después sintió que la tocaban, lo que la hizo estremecer de tal modo, que furiosa se incorporó sobre la cama. Él se había deslizado junto a ella, y la ceñía con entrambos brazos. Esmeralda quiso gritar, y no pudo.

—¡Vete, monstruo! ¡Vete, asesino! —exclamó al fin con voz trémula y llena de cólera y de espanto.

—¡Ten piedad! ¡Ten compasión de mí! —murmuró el sacerdote.

Ella le sujetó por los escasos cabellos que le quedaban en la cabeza, con las dos manos, y se esforzó por esquivar sus besos, como si fuesen mordeduras.

—¡Si comprendieses la fuerza del amor que por ti siento! ¡Este amor es fuego y plomo derretido!

El arcediano sujetó los brazos de la joven con un vigor sobrehumano, y ella gritó desesperada:

—¡Suéltame, o te escupo la cara!

Él la soltó.

—Pégame, enviléceme, haz cuanto quieras de mí; pero ¡tenme compasión, y ámame!

Entonces la joven le pegó con el furor de un niño, diciéndole:

—¡Vete, demonio!

—¡Ámame! ¡Ámame! —gritaba el insensato, respondiendo a sus golpes con caricias.

De pronto se creyó más fuerte que ella, y dijo rechinando los dientes:

—¡Es preciso acabar!

Estaba ya Esmeralda subyugada, palpitante y rendida de cansancio.

Hizo el postrer esfuerzo, y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí!…

Pero nadie acudía: solamente despertó Djalí, que balaba con angustia.

—¡Cállate! —decía el clérigo sin aliento.

De repente, al forcejear y al arrastrarse por el suelo, tropezó la muchacha con un objeto frío y metálico: era el silbato de Quasimodo. Tomólo como a su última esperanza, se lo acercó a los labios, y silbó con toda la fuerza que le quedaba. El silbato produjo un silbido claro, agudo y penetrante.

—¿Qué es eso? —la preguntó el sacerdote.

Casi en el mismo punto sintió este que unos brazos vigorosos le levantaron en lo alto. Como la celda estaba en tinieblas, no pudo conocer al que así se apoderó de él; pero oyó rechinar unos dientes de rabia, y había en aquella oscuridad la luz suficiente para ver brillar por encima de su cabeza la larga hoja de un puñal.

El sacerdote creyó conocer a Quasimodo, suponiendo que no podía ser más que él, y acordándose de haber tropezado al entrar con un cuerpo tendido a la parte de fuera de la puerta de la celda. Pero como el recién venido no hablaba, no sabía qué pensar. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando: —¡Quasimodo!—porque en aquel momento olvidaba que este era sordo.

Instantáneamente el arcediano rodó por el suelo, y sintió que una rodilla de hierro se apoyaba contra su pecho; por la presión angulosa de aquella rodilla reconoció a Quasimodo; ¿pero qué hacer? ¿cómo darse a conocer, cuando la oscuridad convertía al sordo en ciego?

Estaba perdido. Esmeralda, sin compasión para él, como una tigre irritada, no intervenía para salvarle. El puñal se acercaba a la cabeza del arcediano. El momento era crítico. De pronto su adversario pareció que titubeaba. —¡Que no caiga sangre sobre ella! —dijo con sorda voz.

Esta voz era, en efecto, de Quasimodo.

Sintió entonces Dom Claudio que le sacaban de la celda, arrastrándole por los pies; allí era, sin duda, donde debía morir. Afortunadamente para él, pocos momentos antes salió la luna. En cuanto franquearon la puerta de la celda, su blanco resplandor alumbró el rostro del arcediano. Quasimodo le miró con fijeza, tembló, soltó al sacerdote, y retrocedió.

La gitana, que se asomara a la puerta, vio, sorprendida, los papeles trocados bruscamente. Amenazaba Dom Claudio y rogaba Quasimodo; el primero descargaba su cólera contra el segundo en furiosas reconvenciones, y le hizo seña de que se retirase. El campanero inclinó la cabeza, y fue a ponerse de rodillas delante de la puerta de la gitana, diciendo con voz firme:

—Señor, matadme antes; después haréis lo que queráis.

Hablando así ofreció el puñal al sacerdote, y este, fuera de sí, se arrojó sobre dicha arma; pero Esmeralda fue más ligera que él; arrancó el puñal de la mano de Quasimodo, y exclamó, soltando burlona carcajada:

—¡Acércate ahora!

La gitana tenía en alto el puñal; Dom Claudio titubeó, porque comprendía que ella se lo hubiera clavado en el corazón.

—¡Ya no te atreves a acercarte, cobarde!

Luego, con expresión cruel, y segura de clavar hierros candentes en el corazón del clérigo, le dijo:

—¡Ya sé que mi adorado Febo no ha muerto, ya sé que vive!

El arcediano, de un puntapié, tiró al suelo a Quasimodo, y temblando de rabia ganó la bóveda de la escalera.

Cuando se hubo marchado, el campanero se levantó, y recogió el silbato que acababa de salvar a la gitana.

—Ya empezaba a enmohecerse —dijo devolviéndoselo.

Después dejó sola a Esmeralda.

La joven, después de tan violenta escena, cayó fatigada sobre el lecho, llorando y sollozando.

Su horizonte volvía a oscurecerse.

El arcediano regresó a su celda a tientas. Estaba furioso. No cabía ya ninguna duda, estaba celoso de Quasimodo. Y penetró pensativo en su celda, repitiendo estas fatales palabras:

—¡Ninguno la poseerá!

Libro décimo

I. A Gringoire le ocurren muchas ideas felices, una tras otra, en la calle de los Bernardinos

En cuanto Pedro Gringoire vio el aspecto que tomaba el proceso de Esmeralda, y comprendió que habría soga, ahorcamiento y otros desaguisados para los principales personajes del drama, procuró no mezclarse en él. Los truhanes, entre los que aún permanecía, considerando que en último resultado eran la mejor compañía de París, continuaban interesándose por la gitana, y esto le pareció lógico en gentes que no tenían, como ella, otra perspectiva que Charmolne y Torterne, y que no se remontaban, como él, por las regiones imaginarias entre las dos alas del caballo Pegaso. Supo por ellos que su esposa, la del cántaro roto, se había refugiado en Nuestra Señora, de lo que se alegró muchísimo, pero no le dieron tentaciones de ir a verla: se acordaba algunas veces de la cabra pero nada más.

Durante el día ejecutaba habilidades hercúleas para vivir, y trabajaba de noche componiendo un folleto contra el obispo de París, porque no olvidaba que le inundaron las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase, además, en comentar la hermosa obra de Baudry le Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *De cupapetrarum*, la cual le inspiró afición violenta a la arquitectura, afición que reemplazó en él a la pasión por el hermetismo, de la que, por otra parte, solo era consecuencia natural, pues existe relación

íntima entre la hermética y el arte de construir. Gringoire pasó, pues, del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Cierto día se paró junto a Saint-Germain l'Auxrois, en la esquina de una casa que se llamaba le-For-le-Eveque, que se hallaba frente a otra que se llamaba le-For-le-Roi. Había en el castillo del obispo una belísima capilla del siglo XIV, cuyo ábside daba sobre la calle. Gringoire examinaba con gran atención las esculturas exteriores, disfrutando de uno de esos momentos de fruición egoísta y suprema, en los que el artista solo vive en el mundo del arte, cuando sintió de pronto posarse con gravedad una mano sobre su hombro; volvió la cara, y se halló con su antiguo amigo, con su antiguo maestro el señor arcediano de Josas.

Quedóse estupefacto el buen Gringoire: hacía tiempo que no viera a Dom Claudio, y este era uno de esos hombres solemnes y apasionados, cuya presencia trastorna siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

Calló algunos instantes el arcediano; mientras, tuvo tiempo Gringoire para examinarle a sus anchas. Le encontró muy cambiado, muy pálido, con los ojos hundidos y el pelo casi blanco. Al fin el sacerdote habló con tono sereno, pero glacial:

—¿Cómo va de salud, maese Pedro?

—¿De salud? Así, así, medianeja, pero bien en general. En nada me excedo, ya lo sabéis; el secreto de disfrutar excelente salud es, según Hipócrates: *Id est; cibi putos, somni, venus, omnia moderata sint*.

—¿Conque nada os preocupa, maese Pedro?

—A fe mía que no.

—¿Qué hacéis ahora?

—Ya lo veis; examino la labor de estas piedras, y la manera cómo está ejecutado este bajo relieve.

El clérigo se sonrió con una de esas sonrisas amargas que solo pliegan una de las extremidades de la boca.

—¿Y eso os divierte? —le preguntó.

—Esto es para mí el Paraíso —exclamó Gringoire.

E inclinándose hacia las esculturas con el aire de inteligente, añadió:

—¿No encontráis, *verbi gracia*, que esta metamorfosis de relieve está ejecutada con gran paciencia, mucha destreza y mucho primor? Mirad esta columnita. ¿Alrededor de qué capitel habéis visto hojas más tiernas y que más haya cuidado el cincel? Aquí tenéis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son, por cierto, las mejores de ese gran genio: sin embargo, la naturalidad, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues, y esa gracia especial que se confunde con sus defectos, hacen a esas figuras hermosas y muy delicadas, acaso demasiado. ¿No os parece deliciosa esta contemplación?

—Seguramente —contestó el sacerdote.

—¡Pues si vierais el interior de la capilla! —añadió el poeta en su lenguaraz entusiasmo—. Está llena de esculturas; todo en ello es tierno como el cogollo de una col. La ábside es de forma extremadamente religiosa y tan particular como no he visto otra.

—¡Luego sois feliz! —replicó Dom Claudio interrumpiéndole.

—Por lo menos vivo satisfecho; primero amé a las mujeres, después a los animales y ahora a las piedras, que son tan entretenidas como las mujeres y los animales y mucho menos pérfidas.

Pasóse el arcediano la mano por la frente, que era su movimiento habitual, y exclamó:

—¡Es verdad!

—Cada cual goza a su manera, maestro —le dijo Gringoire cogiendo al sacerdote por el brazo, que se dejaba llevar sin resistencia, e hízole penetrar en el torreón de la escalera del castillo del obispo.

—¡He aquí una escalera! Cada vez que la veo soy feliz; es en su clase la más sencilla y más rara que hay en París; todos los escalones están chaflanados por debajo.

—¿Y no deseáis nada? —le preguntó Dom Claudio interrumpiéndole otra vez.

—No.

—¿No echáis nada de menos?

—Ni echo nada de menos ni deseo nada. Me he ordenado ya la vida.

—Lo que ordenan los hombres, los acontecimientos lo desarreglan —le contestó el arcediano.

—Yo soy filósofo pirrónico —replicó Gringoire—, y todo lo tengo en equilibrio.

—¿Y cómo os ganáis la vida?

—Escribo algunas veces epopeyas y tragedias; pero lo que más me produce es la habilidad que ya sabéis, la de sostener pirámides de sillas entre los dientes.

—Grosero oficio para un filósofo.

—Eso también es del equilibrio; cuando se tiene una idea fija, en todas partes se encuentra.

—Ya lo sé —le contestó el arcediano—. Sin embargo, veo que estáis en situación bastante miserable.

—Miserable soy, pero desgraciado no.

Oyeron en aquel momento algazara y pisadas de caballos, y ambos interlocutores vieron desfilar por el extremo de la calle una compañía de arqueros del rey con sus lanzas y con el capitán al frente. La cabalgata era brillante y resonaba sobre el empedrado.

—¡Miráis mucho a ese capitán! —dijo Gringoire al sacerdote.

—Creo conocerle.

—¿Cómo se llama?

—Creo que es el capitán Febo de Chateaupers.

—Febo es nombre histórico. Recuerdo otro Febo, que es conde de Foix. Creo, además, haber conocido a una joven que juraba por Febo.

—Venid conmigo —le dijo el sacerdote—; tengo que hablaros.

Desde que pasaron los arqueros se adivinaba alguna agitación bajo el exterior glacial del arcediano. Se puso en marcha, y Gringoire le seguía, como cuantos se acercaban una vez a aquel hombre, que enseguida adquiría as-

cendiente sobre los demás. Llegaron en silencio a la calle de los Bernardinos, que estaba desierta.

Dom Claudio se paró.

—¿Qué tenéis que decirme, señor maestro? —le preguntó Gringoire.

—¿No os parece —le preguntó el arcediano con el aire de profunda reflexión— que el uniforme de esos jinetes que acabamos de ver es más lindo que el vuestro y el mío?

—Pues yo prefiero mi ropaje amarillo y rojo a esas escamas de hierro y de acero. No me agradaría ir haciendo tanto ruido al andar.

—¿No envidiáis a esos brillantes soldados con sus atalajes de guerra?

—¿Y qué les voy a envidiar, señor arcediano? ¡Su fuerza, sus armaduras o su disciplina! Para mí valen más que ellas mi independencia y mi filosofía desarrapadas: más quiero ser cabeza de ratón que cola de león.

—¡Eso es extraño! —observó el sacerdote pensativo—. ¡El traje de guerra es, sin embargo, magnífico!…

Gringoire, viéndole abstraído en sus meditaciones, le dejó para ir a admirar el pórtico de una casa contigua, de la que volvió a los pocos momentos con gran alegría.

—Si estuvieseis menos ocupado en los uniformes de las gentes de guerra, os invitaría a ver aquella puerta. Siempre dije que la casa del señor Aubry tiene la entrada más artística del mundo.

—Pedro Gringoire —le dijo de improviso el arcediano—, ¿qué habéis hecho de aquella gitana bailarina?

—¿De Esmeralda? ¿Por qué cambiáis bruscamente la conversación?

—¿No era vuestra mujer?

—Sí; por la gracia de un cántaro roto estábamos casados por cuatro años. A propósito —añadió Gringoire, mirando con aire irónico al arcediano—: ¿pensáis en ella aún?

—Y vos, ¿la habéis olvidado ya?

—Casi, casi. ¡Tengo tantas cosas en qué pensar! ¡Y qué linda era la cabrita!

—¿Esa gitana no os salvó la vida?

—Cierto.

—Pues bien, ¿qué habéis hecho de esa mujer?

—Eso es lo que no sé… Creo que la ahorcaron.

—¿Lo creéis?

—No estoy cierto. Cuando oí que se trataba de colgarla por el pescuezo me escamé y me escabullí.

—¿Eso es todo lo que sabéis de ella?

—No, no; ahora recuerdo que me dijeron que se refugió en Nuestra Señora y que está en completa seguridad, de lo que me alegro infinito: lo que no pude averiguar es si se salvó también la cabra.

—Pues voy a deciros algo más —repuso Dom Claudio, y su voz, hasta entonces baja y lenta, resonó tonante—. Se refugió, en efecto, en Nuestra Señora, pero dentro de tres días se apoderará de ella la justicia y será ahorcada en la plaza de la Grève. Así lo ha decretado el Parlamento.

—¡Eso sí que es sensible! —contestó Gringoire.

Dom Claudio recobró instantáneamente su indiferencia habitual.

—¿Y quién demonio se ha entretenido en solicitar ese decreto de reintegración? Podía haber dejado tranquilo al Parlamento. ¿Qué daño hace una pobre muchacha porque se albergue bajo los botareles de Nuestra Señora, entre los nidos de las golondrinas?

—Hay muchos diablos en la tierra.

—Pues eso está endiabladamente mal.

—¿Decís que ella os salvó la vida? —añadió el arcediano, después de breve silencio.

—Sí, entre mis amigos los hampones; poco faltó para que me ahorcasen; ahora lo hubiesen sentido.

—¿Y nada queréis hacer por ella?

—Bien quisiera, pero temo enredarme en ese lío.

—¿Y eso qué importa?

—¿Qué importa? Pues me gusta la ocurrencia. Tengo empezadas dos obras voluminosas.

El arcediano dio una palmada en la frente. A pesar de su calma exterior, de vez en cuando un ademán violento revelaba su agitación interior.

—¿Qué haríamos para salvarla? —exclamó.

—Os responderé, señor maestro: *Il padelt*, que quiere decir en turco: *Dios es nuestra esperanza*.

—¿Qué podríamos hacer para salvarla? —repitió Dom Claudio pensativo.

Diose Gringoire otra palmada en la frente y dijo:

—Yo soy hombre de algún ingenio y voy a buscar medios. Pudiera pedir su perdón a Luis XI.

—¿Pedir su perdón al rey Luis XI?…

—¿Por qué no?

—Porque no se le pide su ración al tigre.

Gringoire se quedó pensativo buscando otros medios.

—¿Queréis que dirija un memorial a las matronas declarando que la gitana está embarazada?

Estas palabras hicieron relucir los hundidos ojos del sacerdote.

—¡Embarazada! ¿Es que tienes motivo para creerlo?

Aterrado Gringoire al ver a Dom Claudio tan sobreexcitado, apresuróse a responderle:

—¡Oh, yo no!… Nuestro casamiento ha sido un verdadero *foris maritagium*. He quedado a la parte de afuera. Pero de este modo conseguiríamos una moratoria.

—¡Locura! ¡Infamia! ¡Cállate!

—Hacéis mal en incomodaros. Obtenemos un plazo, no ofendemos a nadie y damos a ganar cuarenta dineros parisíes a las matronas, que son muje-

res necesitadas.

El sacerdote no le escuchaba.

—¡Pues es preciso que salga de allí! —murmuró entre dientes—. El decreto ha de ejecutarse en el término preciso de tres días. Además, aunque no existiera ese decreto, ¡ese Quasimodo!… ¡Las mujeres tienen caprichos tan depravados!…

Luego, alzando la voz, le dijo a Gringoire:

—Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay más que un medio de salvación para ella.

—¿Cuál? Yo no veo ninguno.

—No olvidéis que os salvó la vida, maese Pedro, y voy a exponeros francamente mi pensamiento. Vigilan la iglesia día y noche y no permiten que salgan más que los que han visto entrar. Podéis vos venir a verme y yo os llevaré donde está Esmeralda, y cambiaréis vuestro traje por el suyo.

—Hasta ahora va bien; pero, ¿y después?

—Después ella saldrá disfrazada con vuestra ropa y vos os quedaréis vestido con la suya; tal vez os ahorquen, pero así salvamos a Esmeralda.

Gringoire se quedó muy serio y se rascó la oreja.

—He aquí una idea que jamás se me hubiera ocurrido —contestó.

Al oír la inesperada proposición de Dom Claudio, el semblante alegre y benigno del poeta se nubló bruscamente, como un risueño paisaje de Italia cuando le sobreviene de pronto una bocanada de viento que arroja una nube ante el sol.

—¿Qué os parece ese medio, maese Pedro?

—Me parece que no me ahorcarán quizás, sino indudablemente.

—Eso es lo de menos —contestó el arcediano.

—¡Demonio! —exclamó Gringoire.

—Os salvó la vida y de ese modo pagaríais la deuda que contrajisteis con ella.

—Tengo otras deudas que tampoco pago.

—Pues es absolutamente preciso, maese Pedro —le dijo Dom Claudio imperiosamente.

—Escuchadme, señor maestro —le contestó el poeta consternado—. Os seduce esa idea y hacéis muy mal. No veo por qué he de consentir en que me ahorquen por otro.

—¿Por qué tenéis tanto apego a la vida?

—Pues por mil razones.

—¿Qué razones son esas? Sepamos.

—Pues tengo apego a la vida por el aire, por el cielo, por la mañana, por la tarde, por la luz de la luna, por mis buenos amigos los hampones, por las bellas arquitecturas de París, por tres interesantes libros que deseo escribir, uno contra el obispo y sus molinos y los demás sobre otras cosas. Anaxágoras decía que estaba en el mundo para admirar el sol. Tengo además el gusto de pasar todo el día, desde por la mañana hasta por la noche, con un hombre de genio, que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—¡Cabeza de chorlito! —murmuró el arcediano—. Pero dime; esa vida que tan plácida te parece, ¿por quién la conservas? ¿A quién debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder ejercitar tu mente de alondra en pamplinas y en locuras? Si no fuese por ella, ¿dónde estarías? Y tú quieres que muera la que te hizo vivir, quieres que muera esa hermosa criatura dulce y tierna; mientras que tú, que eres medio sabio y medio loco, bosquejo de ambas cosas, tú has de continuar disfrutando la vida que le has robado y que es tan inútil como una antorcha que arde a la luz del sol. Un poco de caridad, maese Pedro, y siéntete generoso con la que antes lo fue contigo.

Dom Claudio hablaba con vehemencia; Gringoire le oyó al principio con aire distraído; luego se fue enterneciendo, y acabó por hacer un gesto trágico.

—Patético estáis, señor maestro —contestó enjugándose una lágrima—. Pues bien, lo pensaré. Se os ha ocurrido una maldita idea. Después de todo —prosiguió tras una pausa—, puede que no me ahorquen. No siempre se casa el que se desposa. Cuando me encuentren en el camaranchón tan grotescamente equipado de mujer, acaso se echen a reír sin poderlo remediar. Pero si me ahorcan, ¿qué? La cuerda da una muerte como otra cualquiera, o mejor dicho, no es una muerte cualquiera, es una muerte digna del sabio

que ha oscilado toda la vida, es una muerte a la que tal vez estoy predestinado y debe ser magnífico morir como se ha vivido.

—¿Quedamos en esto? —le preguntó el arcediano interrumpiéndole.

—¿Qué viene a ser la muerte al fin y al cabo? —continuó cada vez más exaltado Gringoire—. Un momento desagradable, un portazgo, el tránsito de poco a nada. En cierta ocasión le preguntaron a Cercidas, megalopolitano, si moría voluntariamente: «Sí —contestó—, porque después de morir veré a los grandes hombres, a Pitágoras entre los filósofos, a Hecateo entre los historiadores, a Homero entre los poetas y a Olimpio entre los músicos».

—Conque no hay más que hablar. ¿Vendréis mañana? —le preguntó Claudio Frollo, como despidiéndose y estrechándole la mano.

Aquella pregunta y este ademán volvieron a colocar a maese Pedro en el terreno de la realidad.

—No, no, nada de eso —exclamó con la expresión del hombre que se despierta—. Dejarse ahorcar es una ridiculez, y eso no me acomoda.

—Adiós, pues —le contestó Dom Claudio.

Y añadió entre dientes:

—¡Ya volveremos a vernos!

—No quiero que ese diablo de hombre vuelva a verme —pensó Gringoire.

Y se fue a alcanzar a Dom Claudio, que ya se alejaba de él.

—Escuchad, señor maestro; no quiero que os vayáis resentido conmigo. Os interesáis por esa mujer, quiero decir, por mi mujer, y nada más justo. Imaginasteis una estratagema para que salga sana y salva de Nuestra Señora, pero esa estratagema es sumamente desagradable para Gringoire. Pero a mí se me ocurre otra: en este mismo instante he tenido una luminosa inspiración. Si os diera una idea ingeniosa para sacar a Esmeralda de ese peligroso trance, sin comprometer mi pescuezo con el menor nudo corredizo, ¿estaríais satisfecho? ¿O es absolutamente preciso que me ahorquen para que quedéis contento?

El clérigo, impaciente, se arrancaba los botones de la sotana.

—Torrente de palabras —exclamó—, di, ¿qué medio es ese?

—Sí —repuso maese Pedro, monologando y tocándose con el índice la punta de la nariz en señal de meditación—; eso es. Los hampones son todos ellos valientes. La tribu de Egipto la adora. Con pocas palabras se sublevarán. Nada más fácil. Un golpe de mano. En medio del desorden se la liberta. Mañana mismo… por la noche. Ellos no desean otra cosa.

—Dime pronto ese medio —repitió Dom Claudio sacudiéndole el brazo.

Gringoire se volvió solemnemente hacia el arcediano.

—Permitidme un momento; estoy meditando.

Reflexionó algunos instantes más y después exclamó, dando palmadas:

—¡Admirable! ¡Éxito seguro!

—¡El medio! —exclamó por tercera vez Dom Claudio colérico.

—Acercaos y os lo diré en voz baja. Es una contramina verdaderamente ingeniosa y que nos salva a todos. ¡Vive Dios! ¡Preciso es convenir en que no soy tonto! ¡Ah! ¿La cabra está también con Esmeralda?

—Sí. ¡Llévete el diablo!

—¡Toma! ¡Es que la hubieran ahorcado también!

—¿Eso qué nos importa?

—Es que me disgustaría que la ahorcasen como a la gorrina del mes pasado. Eso le gusta al verdugo, porque después se come la víctima. ¡Pobre Djalí!…

—¡El verdugo eres tú! —gritó Dom Claudio—. ¿Qué medio de salvación es ese que has ideado? ¿Habrá que arrancártelo con tenazas?

—Es un medio seguro.

Gringoire se inclinó hasta el oído del arcediano, le habló en voz muy baja y mirando con inquietud toda la calle, por la que, sin embargo, nadie pasaba. Cuando terminó le estrechó la mano impasible Dom Claudio y le dijo:

—Bueno es ese medio; hasta mañana.

—Hasta mañana.

El arcediano se alejó por una parte y, Gringoire por otra, diciéndose a media voz:

—He aquí un negocio escabroso, maese Pedro; pero no importa. No porque el hombre sea pequeño le ha de asustar una empresa grande. Biton se cargó un enorme toro sobre los hombros; las nevatillas, las currucas y las tarabillas atraviesan el Océano.

II. Hazte hampón

Cuando regresó a su claustro, el arcediano encontró a la puerta de su celda a su hermano Juan del Molino, que le aguardaba y que entretenía el fastidio del largo plantón dibujando en la pared, con carbón, el perfil de su hermano mayor, exagerado con una nariz desmesurada.

Apenas reparó Dom Claudio en su hermano; otros pensamientos le preocupaban. El rostro alegre del joven que consiguió más de una vez alegrar la tétrica fisonomía del clérigo era entonces impotente para disipar la bruma, cada vez más estúpida, en aquel alma corrompida, mefítica y estancada.

—Vengo a verte, hermano mío —le dijo tímidamente Juan.

El sacerdote ni siquiera levantó los ojos para mirarle.

—¿Qué más? —le preguntó.

—Eres tan bueno para mí y me das tan sanos consejos, que siempre recurro a ti.

—¿Y qué más?

—¡Qué razón tenías para decirme: Juan, Juan, *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina*; Juan, sé, docto, no pernoctes fuera del colegio sin causa justa y sin permiso del maestro; no apalees a los picardos; no vivas como asno ilustrado bajo el yugo escolar; Juan, déjate castigar por el maestro; Juan, acude diariamente a la capilla y canta una antífona con versículo y oración a la gloriosa Virgen María! ¡Ah, qué consejos tan excelentes!

—¿Y qué más?

—Hermano mío, aquí tienes a un rebelde, a un miserable, a un libertino, que despreció tus laudables consejos y fue castigado por ello: Dios es extraordinariamente justo. Mientras tuve dinero no me han faltado juergas y vida alegre y loca. ¡Oh, Dios, la crápula, que es tan hermosa por delante, qué fea y horrible es por detrás! Ahora ya me he quedado sin blanca, he vendido hasta el mantel y la camisa. ¡Adiós, diversiones! Se apagó la hermosa vela y solo me queda ya la asquerosa mecha de sebo, que me atufa las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua y me persiguen los remordimientos y los acreedores.

—Concluye —le interrumpió el arcediano.

—Quisiera enmendarme y adoptar una vida mejor, y soy un penitente que contrito acudo a ti; me confieso y me doy grandes golpes de pecho. Tienes razón en aconsejarme que llegue a ser un día licenciado e inspector del colegio Torchi; ahora siento vocación decidida. Pero no tengo tinta y necesito comprar, no tengo plumas y he de comprarlas, no tengo papel ni libros y también lo necesito. Para todo eso necesito metálico, y a ti acudo enteramente contrito.

—¿Eso es lo que querías?

—Sí; me hace falta dinero —repuso el estudiante.

—No tengo.

Entonces Juan, con aire grave y enérgico al mismo tiempo, dijo:

—Siento tener que advertirte que, por otra parte, se me hacen brillantes proposiciones y ofertas. ¿Quieres o no darme dinero?

—No.

—En este caso voy a hacerme hampón.

Al pronunciar esa palabra monstruosa tomó el aspecto de un Ajax, que aguarda que caiga el rayo sobre su cabeza.

—Hazte hampón —le contestó Dom Claudio impasible.

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al cruzar el patio por bajo de la ventana de la celda de su hermano, oyó que esta se abría. Levantó la cabeza y vio la fisonomía severa del arcediano.

—¡Vete con mil demonios! —le dijo Dom Claudio—. ¡Este es el último dinero que te daré!

Así gritando, arrojó el sacerdote una bolsa al estudiante, que hizo a este un chichón en la frente, y echó a correr enfadado y contento a un tiempo como un perro apedreado con torreznos.

III. ¡Viva la alegría!

El lector no habrá olvidado que una parte de la Corte de los Milagros estaba cercada por las viejas murallas de la población, cuyos torreones empezaban ya en esta época a caer hechos ruinas. Uno de estos torreones lo convirtieron los hampones en lugar de recreo. La taberna estaba en el piso bajo y en los demás pisos había juego, etc. Era, pues, dicha torre el punto más animado y por consiguiente el más inmundo de la Corte de los Milagros. Era a manera de colmena monstruosa que zumbaba noche y día. De noche, cuando dormía el resto de la tunería, cuando ya no salía ningún grito de las numerosas casucas, de aquellos hormigueros de ladrones, de mujerzuelas, de niños robados y de bastardos, se distinguía siempre la alegre torre por el ruido que salía de ella y por la luz rojiza que se veía brillar por las chimeneas, por las ventanas y por las rendijas de las agrietadas paredes, que se escapaba, por decirlo así, de todos los poros del edificio.

La cueva era, pues, la taberna; se descendía hasta ella por una trampa y por una escalera, tan áspera como un alejandrino clásico. Encima de la puerta o trampa, había, a guisa de muestra, pintarrajeados algunos sueldos nuevos y unos cuantos pollos muertos.

Cierta noche, al dar el toque de Ánimas las campanas de París, si hubieran podido penetrar los gendarmes de la ronda en la temible Corte de los

Milagros, hubieran observado que había en la taberna de la torre más bullicio que ordinariamente y que se bebía y se renegaba más que otras veces.

Exteriormente había en la plaza muchos grupos que conversaban en voz baja, como cuando se trama una conspiración, y aquí y allá algún pillastre acurrucado que afilaba en las piedras una mala hoja de hierro.

Pero en el interior de la taberna, el vino y el juego distraían de tal modo a la canalla de las ideas que aquella noche les preocupaba, que difícilmente se hubiera comprendido por las palabras de los bebedores el objeto de que trataban. Solo se les notaba más alegres que de costumbre, y además veíase alguna arma entre las piernas; una podadera, una hacha, un espadón o un antiguo arcabuz.

La taberna, de forma redonda, era muy espaciosa; pero estaban las mesas tan apiñadas y eran tantos los bebedores, que el contenido de la taberna, esto es, hombres, mujeres, bancos, toneles de cerveza, bebedores, durmientes, jugadores, sanos y lisiados, estaba todo esto tan hacinado y con tanto orden y armonía, como un montón de conchas de ostras. Veíase sobre las mesas algunas velas de sebo encendidas, pero el verdadero alumbrado de la taberna era la hoguera del fogón. Estaba tan húmeda aquella cueva, que nunca dejaban que se apagase la chimenea, ni en medio del verano; una inmensa chimenea esculpida y provista de pesados morillos de hierro y de chismes de cocina, en la que encendían grandes llamaradas la leña y la turba. Un enorme perro, sentado gravemente en la ceniza, daba vuelta sobre las ascuas a un asador cargado de viandas.

A pesar de la confusión que allí reinaba, después de echar la primera ojeada se distinguían tres grupos principales, que se apiñaban alrededor de tres personajes ya conocidos de los lectores. Uno de ellos, pintorescamente equipado con muchos oropeles orientales, era Matías Hungadi Spícali, duque de Egipto y de Bohemia. El bellaco estaba sentado sobre una mesa, con las piernas cruzadas, levantando en alto un dedo y desgranando en voz alta su ciencia, la magia blanca y negra, a una infinidad de espectadores que, con la boca abierta, le escuchaban. Otros muchos se agrupaban en torno del valiente rey de Tunia, armado hasta los dientes. Clopin Trouillefou, con gran seriedad y en voz baja, presidía el reparto de un colosal tonel lleno de armas, que se abrió en su presencia, y del que salían revueltos hachas, espa-

das, capacetes, cotas de malla, puntas de lanzas y de partesanas, flechas y ballestas, como manzanas y uvas del cuerno de la abundancia.

Cada cual tomaba lo que quería del montón: quien un capacete, quien una daga, quien un puñal, quien una espada; hasta los muchachos se armaban, y también los miserables lisiados, que se arrastraban cubiertos de corazas y de espaldares, pasando por entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos. El tercer auditorio, que era el más alegre, el más alborotador y el más numeroso, llenaba los bancos y las mesas en medio de los que peroraba y juraba un individuo con voz aflautada, que salía de una armadura completa, desde el casco hasta las espuelas. El que de tal modo se había armado ocultaba de tal guisa su persona, que solo se veía de ella la nariz rubicunda, insolente y remangada, un rizo de cabello rubio, la boca rosada y unos ojos atrevidos. Llena tenía la cintura de dagas y de puñales; al lado derecho se le veía gigantesca espada y al lado izquierdo una ballesta mugrienta; ante él un jarro de vino y una robusta moza despechugada. Todas las bocas de los que estaban a su alrededor reían renegaban y bebían.

Agréguense a estos tres grupos otros veinte secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte a otra con los cántaros sobre la cabeza, los jugadores inclinados sobre las bolas, sobre el tres en raya, los dados y el chaquete; las disputas en un rincón, los besos en el otro, y se tendrá una idea aproximada del conjunto que presentaba la taberna.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando a vuelo. La grasera, donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su persistente chisporroteo los intervalos de los mil diálogos que se cruzaban de un extremo de la sala al otro.

Entre aquella baraúnda, y en el fondo de la taberna, sentado en el banco interior de la chimenea, veíase un filósofo que meditaba, con los pies sobre la ceniza y los ojos clavados en los tizones: era nuestro buen Pedro Gringoire.

—¡Acabemos! Ármese todo el mundo, que dentro de una hora nos pondremos en marcha —decía Clopin Trouillefou a los hampones.

Dos jugadores de naipes discutían en otro lado:

—¡Sota! —gritaba el más terco de los dos, enseñando el puño al otro—. Si hablas una palabra más, te hago sota de bastos.

—¡Uf! —gemía un normando, cuyo acento nasal le denunciaba—; estamos unos sobre otros como sardinas en banasta.

—Hijos míos —peroraba el duque de Egipto hablando en falsete—, las brujas de Francia acuden al aquelarre sin escoba, ungüentos ni montera, y solo pronuncian ciertas palabras mágicas. Las de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera a la puerta. Todas están obligadas a salir por la chimenea.

La voz del jovenzuelo, armado de punta en blanco, dominaba el estruendo general.

—¡Viva la alegría! —gritaba—. Hoy hago mi primera campaña; ¡ya soy hampón! ¡Vive Cristo! ¡Dadme de beber! Me llamo Juan Frollo del Molino, soy noble, y creo que si Dios fuese gendarme se haría también hampón. Hermanos, vamos a acometer una brillante empresa, porque somos valientes. Sitiar una catedral, derribar sus puertas, sacar de ella y librar de los jueces a una hermosa joven, asaltar el claustro y quemar al obispo dentro del obispado, con proezas que vamos a ejecutar en menos tiempo del que emplea un burgomaestre para comer una cucharada de sopas. Nuestra causa es justa; saquearemos a Nuestra Señora y santas Pascuas. Ahorcaremos a Quasimodo. ¿Conocéis a Quasimodo, hampones? ¿Le habéis visto a caballo de la campana gorda en el día de Pentecostés? ¡Qué guapo estaba, vive Dios!… Amigos míos; antes de sentar plaza entre vosotros ya era yo truhán de corazón, truhán de nacimiento. Fui muy rico, pero me comí la hacienda. Se lo dije a mi padre y me echó su maldición; a mi madre, que lloró como una Magdalena. ¡Viva la broma! ¡Soy un estupendo presidiario! Tabernera querida, dame más vino, que aún tengo para pagar; pero no me des vino de Surena, que me suaviza la garganta, ¡voto a Sanes!

La multitud le aplaudía, mezclando las risas con los aplausos; el estudiante, viendo que el tumulto se aumentaba a su alrededor, exclamó:

—¡Viva este estruendo delicioso! *Populi debacchantis populosa debacchatio*.

Cada vez más alegre Juan Frollo, púsose a cantar, parodiando al canónigo que entona el canto de vísperas:

—*Quæ cantica! quæ organa! quæ cantilenæ! quæ melodiæ hic sine decantantur! sonant melliflua hymnorum organa, suavissima angelorum melo-*

dia, cantica canticorum mira!

Luego se interrumpió, diciendo:

—¡Tabernera de los diablos, dame de cenar!

Hubo unos momentos de tranquilidad relativa, durante los que el duque de Egipto levantó la voz, instruyendo a los gitanos:

—La comadreja se denomina adnine; el zorro, pie azul o corredor de bosques; el lobo, pie gris o pie dorado; el oso, el viejo o el abuelo. El gorro de un gnomo hace invisible al que se lo pone, y con él se ven las cosas invisibles. Los sapos que van a bautizar, deben vestirse de terciopelo encarnado o negro; se les pone una campanilla al cuello y a los pies; el padrino le sostendrá la cabeza y la madrina los pies. Solo el diablo Sidragasum tiene el poder de hacer bailar a las muchachas en cueros.

—¡Pardiez! ¡Quisiera ser el diablo Sidragasum! —gritó el estudiante.

La multitud, mientras, continuaba armándose al otro extremo de la taberna, produciendo, al mismo tiempo, tumultuosa algazara.

—¡Pobre Esmeralda! —clamaba un gitano—; es nuestra hermana, y es preciso sacarla de allí.

—¿Es cierto que permanece aún encerrada en Nuestra Señora? —preguntó un buhonero que tenía cara de judío.

—Es cierto.

—Pues, camarada, iremos a arrancarla de allí; y con más motivo, que hay en la capilla de los Santos Fereol y Ferrution, dos estatuas, ambas de oro, que juntas pesan diez y siete marcos de oro y quince adarmes, y los pedestales de plata dorada diez y siete marcos y cinco onzas. Yo puedo asegurarlo, porque soy platero.

Juan Frollo se puso a cenar, recostándose sobre el pecho de la moza que tenía al lado.

—¡Vive Dios, me siento completamente feliz! —exclamó—. Delante de mí tengo un imbécil que me mira con ojos de archiduque, y otro a mi izquierda que tiene tan largos los dientes, que le llegan a la barba. Mi mano derecha, como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, la tengo apoyada en una eminencia suave. ¡Hola! ¿eh? a vosotros os lo digo… no os peguéis.

Tú, Bautista, que tienes tan hermosa nariz, ¿vas a exponerla contra los puños de ese animal? ¡Imbécil! *Non cuiquam datum est habere nasum*. ¡Verdaderamente eres divina, Jacoba! ¡Lástima que no tengas pelo! Mira, me llamo Juan Frollo del Molino, y mi hermano es arcediano. El diablo cargue con él. Lo que te digo es cierto. Haciéndome hampón, he renunciado alegremente a la mitad de una casa situada en el Paraíso que mi hermano me había ofrecido: *dimidiam domum in Paradiso*. Texto al canto. Poseo un feudo en la calle de Tirechape, y todas las mujeres se mueren por mí: esto es tan verdad como que San Elías era un excelente platero, y como que los cinco oficios de la Ciudad de París son los curtidores, los manguiteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros, y como que tostaron a San Lorenzo con cáscaras de huevos. Os juro, camaradas,

que no comeré pimiento
en todo el año, si miento.

Hermosa Jacoba, ¡mira qué luna tan clara! Mira por esa ventana, y verás cómo el viento desarregla las nubes. Lo mismo hago yo con tu gorguera. Muchachas, despavilad las velas y las narices de los chiquillos. ¡Cristo y Mahoma! ¿Qué estoy comiendo aquí? ¡Vieja bodegonera, los pelos que les faltan a las cabezas de tus fregonas, se encuentran en tus tortillas! ¡A mí me gustan las tortillas calvas! ¡Desnarigada te veas! ¡Maldito figón de Belcebú, donde se peinan las mozas con los tenedores!

Al decir esto, rompió el plato, y cantó a gritos:

Yo no tengo grey,
¡por vida de Briós!
ni fe, ni ley,
ni hogar, ni rey,
ni casa, ni Dios.

Mientras, Clopin Trouillefou terminó la distribución de armas. Acercóse enseguida a Gringoire, que se hallaba aún abstraído en sus meditaciones, apoyando los pies en un morillo.

—Amigo Pedro —le dijo el rey de Tunia—, ¿en qué diablos estáis pensando?

Volviéndose hacia él, Pedro Gringoire, le contestó sonriendo melancólicamente:

—Me gusta la lumbre, no por la razón trivial de que calienta los pies o de que cuece la comida, sino porque produce chispas. Paso a veces horas enteras mirándolas, y descubro mil secretos en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos.

—Lléveme el diablo si te comprendo —le contestó Clopin—; ¿sabes qué hora es?

—No lo sé —le respondió maese Pedro.

Aproximóse entonces Clopin al duque de Egipto.

—Compañero Matías, la ocasión no es buena. Se dice que el rey Luis XI está en París.

—Mejor para librar de sus garras a nuestra hermana.

—Hablas como un hombre, Matías —exclamó el rey de Tunia—; además, no perderemos el tiempo. No nos resistirán en la iglesia; los canónigos son liebres, y nosotros galgos. Chasqueados se quedarán los esbirros del Parlamento, cuando vayan a echarla el guante. ¡Ombligo del Papa! ¡No quiero que ahorquen a esa perla!

Clopin salió de la taberna.

Juan gritaba con ronca voz:

—¡Bebo, como, estoy borracho, soy Júpiter! ¡Eh, Pedro el Apaleador, si sigues mirándome así, te hincho las narices de un puntapié!

Gringoire, que dejara ya de meditar, examinaba la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando:

—*Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas*; hago perfectamente en no beber, porque San Benito dice con acierto: *Vinum apostatare facit etiam sapientes*.

Clopin volvió a entrar en la taberna, y gritó con voz estentórea:

—¡Las doce!

Esta palabra hizo a la multitud el mismo efecto que el toque de llamada a un regimiento que descansa, y todos, hombres, mujeres y niños, se lanzaron en tropel fuera de la taberna, moviendo gran estruendo de armas y de herraje.

Velaban la luna algunas nubes; la Corte de los Milagros estaba muy oscura; pero, sin embargo, no estaba desierta. Había reunidos bastantes hombres y mujeres que cuchicheaban. Oíase el murmullo de las conversaciones, y se veían relucir en la oscuridad toda clase de armas. Clopin se encaramó sobre un guardacantón, y gritó:

—¡A vuestras filas, la Germanía! ¡A vuestras filas, el Egipto! ¡A vuestras filas, Galilea!

La inmensa multitud se movió, formándose en columna. Pasados algunos instantes volvió a oírse la voz del rey de Tunia:

—Ahora mucho silencio al cruzar por París. El santo es: *Luz de broma*. Las teas no se encenderán hasta llegar a Nuestra Señora… ¡Ea! ¡en marcha!

Diez minutos después huían despavoridos los soldados de la ronda ante una interminable procesión de hombres negros y silenciosos que bajaba por el puente del Cambio, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todos los sentidos el barrio de los Mercados.

IV. Un amigo torpe

Quasimodo aquella noche no dormía. Acababa de rondar la iglesia por última vez, sin fijarse en que, al momento de cerrar las puertas, pasó el arcediano cerca de él, y se puso de muy mal humor, al notar que echaba los cerrojos y ajustaba con cuidado las gruesas barras de hierro que daban a aquellas puertas la solidez de una muralla. Dom Claudio estaba más pensativo que nunca: desde la aventura nocturna de la celda, maltrataba de continuo a Quasimodo; pero, aunque le trataba con dureza y hasta le golpeaba, nada alteró la sumisión y la paciencia de esclavo del campanero. Del arcediano todo lo sufría: injurias, amenazas y golpes, sin quejarse jamás. Lo más que hacía era seguir con la mirada torva a Dom Claudio, cuando este subía por la escalera de la torre; por causa del arcediano se había abstenido de presentarse ante la gitana.

Aquella noche, Quasimodo, después de echar un vistazo a las abandonadas campanas, se subió a lo más alto de la torre septentrional, y desde allí, dejando cerrada la linterna sorda, se puso a contemplar la capital. La noche, como dijimos, estaba muy oscura. París, que no tenía alumbrado en aquella época, presentaba a la vista una confusión de masas negras, cortadas en diversas partes por la curva y blanquecina línea del Sena. Entre las tinieblas solo veía Quasimodo la luz de una ventana de un lejano edificio, cuyo incierto y sombrío perfil sobresalía de los tejados, por la parte de la puerta de San Antonio. Allí también había alguien que velaba.

Mientras vagaba por aquel horizonte nebuloso y oscuro la mirada del ojo único de Quasimodo, sentía este cierta inquietud inexplicable. Hacía ya días que le alarmaba el ver rondar continuamente en torno de la iglesia hombres de mal aspecto que no apartaban la vista del asilo de Esmeralda, y creía que tramaban algún complot contra la infeliz refugiada, suponiendo que excitaba él rencor popular como lo excitaba él, y que podría sucederla alguna desgracia. Por eso no se apartaba del campanario, acechando ya a París, ya a la celda, siempre alerta y receloso como perro fiel.

De repente, estando escudriñando la inmensa población con su único ojo, que la Naturaleza, por vía de compensación, hizo como el de un lince, le pareció que la silueta del muelle de la Vecille-Pelleterie presentaba aspecto extraño; que allí había cierto movimiento; que la línea negra del parapeto, realzada, por la blancura del agua, no estaba recta y tranquila como la de los otros muelles, sino que ondulaba, al parecer, como las olas de un río o como las cabezas de una multitud en marcha.

Pareciéndole esto muy raro, redobló la atención. El movimiento parecía dirigirse hacia la Cité, pero después se disipó poco a poco, como si fuese a internarse en la isla, y por fin cesó de repente; la línea del muelle volvió a quedar recta e inmóvil.

Mientras Quasimodo hacía mil cálculos, le pareció que el movimiento reaparecía en la calle del Atrio, que se prolongaba en la Cité, verticalmente a la fachada de Nuestra Señora. A pesar del espesor de la oscuridad, vio el jorobado desembocar por aquella calle el frente de una legión, y derramarse en un instante por toda la plaza una muchedumbre. Causaba terror semejante espectáculo. Es probable que aquella singular procesión, obcecada en ocultarse en la oscuridad, guardara silencio no menos profundo, pero debía

escapársele de ella algún rumor, aunque solo fuera el ruido de los pies al andar; mas ese ruido no llegaba a los oídos del sordo, y aquella inmensa multitud, que él apenas veía, pero que la podía oír, parecíale una procesión de cadáveres, muda, impalpable: creía ver que avanzaba hasta él una niebla compuesta de hombres, y moverse multitud de sombras en la oscuridad.

Renacieron entonces los temores de Quasimodo, y volvió a su imaginación la idea de una tentativa contra la gitana, y comprendió confusamente que se acercaba una situación violenta. En aquel instante crítico reflexionó con raciocinio mejor y más rápido de lo que era de esperar de una cabeza tan mal organizada. ¿Debía despertar a Esmeralda? ¿Procurar que se escapase? ¿Pero por dónde? Las casas estaban ocupadas, y la iglesia contigua al río; no teniendo lancha, no podía salir. Solo le quedaba el último recurso, el de dejarse matar en el atrio de Nuestra Señora, resistiendo hasta que llegase algún socorro, caso de que llegara, y no despertar a la joven, que al fin y al cabo la desdichada siempre despertaría a tiempo para morir. Tomada esta resolución, se puso a contemplar al *enemigo* con más serenidad.

La multitud engrosaba por momentos en el atrio, pero comprendió Quasimodo que debía hacer poco ruido, porque no se abrieron los postigos que caían a la plaza y a las calles inmediatas. De repente brilló una luz, y enseguida siete u ocho hachas encendidas se pasearon sobre las cabezas de los hampones, sacudiendo en la oscuridad su cabellera de llamas. Entonces pudo ver distintamente Quasimodo moverse en el atrio un espantoso grupo de hombres y de mujeres, desarrapados, armados con mazas, con picas, con segures y partesanas, cuyas mil puntas relucían. Aquí y allá algunas horquillas negras semejaban los cuernos de aquellas caras asquerosas. Quasimodo recordó vagamente aquel populacho, y creyó reconocer las fisonomías de los que pocos meses atrás le aclamaron papa de los locos. Un hombre, que sujetaba una tea en una mano y un cayado en la otra, subió sobre un guardacantón, y pareció que arengaba a los demás; al mismo tiempo el heterogéneo ejército hizo evoluciones para tomar posición alrededor de la iglesia. Quasimodo recogió la linterna, y bajó a la meseta situada entre las dos torres, con la idea de observar más de cerca, y decidir los medios de defensa.

Clopin Trouillefón, en cuanto llegó frente a la alta portada de Nuestra Señora, formó su ejército en batalla. Aunque no esperaba encontrar resistencia alguna, quería, como general prudente, conservar un orden que le permitiese, en caso necesario, hacer frente a un ataque de la ronda. Escalonó su gen-

te de tal manera, que vista desde alto y desde lejos, parecía el triángulo romano de la batalla de Enocma, la cabeza de puerco de Alejandro, o la famosa cuña de Gustavo Adolfo. La base de dicho triángulo se apoyaba en el fondo de la plaza, con objeto de cubrir la avenida de la calle del Atrio; uno de los lados miraba al Hospital, y el otro a la calle de San Pedro. Clopin Trouillefón se puso en el vértice con el duque de Egipto, con el estudiante Juan del Molino y con los más temerarios gitanos.

Eran frecuentes durante la Edad Media empresas como la que acometían los hampones contra Nuestra Señora. No existía en aquella época lo que ahora llamamos *policía*. En las ciudades populosas, en las capitales, especialmente, no existía poder central, único y regulador; el feudalismo arregló las jurisdicciones de un modo irregular. Una ciudad era un conjunto de señoríos que la dividían en compartimientos de todas formas y extensiones, de donde se originaban mil policías contradictorias, o por mejor decir, la falta de policía. En París, por ejemplo, independientemente de los ciento cuarenta y un señores que pretendían disfrutar derecho censal, había veinticinco que alegaban tener derecho censal y administración de justicia, desde el obispo de París, que dominaba ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos, que tenía cuatro. Todos estos señores feudales no conocían más que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos ellos gozaban en sus estados del derecho de vida y muerte. Luis XI, infatigable albañil, que con tanto brío comenzara la demolición del edificio feudal, continuada por Richelieu y por Luis XIV en beneficio de la corona, y acabada por Mirabeau en beneficio del pueblo, Luis XI había hecho todo lo posible por deshacer la red de señoríos que cubría a todo París, lanzando violentamente a través de ella dos o tres decretos de policía general. En 1465 dio orden a los vecinos de París, para que apenas fuese de noche, iluminaran con velas las ventanas y encerrasen a los perros, bajo pena de horca; en el mismo año dio orden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibió llevar dagas y otras armas ofensivas después del crepúsculo; pero al cabo de poco tiempo estos ensayos de legislación general cayeron en desuso. Los vecinos dejaban que el viento apagara las velas de las ventanas, y que los perros vagasen por las calles; las cadenas de hierro no se tendían más que cuando París se hallaba en estado de sitio; la prohibición de usar dagas no produjo otro resultado que la mudanza de nombre de la calle de *Coupe-Gueule* por el de *Coupe-Gorge*, lo que era un evidente progreso. Permaneció en pie el viejo edificio de las jurisdicciones feudales,

aquella vasta aglomeración de bailías y de señoríos que en la misma ciudad se cruzaban, se entorpecían y se enredaban mutuamente, inutilizando a la multitud de rondas y contrarrondas, a pesar de las que actuaban a mano armada el pillaje, la rapiña y la sedición. Como reinaba tal desorden, eran frecuentes semejantes golpes de mano de la plebe, contra un palacio o contra una casa, hasta en los barrios más poblados. En la mayor parte de estos lances solo intervenían los vecinos cuando el desorden llegaba hasta sus casas. Tapábanse los oídos cuando oían tiros, cerraban las ventanas, barreaban las puertas, y dejaban que la contienda se las compusiera con la ronda o sin ella, y a la mañana siguiente se decía en París: —Esta noche han saqueado a Esteban Barbette. —Esta noche han atropellado al mariscal de Clermont, etc., etc. —Por esta razón no solo los alcázares reales, como el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, sino también las residencias señoriales, como Le Petit Bourbón, el palacio de Sens y el de Angulema, tenían almenas en las murallas y troneras sobre las puertas. A las iglesias las defendía su santidad; sin embargo, algunas estaban fortificadas, aunque no pertenecía a este número Nuestra Señora. El abad de San Germán de los Prados tenía almenada la iglesia como un castillo, y en su abadía había más hierro empleado en bombardas que en campanas. La fortaleza existía aún en 1610; hoy día solo queda la iglesia.

Pero volvamos a Nuestra Señora de París.

Tomadas las primeras disposiciones (y debemos añadir, en honor de la disciplina hampona, que fueron ejecutadas en silencio y con la mayor precisión), subió el digno jefe de la tropa, Clopin, sobre la rotonda del atrio; levantó la voz, ronca y vinosa, vuelto hacia Nuestra Señora, y agitando la antorcha, cuya luz, agitada por el viento y velada a cada instante por su propio humo, hacía distinguir y desaparecer a la vista la rojiza fachada de la iglesia, dijo:

—A ti, Luis de Beaumont, obispo de París, consejero del tribunal del Parlamento: yo, Clopin Trouillefón, rey de Tunia, gran coësre, príncipe de la Germanía, obispo de los locos, digo: Nuestra hermana, injustamente acusada de magia, se ha refugiado en tu iglesia, y tú la debes auxilio y salvaguardia. Sabemos que trata de apoderarse de ella el tribunal del Parlamento, y que tú lo toleras, y esto es tan cierto, que mañana la ahorcarían en la plaza de la Grève, si Dios y los hampones no lo evitaran. Por esto nos dirigimos a ti, obispo. Si tu iglesia es sagrada, nuestra hermana, cobijada en ella, tam-

bién lo es; si nuestra hermana no lo es, la iglesia tampoco. Por estas razones te intimamos a que nos entregues a dicha joven, si quieres salvar la iglesia; de lo contrario, saquearemos la Catedral, y arrebataremos a Esmeralda, en nuestro derecho. En fe de lo cual, planto aquí mi bandera, y ¡Dios sea en tu ayuda, obispo de París!

Por desgracia, Quasimodo no pudo oír estas palabras, pronunciadas con cierta majestad sombría y salvaje. Un hampón presentó su bandera a Clopin, que la plantó solemnemente en el suelo. La bandera era una horquilla, de la que pendía un sangriento cuarto de carroña.

Hecho esto, el rey de Tunia se volvió y paseó la vista por su ejército, por la multitud feroz, cuyas miradas brillaban tanto como las picas.

Después de un instante de pausa, gritó:

—¡Adelante, hijos! ¡Manos a la obra, operarios!

Treinta hombres robustos, de miembros hercúleos, con trazas de cerrajeros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro. Se dirigieron a la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas, y al punto se les vio a todos agachados bajo la ojiva, ocupados en descerrajar la puerta con tenazas y palancas. Multitud de hampones les siguieron para ayudarles o para ver lo que hacían. Los once escalones de las gradas estaban atestados de gente.

La puerta, sin embargo, resistía.

—¡Diablo, fuerte es y testaruda! —decía uno.

—¡Es vieja, y tiene endurecidos los cartílagos! —respondía otro.

—¡Ánimo, camaradas! Apuesto la cabeza contra una chinela, a que abrís la puerta, libertáis a la muchacha, y despojáis el altar mayor antes que se despierte un pertiguero. ¡Firme! ¡me parece que cruje la cerradura!

Interrumpió a Clopin un estrépito espantoso que resonó en este instante detrás de él. Volvió la cabeza; una viga enorme acababa de llover del cielo, aplastando a una docena de hampones sobre la escalinata de la iglesia, y rebotó sobre el empedrado con el estruendo de un cañonazo, rompiendo piernas de los sitiadores, que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror; en un santiamén quedó libre el estrecho recinto del atrio. Aquellos, protegidos

por los profundos arcos de la portada, dejaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó a distancia respetuosa de la iglesia.

—¡De buena me libré! —exclamó Juan—. ¡El aire de la viga me dio en la cara!

Imposible es explicar el asombro mezclado de espanto que se apoderó de los bandidos al caer la viga. Quedaron durante algunos instantes con los ojos fijos en el aire, más consternados a la vista del madero que a la de veinte mil arqueros del rey.

—¡Satanás! —gritó el duque de Egipto—; ¡esto me huele a magia!

—La luna nos envía este leño —advirtió Andrés el Rojo.

—Por eso dicen que la luna es amiga de la Virgen —repuso Francisco Chanteprune.

—¡Por el ombligo del Papa, que todos sois unos imbéciles! —gritó Clopin. Pero él no sabía explicarse la caída del madero.

Nada se distinguía, sin embargo, sobre la fachada, a cuya puerta alta no llegaba la claridad de las antorchas. El macizo proyectil yacía en medio del atrio, y oíanse los gemidos de los miserables que recibieron el primer choque, a los que dividió por mitad del vientre contra los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, el rey de Tunia encontró una explicación, que pareció plausible a sus compañeros:

—¡Vive Dios! Eso indica que los canónigos se defienden. ¡Saqueo, y a ellos!

—¡Saqueo! —repitió la horda con furiosa aclamación, y una descarga cerrada cayó sobre la fachada de la iglesia.

Al oír la detonación, despertáronse los pacíficos habitantes de las casas contiguas, abriéronse muchas ventanas, y en ellas aparecieron muchos gorros de dormir y muchas manos con velas encendidas.

—¡Disparad a las ventanas! —gritó Clopin.

Cerráronse todas de pronto al oír esta orden, y los curiosos, que apenas tuvieron tiempo para ver con terror aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse sudando de miedo al lado de sus mujeres, preguntándose si se

celebraba un aquelarre en el atrio de Nuestra Señora, o si la asaltaban los borgoñones como en 1464. Los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violación, y todos temblaron.

—¡Al saqueo! —repetían aún los hampones, pero no se atrevían a acercarse; contemplaban la viga. El madero no se movía, el edificio estaba desierto, pero un inconsciente terror helaba a los bandidos.

—¡Adelante los operarios! ¡echad abajo la puerta! —gritaba Clopin.

Nadie se movió.

—¡Voto al demonio! ¡He aquí unos hombres que tienen miedo a un madero!

—Capitán —contestó un operario—, no es la viga lo que nos intimida; es la puerta, que está sujeta con barras de hierro, y las tenazas no sirven para nada.

—¿Qué necesitáis para echarla abajo?

—Necesitamos un ariete.

El rey de Tunia dirigióse resueltamente al formidable madero, y puso un pie sobre él.

—Aquí hay uno —exclamó—; los canónigos os lo envían. —Y haciendo a la iglesia un saludo irónico, dijo: —Muchas gracias, canónigos.

Esta baladronada produjo su efecto, y disipó el prestigio del madero. Se reanimaron los hampones, y en un momento la pesada viga, levantada como una pluma por doscientos brazos vigorosos, cayó con furia contra la gran puerta que querían derribar. Visto a la escasa claridad de las pocas antorchas que llevaban los bandidos, aquel largo madero, conducido por un tropel de hombres que corriendo se precipitaban con él contra la iglesia, parecía monstruoso animal de mil pies, atacando con la cabeza baja a un monstruo.

Al choque de la viga retumbó la puerta semimetálica como un inmenso tambor, y aunque no se rompió, se estremeció la Catedral entera, y se oyeron resonar las cavidades del edificio.

Al mismo tiempo comenzó a caer una lluvia de piedras gruesas sobre los sitiadores desde lo alto de la fachada de Nuestra Señora.

—¡Diablo! —gritó Juan—; ¿nos arrojarán las torres sus antepechos a la cabeza?

Pero el impulso estaba ya dado, y el rey de Tunia contribuía con su ejemplo a envalentonar a los hampones; figurándose estos que el obispo se defendía, batían la puerta con más rabia, a pesar de que las piedras al caer hacían saltar cráneos a derecha e izquierda.

Lo chocante era que las piedras caían una a una, pero con mucha frecuencia; los hampones recibían siempre dos a la par, una en los pies y otra en la cabeza. Rara era la que erraba el golpe, y ya se había formado un gran montón de muertos y de heridos bajo los sitiadores, que, cada vez más furibundos, se relevaban sin tregua. La larga viga continuaba batiendo la puerta a intervalos regulares, como el badajo de una campana, y rechinaba mientras llovían piedras.

El lector comprenderá que la resistencia inesperada, que tanto exasperaba a los hampones, provenía de Quasimodo. La casualidad, por desgracia, favoreció al valiente sordo.

Cuando bajó a la rotonda situada entre las dos torres, tenía confusión de ideas. Durante algunos minutos corrió por la galería, yendo y viniendo como un loco, observando desde aquel sitio la masa compacta de los hampones, decididos a arrojarse sobre la iglesia, y pedía a Dios o al diablo que salvase a Esmeralda. Ocurriósele subir al campanario meridional, y tocar a rebato; pero antes de echar la campana al vuelo, antes que la voz sonora de María lanzara un solo clamor, ¿no podían derribar la puerta de la iglesia? Precisamente en aquel instante los obreros, con sus herramientas, avanzaban hacia ella. ¿Qué hacer, pues?

Se acordó, de pronto, que habían estado trabajando todo el día albañiles en reparar la pared, la techumbre y el tejado de la torre meridional, y esto fue para él una inspiración. La pared era de piedra, la techumbre de plomo, y la armazón de madera.

Voló Quasimodo hacia allí; las habitaciones inferiores estaban, en efecto, llenas de materiales. Había montones de cascote, planchas de plomo arrolladas, gruesas vigas, melladas ya por la sierra, y muchísimos escombros; un arsenal completo.

El tiempo apremiaba. Las tenazas y los martillos trabajaban abajo. Quasimodo, con poderosa fuerza, que multiplicaba el sentimiento del peligro, levantó una de las vigas, la más larga y pesada de todas, la sacó por la ventanilla, y cogiéndola luego por fuera de la torre hízola deslizar sobre el ángulo del antepecho que rodea la plataforma, y la dejó caer en el vacío. El enorme madero, en la caída de ciento veinte pies, raspando la pared, rompiendo las esculturas, giró muchas veces sobre sí mismo, como el aspa de un molino que volara por el espacio y tocó, por fin, al suelo, haciendo lanzar un grito horrible.

Quasimodo vio que los hampones se desparramaban, al caer el madero, como la ceniza al soplo de un niño; aprovechó su terror, y mientras ellos fijaban supersticiosas miradas en la viga, y acribillaban con una descarga de saetas a los santos de la portada, él amontonó silenciosamente piedras, cascotes y hasta sacos de instrumentos de albañilería sobre el mismo sitio por donde había precipitado el madero.

Por eso desde que empezaron a golpear la inmensa puerta, empezó también la lluvia de proyectiles, pareciéndoles a los bandidos que la iglesia se demolía por sí misma sobre sus cabezas.

El que hubiese visto entonces a Quasimodo, se hubiera horrorizado. Además de cuanto amontonó sobre la balaustrada, reunió multitud de piedras sobre la misma plataforma. Cuando agotó los cascotes reunidos, los cogía a puñados del montón, y entonces se agachaba y se volvía a enderezar con actividad increíble. Su horrible cabeza de gnomo se asomaba al antepecho, y luego caía una piedra, y luego otra, de vez en cuando seguía con la vista la caída de las piedras mayores, y cuando mataban a alguno, decía: —¡Así!

Los hampones no se acobardaban, sin embargo; más de veinte veces había ya temblado la maciza puerta bajo el embiste del ariete de encina, multiplicado por la fuerza de cien hombres. Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes vacilaban en sus ejes, las cerraduras salían de quicio, la madera caía hecha astillas entre las chapas de hierro; pero afortunadamente para Quasimodo, había en las puertas más hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que estas vacilaban. Aunque no oyese que cada golpe de ariete repercutía en los ámbitos de la iglesia y en sus entrañas, desde su altura veía que demostraban aire de triunfo los hampones, y que con

rabia amenazaban cerrando los puños a la invencible fachada, y envidiaba Quasimodo para él y para la gitana las alas de los búhos, que huían a bandadas sobre su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba para rechazar a los sitiadores. En estos momentos de angustia vio, un poco más abajo desde donde apedreaba a los hampones, dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puerta principal de la iglesia; el orificio interior de estas canales daba sobre la rotonda. Ocurriósele una idea: corrió a su habitación a buscar un leño, puso sobre él una porción de rollos de plomo, y después de bien dispuesto todo eso junto a la boca de ambos canalones, pególe fuego con la llama de su linterna.

Durante este tiempo, como ya no caían piedras, los hampones ya no miraban hacia arriba; y jadeando como jauría que acosa a un jabalí en su madriguera, se apiñaban tumultuosamente en torno de la gran portada, desfigurada ya por el ariete, pero en pie todavía, esperando con bramidos de impaciencia el golpe que debía hacerla trizas. Porfiaban todos ellos por acercarse lo más posible para lanzarse los primeros, cuando se abriese la opulenta Catedral, que era un vasto almacén donde se iban amontonando las riquezas de tres siglos. Recordábanse unos a otros con alegría y con codicia las hermosas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias sepulturas de plata sobredorada, las magnificencias del coro, las fiestas deslumbradoras, las Navidades resplandecientes de luces, las Pascuas brillantes como el sol y todas las solemnidades en las que urnas, candelabros, cálices, tabernáculos y relicarios cubrían los altares como una capa de oro y de diamantes. Seguramente en aquel momento, así los ladrones como los rateros, así los asesinos como los caballeros del hampa, pensaban menos en libertar a la gitana que en el saqueo de Nuestra Señora, y creemos que para muchos de ellos, la liberación de Esmeralda era solo un pretexto, si es que para robar se necesitan pretextos.

Repentinamente, en el momento en que se agolpaban en torno del ariete para hacer el último esfuerzo, reteniendo todos el aliento, y dilatando los músculos para dar con todas sus fuerzas el golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un alarido más espantoso aún que el que exhalaron cuando cayó el madero. Los que no clamaban, los que vivían aún, miraron hacia arriba. Dos chorros de plomo caían desde lo alto del edificio sobre lo más compacto de la muchedumbre: aquel mar de hombres acababa de aplacarse bajo la

influencia del metal hirviente, que hizo, en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes entre el gentío, como en la nieve el agua hirviendo.

Veíase entre la multitud agitarse a los moribundos medio calcinados y bramando: en torno de los dos caños principales, muchas gotas de la horrible lluvia, se desparramaban sobre los sitiadores y penetraban en los cráneos como barrenas candentes; era aquello un fuego mordiente que acribillaba a aquellos miserables con su granizo abrasador.

Los gritos que lanzaban eran desgarradores. Todos huyeron en tropel, dejando caer el ariete sobre los cadáveres, así los cobardes como los valientes, y por segunda vez quedó el atrio vacío.

Todas las miradas se dirigieron a lo alto de la iglesia, que ofrecía un espectáculo extraordinario. Sobre la más alta galería, encima del rosetón central, alzábase una hoguera entre los dos campanarios, envuelta en un torbellino de chispas llameando desordenada y furiosa, que el viento dividía a cada instante y arrebataba entre el humo. Más abajo de la llama y de la sombría rotonda con labrados de fuego salían dos gárgolas de piedra en forma de monstruos, cuyas bocas vomitaban sin interrupción una lluvia ardiente, que destacaba plateado chorro sobre las tinieblas de la fachada inferior; a medida que se acercaban al suelo se ensanchaban, formando copos los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por muchos agujeros de la regadera. Sobre la llama distinguíanse las dos grandes torres, viéndose los dos frentes de ellas, muy distintos; el uno negro enteramente y el otro de fuego, pareciendo mayores aún por la inmensidad de la sombra que elevaba hasta el cielo. Las innumerables esculturas, que representaban diablos y dragones, tomaban aspecto lúgubre; al inquieto reflejo de las llamas parecía que se agitaban; había serpientes que parecían reír, perros que ladraban, salamandras que soplaban el fuego y tarascas a las que el humo hacía estornudar. Entre esos monstruos, que despertaran el ruido y las llamas, había uno que andaba y que pasaba de vez en cuando por delante de la hoguera como un murciélago delante de una luz.

Indudablemente este extraño faro despertaría al lejano leñador de las colinas de Bicetre, atónito al ver vacilar sobre los matorrales la gigantesca sombra de Nuestra Señora.

Siguió largo silencio de terror entre los hampones, durante el cual se oyeron los gritos de alarma de los canónigos que habitaban en el claustro, inquietos como caballos en una cuadra que está ardiendo: oíase el furtivo rumor de las ventanas que se abrían y cerraban con precipitación, el desasosiego interior de las casas del hospital, el viento al agitar las llamas, los ayes de los moribundos y el chirrido continuo de la lluvia de fuego sobre las piedras.

Entretanto, los principales jefes se habían refugiado bajo el pórtico de la casa de Goudelaurier y celebraban consejo. El duque de Egipto, sentado en un poyo, contemplaba con místico temor la fantasmagórica hoguera que resplandecía a doscientos pies sobre el nivel del suelo. Clopin Trouillefón se mordía las manos con rabia.

—Será imposible penetrar —murmuraba entre dientes.

—Esta es una vieja iglesia encantada —refunfuñaba el viejo gitano Matías Hungadi Spícali.

—¡Vive Dios! —exclamaba un valentón machucho que había sido soldado—; ¡esos canalones vomitan plomo derretido más abundante que los matacanes de Lectoure!

—¿Veis aquel demonio que pasa y vuelve a pasar por delante del fuego? —preguntó el duque de Egipto.

—¡Pardiez! —repuso Clopin—, es el maldito campanero, el condenado Quasimodo.

El gitano movió la cabeza en señal de negación.

—Pues yo os digo —exclamó—, que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Su figura es la de un soldado armado con cabeza de león; a veces monta un caballo repugnante; trueca en piedras a los hombres, y luego construye torres. Manda cincuenta legiones; estoy seguro que es él, le reconozco. A veces luce un magnífico ropón, como los turcos.

—¿Dónde está Bellevigne de L'Étoile? —preguntó Clopin.

—Ha muerto —respondió una de las hamponas.

Andrés el Rojo reía como un idiota.

—¡Nuestra Señora proporciona ocupación al hospital! —decía.

—¿Conque no hay manera de forzar esa puerta? —exclamó el rey de Tunia, dando una fuerte patada.

Mostróle con tristeza el duque de Egipto los dos chorros de plomo hirviente, que no cesaban de rayar la negra fachada.

—Iglesias ha habido que se defendían así ellas solas —observó suspirando—. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace de esto) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas, esto es, sus cabezas. Guillermo de París, que construyó esta Catedral, era seguramente un mágico.

—¿Conque nos hemos de ir con el rabo entre las piernas, como una pandilla de lacayos? —dijo Clopin—; ¡hemos de dejar ahí a nuestra hermana, para que esos lobos encapuchados la ahorquen mañana!

—¡Abandonar la sacristía, donde hay carretadas de oro! —agregó un hampón, cuyo nombre ignoramos.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Clopin.

—Hagamos otra tentativa —dijo el hampón.

Matías Hungadi volvió a mover la cabeza.

—No hay que pensar en entrar por la puerta —dijo—; busquémosle el flaco a la armadura de la vieja hechicera; un agujero, una falsa poterna, un resquicio cualquiera.

—¿Quién me sigue? —exclamó Clopin—. Yo vuelvo a la carga. A ver: ¿dónde está el estudiante que iba tan cargado de hierro?

—Sin duda ha muerto —respondió un hampón—, cuando no se le oye reír.

El rey de Tunia frunció el entrecejo.

—Lo siento —dijo—; debajo de aquella armadura latía un corazón de hombre. ¿Y Pedro Gringoire?

—Capitán Clopin —contestó Andrés el Rojo—, se escapó en cuanto estuvimos en el puente del Cambio.

Clopin dio una patada.

—¡Rayos y truenos! ¡nos mete en esta zambra y luego nos deja plantados en la mitad de la fiesta! ¡Cobarde charlatán!…

—Capitán Clopin —advirtió Andrés el Rojo, que dirigía la vista hacia la calle del Atrio—; aquí viene el estudiante.

—¡Loado sea Plutón! —murmuró Clopin—; ¿qué diablos trae arrastrando?

Acudía Juan del Molino, todo lo deprisa que le permitían sus pesados arreos de paladín, con una larga escalera de mano, que arrastraba impávido, y más sofocado que una hormiga cargada con una espiga veinte veces más larga que ella.

—¡Victoria! ¡*Te-Deum*! —gritaba—. Aquí está la escalera de los descargadores del puerto de Saint-Landry.

—¿Pero qué quieres hacer con esa escalera? —le preguntó Clopin, que se acercó a él.

—Ya la tengo —respondió Juan respirando apenas—. Ya sabía dónde estaba. Bajo el cobertizo de la casa del teniente. Hay allí una moza que conozco y para la que soy tan hermoso como un Cupido. Me ha servido esto para coger la escalera y aquí la tengo. La pobre chica salió a abrirme en camisa.

—Bien; pero ¿para qué la quieres?

Juan miró a Clopin con aire picaresco e hizo resonar los dedos como castañuelas. En aquel momento estaba sublime. Llevaba a la cabeza uno de aquellos cascos recargados del siglo XV que espantaban al enemigo con sus fantásticas cimeras.

—¿Qué quiero hacer con ella, augusto rey de Tunia? ¿Veis aquella fila de estatuas que tienen cara de imbéciles, situada sobre los tres portones?

—Sí; ¿y qué?

—Pues aquella es la galería de los reyes de Francia.

—Y eso, ¿qué nos importa?

—Tened paciencia; al fin de dicha galería hay una puerta que no se cierra más que con picaporte; con esta escalera subo y entro en la iglesia.

—Hijo, déjame subir el primero.

—Eso no, camarada; la escalera es muy mía. Venid y seréis el segundo.

—¡Llévete Belcebú! —dijo el testarudo Clopin—; yo no quiero ir detrás de nadie.

—Entonces, Clopin, búscate escalera.

Juan echó a correr por la plaza arrastrando la escalera y gritando:

—¡Aquí, muchachos, aquí!

Al punto apoyaron la escalera en la balaustrada de la galería inferior, encima de una de las puertas laterales; la caterva de los sitiadores, moviendo gran bulla, se apoyó a sus pies para trepar por ella; pero Juan sostuvo su mejor derecho y fue el primero que pisó los escalones. La travesía era larga; la galería de los reyes de Francia, a la altura, hoy, de unos sesenta pies del nivel del suelo, tenía entonces además las once gradas de la escalinata. Subía Juan con lentitud, pues le estorbaba la pesada armadura, agarrándose con una mano a los escalones y sosteniendo con la otra la ballesta. Al llegar a la mitad de la escalera tendió la mirada sobre los hampones muertos que cubrían las gradas, y dijo: —¡He aquí un montón de cadáveres digno del quinto canto de la Iliada! —Después continuó subiendo, seguido de varios sitiadores, de los que había uno en cada escalón. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas, que en la oscuridad subía ondulando, parecía una sierpe de escamas aceradas que se empinaba sobre la iglesia; Juan, que iba silbando, formaba la cabeza para acabar de completar la ilusión.

El estudiante llegó por fin a la balaustrada de la galería, y saltó por encima en medio de los aplausos de los hampones; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de triunfo, pero de repente se quedó petrificado. Acababa de ver detrás de la estatua de uno de los reyes a Quasimodo en las tinieblas y echando llamas por su ojo único.

Antes que el segundo asaltante pusiese los pies en la galería, saltó el formidable jorobado a la cabeza de la escalera, cogió silenciosamente el extremo de los dos ejes con sus férreas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento, entre amargos clamores de agonía, la larga y flexible escala, atestada de hampones, y luego, de pronto, con fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los más temerarios se estremecieron. La escalera, lanzada hacia atrás, quedó un momento derecha y en pie, como vacilando; después, describiendo un es-

pantoso arco de círculo de ochenta pies de radio, cayó sobre el empedrado con su carga de bandidos, con la presteza de un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Oyóse inmensa imprecación; después todo quedó en silencio, y algunos míseros mutilados se retiraron arrastrándose por debajo de un montón de cadáveres.

Ayes de dolor y gritos de cólera sucedieron a las exclamaciones de triunfo de los asaltantes. Quasimodo, impasible, tenía apoyados los codos sobre la baranda y los miraba; parecía un rey antiguo y cabelludo asomado a la ventana.

Juan Frollo se hallaba en crítica situación. Veíase solo en la galería con el terrible campanero y separado de sus camaradas por un muro vertical de ochenta pies. Mientras Quasimodo estaba manejando la escala, el estudiante corrió hacia la poterna, que creía abierta, pero no era así; el sordo, al entrar en la galería, la había cerrado. Al ver esto, Juan se escondió detrás de un rey de piedra, sin osar a moverse, fijando en el monstruo jorobado sus espantados ojos.

Al principio el campanero no se fijó en él; pero al fin volvió la cabeza e hizo un ademán furioso; acababa de ver al estudiante. Preparóse Juan a un ataque terrible, pero el sordo permaneció inmóvil: no hacía más que mirar al estudiante.

—¿Por qué me miras con ese ojo melancólico? —le dijo por fin el estudiante, mientras preparaba cautamente la ballesta—. Quasimodo —gritó—, voy a hacerte mudar de apodo; de hoy en adelante te llamarán el ciego.

La flecha, silbando, se clavó en el brazo izquierdo del jorobado. Quasimodo no se inmutó, como si la flecha se hubiera hincado en la estatua del rey Faramundo. Llevóse la mano a la saeta, la arrancó del brazo y, sin decir palabra, la rompió contra su rodilla; luego dejó caer los dos pedazos. Pero no dio tiempo a Juan para que disparara por segunda vez, porque después de romper la flecha, resollando con furor, saltó y se precipitó con tal ímpetu sobre el estudiante, que al choque que este dio contra la pared se le abolló toda la armadura.

Entonces, en aquella penumbra, donde llegaba la luz de las antorchas, se vio una escena horrible.

Asió Quasimodo con la mano izquierda los brazos de Juan del Molino, quien ni aun hizo movimiento al verse perdido, y con la mano derecha le fue quitando una a una, con siniestra calma, todas las piezas de la armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Quasimodo dejaba caer a sus pies trozo a trozo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando Juan se vio desarmado, débil y desnudo en las terribles garras de aquel monstruo, no intentó hablar, ya que no le podía oír, pero comenzó a reír en sus barbas y a cantar con la inconsciencia de sus dieciséis años la canción popular de aquella época:

Bien vestida ha quedado
la ciudad de Cambray;
Marafín la ha robado…

No terminó la estrofa, porque antes de que la terminase se había subido Quasimodo sobre el antepecho de la galería, sosteniendo con una sola mano al estudiante por los pies, y le volteaba en el aire como si fuera una honda: luego se oyó el ruido de un armazón de huesos que se aplasta contra una pared, y viose caer un objeto que se detuvo a la tercera parte del camino en un punto saliente de la arquitectura; era un cadáver que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, con los riñones destrozados y el cráneo vacío.

Los hampones lanzaron un grito de horror.

—¡Venganza! —exclamó Clopin.

—¡Saqueo! —contestó la muchedumbre.

—¡Al asalto! ¡al asalto! —Oyóse entonces un alarido prodigioso, en el que estaban mezclados todas las lenguas y todos los acentos. La muerte del estudiante produjo terrible reacción entre aquella turba, avergonzada y colérica al verse dominada tanto tiempo ante una iglesia y por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos instantes vio Quasimodo, desesperado, que aquel espantoso hormiguero subía por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no lograban escaleras, tenían cuerdas con nudos; los que no tenían cuerdas, trepaban por los relieves arquitectónicos, colgándose los unos de los harapos de los otros. No había medio de resistir a aquella marea continua de caras horribles; la indignación hacía centellear aquellos feroces semblantes; de sus frentes terrosas goteaba el sudor, sus ojos chispeaban, y aquellos gestos, aquellas fealdades, amena-

zaban a Quasimodo. Parecía que otra iglesia hubiera enviado a asaltar a Nuestra Señora sus gárgolas, sus sierpes, sus tarascas, sus demonios y sus más fantásticas esculturas; parecían los hampones una creación de monstruos vivos sobre los monstruos de piedra de la fachada.

Entretanto, multitud de luces brillaban en la plaza; la indescriptible escena, sepultada en la oscuridad hasta entonces, de repente se inundó de luz. Resplandecía el atrio y extendía sus reflejos hasta el cielo. La hoguera encendida en lo alto, continuaba ardiendo e iluminaba a lo lejos la ciudad. La enorme sombra proyectada por las dos torres, extendida a gran distancia sobre los tejados de París, formaba, en medio de la claridad, extensa mancha oscura. París parecía haberse conmovido. A lo lejos las campanas tocaban a rebato. Los hampones, jurando y dando voces, continuaban subiendo por la fachada; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblaba por la gitana, al ver que aquellos horribles rostros se aproximaban más cada vez a la galería, y se retorcía los brazos con desesperación.

V. El retiro donde reza las oraciones del día el rey Luis XI de Francia

Quizá recuerde el lector que cuando Quasimodo escudriñaba a París desde lo alto de la torre, momentos antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, no vio en toda la capital más que una sola luz, que salía de un vidrio en el piso más elevado de un alto y sombrío edificio, contiguo a la puerta de San Antonio. Aquel edificio era la Bastilla y aquella luz la vela de Luis XI.

El rey estaba efectivamente en París hacía ya dos días, y dentro de otros dos debía encaminarse hacia la ciudadela de Montils-les-Tours. Pocas veces estaba aquel monarca en su *buena* ciudad de París, porque en ella no veía en torno de su persona bastantes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Aquel día fue a pernoctar en la Bastilla. La gran cámara de cinco toesas cuadradas que poseía en el Louvre, su gran chimenea, adornada con doce

colosales bestias y con trece grandes profetas, y su gran lecho, de once pies de largo y doce de ancho, le gustaban poco. Perdíase entre tanta suntuosidad, y aquel rey plebeyo prefería la Bastilla con un cuartucho y una cama vulgar. Además, la Bastilla era más fuerte que el Louvre.

Aquel *cuartito* que el rey se había reservado en la famosa prisión de Estado era, no obstante, bastante espacioso y ocupaba el piso más alto de un torreón contiguo a la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, tapizado de esteras de reluciente esparto; el techo estaba formado por vigas recamadas de flores de estaño dorado, con los huecos de color, y tenía las paredes cubiertas con ricas maderas, sembradas de rosas de estaño blanco y pintadas de hermoso verdegay, fabricado con oropimente y de glasto fino.

Solo había en esta estancia una ventana larga, ojival, enrejada de alambre y de barras de hierro y cubierta con magníficos vidrios iluminados con las armas del rey y de la reina, que costaban cada uno veintidós sueldos.

No tenía esa cámara tampoco más que una entrada, una puerta moderna, de arco abocinado, protegida por un tapiz por dentro y por fuera adornada con uno de aquellos pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería, primorosamente trabajados, que se veían aún hace ciento cincuenta años en algunas casas antiguas. «Aunque desfiguran e incomodan los sitios —dice consternado Sanval— no quieren nuestros señores mayores deshacerse de ellos, y los conservan a despecho de todo el mundo.»

No había en aquella estancia nada de lo que amueblaba entonces las habitaciones: ni bancos, ni estrados, ni sillería, ni banquillos comunes en forma de caja, ni soberbios escabeles sostenidos por pilares y contra-pilares. Solo se veía allí un suntuoso sillón de tijera con brazos, cuya madera estaba pintada de rosas sobre fondo bermejo; el asiento era de cordobán carmesí, guarnecido de largos rapacejos de seda y salpicado de mil clavos de oro. La soledad del sillón daba a entender que una sola persona tenía derecho a sentarse en esta cámara. Al lado de la poltrona, y cerca de la ventana, había una mesa cubierta con un tapiz bordado con figuras de pájaros; sobre la mesa se veían: un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos, varias plumas y una copa de plata cincelada. Un poco retirados había un calentador y un reclinatorio forrado de terciopelo carmesí con bordados de oro. En el fondo se descubría una cama sencilla, de damasco encarnado y amarillo, sin otros adornos y con flecos sencillos. Este lecho fue famoso, porque en él tuvo el

célebre insomnio Luis XI; es el mismo lecho que podía contemplarse aún, hace doscientos años en casa de un consejero de Estado, y allí le vio madame Pilou, célebre en el Ciro bajo el nombre de *Arricydia*.

Tal era la cámara que se llamaba «El retiro donde reza las oraciones del día del señor rey Luis de Francia.»

En el momento que introducimos en él al lector estaba muy oscuro. La queda había sonado hacía más de una hora; era de noche y solo había una vacilante vela de cera sobre la mesa para alumbrar a cinco personas que estaban en la habitación.

El primero, en el que reflejaba la luz, era un señor ostentosamente vestido con jubón y ropilla escarlata listada de plata y con tabardo forrado de paño de oro con dibujos negros; este rico traje, en el que rielaba la luz, parecía ribeteado de llama por todos los pliegues. El hombre que le vestía llevaba al pecho sus armas bordadas con colores vivos; pendía de su cintura una rica daga, cuya empuñadura de plata sobredorada, estaba cincelada en forma de cimera y remataba en una corona de conde. Presentaba este personaje mala catadura, aire altanero y la cabeza erguida; al primer golpe de vista leíase en su rostro la arrogancia y la astucia.

Estaba descubierto y tenía en la mano un largo cartelón: hallábase en pie detrás del sillón de brazos, en el que se sentaba un personaje descuidadamente vestido, con el cuerpo doblado sin gracia, poniendo una pierna sobre otra y el codo sobre la mesa. Figúrese el lector sobre el rico asiento de cordobán dos rodillas zambas, dos piernas flacas, pobremente vestidas de un tejido de aguja de lana negra, un busto envuelto en un gabán de fustán, forrado de una piel que tenía menos pelo que cuero, y, en fin, para coronar el conjunto, un sombrero viejo y mugriento del más ínfimo fieltro negro, ceñido de un cordón circular de figuritas de plomo. Añádase a esto un asqueroso solideo que apenas dejaba salir un cabello, y se tendrá idea de la persona que estaba sentada. Tan inclinada tenía la cabeza sobre el pecho, que solo se descubría de su persona la punta de la nariz, sobre la que caía un rayo de luz, y que demostraba ser muy larga. Al ver su enjuta y arrugada mano se adivinaba que era un anciano; era, en fin, Luis XI.

A alguna distancia de dichos dos personajes hablaban en voz baja dos hombres vestidos a la moda flamenca, y que cualquiera espectador del misterio de Gringoire hubiera conocido que eran los principales embajadores

flamencos, Guillermo Rym, el sagaz pensionado de Gante, y Santiago Coppenole, el popular calcetero. Recordaremos que estos dos hombres estaban iniciados en la política secreta de Luis XI.

En el fondo de la cámara, junto a la puerta, estaba de pie, en la oscuridad, inmóvil como una estatua, un hombre vigoroso, de formidable apariencia, con arreos militares y tabardo blasonado, cuya fisonomía cuadrada, ojos prominentes, frente pequeña, boca grande y orejas ocultas bajo dos melenas de pelo lacio, le daban a la vez el aspecto del perro y del tigre.

Todos se hallaban descubiertos, menos el rey. El personaje que estaba al lado de este le leía una especie de lista de gastos que Su Majestad oía con atención. Los dos flamencos cuchicheaban.

—¡Vive Dios! —gruñía Coppenole—, que estoy ya cansado de estar en pie; ¿no hay una silla por ahí?

Rym le respondió con un gesto negativo, acompañado de cortesana sonrisa.

—Sabed, pues —prosiguió diciendo maese Santiago, fastidiado de tener que hablar en voz baja—, que me dan ganas de sentarme en el suelo, con las piernas cruzadas, como lo hago en mi tienda de calcetero.

—¡Guardaos bien de eso! —le contestó Rym.

—¿Conque aquí solo se puede estar de pie, maese Guillermo?

—O de rodillas —le advirtió el pensionado de Gante.

Oyóse en aquel momento la voz del rey: callaron los flamencos.

—¡Cincuenta sueldos los trajes de nuestra servidumbre y doce libras las capas de los clérigos de nuestra corona! ¡Muy bien! ¡Derramad el oro a puñados! ¿Estáis loco, Olivier?

Al hablar de este modo, el viejo levantó la cabeza y se vio que relucían en su cuello las conchas de oro del collar de San Miguel. La luz iluminaba vigorosamente su perfil descarnado y lánguido. Tomó el rey las cuentas que el otro tenía en las manos.

—¡Nos arruináis! —exclamó, recorriendo el mamotreto con sus hundidos ojos—. ¿Para qué sirve todo esto? ¿Qué falta nos hace tanta servidumbre? ¡Dos capellanes, a razón de dos libras al mes cada uno, y un clérigo de capi-

lla, a cien sueldos! Un ayuda de cámara a noventa libras por año. Cuatro marmitones a ciento veinte libras cada uno. Un macero, un jardinero, un cocinero, un copero, un sumiller de armas, dos mozos de acémilas, a razón de diez libras al mes cada uno. Dos pinches de cocina a ocho libras. Un palafrenero y sus dos mozos a veinticuatro libras mensuales. Un mozo de escalera, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno a sesenta libras anuales. El albéitar-herrero con ciento veinte libras, y el tesorero con mil doscientos, y el administrador con quinientas… ¡Esto es abusivo!… ¡Los gajes de nuestros criados devoran la Francia! ¡Tal fuego de gastos derretiría todas las joyas del Louvre! ¡Tendremos que vender nuestras vajillas! Y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora (al llegar aquí se descubrió) nos conceden vida, tendremos que beber nuestras tisanas en un cacharro de estaño.

Esto diciendo, echó una mirada a la copa de plata que estaba sobre la mesa; tosió y luego continuó hablando:

—Maese Olivier, los príncipes que reinan en grandes Estados, los reyes y los emperadores no deben dar cabida en sus palacios al lujo, porque desde ellos se extiende este fuego hasta las provincias. Así, maese Olivier, tened presente lo que os voy a decir: nuestros gastos aumentan todos los años y esto no nos acomoda. Hasta el año 73 el presupuesto no ha pasado de treinta y seis mil libras y en el año 80 ha llegado a cuarenta y tres mil seiscientas ochenta libras, y este año, según parece, llegará a ochenta mil… ¡En cuatro años doblar el gasto! ¡Eso es una monstruosidad!

El rey se detuvo falto de aliento al llegar aquí, y después de una pausa, continuó muy indignado:

—¡No veo alrededor de mí más que hombres que engordan con mi flacura! ¡Por todos los poros me chupan el dinero!

Todos callaron; era esta cólera del rey de las que es preciso dejar pasar.

El rey continuó:

—¿Pues y ese memorial en latín de los señoríos de Francia para que restablezcamos lo que ellos denominan las grandes cargas de la corona? ¡Cargas son y cargas que devengan! ¡Ah, señores! ¡decís que no soy rey para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo*! ¡Pascua de Dios! ¡Ya os haremos ver que somos un verdadero rey!

Luis XI se sonrió comprendiendo su poderío, y este sentimiento mitigó en parte su mal humor; luego, dirigiéndose a los flamencos, les dijo:

—Habéis de saber, compadre Guillermo, que el gran panadero, el gran repostero, el mayordomo mayor y el gran senescal no valen tanto como el peor criado. No le olvidéis, compadre Coppenole. De nada sirven. Al verlos parados a mi alrededor se me figuran los cuatro evangelistas que rodean la esfera del gran reloj del Palacio, que Felipe Brille acaba de restaurar: son dorados, pero ni señalan la hora ni para nada se necesitan.

Quedó un momento pensativo y añadió moviendo la cabeza:

—Pero como yo no soy Felipe Brille, yo no doraré otra vez a los grandes vasallos. Prosigue, Olivier.

El personaje que el rey designaba con este nombre prosiguió la lectura en alta voz:

—«A Adam Tenon, guardasellos del Prebostazgo de París, por la plata, obra y grabados de dichos sellos, hechos nuevamente para reemplazar a los anteriores, que ya no servían por usados y viejos, doce libras parisíes.

—»A Guillermo Frere la suma de cuatro libras y cuatro sueldos parisíes, por su trabajo y por los gastos de comida de los dos palomares del palacio de las Tournelles durante los meses de enero, de febrero y de marzo de este año, que han consumido siete sexterios de cebada.

—»A un capuchino, por haber confesado a un criminal, cuatro sueldos parisíes.»

El rey escuchaba silencioso. De vez en cuando tosía, y entonces llevaba la copa a los labios y haciendo un gesto bebía un sorbo.

—«Este año se han hecho por orden de la justicia, a son de trompa, por las calles de París, cincuenta y seis pregones.» Están por ajustar.

—«Por haber cavado y socavado en ciertos sitios, tanto en París como en otros puntos, para hallar dinero que se decía estar enterrado en ellos, pero que no se ha encontrado, cuarenta y cinco libras parisíes.»

—¡Eso es enterrar un escudo para desenterrar un sueldo! —exclamó el rey.

—«Por haber colocado en el palacio de las Tournelles seis cuarterones de vidrio blanco en el sitio donde está la jaula de hierro, trece sueldos.—Por haber fabricado y entregado de orden del rey, el día de los monstruos, cuatro escudos con las armas del dicho señor, rodeados de guirnaldas de rosas, seis libras.—Por poner mangas nuevas al jubón en la ropilla vieja del rey, veinte sueldos.—Por una caja de unto para sacar lustre a las botas del rey, quince dineros.—Por una pocilga nueva para los puercos negros del rey, treinta libras parisíes.—Por los tabiques, planchas y trampas, construidos para alojar los leones en las inmediaciones de San Pablo, veintidós libras.»

—Caros animales —dijo Luis XI—, pero no importa; esa generosidad es digna de un rey. Hay entre ellos un león rojo que me encanta. ¿Le habéis visto, maese Guillermo? Los príncipes deben poseer esas estupendas fieras; para nosotros los reyes, los perros deben ser leones y los gatos tigres. Todo lo grande sienta bien a las testas coronadas. En los tiempos de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecía a los templos cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas. Esto era feroz y hermoso. Los reyes de Francia han tenido siempre rugidos de esa clase cerca del trono: sin embargo, todos me harán la justicia de confesar que en esto gasto menos que mis antecesores, y que soy más modesto en cuanto al número de leones, de osos, de elefantes y de leopardos. Adelante, maese Olivier. Queríamos comunicar esto a nuestros amigos los flamencos.

Guillermo Rym se inclinó profundamente, mientras que el aburrido Coppenole semejaba uno de aquellos osos de que hablaba Su Majestad; pero no lo advirtió el rey, que estaba mojando los labios en la copa y escupía el brebaje, diciendo:

—¡Puf! ¡Qué tisana tan asquerosa!

El que leía prosiguió:

—«Por el alimento de un pícaro villano, preso hace seis meses en el cuarto del desolladero, mientras se decide qué se ha de hacer de él, seis libras cuatro sueldos.»

—¿Qué es eso? —observó el rey—; ¿dar alimento al que se va a ahorcar? ¡Pascua de Dios! No daré ni un sueldo más para su manutención. Entendeos sobre el asunto, maese Olivier, con el señor de Estonteville, y desde esta noche arreglad las bodas de ese galán con la horca. Proseguid.

Olivier hizo una señal con la uña en el artículo del *pícaro villano* y pasó adelante.

—«A Enrique Cousin, ejecutor de la justicia de París, la suma de sesenta sueldos parisíes, por orden y tasación de monseñor el preboste de París, por el importe de una espada grande y cortante para decapitar a las personas condenadas a ello por sus delitos; por su vaina con todos los enseres correspondientes, y por haber mandado limpiar y afilar la espada vieja, que se melló bastante ejecutando al caballero Luis de Luxemburgo, como más extensamente puede verse…»

El rey interrumpió la lectura, diciendo:

—¡Basta! Decreto la suma con todo mi corazón. Esos son gastos en los que no reparo y no he sentido nunca el dinero que cuestan. Adelante.

—«Por haber construido una gran jaula nueva…»

—¡Ah! —exclamó el rey, afianzando las dos manos en los brazos del sillón—; ya decía yo que por algo he venido a la Bastilla. Esperad, maese Olivier; quiero ver la jaula yo mismo. Me leeréis su precio mientras que la examino. Señores flamencos, venid a ver esto, que es curioso.

Entonces se levantó, se apoyó en el brazo de su interlocutor, hizo seña al personaje mudo que permanecía en pie delante de la puerta para que les precediese y a los dos flamencos para que le siguiesen y salió de la cámara.

Al salir se incorporaron a la real comitiva hombres de armas, cubiertos de hierro, y pajes con luces. Caminaron algún espacio por el interior del sombrío torreón, que estaba atravesado de escaleras y de corredores hasta en el grueso de las murallas. El capitán de la Bastilla iba delante haciendo abrir los postigos por donde iba pasando el anciano rey, enfermo y encorvado, que tosía mientras andaba.

A cada puerta que trasponían tenían que agachar todos la cabeza, excepto el decrépito soberano.

—¡Hum! —decía entre encías, porque carecía ya de dientes—, muy cerca nos hallamos de la puerta de la tumba; a puerta baja, hombre encorvado.

Después de llegar a la última puerta, tan cargada de cerraduras que costó un cuarto de hora de abrir, penetraron en una vasta y alta sala ojival, en cuyo centro se veía a la luz de las antorchas una construcción de albañilería,

de hierro y de madera. El interior estaba hueco. Era una de las famosas jaulas para los prisioneros de Estado, que se llamaban *las hijitas del rey*. Había en sus paredes dos o tres ventanillas, tan cercadas de alambre y de barrotes de hierro, que no se veían los vidrios. La puerta era una gran losa de piedra como la de los sepulcros; una de aquellas puertas que solo servían para entrar. Solo que allí el muerto era un vivo.

El rey se puso a andar con lentitud alrededor del pequeño edificio, reconociéndolo minuciosamente, mientras Olivier, que le seguía, leía la cuenta en alta voz:

—«Por la construcción de una gran jaula de madera, con vigas gruesas, tablones y listones, que mide nueve pies de largo por ocho de ancho y siete de altura, pulimentada y claveteada con gruesos clavos de hierro, cuya jaula se ha colocado en una de las torres de la Bastilla de San Antonio; en la que se encerró, por orden del rey nuestro señor, un prisionero que ocupaba antes otra jaula vieja y deteriorada. Se han empleado en su construcción noventa y seis vigas horizontales y cincuenta y dos verticales, diez listones de tres toesas de longitud, y se han ocupado diecinueve carpinteros en serrar, trabajar y pulir toda la expresada madera en el patio de la Bastilla durante veinte días…»

—Es de buenos corazones de encinas —dijo el rey probando la madera con los nudillos.

—«…Han entrado en su fabricación —prosiguió Olivier— doscientas veinte barras de hierro de nueve y de ocho pies, la mayoría de mediana longitud, con sus tuercas, tornillos y garfios correspondientes a las expresadas barras: pesa el hierro empleado tres mil setecientas treinta y cinco libras, sin contar los gruesos ganchos para atar la dicha jaula, ni las abrazaderas y clavos; todo lo cual pesa doscientas dieciocho libras sin contar el hierro de los enrejados de las ventanas de la habitación donde se ha colocado la jaula, las barras de la puerta y otras cosas…»

—¡Mucho hierro es ese para contener la ligereza de un espíritu! —dijo el rey.

—«En total importa trescientas diecisiete libras, cinco sueldos y siete dineros.»

—¡Pascua de Dios! —exclamó el rey.

Este juramento, que era la exclamación favorita de Luis XI, despertó quizá a alguien en el interior de la jaula; oyóse ruido de cadenas arrastradas sobre madera y una voz que parecía salir de la tumba, que decía:

—¡Señor, perdón, perdón!

No podía verse al que así hablaba.

—¡Trescientas diecisiete libras, cinco sueldos y siete dineros! —repitió Luis XI.

La voz lastimera que saliera de la jaula heló a todos los presentes, hasta al mismo maese Olivier; tan solo el rey aparentaba no haberla oído. Por orden suya continuó Olivier la lectura y prosiguió sereno Su Majestad reconociendo la jaula.

—«Además, al albañil que practicó los agujeros para poner las rejas de las ventanas y el pavimento de la estancia donde está la jaula se le han abonado veintisiete libras y catorce sueldos parisíes…»

La voz volvió a gemir:

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Os juro que fue el cardenal de Angers quien os hizo traición; yo no fui!

—Caro me parece el albañil —dijo el rey—. Adelante.

—«A un carpintero, por ventanas, traviesas y otras cosas necesarias, veinte libras y dos sueldos parisíes…»

La voz continuó:

—¡Escuchadme, señor, por el amor de Dios! ¡Os juro que no fui yo el que escribió a monseñor de Guyena, sino que fue el cardenal Balue!

—El carpintero también me parece caro —contestó el rey—. ¿Está ya todo?

—Hay más aún. —«A un vidriero, por los vidrios de la susodicha estancia, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisíes.»

—¡Perdonadme, señor! —seguía el prisionero—. ¿No es bastante castigo haber cedido mis bienes a mis jueces, mi vajilla al señor de Torcy, mi librería a maese Pedro Doriolle y mis tapicerías al gobernador del Rosellón? Soy

inocente y hace ya catorce años que tirito de frío en una jaula de hierro. ¡Perdonadme, señor! ¡El cielo os lo recompensará!

—Veamos el total —dijo el rey.

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisíes.

—¡Virgen Santa! —exclamó el monarca—. ¡Es una jaula carísima!

Arrancó la cuenta de la mano de maese Olivier y se puso a ajustarla con los dedos, examinando, ora el papel, ora la jaula.

Entretanto sollozaba el prisionero. Esta escena en la oscuridad era conmovedora y todos se miraban unos a otros palideciendo.

—¡Catorce años, señor! Desde abril de 1469. ¡En nombre de la Santa Madre de Dios, escuchadme! Durante todo ese tiempo vos habéis gozado del calor del sol, mientras que yo, desdichado, ya no le volveré a ver. ¡Perdón, señor, sed misericordioso! La clemencia es la mejor virtud de los reyes. ¿Cree Vuestra Majestad que a la hora de la muerte servirá de satisfacción a un monarca el no haber dejado impune ninguna ofensa? Además, señor, yo no hice traición a Vuestra Majestad, el traidor fue el cardenal de Angers, y yo arrastro una pesada cadena con una gruesa bola de hierro al extremo, sumamente pesada. ¡Ah, señor! ¡Tened piedad de mí!

—Olivier —dijo el rey moviendo la cabeza—, observo que me ponen la carga de yeso a veinte sueldos, y sé que solo cuesta doce. Reformad esta cuenta.

Volvió las espaldas a la jaula y caminó para salir de la estancia; el infeliz prisionero, al alejarse las luces y el ruido, comprendió que el rey se marchaba.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó con el acento de la desesperación. Pero volvió a cerrarse la puerta de aquella estancia y ya no vio ni oyó más que la ronca voz del carcelero, que cantaba cerca de él esta canción, entonces popular:

De Balu se cuenta
que perdió la cuenta
de sus obispados.
Verdum, porque sufra,
hoy ninguno tiene;
ya están despachados.

El rey volvía a subir silencioso a su retiro, seguido de la comitiva, a la que aterraron los últimos gemidos del prisionero, cuando dirigiéndose de pronto hacia el gobernador de la Bastilla, le dijo:

—A propósito, ¿había alguno en la jaula nueva?

—¡Pardiez, señor! —repuso el gobernador, asombrado de tal pregunta.

—¿Quién es?

—El señor obispo de Verdum.

El rey lo sabía perfectamente, pero esta era una de sus manías.

—¡Ah! —exclamó, aparentando que entonces se le ocurría por primera vez—. Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balue. ¡Un diablo de obispo!

Pocos instantes después la puerta del retiro volvió a cerrarse detrás de los cinco personajes que el lector vio reunidos al principio de este capítulo, y que volvieron a ocupar sus sitios, a seguir sus conversaciones en voz baja y a tomar las actitudes de antes.

Durante la ausencia del rey habían depositado sobre la mesa unos cuantos despachos cerrados, cuyos sellos él mismo rompió. Después los leyó con rapidez uno tras otro; hizo una señal a maese Olivier, que al parecer era su ministro, para que tomara una pluma, y sin darle parte del contenido de los despachos, comenzó a dictarle las respuestas en voz baja, y este las escribía incómodamente arrodillado delante de la mesa.

Guillermo Rym todo lo observaba.

El rey hablaba tan quedo, que los alemanes no podían oír lo que estaba dictando, excepto algunas palabras aisladas y poco inteligibles, como:

—Mantener los sitios fértiles para el comercio y los estériles para las manufacturas… —Mostrar a los señores ingleses nuestras cuatro bombardas, la *Londres*, la *Brabante*, la *Bourg-en-Bresse*, la *Saint-Omer*… —La artillería es la causa de que ahora se haga la guerra más juiciosamente… —Al señor de Bressnire, nuestro amigo… —Los ejércitos no pueden sostenerse sin tributos… etc., etc.

Después levantó la voz:

—¡Pascua de Dios! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con cera amarilla, como los reyes de Francia. Acaso hagamos mal en permitírselo. Mi caro primo de Borgoña no daba armas sobre campo de gules. La grandeza de las casas se afirma con la integridad de las prerrogativas. Notad esto que digo, maese Olivier.

Otra vez decía el rey, examinando un paquete abultado:

—¿Qué nos pide nuestro hermano el emperador? —Recorría con la vista la misiva, e interrumpía la lectura con varias exclamaciones:

—¡Ciertamente! la Alemania es tan grande y tan potente, que apenas parece creíble… Pero no olvidemos el antiguo proverbio: el mejor condado es el de Flandes, el mejor ducado el de Milán y el mejor reino el de Francia. ¿No es verdad, señores flamencos?

Al mismo tiempo que Guillermo Rym, se inclinó también Santiago Coppenole, pues sintió halagado su patriotismo.

El último despacho hizo fruncir las cejas a Luis XI.

—¿Qué es esto? —exclamó—; ¡quejas y reclamaciones contra nuestras tropas de la Picardía!… Olivier, escribid inmediatamente al mariscal Ronault: —Que se relaja la disciplina. —Que los gendarmes, los guardias nobles, los arqueros y los suizos causan muchas vejaciones a los pecheros. —Que los soldados no se contentan con las comodidades que encuentran en casa de los labradores y los obligan a palos y a latigazos a que vayan a buscar a la ciudad vino, pescado, especias y otros artículos… —Que el señor rey lo sabe. —Que estamos decididos a evitar a nuestros pueblos estas extorsiones, los robos y el pillaje… —Que no queremos, además, que ningún menestral, barbero ni escudero de guerra vaya ataviado como un príncipe, de terciopelo o de seda, ni que use anillos de oro… —Que estas vanidades son odiosas a los ojos de Dios… —Que Nos, que somos noble, nos contentamos con una ropilla de paño de a dieciséis sueldos la vara… —Que esos villanos bien pueden hacer lo mismo… —Mandadlo y ordenadlo… Dirigidla al señor Ronault, nuestro amigo.

Dictó el monarca esta carta en voz alta, con tono firme y a pedazos. Apenas concluyó el dictado, abrióse la puerta y apareció un nuevo personaje, que entró desalentado en la estancia.

—¡Señor, señor! —exclamó—; ¡ha estallado en París una sedición popular!

Contrájose el grave semblante de Luis XI, pero su visible disgusto desapareció como un relámpago: conteniendo su agitación interior, exclamó con fría severidad:

—¡Muy bruscamente entráis, compadre Santiago!

—Señor, es que hay una verdadera rebelión —repuso este casi sin respirar.

El rey, que se puso en pie, le cogió por el brazo con violencia y le dijo al oído, de manera que él solo pudiese oírle, con cólera concentrada y lanzando una mirada oblicua a los flamencos:

—Calla, o habla bajo.

El nuevo interlocutor le comprendió y le hizo en voz queda una relación espantosa, que el rey escuchaba con calma, mientras que Guillermo Rym hacía observar a Coppenole el rostro y el traje del recién llegado, su capucha forrada, su capirote corto y su toga de terciopelo negro, que denunciaban a un presidente del Tribunal de Cuentas.

Apenas dio algunas explicaciones a Luis XI, cuando este soltó la carcajada y dijo:

—¿De veras? Hablad alto, compadre Coictier. ¿Por qué hablarme en voz baja? Bien sabe Dios que no tengo secretos para nuestros amigos los flamencos.

—Pero, señor…

—¡Hablad en voz alta!

El compadre Coictier quedó helado de sorpresa.

—¿Conque —repuso el rey— hay una insurrección de plebeyos en nuestra buena ciudad de París?

—Sí, señor.

—¿Y decís que se dirige contra el bailío del palacio de Justicia?

—Es lo probable —contestó Coictier con voz balbuciente y aturdido del repentino e inexplicable cambio operado en las ideas del rey.

—¿Dónde se ha encontrado la ronda con los amotinados? —preguntó Luis XI.

—Dirigiéndose desde la Corte de los Milagros al puente del Cambio. Yo los he encontrado además al venir a cumplir las órdenes de Vuestra Majestad y he oído que gritaban: ¡Muera el bailío del Palacio!

—¿Y qué quejas tienen de él?

—Van contra él porque es su señor —contestó el compadre Santiago.

—¿De veras?

—Sí, señor; los amotinados son la pillería de la Corte de los Milagros y que hace tiempo se quejan del bailío, de quien son vasallos. No le quieren reconocer ni como a justicia ni como a señor.

—¡Conque no! —repuso el rey con sonrisa de satisfacción, que en balde se esforzaba en disimular.

—En todas las representaciones que hacen al Parlamento juran no tener más que dos señores: Vuestra Majestad y Dios, y el Dios de ellos debe ser el diablo.

—¡Vaya! ¡vaya! —dijo el rey, frotándose las manos de gusto y riendo con aquella risa malévola que hace centellear el rostro. Por más que quería fingir, no podía disimular el júbilo que le causaba esta nueva. Ninguno de los presentes acertaba este enigma, ni aun el mismo maese Olivier. Permaneció el rey silencioso unos instantes, pero contento. Luego preguntó de repente:

—¿Son muchos los amotinados?

—Sí, señor.

—¿Cuántos próximamente?

—Lo menos seis mil.

El rey, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Bueno! ¿Y van armados?

—Sí; llevan hoces, picas, arcabuces, azadones y toda clase de armas ofensivas.

El rey no pareció inquietarse por la enumeración de dichas armas. Santiago Coictier añadió:

—Si Vuestra Majestad no envía pronto auxilios al bailío, se verá perdido indudablemente.

—Los enviaremos —exclamó con fingida seriedad—. El señor bailío es nuestro amigo. ¡Se han reunido seis mil! Son decididos esos pícaros. Su osadía es insensata y nos irrita sobremanera, pero esta noche tenemos poca gente disponible cerca de nuestra persona. Mañana por la mañana aún estaremos a tiempo de enviarla.

—Al instante, señor —objetó Santiago—, porque, si no, saquearán la bailía, violarán la señoría y ahorcarán al bailío. ¡Por Dios, señor, enviad antes que amanezca!

—Ya os he dicho que mañana por la mañana —replicó Luis XI clavando en él los ojos. Aquella mirada era de las que no admitían observaciones.

Después de una pausa el rey habló, preguntando lo siguiente:

—Maese Santiago, vos debéis saber esto: ¿cuál era, o cuál es, la jurisdicción feudal del bailío?

—Señor, el bailío del Palacio tiene la calle de la Calandre hasta la calle de la Herberie, la plaza de San Miguel y los lugares conocidos por los Mureaux, situados cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Campos, cuyos edificios son trece; además, la Corte de los Milagros, la Maladerie, sin contar toda la calzada, que empieza en esta y concluye en la puerta de Santiago. De todo este recinto es señor de horca y cuchillo.

—¡Pascua de Dios! —murmuró el rey, rascándose la oreja izquierda con la mano derecha—; ¡no es mal trozo del que posee de mi ciudad!… ¡El señor bailío era rey de todo eso!

Esta vez no se refrenó y continuó monologando, pero en voz alta:

—¡Ah, señor bailío, no teníais entre los dientes mal bocado de París! ¿Qué pretenden esas gentes, que se creen señores y amos en nuestros dominios, que tienen su portazgo en todos los confines de la propiedad, su justicia y su verdugo en las plazas de nuestro pueblo? Así como el griego creía tener tantos dioses como fuentes, el persa tantos como estrellas descubría, el francés cree contar ahora tantos reyes como patíbulos. ¡Vive Dios, que esto

no puede ser, y semejante confusión me encocora! Quisiera yo saber si es la voluntad de Dios que haya otro señor que el rey, otra justicia que nuestro Parlamento y otro emperador que Nos en este imperio. A fe mía que es ya menester que llegue el día en que no haya en Francia más que un rey, un señor, un juez, un verdugo, así como en el cielo no hay más que un Dios.

Alzóse otra vez el borde del sombrero, siempre meditabundo y con la expresión del cazador que halaga y lanza su traílla.

—¡Bien, pueblo mío! ¡Bien! ¡Destruye esos falsos ídolos! Haz tu negocio, atrápalos, saquéalos, ahórcalos. ¿Queréis ser reyes? ¡Pueblo, sus! ¡a ellos! ¡a ellos!

Interrumpióse a sí mismo de pronto, se mordió los labios como para recoger el pensamiento que se le había escapado, fijó un instante la penetrante mirada en cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y cogiendo de pronto el sombrero con ambas manos y mirándolo con fijeza, le dijo:

—Te quemaría si supieses lo que pasa en mi cabeza.

Luego, paseando otra vez en torno la mirada atenta e inquieta del zorro que vuelve cabizbajo a su madriguera, dijo:

—¡No importa! Socorreremos al señor bailío; por desgracia hay aquí poca tropa en este instante para tanto populacho y habrá que esperar hasta mañana; restablezcamos el orden en la ciudad, y rebelde cogido, rebelde ahorcado.

—A propósito, señor; con la turbación se me olvidaba comunicaros que la ronda ha cogido a dos insurrectos rezagados. Si Vuestra Majestad quiere verlos, ahí están.

—¡Si quiero verlos! ¿Cómo, Pascua de Dios, lo preguntáis? Id volando, Olivier, y traédmelos acá.

Salió este y volvió un momento después con los dos prisioneros, que llegaban rodeados de arqueros de la guardia del rey. Tenía el primero cara de idiota, de borracho y de asustado. Iba cubierto de harapos y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pie; el segundo era de rostro macilento y benigno, y ya le conoce el lector.

Examinóles el rey un instante sin hablar, y luego se dirigió bruscamente al primero, preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Gieffroy Pincebourde.

—¿Qué oficio es el tuyo?

—Hampón.

—¿Qué ibas a buscar en esa maldita sedición?

El hampón miró al rey, balanceando los brazos como un idiota. Poseía una de esas cabezas de chorlito, en las que se halla la inteligencia tan holgada como la luz bajo el apagador.

—No lo sé —contestó—. Iban ellos y yo fui detrás.

—¿Ibais a atacar y a robar a vuestro señor el bailío del Palacio?

—Solo sé que iba a robar no sé qué en una casa, y no sé más.

Un soldado presentó al rey una hoz que llevaba el hampón.

—¿Reconoces esta arma? —preguntó el monarca.

—Sí, señor; es mi podadera; yo soy vendimiador.

—¿Reconoces a este hombre por tu compañero? —añadió el rey señalándole al otro prisionero.

—No, señor; no le conozco.

—Basta —repuso Luis XI—; y haciendo una señal con el dedo al silencioso personaje que estaba aún inmóvil delante de la puerta, le dijo:

—Compadre Tristán, ahí tenéis un hombre para vos.

Inclinóse Tristán l'Hermite y comunicó en voz baja una orden a dos arqueros, que se llevaron al pobre hampón.

Mientras, el rey se acercó al otro prisionero, que sudaba a chorros.

—¿Tu nombre? —le preguntó.

—Señor, me llaman Pedro Gringoire.

—¿Tu oficio?

—Filósofo, señor.

—¿Cómo has osado, bribón, a ir a atacar a nuestro amigo el señor bailío del Palacio y qué tenías que hacer en ese motín popular?

—Señor, yo no he tomado parte en ese motín.

—¿Cómo, bellaco? ¿la ronda no te prendió entre esa gente?

—No, señor; ha sido un error, una fatalidad. Yo escribo tragedias. Suplico a Vuestra Majestad que me escuche. Soy poeta. Es propio de los hombres de mi profesión andar de noche por las calles. Yo pasaba casualmente por allí y me han arrestado equivocadamente. Soy inocente de esta tempestad civil. Ya vio Vuestra Majestad que el hampón no me conoció; aseguro a Vuestra Majestad…

—Cállate —le interrumpió el rey entre dos sorbos de tisana—, que me aturdes.

Adelantóse Tristán, y designando con el dedo a Gringoire, preguntó:

—Señor, ¿podemos ahorcar a este también?

—¡Pchs!… no veo en ello inconveniente alguno —repuso el rey con indiferencia.

—Pues yo veo muchos —se apresuró a decir Gringoire.

El filósofo estaba en aquel momento lívido. Por el continente frío y distraído del rey comprendió que no le quedaba otro recurso que recurrir a un exabrupto patético; así, pues, precipitóse a los pies de Luis XI, declamando con gesticulación desesperada:

—Señor, dígnese oírme Vuestra Majestad. No estalléis como el trueno contra un ser tan insignificante como yo. El rayo de Dios raras veces destruye a la pobre lechuga. Señor, sois un monarca augusto y poderoso; tened lástima de un infeliz hombre de bien que es incapaz de atizar una rebelión. Señor, la bondad es la virtud del león y la del rey; el rigor solamente consigue exasperar los ánimos; el soplo impetuoso del viento es incapaz de arrebatar la capa al caminante; pero el sol, hiriéndole suavemente con sus rayos, le calienta de tal modo, que le obliga a quitarse la camisa. Señor, Vuestra Majestad es el sol. Lo juro, soberano mío; no soy un pillastre, hampón, ratero y desordenado; la rebelión y las rapiñas no entran en la jurisdicción de Apolo, y jamás me lanzaré a esos torbellinos que ocasionan sediciones ruidosas. Soy leal vasallo de Vuestra Majestad. Los celos que siente el marido

por el honor de su esposa, el afán que el hijo tiene por el cariño del padre, debe sentirlos el buen vasallo por la gloria de su rey; debe sacrificarse por el servicio de su casa y por el aumento de esta gloria; tales son, señor, mis máximas sociales. No me creáis sedicioso y rapaz porque llevo la ropilla raída por los codos. Si me perdonáis, señor, yo la romperé por las rodillas rezando a Dios día y noche por vuestra salud. No solo no soy rico, sino que soy pobre, pero vicioso no; esto no es culpa mía: nadie ignora que con las bellas letras no se adquiere la riqueza, y los que más se dedican a ellas no tienen mucho fuego para calentarse en invierno. Señor, la clemencia es la única luz que debe alumbrar el interior de un alma grande, la clemencia lleva la antorcha delante de las demás virtudes, y sin ellas el hombre está ciego y busca a tientas a Dios. La misericordia, que es igual que la clemencia, engendra el amor de los vasallos, que es la más poderosa salvaguardia de un príncipe. ¿Qué os importa, señor, que haya un pobre hombre más sobre la tierra? Además, señor, soy letrado, y la protección a las letras es un florón que los reyes añaden a su corona. Hércules no desdeñaba el título de Musagetes; Matías Corbin favorecía a Juan de Monroyal, que fue el orgullo de las matemáticas. No es buen modo de proteger a las letras el ahorcar a los literatos. ¡Qué borrón hubiera caído sobre Alejandro si hubiese mandado ahorcar a Aristóteles! Señor, yo he compuesto un notable epitalamio para la princesa de Flandes y para monseñor el augusto delfín; ya veis que estoy lejos de mezclarme en rebeliones. Ya ve Vuestra Majestad que no soy un estudiantillo, que he estudiado bastante y que poseo elocuencia natural. ¡Perdón, señor! Si me perdonárais harías una acción muy agradable a Nuestra Señora; os juro que me aterra la idea de que me ahorquen.

Hablando así besaba el desolado Gringoire los pies del rey, y Guillermo Rym decía por lo bajo a Coppenole:

—Hace bien de arrastrarse por el suelo: los reyes son como el Júpiter de Creta; oyen por los pies.

El calcetero, sin cuidarse del Júpiter del pensionado de Gante, le respondió sonriendo y fijando la vista en Gringoire:

—¡Me gusta verle así! Me parece oír al canciller Hugonet cuando imploraba mi perdón.

Cuando maese Pedro calló, por faltarle el aliento, alzó temblando la cabeza hacia el rey, que se entretenía entonces en rascar con la uña una mancha

que tenían sus calzas en las rodillas; luego bebió un sorbo de tisana; no hablaba y su silencio era el mayor suplicio para Gringoire. Por fin le miró el rey.

—¡Terrible hablador! —dijo. Volviéndose a Tristán, añadió: —¡Bah! ¡Déjale!

Gringoire se estremeció de alegría.

—¡En libertad! —gruñó Tristán. ¿Quiere Vuestra Majestad que le metamos en la jaula por unos días?

—¿Crees —le dijo Luis XI— que para tales pájaros construimos jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros? Suéltame al momento a ese *liviano* (Luis XI era aficionado a esta palabra, que, con la frase *¡Pascua de Dios!*, constituía el fondo de su jovialidad) y échalo a la calle, dándole una paliza.

—¡Sois, señor, un gran rey! —murmuró maese Pedro, que, temeroso de una contraorden, se lanzó a la puerta, que Tristán le abrió de muy mala gana. Los soldados salieron con él, dándole golpes, que Gringoire sufrió como verdadero filósofo estoico.

Desde que anunciaron al rey la revuelta contra el bailío, se bañaba en todo su buen humor. Esta desusada clemencia era una de las pruebas. Tristán estaba en un rincón, gruñendo en voz baja como un perro que ve un hueso y no se lo dan.

El rey, mientras, tocaba con los dedos sobre el brazo del sillón la marcha de Pont-Audemer. Este príncipe era solapado, pero ocultaba mejor sus penas que sus alegrías; sus demostraciones exteriores de júbilo por cualquiera buena noticia eran exageradas algunas veces. Cuando murió Carlos el Temerario ofreció verjas de plata a la abadía de San Martín de Tours, y a su advenimiento al trono se olvidó de ordenar las exequias de su padre.

—Señor —preguntó de súbito Santiago Coictier—, ¿ha desaparecido ya la dolencia aguda por la que me mandasteis llamar?

—No —repuso Luis XI—; padezco mucho: me zumban los oídos y siento punzadas de fuego que me destrozan el pecho.

Coictier pulsó al rey con aire de suficiencia.

—Mirad, Coppenole —le dijo Rym en voz queda—: ahí tenéis al rey con Coictier y con Tristán, que constituyen toda su corte; un médico para él y un verdugo para los demás.

Mientras pulsaba a Luis XI parecía el doctor cada vez más sobresaltado, y el ilustre enfermo le observaba con ansiedad. Como Coictier no poseía otra hacienda que la mala salud del monarca, la sacaba todo el jugo que podía.

—Estáis grave, en efecto —dijo al fin.

—¿No es verdad? —dijo el rey con inquietud.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis* —continuó el médico.

—¡Pascua de Dios!

—Sí, antes de tres días puede este pulso concluir con el hombre.

—¡Jesús! —exclamó Luis XI—. Buscadme el remedio.

—Eso estoy meditando, señor.

Mandó sacar la lengua al anciano, meneó la cabeza, hizo un gesto, y en medio de sus contorsiones dijo de pronto:

—Necesito deciros, señor, que hay una plaza vacante en el Patronato real y que tengo un sobrino.

—Otorgo la plaza a tu sobrino, pero sácame este fuego del pecho.

—Ya que Vuestra Majestad es tan clemente, no se negará a ayudarme a terminar la construcción de mi casa de la calle de San Andrés de los Arcos.

—¿Eh?…

—Se me acaba el caudal —prosiguió el doctor— y verdaderamente sería lástima no poder construir la techumbre, no por la casa, que es sencilla, sino por las pinturas de Juan Fourbault, que adornan el artesonado.

—¡Verdugo! —pensó Luis XI—; ¿dónde vas a parar?

—Necesito cubrir con un techo esas pinturas, y aunque no costará mucho, no tengo dinero.

—¿Sobre cuánto calculáis?…

—Un techo de cobre pintado y dorado podrá costar unas… dos mil libras.

—¡Asesino! —exclamó el monarca.

—¿Cuento con el techo?

—Sí, y vete al infierno, pero cúrame.

Santiago Coictier se inclinó profundamente y dijo:

—Señor, un repercusivo os curará. Yo os aplicaré a los riñones el gran remedio, compuesto de cerato del bol arménico, clara de huevo, aceite y vinagre; continuaréis tomando la tisana y… respondo de Vuestra Majestad.

La luz que brilla mucho nunca atrae a una sola mariposa. Maese Olivier, viendo al rey en vena generosa, creyó aquel momento favorable y se acercó a su vez.

—Señor —le dijo…

—¿Qué ocurre? —le preguntó Luis XI.

—Vuestra Majestad sabe que ha muerto Simón Radin.

—¿Y qué?

—Lo digo porque era consejero del rey en la sala de justicia del Tesoro.

—¿Y qué?

—Señor, pues que su plaza está vacante.

Diciendo esto, el rostro altivo de Olivier, en vez de la expresión de la dignidad, adquirió el de la bajeza, únicas entre las que puede elegir el semblante de un cortesano. Miróle el rey fijamente y le dijo:

—Ya entiendo. —Luego continuó en otro tono:

—Maese Olivier, el mariscal de Boncicaut decía: «Para conceder mercedes el rey y para pescar el mar». Veo que pensáis lo mismo que dicho mariscal. Ahora oídme y veréis como tenemos buena memoria. El año 68 os hicimos nuestro ayuda de cámara; el 69 conserje del castillo del puente de Saint-Cloud, con cien libras tornesas de sueldo. El año 73 os instituimos conserje del bosque de Vincennes, en sustitución del escudero Gilberto Acle; en el año 75 juez del bosque de Bouvraylez-Saint-Cloud, en lugar de Santiago le Maire; el año 78 os concedimos, por medio de credenciales se-

lladas con cera verde, una renta de diez libras parisíes, para vos y para vuestra esposa, sobre la plaza de los Mercaderes; os nombramos juez del bosque de Senart, en lugar de Juan Díaz; luego capitán del castillo de Loches; después gobernador de San Quintín; luego capitán del puente de Meulan, del que os hacéis llamar Conde. De los cinco sueldos de multa que pagan los barberos que afeitan los días de fiesta, tres son para vos y el resto para mí. Cambiamos vuestro apodo *El Malo*, que cuadraba perfectamente a vuestra cara. El año 74 os otorgamos, con gran descontento de la nobleza, armas de mil colores, y vuestro pecho se parece al de un pavo real. ¡Pascua de Dios! ¿y aún no estáis contento? ¿No fue vuestra pesca bastante abundante y prodigiosa? ¿No teméis que un salmón más haga zozobrar vuestra lancha? El orgullo os perderá, porque a este le siguen siempre de cerca la ruina y el oprobio. Tened esto presente y callad.

Estas palabras, que el rey pronunció con ironía, dieron la expresión de la insolencia a la despechada fisonomía de maese Olivier.

—Bien está —murmuró en voz alta—; se conoce que hoy está enfermo el rey, porque todo es para el médico.

Luis XI, en vez de irritarse por semejante insolencia, repuso con bastante amabilidad:

—¡Ah! se me olvidaba que además os nombré mi embajador en Gante cerca de madama María. Sí, señores —añadió el rey, volviéndose hacia los flamencos—, maese Olivier ha sido mi embajador.

—Pero ya va siendo tarde y hemos terminado nuestros quehaceres. Aféitame.

Sin duda nuestros lectores han reconocido antes de ahora en Olivier al Fígaro terrible que la Providencia, esa gran compositora de dramas, introdujo ingeniosamente en la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No es este lugar a propósito para desarrollar el carácter de aquel singular personaje. El barbero del rey tenía tres nombres: en la corte le llamaban discretamente Olivier el Gamo; el pueblo le llamaba Olivier el Diablo, pero su verdadero nombre era Olivier el Malo.

Olivier el Malo permaneció inmóvil, murmurando contra el rey y mirando de soslayo a Santiago Coictier.

—Sí, sí, el médico —decía entre dientes.

—Sí, señor, el médico —añadió Luis XI con singular sencillez—; el médico tiene aún más influjo que tú, y es lógico; él nos tiene cogido por todo el cuerpo y tú nada más que por la barba. Anda, pobre barbero mío, ya se arreglará esto. ¿Qué dirías tú y qué sería de tu empleo si yo fuese un rey como Chilperico, cuyo ademán habitual era tener cogida la barba con la mano? Ea, aféitame. Anda a buscar lo necesario.

Viendo Olivier que el rey lo tomaba a broma y que no lograba incomodarle, salió gruñendo a ejecutar sus órdenes.

El rey se levantó, aproximóse a la ventana, abrióla de pronto con extraordinaria agitación y exclamó:

—Mirad en el cielo esa claridad rojiza por el lado de la Cité. Sin duda es la bailía que arde, seguramente. ¡Ah! mi buen pueblo me ayuda a derribar los señoríos.

Volviéndose hacia los flamencos, les dijo:

—Señores, venid a verlo; ¿no es de incendio aquel resplandor rojizo?

Los dos ganteses se acercaron.

—Es un incendio terrible —dijo Guillermo Rym.

—Esto me recuerda —añadió Coppenole— el de la casa del señor de Hymbercourt. Sin duda está allí la rebelión.

—¿No es cierto, maese Coppenole? ¿Verdad que será difícil resistirla? —dijo Luis XI, cuya mirada era tan jovial como la del calcetero.

—Creo que Vuestra Majestad verá estropeadas por esa gente muchas compañías.

—Eso ya es distinto… si yo quisiera…

El calcetero contestó con osadía:

—Si esa rebelión fuese lo que yo supongo, aunque quisierais, señor, no acabaríais con ella.

—Maese Coppenole, con dos compañías de mi guardia y con descargas de culebrinas se sujeta al punto a un populacho de villanos.

El calcetero, por más señas que le hacía Guillermo Rym, estaba decidido a contradecir al rey, y replicó:

—Señor, los suizos también eran villanos; el señor duque de Borgoña era un gran caballero y despreciaba a esa canalla. En la batalla de Grandson gritaba: «¡Artilleros, fuego contra esos villanos!» y juraba por San Jorge. Pero el representante Scharnachtal se arrojó sobre el bravo duque con su maza y con su pueblo, y del choque de paisanos, cubiertos con pieles de búfalo, contra el brillante ejército borgoñón, resultó que este se hizo pedazos como un vidrio cuando choca con una piedra. En aquel encuentro murieron muchos caballeros a manos de los villanos, y encontraron al señor Chateauguyon, que era el primer barón de la Borgoña, muerto junto al caballo de batalla cerca de un pantano.

—Maese Coppenole, vos habláis de una batalla y yo me refiero a un motín, que acabaré en cuanto me ocurra arrugar las cejas.

El calcetero contestó con indiferencia:

—Puede ser, señor; eso querrá decir que aún no ha llegado la hora del pueblo.

Guillermo Rym creyó llegada la hora de intervenir.

—Maese Coppenole, habláis a un poderoso monarca.

—Lo sé —repuso gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, amigo Rym —contestó el rey—; me gusta esa franqueza. Mi padre Carlos VII decía que la verdad estaba enferma, yo pensaba que había muerto sin encontrar confesor, pero maese Coppenole me desengaña.

Puso familiarmente la mano en el hombro de este y añadió:

—Conque decíais, maese Santiago…

—Decía, señor, que quizá tengáis razón; pero que en Francia la hora del pueblo no ha llegado aún.

Luis XI le clavó sus penetrantes ojos, preguntándole:

—¿Y cuándo llegará esa hora?

—Ya la oiréis sonar.

—¿Y en qué reloj, maese Santiago?

Coppenole, con su aire tranquilo y rústico, hizo que el rey se acercase a la ventana, y le dijo:

—Oíd, señor. Aquí hay una fortaleza, una campana, cañones, ciudadanos y soldados; cuando resuene la campana, y retumben los cañones, cuando se derrumbe la fortaleza y los soldados se choquen y se aniquilen mutuamente, es cuando esa hora habrá llegado.

El rostro de Luis XI quedó sombrío y meditabundo; permaneció un instante silencioso y luego golpeó suavemente con la mano en la espesa pared de la fortaleza.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¿Verdad que no te desmoronarás con tanta facilidad, amiga Bastilla? —Volviéndose después bruscamente al audaz flamenco, le preguntó:

—¿Habéis presenciado alguna rebelión?

—Y las he fraguado —respondió el calcetero.

—¿Cómo lo hacéis para fraguarlas?

—No es muy difícil —contestó Coppenole—. En primer lugar se necesita para esto que el pueblo esté descontento, y esto no es difícil; luego ha de tenerse en cuenta el carácter de los habitantes; los de Gante son excelentes para un motín; siempre profesan cariño al hijo del príncipe, pero al príncipe nunca. Una mañana se presentan en mi tienda, por ejemplo, y me dicen: Maese Coppenole, hay esto, o esto otro, o lo de más allá; la princesa de Flandes quiere salvar a sus ministros; el bailío mayor ha subido el precio del grano o cosa por el estilo. Entonces dejo mi faena, salgo de la calcetería y voy por las calles gritando: ¡Saqueo! ¡saqueo! Nunca falta por allí alguna barrica vieja; me encaramo en ella y digo en voz muy alta cuanto se me ocurre, todo lo que me aflige, porque el pueblo siempre tiene algo que le aflija. Entonces se amotina la gente a mi alrededor, se grita más, se toca a rebato, se arma el pueblo con las armas de los soldados y… adelante. Siempre sucederá así, mientras existan señores en los señoríos, aldeanos en las aldeas y campesinos en el campo.

—¿Contra quién os rebelaríais así? —preguntó el rey—. ¿Contra vuestros bailíos? ¿Contra vuestros señores?

—Conforme y según. A veces también nos rebelamos contra el duque.

Luis XI se sentó y repuso sonriendo:

—Aquí no se han rebelado aún más que contra los bailíos.

En este momento entró Olivier el Gamo, seguido de dos pajes que traían las toallas del rey; pero chocó al monarca ver que venía acompañado del preboste de París y del jefe de ronda, los que parecían consternados; el rencoroso barbero también aparentaba estarlo, pero no podía disimular su íntima alegría.

—Señor —dijo—, pido perdón a Vuestra Majestad para la calamitosa noticia que le traigo.

El rey, al volverse, rozó la estera del pavimento con los pies del sillón.

—¿Qué noticia es esa?

—Señor —repuso Olivier, con la expresión maliciosa del que se alegra de tener que dar una mala noticia—, esa sedición popular no es contra el bailío del Palacio.

—¿Pues contra quién es?

—Contra vos, señor.

El anciano monarca se puso en pie y erguido como un mozo.

—Explicaos, Olivier, y ¡guardad la cabeza! porque os juro por la cruz de Saint-Lô que si mentís en este momento, la misma espada que cortó el cuello del señor de Luxemburgo, que aún no está mellada, cortará también el vuestro.

Este juramento era fatal en boca de Luis XI, que solo lo hizo dos veces en su vida.

—Señor…

—¡Póstrate de rodillas! —le dijo el rey con violencia—. Tristán, vigilad a este hombre.

Se arrodilló Olivier y dijo con frialdad:

—Señor, el tribunal del Parlamento condenó a muerte a cierta hechicera; esta se refugió tomando asilo en Nuestra Señora, y el pueblo la quiere libertar a viva fuerza. El señor preboste y el señor jefe de la ronda, que vienen del lugar de la rebelión, están presentes y me desmentirán si no digo la verdad. El pueblo está sitiando a Nuestra Señora.

—¡Pascua de Dios! —dijo el rey en voz baja, pálido y tembloroso de cólera.

—¡Sitiando a Nuestra Señora! —Luego, alzando la voz, añadió:

—¡Están sitiando en su templo a Nuestra Señora, mi celeste Patrona! Levántate, Olivier, tienes razón; te concedo el empleo de Simón Radin, tienes razón. Contra mí es la rebelión; la hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia y la iglesia bajo mi salvaguardia. ¡Creía que la rebelión era contra el bailío y es contra mí!…

Reanimado por la cólera, Luis XI paseaba la estancia a grandes pasos; cesó de reír; estaba terrible… iba y venía… la zorra se había convertido en hiena. Se hallaba tan sofocado que no podía hablar; sus labios se movían, sus puños descarnados se crispaban: de repente levantó la cabeza: sus ojos hundidos brillaron siniestramente, y su voz resonó como un timbal.

—¡A sangre y fuego, Tristán! —exclamó—. ¡A sangre y fuego contra esos bribones! ¡Anda, amigo mío; mata y degüella!

Después de esta erupción, volvió a sentarse y dijo con rabia fría y concentrada:

—Venid aquí, Tristán. Aquí, en la Bastilla, hay cincuenta lanzas del vizconde de Gif, que componen un total de trescientos caballos; lleváoslos. También contamos con la compañía de los arqueros de nuestra guardia del señor de Chateaupers; lleváosla también. Como sois preboste de los mariscales mandáis a los soldados del Prebostazgo; que vayan también con vos, y a más los cuarenta arqueros de la guardia del delfín, que están en el edificio de San Pablo. Con toda esa gente marchad hasta Nuestra Señora. Ya que los villanos de París se lanzan contra la corona de Francia, contra la santidad de Nuestra Señora y contra la paz del Estado, ¡exterminadlos, Tristán, exterminadlos! ¡que no se escape ninguno más que para ir a Montfaucon!

Tristán se inclinó.

—Bien está, señor. ¿Qué haremos de la hechicera?

—¿De la hechicera?… Señor de Estonteville, ¿el pueblo, qué pretende hacer de ella?

—Señor —contestó el preboste de París—, supongo que, pues va a libertarla del asilo de Nuestra Señora, es porque le irrita la impunidad y querrá

ahorcarla.

El rey reflexionó, y luego, dirigiéndose a Tristán l'Hermite, le dijo:

—En tal caso, extermina al pueblo y ahorca a la hechicera.

—Eso es —dijo Rym en voz baja a Coppenole—, castigar al pueblo y hacer lo que él pide.

—Estoy enterado. Si la hechicera está aún en Nuestra Señora, ¿puedo prenderla, a pesar del derecho de asilo?

—¡Pascua de Dios con el asilo! —exclamó el rey rascándose la oreja. Sin embargo, es necesario ahorcar a esa gitana.

De repente le asaltó una idea; se puso de rodillas delante del sillón, se quitó el sombrero, dejóle sobre el asiento y, mirando devotamente a uno de los amuletos de plomo que le rodeaban, exclamó, cruzando las manos:

—Nuestra Señora de París, perdonadme; mi celestial Patrona, perdonadme, que ya no lo volveré a hacer. Es indispensable castigar a esa criminal, y yo os aseguro que es una hechicera indigna de vuestra gracia. Bien sabéis, *Señora*, que muchos príncipes piadosos han traspasado el privilegio de las iglesias por la gloria de Dios y por la seguridad del Estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió que el rey Eduardo sacase un mágico de su iglesia. San Luis de Francia holló por el mismo motivo la iglesia de San Pablo, y el señor Alfonso, hijo del rey de Jerusalén, la iglesia misma del Santo Sepulcro. Perdonadme, pues, por esta vez, Nuestra Señora de París; ya no lo volveré a hacer, y yo os regalaré una hermosa estatua de plata, semejante a la que regalé el año pasado a Nuestra Señora de Econys. Amén.

Hizo la señal de la cruz, se levantó, se cubrió y dijo a Tristán:

—Daos prisa; que vaya con vos el capitán Febo de Chateaupers; que toquen a rebato; destrozad a la plebe y ahorcad a la hechicera; quiero que vos mismo os encarguéis de cuanto atañe a la ejecución. Me respondéis de todo. Ven, Olivier; esta noche no me acuesto; aféitame.

Inclinóse Tristán l'Hermite y salió; entonces el rey, despidiendo con la mano a Rym y a Coppenole, les dijo:

—Guárdeos Dios, señores. Ahora, id a descansar un poco, que la noche está ya muy adelantada y falta poco para amanecer.

Los embajadores obedecieron, y al dirigirse a sus respectivas habitaciones, conducidos por el capitán de la Bastilla, decía Coppenole a Guillermo Rym:

—Yo ya estoy harto de este rey que tose. He visto borracho a Carlos de Borgoña y no era tan perverso como Luis XI enfermo.

—Maese Santiago —le contestó Rym—, habéis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que las tisanas.

VI. ¡Luz de broma!

Cuando Gringoire salió de la Bastilla bajó por la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Al llegar a la puerta Bandoyer dirigióse en derechura a la cruz de piedra erigida en mitad de dicha plaza, como si hubiese creído ver en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuchado de negro, que estaba sentado en las gradas de la cruz.

—¿Sois vos, señor maestro? —le preguntó Gringoire.

El aludido se puso en pie y contestó:

—¡Voto a bríos! ¡ya me tenías impaciente! El vigía de la torre de San Gervasio acaba de anunciar la una y media de la madrugada.

—No fue mía la culpa, sino de la ronda y del rey —repuso Gringoire—. ¡De buena he escapado! Siempre estoy próximo a ser ahorcado. ¡Es mi terrible predestinación!

—Estás próximo a lo que quieras, pero no perdamos el tiempo. ¿Sabes el santo y seña?

—Figuraos que he visto al rey… ahora vengo de allí… Me ha ocurrido una verdadera aventura.

—Basta de charla… ¿qué me importa a mí esa aventura? Dime el santo de los hampones.

—Lo sé… sosegaos; *luz de broma*.

—Sin saberlo no podríamos penetrar en la iglesia, porque los hampones ocupan todas las calles en torno de ella. Afortunadamente encontraron resistencia… aún puede que lleguemos a tiempo.

—Sí, señor. ¿Pero cómo haremos para entrar en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—¿Y para salir?

—Hay detrás del claustro una puertecilla que da sobre el Terreno, junto al río. Tengo la llave de esa puerta, y esta mañana amarré una lancha a la orilla.

—¡Demonio! ¡Por poco me ahorcan! —repitió Gringoire.

—Vamos, pronto, despachemos —dijo su interlocutor.

Ambos se dirigieron apresuradamente hacia la Cité.

VII. ¡Chateaupers, a ellos!

Recordaremos la crítica situación en que dejamos a Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, había perdido, si no el ánimo, la esperanza de salvar, no su persona (pues esto no le preocupaba), sino a la gitana. Corrió sin tino de uno a otro lado de la galería. Nuestra Señora iba a caer ya en manos de los hampones, cuando de repente resonó en las calles inmediatas un galope de caballos que, iluminados por una larga fila de hachas y llevando una nutrida columna de jinetes a escape y lanza en ristre, desembocaron en la plaza como una tromba, gritando furiosos: —¡Viva Francia!

—¡Acuchillad a la canalla! ¡Chateaupers y a ellos!

Aterrados los hampones, dieron media vuelta.

El campanero, que no podía oír, vio relucir las espadas desnudas y las puntas de las picas; contempló las hachas encendidas y la caballería, a cuyo frente iba el capitán Febo; vio la confusión de los sitiadores, el terror de unos y la indecisión de los más atrevidos, y con socorro tan inesperado recuperó tal fuerza, que lanzó fuera de la iglesia a los primeros enemigos, que ya penetraban por la galería.

Eran, en efecto, las tropas del rey, que acudían a rechazar el sitio a Nuestra Señora.

Pelearon los hampones como valientes, defendiéndose como desesperados. Atacados por el flanco por la calle de San Pedro y por la retaguardia por la calle del Atrio; prensados contra Nuestra Señora, que sitiaban aún y que Quasimodo defendía; sitiados al mismo tiempo que sitiadores, encontrábanse en la misma situación que se encontró después el conde Enrique de Harcourt en el famoso sitio de Turín, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, a quien sitiaba, y el marqués de Leganés, que le bloqueaba a él.

La lid fue horrorosa. A carne de lobo diente de perro, como dice el historiador Pedro Mathieu. La caballería del rey, a cuyo frente se batía con valor Febo de Chateaupers, no daba cuartel a nadie, y el hacha concluía con los que escapaban de la espada. Los hampones, mal armados, rabiaban y mordían. Hombres, mujeres y mancebos se arrojaban a las grupas y a los pechos de los caballos, agarrándose a ellos como los gatos, con los dientes y con las uñas. Unos azotaban las antorchas en las caras de los arqueros; otros clavaban garfios de hierro en el cuello de los jinetes y los derribaban de sus monturas; los que caían al suelo eran hechos pedazos. Un hampón llevaba una gran hoz fina y reluciente, y cortó durante mucho rato las piernas de los caballos. Este bandido era horroroso: con voz gangosa entonaba una canción, mientras manejaba la hoz con rapidez; a cada golpe trazaba en derredor suyo un gran círculo de miembros cortados. Así consiguió llegar hasta el centro de la caballería con la tranquila lentitud y la respiración regular del segador que siega un campo de trigo. Este segador era Clopin Trouillefou: un tiro de arcabuz dio fin a sus hazañas y a su vida.

Entretanto se iban abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, al oír el grito de guerra de las gentes del rey, tomaron parte en la acción, y de todos los pisos llovían balas sobre los hampones. La plaza del Atrio estaba llena de humo espeso, que surcaba con listas de fuego la mosquetería, vién-

dose apenas la fachada de Nuestra Señora y el Hospital, donde algunos enfermos macilentos se asomaban a contemplar la hecatombe desde las buhardillas.

Al fin cedieron los hampones. El cansancio, la falta de buen armamento, el espanto de la sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque con las tropas del rey, todo ello contribuyó a desalentarlos. Forzaron la línea de sus enemigos y huyeron en todas direcciones, dejando en la plaza del Atrio inmenso montón de cadáveres.

Cuando Quasimodo, que no dejó un momento de luchar, vio la derrota de los hampones, se arrodilló y alzó las manos al cielo; después, loco de alegría, echó a correr y subió con la rapidez de un pájaro a la celda, cuyas cercanías acababa de defender con heroica intrepidez. Solo una idea le ocupaba: el de hincarse de rodillas ante la mujer que por segunda vez salvaba.

Cuando llegó y entró en la celda, la encontró vacía.

Libro undécimo

I. El zapatito

Mientras los hampones sitiaban la catedral, Esmeralda dormía. Pero pronto la despertaron el estrépito que se oía y los balidos de la cabra, que se había despertado. Incorporóse en la cama, aplicó el oído y miró en torno suyo quedando aterrada del estruendo, que resonaba hasta dentro de la iglesia, y del resplandor que veía; se levantó y salió de la celda a averiguar lo que ocurría. El aspecto de la plaza, el desorden del asalto nocturno, la multitud asquerosa, saltando como una nube de ranas en la oscuridad; la gritería de la ronca muchedumbre, las antorchas rojizas que corrían y se cruzaban, toda aquella escena, en fin, le parecía misteriosa batalla librada entre los fantasmas del *sábado* y los monstruos de piedra de la catedral. Imbuida desde la niñez en las supersticiones de su tribu, primeramente creyó que había sorprendido en sus maleficios a esos extraños seres, hijos de la noche. Corrió despavorida a esconderse en su celda, por ver si en su mísero lecho no la asaltaba pesadilla tan horrible.

Poco a poco fueron disipándose en Esmeralda los primeros síntomas del miedo; al oír el estruendo, que crecía cada vez, y al ver otras muchas más positivas, comprendió que estaba amenazada, no por espectros, sino por seres humanos. Su miedo, sin aumentar, varió de objeto; ya había creído varias veces en la posibilidad de una revuelta popular para arrancarla de su

asilo, y la idea de perder por segunda vez la vida, la esperanza y a Febo, que adivinaba en su porvenir; la idea del abandono en que se encontraba y la imposibilidad de la fuga, llenaban de amargura su corazón. Se puso de rodillas con el rostro apoyado contra la cama, uniendo ambas manos sobre la cabeza, y a pesar de ser egipcia, idólatra y pagana, pedía sollozando que la salvara al Dios de los cristianos y a Nuestra Señora de París.

Largo rato pasó de este modo, temblando y orando, oyendo la algazara de aquella furiosa multitud, cada vez más cerca, sin suponer de qué provenía aquel tumulto, ni el objeto de él, pero presagiando terrible desenlace.

Orando aún la angustiada joven, oyó ruido de pasos tras ella. Volvióse azorada; dos hombres, uno de los cuales iba provisto de una linterna, acababan de entrar en la celda. Esmeralda lanzó un débil grito.

—Nada temáis —le dijo una voz conocida—; soy yo.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Pedro Gringoire.

Este nombre la tranquilizó y se atrevió a mirarle; en efecto, era el filósofo; pero vio una silueta negra y encapuchada que la heló de terror.

—Esmeralda: primero que vos —la dijo Gringoire con acento de reconvención—, me ha reconocido Djalí.

La cabrita, sin aguardar a que maese Pedro dijera su nombre, en cuanto entró en la celda comenzó a restregarse contra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos; Gringoire la acariciaba también.

—¿Quién viene con vos?

—No os asustéis; es un amigo mío.

El filósofo dejó en el suelo la linterna, se puso en cuclillas y exclamó regocijado, estrechando entre sus brazos a la cabra:

—¡Oh, es un animal muy gracioso! más hermoso, sin duda, por su limpieza que por su talla, pero además es ingenioso, sutil e instruido como un gramático. Veamos, Djalí, si has olvidado tus habilidades. ¿Cómo hace maese Jaime Charmolne?

No le dejó terminar el encapuchado; se acercó a Gringoire y le dio un fuerte empellón, que le hizo incorporarse.

—Es verdad —dijo—: se me olvidaba que estamos de prisa. Pero eso no es una razón para aporrear a nadie.

—Hija mía de mi corazón, vuestra vida y la de Djalí corren peligro. Os quieren volver a pescar, pero nosotros somos amigos vuestros y venimos a salvaros. Seguidnos.

—¿Es verdad? —exclamó ella fuera de sí.

—Sí, es cierto. Venid, venid con nosotros.

—Voy enseguida, ¿pero por qué no habla vuestro amigo?

—¡Ah!… —contestó Gringoire—, porque su temperamento es taciturno.

Fue preciso que la gitana se contentase con esta explicación. Cogióla Gringoire por la mano, tomó su compañero la linterna y echó a andar delante de ellos. El miedo tenía trastornada a la pobre joven, que se dejaba conducir sin darse cuenta; la cabra los seguía brincando, tan contenta de volver a ver a Gringoire, que a cada paso le hacía tropezar, enredándole las piernas en los cuernos.

—He aquí lo que es la vida —murmuraba el filósofo cada vez que estaba a punto de dar en el suelo con las narices—; casi siempre nuestros amigos son los que nos hacen caer.

Bajaron rápidamente la escalera de las torres, atravesaron la oscura y solitaria iglesia, en la que retumbaba el estruendo de afuera, y por la puerta roja salieron al patio del claustro. Este estaba desierto; todos los canónigos se habían refugiado en el Obispado para cantar allí en coro; el patio estaba vacío y solo algunos servidores asustados se escondían en los rincones más oscuros. Dirigiéronse luego hacia la puertecilla que comunicaba con el Terreno desde el patio, y el encapuchado la abrió con una llave que llevaba consigo. Recordaremos que el Terreno era una lengua de tierra cercada de paredes por la parte de la Cité, perteneciente al Cabildo de Nuestra Señora, y que terminaba la isla por detrás de la catedral.

Los fugitivos encontraron dicho cercado enteramente desierto. El estruendo del motín llegaba allí más confuso. El viento fresco que se deslizaba por el río movía las hojas del único árbol plantado en el Terreno. Estaban

aún, sin embargo, próximos al peligro; los edificios que tenían más cerca eran el Obispado y la iglesia, y en el primero reinaba gran desorden interior. Brillaban en su tenebroso recinto multitud de luces que corrían de una a otra ventana. Las altas torres de Nuestra Señora se veían por detrás, así como la larga nave destacándose en la oscuridad sobre el ancho y rojizo resplandor que llenaba el atrio, y parecían dos gigantescos morillos de una hoguera de cíclopes. Lo que se veía de París oscilaba ante la vista en sombra mezclada de luz; Rembrandt hizo fondos semejantes en sus cuadros.

El hombre de la linterna se acercó a una extremidad del Terreno. Veíanse allí en la orilla del agua las ruinas de una cerca de estacas, en las que una viña raquítica enganchaba sus ramas, extendidas como los dedos de una mano abierta. Detrás, y en la sombra de dicho emparrado, había una lancha oculta. Hizo el encapuchado señal a Gringoire y a su compañera de que entrasen en la barca, hiciéronlo así con la cabra; entró luego él, cortó las amarras de la lancha, la alejó de tierra con un largo garfio, tomó los remos y se sentó en la proa, remando con todas sus fuerzas para internarse en el río. El Sena era muy rápido en aquel punto y les costó mucho separarse de la isla.

En cuanto Gringoire entró en el barco, su primer cuidado fue colocar a la cabra sobre sus rodillas. Sentóse en la popa, y la gitana, a quien el incógnito causaba inquietud indefinible, se sentó a su lado, arrimándose al filósofo cuanto pudo.

Cuando vio este que el barco andaba, empezó a dar palmadas y besos a Djalí entre los cuernos, y exclamó:

—¡Nos hemos salvado los cuatro! El éxito de las grandes empresas, unas veces se debe a la fortuna y otras a la astucia.

Mientras bogaba la barquilla hacia la orilla derecha, observaba Esmeralda al incógnito con secreto terror; este había ocultado cuidadosamente la luz de la linterna. Se le adivinaba en la oscuridad, sentado en la proa del barco, como un espectro. Su capucha, caída sobre la cara, le cubría como una careta, y cada vez que al remar abría los brazos, de los que pendían anchas y negras mangas, semejaban dos grandes alas de murciélago. Pero respiraba apenas y no decía la menor palabra. Solo se oía el ruido producido por el vaivén de los remos, confundido con el rumor del agua, por donde estos pasaban.

—¡Pardiez! —exclamó de pronto Gringoire—, ¡que estamos alegres y joviales como búhos; más hablan los peces! ¡Observamos pitagórico silencio! ¡Pascua de Dios! Amigos míos, hablemos.

La voz humana es una música para el oído del hombre, y no soy yo, sino Dídimo el de Alejandría, el que ha pensado esto. Hablad, mi querida Esmeralda; decid algo. Recuerdo que antes hacíais un gracioso mohín; ¿habéis perdido ya ese hábito? ¿Ignorabais que el Parlamento tiene plena jurisdicción sobre los lugares de asilo y que corríais grave peligro en la celdilla de Nuestra Señora? Señor maestro, ya se descubre la luna; ¡Dios quiera que no nos descubran!… Realizamos una acción laudable salvando a esta joven, y, sin embargo, si nos atrapasen, nos ahorcarían por orden real. ¡Ah! las acciones humanas tienen dos aspectos; se vitupera en unos lo que se aplaude en otros, y culpa a Catilina el que admira a César. ¿No es cierto, maestro? ¿Qué decís de esta filosofía? Yo poseo la filosofía por instinto; es natural en mí. ¡Vamos! ¡Nadie me contesta! Hablaré yo solo; esto es lo que en estilo trágico llamamos monólogo. ¡Pascua de Dios! Acabo de ver al rey Luis XI y se me ha pegado este juramento. ¡Pascua de Dios, pues, cómo aullan en la Cité! Es un malvado ese monarca vejete, siempre cubierto de pieles. Aún me está debiendo el dinero del epitalamio, y gracias a que no me hizo ahorcar esta noche, lo que me hubiese disgustado mucho. Es un avaro para con los hombres de mérito, y debería leer los cuatro libros de Salviano de Colonia: *Adversus avaritiam*. Es un rey mezquino con los hombres de letras y comete bárbaras crueldades; es una esponja que se empapa con el dinero del pueblo. Sus ahorros son como el hígado, que se hincha a cuenta de las debilidades de los demás miembros; por eso los lamentos contra los malos tiempos se convierten en murmullos contra el príncipe. En el reinado de este monarca santurrón las horcas estallan bajo el peso de las víctimas, los tajos se pudren por exceso de sangre y las prisiones revientan como vientres demasiado llenos. Este monarca tiene una mano que toma y otra que ahorca; es el procurador de la señora Gabela y de monseñor el Patíbulo. Despoja a los grandes de sus dignidades y abruma a los pequeños con innumerables vejaciones. No me place este rey, maestro, ¿y a vos?

El encapuchado dejaba hablar y glosar sus propias ideas al filósofo parlanchín, mientras luchaba con la corriente violenta y cerrada que separaba la Cité de la isla de Nuestra Señora, que hoy llamamos isla de San Luis.

—Ahora que recuerdo, maestro —dijo de pronto Gringoire—. Cuando llegamos al atrio, atravesando por entre los rabiosos hampones, ¿no notasteis que el campanero se disponía a machacar la cabeza sobre la baranda de la galería de los reyes a un infeliz? Soy corto de vista y no pude conocerle: ¿lo sabéis vos?

El incógnito no respondió, pero dejó bruscamente de remar; desfallecieron sus brazos como dos juncos quebrados, inclinó la cabeza sobre el pecho y Esmeralda oyó que suspiraba profundamente. La joven se estremeció; recordó haber oído suspiros como aquellos.

Abandonada la barca a sí misma, siguió la corriente durante unos instantes; pero el encapuchado se incorporó al poco rato, asió otra vez los remos y volvió a remar contra la corriente; dobló la punta de la isla de Nuestra Señora y se dirigió hacia el desembarcadero del Port-au-Foin.

—¡Ah, señor! —dijo Gringoire—, allá abajo se descubre la casa Barbeau. Mirad; es aquel grupo de tejados negros que forman ángulos tan raros, bajo las nubes entre las que la luna parece aplastada y estrellada como la yema de un huevo roto. Es un magnífico edificio; hay en él una capilla que corona una bóveda llena de adornos, y se ve por encima del campanario, que está calado con primor. Tiene dicha casa delicioso jardín, con estanque, laberinto, casa de fieras, pajarera y alamedas espesas y gratas a Venus, donde existe un pícaro árbol, llamado *el lujurioso*, porque fue cómplice de los amores de una famosa princesa con un condestable de Francia, culterano y galán. Nosotros ¡ay! los pobres filósofos, nos parecemos a un condestable como un campo de coles al jardín del Louvre. Aunque bien pensado, eso nada significa. La vida humana, para los magnates como para nosotros, es una mezcla de bien y de mal; el dolor siempre está junto a la alegría, como el espondeo junto al dáctilo. Maestro, deseo referiros esa historia, acaecida en la casa Barbeau y que terminó de un modo trágico. Fue en 1313, bajo el reinado de Felipe V, el más largo de los reyes de Francia.[1] La moraleja de esta historia consiste en que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No miremos mucho a la mujer del vecino, aunque su beldad conmueva nuestros sentidos. La fornicación es un pensamiento muy libertino; el adulterio es una curiosidad de la voluptuosidad ajena… ¡Ay, cómo aumenta el estrépito por allá abajo!…

En efecto, crecía el tumulto en torno de Nuestra Señora. Se pusieron a escuchar y oyeron con bastante claridad numerosos gritos de victoria. De pronto cien antorchas, que hacían brillar los cascos de los hombres de armas, se extendieron por todos los puntos contiguos a la iglesia, por las torres, por las galerías, sobre los botareles: aquellas luces buscaban algo, y pronto llegaron distintamente a los oídos de los fugitivos estos clamores: ¡La gitana! ¡la hechicera! ¡la bruja! ¡muera! ¡muera!

La desventurada inclinó la cabeza sobre el pecho, y el encapuchado se puso a remar con furia hacia la orilla. Mientras tanto, Gringoire, reflexionando, estrechaba la cabra entre sus brazos y se separaba suavemente de la joven, que se iba arrimando a él como al único asilo que le quedaba.

Gringoire se veía en cruel vacilación; pensaba que, *según la legislación vigente*, la cabra también sería ahorcada si volviesen a cogerla, lo que sería una lástima, y que ya era tiempo de librar a dos criminales que se agarraban a él, ya que su compañero no se cuidaba de otra cosa que de salvar a Esmeralda. Se libraba en su conciencia un violento combate, en el que, como el Júpiter de la Ilíada, pesaba, ya a la cabra, ya a la gitana, y miraba a una después de la otra con los ojos húmedos de lágrimas y diciéndose:

—¡El caso es que yo no puedo salvar a las dos!

Una fuerte sacudida de la lancha advirtió a los fugitivos que acababan de abordar la orilla. El siniestro bullicio resonaba por toda la Cité. El encapuchado se levantó, se acercó a la gitana y quiso tomarla del brazo para ayudarla a saltar a tierra; pero ella le rechazó y se colgó del de Gringoire, que, ocupado con la cabra, casi la rechazó, y ella hubo de saltar sola fuera del barco. La infeliz estaba tan turbada que no sabía lo que se hacía ni a dónde iba, y permaneció unos momentos como alelada, mirando correr el agua. Cuando recobró el sentido se encontró en el puerto sola con el desconocido: sin duda Gringoire se aprovechó de aquel instante para huir con la cabra por el laberinto de casas de la calle Grenier sur l'Eau.

Tembló la gitana al verse sola con aquel hombre. Quiso hablar, gritar y llamar a Gringoire, pero no salió sonido alguno de sus labios. De improviso sintió la mano del desconocido sobre la suya, una mano huesosa y fría, y se quedó más pálida que los rayos de la luna que la alumbraban. El encapuchado no dijo una palabra, y llevándola de la mano avanzó a grandes pasos ha-

cia la plaza de la Grève. Comprendió entonces la gitana la fuerza irresistible del destino, y al verse desamparada y sin recursos, dejóse conducir.

Miró en torno y no vio ni un solo transeúnte; el muelle estaba completamente desierto. No oía más rumores que los que provenían de la Cité tumultuosa y rojiza, de la que no la separaba más que un brazo del Sena, y hasta donde llegaba su nombre acompañado de gritos de muerte. El resto de París extendía a su alrededor sus grandes masas de sombra.

Seguía arrastrándola el desconocido con el mismo silencio y con la misma rapidez. La infeliz no recordaba ninguno de los sitios por donde pasaba; sin embargo, al llegar ante una ventana que alumbraba una luz hizo un esfuerzo, y gritó: —«¡Socorro!»

El inquilino de la ventana asomóse a ella en camisa, miró hacia el muelle con ojos de sorpresa, pronunció algunas palabras que ella no oyó y cerró la ventana. Así se apagó su último rayo de esperanza.

El encapuchado, siempre silencioso, tenía muy sujeta a Esmeralda y siguió andando más de prisa; ella le seguía desfallecida.

De vez en cuando le preguntaba: ¿Quién sois? ¿quién sois? Pero él no respondía.

Llegaron por fin, siguiendo siempre el muelle, a una plaza bastante amplia; a la escasa luz que vertía la luna reconocieron que era la Grève. En medio de esta plaza se distinguía una especie de cruz negra enarbolada; era el patíbulo. La infeliz lo reconoció y comprendió dónde estaba.

Paróse el desconocido, se levantó la capucha y se volvió hacia ella.

—¡Oh! —balbuceó petrificada—, ¡ya suponía yo que era él!

Era el arcediano, que tenía el aspecto de un fantasma, por el efecto que produce la luna, a cuya luz parece que solo se vean los espectros de las cosas.

—Escucha —la dijo, y la joven se estremeció al volver a oír aquella voz.

Luego continuó, articulando con las interrupciones breves y aspiradas que revelan profundos temblores interiores:

—Escucha. Voy a hablarte. Estamos en la plaza de la Grève… El destino nos entrega el uno al otro. Voy a disponer de tu vida y tú vas a decidir de mi

alma. He aquí una plaza y una noche detrás de las que no se ve nada. Escúchame, pues, con atención… Desde luego no me vuelvas a hablar de Febo. No me hables de él. Si pronuncias su nombre no sé lo que haré, pero desde luego te prevengo que será algo terrible.

Dicho esto quedó inmóvil, como cuerpo que por fin reposa; pero sus palabras no indicaban menor agitación. Cada vez hablaba en voz más baja.

—No vuelvas la cabeza y escúchame, que es muy serio lo que he de decir. Desde luego he aquí lo que ha pasado. No se reirán de mí, yo te lo juro. ¿Qué te decía? ¡Ah! ya lo recuerdo. Hay un decreto del Parlamento por el que te vuelven a entregar al patíbulo. Acabo de arrancarte de sus manos, pero te vienen persiguiendo; mira.

Extendió el brazo hacia la Cité, donde parecía que continuaban las pesquisas. El rumor se aproximaba por momentos; en la torre de la casa del teniente, situada frente a la Grève, se oía gran ruido y se veía gran claridad, y por el muelle frontero corrían multitud de soldados con hachas, gritando: —¿Dónde está la gitana? ¡Muera! ¡Muera!

—Ya ves que te persiguen y que no te engaño. Yo te amo… calla; calla; si me has de decir que me aborreces, estoy decidido a volverlo a oír. Acabo de salvarte… déjame concluir… puedo terminar mi obra. Como tú quieras, podré.

Se interrumpió él mismo.

—No es eso lo que necesito decir.

Sin soltar a la gitana, Dom Claudio corrió y la hizo correr hasta llegar a la horca, y allí, mostrándosela con el dedo, la dijo con frialdad:

—Elige entre los dos: ella o yo.

Esmeralda se escapó de las dos manos que la oprimían y cayó al pie del patíbulo; abrazada al fúnebre apoyo, medio volvió la hermosa cabeza y miró al sacerdote; parecía una virgen al pie de la cruz. Dom Claudio permaneció inmóvil con el dedo levantado hacia el cadalso, con el ademán de una estatua.

Al poco rato le dijo Esmeralda:

—El patíbulo me causa menos horror que vos.

El arcediano dejó caer el brazo lentamente y fijó la vista en el suelo con hondo abatimiento.

—¡Si estas piedras pudiesen hablar —murmuró—, dirían que soy muy desgraciado!

Luego continuó: la joven, arrodillada ante el patíbulo y cubierta con su larga cabellera, le dejaba hablar, sin interrumpirle. En aquel momento hablaba Dom Claudio con acento compasivo y tierno, que contrastaba con la altiva dureza de sus facciones:

—Yo te amo, y el Cielo sabe que digo la verdad. ¿No asoma a mis ojos el fuego que abrasa mi corazón? ¿No merece tu compasión que yo sufra de día y de noche? Amar de noche y de día como yo amo, es padecer una cruel tortura. Sufro muchísimo y merezco lástima, te lo aseguro. Ya ves que hablo con dulzura y que no quisiera causarte horror. Al cabo y al fin el hombre que ama a una mujer no tiene culpa. ¿Nunca me indultarás? ¿Me odiarás siempre? Pues ese odio es el que me convierte en malvado ante mis propios ojos. ¡Ah, ni siquiera me miras!… Te absorbe quizás otro pensamiento, mientras yo te hablo en pie y temblando en el borde de nuestra común eternidad. ¡Sobre todo no me hables del capitán! Yo, que besaría, no tus plantas, porque no me lo permitirías, sino la tierra que pisas; sollozaría como un niño y arrancaría del pecho, no palabras, sino el corazón para decirte que te amo; ¡y todo sería inútil… todo!… y, sin embargo, tu alma solo contiene ternura y clemencia, resplandece en tu rostro fascinadora dulzura, eres bondadosa, misericordiosa y hechicera. ¡Solo eres mala para mí!… ¡Oh! ¡qué fatalidad!

Cubrióse el rostro con las manos y la gitana le oyó llorar por primera vez. De pie, y agitado por los sollozos, su actitud era más mísera y más suplicante que postrado de rodillas. Lloró algún tiempo.

—En fin —prosiguió pasadas las primeras lágrimas—, no hallo ya palabras para hablarte: sin embargo, tenía pensado lo que te iba a decir, y tiemblo y desfallezco en el instante decisivo; conozco que estamos en situación suprema y no sé qué decir. Voy a estrellarme contra el suelo si no tienes piedad de mí, si no te apiadas de ti misma. No nos condenemos los dos… ¡si supieras cuánto te amo! ¡si supieras lo que es mi corazón!… Está desierto de todas las virtudes y abandonado de sí mismo. Soy doctor, y hago escarnio de la ciencia; soy noble, y prostituyo mi nombre; soy sacerdote, y hago

del misal espejo de lujuria, y todo esto lo hago por ti, por ser digno de tu infierno, ¡y tú desdeñas al condenado!… ¡Oh, quiero decírtelo todo, algo más horrible aún!…

Al pronunciar estas últimas palabras su ademán era el de un loco. Calló un instante, y luego, con voz fuerte, prosiguió, como hablándose a sí mismo:

—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

Hizo otra pausa y luego continuó:

—¿Qué he hecho de él, Señor? Lo recogí, lo eduqué, lo mantuve, le amaba, y lo he asesinado. Sí, Señor; ¡ahora mismo acaban de aplastar su cabeza delante de mí contra las piedras de vuestra casa, y por causa de esta mujer, solamente por ella!

Diciendo esto, sus miradas eran fieras y su voz se iba apagando por grados, y repitió varias veces las últimas palabras maquinalmente, con amplios intervalos, como una campana que prolonga su última vibración… ¡Por ella!… ¡por ella!… ¡por ella!…

Después su lengua no articuló ya ningún sonido inteligible, y, sin embargo, sus labios se movían; de repente se desplomó sobre sí mismo, como algo que se hunde, y quedó en el suelo inmóvil, con la cabeza entre las rodillas.

El movimiento de Esmeralda al sacar el pie de debajo de los pliegues de la sotana le hizo reaccionar. Se pasó la mano por las hundidas mejillas y vio con estupor que tenía los dedos mojados.

—¡Yo he llorado! —exclamó.

Volviéndose hacia la gitana con angustia inmensa, la dijo:

—¡Ay! ¡Me has visto llorar y no te has conmovido! ¿Ignoras que mis lágrimas son de lava? ¿Es cierto, pues, que nada inspira lástima cuando se aborrece?… ¡Me verías morir y te reirías! Pero yo no quiero que mueras. No me digas que me amas, dime solo que quieres que te salve, y yo te salvaré… Decídete… que el tiempo vuela… ¡Te lo ruego por lo más sagrado; no esperes a que mi corazón se convierta en piedra, como este patíbulo que te reclama! Reflexiona que tengo en mi mano tu destino y el mío, que estoy desesperado, que tu situación es terrible; que puedo dejar que se hunda todo

y que debajo de nosotros hay un abismo donde mi caída seguirá a la tuya para toda la eternidad. Dime una palabra afectuosa, una sola palabra de cariño.

Entreabrió Esmeralda los labios para responderle; él se arrojó a sus pies de rodillas para recoger con adoración la respuesta, y acaso enternecida ella la iba a pronunciar; pero le dijo:

—¡Sois un asesino!

—Es verdad, soy un asesino, pero serás mía. No quieres que sea tu esclavo y seré tu dueño. Serás mía. Tengo una guarida y te arrastraré hasta allí. Te verás obligada a seguirme, porque si no te entregaré a la horca. Es indispensable, hermosa mía, o que mueras, o que seas del sacerdote, del apóstata y del asesino; y esta misma noche, ¿lo oyes? ¡Así, pues, alégrate y bésame! ¡O la tumba o mi lecho!

Los ojos de Dom Claudio centelleaban de rabia y de impureza; su boca lasciva profanaba el cuello de la joven, que forcejeaba por arrancarse de sus brazos; él la llenaba de besos espumosos.

—¡No me muerdas, monstruo! —gritaba la gitana—. Déjame, fraile, maldito y corrompido, o te arranco las canas y te las tiro a la cara a puñados.

Dom Claudio quedó encendido de vergüenza, luego pálido, y la soltó, mirándola con ojos sombríos. Ella, creyéndose vencedora, prosiguió:

—Ya te dije que pertenezco a Febo que le adoro; porque Febo es hermoso y tú eres un clérigo, viejo, feo y repugnante. ¡Vete!

Dom Claudio lanzó un grito terrible, como el miserable a quien aplican un hierro ardiente.

—¡Pues morirás! —exclamó rechinando los dientes con furor.

Vio la infeliz la mirada horrible del arcediano y quiso huir; pero él volvió a cogerla, la sacudió, la derribó y corrió hacia la Torre Roland, llevándosela asida de las manos y arrastrando sobre las piedras.

Cuando llegó a la Torre Roland se paró; volvióse hacia ella y la dijo:

—Por última vez, ¿quieres ser mía?

La gitana respondió con firmeza:

—No.

Entonces Dom Claudio gritó:

—¡Gudula! ¡Gudula! ¡Aquí tienes a la gitana! ¡Véngate!

Entonces sintió la joven que la agarraban por el codo: volvió la cabeza y vio un brazo descarnado que salía de una ventana y que la sujetaba una mano de hierro.

—Tenla cogida y no la sueltes —dijo el sacerdote—, que voy en busca de la justicia y verás después cómo la ahorcan.

Una carcajada gutural respondió en el interior de la Torre Roland a aquellas sangrientas palabras.

Vio la gitana que el clérigo se alejaba corriendo en dirección del puente de Nuestra Señora, que era por donde se oía el ruido de caballos.

La Esmeralda reconoció a la maligna reclusa y aterrorizada quiso soltarse; retorciose, hizo esfuerzos de angustia y de desesperación, pero la otra mujer la sujetaba con extraordinaria fuerza. Los dedos flacos que la atenazaban se crispaban en la carne y llegaban a juntarse; parecía que aquella mano estaba remachada en el brazo de la gitana.

Rendida ya, se dejó caer al suelo, y entonces el temor a la muerte se apoderó de su alma; pensó en la dulzura de la vida, en el azul del cielo, en la hermosura de la Naturaleza, en el amor de Febo, en todo lo que huía de ella y en todo lo que se la acercaba; en el sacerdote que iba a delatarla a la justicia, en el verdugo que llegaría, en el patíbulo que estaba allí. Sintió entonces que el espanto la subía hasta la raíz del cabello y oyó a la reclusa que, riendo lúgubremente, la gritaba: —«Vas a morir ahorcada.»

—¿Pero qué os hice yo? —contestaba desfallecida la pobre joven.

La reclusa no la respondió; pero irritada y burlona, la dijo con entonación mística:

—¡Hija de Egipto…! ¡hija de Egipto!… ¡hija de Egipto!…

La desdichada Esmeralda inclinó la cabeza creyendo que no estaba hablando con un ser humano.

De pronto exclamó la reclusa, como si la pregunta de la gitana hubiera tardado todo aquel tiempo en llegar hasta su pensamiento:

—¿Qué me hiciste, me preguntas? Pues oye lo que me has hecho. —¡Yo tenía una hija, yo tenía una niña, una preciosa niña! ¡Inés mía! —continuó frenética y besando un objeto en la oscuridad—. ¡Pues bien, hija de Egipto!, me quitaron la niña, me robaron a mi hija y se la comieron. He aquí lo que tú hiciste.

La gitana contestó:

—¡Pobre de mí, quizás entonces no había nacido aún!

—¡Oh, sí!… de fijo habías nacido. Ella tendría ahora tu edad. —Quince años hace que estoy encerrada aquí; quince años que estoy rezando; que sufro; que me rompo la cabeza contra estas cuatro paredes. Te digo que me la robaron unas gitanas; ¿lo oyes? que se la comieron; ¿lo oyes? ¿Me escuchas? Figúrate una criatura que juega, que mama, que duerme. ¡Es un ser tan inocente!… Pues eso es lo que me han robado, eso es lo que me han comido. Dios sabe que no miento. Hoy me llega el turno y hoy voy yo también a devorar a una gitana. ¡Cómo te mordería si estas rejas no me lo impidiesen! ¡Pobre ángel mío! ¡Mientras dormía!… ¡La despertarían al cogerla, gritaría inútilmente y yo no estaba allí!… ¡Madres gitanas, que habéis devorado a mi hija, venid aquí a quitarme la vuestra!…

Reía la reclusa y hacía rechinar los dientes, y ambas cosas se parecían en su fisonomía horrorosa.

Empezaba ya a clarear el día; reflejo ceniciento alumbraba confusamente aquella escena, y cada vez se veía más distinto el patíbulo levantado en la plaza. A la parte opuesta, hacia el puente de Nuestra Señora, se oía acercarse el trote de la caballería.

—Señora —gritó Esmeralda, cruzando las manos, hincando en tierra las rodillas, espeluznada y loca de miedo—, señora, tened compasión de mí, que ningún daño os hice. ¿Queréis presenciar cómo me matan a vuestra vista de ese modo horrible? Estoy segura de que seréis compasiva y permitiréis que huya y que me salve. ¡Soltadme! ¡Perdón! ¡Yo no quiero morir así!

—¡Devuélveme mi hija! —gritó la reclusa.

—¡Perdón! ¡perdón!

—¡Devuélveme mi hija!

—¡Soltadme, en nombre de Dios!

—¡Devuélveme mi hija!

La joven cayó por segunda vez al suelo, rendida, con los ojos vidriosos de un cadáver.

—¡Ah! —exclamó—; ¡buscáis a vuestra hija y yo busco a mis padres!

—Tráeme a Inés —prosiguió Gudula—. ¿No sabes dónde está? Pues entonces muere. Escúchame bien: yo era una mujer pública, pero tenía una hija y me la robaron las gitanas; ya ves que es preciso que mueras. Cuando tu madre venga a reclamarte, yo la diré: Madre, mira a esa horca, ahí murió tu hija. ¿Sabes dónde está mi preciosa hija? Mira, voy a enseñarte su zapatito; esto es todo lo que conservo de ella. ¿Sabes acaso dónde está su compañero? Si lo sabes, dímelo, y aunque sea al otro extremo del mundo yo iré a buscarlo de rodillas.

Hablando así, con la otra mano que sacó por la ventanilla enseñaba a la gitana el zapatito bordado, y era el día ya bastante claro para poder distinguirse formas y colores.

—Dejadme ver ese zapatito —contestó la gitana estremeciéndose—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —Al mismo tiempo con la mano que le quedaba libre entreabrió precipitadamente el escapulario recamado de abalorios verdes que llevaba pendiente al cuello.

—Sí, sí —la decía Gudula—; ¡busca en tu amuleto del demonio!

De repente la reclusa calló, todo su cuerpo se estremeció, y gritó con voz salida de lo profundo de las entrañas: —¡Mi hija!

Lanzó esta exclamación al ver que la gitana sacaba del escapulario un zapatito igual al otro; el que llevaba consigo Esmeralda tenía cosido un pergamino, donde estaban escritos estos versos:

Cuando halles el compañero,
tu brazo estará en las manos
de tu madre, prisionero.

Con la rapidez del relámpago confrontó Gudula los dos zapatitos, leyó la inscripción del pergamino y asomó a las rejas de la ventana su rostro, ra-

diante de celestial alegría, gritando:

—¡Mi hija! ¡mi hija!

—¡Madre mía! —respondió la gitana.

Renunciamos a describir semejante situación.

Una pared y una reja separaban a las dos.

—¡Oh, verla y no poderla abrazar! ¡Dame, dame tu mano!

La joven pasó el brazo por los hierros de la ventana; lanzóse la reclusa sobre la mano de su hija, pegó a ella los labios y se quedó abismada en aquel beso, sin dar otra señal de vida que los sollozos que agitaban su cuerpo: en la oscuridad caían de sus ojos lágrimas abundantes, como lluvia refrigerante. La pobre madre desaguaba sobre aquella mano adorada el torrente de llanto que manaba de su interior durante el espacio de quince años.

Después se irguió súbitamente; apartó los largos y canos cabellos de la frente, y silenciosamente, empezó a sacudir con ambas manos las barras de su prisión, furiosa como una leona. Pero las rejas resistieron; entonces fue al rincón de su celda, tomó una enorme piedra, que le servía de almohada, y la tiró a los hierros con tal violencia, que una de las barras se quebró, lanzando chispas: arrojó luego, por segunda vez, la piedra contra la reja con tal furia, que desencajó completamente la vieja cruz de hierro que atravesaba la ventana, y después, con las dos manos, acabó de romper y de separar los trozos enmohecidos de la reja. Hay instantes en los que las manos de la mujer adquieren fuerza sobrenatural.

Dejó abierto el paso, operación que fue rápida, y cogiendo a su hija por la cintura, la metió en la celda.

—Ven —la dijo—, que quiero sacarte del fondo del abismo.

Cuando la gitana estuvo dentro de la celda, la colocó en el suelo suavemente: después la levantó llevándola en brazos, como si fuese todavía la Inesita de un año, y así iba y venía con ella por la estrecha jaula, ebria, alegre, gritando, cantando, besándola, riendo y deshaciéndose en lágrimas, todo a un tiempo y con delirio.

—¡Hija mía! —decía—. Ya tengo a mi hija, está aquí a mi lado. Dios me la devuelve… ¡Venid todos a verla!… ¡Señor, quince años me habéis hecho

aguardar, pero ha sido para devolvérmela más hermosa que nunca! Las gitanas no se la comieron. ¿Quién dijo eso? Hija mía, bésame. Las gitanas no son tan crueles, y yo ya quiero a las gitanas. —¡Oh, sí! ¡eres tú! Por eso el corazón me dolía cada vez que pasabas, y yo lo atribuía al odio. ¡Perdóname, Inesita, perdóname! ¿Creías que era mala, no es verdad? y yo te amo. ¿El lunarcito del cuello lo conservas aún? Sí… ¡oh, qué hermosa eres!… ¿Qué me importa ahora ya que otras madres tengan hijos? Que vengan, que aquí tengo yo la mía; que vengan y se convencerán de que no tienen ninguna tan hermosa como esta niña que atraerá a todos los galanes que quiera. Quince años he llorado y toda mi hermosura se pasó a ti, y ahora la tienes tú; bésame.

Así la decía mil cosas discordes, en las que solo era bello el sentimiento con que las pronunciaba; descomponía la ropa de la joven, hasta hacerla ruborizar; la alisaba con la mano la sedosa cabellera, la besaba el pie, la rodilla, la frente, los ojos, y se extasiaba mirándola. Esmeralda la dejaba hacer, repitiendo a intervalos en voz baja y con dulzura infinita: —¡Madre mía!

—Mira, hija mía —proseguía la reclusa, mezclando con besos sus palabras—; mira… te querré muchísimo. Saldremos de aquí y seremos muy dichosas… heredé algo en nuestro país… en Reims. Pero tú no sabes esto… eras aún muy pequeña. ¡Si supieras qué linda eras cuando tenías cuatro meses! Tenías los piececitos tan monos, que venían a verlos por curiosidad desde Epernay, que dista siete leguas de Reims. Tendremos nuestro campo y nuestra casa. Te acostaré en mi cama. ¡Dios mío, Dios mío, quién me había de decir que encontraría a mi hija!…

—Madre mía —contestó por fin la joven, adquiriendo para hablar las fuerzas que le hizo perder la emoción—, ya me lo decía la gitana. Había en nuestra tribu una buena mujer, que murió el año pasado, que cuidó siempre de mí como una madre; ella me puso este saquito al cuello. A todas horas me decía: —Niña, guarda esa alhaja, que es un tesoro que te hará hallar a tu madre; llevas a tu madre al cuello. —¡Bien me lo predijo la gitana!

Gudula abrazó otra vez a su hija.

—Cuando estemos en nuestro país calzaremos a un Niño Jesús con los zapatitos, porque nuestro encuentro se lo debemos a la Santa Virgen. ¡Dios mío, qué voz tan bella tienes! Cuando me hablabas antes, tu voz me parecía una música. ¡Qué alegría tengo, Señor, por haber encontrado a mi hija! No

se muere de alegría cuando yo no me he muerto ahora. Vamos a ser muy felices.

Resonaron en aquel momento en la covacha ruido de armas y el galope de los caballos que desembocaban por el Puente Nuevo, y que ya se acercaban a la plaza. La gitana se arrojó con angustia en brazos de la reclusa.

—¡Salvadme! ¡Salvadme, madre mía! ¡Salvadme, que ya llegan!

Gudula palideció.

—¿Qué estás diciendo? Lo había olvidado. ¡Te persiguen! ¿Por qué?

—No lo sé —respondió la desventurada joven—, pero estoy sentenciada a muerte.

—¡A muerte! —exclamó Gudula estremeciéndose.

—Sí, madre mía, quieren matarme; vienen por mí. Han levantado esa horca para mí. ¡Salvadme, que vienen: salvadme!

La reclusa permaneció unos instantes como petrificada; luego movió la cabeza en señal de duda, y de pronto prorrumpió en una carcajada, en una de sus espantosas carcajadas.

—¡Oh, no, es mentira eso que me dices! Pues qué, ¿habrá estado perdida para mí quince años y luego la he de recuperar para un solo minuto? ¡Imposible! ¿Me la arrancarían de los brazos ahora que es hermosa, que es ya moza, que me habla, que me quiere? ¿Habían de venir a matarla delante de mí, de mí, que soy su madre? ¡Oh, eso no es posible! Dios no lo permitirá.

Hizo alto la cabalgata, y se oyó una voz lejana que decía:

—Por aquí, señor Tristán; el sacerdote dice que estará en la covacha de la Torre Roland.

Luego se oyó otra vez el ruido de los caballos.

La reclusa se puso en pie, lanzando un grito de desesperación.

—¡Sálvate, hija mía! Ya lo recuerdo todo, es verdad. Dicen tu nombre. ¡Qué horror!… ¡Sálvate!

Asomó la cabeza a la ventana y la retiró enseguida.

—Permanece aquí —la dijo en voz queda y lúgubre, estrechando convulsivamente la mano de la gitana, que estaba más muerta que viva—. Estáte aquí… contén el aliento… hay soldados por todas partes y no puedes salir… ya es tarde.

La reclusa tenía los ojos vidriosos y ardientes. Permaneció unos instantes sin hablar, dando largos pasos por la celda. De pronto dijo:

—Se acercan; quiero hablarles. Ocúltate en este rincón y no te verán. Les diré que te has fugado, que yo te he dejado ir.

Colocó a su hija en un ángulo de la covacha que no se veía desde fuera. Acurrucóla allí con el mayor cuidado, arreglándola de manera que ni sus pies ni sus manos saliesen de la sombra; la destrenzó la cabellera, que esparció sobre la falda para cubrirla; colocó delante de ella el cántaro del agua y la piedra, únicos utensilios que poseía, imaginándose que pudieran esconderla mejor. Terminada esta breve operación quedó más serena, se puso de rodillas y rezó; el día, que acababa de despuntar, dejaba aún bastante oscuridad en la celda.

En aquel instante oyóse junto a la celda la voz infernal del sacerdote, que gritaba:

—¡Por aquí, capitán Febo de Chateaupers!

Al oír este nombre la gitana, oculta en un rincón, hizo involuntario movimiento.

—No te muevas —la dijo Gudula.

Apenas pronunció dichas palabras, un tropel de infantes y jinetes se paró ante la celda. Levantóse al instante la reclusa y se colocó delante de la ventana para cerrarles el paso, y vio gran número de hombres, armados, alineados en la plaza de la Grève. El que los mandaba se apeó y se acercó a la reclusa.

—Vieja —la dijo el hombre, que tenía semblante feroz—, venimos buscando a una bruja para ahorcarla y nos han dicho que tú la tenías.

Revistiéndose la pobre madre de la mayor indiferencia que pudo, respondió:

—No sé lo que queréis decir.

—¡Vive Dios! —gritó el jefe—; ¿pues qué diablos decía el loco del arcediano? ¿Dónde está?

—Señor —le contestó un soldado—; ha desaparecido.

—A ver, vieja loca, cuidado con mentir. Sé que te encargaron que retuvieses a esa bruja; ¿qué hiciste de ella?

La reclusa no quiso negarlo todo temiendo infundir sospechas, y respondió con acento sincero y gruñón:

—Si habláis de una joven que dejaron hace poco entre mis uñas, os diré que me dio un mordisco y la tuve que soltar. Ya os he dicho lo que sé; dejadme en paz.

El comandante hizo un gesto de desagrado.

—No mientas —repuso—, espectro del infierno. Yo soy Tristán l'Hermite, ¿lo oyes? Mi nombre tiene mucho prestigio en la plaza de la Grève.

—Aunque fuerais el mismo Satanás —replicó Gudula, que cobraba esperanzas—, no tendría más que deciros ni me causaríais miedo.

—¡Vive Dios, que es toda una mujer! ¿conque se ha escapado la hechicera? ¿Por dónde se fue?

Gudula contestó con indiferencia:

—Por la calle del Carnero, si no me equivoco.

Tristán volvió la cabeza y ordenó a su tropa ponerse en marcha.

La reclusa respiró.

—Monseñor —dijo de improviso un arquero—, preguntad a esa vieja bruja por qué están rotos los hierros de su ventana.

Esta pregunta llenó de angustia el corazón de la desventurada madre. Esto no obstante, no perdió la serenidad.

—Siempre han estado así —repuso con voz balbuciente.

—¡Bah! Ayer aún formaban una hermosa cruz negra, que atraía a los devotos.

Tristán miró de reojo a Gudula.

—¡Me parece que se turba la vieja! —pensó.

Conoció la desdichada que todo dependía de la firmeza de su ánimo, y con la muerte en el alma se echó a reír burlonamente. Las madres tienen valor para esto y mucho más.

—¡Bah! —exclamó—, ese hombre está borracho; hace más de un año que la trasera de una carreta de piedras se enganchó en la ventana y echó abajo la reja. ¡Como que eché mil maldiciones al carretero!

—Es verdad —contestó otro arquero—; yo estaba presente.

Siempre se encuentran por todas partes gentes que lo ven todo: el inesperado testimonio del arquero reanimó a la reclusa, a quien este interrogatorio hacía atravesar por encima de un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada la infeliz a una alternativa continua de esperanza y de angustia.

—Pues si hubiese hecho ese destrozo una carreta —objetó el primer soldado—, los pedazos de las barras hubieran caído hacia dentro y no hacia fuera.

—Tienes buen olfato para pesquisidor del Chatelet —dijo Tristán al arquero—. Responde, buena vieja, a lo que has oído.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre, acosada en sus últimas trincheras y con la voz anegada en lágrimas—, os juro, monseñor, que fue una carreta la que rompió estos hierros. Ya habéis oído que hay aquí quien lo presenció. Además, ¿qué tiene que ver esto con la gitana?

—¡Diablo! —contestó el soldado, envanecido con el elogio del preboste —: las rupturas de los hierros están recientes.

Movió Tristán la cabeza y la pobre reclusa quedó pálida como un espectro.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó esa carreta? —la preguntó.

—Un mes… quince días… no recuerdo bien.

—Antes dijo que hacía más de un año —observó el arquero.

—Eso es muy raro —contestó Tristán.

—Monseñor —gritó la reclusa, que permanecía pegada a la ventana y que temía que la sospecha les decidiera a meter en ella la cabeza y a mirar dentro de la celda—; monseñor, os juro que una carreta rompió los hierros, os lo juro, y que me condene si no es cierto.

—Juras con demasiado calor —la contestó el preboste, lanzándola sus miradas inquisidoras.

La pobre mujer perdía ya la serenidad; conocía que era poco hábil para fingir.

En esto se presentó otro soldado gritando:

—Señor, esa bruja miente; la gitana no ha podido escaparse por la calle del Carnero, porque la cadena ha estado tendida toda la noche y el centinela a nadie vio pasar.

Tristán, cuya fisonomía era cada vez más siniestra, interpeló así a la reclusa:

—¿Qué contestas a esto?

Procuró hacer frente a este nuevo ataque y dijo:

—Que no sé por dónde se fue, que pude engañarme y quizás atravesase el río.

—Precisamente eso es al lado contrario, y no es probable que hubiese ido a refugiarse en la Cité, en donde sabía que la están buscando. Mientes, vieja.

—Además —añadió el primer soldado—, no hay lanchas a esta orilla del río ni a la otra.

—Lo cruzaría a nado —replicó Gudula, defendiendo a palmos el terreno.

—¿Nadan acaso las mujeres? —preguntó el soldado.

—¡Pardiez, que estás mintiendo! —exclamó Tristán colérico—. Tentaciones me dan de no perseguir a la bruja y de ahorcarte en su lugar: un cuarto de hora de tormento te arrancará la verdad. Ea, ven con nosotros.

—Está bien, monseñor. Estoy dispuesta. Vamos al tormento al instante.

—Durante este tiempo —pensaba la reclusa— podrá escaparse mi hija.

—Tiene apetito de potro: ¡vive Dios, que no lo entiendo! —exclamó el preboste.

Un soldado de la ronda, cano y viejo, salió de las filas, y dirigiéndose a Tristán, le dijo:

—Señor, esa bruja está loca. Si soltó a la gitana no habrá sido por su voluntad, porque es enemiga de las egipcias. Hace quince años que pertenezco a la ronda y todas las noches oigo cómo las maldice. Si la que perseguimos es, como creo, la joven que lleva una cabra, es precisamente la que esta vieja más aborrece.

Gudula hizo un esfuerzo y contestó:

—Es verdad; la que más aborrezco.

El testimonio unánime de los soldados de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo. Tristán l'Hermite, desconfiando de poder averiguar nada por medio de la reclusa, le volvió la espalda y la infeliz le vio con ansiedad inexplicable dirigirse con lentitud a montar a caballo.

—¡Vamos —murmuraba—, en marcha! A buscar por otra parte; no me acuesto hasta que consiga que ahorquen a la gitana.

Sin embargo, titubeó antes de montar.

Gudula se estremecía de zozobra y de angustia al verle dirigir por toda la plaza las inquietas miradas del perro de caza, que comprende que no está lejos la madriguera del conejo y que se resiste a alejarse, pero al fin el preboste movió la cabeza y se afirmó en la silla del caballo. Dilatóse el corazón de Gudula, y pensó, después de echar una mirada a su hija, a la que no se había atrevido a mirar hasta entonces: —¡Ya está libre!

La pobre joven había pasado todo aquel tiempo acurrucada en el rincón, sin moverse y sin respirar, con la idea de tener la muerte ante ella. No perdió ni el detalle más nimio de la escena ocurrida entre Gudula y Tristán, y cada dolor de su madre había repercutido en su corazón. Oyó todos los crujidos del hilo que la tenía suspendida sobre el abismo, y ya por fin empezaba a respirar y sentirse los pies apoyados en tierra firme. En aquel momento oyó una voz que le decía a Tristán:

—¡Rayos y truenos! monseñor preboste, no me atañe a mí, hombre de armas, eso de ahorcar hechiceras; la plebe ya está fuera de combate, y os dejo

para que despachéis vos ese asunto. Permitidme que vaya a reunirme con mi compañía, que ahora se encuentra sin capitán.

Esta voz era la de Febo de Chateaupers. No se puede expresar lo que sintió Esmeralda al oírle. Allí estaba su amigo, su protector, su apoyo, su asilo, su Febo. Se levantó rápidamente, y antes de que su madre hubiera podido impedirlo, se abalanzó a la ventana, gritando: —¡Ven aquí, Febo! ¡Febo mío!

El capitán ya no se hallaba en la plaza; acababa de volver al galope la esquina de la calle de la Contellerie; pero en cambio Tristán no se había ido aún.

Arrojóse la reclusa sobre su hija, lanzando un rugido, y la retiró violentamente, clavándole las uñas en el cuello. Una madre tigre no repara en ello, pero ya era tarde, porque Tristán había visto a la gitana.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó éste con una risa que descubría todos sus dientes y que asemejaba su boca al hocico del lobo—; ¡dos ratones en la ratonera!

—Ya lo sospechaba yo —le contestó el soldado.

—¡No eres mal gato! —repuso Tristán, dándole una palmada en el hombro—. Vamos —añadió—, ¿dónde está Enrique Cousin?

Al preguntar esto, salió de entre las filas un hombre que no tenía trazas ni llevaba el uniforme del soldado. Iba vestido la mitad de color gris y la otra mitad de color oscuro. Tenía el cabello aplastado sobre la frente, mangas de cuero y en la mano un gran rollo de cuerda. Aquel hombre acompañaba siempre a Tristán, como éste acompañaba a Luis XI.

—Amigo —le dijo el preboste—, creo que está aquí la bruja que buscamos. Vas a ahorcarla. ¿Traes la escalera?

—Hay una bajo el cobertizo de la casa de los Pilares —respondió el interpelado—. ¿Vamos a despachar en esta justicia? —preguntó, señalando la horca de piedra.

—Sí.

—Pues entonces —añadió con risa más bestial aún que la del preboste— no tenemos mucho que andar.

—Despacha —le contestó Tristán—; ya te reirás después.

La reclusa, desde que Tristán viera a Esmeralda y se desvaneció su última esperanza, no había pronunciado ni una palabra. Dejó a la gitana medio desmayada en un rincón de la celda y volvió a colocarse en la ventana, apoyando las manos en el ángulo del marco, como dos garras. En esta actitud paseaba por todos los soldados la mirada insensata y feroz. Cuando Enrique Cousin se acercó a la covacha, puso tan fiero rostro, que retrocedió el sayón.

—Señor —preguntó, volviéndose a donde estaba el preboste—, ¿a cuál hay que ahorcar?

—A la joven.

—Tanto mejor, porque a la vieja me parece muy difícil.

—¡Pobre bailarina de la cabra! —exclamó el viejo soldado de la ronda.

Acercóse Enrique Cousin a la ventana; la fiera mirada de Gudula le hizo bajar la vista y decir con timidez: —Señora…

Ella repuso con voz baja, pero furiosa:

—¿Qué quieres?

—No hablo con vos —dijo—, hablo con la otra.

—¿Qué otra?

—La joven.

La reclusa movió la cabeza, gritando:

—¡Aquí no hay nadie! ¡Aquí no hay nadie!

—Sí —dijo el verdugo—; ya sabes que sí. Dejadme ahorcar a la joven… no vengo a haceros daño.

—¡Ah! —exclamó con expresión sarcástica—; ¡conque no vienes a hacerme daño!…

—Entregadme la otra; el señor preboste lo manda.

—¡Aquí no hay nadie! —volvió a repetir.

—Os digo que sí —replicó el verdugo—; todos hemos visto que erais dos.

—Entonces —le contestó la reclusa—; mete la cabeza por la ventana.

Examinó el verdugo las uñas de Gudula y no se atrevió a obedecerla.

—¡Vamos! ¡despacha! —exclamó Tristán, que acababa de formar su gente en círculo en torno de la Torre Roland y que estaba a caballo cerca del patíbulo.

El verdugo, turbado, se volvió a acercar al preboste y le preguntó:

—Señor, ¿por dónde se ha de entrar?

—Por la puerta.

—No hay puerta ninguna.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensánchala —le contestó colérico Tristán—. ¿No tienes piquetas?

Desde el fondo del antro, Gudula, siempre en guardia, lo observaba todo. No abrigaba ninguna esperanza ni sabía lo que hacer, pero no quería que le arrebatasen a su hija.

Enrique Cousin fue en busca de la caja de las herramientas de carpintería que estaba bajo el cobertizo de la casa de los Pilares, de donde sacó también la escala de tijera, que arrimó a la horca. Cinco o seis hombres del Prebostazgo se armaron de picos y palancas, y Tristán, al frente de ellos, se dirigió a la ventana de la celda.

—¡Ea! buena vieja —la dijo el preboste con tono severo—, entréganos a esa joven.

La reclusa le miró como si no le entendiese.

—¡Vive Dios! —exclamó Tristán—, ¿qué empeño tienes en impedir que ahorquemos a esa bruja como el rey manda?

La desgraciada se echó a reír con risa feroz.

—¿Por qué me empeño? porque es mi hija.

El acento que imprimió a estas palabras hizo estremecer hasta al mismo Enrique Cousin.

—Lo siento —dijo el preboste—, pero esa es la voluntad del rey.

—¿Y qué me importa a mí el rey? —gritó, repitiendo su terrible risa—. ¡Cuando te digo que es mi hija!…

—Agujeread la pared —ordenó Tristán.

Bastaba para dejar expedita una abertura bastante ancha sacar de quicio una fila de piedras bajo la ventana. Cuando oyó la reclusa que zapaban su fortaleza los picos y las palancas, lanzó un alarido espantoso y luego empezó a dar vueltas en torno de la covacha, costumbre de fiera que le hizo adquirir aquella jaula. No hablaba, pero brotaban llamas de sus pupilas. Los soldados estaban sobrecogidos de espanto.

De improviso cogió la reclusa con ambas manos la enorme piedra que le servía de almohada y la arrojó con furia contra los trabajadores, riendo a carcajadas. La piedra, mal dirigida, porque temblaban las manos que la dispararon, a nadie tocó, y fue a caer a los pies del caballo de Tristán.

En aquellos momentos, aunque el sol no brillaba aún en el horizonte, era ya de día. Matiz rosado tenía las viejas chimeneas de la casa de los Pilares y era ya la hora en que se abrían las primeras ventanas de la gran ciudad. Algunos campesinos y algunas verduleras que acudían a los mercados, montados en sus burros, empezaban a cruzar la plaza de la Grève, se detenían un instante delante del grupo de soldados apiñados en torno de la Torre Roland, los contemplaban atónitos y después pasaban adelante.

La reclusa se sentó junto a su hija, la cubrió con su cuerpo, se pegó a ella, mirándola fijamente y oyendo a la pobre muchacha, que, inmóvil, solo murmuraba un nombre en voz baja: —¡Febo! ¡Febo!… A medida que adelantaba el trabajo de los soldados, retrocedía maquinalmente la madre y apretaba más a su hija contra la pared. Vio de repente que la fila de piedras se movía y oyó a Tristán que alentaba a los trabajadores: entonces salió del abatimiento en que había caído hacía algunos instantes y empezó a gritar. Su voz desgarraba los oídos como una sierra y retumbaba como si todas las maldiciones se hubiesen amontonado en su boca para estallar a la vez.

—¡Oh, qué horror! ¡Sois unos infames! ¿Es cierto que queréis arrebatarme a mi hija? ¡Cobardes, verdugos! ¡miserables asesinos! ¿Me robarán a mi hija? ¿y Dios lo consentirá?… ¡Socorro! ¡Socorro!

Encarándose con Tristán, echando espumarajos por la boca, con los ojos muy abiertos, y a cuatro pies, como una pantera, le dijo:

—Acércate a quitarme mi hija. ¿No oyes que soy su madre? ¿Sabes tú lo que es tener una hija? Lobo cerval, ¿te has juntado alguna vez con tu loba y has tenido de ella algún lobato? Y si lo tienes, cuando aullan, ¿no sientes algo que muerde las entrañas?

—Tirad abajo esas piedras; ya están casi en el aire —dijo Tristán.

Entonces levantaron con las palancas la fila maciza, que era la última trinchera de la reclusa. Lanzóse sobre ella, quiso detenerla en su caída, arañó la piedra con las uñas, pero la sólida mole puesta en movimiento por seis hombres, se le escapó de entre las manos y se deslizó lentamente a lo largo de las palancas de hierro.

Gudula, viendo expedita la entrada, se echó atravesada ante la abertura, amurallando la brecha con su cuerpo, torciéndose los brazos, dando golpes en el suelo con la cabeza y chillando con voz debilitada por la fatiga: —¡Socorro! ¡fuego! ¡fuego!…

—Apoderaos ahora de la joven —dijo el impasible Tristán.

La reclusa miró a sus enemigos con tal ferocidad, que estos más deseos tenían de retroceder que de avanzar.

—Ea, adelante —añadió el preboste—. Entra tú el primero, Cousin.

Nadie se movió de su sitio.

—¡Vive Dios, mis hombres de guerra tienen miedo a una mujer!

—Monseñor —contestó el verdugo—, ¿a eso llamáis una mujer?

—Tiene melena de león —agregó otro.

—Vamos —repitió el preboste—; el agujero es bastante ancho. Penetrad por él tres de frente, como en la brecha de Pontoise. Acabemos de una vez. Al primero que retroceda le abro de arriba abajo, ¡vive Cristo!

Colocados entre el jefe y la reclusa, que amenazaban, los soldados titubearon un momento, pero pronto se resolvieron y avanzaron hacia la celda.

Cuando Gudula los vio avanzar púsose bruscamente en pie, separó la cabellera que le cubría el rostro y dejó caer sobre los muslos las flacas y des-

carnadas manos. Brotaron entonces una a una gruesas lágrimas de sus ojos, empezó al mismo tiempo a hablar, pero con voz tan suplicante, tan tierna y tan sumisa, que en torno de Tristán, más de un viejo sotacómitre, capaz de comer carne humana, se enjugaba los ojos.

—Señores soldados, escuchadme por Dios solo una palabra: es mi hija, ¿no sabéis? una hija que he llorado perdida durante muchos años. Es una historia muy larga. Y quiero mucho a los soldados; eran muy buenos para mí, cuando los muchachos me tiraban piedras porque me dedicaba de lleno a la vida del amor. Estoy segura de que me dejaréis a mi hija cuando lo sepáis todo. Yo fui una desgraciada ramera… las gitanas me robaron a mi hija… y yo quince años seguidos guardaba su zapatito. Aquí está… vedle… mirad qué pie tenía… En Reims… ¡La Chantefleuri, calle de Folle-Peine! Puede que la hayáis conocido… pues era yo. Entonces, cuando erais jóvenes, se pasaba la vida alegremente. ¿No es verdad, señores, que tendréis lástima de mí? Las gitanas me la robaron y me han tenido privada de ella durante quince años. Yo creí que había muerto… Quince años he pasado en esta covacha, sin lumbre en el invierno… Esto es muy duro… ¡Pobre zapatito!… Tanto he rogado que al fin el Señor me ha oído. Esta noche me devolvió a mi hija… es un milagro de Dios… no había muerto. No me la quitaréis, estoy cierta. Aun si me llevarais a mí, bien; ¡pero a ella, que es una criatura de diez y seis años!… ¡Dadla tiempo para ver el sol!… ¿Qué daño os ha hecho? Ninguno, ni yo tampoco… ¡No tengo a nadie en el mundo más que a esta niña, soy ya una anciana y ella es una bendición que me envía la Virgen!… Además, ¡todos sois muy buenos! Antes ignorabais que era mi hija, pero ahora ya lo sabéis, ¡y la quiero tanto! ¡Señor preboste, antes me arranquen las entrañas que ver una desolladura en sus dedos! ¡Me parecéis tan buen señor!… ¡Oh, monseñor, si habéis tenido madre y sois el jefe, dejadme a mi hija! Considerad que os lo pido arrodillada, como se lo pediría a Jesucristo. No pido nada a nadie: soy de Reims, señores, y allí tengo una haciendilla que heredé de mi tío Mahiet Pradon. No pido demasiado, solo pido a mi hija. ¡Dios, que es el dueño de todo, no me la habrá devuelto inútilmente! ¿Me habláis del rey? ¡Pues yo sé que no le agradará que maten a mi hija! ¡El rey es tan bueno! ¡Es la hija de mis entrañas! No es del rey, ni vuestra, es mía. Quiero irme de aquí, queremos irnos; y cuando dos mujeres, que una es la madre y la otra la hija, quieren vivir, se las deja vivir. ¡Dejadnos pasar! Somos de Reims. Sé que todos sois buenos y a todos os quie-

ro de corazón. ¡No me arrebataréis a mi pobre hija, es imposible! ¿Verdad que es imposible? ¡Hija mía! ¡hija mía!

No trataremos de dar una idea de su ademán, de su acento, de las lágrimas que bebía al hablar, de cómo cruzaba y se retorcía las manos, de las miradas delirantes, de los gemidos, de los suspiros, de los ayes horribles y penetrantes que mezclaba a sus palabras sin orden ni concierto.

Cuando calló, frunció las cejas Tristán l'Hermite, pero fue para ocultar una lágrima que relucía en sus ojos de tigre. Venció, sin embargo, aquel momento de debilidad, y dijo con tono firme:

—El rey lo manda.

Luego se acercó al oído de Enrique Cousin y le dijo en voz queda:

—Date prisa.

El formidable preboste sentía quizás desmayar su corazón.

Penetraron en la celda el verdugo y los soldados. Gudula no hizo la menor resistencia; llegóse a rastras hasta donde estaba su hija y se desplomó sobre ella como un cuerpo muerto. La gitana vio aproximarse a los soldados. El horror a la muerte la reanimó.

—¡Madre mía! —murmuró con inexpresable acento de amargura—; ¡ya vienen!… ¡defendedme!…

—Sí, amor mío, ya te defiendo —la respondió su madre con voz doliente, y estrechándola convulsivamente entre sus brazos, la cubrió de besos.

La madre sobre la hija en tierra ofrecían un espectáculo que inspiraba lástima.

Tomó el verdugo a Esmeralda por la cintura: cuando esta sintió que la asían toscas manos, lanzó la infeliz un grito y se desmayó; el verdugo, que dejaba caer gota a gota sus lágrimas sobre ella, quiso cogerla en brazos. Procuró desasir a la madre, que anudara, por decirlo así, sus dos manos en torno de la cintura de su hija, pero estaba aferrada con tal fuerza a la joven, que le fue imposible separarlas. Enrique Cousin sacó de la covacha a la gitana arrastrando y a la madre detrás de ella; la madre también tenía los ojos cerrados.

En aquel instante salía el sol y ya había en la plaza mucha gente que miraba desde lejos lo que llevaban arrastrando por el empedrado hacia la horca. Porque era costumbre del preboste durante las ejecuciones impedir que los curiosos se acercasen.

No se veía gente en las ventanas. Solo se distinguían a lo lejos, en lo alto de la torre de Nuestra Señora, que domina la plaza de la Grève, dos hombres, cuyas negras siluetas se destacaban sobre el cielo claro de la mañana y que contemplaban aquella escena.

Hizo alto el verdugo con su carga al pie de la fatal escalera, agitado, respirando apenas, y ciñó la cuerda alrededor del lindo cuello de Esmeralda. La desdichada joven sintió el horrible contacto del cáñamo, alzó los ojos y vio el descarnado brazo del patíbulo de piedra extendido sobre su cabeza. Dio violenta sacudida, gritando con desgarrador acento: —¡No! ¡no! ¡no quiero!… La reclusa, cuya cabeza desaparecía bajo el vestido de su hija, no dijo una sola palabra, pero se estremeció todo su cuerpo, redoblando los besos que daba a la gitana. El verdugo aprovechó aquel instante para desanudar los brazos con que apretaba a la sentenciada, y por desfallecimiento o por desesperación, la madre soltó a su hija. Cargó el verdugo a su víctima sobre las espaldas, la hermosa criatura, y puso el pie en el primer escalón del cadalso.

Entonces, la reclusa, que estaba acurrucada sobre el empedrado, abrió desmesuradamente los ojos, sin lanzar un grito; púsose en pie con expresión terrible y, como una fiera sobre su presa, se lanzó sobre la mano del verdugo y la mordió. Esto sucedió con la rapidez del relámpago. El verdugo dio un bramido de dolor. Acudieron sus ayudantes y con mucha dificultad sacaron la mano ensangrentada de entre los dientes de Gudula, que guardó silencio profundo. Diéronla un brutal empellón y la cabeza de esta cayó con terrible violencia sobre las piedras; cuando acudieron a levantarla se volvió a caer; estaba muerta.

Entonces el verdugo, que no había soltado a la gitana, empezó a subir la escalera del cadalso.

II. *La creatura bella bianco vestita*

Cuando Quasimodo encontró vacía la celda y vio que mientras él defendía a Esmeralda la habían robado, se mesó el pelo con las dos manos y pateó de sorpresa y de dolor. Luego echó a correr por toda la iglesia en busca de Esmeralda, aullando gritos extraños por todos los rincones y sembrando de cabellos rojos el pavimento. En aquel momento entraban los arqueros victoriosos en Nuestra Señora, buscando también a la gitana. Ayudóles el campanero, sin sospechar siquiera las malévolas intenciones que les impulsaban; el pobre sordo suponía que los enemigos de Esmeralda eran los hampones. El mismo condujo a Tristán a todos los escondrijos, les abrió todas las puertas secretas en el trascoro, en la sacristía, en todas partes; si la desgraciada se hubiera encontrado en Nuestra Señora, el jorobado la hubiese entregado a sus enemigos. Cuando el cansancio aburrió a Tristán, continuó buscándola Quasimodo solo. Dio muchas veces la vuelta a la iglesia en todas direcciones, de arriba abajo, corriendo, llamando, registrando, asomándose a todos los agujeros, pasando una antorcha por bajo de todas las bóvedas, desesperado y loco. Cuando por fin se convenció de que no se hallaba allí, de que se la habían robado, volvió a subir lentamente la escalera de las torres, la misma escalera que tan entusiasmado subió el día que la libró de la muerte. Volvió a pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, abatido, pero sin derramar lágrimas y casi sin aliento. La iglesia había vuelto a quedar en silencio; los arqueros la habían abandonado para perseguir por la Cité a la hechicera. Quedó, pues, solo Quasimodo en la inmensa catedral, tan sitiada y tumultuosa poco antes, y volvió a tomar el camino de la celda donde la gitana había dormido tantas semanas bajo su custodia. Al acercarse a la celda creyó volverla a encontrar allí; cuando no la vio, al recorrer la galería que da sobre el techo de las naves laterales, sintióse desfallecer el pobre sordo y se apoyó en un pilar para no caer al suelo. Creyó que quizás hubiera vuelto a entrar, que un genio benéfico la habría conducido allí otra vez, que aquel asilo era a propósito para ocultarse una joven como ella, y no se atrevía a dar un paso más por temor de destruir esta ilusión. —Sí —pensaba—, tal vez estará durmiendo o rezando… no quiero interrumpirla.

Por fin, reuniendo todo su valor, avanzó de puntillas, miró y entró… la celda estaba vacía. El infeliz campanero, a pasos lentos, dio una vuelta por el aposento, levantó la cama y miró debajo, como si pudiese estar oculta entre el colchón y las losas; luego movió la cabeza y se quedó como alelado. De pronto pisoteó la antorcha furioso, y sin decir palabra, sin lanzar un suspiro, se lanzó de cabeza contra la pared y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí se echó sobre la cama, se revolcó en ella, besó con frenesí el lugar, tibio aún, donde había dormido la gitana, y allí quedó inmóvil algunos minutos, como si fuese a expirar; luego se levantó sudando a mares, jadeando, insensato, y comenzó a golpear con la cabeza en las paredes con la espantosa regularidad del badajo de las campanas y con la resolución del hombre que quiere rompérsela. Cayó por fin al suelo por segunda vez, rendido, y salió arrastrándose de rodillas fuera de la celda, hasta que se acurrucó en frente de la puerta como atontado. Permaneció así más de una hora sin hacer ningún movimiento, con el ojo fijo en la desierta celda, sombrío y pensativo como una madre sentada ante una cuna vacía. No pronunciaba ni una sola palabra: solo de vez en cuando y con largos intervalos, un sollozo movía violentamente todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas, como esos relámpagos del verano que no hacen ruido.

Entonces fue cuando, al pensar quién pudiera ser el raptor inesperado de la gitana, se acordó por primera vez del arcediano. Se acordó de que solo Dom Claudio tenía la llave de la escalera que conducía a la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra Esmeralda, la primera en que él mismo ayudó y la última que consiguió impedir; recordó otras muchas circunstancias, y ya no le quedó ninguna duda de que la había robado Dom Claudio: sin embargo, era tan grande el respeto que profesaba al sacerdote, y tenían tan profundas raíces en su corazón la gratitud, el sacrificio y el cariño que hacia él sentía, que aun resistía en aquel momento a la furia de los celos y de la desesperación.

Creía que era el raptor el arcediano, y el furor insano que hubiera sentido contra cualquier otro se convertía en el pobre sordo, tratándose de Dom Claudio, en dolor agudísimo.

Cuando así discurría, el alba empezaba ya a blanquear los botareles, y vio en el piso superior de Nuestra Señora, en la vuelta que forma la balaustrada

exterior en torno de la ábside, una sombra que andaba, que se acercaba hacia él y que no tardó en reconocer; era el arcediano.

Caminaba Dom Claudio con paso grave y lento; no miraba ante sí al andar, y aunque se dirigía a la torre septentrional, volvía la cara hacia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida, como si procurase ver algo lejano; el búho suele tomar esta actitud oblicua; vuela hacia un punto y mira hacia otro. Así pasó el sacerdote por encima de Quasimodo sin verle.

El campanero, que quedó petrificado al ver esta brusca aparición, le vio desaparecer por la puerta de la torre septentrional; el lector ya sabe que desde dicha torre se ve la casa del Municipio. Quasimodo se puso en pie y siguió al arcediano vacilante entre el furor y el miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazón.

Cuando llegó a lo alto de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y de penetrar en la plataforma, examinó con precaución al sacerdote: y vio que estaba de espaldas. Hay una balaustrada calada que rodea la plataforma del campanario. El sacerdote, que miraba fijamente a la ciudad, tenía apoyado el pecho en el ángulo de la balaustrada que mira al puente de Nuestra Señora.

Quasimodo, avanzando cautelosamente por detrás de él, fue a observar lo que tan fijamente miraba Dom Claudio, y estaba tan concentrada su atención en otra parte, que no oyó que el sordo andaba muy cerca de él.

París ofrece un espectáculo magnífico, atrayente, sobre todo el París de aquella época y visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora a los primeros albores de una mañana de estío. Era aquel un día de julio y el cielo estaba despejado. Algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo de él en diferentes puntos, y había una muy brillante en el claro oriente del horizonte. El sol comenzaba a salir y París a dar señales de vida. Luz blanca y pura destacaba vivamente los mil planos que presentan sus edificios por Levante. La gigantesca sombra de los campanarios se extendía desde un confín hasta el otro de la gran ciudad. Algunos barrios hablaban ya y hacían ruido. Aquí se oía una campanada, allí un martillazo, más lejos el chirrido confuso de alguna carreta. Algunas columnas de humo se esparcían acá y acullá por las superficies de los tejados. El río, que riza sus aguas bajo las arcadas de tantos puentes, en las riberas de tantas islas, ondeaba listado de plata. Alrededor de la ciudad, fuera de las murallas, la vista se perdía en un gran círculo

de tenues vapores, a través de los que se distinguía confusamente la línea indefinida de las llanuras y las prominencias de las colinas. Toda clase de rumores flotantes se dispersaban sobre la ciudad medio despierta. Hacia el Oriente, el viento de la mañana empujaba algunas blancas nubecillas arrancadas al vellón de niebla de las colinas.

En el atrio, algunas mujeres, que llevaban en la mano un jarro de leche, asombradas, se mostraban unas a otras los desperfectos de la gran portada de Nuestra Señora y los dos arroyos de plomo solidificado entre las rendijas de los estucos. Aquello era todo lo que quedaba del infierno de la noche anterior. La hoguera que encendió Quasimodo entre las torres estaba apagada ya y Tristán había hecho limpiar la plaza y arrojar los muertos al río. Los reyes como Luis XI tienen gran cuidado en lavar pronto el suelo terminada la carnicería.

En la parte exterior de la balaustrada de la torre, precisamente bajo el punto en que se hallaba el sacerdote, había una de aquellas gárgolas fantásticamente esculpidas que erizan los edificios góticos; y en una hendidura de la gárgola dos hermosos alelíes en flor, que, agitados por el soplo del aire, saludaban juguetonamente. Por encima de las torres, muy lejos, se oían piar algunos pajarillos.

Pero el clérigo ni oía ni miraba nada de esto; era uno de esos hombres para los cuales no existen las mañanas, ni los pájaros, ni las flores. La contemplación estaba reconcentrada en un solo punto de aquel inmenso horizonte, que tantos aspectos tomaba en torno suyo.

Deseaba impaciente Quasimodo preguntarle qué había hecho de la gitana, pero parecía que el arcediano vivía en aquel instante fuera del mundo. Pasaba indudablemente por uno de los terribles momentos de la vida en el que el hombre no sentiría desplomarse la tierra. Fijos los ojos en determinado punto, estaba inmóvil y silencioso, y eran su silencio y su inmovilidad tan formidables y solemnes, que el tétrico campanero no se atrevía a interrumpirle. Se contentó (lo que hasta cierto punto era interrogar al arcediano) con seguir la dirección del rayo visual de este, y así, la mirada del infeliz sordo fue a fijarse en la plaza de la Grève.

Entonces vio que Dom Claudio miraba. La escala estaba arrimada al patíbulo; había en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados.

Un hombre llevaba arrastrando por el suelo un bulto blanco, al que iba unido otro bulto negro. Este hombre se paró al pie de la horca.

Allí ocurrió algo que Quasimodo no pudo distinguir bien no porque su único ojo no conservase toda su perspicacia, sino porque se lo privó un grupo de soldados que se le puso delante. Además, en aquel instante apareció el sol, y fue tal la inundación de luz repentina, que parecía que todas las puntas de París, las agujas, las flechas, las chimeneas y los picos de las fachadas se encendían a la vez.

El hombre, entretanto, comenzó a subir por la escalera de la horca, y entonces Quasimodo le pudo ver bien. Llevaba en hombros a una joven vestida de blanco y con un dogal al cuello. Quasimodo la reconoció; era ella.

De este modo llegó el hombre a lo alto de la escalera; allí arregló el dogal. En este instante el arcediano, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

De pronto el hombre rechazó bruscamente con el talón la escalera, y Quasimodo, que no respiraba ya hacía algunos instantes, vio que se balanceaba en el extremo de la cuerda, la desdichada gitana, y al verdugo acurrucado con los pies sobre los hombros de la víctima. La cuerda dio varias vueltas girando sobre sí misma, y Quasimodo vio recorrer horribles convulsiones por todo el cuerpo de Esmeralda. El sacerdote, en tanto, con el cuello estirado y los ojos fuera de las órbitas, contemplaba el horrible grupo del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

Cuando dicho grupo era más espantoso, una carcajada, que no era de hombre, una carcajada de demonio, contrajo el semblante lívido del arcediano. Quasimodo no la oyó, pero la vio; retrocedió algunos pasos detrás del que así reía, y arrojándose con furor sobre él, le precipitó con ambas manos hacia el abismo, a donde estaba asomado.

—¡Condenación! —gritó el clérigo al caer.

El canalón sobre el que se hallaba le detuvo en su caída. Aferróse a él con desesperación y en el momento que iba a lanzar el segundo grito, vio asomarse a la balaustrada, por encima de su cabeza, el rostro vengador de Quasimodo. Entonces ya no gritó.

El abismo se abría bajo sus plantas; iba a caer a más de doscientos pies de altura y sobre el empedrado. A pesar de su horrible situación, el arce-

diano no pronunció una palabra, ni lanzó un gemido; se retorció, haciendo esfuerzos inauditos para subir; pero sus manos no podían agarrarse en el granito, y sus pies rayaban la pared ennegrecida, sin encontrar apoyo. Los que han subido a las torres de Nuestra Señora saben que hay una comba en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada; pues justamente en aquel ángulo entrante agotaba el arcediano sus inútiles esfuerzos. No trabajaba sobre una pared vertical, sino sobre una pared que huía debajo de sus pies.

A Quasimodo le hubiera bastado tenderle una mano para librarle de la mortal caída, pero ni le miraba. Su único ojo lo tenía clavado en la plaza de la Grève, en el patíbulo y en la gitana. Se apoyaba con los codos sobre la baranda donde momentos antes se hallaba el arcediano; allí estaba inmóvil y mudo, como hombre herido por el rayo, y un raudal de llanto salía silenciosamente de aquel ojo, que hasta entonces solo había derramado una lágrima.

Entretanto, Dom Claudio estaba jadeante. Corría el sudor por su frente; la piedra tenía de sangre sus uñas, y la carne viva de sus rodillas rozaba contra la pared. Oía que la sotana, enganchada en el canalón, crujía y se iba descosiendo a cada sacudimiento que daba, y para colmo de su desgracia, terminaba la gárgola en un cañón de plomo, que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo y que iba doblándose lentamente. Comprendía el arcediano que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase la sotana, cuando se doblase, le era forzoso caer, y el espanto le penetraba hasta las entrañas. Miraba a veces con insensatez una especie de plano estrecho, formado diez pies más abajo por las desigualdades de la escultura, y pedía al Cielo, desde el fondo de su alma angustiada, que le permitiese terminar la vida sobre aquel espacio de dos pies cuadrados. Una vez miró a la plaza, al abismo; y cuando volvió a levantar la cabeza tenía los ojos cerrados y erizado el cabello.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres. Mientras el arcediano agonizaba de tan espantosa manera a poca distancia del campanero, este lloraba, mirando fijamente a la plaza de la Grève.

Viendo Dom Claudio que sus esfuerzos solo servían para debilitar el frágil punto de apoyo que le quedaba, tomó la determinación de quedar inmóvil. Se le veía abrazado a la gárgola respirando apenas, sin menearse ya, sin

más movimiento que la convulsión maquinal del vientre que sentimos soñando, cuando creemos caer en un precipicio. Perdía, sin embargo, terreno poco a poco; los dedos se le escurrían sobre la canal; cada vez sentía más la debilidad de los brazos y la pesantez del cuerpo. La corvadura del plomo que le sostenía se inclinaba por momentos hacia el abismo. Veía por debajo de él el tejado de Saint-Jean-le-Rond, pequeño como un naipe plegado en dos. Miraba una después de otra las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio; todo era de piedra a su alrededor; ante su vista, los monstruos inmóviles; debajo, en el fondo, en la plaza, el pavimento; sobre él, Quasimodo, que lloraba.

Se reunieron en el atrio algunos curiosos que procuraban tranquilamente averiguar quién podría ser el loco que se divertía de un modo tan raro; oíales el sacerdote, porque la voz de los curiosos llegaba hasta él clara y fría:

—¡Se va a romper la crisma!

Por fin el arcediano, colérico de rabia y de terror, comprendió que todo era inútil; reconcentró, sin embargo, el resto de fuerza que le quedaba para realizar el último esfuerzo. Se retiró sobre el canalón, rechazó la pared con ambas rodillas, se agarró con los dedos a una rendija de la piedra, y acaso hubiera conseguido trepar con un pie, si la emoción no hubiera hecho doblegarse bruscamente el tubo de plomo sobre el que se apoyaba. Al mismo tiempo el vaivén desgarró la sotana de arriba abajo. Entonces se encontró sin apoyo, sin otra defensa que las manos crispadas y sin fuerza, enganchadas no sabía dónde: cerró los ojos el infeliz y soltó la canal. Cayó.

Quasimodo vio cómo caía.

La caída desde tal altura rara vez es vertical. El arcediano, lanzado en el espacio, cayó al principio con la cabeza hacia abajo y los brazos abiertos; luego dio varias vueltas sobre sí mismo. El viento le arrojó sobre el tejado de una casa, donde el infeliz empezó a destrozarse; no había muerto aún, sin embargo, cuando llegó al tejado. Vióle el campanero que aun procuraba asirse con las uñas al alero de la fachada; pero el plano estaba demasiado inclinado y él carecía de fuerzas; resbalóse rápidamente, como una teja que se desprende, y cayó rebotando en las piedras del piso de la plaza. Allí ya no se movió.

Levantó entonces Quasimodo su ojo único para mirar a Esmeralda, cuyo cuerpo, pendiente del patíbulo, se estremecía a lo lejos, con el traje blanco, en las últimas convulsiones de la agonía; luego dirigió su ojo al sacerdote, tendido al pie de la torre y ya sin forma humana, y exclamó, sollozando desde lo profundo de su alma: —¡Oh, todo lo que amé!…

III. Matrimonio de Febo

Al crepúsculo vespertino, cuando los oficiales del tribunal del obispo fueron a levantar del empedrado el cadáver dislocado del arcediano, Quasimodo había ya desaparecido de Nuestra Señora.

Corrieron muchos rumores sobre este suceso. El vulgo creyó que al expirar el término del pacto, Quasimodo, es decir, el demonio, se había llevado a Claudio Frollo, es decir, al brujo, suponiendo que destrozara el cuerpo para sacar el alma, como los monos rompen la cáscara para comerse la nuez. Por esta razón no enterraron al arcediano en lugar sagrado.

Luis XI murió al año siguiente, en el mes de agosto de 1483.

Maese Pedro Gringoire consiguió salvar la cabra y obtuvo muchos éxitos en el género trágico. Después de intentar la astrología, la filosofía, la arquitectura y la hermética, todas esas locuras, volvió a escribir tragedias, que es la más loca de ellas. A dar este último paso llamaba él *haber tenido un fin trágico*. He aquí lo que con respecto a sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas denominadas del Ordinario:

> «A Juan Marchant y a Pedro Gringoire, el carpintero y el compositor, que han escrito y compuesto el misterio que se representó el día de la entrada del señor legado, por haber dispuesto los personajes y haberlos adornado como el susodicho misterio requería, e igualmente por haber construido los tablados que para esto eran necesarios, y por la representación del misterio: 100 libras.»

Febo de Chateaupers también tuvo fin trágico: se casó.

IV. Casamiento de Quasimodo

Hemos dicho que Quasimodo desapareció de Nuestra Señora el día de la muerte de la gitana y del arcediano: efectivamente, ya no se le volvió a ver, ni aun se supo qué fue del infeliz campanero.

La noche siguiente al suplicio de Esmeralda, los ayudantes del verdugo descolgaron de la horca el cadáver de la desventurada joven y lo llevaron, según era de rigor, al subterráneo de Montfaucon.

Montfaucon era, como dice Sauval, «el más antiguo y el más soberbio patíbulo del reino». Entre los arrabales del Templo y de San Martín, a ciento sesenta toesas de las murallas de París y a algunos tiros de ballesta de la Courtille, se veía sobre una eminencia, bastante elevada, un edificio de forma extraña, bastante parecido a un cromlech céltico, donde se verificaban sacrificios humanos.

Imagínese el lector en el remate de un cerro de yeso una mole de mampostería de quince pies de alto, treinta de ancho y cuarenta de largo, con una puerta, una pendiente exterior y una plataforma; sobre esta planicie diez y seis pilares de treinta pies de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de tres caras de la mole que los sostiene, enlazados unos con otros por medio de fuertes vigas, que sostienen de trecho en trecho muchas cadenas, de las que cuelgan esqueletos humanos: en los alrededores y en la llanura, una cruz de piedra y dos patíbulos de segundo orden en torno del cadalso central, y encima de todo esto, en el cielo, perpetuo vuelo de cuervos: esto era Montfaucon.

A fines del siglo XV la formidable horca, que databa de 1328, estaba ya muy deteriorada; tenía las vigas carcomidas, las cadenas enmohecidas, los pilares verdosos, las junturas de los sillares estaban completamente resquebrajadas, y cubría la hierba aquella plataforma, que apenas se pisaba ya. Era

horrible la silueta que diseñaba en el cielo aquel monumento, sobre todo por la noche, cuando reflejaba la luna sobre blancas calaveras, o cuando el viento de la tarde rozaba cadenas y esqueletos y movía todo aquello en la oscuridad. Bastaba la sola presencia de aquella horca para convertir en lugares siniestros todos sus alrededores.

La vasta mole de piedra que servía de base a aquel repugnante edificio estaba hueca. Existía dentro de ella un profundo foso, que cerraba una reja mohosa y rajada, y en dicho foso arrojaban, no solamente los restos humanos que se desprendían de las cadenas de Montfaucon, sino también los cuerpos de los ajusticiados en las horcas permanentes de París. En aquel profundo osario, donde tantos miembros humanos y tantos crímenes se han podrido a la par, algunos poderosos de la tierra y algunos inocentes han contribuido a aumentarlo con sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó el antro, y que era inocente, hasta el almirante Coligni, que fue su último alojado, y que era inocente también.

Respecto a la misteriosa desaparición de Quasimodo, veamos cuanto hemos podido descubrir.

Diez y ocho meses o un par de años después de los acontecimientos que termina esta historia, buscando en el foso de Montfaucon el cadáver de Olivier el Gamo, que fue ahorcado dos días antes, al que otorgó Carlos VIII la gracia de ser enterrado en San Lorenzo, entre mejor compañía, se hallaron entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los cuales tenía al otro fuertemente abrazado.

Uno de ellos, que era de mujer, conservaba aún algunos jirones de vestido que debió de ser blanco, y alrededor del cuello un collar de granos de sándalo con un pequeño escapulario de seda recamado de abalorios verdes, que se hallaba abierto y vacío. Estos objetos eran de tan poco valor, que sin duda el verdugo no los quiso tomar. El otro esqueleto que tenía abrazado a este era de hombre; tenía la columna vertebral torcida, la cabeza casi entre los omoplatos y una pierna más corta que la otra, pero no tenía en la nuca ninguna vértebra rota, señal innegable de no haber muerto ahorcado. El hombre a quien había pertenecido fue, pues, sin duda allí por su pie y allí murió: cuando quisieron desprender este esqueleto del otro, que estrechaba aún entre sus brazos de hueso, se deshizo en polvo.

FIN

1. Se llamaba Felipe el Largo.

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la «versión castellana», publicada sin nombre de traductor, que editó Ramón Sopena en Barcelona en 1930 (Biblioteca de Grandes Novelas), a partir del ejemplar de la Biblioteca Pública de Soria digitalizado por la Biblioteca Digital de Castilla y León. Se conservan las notas a pie de página de la edición. Al ejemplar digitalizado le faltan las páginas 159 y 160 (libro séptimo, capítulo IV); ese pasaje se ha traducido del original francés para esta edición y se señala con una nota del editor.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española, se han corregido las erratas evidentes del impreso y se ha unificado la puntuación de los diálogos y la grafía de algunos nombres propios. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web